Alfred Hettner

Viajes por los Andes Colombianos

(1882 - 1884)

Traducción del alemán

(Reisen in den columbianischen Anden)

Primera versión castellana

de

Heinrich Henk

PUBLICACIONES DEL BANCO DE LA REPUBLICA
ARCHIVO DE LA ECONOMIA NACIONAL

BOGOTA - 1976

TALLERES GRAFICOS DEL BANCO DE LA REPUBLICA

PROLOGO

Alfred Hettner, el autor del presente libro, nació en Dresden, Alemania, el mismo año de la muerte de Humboldt (1859) y murió durante la última guerra mundial, en Heidelberg (1941).

Fue uno de los grandes universalistas de la ciencia geográfica, cuyas enseñanzas —especialmente en cuanto a la metodología— repercuten todavía en el mundo entero. Además fue el pionero de la geografía moderna en los países andinos de la América del Sur, y en cuanto a Colombia, Hettner tiene una importancia mayor que la de Humboldt, debido a los trabajos geográficos regionales efectuados en el país.

A Hettner le tocó vivir la era vigorosa del imperialismo y colonialismo europeo. Fue durante esta época en que Europa estaba en la cúspide de su periodo y dominio del mundo, cuando Hettner visitó a Colombia y escribió el presente libro.

Alfred Hettner, como es natural, era hijo de su tiempo, pero nunca compartió el criterio de que la filosofía, base de toda concepción política, tiene su origen en la sicología. Según el criterio de la época, la sicología se fundamenta en las ciencias biológicas, dando así origen a una política de discriminación racial que él repudiaba.

La Europa de entonces supo preparar profesional y académicamente generaciones que cumplieron con el papel de dirigir el mundo. Aparte de esta formación profesional estricta, recibió Hettner otra, humanística y filosófica, que lo habilitó luego para ver lo específicamente científico de la investigación del hábitat del ser humano en función del hombre como tal.

Y así resultó el presente libro sobre Colombia, que es más que una mera y amena descripción literaria de un viaje a través del país, en el siglo pasado. No es un periodismo geográfico, sino un tratado de los problemas políticos, sociales y éticos de la Colombia de entonces, elaborado sobre una sólida base filosófica y fundamentado en el causalismo de los fenómenos como actitudes humanas en relación con sus semejantes y con el medio en donde viven. Este es el enfoque que dio Hettner —el filósofo entre los geógrafos— a un libro sobre la Colombia de los años ochenta del siglo pasado.

Es así como encontramos en su plan de trabajo para el libro y a manera de guía para interpretar, términos conceptuales como los siguientes: educación, comportamiento, cortesía, radicalismo, descontento, sentido común, modo de pensar y hablar, instrucción, moral, papel del clero, médicos y boticas, igualdad exagerada, corrupción, soborno, actitud de los empleados públicos, revolución y federalismo, miedo a las revoluciones, autocrítica, dispersión intelectual, etc.

Todo esto 65 años antes de terminar la segunda guerra mundial que marca el colapso del colonialismo europeo sobre la tierra y cuando se crean los conceptos del “Tercer Mundo” y de países “Subdesarrollados”, en términos de hoy, el autor realiza un análisis estructural del país. Además de los aspectos ya mencionados, analiza la realidad nacional bajo conceptos tan modernos como los de la explotación de las clases sociales bajas, su dependencia económica como consecuencia de la pobreza, la ignorancia y la forma de vida de subsistencia.

Le parece imposible que si se quiere que el país progrese, las formas de vida estatal, económicas, sociales y culturales del momento, sean algo constante y no modificable. Pero a su vez afirma que nada se gana con destruir a sangre y fuego lo existente, sino que recomienda capacitar instructiva y culturalmente al pueblo como primer paso hacia el desarrollo.

Analiza Hettner con una lógica clara y disciplinada en su pensamiento, todos los fenómenos geográficos y humanos del país colombiano en forma crítica y filosófica para obtener una visión del conjunto.

Ciertamente; durante los escasos cien años que han transcurrido desde cuando Hettner escribió el presente libro, el país ha experimentado un desarrollo basado en la adquisición de conocimientos científicos que luego aplicó en la producción de bienes materiales, como no los tuvo en toda su historia anterior. Pero estos fueron preponderantemente de índole económico y material, ya que en el orden social y cultural popular, se ha producido un estancamiento y aislamiento de proporciones dramáticas que culminaron con los problemas del presente.

Pero no solo de pan vive el hombre. Y un desarrollo material que lleva a un pueblo de “La colonia al subdesarrollo” —frase de un amigo payanés—, tampoco es mera casualidad e indica la “problemática del problema” de una política de desarrollo.

Es aquí donde reside la importancia de este libro: el autor analiza también aquellos aspectos humanos del país que no caben en un computador, y que apenas hoy en día empiezan a cambiarse creando la base de una verdadera transformación y desarrollo de su pueblo.

Ochenta y un años después de haber sido publicado el libro por primera vez, se imprimió en Alemania una segunda edición en facsímile, dada la importancia de la obra para la comprensión de los problemas de los países latinoamericanos.

En Colombia se propuso la traducción del libro como una importante fuente de información para todas las ciencias humanas. Una sugerencia al Banco de la República [(1)] fue favorablemente acogida, y aquí está el resultado.

Lo demás es asunto del lector.

(1) El Banco de la República publicó en el año de 1966 la obra del mismo autor titulada “La Cordillera de Bogotá - Resultados de viajes y estudios”.

PREFACIO

Con este libro me propongo exponer a un círculo más amplio de lectores los experimentos e impresiones vividas durante mis viajes realizados por Colombia. Contrariando mi primitiva intención abandoné la idea de colocar los acontecimientos en ristra de los caminos recorridos, para evitar así el hacerme extensivo en demasía a consecuencia de las repeticiones que necesariamente habrían resultado de la circunstancia de haber viajado por determinadas regiones no una sino varias veces. Así que, sacrificando detalles topográficos, he preferido reunir impresiones homogéneas de modo que formasen cuadros armoniosos. Admitiendo que con esto el elemento personal, tan apreciado en muchas descripciones de viaje, podrá haberse relegado un tanto a segundo plano, abrigo, en cambio, la esperanza de que, a la vez, mis presentaciones del país y de sus habitantes habrán ganado en expresión.

Con el propósito de publicarlas en otra ocasión, no he incluido en este libro mis observaciones pertinentes al campo puramente científico. Un mapa exacto que levanté de las regiones recorridas aparecerá en el número de abril de "Petermanns Mitteilungen", con las aclaraciones del caso. El diminuto mapa que agrego aquí, a falta de otro más adecuado, proviene del libro "Vier Wege durch Amerika" ("Cuatro Caminos a través de América") de M. von Thielmann, editado por Duncker & Humboldt de Leipzig en 1879. Este mapita se basa en otro, levantado por Codazzi, y que a pesar de sus numerosos defectos, por lo menos facilita una orientación general.

ALFRED HETTNER

* El mapa arriba mencionado no forma parte de esta edición en español, pues el original que aparece en la alemana no se presta para su reimpresión. (Nota del traductor).

INTRODUCCION

En los primeros días de junio de 1882 recibí una invitación del recién nombrado Embajador de la Gran Bretaña en Colombia, señor J. P. Harris-Gastrell, para acompañarlos a él y a su hijo de veinte años, a Bogotá. Para mí, como geógrafo, toda oportunidad de conocer regiones lejanas había de ser altamente llamativa, pues el geógrafo debe dedicar sus estudios primero a la naturaleza misma, para luego ir completándolos con la ayuda de los libros. Aun a falta de problemas concretos por resolver, el contacto directo y vivo con un país extraño es el mejor puente de por sí para llegar a comprender las descripciones de otras partes del mundo en general. Y Suramérica tenía para mi una atracción especial, pues, casualmente, era el continente que más me había fascinado durante mis últimos años de estudiante. Sin duda, yo era todavía muy joven, pues había terminado, hacía medio año apenas, mis estudios académicos y carecía, por lo tanto, de práctica suficiente para levantar croquis de índole geográfica-geológica sobre el mismo campo, uno de los requisitos especiales para aprovechar bien la oportunidad. La invitación me llegó inmediatamente después de haber sufrido un agobiador luto. La partida estaba prevista para después de quince días con la urgencia para mi de arreglar mientras tanto un número de asuntos personales y de conseguir todo mi equipo. Pero las condiciones de la posición que ocuparía eran llamativas, con término obligante para mi de un solo año y la posibilidad de viajar después libremente por el país. ¿Encontraría yo otra oportunidad similar en caso de declinar semejante oferta? Mejor me pareció descartar todos mis escrúpulos, aceptando de una vez, y así lo hice.

El poco tiempo que me dejaban mis preparativos lo aproveché para procurarme, en forma compendiosa, los conocimientos sobre Colombia disponibles entre nosotros y para familiarizarme con los rasgos esenciales de su geografía. Esto para poder tratar de catalogar y entender, desde un principio, el cúmulo de impresiones que me esperarían a mi entrada al país. Quisiera invitar al lector a acompañarme echando un vistazo al mapa lo mismo que a una descripción de Colombia. Creo que así favoreceríamos nuestro empeño de configurar en un solo cuadro las observaciones que la ruta de viaje nos brindara.

Aprendemos primero que Colombia es idéntica a la Nueva Granada, república esta convertida a principios de los años sesenta en una confederación con el nombre de Estados Unidos de Colombia [(1)]. Más atrás el mismo nombre se había aplicado a una región de mayor extensión, es decir a la república, forjada durante la guerra de la independencia contra España (1819-1830) por el Virreinato de Nueva Granada, la Capitanía General de Caracas y el Gobierno Presidencial de Quito. Esta unión, empero, pronto volvió a disolverse, para ser reemplazada por las repúblicas de Nueva Granada, Venezuela y Ecuador, correspondientes a los distritos administrativos españoles. Muchos votos, especialmente en Suramérica, se habían levantado en favor de una separación de la parte meridional del continente occidental, para formar un continente propio bajo el nombre de su

descubridor, al cual, por mala suerte suya, otro se había preferido para aplicarlo al nuevo mundo. Pero hay más razones en su favor, la moción no prosperó, así que Colombia, en la geografía política de hoy, es un concepto que abarca la antigua Nueva Granada. Lectores propensos a criticar podrían censurar mi modo de escribir “Kolumbien” (en alemán) en lugar de Colombia o, por lo menos, Columbia. Ciertamente, en español es “Colombia”, en memoria de Cristóbal Colón, el célebre descubridor, que en su lenguaje de origen es Colombo. Pero los alemanes lo llamamos Columbus, y, por lo tanto, nos consideramos justificados para escribir con “u” también el apelativo del país que lleva su nombre. Y por añadidura, séanos permitido reemplazar, la para nosotros extraña terminación en “a” por aquella en “en”, lo mismo que la inicial C por K. Colombia es, pues, una confederación de nueve Estados, cuyos nombres creo que sobrará mencionar aquí, para no recargar la memoria del lector. Al paso que iremos visitando aquellos Estados, más fácil será memorizar sus nombres. Por ahora apenas estamos empeñados en formarnos un concepto general.

Los Estados Unidos de Colombia ocupan el rincón noroeste de Suramérica, formando el único país de esta parte del continente cuyas costas están bañadas por los océanos Atlántico y Pacífico. Es parte integrante de Colombia, pues, el istmo de Panamá, a través del cual, tal vez ya dentro de pocos años, la ciencia y la iniciativa humanas llegarán a unir los dos mares. Por el angosto costado noroeste restante, el país linda con Costa Rica, por el este con Venezuela, por el sureste con el Brasil y Perú y por el sur con Ecuador. Pero ni las fronteras con las vecinas repúblicas españolas ni aquellas con el imperio del Brasil, están acordadas con precisión, hallándose en disputa áreas tan enormes que llegan a las 9.000 millas cuadradas alemanas o sea medio millón de kilómetros cuadrados. Colombia tiene hoy una extensión indiscutida de 15.000 millas cuadradas, equivalentes a unos 850.000 kilómetros cuadrados, pero sus pretensiones van a un total de 24.000 millas cuadradas, o sea 1.320.000 kilómetros cuadrados. Vale decir que su territorio actual, que mide una y media veces el nuestro, llegaría a dos y media veces tal extensión.

Este vasto territorio cabe subdividirlo en tres sectores naturales, de los cuales uno, o sea el Istmo de Panamá, ya forma parte de América Central; los otros dos pertenecen a Suramérica. De estos el oeste es montañoso, componiéndose de vastas llanuras el del este, con declive hacia los ríos Orinoco y Amazonas y atravesadas por afluentes de los dos. Alrededor de 1.500 millas cuadradas (88.000 kilómetros cuadrados) corresponden al Istmo de Panamá, 8.900 millas cuadradas (490.000 kilómetros cuadrados), o sea un poco menos que la superficie del imperio alemán, al terreno montañoso con sus llanuras bajas encerradas, y 4.600 a 13.400 millas cuadradas (250.000 a 740.000 kilómetros cuadrados), según como se acuerden las fronteras, a las llanuras orientales. El territorio montañoso está formado por el extremo septentrional de los Andes, que, pasando por todo lo largo del continente, muestra aquí una fisonomía enteramente propia. Las dos cordilleras distinguidas en el Ecuador tienen su continuación como tales en

Colombia, aquí bajo los nombres de Cordillera Occidental y Cordillera Central. Pero en tanto que allí en medio de ellas hay apenas más depresiones elevadas, aquí las dos cordilleras están separadas por las cuencas profundas de los ríos Patía y Cauca. Más hacia el norte se funden en la formación irregular del territorio montañoso de Antioquia, el que, bajo los 8° de latitud septentrional más o menos, inicia su declive hacia las llanuras de la costa. Pero a estas dos cordilleras, en Colombia se agregan dos más, primero, la relativamente baja serranía de Baudó en el oeste del país, situada al norte de la Bahía de Buenaventura, y separada de la Cordillera Occidental por las cuencas de los ríos San Juan y Atrato; y luego, en el este, la Cordillera Oriental, que, según los libros de enseñanza, se desvía de la Cordillera Central en el llamado "nudo de Pasto". Esta última expresión, desde luego, es incorrecta, pues nudos de montaña no existen. Pero por impedir la impenetrable selva el acceso para una investigación científica, por ahora no es posible corregir tal término. Más hacia el norte, la Cordillera Oriental va separándose poco a poco de la Cordillera Central, para así dar campo al valle del río Magdalena, el que va ensanchándose a medida que sigue al norte, para finalmente perderse en las llanuras de la costa. Al este de estas últimas ya en inmediación de la costa, tenemos la Sierra Nevada de Santa Marta, a cuyo borde oriental se arrima el brazo más occidental de la Cordillera Oriental, cuyo macizo principal, en cambio, se desvía hacia el noroeste para penetrar con profundidad a Venezuela.

A principios del siglo XVI los españoles descubrieron este país y lo conquistaron rápidamente. No nos alcanza el tiempo para ocuparnos aquí de releer la historia de esta conquista. Además carecemos todavía del interés y de la inteligencia suficientes, requisitos indispensables que ciertamente se nos presentarán una vez hayamos conocido todo el país. Por ahora nos limitamos a recordar que el país siguió durante tres siglos como colonia española, recuperando su independencia, en unión con Venezuela y Ecuador, apenas en la segunda década del siglo presente. Pero de esos países, poco después volvió a separarse, para llevar su vida libre primero como República de Nueva Granada y luego como Estados Unidos de Colombia. De la población y del estado de su cultura no es posible formarnos una imagen bastante clara con base en nuestros estudios fugaces. Los escritores del país describen como de raza blanca a más de la mitad del pueblo. En cambio, viajeros europeos refieren mayoría de indios y negros, o por lo menos de mestizos y mulatos. Los primeros no se cansan de alabar la cultura intelectual y el carácter de su pueblo, los últimos están usando colores más oscuros para su cuadro. Mientras aquellos tienen por iguales los niveles de cultura suyo y europeo, las narraciones de muchos europeos reflejan condiciones medio bárbaras. Pero ¿para qué preocuparnos aquí de tales discrepancias, estando a pocas semanas de llegar al país y poder formarnos un juicio con base en nuestra propia experiencia?

(1) Después de concluir mis viajes, Colombia se ha convertido en estado unitario.

Viajes por los Andes Colombianos - Alfred Hettner

En los años de 1636 a 1538 los españoles llegaron desde tres direcciones diferentes a la altiplanicie de Bogotá. Allí encontraron a los chibchas, quienes, más avanzados en su cultura que las tribus de la tierra caliente y de las. vertientes de la. montaña, ya habían progresado hasta formar estados. Una vez subyugada, en contienda de dos años, esta gente poco guerrera, los invasores resolvieron fundar una ciudad en el rincón sureste de la sabana, donde existía la aldea indígena de Teusaquillo. Desde el principio se la destinó capital de la nueva conquista española, carácter que ha conservado a lo largo de todas las peripecias políticas de los años, tanto durante la Presidencia y el Virreinato de la Nueva Granada, como en la época de la República unificada de Colombia, que comprendía a la vez a Venezuela y Ecuador, y también durante la República de la Nueva Granada, la Confederación Granadina, los Estados Unidos de Colombia, para continuar con su rango en la actual República de Colombia. Por breve tiempo, concretamente durante la Confederación Granadina, la capital formaba su propio distrito federal, al estilo de Washington, pero pronto fue incorporada al Estado de Cundinamarca, continuando hasta 188b como capital de la confederación y de este último a la vez. El nombre original de la ciudad era Santa Fe, el cual apenas a fines del siglo dieciocho se convirtió en Santa Fe de Bogotá. Bogotá había sido hasta entonces al nombre de la antigua capital indígena que corresponde a la actual aldea de Funza, emplazada en el centro de la altiplanicie. En 1819 se le suprimieron las palabras Santa Fe, como para borrar así el vestigio del dominio español, usándose en adelante el mero nombre de Bogotá.

Acercándose a Bogotá a través de la sabana por el camino desde Honda y Los Manzanos, el viajero llega de una vez a disfrutar del panorama más hermoso de la ciudad, para el cual la ladera de la montaña que se levanta inmediatamente al este de ella, viene formando un fondo incomparable. Coronando esta ladera, las dos capillas,. la de Monserrate y la de Guadalupe, quedan equidistantes del centro de Bogotá tan solo a 11/z kilómetros más o menos, o a 2 kilómetros del extremo inferior de la ciudad, pero levantadas a 600 metros por encima del nivel de la sabana, superando así la altura que mide el Séhneeberg desde la ciudad de Tetachen y la alcanzada por e1 Melibocus desde el nivel de la ciudad de Zwingenberg, para llegar casi a la mareada por el Inaelberg medida desde Gotha. Y para terminar, tenemos la cresta ancha adyacente a la derecha de Guadalupe y llamada la Peña. A1 parecer de igual altura que aquel, en realidad le gana todavía en 300 metros, para subir a los 3.528 metros sobre el nivel del mar; queda así de mayor altura, contada desde el nivel de Bogotá, que aquellas de Brocken medidas

desde Harzburg e Ilsenburg.

Difícil será encontrar medio más elocuente que estas cifras para explicarnos la diferencia tan enorme entre los climas colombiano y alemán. Al levantarnos apenas 100 metros sobre la sabana de Bogotá, ya habríamos alcanzado la altura que, en la Suiza septentrional, está. demarcando el comienzo de las regiones permanentemente cubiertas de nieve. Tanto Monserrate como Guadalupe le ganan considerablemente en altura a1 Glárniach. La Peña se levanta casi hasta la del Tödi, excediendo la de la Dreiherrensgitze. Pero, no obstante, tendríamos que levantarnos 1.000 metros más para llegar aquí al borde de la nieve perpetua.

Estos montes no forman una muralla continua, hallándose, en cambio, separados por hondos abismos. Justamente en frente tenemos el boquerón del río San Francisco; encajonado cómo un cañón estrecho hasta encontrar el nivel de la sabana. A manera de nidos de águila las dos capillas parecen coronar sus flancos, recordándole al viajero los castillos de los caballeros bandidos de otros tiempos, antes que templos para venerar a Dios. Distanciadas tan solo kilómetro y medio entre sí las capillas, se requiere, sin embargo, una caminata de dos a tres horas para llegar de la una a la .otra. Más al sur, la Peña se precipita al boquerón del río Fucha, mientras que más al norte tenemos el río Arzobispo corroyendo la montaña.

La vertiente de esta es todo menos que uniforme. Por ambos lados del boquerón de San Francisco el sector inferior con su declive suave y su color rojizo, llamativo ya a distancia, ea continuado por otro superior formado por una muralla que, también. ya desde lejos, se reconoce por el predominio de sus gruesos bancos de piedra arenisca. La subida por el sector inferior queda en parte uniforme, habiendo, sin embargo, trechos interrumpidos por una cadena de estribaciones con pequeños riscos y picachos afilados, que, de intenso color rojizo, causan una impresión de raro contraste, por ejemplo detrás de la capilla de Belén. Mientras que la parte inferior de Bogotá está ubicada todavía en la sabana, el propio centro ya se halla suavemente inclinado, dominando así, visto desde la planicie, el suburbio inferior. A la izquierda de las estribaciones de Belén, abajo del pico de la Peña, encontramos la capilla del mismo nombre a una altura superior todavía en 250 metros de la sabana. Un poco más a la izquierda, pero a una elevación menor en .100 metros, está el espacioso templo de Egipto, pintado de blanco. Ambas iglesias, circundadas en forma escalonada por numerosos ranchos con sus áreas verdes intercaladas, tienen un efecto bastante pictórico.

Muy a menudo una capa espesa de niebla envuelve la montaña desde el nivel de estas capillas y loa suburbios hacia arriba. Pero con la misma frecuencia se muestra sin disfraz en todo su esplendor, presentándole la atmósfera matices de color tan fuerte e intenso que uno no se cansa de contemplar el espectáculo. El pintor paisajista encontrará aquí motivos de extraordinaria belleza, todavía sin aprovechar. Durante los últimos meses del año de 188~ observamos en dirección

al boquerón un cometa que con su magnitud y sublimidad imponentes aumentaba el esplendor del firmamento, que en esta cima con su aire enrarecido y transparente ya de por sí refleja una pureza y un brillo antes casi nunca vistos. De la capital misma desde luego no ea posible desde aquí tener una vista de conjunto. Para lograrla, vale el esfuerzo subir por la ladera oriental de la montaña, ojalá hasta llegar a una de las capillas de Monserrate o Guadalupe. Lo que causa una impresión un tanto molesta, especialmente desde Guadalupe, es el plan ajedrezado de la urbanización, que desde el sitio obliga a seguir con la vista a todo su largo el conjunto de las calles descendentes desde la vertiente hacia el oeste. Así, casi treinta de ellas transcurren en esta dirección, mientras que otras, en número un tanto menor, son cruzadas por aquellas en ángulo recto, pasando, paralelamente a la ladera, de sur a norte. El mayor descompás en el aspecto urbano lo forman lo dos riachuelos que con sus cauces serpenteados atraviesan la ciudad, interrumpiendo agradablemente la homogeneidad del cuadro con las manchas verdes de sus orillas. Son estos el río San Francisco, que sale del boquerón entre Monserrate y Guadalupe, y el río San Agustín que nace al pie de la Peña. Vías hay que sin interrupción continúan por medio de puentes su curso encima de estas corrientes de agua. Otras se suspenden, para seguir; tan solo parcialmente y con frecuencia un poco fuera de su trazado, en la orilla opuesta, pero no obstante conservando su dirección, con pocas variaciones debidas al desacierto del geómetra. Una excepción hacen las anchas carreteras, que no se adaptan del todo al plano de la ciudad, terminando en cambio en la periferia de su centro. Las plazas no hacen estorbo alguno, pues no son cosa distinta de cuadras encerradas entre dos parea de vías, libres de construcciones para favorecer así la variación.

Bogotá, por lo tanto, sigue en su estructura el mismo plano sencillo que Guaduas u otra aldea colombiana cualquiera. Tan acostumbrado está el colombiano a este diseño metódico, que toda alternativa le parecería desordenada, mereciendo, por lo tanto, su desprecio. Indudablemente el estilo tan variado y confuso de las ciudades nuestras tiene su origen en el crecimiento paulatino de ellas. Pues ya loa barrios más recientes de nuestras grandes urbes, lo mismo que las nuevas ciudades fundadas desde el siglo pasado, tienen, por lo general una fisonomía más sencilla. Pero, hasta donde yo sepa, tan solo Mannheim tiene esta estructura de cuadras tan horrorosa. Ciertamente no ea testimonio favorable a la capacidad inventiva de los americanos del norte y del sur su tendencia a aferrarse casi siempre al mismo modelo de construcción, cuyas ventajas, por ejemplo para el tránsito, son además muy dudosas. ¿Por qué no proponerse, en cambio, crear y seguir creando algo nuevo, para adaptarlo a las condiciones locales?

Hasta la nomenclatura de las vías y de las casas ha venido amoldándose al plan metódico de urbanización, habiéndose reemplazado hace algunos años los antiguos nombres específicos de las calles por su numeración, conforme el método en uso en la mayoría de las ciudades norteamericanas. Así las vías paralelas a la ladera de montaña, las llamadas carreras, desde aquella situada en

medio de ellas se numeran hacia el este y hacia el oeste, procediéndose de la misma manera con las vías inclinadas hacia el oeste, llamadas calles, que se numeran desde la de en medio tanto hacia el norte como hacia el sur. Los antiguos nombres de las vías, cuidadosamente borrados de las casas en las boca-calles, fueron reemplazados por los solos números, pero a falta de saber leer, gran parte de los habitantes sigue usando loa nombres antiguos o recurren al remedio de la descripción. E1 proveer las casas mismas con sus números individuales correspondientes hasta el momento no se ha considerado necesario.

Parece que el trazado rectangular y lineal de la red vial con su sistema de denominación constituye el único parecido entre las ciudades norte y suramericanas o, por lo menos, colombianas. En cuanto a la anchura de las vías y otros detalles, desgraciadamente no se ha seguido el modelo del norte. Cierto que la estructura baja de las construcciones del país no requiere calles tan anchas. Así, las vías no sobrepasan la anchura de las Callejas en una ciudad medioeval. Los andenes, de lajas de piedra arenisca, que corren de lado y lado de la calzada, apenas tienen el ancho suficiente para dos personas. Ante la costumbre arraigada de los bogotanos de las clases media y baja de nunca ceder la vía, continuamente gozamos del imaginable placer de bajar a la calzada, la cuál, en la mayoría de las calles se halla en un estado espantoso y con fuerte declive hacia el centro de la vía, para dar cabida a los llamados caños, o sea surcos abiertos, que hacen las veces de nuestras cloacas. A ellos se echan todas las inmundicias, acumulándose allí hasta cuando los torrentes del próximo aguacero se las llevan. Verdad es que con frecuencia las cantidades de agua que caen sobrepasan la capacidad de los caños en las calles despeñadizas. Entonces invaden la vía en todo su ancho, adquiriendo las fuerzas torrenciales de un riachuelo de montaña e impidiendo su cruce, a veces por horas, excepto para gentes del pueblo, que lo pasan a vado, con sus pantalones recogidos. Una noche, cuando después del aguacero las masas de agua ya habían decrecido un tanto, pude presenciar el espectáculo típico de cómo buscarse el mejor paso con la ayuda de cerillas. Cierto es que Bogotá tiene alumbrado de gas ya hace algunos años, sacando el carbón de calidad requerido como materia prima de unos yacimientos existentes en inmediaciones detrás de su periferia. Pero con frecuencia se interrumpe este servicio de alumbrado, habiendo además tanta distancia entre los postes de luz que en medio reina la oscuridad completa. En los últimos años había cogido fuerza la idea de introducir el alumbrado eléctrico. Pero sufrió la misma suerte de tantas otras acogidas con verdadero celo, quedándose sin realizar. Inclusive la alcaldía municipal había llegado a celebrar un contrato por medio del cual los empresarios se obligaban a proveer la ciudad con luz eléctrica al cabo de un año. Pero vencido el plazo sin haberse cumplido el compromiso, la administración, lejos de responsabilizar a los contratistas, ingenuamente procedió a firmar nuevo contrato con otros, que, a lo mejor, también habrá dejado de cumplirse.

Las calles de los barrios periféricos carecen todavía de tubería de gas. Para suplir el servicio, lámparas de petróleo cuelgan de lazos a través de las vías, tal como en

una que otra aldea campestre alemana es de usanza o solfa hacerse todavía hace unos diez años. 0, más fácil aún, se les confía a la luna y a las estrellas el papel de combatir la oscuridad nocturna. Tampoco hay rastro de pavimentación en aquellos sectores, ni siquiera de cascajos como recurso pasajero. En consecuencia, en épocas de lluvia las vías pronto se convierten en lodazales, cuyos componentes es difícil distinguir entre minerales y de origen animal.

Las casas del centro por lo general son de dos pisos, es decir el bajo y un piso más. Construidas de adobes, son blanqueadas o pintadas de colorea claros. Los techos inclinados y cubiertos de tejas de barro cocido por lo general sobresalen varios pies de la Pared frontal, quedando apoyados por puntales oblicuos. Tanto estos como las cornisas de madera y los balcones acostumbrados en casi todo piso alto, al igual que loa enrejados de madera presentes en todas las ventanas según la costumbre española, con frecuencia resaltan por sus obras artísticas de talla, dándoles a las casas una fisonomía simpática.

A medida que vamos alejándonos del centro de la urbe, más pobres aparecen los barrios que encontramos. Todavía observamos casas, si bien de un solo piso, pero blanqueadas y cubierta con tejas de barro. Poco a poco, empero, aparecen otras de estructura más reducida y de aspecto más humilde. A1 fin, tornando la vista por dondequiera, topamos con un cinturón de pequeños ranchos con muros levantados de tierra pisada y cubiertos de Paja, tales como en Europa suelen encontrarse todavía en Polonia y en la península de los Balknes.

Sin embargo, una excepción hay de esta disposición concéntrica: Sucede que a orillas de loa ríos San Francisco y San Agustín estos ranchos tan humildes vienen avanzando hasta el centro de la capital. Ambos ríos, hay que decirlo, forman las alcantarillas mayores que reciben tanto las cantidades de inmundicias traídas por los caños que en ellos desembocan como también aquellas que directamente van botándose. A consecuencia de los aguaceros, sus lechos van llenándose de un líquido de color café tinto, bajando estrepitosamente y arrastrando tanto loa excrementos acumulados como también partes de la orilla misma. En cambio, las hileras delgadas en que se convierten los ríos en verano, dejan expuestas estas heces al aire, desde luego produciéndose las evaporaciones más abominables. Si bien a veces se observa a los presos provistos con horcas de palo largo, ocupados en reunir estas basuras para empujarlas a la corriente, a la manera como proceden los balseros nuestros con los troncos en la montaña; nada más hace el hombre aquí en favor del aseo de estos ríos.

Los sitios donde ellos abandonan el perímetro de la urbe constituyen la mesa de los gallinazos, que aquí acometen el oficio de policías de sanidad, al igual que en los países orientales. Con todo esto, las orillas de las corrientes forman la parte más pintoresca de la ciudad, entendido que en las urbes tal calificación suele darse no a las hileras de casas modernas, sino a sitios intercalados entre la obra humana, que se han reservado a la naturaleza o devuelto a ella por amenazar

ruina aquella, o a las construcciones antiguas que por su estilo nos parecen más vinculadas todavía a la naturaleza. También aquí lo pintoresco está en el entrelazamiento armónico de la naturaleza con la obra humana, por ejemplo las matas que cubren las orillas, los sauces altos abrigándolas con su sombra y los ranchos y puentes escondidos entre todo aquello. '

Así encontramos pintorescos los suburbios regados alrededor de la Peña y de Egipto con su disposición escalonada y sus verdores esparcidos. Esto no impide hallarlos llenos de mugre y miseria al recorrerlos. En una ciudad alemana o inglesa probablemente la mayoría de la gente acomodada construiría aquí sus casa-quintas, para gozar tanto del aire libre como del panorama de la sabana. Pero al bogotano esto no le agrada. Lo que le interesa es quedarse lo más cerca posible de sus negocios y de los chismes de la ciudad. Tan solo la villa de Chapinero, situada a pocos kilómetros al norte, recientemente viene ejerciendo cierta atracción, pero en particular sobre 1 clase media, en razón de la vivienda más barata. El hecho ha despertado el entusiasmo de unos empresarios norteamericanos que, al tiempo de mi partida, estaban activamente empeñados en construir un tranvía de tracción animal, teniendo ya acabada la infraestructura en gran parte y en camino desde loa Estados Unidos tanto loa rieles como los vagones. Probable es que la guerra civil habrá interrumpido la obra, pero sin lugar a duda los enérgicos yanquis la terminarán, a no ser que lo hubieran logrado ya. Si resultara rentable o no, es lo que falta saber.

El verdadero centro de Bogotá, lo mismo que el de otras ciudades, lo forma su plaza, espaciosa y cuadrada, en el caso denominada plaza de Bolívar, para distinguirla de otras que tiene. Demarcar la plaza es lo primero que se hace al fundar una población nueva. La iglesia y la alcaldía siempre se hallan ubicadas en su marco. Además la plaza constituye el lugar de acontecimientos para el mercado semanal, en el cual suele concentrarse todo el comercio y el tráfico.

En Bogotá las iglesias erigidas en el curso de los tiempos son numerosas, habiendo conservado la principal de ellas, o sea la catedral, su emplazamiento típico. Pero de su construcción primitiva, originaria del siglo dieciséis, poco ha quedado. En su estructura actual fue levantada entre los años de 1807 y 1828, con suspenso intermedio de la obra durante la guerra de la independencia. Es todo un ejemplo de aquel estilo español- jesuítico feo, impreso a la mayoría de las iglesias construidas en la época de la América Española. En cambio, la pequeña Capilla del Sagrario encanta al espectador por su estilo gracioso y hermoso. Las autoridades civiles, por lo menos en parte, también han conservado su domicilio en el marco de la plaza. Todo su lado occidental está ocupado por la casa consistorial de tres pisos y de estilo extraordinariamente feo. En sus pisos superiores se encuentran la administración municipal y un hotel; su piso bajo, a lo largo de los portales, está ocupado por almacenes. En el lado sur de la plaza se está levantando el edificio para parlamento y gobierno, ya empezado por el presidente Mosquera en los años cuarenta y todavía sin concluir. Con arreglo al

ejemplo norteamericano, se le ha otorgado el nombre pomposo de capitolio, y en su parte ya construida han encontrado albergue provisional el congreso y los ministerios. Esencialmente para concluir la obra se habían contratado loa servicios de un arquitecto italiano, con la alta asignación de $ 6.000. Para aprovechar al máximo la presencia de este experto costoso, por lo menos de vez en cuando se le concedían de diez a veinte obreros. Una vez terminada la obra, ciertamente redundará en dar el mayor realce al prestigio de la capital. Esbozada al estilo griego casi puro, es ejecutada en hermosa piedra arenisca blanca, parecida al "quader" de Sajonia y extraída a inmediaciones de la periferia urbana, que, en su efecto arquitectónico, excede con mucho al ladrillo. En el patio del capitolio se colocó en 1884 una estatua de Mosquera, modelada y fundida por Miller de Munich. En frente de ella se levanta en el centro de la plaza el monumento a Simón Bolívar, el libertador de Colombia. Está circundado por cuadros de prados y florea, habiéndose trasladado el mercado a otra parte al impulso del desarrollo de la capital. A1 costado sur detrás del capitolio encontramos el observatorio astronómico, construido a principios del siglo, pero poco aprovechado, pasado el cual llegamos en pocos minutos al antiguo convento de San Agustín, convertido ahora en cuartel para la tropa nacional. Pasando luego al occidente de la plaza, por el hospital con la facultad de medicina, y por el mercado cubierto, y cruzando el puente por el río San Francisco, y la carretera que conduce a Soacha, llegamos a la espaciosa plaza cuadrada de Los Mártires. En su centro se levanta un obelisco de piedra arenisca circundado por las cuatro estatuas representativas de la libertad, la justicia, la paz y la gloria. Este monumento, desgraciadamente de realización inferior, consagra la conmemoración de los patriotas ejecutados en el sitio por los españoles en 1816. En el rincón sur-este de la plaza tenemos el antiguo convento de San Carlos, que hoy día alberga al Colegio de San Bartolomé con la Universidad, la Escuela Militar, la Biblioteca y el Museo. En frente, hacia el este, observamos el modesto palacio del presidente de la república y, en el lado opuesto de la vía, el aún más sencillo teatro. Cogiendo ahora hacia el nordeste, pronto alcanzamos la Casa de la Moneda y luego el Palacio Arzobispal. Hacia el norte, al fin, conducen las dos mejores vías que tiene la capital: la Calle Real y la Calle Florián, sector que cuenta con los mejores almacenes y las habitaciones más elegantes de la ciudad. Aquí, lo mismo que en dos calles más, encontramos ya tapados los caños y la calzada pareja y bien pavimentada. En la Calle Florián tenemos a Santo Domingo, el más espacioso y más hermoso de los antiguos conventos, cuyo patio amplio está cubierto de bellos jardines y circundado por numerosas oficinas gubernamentales, con empleados que suelen soñar sentados delante de un periódico, la mayor parte del día. A1 extremo de la Calle Real cruzamos el río San Francisco por un pequeño puente de piedra, para llegar a la Plaza Santander. Ya unos meses antes de llegar yo a Bogotá, se había empezado a ampliar el puente, para de golpe suspender la obra y no volver .~ reasumirla sino al cabo de dos años. Entretanto las piedras se encontraban. dispersa, las barandas brillaban por su ausencia, en fin, el puente se encontraba en un estado que exigía suma precaución para cruzarlo, especialmente en la oscuridad. La pequeña plaza se había trocado hacía poco en un hermoso parque con estatua

del general Francisco de Paula Santander, héroe de la guerra de la independencia y luego el primer presidente constitucionalmente elegido. Según malas lenguas, la estatua en realidad representaba a un general italiano, pero que era rechazada por la familia por defectuosa, para luego ser vendida a Colombia y figurar aquí como de Santander. La plaza está enmarcada por las más bellas casas particulares, con el antiguo convento de San Francisco en su esquina suroeste, sede ahora del gobierno del Estado de Cundinamarca y de los tribunales de justicia. De la Plaza de Santander hacia el norte sigue el Camellón, vía ancha y sin pavimentar, a cuya derecha tenemos el palacio del virrey, de otros tiempos, una insignificante construcción decaída, y a la izquierda el Hospicio, casa de niños expósitos y huérfanos. Se nos llama la atención, al efecto, sobre una pequeña apertura en su muro, también disponible de noche, a través de la cual madres sin compasión pueden deshacerse de sus criaturas indagadas. Caminando un cuarto de hora por el Camellón, llegamos a la plaza de San Diego, también embellecida hace poco mediante jardines y un pequeño templo, que forma contraste marcado ahora con las humildes inmediaciones. El antiguo convento de San Diego sirve ahora de manicomio, cuyos infelices ocupantes viven en espantosa miseria. A unos minutos de distancia se halla la penitenciaría, la cual lleva el extraño nombre de panóptieo, haciendo alusión a sus dimensiones dominantes en comparación con los pequeños ranchos humildes que la rodean. A otros pocos minutos al oeste de San Diego está el cementerio con sus numerosas sepulturas barrocas.

Los habitantes

La misma mezcla de rasgos europeos y extraños reflejada en la conformación de Bogotá la encontramos también en su población. La ruana, lo mismo que el sombrero alto de paja, accesorios tan indispensables tanto para viajar como para uno en la vida campestre, son prendas mal vistas para uso urbano por la alta sociedad. Así que apenas algunos caballeros ya de edad siguen vistiendo el antiguo manto español, habiendo adoptado la mayoría el estilo europeo de vestir. El bogotano elegante raras veces usa vestidos de color claro, sombreros flexibles de felpa o cómodos sombreros livianos de paja, andando ufano, por lo general, en vestido negro con sombrero alto. El joven elegante recién regresado de París con un amplio surtido de vestidos de Última moda, con botines de charol, con su monóculo puesto y sus maneras afeminadas, se parece del todo a los "dandies" de las metrópolis nuestras.

El bogotano distinguido suele ufanarse de su descendencia castellana o por lo menos española. Por mezclada que esté, salvo raras excepciones, alcanza a hacer resaltar el tipo español, en su curiosa combinación de rasgos indogermanos y semitas. Estaturas altas y fisonomías perfiladas son frecuentes.

También la gente de la clase media se sentiría sensiblemente ofendida al no tenérsela por blanca, a pesar de correr por sus venas por lo menos tanta sangre

india como europea. Por lo general son de estatura más baja y de facciones menos finas que sus conciudadanos de jerarquía más elevada. Tratar de igualar a estos en su modo de vestir es la debilidad de los empleados de comercio y de los funcionarios públicos de menor categoría, que también portan vestido negro y sombrero alto, aun con frecuencia bastante deteriorados. Los artesanos visten ruana y sombrero de paja, lo mismo en la ciudad que en el campo. Indumentaria y aspecto por lo general permiten distinguir a primera vista a los hombres de las clases alta y media. Más difícil es esto en cuanto a las mujeres a causa de la mantilla negra, de tan extraña impresión para nosotros, que todas ellas acostumbran ponerse alrededor de la cabeza para salir a la calle, haciéndola pender hacia abajo por los hombros. Para ir a misa, esta mantilla ha seguido manteniendo su condición de prenda obligatoria. Su ingenuo reemplazo por el sombrero puesto, de parte de unas europeas católicas, causó alguna vez el enojo del sacerdote, con su demora subsiguiente en leer la misa mientras las provocadoras involuntarias se quitaban el sombrero ofensivo. Las mujeres bogotanas se someten a la prohibición del sombrero hasta con agrado, encontrando en la mantilla el mejor recurso para esconder su tocado incompleto y su cabellera despeinada, sin impedir a la vez que su cara pintada y sus inquietos ojos negros se muestren lo suficiente. Para hacer visitas o ir de compras el sombrero a veces reemplaza a la mantilla, pero sin variar el color negro de esta. Tan solo los domingos y en reuniones sociales las damas se presentan en extravagantes vestidos de origen parisiense.

Naturalmente se me ha preguntado con frecuencia por la belleza de las jóvenes bogotanas. Pero de gustos no hay disputa. Algunos de nuestros paisanos han caído prisioneros de sus ojos y de otros encantos. A mí, las bogotanas del gran mundo con su cara pintada y su cabellera negra que baja hasta llegar a tapar los ojos, no me han parecido especialmente atractivas. Tan solo algunas de ellas, individualmente consideradas, me merecerían la calificación de bella o bonita. A los catorce años son muchachas casaderas, para resultar belleza pasada ya a los treinta la mayoría de las veces. Son mucho más frecuentes las estaturas esbeltas y las caras bonitas entre las muchachas del pueblo, de origen indio más o menos puro. El presumirnos poseyendo el monopolio de la perfección corpórea, no ea más que orgullo indogermánico injustificado. De los abusos de la moda, tan generalizados entre la alta sociedad, estas muchachas indias se han mantenido ajenas todavía. Polvos y cosméticos les son desconocidos. La larga cabellera negra se lleva partida sobre la frente, para caer en dos trenzas hasta la cintura. Su vestido sencillo es de estampado de algodón. Dentro de la casa suelen andar descalzas, mientras que para la calle calzan alpargatas. Por cierto, también en ellas la flor de la vida se marchita pronto. Las mujeres entradas en edad con deformes, su voz es áspera y chillona, sus movimientos ordinarios y toscos. No contentas cigarrillos, como las damas de alta sociedad, fuman tabacos a menudo metiendo la punta encendida boca adentro, en busca de mayor goce. De la cabeza dejan colgar la manta, un pañolón por lo general de color oscuro al igual que la falda y, para completar, encima de la manta se ponen un pequeño

sombrero paja, a menudo sucio y roto.

Los hombres suelen perder la flor de su juventud aún antes Muchas caras bonitas se observan en los niños de las c1 pobres, mal vestidos, a menudo solamente envueltos en harapos Pero ya en sus años de mocedad empiezan a sobresalir en ellos los rasgos característicos del indio chibcha, feos a nuestro n de ver. De estatura pequeña y débil por lo general, tienen frente baja, Pómulos salientes, nariz aplanada y chata, con su raíz casi a nivel de los ojos, estos pequeños y angostos, pie color amarillo oscuro, barba muy escasa. En resumen, la cara reúne todas las características del conocido tipo mongólico. El cabello de color negro, por lo general tieso y denso, de preferencia se peina hacia adelante para cortarlo apenas encima de cejas.

Al describírsenos los representantes de la clase baja indios puros, a lo sumo, como indios mezclados con blancos, por cierto no hemos de pensar en los héroes de cabeza adorna plumas que recordamos de nuestros cuentos juveniles sobre los indios de América del Norte como listos a descabellar en el acto a cualquier humano que cruzara en su camino. Los de aquí son bonachones inofensivos, de idiomas y costumbres dejados atrás y capaces de dirigirse al viajero en lengua española. Acostumbran arrodillarse humildemente ante el crucifijo. Han cambiado el adorno de plumas por el sombrero de paja. Llevan coloreada encima de la camisa y pantalón común y corriente, tal vez manufacturados en Alemania. Si no van descalzos, usan alpargatas, y, sobre todo, exhiben las perfectas huellas de la falta de aseo.

En toda calle bogotana nuestra vida suele tropezar con tipos llamativos pertenecientes a la clase inferior. Ahí tenemos los aguadores y aguadoras, llevando a las espaldas el agua desde las pilas públicas a las habitaciones, en enormes receptáculos de barro. Hay pobres diablos harapientos, simplemente llamados peones, parecidos a nuestros antiguos mozos de cuerda, esperando cualquier encargo. Otros ya pasan con cajones pesados al hombro, trasteando muebles en parihuela. Numerosos mendigos están sentados en el andén a lo largo de los muros de las iglesias, exhibiendo toda clase de úlceras y otras lesiones, hasta las más repugnantes, con el propósito de acentuar así su dependencia de la limosna implorada y tratando de esta manera de convertir en medio para lograr otro fin distinto, las deplorables consecuencias producidas por su estado de abandono completo. Allí observamos una cuadrilla de penitenciarios ocupados en barrer la calle o. dedicados a otros oficios similares. Para custodiarlos están circundados por un número casi igual de soldados, por lo general indios de Boyacá, muy jovencitos, de unos 14 a 15 años, y apenas capaces de cargar su fusil. Su uniforme es una imitación del que usan los franceses, pero encontrándose a menudo en estado deshilachado. Para cubrir la cabeza se suministran quepis, pero a falta de protección suficiente contra el sol, se prefiere el sombrero de paja, con el quepis puesto encima. Su manera de marchar y su porte dejan mucho que desear. En un todo, entre la presentación de los soldados y la de

sus custodiados apenas hay diferencia, prevaleciendo además un trato amigable entre unos y otros. Los oficiales, que provienen generalmente de la clase media, apenas se señalan por la impresión de inteligentes y distinguidos. Andan a menudo vestidos de civiles, portando como distintivos profesionales solamente su gorra y, de servicio, su espada.

Con esta descripción hemos generalizado los grupos de gente que más llaman nuestra atención en las calles bogotanas. El lector conocedor de Buenos Aires o Valparaíso tal vez echará de menos toda referencia a los extranjeros. En realidad, su número es insignificante. Así pues, de alemanes, mujeres y niños comprendidos, no hay más de 40 a 60 almas, comerciantes en su mayoría, profesores y artesanos los demás. La colonia inglesa, menos numerosa aún, está mas dispersa. En cambio, los residentes franceses e italianos son un poco mayores en número, aquellos de profesión modistos, peluqueros, ebanista y otros por el estilo y estos de preferencia latoneros y zapateros. Cada extranjero de posición es conocido de vista en todo Bogotá. Cada recién llegado se considera un fenómeno, siendo mirado con una boca abierta como tal, hasta transformarse en personaje de relieve, dentro del repertorio callejero bogotano.

Difícil es formarse una idea sobre la cuantía de la población metropolitana. Los censos realizados en determinadas épocas extrañan por los resultados tan extremamente diferentes entre sí como de lo vivo a lo pintado. A eso de 1800 se informa de 20 a 30 mil habitantes; los censos nacionales posteriores dan resultados: en 1843 los 40.086, en 1851 29.649 y en 1870 40.083 moradores. En cambio, los informes del gobierno de Cundinamarca, denuncian para loa años de 1881-1883 de golpe un total de 90.000 habitantes. Tal aumento al doble, producido en el curso de solo diez años, sería algo nunca oído, ni en el desarrollo de los centros industriales y las urbes nuestras, ni en las de loa Estados Unidos. Además, semejante crecimiento habría de reflejarse en el plano de la ciudad, el cual, sin embargo, denuncia una expansión apenas digna de mencionarse. Así, probablemente estamos en presencia de errores cometidos en uno de los censos comprendidos o, tal vez, en ambos. Para motivar nuestra dudas en cuanto al censo nacional, el más antiguo de loe dos, se podría evocar el re celo, muy común entre toda gente carente de instrucción, de someterse al censo. Pero también cabe la posibilidad de que el gobierno del Estado de Cundinamarca hubiera exagerado el número de habitantes capitalinos, sea sucumbiendo a una vanidad infantil o persiguiendo fines políticos, por ejemplo, el de aumentar así el número de sus delegados al congreso. A efecto de esto último, cabe recordar que, hace un par de años, el gobierno nacional, para resolver una situación por el estilo, se vio precisado a anular el censo del Estado de Bolívar.

Por lo tanto, para formar nuestro juicio en cuanto al número de habitantes de la capital, no nos quedará más remedio que el de guiarnos por la extensión de su superficie y las características inherentes a su uso. A1 efecto tenemos que la longitud en dirección norte-sur. medida desde San Diego hasta las Cruces, es de

unos tres kilómetros. Relacionándola con el ancho de dos kilómetros, comprobado en su punto máximo, llegamos a una extensión de superficie de unos 4 a 5 kilómetros cuadrados. En nuestra búsqueda de más puntos de apoyo para nuestro cómputo, recordamos que las grandes urbes alemanas están dando albergue para 20 a 30 mil habitantes por kilómetro cuadrado, desde luego teniendo en cuenta los cuatro a cinco pisos cubiertos por el mismo techo de la mayoría de las edificaciones, incluyendo el piso bajo y el subterráneo habitado.

En cambio, Bogotá tiene apenas medio kilómetro cuadrado ocupado por casas de dos pisos, siendo las demás de uno solo y, a excepción de los ranchos en los suburbios, de construcción bien esparcida. No obstante, nuestro cálculo pecaría por incompleto si dejáramos sin considerar el hecho favorable al mayor resultado de que el total de personas que ocupan una habitación de igual número de piezas, es mayor aquí que entre nosotros. Armonizando todos estos factores, creo no equivocarme mucho al estimar que Bogotá tendrá aproximadamente la mitad de habitantes por unidad de superficie que la urbe alemana, o sea un total de b0 a 60 mil almas.

Ahora recordamos las tres grandes capas sociales que nuestro vistazo nos ha enseñado como componente de la población bogotana, tales como las encontramos en la calle, por cierto sin observar líneas divisorias muy mareadas entre sí. Notable nos parece que estas capas sociales también correspondan a tres grupos etnológicos diferentes, pero dominando la raza blanca en la alta sociedad y la sangre india en las esferas bajas, quedando formada la clase media por una mezcla, más o menos. por partes iguales entre las dos. Esta composición de las clases por razas hoy no tiene base legal alguna, atribuyéndose su origen a una herencia conservada desde la época colonial, cuyas huellas no se hallan del todo borradas, si bien se encuentran indios de sangre pura en la clase alta lo mismo que castellanos de pura cepa en la hez del pueblo. Los descendientes de raza blanca se ufanan de su linaje español, especialmente en su trato con europeos. En cambio, al pueblo común se le ha ido perdiendo casi por completo toda conciencia racista. Como indio generalmente se califica, de manera despreciativa, al campesino pobre, mientras, pronunciado por boca de este, el mismo apelativo circunscribe x los indios bravos aquellos todavía no tocados por la civilización que, hablando su lengua propia, alguien viviendo en las planicies calurosas cubiertas de selva lo mismo que en algunos rincones montañosos.

Así las cosas, quedará naturalmente harto difícil obtener datos fidedignos sobre la composición etnológica de la población bogotana. Sería tarea digna de una comisión integrada por expertos imparciales, por ejemplo de médicos. Pero a falta de tal estudio, considero más confiable loa resultados de mis propias observaciones, corroborados por las de amigos, que las conjetura inspiradas por la vanidad nacional de escritores colombianos, acogidas también en libros publicados por ingenuos alemanes. A diferencia del 50% que estas indican, considero que tan solo el 15% puede calificarse de gente de raza blanca,

probablemente tampoco del todo libre de mezcla con sangre india, pero quedando esta en proporción insignificante para el caso. De negros y zambos no hay sino entre el 1 y el 2 por ciento, componiéndose el remanente de cholos, o sea una mezcla entre indios y blancos, y de indios puros o casi puros, por partes iguales más o menos.

Los apellidos son de origen español y, a veces, vasco. Los de origen indio, muy frecuentes para denominar lugares, no parecen existir como apellidos humanos.

De gran interés sería que un experto en costumbres españolas se pusiera a investigar estos nombres por su lado estadístico, para ordenarlos por sus provincias de origen, a fin de poder valorar así la influencia que sobre el desarrollo de las colonias españolas han tenido los nuevos colonos de acuerdo con su procedencia. Una fusión peculiar de nombres, apta para desorientar al extranjero desentendido, tiene lugar con el casamiento. La mujer conserva su apellido de soltera son después de contraer matrimonio, añadiéndole por medio de la preposición "de" el apellido del esposo. Así, Manuela Uribe de González es una señora apellidada Uribe; casada con un señor González. Por el contrario, el hijo de ellos agrega a su apellido paterno el de su madre, sea completo o mediante la mera sigla, por ejemplo: Eusebio González Uribe (o González U.). Así hermanos y hermanas quedan fácilmente distinguibles de parientes más lejanos, o de meros tocayos o tocayas, a no ser que ambos padres de unos y otros tuvieran los mismos apellidos. Esta usanza no refleja de inmediato la existencia del vínculo matrimonial, tal como lo hace la adopción del apellido del esposo por parte de su cónyuge en otras partes.

Los nombres por lo general son derivados de los santos del calendario o de personajes notables griegos o romanos. A1 efecto, no deja de parecernos curioso oír llamarse a los tipos más comunes Don Milcíades, Don Aristides, Don César, etc. Pues el nombre, en vez del apellido, se usa en el contacto común con otra gente, son de relaciones superficiales, y aun para dirigírseles en la tercera persona, anteponiéndose en este caso el "Don", excepto en trato de confianza, o de referirse a los peones de la clase baja. Con menos frecuencia se usa el calificativo de "Doña" quedando este reemplazado por "mi señora", "mi señorita" o del todo suprimido, para llamarse por su nombre tanto a señoras casadas como a señoritas. Esta costumbre desde luego, suele asombrarnos, en cierto modo, a los habitantes de los países septentrionales, .especialmente en vista de los nombres peculiares propios de muchas colombianas. ¿Qué diría, por ejemplo, una señora alemana al ser llamada de parte de un joven cualquiera, como Rosario (Rosenkranz), Constitución (Verfasaung), Concepción (Empfängnis), Mercedes (Gnade) o con otro nombre por el estilo?

La nobleza, abolida como casta con la independencia, hoy tampoco sigue existiendo en la vida nacional, lo mismo que loa títulos no son objeto de tanto abuso como entre nosotros, excepción hecha de aquellos de general y doctor, que

se oyen con frecuencia. Pues doctor no ea solamente el médico, sino también abogado y político cualquiera lo es, a la vez que es general quien en una de las revoluciones logró poner en pie unos cien hombres. Así que un colombiano radical, con sirve triunfante, alguna vez me expuso que, de llegar a Colombia, el Emperador Guillermo no sería más que Don Guillermo, a lo que yo, en burla, le respondí que, a mi modo de ver, por lo menos le correspondería el título de general. Tampoco al presidente se le trata sino de señor general o señor doctor, según el caso, corrspondiéndole el calificativo de E1 Ciudadano Presidente tan solo en relación con sus funciones oficiales.

En cuanto a la calificación de profesiones o del trabajo muy poco se observa en Bogotá, siendo la mayoría de los comerciantes a la vez hacendados, al igual que muchos abogados y médicos. Para vigilar las labores más importantes, sea las cosechas, o la inspección de la ganadería y del efectivo de caballos, van a sus haciendas una o dos veces al año. El hombre más acaudalado, con propiedades de varias millas cuadradas de extensión y con sus relaciones comerciales directas con casas europeas, no considera indigno el atender personalmente la clientela en el mostrador de su almacén abierto que mantiene en la ciudad. Ni los asuntos gubernamentales ni el cargo de juez, requieren preparación o carrera especial alguna. Lo mismo que en loa Estados Unidos de América y en otras repúblicas, tanto el presidente como los ministros y demás funcionarios para asumir su cargo con frecuencia abandonan su mostrador, su consultorio médico o el plantel, para regresar a tales actividades una vez cumplido su periodo. Pero igual que en aquellos países, también aquí entre la gente más acomodada y mejor preparada es notoria la aversión a los cargos públicos, a los cuales, en cambio, de preferencia se sien.

ten impulsados determinados abogados y políticos profesionales, que podríamos clarificar como el proletariado de esa capa superior. Es gente sin propiedad raíz ni de otros bienes que, en lugar de dedicarse a cualquier otro oficio, se mete en política, esperando que alguna revolución le gane supremacía a su partido, con un buen cargo público como recompensa personal y buscando mientras tanto su sustento en la acumulación de deudas o entregándose al juego.

La costumbre de aprender un oficio para ejecutarlo de por vida, tampoco entre las gentes de las capas sociales inferiores tiene mucho arraigo. En cambio, se vive conforme las oportunidades se presentan, trabajando ora de arriero o de mensajero en loa caminos, ora de recolector de corteza de quina en la selva, ora de albañil en una obra o de empacador o transportador de mercancías en un almacén. Asimismo suelen colocarse de sirvientes en casas de habitación o andar completamente ociosos.

Las clases altas

Las familias acomodadas de Bogotá, tal vez agrupables a la usanza inglesa como la sociedad bogotana, residen en la parte céntrica de Bogotá, bien sea en casas de dos pisos o en las mejores y más espaciosas entre las casas de un solo piso.

Para enterarnos mejor, entremos en una de esas casas con el objeto de observar a sus habitantes en el desempeño de su vida. Son muy contados los casos en que se encuentra el portón cerrado y provisto con timbre. E1 caballero, ea decir el hombre vestido de negro y calzado, acostumbra entrar sin más ni más, tratando de encontrar a alguien en la sala o llamando en voz alta al servicio. E1 peón, carente de tal libertad, se anuncia golpeando en el portón. "¿Quién es?" suena la pregunta desde adentro, encontrando invariablemente su contestación con un "!yo!". Desde luego, el interrogador ahora tampoco sabe quién se oculta tras la repuesta, pero habiendo guardado la forma, sin salir de su paradero contesta con un "siga" o "adelante". A1 principio, siguiendo la costumbre europea, nosotros golpeamos en el portón, manera aquí tan solo obligatoria para loa peones. Pero ya conociendo la conducta de los caballeros, también entramos sin más ceremonias.

Por el llamado zaguán, un pasadizo embaldosado, entramos al patio, un espacio abierto, bien sea simplemente enladrillado 0 pavimentado, o convertido en un pequeño jardín, según el gusto de los habitantes. Las piezas, dispuestas alrededor de este patio, van recibiendo luz y aire en la mayoría de los casos apenas a través de una sola puerta, ni siquiera con vidriera, que da sobre una especie de claustro que enmarca el patio y que tiene cubiertas sus paredes con las más curiosas pinturas, que representan paisajes idealizados, lagos, montañas cubiertas de nieve, volcanes y casas campestres italianas. Ventanas no se encuentran sino en las piezas que dan hacia la calle y en la que delimita el patio hacia atrás, generalmente destinada a comedor. Al lado de este, un pasadizo conduce al patio trasero, alrededor del cual encontramos colocadas la cocina y sus dependencias, lo mismo que tal vez unos dormitorios adicionales. Más atrás todavía hay un solar, o sea un espacio libre sin cubrir ni pavimentar, recinto para las gallinas, y en poblaciones más pequeñas, también para marranos, indispensables éstos al parecer para todo menaje. Con frecuencia allí se encuentra también un pequeño cobertizo para los caballos, animales estos de lujo mucho más generalizado aquí que entre nosotros, pero también indispensables para muchos como medio de transporte. Contadas casas de mayor extensión tienen otro patio más, intercalado entre el delantero y el trasero. En las casas de dos pisos, las habitaciones de categoría están dispuestas en el segundo, sirviendo el bajo en cambio por una parte de sótano y depósitos y por la otra de habitaciones para la gente de menoría disponibilidades, o para tiendas y talleres.

Este estilo arquitectónico, originario de Andalucía y Granada, ha cogido fama, habiéndose extendido por toda la América española. Cierta puede ser su ventaja

estructural en cuanto permite la separación de la vida hogareña de la callejera. Pero ¿no se habría adquirido esta ventaja a expensas de serios inconvenientes? Para mencionar algunos: la escasez de aire y luz es sobremanera sensible; la humedad del aire y las temperaturas bajas reinantes en Bogotá durante largos meses ciertamente no se compaginan con la necesidad de mantener la puerta abierta para tener visibilidad adentro, ni con las miradas curiosas, fáciles para todos los que entren a la casa o salgan de ella; todo acontecimiento, lo mismo que todo ruido estorba la tranquilidad y el aislamiento del habitante, sin posibilidad para este de prevenirse. A mí, por lo tanto, este estilo de construcción me parece más bien reñido con la atracción hacia una buena vida hogareña, susceptible, al contrario, de alejar al hombre de su casa o de considerarla apenas como medio de sustentarse, ya que la afición a la intimidad del hogar de por sí no está muy generalizada todavía.

Otro defecto de las casas bogotanas estriba en el material empleado en su construcción. El papel de los ladrillos cocidos lo hacen casi siempre los adobes, una especie de ladrillos secados solamente al aire, con el efecto de que, en el clima del ambiente, en el momento de usarse nunca están realmente secos. Su humedad inherente, aumentada por la que siguen absorbiendo, luego evapora, dejando la atmósfera enmohecida, especialmente característica de los pisos bajos, de reducida ventilación. Además, los muros así construidos son de poca resistencia, no aguantando cuadros de mayor tamaño ni otros objetos de peso, colgando de ellos. Pisos de madera no hay sino en los altos, siendo de adobe los de la planta baja cubiertos estos de amplias esteras de paja, por lo general más o menos estropeadas. Estando clavadas por su borde y, de ahí, raras veces removidas, van acumulando toda clase de polvo y mugre, formándose así escondrijos para pulgas y otros bichos.

Los precios de tales habitaciones, orientados por su ubicación, especialmente por su mayor o menor distancia del centro de la ciudad por lo general son sensiblemente altos, pagándose por arriendo de una casa alta de $ 120 a $ 200, por una baja de diez a doce piezas habitables, pero pequeñas, unos $ 60 a $ 120 y por un pequeño almacén en la Calle Real unos $ 80 mensuales, o sea precios superiores a los acostumbrados en la mayoría de las ciudades alemanas. Las causas están a la vista, siendo una, la pronunciada afluencia de 1 población hacia el centro de la ciudad, y otra, de más peso todavía, el alto costo de los materiales de construcción y otros componentes, así por ejemplo de la madera, por el inmenso y difícil trayecto de su transporte, del hierro y del vidrio plano por la necesidad de importarlos, sea de Europa o de los Estados Unidos, y, finalmente, de la mano de obra, la cual, debido a su reducido rendimiento, se compara desfavorablemente con el costo de la nuestra. Más aún se hacen notar los precios altos al adquirir el mobiliario de la habitación. He aquí algunos en vía de ejemplo: una mesa ordinaria sin pintar vale $ 8, una mesita taponada de $ 10 a $ 12, un armario pequeño taponado $ 25, un armazón de cama muy ordinario $ 26, una docena de las sillas sencillas aquí en uso, forradas en cuero común, $ 18, una

docena de sillas de Viena $ 120. Platos blancos comunes de porcelana salen costando $ 5 la docena, vasos ordinarios $ 4, un tubo de lámpara $ 0.60, un globo de lámpara $ 2.50.

Así no es de extrañar que, a nuestro modo de ver, el moblaje de las habitaciones colombianas a menudo deje tanto que desear, especialmente en los dormitorios. Pues el lujo de enseres domésticos elegantes no está al alcance de muchas familias, y aun donde encontramos muebles acolchados, posiblemente importados de Europa, lo mismo que muchos espejos y figurillas, con frecuencia las reproducciones ordinarias de pinturas al óleo que cuelgan de las paredes revelan el gusto poco desarrollado del dueño. En situación más favorable se halla el bogotano en relación con su alimentación que, por lo general, está disponible al mismo nivel de precios que eh las urbes alemanas. E1 bogotano suele levantarse poco después de las seis de la mañana. Luego de arreglarse rápidamente, toma su desayuno, por lo general una taza de chocolate. Entre las diez y las diez y media sigue el almuerzo, más sustancial que el anterior, y después, entre las tres y las cuatro y media de la tarde, la comida, muy parecida al almuerzo. Entre las siete y las ocho de la noche se sirve un refresco de dulces, o sea de frutas conservadas en almíbar, con chocolate, u hoy a veces, con té. Las dos comidas principales suelen ser muy abundantes, siendo cortos en variedades de platos, a pesar de la gran selección de frutas y legumbres disponibles. Su preparación se aparta con frecuencia de nuestros conceptos gastronómicos.

Las horas disponibles entre desayuno y almuerzo, lo mismo que aquellas entre este y la comida, los señores las dedican a sus negocios. yendo a la oficina o a la calle. Su trabajo raras veces es muy persistente y tenaz. El apuro febril, tan de usanza en los Estados Unidos, no se conoce aquí. Todo se hace de manera acompasada, habiendo siempre tiempo para una charla. Lentamente se pasea por la calle, se encuentra con un amigo, intercambiando una profusión de fórmulas de saludo. "¿Ya supiste de esto y aquello?". Y pronto la conversación va girando alrededor de los negocios, de la política o de los chismes locales. Llega otro amigo y otro más, para continuar todos charlando por horas, parados en medio del andén, cerrándoles así despreocupadamente el paso a los transeúntes. 0 se entra al almacén de algún amigo, ni pensando en hacer una compra o en cerrar un negocio, sino simplemente para pasarse una horita charlando. A la oportunidad no puede faltarle un buen trago de brandy, siendo excepcional así que un hombre llegue a la comida sin haberse tomado antes entre tres y cuatro copas. Relativamente raras son las veces que estas visitas redundan en alguna compra. Quienes van entrando con este propósito, por lo general son atendidos por el empleado, a no ser que se trate de un comerciante de provincia, con cierre de algún negocio de magnitud en perspectiva. Por lo demás, el trabajo diario se reduce a escribir unas pocas cartas aumentando estas un poco en número tan solo cada seis días, con motivo del cierre del correo con destino a Europa. Después de la comida, se pasa una hora más en el almacén, atendido mientras tanto por un empleado. A las seis se cierra. Entre las cinco y las siete de la tarde,

tanto el altozano -terraza amplia delante de la catedral- como el camellón de San Diego, se hallan repletos de paseantes, hombres en su gran mayoría. Solamente por excepción se observa a un marido acompañado por su esposa.

Para las señoras el día comienza con la asistencia a misa. Esta salida a misa ofrece la mejor oportunidad a los jóvenes para entablar contacto con la señorita de su corazón. Los domingos ellos vienen formando verdadera calle, por la cual las representantes del bello sexo han de pasar. Aun durante la misma celebración del servicio parece que los galanteos suelen aventajar a la devoción, por lo menos a juzgar por algunas novelas colombianas. Durante todo el resto del día las damas distinguidas casi nunca se ven por la calle, así como a las jóvenes solteras, según la antigua tradición española, les queda del todo vedada la salida a solas, dando al efecto los jóvenes elegantes, por su parte, motivo suficiente para perpetuar esta prohibición, por cuanto a menudo obstaculizan el paso por el andén para molestar a las damas transeúntes con insolentes miradas. Por cierto que la joven bogotana no siempre les suele reprochar estas, encontrando a veces su 'placer en retornarlas a su modo: Privada así de frecuentes salidas, acostumbra pasar gran parte del día sentada en la ventana, para de este modo buscar la oportunidad de continuar cultivando el lenguaje de los ojos. En ninguna otra parte el uso de ventanear tiene tanta práctica como aquí. Pronto la expresión visual es acentuada con el discreto intercambio de diminutos mensajes escritos, prolongándose este trato durante meses, así que, de oídas, en muchos casos los novios no se habrán visto en ocasiones diferentes antes de contraer promesa de matrimonio.

Muy difícil queda desde luego para el viajero tratar de formarse un concepto sobre la vida hogareña y conyugal acostumbrada en otro país. E1 bogotano suele brindarle a su esposa una exquisita delicadeza, empezando por tratarla como su señora (patrona). Con todo, a mi parecer, matrimonios realmente felices y equilibrados no son tan frecuentes, así como los galanteos urdidos por mujeres casadas tampoco son muy excepcionales. Pero aun así, no quiero menospreciar la opinión contraria de un comerciante europeo, basada en 25 años de vivir en Bogotá, quien a la mujer la tiene en alto aprecio tanto como buena ama de casa como madre excelente. A mi modo de ver, la mujer va pasando gran parte del día entregada a la dulce ociosidad, pero ¿será que mi impresión de mero viajero me engaña?

Para los niños los días transcurren con bastante ocio, ya que el colegio no lea demanda sino pocas horas, y siendo contados loa casos en que fuera de ellas se encuentre un muchacho o una niña siquiera leyendo un libro. Pero ¿de dónde esperamos que les venga la afición por la lectura, a falta casi total de ejemplo y estímulo de parte de loa padres? Tampoco los juegos alcanzan a divertir a los niños de la clase alta, a diferencia de los indiecitos que encuentran placer en simplemente jugar a las piedritas y otras cosas. Aquellos parecen demasiado indolentes para gozar de pasatiempos juguetones. En cambio, ya desde temprano empiezan a vagar por las calles, malgastando su tiempo con galanteos. Habiendo

salido apenas de la niñez las niñas con 14 y los jóvenes con 16 años, a lo mejor ya van pensando en contraer matrimonio, abandonándose a toda clase de fiestas sociales.

la vida social bogotana tiene mucho en común con la nuestra o, más todavía, con la de los pueblos romanos de Europa. Sobre todo en contraste con la vida en tierra caliente, resulta en forma hasta repugnante observar a los bogotanos sometiéndose a toda clase de cumplidos exigidos por la etiqueta europea, solamente por considerar esta como parte predominante de la civilización. Tal como en Inglaterra, tampoco aquí es permitido al forastero ir a ver en su habitación particular al caballero, sea para entregarle su carta de introducción o buscar contacto por otro motivo cualquiera. Ea la oficina o negocio de este donde habrá de ir, para tan solo después de haber recibido a su vez la contravisita en domingo por la mañana, ir por su parte a ofrecer sus respetos a la señora. Con este cumplimiento ea recomendable esperar hasta el domingo siguiente, ya que entre semana la dueña de la casa tardaría mucho en recibirlo.

Tan solo en. ocasiones especiales se ofrece un banquete o un almuerzo, no dejando estos entonces nada que desear. Casi desconocidas son aquí las invitaciones para un almuerzo sencillo, tan tradicionales sobre todo en Inglaterra. La forma de más aceptación para reuniones en sociedad la constituyen sin duda las veladas bailables, orientadas hacia el mayor número posible de asistentes como primer requisito para el éxito de la fiesta. Dicho de paso sea, que para estas ocasiones nuestras danzas giratorias, entre ellas sobre todo el vals, han totalmente eliminado las antiguas danzas españolas. Con frecuencia familias amigas se visitan en horas nocturnas al rededor de un bailecito improvisado. A veces varias familias se ponen de acuerdo, pasando una seña discreta a aquella que se pretende coger desprevenida con la visita.

A1 mestizo le son propias ciertas amabilidades y facilidades en sus modales en el trato, menos expeditas en nosotros, loa germanos, que somos un tanto pesados. Tal como en todos loa descendientes de loa españoles, la cortesía ea la principal norma de su conducta. Tan así ea, que pasando como poco culto el defender idea opuesta en una conversación, se llega al extremo de poner uno a la disposición de otro su casa, su caballo, en fin, todos sus haberes. Basta que el otro encuentre digno de su elogio cualquier objeto, para que este fuera declarado de su propiedad. Contrario al inglés, con su actitud reservada, aquí las personas aun de trato somero se saludan con un estrecho abrazo y golpeándose el hombro. A muchos viajeros alemanes lea ha impresionado tanta cortesía elocuente y tanta afabilidad aparentada. Yo, en cambio, confieso que semejante elegancia de forma contribuyó a hacerme resaltar más la endeblez de los mestizos, hasta el extremo de haber anhelado a menudo un poco más de franqueza y de sinceridad. Pues raras veces la cortesía de palabra anda pareja con la del corazón. Así, ni remotamente el mestizo se sentiría obligado a la lealtad hacia quien hubiera sido objeto de su afecto. A1 contrario, quedaría sorprendido en sumo grado de que el

otro tomara en serio sus tantas veces repetidos ofrecimientos y promesas. Libros prestados suelen devolverse tan solo después de haberse reclamado varias veces. Invitaciones dejan de contestarse del todo o se responden apenas a última hora. Cuentas a menudo no se pagan, yendo la falta de puntualidad al extremo de que un prominente colombiano llegó tarde a una audiencia concedida por el Sumo Pontífice.

Esparcimientos distintos de las fiestas sociales hay pocos en Bogotá. Muy de vez en cuando viene un conjunto de actores españoles de teatro o de cantantes italianos, para ofrecer sus comedias u operetas. Conciertos, presentados aquí por aficionados exclusivamente, se dan raras veces.' Tampoco los restaurantes juegan un papel digno de mencionaras en la vida bogotana, siendo del todo desconocida la costumbre de reunirse en amena tertulia para echar copas. En su lugar, los jóvenes se entregan a las llamadas parrandas, comparables a las visitas a tabernas (Bierreisen) en uso en muchas ciudades universitarias alemanas, distinguiéndose de estas, sin embargo, por su vivacidad todavía más turbulenta. Apenas un cuarto de hora se demoran ante el mostrador de la tienda, correspondiendo este más o menos al bar norteamericano, pero faltándole mucho para alcanzar la elegancia de su arreglo y su variedad de bebidas. Uno de los participantes paga una tanda de brandy, el trago favorito, o también de cerveza. Luego, a veces después de interponer una serenata, pasan a la tienda siguiente, pagando otro la tanda, y así por el estilo. Los cachacos ricos suelen aumentar su deleite todavía con una pequeña cena, a menudo con asistencia de acompañantes femeninas. Aquí no puedo pasar por alto la costumbre de la mayoría de los colombianos jóvenes, de apartarse con frecuencia de la senda de la virtud, siendo las relaciones con la favorita muy generalizadas. Muchos de los caballeros de mayor edad se hallan entregados a los juegos, entre ellos el tresillo como el predilecto, muy parecido al "hombre", y, como este, no tan inocente al hacer juego fuerte, como es de costumbre, con el resultado no tan excepcional de cambiar de manos el equivalente de 8.000 marcos en una noche.

Los domingos entre las tres y las cuatro de la tarde la banda militar acostumbra ofrecer un concierto gratis, de ejecución bastante buena, en la plaza de Santander, que entonces se constituye en el lugar de cita de todo el mundo elegante. Paseos de mayor extensión o excursiones, raras veces se emprenden, así que la gran mayoría de los bogotanos y las bogotanas nunca han buscado la oportunidad de echar un vistazo a su ciudad y a la sabana desde lo alto de las capillas de Monserrate y Guadalupe. A lo mejor suelen salir en bus al cercano Chapinero de vez en cuando para gozar de un «picnica en el restaurante del lugar. Para muchos hombres la gallera es una atracción tal que allí pasan toda la tarde. Es la arena para riña de gallos, situada en una casa suburbana. A nosotros nos extraña la constancia y hasta la pasión que caracteriza a los visitantes siguiendo la lucha encarnizada de los pobres animales, así que a mí me causaba tanta repugnancia el espectáculo que pronto lo abandoné. Corridas de toros ahora se dan con poca frecuencia en Bogotá, no ofreciendo ellas tampoco los rasgos

sangrientos en extremo inherentes a los de la madre patria o del Perú. Además, parece que la propia corrida ha venido cediendo gran parte de su interés para el público en favor de la ocasión para exhibir este su vestimenta.

La fiesta de Pentecostés pasa indiferente en la vida bogotana a diferencia de la costumbre nuestra de aprovecharla para pasar al aire libre y admirar el despertar de la naturaleza. Aquí, loa meses de mayor belleza natural, por lo tanto preferidos para viajar, son diciembre y enero, es decir, cuando el sol llega a su menor altura. Pero el interés de moverse de lugar a lugar para absorber siempre nuevas impresiones es algo extraño a los colombianos. La naturaleza no les inspira mayor entusiasmo, imponiéndoles viajes, en cambio, molestias y sacrificios en medida tal, que el aspecto de gozo se les va trocando en la sensación de un mal necesario. Así las cosas, los viajes a la colombiana se asemejan más bien a lo que para nosotros son temporadas de playa, sustituyéndose los aquí desconocidos cambios de temperatura estacionales por los de lugar. Para tal fin los veraneantes van por algunas semanas a un sitio, lo más cercano posible, pero ya de clima más caliente, para gozar loa días haciendo paseos a caballo en común, en combinación con baños en el río y dedicar las noches a la charla, al baile o al juego.

Por lo visto, guardadas proporciones y posibilidades, todo tiene cierto parecido con la vida en un balneario europeo, exceptuando el número de los veraneantes, mucho más reducido aquí, lo mismo que el hecho de que, a falta del casino (Kurhaus), la vida social va realizándose en las casas particulares.

De gran importancia en la vida de los bogotanos acaudalados es un viaje a Europa o a los Estados Unidos. No es la madre patria la que en Europa se visita de preferencia, así como tampoco Inglaterra atrae mayormente a los visitantes y Alemania menos todavía. En cambio, París es el sueño de todos los criollos. Allá se envía al joven para completar sus estudios, lo mismo que allá van el hacendado y el comerciante con fortunas acumuladas, para gozar de la vida. A1 igual que la visita a la capital para un habitante de pueblo, una estadía en París será para el bogotano el mejor y más duradero recuerdo para saborear después del retorno a la vida monótona de su ciudad natal.

Las clases media e inferior del pueblo

La clase media ostenta la mezcla de los rasgos característicos del indio con los del español en sus matices más variados. De ahí proviene la aún mayor dificultad de recogerla en un solo marco descriptivo, haciéndose más provechoso su estudio en las ciudades más pequeñas de provincia que en Bogotá, donde le hace falta el contacto característico con la vida de campo. En el pueblo, en cambio, se ha ido formando una modalidad urbana especial de artesanos, de empleados de comercio, de dueños .de tienda y de empleados subalternos. En parte estos han

llegado hasta prescindir de ruana y sombrero de paja, para imitar la indumentaria de estilo europeo de las capas superiores, así que para ellos a veces la calificación colectiva de "gente de ruana", a decir verdad, ya no vale. Sus habitaciones, por cierto ya construidas de adobes, blanqueadas y cubiertas de tejas de barro, abarcan de dos a diez piezas habitables y vienen ocupando la zona que acto seguido circunda el propio centro de Bogotá, tal como ya hemos visto por el plan de urbanización de la capital. Por lo general tales habitaciones son compartidas por muchas personas, ya que no solamente los padres con sus por regla numerosos hijos forman el hogar, sino tanto hermanos y primos de los primeros suelen vivir con ellos, lo mismo que aun matrimonios de los propios hijos con su descendencia a menudo siguen haciéndolo, reduciéndose considerablemente en esta forma la gran amplitud que en modo de residir admirábamos al principio. Supongo que el moblaje de tales viviendas será bastante escaso, pero confieso no haber tenido oportunidad suficiente para formarme una idea fundamentada al efecto. Asimismo me propongo dejar de examinar más de cerca las comidas, previendo las mejores ocasiones de observar las costumbres que, sin duda, me brindará el contacto más frecuente con esta clase de gente durante mis viajes por el país.

La remuneración del trabajo, expresada en moneda, equivale más o menos a la pagada a las respectivas categorías en Alemania, pero considerando el costo mucho más elevado de habitación, vestimenta y necesidades más refinadas de la vida, el trabajador bogotano ha de contentarse con un modo de vivir más estrecho. La peor parte les toca a loa empleados públicos de inferior categoría, que suelen recibir su salario de poca cuantía con meses de atraso, quedando así precisados a empeñarlo a un costo exorbitante. Pero no obstante es de extrañar el número muy crecido de individuos que aspiran a que un cambio de gobierno los favorezca con uno de tales puestos, para vivir mientras tanto de dinero prestado o de negocios ocasionales, según el caso. Su preferencia por la vida urbana y su aversión al trabajo duro son los móviles inherentes a esta actitud, que tanto contrasta, por ejemplo, a la determinación de luchar, por arrebatarle a la selva los medios requeridos para elevar el nivel de vida, tanto de la propia como el de sus descendientes. La educación de estos individuos raras veces sobrepasa la adquisición de las nociones más elementales, siendo sus maneras de portarse apenas una caricatura de la de las capas superiores.

La gente de la clase baja vive en ranchos de reducidas dimensiones construidos de barro y con techo pajizo, en loa suburbios y a orillas de los ríos, o a veces habita en los bajos de las casas altas, en cuanto estos no sean ocupados por tiendas o talleres. Son muchas las personas así apretadas en un espacio limitado, ya que fuera de los hijos a menudo viven con los padres algunos parientes de estos, de ambos sexos. Semejantes condiciones de vivienda, claro está, no favorecen precisamente ni la salud ni la moral de los habitantes. Pero cuidémonos de subrayar demasiado este aspecto, para no provocar en algún colombiano el deseo de establecer la comparación con las circunstancias sociales todavía

existentes en los Montes Metálicos (Erzgebirge) y en muchas urbes alemanas, pues ella apenas resultaría en favor de estas. Las instalaciones de las habitaciones descritas son más que deficientes. En la alimentación, 1a papa, el maíz y también la cebada constituyen loa productos preponderantes, principalmente en forma de sopas espesas. El consumo de carne excede el acostumbrado entre las clases pobres de Alemania; el pan blanco y el chocolate casi nunca faltan en la mesa de la gente pobre en extremo. La cerveza se reemplaza por la chicha (1), una bebida preparada por fermentación de harina de maíz con miel de caña de azúcar. Resulta un poco más costosa que la cerveza común y corriente en la Alemania Central, pues el litro vale medio real, pero también contiene probablemente más sustancias nutritiva. Tal como para el bávaro la cerveza, la chicha constituye para el bogotano real, la verdadera esencia de la vida. Su capacidad para consumiría es increíble y, teniéndola a su alcance, pocas aspiraciones abriga en cuanto a otros medios de nutrición.

Así, los mendigos y loe mozos de cuerda, que forman la hez de la población, acostumbran gastar hasta el último centavo de sus entradas en chicha y aguardiente anisado. La mayoría de las veces su vestuario está tan desarrapado y tan asquerosamente sucia como ellos mismos; en vano buscaríamos paralelo con los vagabundos, son los peores, de nuestra tierra. Su posada la suelen establecer en el marco del portón de una casa cualquiera, protegidos por el clima un tanto benigno contra los males e incomodidades adicionales del frío y sin temor de ser despertados y entregados a la policía por el sereno. Ni el habitante de la casa, al tropezar contra ellos a su regreso tardío, logra estorbar mayormente su sueño profundo.

(1) Originalmente la chicha se componía de maíz machacado y agua; hoy día apenas se ha conservado en algunas regiones apartadas, habiendo entrado par lo general la miel de caña como integrante esencial. Mucho se ha dicho en contra de la aseveración de Gerstseker de que el maíz es masticado previamente por mujeres viejas; pero parece que esta usanza en determinadas regiones se mantiene todavía.

En suma, notamos en el pueblo de la ciudad ciertos rasgos de depravación, que generalmente hablando no existen en la población campesina. En este sentido Bogotá viene ejerciendo una influencia idéntica a la exteriorizada por las urbes europeas. Es especialmente la juventud masculina la que afluye aquí de todas partes, movida por la esperanza, fundada o no, de encontrar trabajo mejor remunerado y mayor disfrute de la vida en comparación con las posibilidades ofrecidas por las localidades pequeñas o por los ranchos solitarios. Arrancados del ambiente acostumbrado de vida patriarcal, expuestos a las seducciones que trae la urbe, enfrentados con el ejemplo, a menudo poco favorable, que les da la juventud instruida, los recién llegados quedan sometidos a una transformación no del todo enderezada hacia su bien. Por cierto, hacen suyos determinados modales, ausentes en los obreros nuestros, dando por ejemplo "mil gracias" por

una cosa o un favor recibido y no retirándose nunca sin pedir previamente el permiso de hacerlo. Andan, entre otras extravagancias, con un jipijapa de ala ancha puesto, pero no se bañan sino una sola vez al mes, escupen cada rato y sus nociones escolares a lo mejor los capacitan para leer y escribir un poco y quizá usar las cuatro operaciones. Son muy mentirosos y entregados al rateo en pequeño en toda oportunidad, pero impedidos por su cobardía para cometer robos mayores y otros delitos graves. Pueden mostrarse desde serviles en extremo hasta impertinentes, según les convenga. Muestras típicas de estos últimos atributos las dan los mozos de cuerda al contestar con su gritería de desacuerdo con el pago en cuantía acostumbrada de pequeños mandados, para exigir el doble o hasta el triple, especialmente a los extranjeros, Solamente ante la resistencia de estos resuelven desistir, para irse a gastar lo recibido en la chichería más cercana. También con su ayudante personal uno tiene problemas por el estilo, gastando este sus dos a tres horas para cumplir un encargo en el cercano centro de la ciudad, tratando de sustraer unos reales del dinero llevado cuantas veces pueda y disculpándose con los cuentos más intrincados. De no aceptársele estos, y de recriminársele en cambio su falta, probable es que vuelva las espaldas para marcharse, redundando en su provecho el poco peso de sus haberes, que constan de un solo atado. A falta de encontrar otra oportunidad de colocarse en el mismo oficio, confía en su suerte favorecido con un trabajo de albañil o de arriero, o, en últimas, de vivir más estrechamente por lo pronto. Por poética que se pueda considerar esta inclinación hacia la independencia de una residencia fija, del trabajo estable, de l profesión escogida y de toda disciplina severa, ciertamente no contribuye al progreso social.

La ventaja de cierta sujeción es bien notable en el género femenino. Las sirvientas, con sus limitaciones para salir de la casa, son más serviciales y más amantes del orden que muchas muchachas alemanas, especialmente cuando están bajo el régimen de una buena ama de casa. A falta de vigilancia, empero, suelen a menudo perder los estribos, para quedar dominadas por las malas influencias tan en asecho en la vida urbana.

El peón bogotano común y corriente devenga de seis a máximo ocho reales por día (equivalente a 2.40 a 3.20 marcos alemanes respectivamente). De soltero necesita de dos a tres reales para su alimentación. Su vestimenta tampoco acostumbra recibirla regalada. Así, por una ruana necesita desembolsar por lo menos 30 reales, por los pantalones unos 20 a 40 reales. Casado a temprana edad, como es la regla, además de sostener a su propia familia, sigue apoyando a su madre y a sus hermanos, como expresión agradecida del amor paternal, rasgo muy arraigado especialmente entre la gente de la clase baja. Lo que, con todo, llegue a sobrarle, lo suele enterrar o esconder de otra manera como recurso para casos de enfermedad u otra emergencia, o para emplearlo en negocitos, siempre soñados, pero con resultados raras veces remunerativos.

A primera vista la vestimenta ordinaria y a menudo haraposa, lo mismo que las

habitaciones deficientes, dan la impresión de que la suerte del peón bogotano fuera todavía mucho más lamentable que la del obrero alemán. Pero al convencernos que el primero en general no conoce el martirio del hambre, y que el clima siempre suave lo exime de los sufrimientos del frío, nos volvemos pensativos y dispuestos a revisar tal impresión. El peón bogotano está satisfecho con su ruana y sin anhelos de mejorar su alojamiento. Así que muchas veces es mera falta de aspiraciones lo que teníamos por pobreza extrema, originándose a su vez tal ausencia de necesidades en el bajo nivel cultural. Todo peón de la capital, de intentarlo, podría elevar su nivel de vestimenta y de habitación. Dudosa quedaría su capacidad de someterse a los requisitos indispensables, es decir, un trabajo constante unido a la determinación de ahorrar, para así hacerse a los medios y escalar una posición social más elevada. Es la vida urbana la que atrae al campesino, pero para procurar un sustento seguro para sus hijos necesariamente tendrá que regresar al campo.

Clima e higiene

El clima de Bogotá se ha descrito como de eterna primavera. Cierto ea que la temperatura media diaria durante todo el año gira al rededor de los 14 a 15 grados centígrados,' con fluctuaciones insignificantes de una estación a otra, fenómeno casi idéntico al reinante entre nosotros en junio y septiembre. Pero ya Humboldt (1) había comprobado la diferencia entre estas cifras y el disfrute de la vida real permitida por este llamado clima primaveral eterno. Así, en las horas del mediodía, a menudo hay un calor muy elevado, con intensidad de los rayos de sol suficiente para causarle a uno quemaduras dolorosas en la nuca cuando está al sol. En cambio, en días nublados o de lluvia, la temperatura baja lo suficiente para hacer sentir frío en las piezas de habitación, provocando el deseo del calor mitigante de una estufa o, por lo menos, de una morada más abrigada. Si bien la niebla y la Lluvia pueden tornarse en molestas, justo ea también prevenir contra las generalizaciones acostumbradas por viajeros que, por mala suerte, casualmente encuentran a Bogotá en tales condiciones atmosféricas, para proceder a desacreditar su clima. Verdad ea, en cambio, que semanas y hasta meses hay para gozar de un tiempo espléndido con un cielo casi completamente despejado. A diferencia de la temperatura media, casi constante a través de las estaciones, las precipitaciones demuestran su ciclo anual, si bien carente aquí de la brusquedad tan característica en las regiones bajas del país. Por épocas de lluvia o invierno se tienen los meses siguientes a los equinoccios, con días en que predominan las mañanas serenas y hasta despejadas, pero seguidas a menudo por verdaderos torrentes de lluvia o de destructivas granizadas en las horas de la tarde. Del todo diferentes son las condiciones atmosféricas características de los meses de junio a septiembre. Aunque estos se califican de verano, en concordancia con la usanza para las tierras bajas, el cielo se presenta casi permanentemente cubierto de nubarrones bajos que producen una fina llovizna casi ininterrumpida, los llamados paramitos. Aunque de poco volumen de agua, es

su pertinaz duración la que contribuye a causar una impresión de mayor desagrado que las propias estaciones de invierno. El tiempo más hermoso suele presentarse de mediados de diciembre a mediados de marzo, ofreciendo condiciones atmosféricas serenas, casi siempre ausentes de sorpresas causadas por paramitos o aguaceros.

En cuanto a las influencias medicinales del clima, lo mismo que a las condiciones de salubridad de Bogotá, la ciencia poco ha investigado hasta ahora, estando el profano de por sí precisado a la cautela obvia para hablar de estas materias. Ausentes están, gracias tanto a la elevación sobre el nivel del mar como a la temperatura fresca, todas las enfermedades propiamente tropicales, tales como las fiebres graves, afecciones al hígado y similares, molestando la malaria común en general solamente a quienes la han adquirido en tierra caliente. Tampoco la tuberculosis afecta a los habitantes de Bogotá, abrigándose en cambio para los tísicos llegados de afuera la esperanza de prolongar su vida o hasta de curarse completamente. En este sentido Bogotá parece tener mucho en común con Davós, así que especialistas ingleses han comprobado resultados bastante satisfactorios en sus pacientes enviados acá. Por otra parte, la enfermedad característica de Bogotá es el reumatismo, que en el tiempo húmedo y fresco, agravado con las puertas mal ajustadas de las habitaciones, encuentra el semillero propicio para desarrollarse.

También el tifo es endémico, pero probablemente menos atribuible en línea recta al clima que a la falta impresionante de aseo y a la deficiencia de las instalaciones sanitarias de toda clase. Aterradora es la frecuencia como se presenta la lepra tanto aquí como en tierra caliente.

Ni para los médicos ni para los farmacéuticos se requiere aprobación estatal alguna para ejercer. En años anteriores por lo general había uno o varios médicos europeos dedicados a su profesión. Parece que el éxito de ellos en parte guardaba proporción con su habilidad de representarse a sí mismos y de infundir respeto a los colombianos. También durante mi primera estadía en Bogotá, estaba ejerciendo todavía un paisano alemán, el doctor Walz, a quien quedo obligado por el tratamiento cuidadoso de un ataque tenaz de fiebre que sufría. Pero al cabo de unos meses se despidió de Bogotá, dejando el campo de actividades solo a médicos colombianos. Debo confesar que mi suerte de ganar confianza en estos se ha mantenido limitada, no obstante el estudio al que muchos de ellos han dedicado algunos años en París o Londres, e inclusive habiendo aprobado en parte sus exámenes. Pero su preparación, con todo, es superficial, distinguiéndose apenas unos pocos por el afán de continuar sus trabajos científicos una vez regresados al país. Para la mayoría hasta un examen detenido del paciente les queda trabajoso en demasía. Uno de los facultativos más afamados de Bogotá, al auscultar a un enfermo, se puso al oído el terminal del estetoscopio destinado al pecho del paciente. Casi todo médico tiene su propia farmacia, para prescribir de preferencia medicamentos en existencia y salir

aventajado, además, con la cuantía recetada de ellos. Sorprende en Bogotá el número de farmacias, pero en su mayoría se hallan mal surtidas y con frecuencia de productos pasados de tiempo y dañados.

En bien de la higiene pública es poco lo que se hace. Medidas de parte de la policía sanitaria casi no se conocen, explicándose así el amontonamiento de basura en las calles, especialmente en los barrios periféricos, lo mismo que la acumulación de inmundicias en el lecho de los riachuelos durante las épocas carentes de lluvias. Sin duda estos fenómenos ya observados durante nuestras correrías por la ciudad, vienen constituyendo poderosos focos de gérmenes infecciosos. Muchas habitaciones existentes en los bajos de casas de dos pisos pero sin acceso al patio para sus moradores; así quedan estos obligados á servirse de la vía pública para hacer sus necesidades naturales. También en muchas habitaciones de mayor categoría la instalación del retrete deja mucho que desear. Hospitales públicos sí los hay, pero su estado es muy lamentable, lo mismo que el del manicomio dirigido por monjas francesas, a cuya orden el Estado ha confiado sus bienes pagando con mucha demora y en cuantía insuficiente los medios para el sostenimiento de la institución. Para agravar la situación hasta la gente más acomodada suele enviar sus parientes allá, pero sin aportar nada a loa gastos. Así que tanto las monjas como los enfermos durante meses no prueban alimento distinto de la papa.

Muy significativa entre las circunstancias bogotanas es la frecuencia de la epidemia variolosa. Combatirla mediante la vacuna preventiva obligatoria sería difícil, pues su implantación legal tropezaría con los principios de libertad reinantes en Colombia, en tanto que a su realización efectiva se opondría el continuo ir y venir de la gente, sin posibilidad para la deficiente policía sanitaria de abarcarla para el caso. Tan solo ya en presencia de la epidemia y ante el pavor de las clases dominantes suelen aplicarse medidas enérgicas, hasta el extremo de apostar tropas a la salida de las iglesias, para someter a cada visitante del culto a su vacunación forzosa. Entre tanto la viruela se ha extendido considerablemente. Muchas casas y ranchos, sobre todo de los suburbios, han izado la bandera amarilla en señal de albergar una persona infectada, a la vez que numerosas zorras la ostentan para identificar un transporte de enfermos al hospital o de muertos al cementerio. E1 hospital especial destinado a los infelices, la Casa de los Alisos, situado en las afueras de la ciudad, ya pronto agota su cupo máximo. En 1882, por colecta pública se reunieron los medios para construir barracas y adquirir camas y accesorios. Una vez declarada por dictamen facultativo la cesación de la epidemia, se ofrecieron estas camas, lo mismo que la madera de las barracas, al manicomio. Ante el rechazo de parte de las monjas, las cosas pararon, a precios reducidos, en manos de integrantes más pobres de la población, con el efecto obvio de surgir otra epidemia.

Conexiones de Bogotá con el mundo

A Bogotá la distingue su ubicación peculiar, pues está situada en el centro del país, a gran altura en la cordillera y aislada de la costa por extensiones enormes de selva virgen, escasamente pobladas. Así, por ejemplo, está a más de 700 kilómetros de distancia del puerto marítimo de Sabanilla, o sea aproximadamente igual a la de Frankfurt a Budapest o la de Viena a Hamburgo. En condiciones acuáticas favorables gastamos siete días navegando en el río Magdalena, pero no es excepcional el caso de requerir tal viaje varias semanas. Luego era preciso trasmontar dos serranías bastante altas a lomo de mula, en viaje de dos o tres días, para terminar recorriendo en coche la última parte con relativa rapidez. Cierto es que al puerto de Buenaventura, en la costa Pacífica, lo separan de la capital apenas 330 kilómetros, o sea menos de la mitad, pero la necesidad de salvar en este trayecto tanto la Cordillera Central como la Occidental, tornaría esta alternativa incomparablemente más fatigosa. Lo mismo que los sitios de la costa, también los demás lugares importantes del interior imponen viajes largos y penosos como único medio de alcanzarlos. Así, tanto el viaje de Bogotá a Bucaramanga como a Neiva requieren semana y media, a Cúcuta o a Medellín unas dos semanas, y a Popayán sus tres a cuatro semanas.

Agregando a la consideración de las meras distancias lo penoso que son los viajes en Colombia, fácil quedará imaginarse que el tráfico entre la capital colombiana y el mundo no sea muy intenso que digamos. Para reabastecerse de mercancías, los comerciantes de las poblaciones menores acostumbran trasladarse a Bogotá una sola o a lo sumo dos veces al año. Fuera de ellos, en general son solamente los políticos y las personas interesadas en concretar tal o cual negocio oficial, las que emprenden semejante viaje. Por la misma razón, la llegada de un viajero europeo se considera como un suceso excepcional.

También el aprovisionamiento de Bogotá con mercancías procedentes tanto del exterior como de otras regiones del país, se dificulta por su ubicación aislada lo mismo que por lo deficiente de las vías de comunicación. A1 efecto, el transporte de una carga de diez arrobas, o sea 126 kilos, a lomo de mula cuesta el equivalente de 30 a 40 pfennigs por kilómetro, mientras que en Alemania su despacho por expreso en ferrocarril demandaría de 6 a 8 pfennigs por kilómetro. Así que el traslado de una mercancía de Honda a Bogotá recarga el costo de esta a razón de 20 a 30 pfennigs el kilo. A falta de hacerlo a lomo de mula, la reexpedición de unidades voluminosa o frágiles forzosamente queda relegada a la fuerza humana. De tal modo, el transporte de un piano común y corriente de Honda a Bogotá llega a costar 660 marcos, y el de uno de cola unos 1.300 marcos. Unidades voluminosas da maquinaria no desmontable a menudo se oponen del todo a ser movilizadas por este camino, quedando retenidas en Honda como única alternativa.

Un tanto mejor están las cosas en el ramo de las comunicaciones. Considerando las condiciones existentes, es justo calificar el servicio de correos como satisfactorio. El transporte del correo de la costa a Bogotá está contratado con una de las empresas de vapores del río Magdalena, con base en una salida cada seis días río arriba desde Barranquilla. Pero el cumplimiento de este itinerario con frecuencia se ve obstaculizado por un caudal insuficiente del río, demorándose entonces el correo, hasta por semanas, en su camino. Esto a pesar de reexpedirse las valijas por lancha, cada vez que el vapor sufre su varada. Una vez llegado a Honda, el correo pasa a manos del caravanero mular contratista, con la obligación para este de entregarlo en Bogotá a las 35 horas después de su arribo a Honda. En este trayecto están previstos varios cambios de bestias lo mismo que de arrieros, para así asegurar la continuidad del viaje, aun durante las horas de la noche. Alcanzada la población de Los Manzanos, las valijas con transferidas a un ómnibus de tracción caballar, para recorrer en este el último trayecto de su viaje, atravesando la sabana hasta llegar a Bogotá, cumpliendo así el evento ya avisado por teléfono en la víspera del día fijado.

El correo con destino a las demás regiones del país acostumbra despacharse una vez por semana, facilitando su recorrido exclusivamente terrestre el cumplimiento más o menos satisfactorio de los itinerarios previstos. También la rapidez desarrollada por el cartero con sus bestias es del todo aceptable, gastando este por lo general menos tiempo para el mismo trayecto que la mayoría de los viajeros. Aun así, una carta requiere mucho tiempo para llegar a manos de su destinatario, por no hablar de la demora para el remitente en recibir contestación.

La oficina de correos, instalada en el antiguo convento de Santo Domingo, suele avisar la llegada de un correo izando al efecto determinada bandera en una esquina del edificio. ¡Cuántas veces me ha tocado esperar con impaciencia la aparición de tal bandera anunciándome el arribo de cartas de Alemania! Su izada es la señal para quienes esperan la llegada de correspondencia proveniente de la costa, de dirigirse a la oficina de correos, donde pronto se dan cita casi todos los extranjeros para reclamar la suya, ya que el oficio del cartero repartidor no se conoce todavía, como, dicho sea de paso, tampoco hay buzones para introducir el correo por despachar.

Desde hace algunos años Colombia ea miembro de la Unión Postal Universal, estando pues sometida a las tarifas máximas establecidas por esta organización. Pero en consideración a la deficiencia tanto de sus vías de comunicación como de los medios de transporte, los portes cobrados parecen módicos en extremo. Así, por ejemplo, las cartas con destino al exterior valen el equivalente de 40 pfennigs, las de Alemania para Colombia solo 20 pfennigs, las cartas dentro del país el equivalente de 20 pfennigs, mientras que las tarjetas postales, tanto dentro del país como al exterior. cursan por 8 pfennigs.

E1 servicio de paquetes postales queda todavía por establecer. La manera

ordenada reinante en el despacho de los correos sobrepasa mis esperanzas, lo mismo que es digna de mencionarse la rareza de extraviarse envíos, exceptuando aquí las revistas ilustradas, que con frecuencia encuentran otros interesados.

Se cuenta con servicio telegráfico hasta el punto de estar Bogotá comunicada por esta vía con la mayoría de las poblaciones mayores del interior del país, con base en la tarifa barata del equivalente de 8 pfennigs la palabra, excluyendo las indicaciones de dirección y remitente, que no se cobran. A1 nordeste hay línea establecida hasta la frontera con Venezuela, que luego continúa hasta Caracas. Por el norte hay comunicación vía Bucaramanga y Ocaña hasta Puerto Nacional a orillas del río Magdalena, en tanto que la línea a Barranquilla y Cartagena está todavía por colocar. La comunicación con Buenaventura está conectada en ese puerto con el cable de la costa occidental de Suramérica y, por lo tanto, también con el servicio cablegráfico transatlántico. Por cierto, el servicio telegráfico adolece todavía de defectos, empezando por las líneas mismas, que constan de un solo alambre, sostenido por postes colocados a distancia excesiva y atravesando directamente la copa de los árboles encontrados en su camino. Desde luego, los daños e interrupciones del servicio causados por estas deficiencias son muy frecuentes, obstruyendo lo escasamente poblado de las regiones atravesadas su pronto descubrimiento y reparación. En épocas de excitación política, no escasas aquí, el gobierno se reserva el uso exclusivo del servicio telegráfico, especialmente para impedir la divulgación rápida de noticias enojosas. Para resumir, por lo general el servicio suele hallarse interrumpido, por una u otra razón, en el momento menos esperado por el usuario momentáneo. Significativo es al efecto que para la orientación de este un tablero grande colocado en la entrada le indica cuáles son por el momento las líneas servibles y cuáles las dañadas. Pero aun el hecho de aceptarse un mensaje para su transmisión no excluye la posibilidad de demora por días enteros en Llegar al lugar de su destino. Así, por ejemplo, telegramas introducidos en Puerto Nacional con destino a Bogotá han venido tardándose para llegar tan solo después de haber arribado en persona su propio remitente. La conexión cablegráfica con Europa encierra otro posible tropiezo más, pues ni el pago del mensaje en Bogotá a la tarifa convenida ni el despacho de este a Buenaventura aseguran la retransmisión a su desatino mientras el telegrafista oficial de este puerto carezca de dinero suficiente para cancelar el valor a la empresa cablegráfica, ya que esta sin pago simultáneo no acepta ningún encargo. Así que los usuarios dependientes de un servicio seguro a Europa o Estados Unidos, se encuentran ante la alternativa de mantener un corresponsal propio en el puerto para obviar el obstáculo. Caso idéntico se presenta en Puerto Nacional, terminal por ahora de la línea telegráfica de Bogotá para mensajes a la Costa Atlántica. Pues para la reexpedición de un telegrama desde este puerto a Barranquilla, por ejemplo, se requiere la presencia de un propio destinado a llevarlo al efecto a una de las empresas de transporte fluvial, ya que la administración de los telégrafos no para mientes en llenar este vacío. Pocas serán las ciudades que, presumiendo tener civilización europea, cuentan con una ubicación tan desfavorable y comunicaciones tan deficientes como Bogotá. Los

Estados europeos tienen orientado el sitio de su ciudad capital hacia el centro geométrico del país, salvo excepciones forzosas impuestas por la estructura de sus cortas, las zonas montañosas y otras, pudiendo aprovecharse así el fenómeno de lo más o menos parejo de la actividad de la vida de la nación en todo el rededor de su capital. Bien diferente está la cosa en las colonias europeas, con procedencia, tanto de la población como de la cultura, de Europa. Allí la costa con frente en la proyección hacia Europa solía prevalecer en la escogencia del lugar destinado a erigir la capital, tratándose, en lo posible, de ubicarla en medio de su extensión. Pasando revista ahora solamente a Suramérica, también encontramos Demerara, Paramaribo, Cayena, Rio de Janeiro, Montevideo ,y Buenos Aires ubicadas directamente a orillas del mar, en tanto que Lima a muy poca distancia y Caracas lo mismo que Santiago a un par de horas de sus puertos marítimos respectivos. Descartando Paraguay y Bolivia como países desprovistos de contacto alguno con el mar, nos quedan tan solo las capitales del Ecuador y de Colombia como situadas muy país adentro y a considerable altura en la montaña.

Esta posición, derivada de las circunstancias encontradas en la época de la conquista, aun hoy día conserva sus innegables ventajas, acopladas estas, sin embargo, a numerosos inconvenientes de mucho peso. Cabe acordarnos de Rusia. Había encontrado en Moscú su punto céntrico natural. Pero ante la imperiosa tendencia a abrir sus puertas al desenvolvimiento occidental, a principios del siglo XVIII, cambió de criterio, reemplazando su capital por otra ciudad ubicada más a propósito, San Petersburgo. Cabría preguntarse si un soberano de la visión de Pedro el Grande, con la ciudad de Bogotá existente, mandaría fundar otra capital nueva más cerca de la costa. Parece que también loa colombianos mimos han venido pensando en la conveniencia a trasladar su ciudad capital. Así, a fines del siglo pasado los virreyes con frecuencia residían en Cartagena, mientras que durante las guerras de la independencia los políticos solían considerar para el efecto a Ocaña y otras localidades. Pero para escoger acertadamente en Colombia el sitio a prueba de toda desventaja para su capital, parece que existen impedimentos casi imposibles de superar. En primer lugar es un hecho que todas las regiones de tierra baja ortográficamente aptas tienen un clima malsano, estando por lo tanto pobremente pobladas. En cambio, los puntos adecuados de las partes montañosas carecen de la accesibilidad requerida para una ciudad capital que venga a propósito. Posiblemente uno que otro sitio tendrá sus condiciones favorables en comparación con el de Bogotá, pero por bien que se pesen, no alcanzan a inclinar la balanza en favor del traslado. Por lo tanto, la solución para el país estribaría en crearle mejores posibilidades de comunicación en todo sentido a su capital.

Así por ejemplo, la construcción de una vía férrea o de una carretera al río Magdalena ha venido excitando los ánimos de los bogotanos desde hace años. Pero la tendencia muy arraigada a sacrificar la terminación de un solo proyecto entre manos a la tentación de repetidamente dedicarse en forma somera a algo nuevo, hasta ahora ha impedido toda realización. Allá por el año de 1850 se

pensaba construir una carretera a Honda, con base en un trazado completo ya elaborado por el coronel Codazzi. La obra, ya empezada, de pronto cayó víctima de disturbios políticos. Más tarde se persiguió el proyecto de correr una línea férrea hacia el norte para tocar a Vélez o Bucaramanga y luego bajar al río Magdalena. Sin duda este ferrocarril tendría la ventaja de acortar considerablemente la distancia entre Bogotá y el mar, aludiendo todas las dificultades inherentes a la navegación fluvial y proporcionando fuentes de recursos al atravesar regiones que con sus yacimientos abundantes de carbón mineral, hierro y sal, lo mismo que con sus productos vegetales figuran entre las más valiosas del país. De reconocimiento del trayecto se pasó al trazado definitivo de la línea con una inversión de $ 200.000, pero con el único resultado de llegar a la conclusión condenatoria del proyecto como excesivamente costoso. Ya antes se había proyectado otra vía férrea, la de Bogotá a Honda, buscando aprovechar para ello la obra abandonada de la carretera ya referida, pero sin tener el cuidado de investigar previamente la aptitud de esta para un ferrocarril. Al cabo de algunos años estaban colocados 5 kilómetros de la línea en terreno plano, pero luego quebró la empresa, ya de antemano de dudosa fama. Mientras tanto, otro proyecto más estaba demandando atención, el de dejar aparte los rápidos de Honda por medio de un ferrocarril de corto recorrido, para luego transitar por el alto Magdalena en vapores de menor tonelaje hasta Girardot y seguir de allí por tierra, en un ascenso relativamente cómodo, hasta la altiplanicie de Bogotá. En consecuencia al alargarse así considerablemente el trayecto, la duración del viaje poco se reduciría, como tampoco se economizarían gastos de transporte de consideración, quedando subsistente, en cambio, o antes en mayor grado, tener que depender, del nivel de agua del río. Por otra parte, la ventaja más esencial sería aquella de facilitarse la posibilidad de subir unidades grandes de maquinaria a la altiplanicie. En agosto de 1884, al dejar yo el país, el trayecto plano de Girardot a Tocaima estaba terminado, habiéndose comenzado trabajos en su prolongación, innegablemente más complicado. A juzgar por el tiempo aplicado hasta ahora, serán años los que se requieran todavía, aun en el caso improbable de ausencia absoluta de estorbos. Simultáneamente con esta obra fomentada por el gobierno nacional, el de Cundinamarca estaba empeñado en la construcción de una vía férrea destinada a comunicar a Bogotá con Facatativá, atravesando la sabana. A1 efecto, el terraplén ya casi estaba echado a todo lo largo, pero volvió a derrumbarse en parte. También los cobertizos de estación estaban terminados, sin dejar de mencionar los tiquetes y los perforadores, ya listos para su uso. Pero faltaban todavía tanto los rieles como las locomotoras y los vagones. Los rieles, traídos de los Estados Unidos, a su llegada a Honda resultaron con exceso del tamaño máximo admitido para expedirse a Bogotá a lomo de mula. Así, explicablemente, volvió a codiciares la carretera de comunicación entre Honda y Bogotá, con la determinación de adelantarla ahora hasta el punto de servir por lo menos para transportar los materiales ferroviarios a la sabana de Bogotá. Siempre a intervalos de algunos meses un telegrama aparecía fijado en las bocacalles de Bogotá, dirigido por el ingeniero encargado de la obra a su gobernador, dando cuenta de que estaba en marcha y felicitando a su superior por los importantes

servicios prestados a la patria. Este, a su vez, solía contestar en frases pomposas, haciendo hincapié en los ferrocarriles como medio de cimentar la paz entre los pueblos y de fomentar la cultura. Una o dos semanas después, la obra solía volver a suspenderse. Al fin se había encargado la manufactura de los rieles a la recién abierta empresa siderúrgica de Subachoque, pero es de temer que tampoco esta escapará de su paralización por la revolución emergente.

Sería perdonable que el lector, a falta de conocimiento del país y de su gente, calificara este relato como inventado o, por lo menos, exagerado. Pero el acierto del enigma se atribuye, por lo menos en parte, a la falta total de una continuidad en la administración pública, originada por el frecuente, o sea bienal, cambio de presidente, seguido este, lo mismo que en los Estados Unidos, por el cambio de todos los empleados oficiales.

Comunicaciones y comercio

El tráfico del centro casi queda reducido a los peatones, pues debido a los caños son pocas las vías transitables por coches, no existiendo aquí, por otra parte, la costumbre de moverse a caballo dentro del perímetro céntrico, ya comentada como bastante generalizada en la caliente y arenosa ciudad de Barranquilla. Mientras que la traída de carbón, leña, adobes y ladrillos lo mismo que del agua potable, se hace a lomo de burros feos y velludos, el transporte de muebles y mercancías suele efectuarse a espaldas humanas o mediante parihuela. Para movilizar a enfermos y señoras entradas en años se usan sillas de manos, similares a las "porte-chaisea" a veces en uso todavía por ejemplo en Dresde. Con la falta de aseo tan común aquí es de suponer que a la vez puedan resultar de vehículo para propagar numerosas enfermedades contagiosas. Donde predomina la vida más variada colorida, es en los suburbios. Allí pueden observares con frecuencia jinetea que portan sombrero alto de paja, ruana, zamarros y espuelas grandes. También puede suceder que manadas de diez a veinte caballos asusten al transeúnte despreocupado, al ser llevados al potrero en pleno galope por muchachos montados sin usar galápago. Del sur y del este especialmente avanzan largas caravanas de mulas y numerosos campesinos, todos cargados de productos agrícolas, en tanto que por las carreteras convergentes en la plaza de San Victorino se observan los ómnibus que dos veces por semana hacen sus recorridos a Facatativá y a Zipaquirá, al par que coches de cuatro puestos, entre ellos un landó, luego carros de dos ruedas tirados por bueyes, usados de preferencia para el transporte de mercancías a través de la sabana desde Agualarga o Los Manzanos a Bogotá.

E1 tráfico más activo se presencia en los días de mercado. Habiéndose construido un mercado cubierto especial en una plaza secundaria, ya no sigue siendo la principal de Bogotá el lugar de este acontecimiento, apartándose así la capital de la costumbre mantenida en la mayoría de las demás poblaciones. El movimiento

de mercado viene concentrándose en Bogotá prácticamente los jueves y viernes de cada semana, días en que la gente de fuera llega hasta de lejos para vender sus productos del campo. Los jueves se dedican de preferencia a la conclusión de negocios al por mayor, en tanto que los viernes las amas de Casa suelen surtirse de lo necesario para la semana.

Bien vale la pena gastar una hora para ir paseando por el mercado, pues difícilmente se encontraría oportunidad igual para apreciar la población y el fruto de sus esfuerzos. Aparte de los sabaneros, allí observamos gente de los pueblos situados al este de Bogotá, por ejemplo de Choachí, Fómeque y otros. Asimismo llegan de Fusagasugá y otras poblaciones de la tierra templada. hasta calentonas vimos, que desde luego no podrán sentirse confortables aquí en vista de su vestimenta inadecuada para este clima. Hombres y mujeres, acuclillados juntos, vienen ofreciendo sus mercancías al público que acude en masa. Cerrar un negocio suele implicar un prolongado regatear previo por el precio. Pero raras veces se presentan casos de pelea con necesidad de ajuste por la fuerza. A1 contrario, la charla en la mayoría de los puestos revela un ambiente de animada alegría. Pero con todo lo interesante que tiene la visita al mercado bogotano, son las inmundicias presentes a cada paso las que privan al observador de encontrarla agradable, así como la monótonamente oscura vestimenta de los sabaneros tampoco le proporciona al ojo un cuadro colorido que pudiera contribuir a aliviar las incomodidades sufridas por todo lo desagradable que percibe el olfato.

La diversidad de las frutas ofrecidas en el mercado de Bogotá apenas es igualada por contados mercados del mundo. Al lado de las frutas y legumbres propiamente tropicales traídas de la tierra templada y la caliente, tales como plátano, yuca, piña, naranja, chirimoya (anona cherimolia), aguacate (persea gratissima), café, cacao y otras, se exhiben las cultivadas aquí en la sabana y sus alrededores, por ejemplo la manzana y el durazno, aunque ambos, por falta de cuido de los árboles, son de calidad apenas mediana, así como papas, garbanzos, habichuelas, coliflor, zanahorias, cebollas y otras conocidas de la flora alimenticia. Pollos y pavos, ofrecidos en cantidades, por lo general con muy flacos, requiriendo algunas semanas de engorde casero a base de maíz y desechos de la cocina antes de servir para la mesa. Los Pequeños patos silvestres son cazados en las lagunas de la altiplanicie, fuente que suministra también el capitán (eremophilus mutissü), pescado único y particular que forma el alimento principal en los días de vigilia. Otras piezas de caza se buscan en vano. La carne de mayor consumo es la de res, pero de una calidad que no siempre merece nuestra aprobación. A veces se sirve asado de cordero en la comida bogotana, en tanto que la carne de marrano en general se relega a la alimentación de las capas inferiores, quedando el sacrificio del ternero del todo vedado. La sal, condimento indispensable para la mayoría de los alimentos, proviene de las salinas de Zipaquirá, siendo ofrecida en terrones grandes sin refinar. E1 azúcar se encuentra tanto en forma refinada, si bien no muy blanes, o cruda, la llamada panela, lo mismo que de melaza o miel, estado de uso preferencial para preparar la chicha. E1 tabaco se trae de

Ambalema y de Girón, ya en forma de cigarros elaborados en la mayoría de los casos. Entre los trabajos manuales exhibidos son aquellos confeccionados de acarludovica palmatax los que llaman nuestra atención, sea en forma de sombreros, de mayor o menor altura de su copa y de mejor o menor calidad de la fibra empleada, o sean los alpargatas, los primeros el medio más en uso para cubrir la cabeza, los últimos para calzarse la gente del pueblo. Ruanas ordinarias y pantalones de dril vienen de las montañas de Boyacá y de la región del Socorro, ambos territorios donde la antigua manufactura india se ha mantenido, si bien ahora los artesanos con frecuencia se ven engañados con tejidos europeos, de muestras y tejeduras tradicionales imitadas al efecto, pero de una resistencia muy inferior. De las regiones norteñas también proceden los jarrones y otros recipientes de barro, lo mismo que los hechos de una porcelana ordinaria. Originarias de tierra caliente, en cambio, son las totumas y calabazas, vasijas vegetales de múltiple uso ya descritas anteriormente, que en la plaza en parte aparecen barnizadas de rojo. De casi todos esos artículos también se confeccionan miniaturas, muy solicitadas como juguetes para los niños y también con gusto adquiridas por loa europeos para llevárselas como recuerdo.

Este último objeto lo satisfacen también muchos otros productos, tanto de la naturaleza misma como del artesanado, que los colectores o elaboradores suelen ofrecer directamente, yendo de casa en casa, en lugar de exhibirlos en la plaza. En general empiezan por pedir precios exorbitantes, para contentarse con la tercera o hasta la quinta parte al cabo de un regatear más o menos prolongado. Un lugar predestinado en este campo lo ocupan las pieles de pájaro con sus plumajes coloridos y brillantes, entre ellas sobre todo las del colibrí, que, disecadas, adornan las habitaciones y también se despachan a Europa con destino a engalanar los sombreros de nuestras damas. También mariposas con su verdadera riqueza de colores son ofrecidas como otro renglón de las características tropicales, con el «morpho cyprism, la vistosa especie azul de Muzo, entre las más buscadas. Asimismo se ofrecen monos vivos o disecados, armadillos y otros. Cuadritos compuestos de plumas de pájaro en variados colorea buscan sus compradores, aunque para mi sentido estético, en ellas la calidad de artificial sobrepasa la de bello. De vez en cuando se encuentra un indio de los alrededores, dotado de sentido artíatico, para crear tipos del pueblo en cera o en trapo. Otros se dedican a la talla diminuta en madera de escenas de la vida contemporánea. De buena demanda gozan las cáscaras artísticamente talladas de la nuez de coco, en sus colores carmelita y negro. De esperar será que crezca el entusiasmo de elaborar tales objetos, pues el número por ahora reducido de artesanos dedicados a menudo dificulta su consecución. Otras obras de arte a veces ofrecidas en Bogotá, pero de origen indígena antiguo, son los objetos, tanto de oro como de barro, encontrados en tumbas, aunque se ven en las regiones occidentales del país (véase parte V, capítulo 5) con más frecuencia que aquí.

Muy características para completar el cuadro de Bogotá son sus tiendas y chicherías, haciendo las veces, más o menos, de nuestras tiendas de comestibles

al por mayor. En ellas el pueblo acostumbra surtirse de sus necesidades comunes y corrientes, como huevos, chocolate, pan, cigarros, fósforos, jabón y otros artículos. Allí también suele tomarse una sopa caliente de maíz y papas, y sobre todo, su chicha. Esta, guardada en barriles grandes parados sobre el piso, se saca con totuma, vasija que también sirve para beberla. Cuidadosamente la chichera le pasa su soplo a la totuma llena, acompañándolo a menudo con la metida de sus dedos, para sacar una que otra partícula ajena, casi siempre presente, sea ya desde el mismo proceso de elaboración o por haberse introducido durante la guardada. En vano se espera gusto alguno en la instalación de tales tiendas o chicherías. Por en medio va un mostrador ancho, que divide el espacio en dos; el delantero con destino al público y el trasero para exhibirle a este sus tesoros, sea repartidos sobre la estantería o colgando en lazos desde arriba. Hay estantes llenos de botellas en todos los colores imaginables. Pero el sobresalto, causado en el foráneo por suponerse a la vista de cantidades de bebidas alcohólicas, pronto se desvanece ante el hecho de servir la mayoría de los envases de meros figurantes, con pura agua por contenido. Por último esta costumbre viene orientando el precio considerable que se paga por botellas vacías de color agradable, algo como el equivalente de 30 a 40 pfennigs la unidad, lo que, para el consumidor de cerveza extranjera, por ejemplo, redunda en aumentarle un tanto el goce de la bebida. Con preferencia de noche, hombres y mujeres suelen apretujarse en estas chicherías, por largas horas charlando o cantando, como ellos dicen, o sea gritando, a nuestro modo de entender, delante del mostrador, o escuchando los aires melancólicos de los llamados bambucos arrancados por alguien de su tiple, una guitarra simple. Entre tanto la totuma está cursando, a veces alternada por una tanda del tradicional anisado. Así, poco a poco la ebriedad viene dominando a todos, trocando en repugnante su comportamiento, tan inofensivo al principio.

Las clases superiores acostumbran satisfacer su gusto más refinado, también visitando tiendas, pero de una categoría un poco más elevada. A1 efecto los bares y mostradores en Bogotá les están llevando ventaja a las tabernas, pero los cafés, tan característicos en las ciudades suramericanas en general, aquí no existen sino en pequeña escala.

Harto numerosos en Bogotá son los hoteles, aunque ni el Gran Hotel Francés ni el Viollet, con su fama de ocupar el rango superior, van al compás de loa hoteles europeos, siendo menor tal vez la diferencia en el aspecto de la alimentación, que gracias a la dirección y la cocina, ambas francesas, es bastante aceptable. En cambio, las habitaciones mal amobladas y con la apariencia aterradora de todo aseo, dejan mucho que desear. En fin, todo el movimiento hotelero no puede menos que causarle repugnancia al viajero foráneo, ya que el servicio aquí no está orientado hacia una clase de huéspedes, contando estos o bien con habitación propia o con parientes cercanos residentes y amigos en donde alojarse. Así los concurrentes al hotel en su mayoría son hacendados medianos que vienen a buscar salida para su azúcar, café o mulas en la plaza de mercado, o

congresistas, también en su mayoría de humilde extracción, dedicados a trocar en coñac buena parte de sus altas dietas, para acompañar su consumo con un alboroto tumultuoso prolongado hasta altas horas de la noche. Lejos de sentirse molestos por el desaseo, no se les ocurría economizar el equivalente de uno o dos marcos diarios de lo que gastan en tragos para dedicarlo en cambio a proveerse de una pieza cómoda y agradable. En su lugar prefieren acomodarse por meses en el hotel, para luego muchas veces dejar de pagar la cuenta, ya que difícilmente habrá otros pueblos tan acostumbrados a mantener una brecha bien marcada entre una compra y el pago de la cuenta.

La mayoría de los extranjeros, especialmente los alemanes, ingleses y norteamericanos, de no intentar establecer su propia habitación, viven en la pensión de la señora Price de Bowden, situada arriba de la plaza, pagando gustosamente el precio un poco mayor de dos pesos diarios, por la ventaja de albergarse en una casa decente y bien aseada. Personalmente he vivido constantemente en la referida pensión durante toda mi estadía en Bogotá.

E1 artesano de Bogotá carece todavía de nivel suficiente, no obstante el notable progreso logrado durante los últimos dos decenios gracias a la influencia de artesanos europeos, especialmente franceses e italianos, que le ha permitido aventajar a loa representantes de sus profesiones en otras regiones, excepción hecha de los costeños. Pero lamentable es admitir que ya han comenzado a dormirse sobre sus laureles. Así, por ejemplo, los ebanistas bogotanos pretenden suministrar muebles de baja calidad a precios exorbitantes desde cuando altos derechos de aduana en unión con los elevados gastos de transporte prácticamente hacen imposible la importación de Europa. De preferencia por la hechura de artículos no comprendidos entre los de demanda diaria suelen exigirse precios simplemente irrazonables, a la vez que útiles de consumo común y corriente, como vestidos y zapatos, acostumbran confeccionarse tan tosca y deficientemente que el usuario se ve precisado a comprarlos importados y listos.

Industria propia no existe todavía, a menos que las pequeñas imprentas y cervecerías se cuenten como tal. A su creación podrían inducir las existencias de carbón, en inmediaciones de la ciudad, y de hierro, tampoco a mayor distancia. Verdad es que la manufactura de papel, vidrio y sustancias químicas se ha ensayado ya, pero sin éxito conocido hasta ahora. Obstáculo decisivo lo forma el estado defectuoso y deficiente de las vías de comunicación con su efecto restrictivo de las zonas de venta, hasta el extremo de resultar más económico el transporte de Europa que desde Bogotá tanto para la parte septentrional de Santander como para todas las regiones comprendidas desde el río Magdalena hacia el occidente. Tanto así es que el trigo de la sabana de Bogotá está llevando las de perder en su batalla competitiva contra la harina norteamericana en las regiones ribereñas colombianas y, por otra parte, loa. gastos exorbitantes de transporte para la maquinaria requerida en Bogotá hacen subir su costo, puesta en sitio de trabajo, de tal manera que el producto elaborado con ella corre peligro de

no encontrar compradores. Otros componentes del riesgo industrial son la ausencia casi total de experiencia, lo mismo que el sentido práctico poco desarrollado de los colombianos, factores que los hacen fácilmente correr el peligro de meterse en proyectos desproporcionados a su medio ambiente, que tanto en Europa como en Estados Unidos tendrán su base económica asegurada, pero que en Colombia, con su configuración montañosa y su civilización en estado incipiente, carecerían de ella. Hasta las diligencias de menor alcance a menudo no son realizables sino por medio del soborno. Pero si con todo y a pesar de todo el empresario al fin ha logrado poner su fábrica en marcha, una revolución, ya en desarrollo o solamente en sospecha de que pueda ocurrir, es motivo para forzar a los trabajadores a tomar las armas, causando la paralización de la planta, para dejar el capital invertido sin rendimiento y la maquinaria expuesta a su destrucción por el óxido.

Los almacenes sobresalientes están situados en la Plaza de Bolívar, la Calle Real, la Calle Florián y vías adyacentes, encontrándose los menores, dedicados a las necesidades de la gente del campo, en cambio, en las cercanías de la plaza de mercado, con preferencia de los lados exteriores del mercado cubierto. La clasificación de almacenes por grupos homogéneos de los artículos que venden casi no existe, habiendo unos pocos negocios dedicados a la distribución de determinadas especialidades, así por ejemplo las farmacias, las librería y papelerías, las tiendas de sombreros de Panamá y las ferreterías. El surtido de libros prácticamente se reduce a los textos escolares usuales y, en consonancia con la orientación partidista del librero, tal vez un poco de literatura religiosa o unas novelas francesas de bajo nivel. Los libros editados en Bogotá no se consiguen en las librerías, vendiéndose, en cambio, directamente por las imprentas de su origen, para quedar del todo agotados al paso de algunos años. Los sombreros de Panamá ofrecidos son elaborados dentro del país, teniendo fama los de Suaza, pueblo del sur del Tolima. Artículo de venta continua en las ferreterías lo constituyen los tradicionales machetes (Waldmesser). La mayoría de los demás almacenes acostumbra ofrecer toda clase de mercancías de frecuente demanda, implicando, por otra parte, bastante molestia la búsqueda y consecución de determinado objeto especial. Muchas cosas, como termómetros exactos, lupas y otros instrumentos o no se encuentran en ninguna parte o de descubrirse por mera suerte, tienen precios excesivamente altos.

Excepción hecha de loa sombreros de paja, casi todo lo que se vende en los almacenes es de origen europeo o norteamericano, por ejemplo la ropa blanca, los paños, vestidos hechos, zapatos de cuero, los papeles para decorar habitaciones lo mismo que los de imprenta y para oficina, artículos de metal y de vidrio, a sustancias químicas, jabones y espermas, lámparas y artículos de lujo de toda clase. Toda esta mercancía ha sufrido el viaje largo, principiando con el marítimo desde el exterior a la costa colombiana, luego el fluvial de allí a Honda, para terminar por el trayecto terrestre, si bien más corto, pero en todo caso el más difícil, de aquel puerto fluvial a la altiplanicie. Considerando luego los altos

derechos aduaneros, lo mismo que el riesgo de Los importadores, aumentado por las infelices condiciones crediticias, sin olvidar la inseguridad originada por las circunstancias políticas, quedará fácil comprender que todos los bienes así traídos habrán de tener precios mucho más elevados que loa reinantes en su país de origen o bien serán de una calidad notablemente inferior. Implicando idénticos recargos por derechos de aduana y fletes tanto la mercancía de alta calidad como la de mediocre, sería lógico suponer que la importación se concentrara en aquella, ya que un cuchillo da primera no paga recargo mayor que el inferior de su género; afectándose aquel luego proporcionalmente en menor grado que este. Pero una vez más la realidad viene demostrando que las apariencias engañan, pues pocos países habrá, dominados como este por el principio del "barato y. malo", consistiendo la razón principal en el hecho de que gran parte de la población apenas está viviendo al día, no pudiendo por 1o tanto incurrir al momento en desembolsos mayores, por mucho que la inherente economía real y verdadera quisiera impulsarlos. Además, gran parte de los comerciantes carecen de la seriedad suficiente como para responderle al comprador por la calidad del artículo ofrecido, faltándole a este por otra parte la pericia para juzgar por el mismo. Precios fijos no existen sino en un reducido núcleo de almacenes; así que el colombiano al efectuar una compra puede hacer valer su costumbre casi innata de perseguir una rebaja del precio exigido. Pero aún así, muchos hay que luego todavía se muestran renuentes a pagar sus cuentas, por mucho que su situación pecuniaria se lo permitiera, hasta el punto de que casas de comercio se han visto impulsadas a publicar los nombres de clientes morosos, en su vitrina. Para muchos comerciantes constituye un placer especial el tomarle el pelo al extranjero novato.

Por lo tanto, toda transacción requiere el doble, el triple, y hasta diez veces el tiempo que nosotros solemos concederle. Pero, sea en pro o en contra, el factor tiempo todavía no ha llegado a tener importancia en la vida de los colombianos.

A falta de los recursos requeridos o, en su lugar, de crédito suficiente en el exterior, para importar por su cuenta, los comerciantes de las localidades menores, tanto de Cundinamarca como de Boyacá, acostumbran completar sus surtidos en Bogotá. Por el comercio de la capital también pasa la mayor parte de las exportaciones, encargándose este de adquirir los bienes con tal destino, bien sea de los productores o de los intermediarios al por menor, para reempacarlos si fuere necesario, y asumir el riesgo del transporte y de la venta. Actualmente la salida de Bogotá casi se limita a café y pieles, ya que la exportación de la corteza de quina ha debido descontinuarse, en parte por haberse extirpado la especie en las partes de fácil acceso de la selva y además por la competencia positiva surgida con su cultivo en las Indias Orientales. Ni oro ni plata pueden figurar entre los bienes exportables desde Bogotá por carecer la región de yacimientos. A falta de fuentes fidedignas, siento no presentar datos exactos sobre el volumen del comercio exterior de Bogotá, limitándome a citar como recurso sustitutivo, el factor expresivo de la situación cambiaria, o sea la cotización del dólar norteamericano,

de 1882 a 1884, que fluctuaba entre el 120 y el 130 por ciento, es decir con un agio elevado por cierto, reflejando no solamente el precio bajo de la plata, sino también la caída de las exportaciones del país, cuyo producto ya no alcanzaba a cubrir el valor de los bienes traídos.

El comercio bogotano . está en manos colombianas en su gran mayoría, compartiéndose tan solo con pocas casas extranjeras, entre ellas las firmas Koppel & Schloss, Alexander Koppel (antes Koppel & Sehrader), Heckel & Freese, Kopp y Castello, varias francesas y otras. Los comerciantes colombianos tienen reputación de muy diestros, entre ellos especialmente los antioqueños. Contentándose con márgenes relativamente bajos, y aprovechando toda ventaja, aun la más pequeña y no siempre muy respetable que digamos, no solo se han contentado con da minar su campo dentro del país, habiéndose establecido algunos de ellos también en París, en Nueva York y otros centros comerciales del exterior, para importar productos colombianos en competencia exitosa con el comercio aborigen. Pero, con todo, la ausencia de conocimientos técnicos está constituyendo un factor limitativo para el comerciante bogotano. Tanto así es, que habiendo estado en auge por largas épocas la exportación de la corteza de quina, casi ninguno de ellos estaba preparado para verificar su análisis, así que la mayoría se veía expuesta al riesgo continúo de comprar y despachar empíricamente. También la organización del comercio deja todavía mucho que desear. Apenas hace poco el empeño de Salomón y Bendix Koppel había redundado en fundar el primer establecimiento bancario, seguido por numerosos otros de dudosa razón de ser, en serie continua. La bolsa se realiza en medio del movimiento callejero. Es allí donde se aprende a cómo se negocian letras de cambio, a qué precio el competidor está comprando el café y la corteza de quina, cuáles son las nuevas llegadas de Europa y de otras partes. Desde luego, una buena porción de cautela es imprescindible para aprovechar tales informaciones en bien propio, pues si bien en Europa las bolsas suelen tenerse por los principales focos de noticias sin fundamento, hasta a veces intencionalmente lanzadas, ¡ cuánto más hemos de esperar al efecto de la bolsa callejera de Bogotá!

La vida intelectual, política y eclesiástica

Sin lugar a duda la organización escolar es fundamental para la formación de la juventud, ofreciendo a la vez una escala excelente para medir tanto el grado de entendimiento como el afán de cultura en los adultos. Por lo tanto será conducente empezar toda consideración sobre la vida intelectual de una población con la exposición de su organización escolar.

Sin perjuicio del progreso decidido logrado en la organización escolar colombiana

durante los decenios pasados, es menester admitir que con lo alcanzado todavía no se ha llegado a salir de un nivel relativamente bajo.

Las escuelas elementales hasta hace poco estaban orientadas por el sistema Lancaster, cuyo rasgo principal es el de enseñar los escolares mayores a los menores. Indudablemente para países jóvenes con su escasez de maestros es un recomendable recurso de emergencia, pero de ahí no pasa. Reconociéndolo así, Colombia recientemente ha venido reemplazándolo por nuestro sistema alemán de enseñanza, habiendo contratado al efecto en los años setenta a un número de maestros de Alemania, para encargarlos de la dirección de los institutos pedagógicos de los diferentes Estados, con el efecto de que gran parte de los maestros hoy ocupados en las escuelas ya cuenta con tal preparación. Infortunadamente, en general el entusiasmo no loa apoya mucho en su trabajo, siendo los salarios deficientes y de pago irregular, así que precisamente los mejores van abandonando la profesión, para dedicarse a otras actividades. Objetos de enseñanza casi no existen. Que cada escolar tuviera su propio libro de lectura elemental, ¡ni pensar! A falta de la obligación de acudir, la asistencia es muy irregular, a pesar de ser gratuita la enseñanza. No obstante, el número de analfabetos es menor de lo que fuera de suponerse, sobrepasando quizás el cincuenta por ciento la parte de la juventud capaz de leer y escribir lo mismo que de aplicar las cuatro operaciones con casi la misma facilidad que la clase inferior de los nuestros.

Las clases altas tienen a su disposición varios colegios oficiales lo mismo que numerosos privados, siendo estos últimos en general de las mismas características que las instituciones preparatorias particulares nuestras, excepto que algunas de aquellas van un poco más lejos en las materias de su enseñanza. En su mayor parte son dirigidas con un espíritu específicamente católico, siendo los colegios públicos en cambio radicales e irreligiosos, al menos en lo que se refiere al tiempo de mi permanencia. El Colegio San Bartolomé lo mismo que el Colegio del Rosario están orientados a manera de nuestros gimnasios por cuanto ambos preparan para el estudio universitario, asemejándose, en cambio, a nuestros colegios reales o gimnasios reales en lo que a sus planes de estudio se refiere, excluyendo el griego del todo, y relegando, a diferencia de los colegios privados conservadores, el latín a materia de segundo plano, para profundizar en la enseñanza de la gramática española, lo mismo que en la de los idiomas francés e inglés, matemáticas . y un poco. de geografía. La subdivisión en clases no se conoce en los colegios. En analogía con la usanza practicada en nuestras universidades alemanas, cada materia viene formando un curso o varios, siendo estos loa que le sirven al estudiante para componer él mismo su plan de estudios. La geografía, por ejemplo, no requiere sino un año de estudio, pero a condición de practicarse cada día de la semana, al paso que el idioma francés se compone de tres cursos. Con tiempo y medios disponibles no se dificulta el absolver estos cursos en breve, mientras estudiantes ajenos a tales favores posiblemente tendrán que contentaras con la realización de uno 0 dos cursos al año. Absueltos los

cursos del propio colegio, los estudiantes de medicina ingresarán directamente a la facultad de medicina, a la vez que sus colegas juristas tendrían que pasar por un grado intermedio, la llamada facultad de filosofía, asistiendo a cursos de biología y sociología, y -por primera vez desde su egreso de la escuela elemental- de historia, lo mismo que filosofía. La propia facultad de filosofía en el sentido familiar entre nosotros y con destino a formar futuros maestros y profesores, no existe aquí, supliéndose con el establecimiento ocasional de una facultad de ciencias naturales a medida que la demanda así lo requiera. Las veces de nuestras escuelas politécnicas las asume hasta cierto punto el Colegio Militar; fundado en primer lugar para convertir a los cadetes en loa futuros oficiales del ejército, también se ocupa en formar ingenieros civiles, gracias a su fama de sobresalir en su enseñanza aceptable de matemáticas.

El inconveniente mayor, también en los colegios de Bogotá, lo constituye la imperfección de los maestros unida a la insuficiencia de los medios de enseñanza, careciéndose especialmente de aquel material para la enseñanza intuitiva que nosotros acostumbramos emplear en forma continuamente perfeccionada. Asimismo buenos libros de estudio están faltando, supliéndose por ejemplo aquellos para la enseñanza de medicina con textos en idioma francés, complicando así desde luego el de por sí difícil dominio de la materia con el de la lengua. Los maestros, como son abogados, médicos y comerciantes, carecen de formación competente, dedicándose al profesorado tan solo como ocupación accesoria, y sustrayéndose muchas veces a la necesidad de compensar sus fallas por medio de la autodidáctica.

Por no poseer ellos mismos su materia, imposible les queda iniciar a sus alumnos en ella, concretándose por lo tanto toda la enseñanza a repasarles las lecciones mecánicamente aprendidas de memoria. Allí también la raíz del fenómeno de circunscribiese la cultura general de la mayoría de los bogotanos a cierta habilidad de expresarse en uno o varios idiomas, siendo contados los casos de encontrar personas poseedoras de una verdadera cultura intelectual.

Los jóvenes de las clases acaudaladas suelen pasar uno 0 dos años en Europa, con preferencia en París, para completar su educación cultural. Como su a menudo escasa preparación no les viene a propósito, con frecuencia sucumben a la tentación de dejar los estudios a un lado, para entregarse a la vida callejera y con frecuencia caer en las redes de las damas galantes. Sin rodeos se puede reasumir en un término estudiantil conocido: Están en París por razones de estudio. 0 con un dicho colombiano aludiendo a las permanencias en Europa para fines de estudio:

"Aquellos jóvenes vienen de Europa". "¿Qué traen de nuevo? La ropa".

Pero para la mayoría de los bogotanos quedan del todo cerradas las puertas de los establecimientos de educación, tanto europeos como estadinenses. A lo sumo

llegan a. darse el lujo de un viaje a la costa o a las ciudades de las regiones occidentales o septentrionales de su país. Aun en la propia capital pocas ocasiones tienen para entablar relaciones con extranjeros ilustrados, y menos todavía con letrados, ya que la ubicación aislada de Bogotá a pocos anima a visitarla en viaje tan incómodo. Ni el intercambio de ideas por escrito ea muy tentador ante la demora de tres meses que sufre la llegada de la respuesta a una pregunta. Por fortuna existe la perspectiva de que tanto el porte económico para cartas como el transporte barato y cómodo de libros por la Unión Postal Universal, que son adelantos significativos de los últimos años, servirán de aliciente también para la vida intelectual de la capital, condenada hasta ahora a contentarse con reflejos tardíos y débiles de la europea. .

Otro freno al desarrollo de la vida intelectual tiene su origen en el conjunto de las adversas condiciones económicas y sociales. Salvo contadas excepciones, no puede pasar de mera afición el dedicarse a las ciencias, la literatura y el arte, ya que, en general, su uso profesional no encontraría base remunerativa en el escaso público suficientemente instruido. En vía de ilustración veamos algunos ejemplos: Cuervo, autor de un diccionario enciclopédico del idioma español elogiado también por las revistas literarias alemanas, era cervecero de profesión y, como tal, hasta obligado al principio a tapar a mano él mismo las botellas que contenían su producto. Tan solo en sus horas libres pudo dedicarse a la obra de su afición, con la consecuencia de demorar la conclusión de ella hasta cuando la renta de su fortuna reunida como empresario le permitía vivir económicamente libre en Europa. Fabián González, vivamente interesado en la geología y colector de un tesoro de fósiles, es ingeniero y ferretero de profesión. A Carlos Balén, dueño de un almacén en la Calle Real, le fascina la ocupación con el mundo de la fauna y de la flora. Rafael Nieto París, con talento para emprender la carrera de físico en Alemania, aquí ha de ganarse el sustento como relojero.

En estado de lamentable abandono se encuentran las instituciones públicas dedicadas al cultivo de las artes y de las ciencias. Así, el Museo Nacional, creado para guardar y exhibir objetos de la historia natural, antigüedades indígenas lo mismo que curiosidades históricamente notables y obras de arte, ha caído víctima de tantos saqueos durante las revoluciones que hoy apenas sobrepasa el nivel de un gabinete de curiosidades. Tampoco la Biblioteca Nacional ha escapado de frecuentes robos y de los efectos de mala administración, hallándose sus existencias actuales tan solo en parte ordenadas como fuera de rigor para poder cumplir con su razón de ser. El Observatorio y la Estación Meteorológica, ambos

fundados por el sabio español Mutis en 1802, fueron saqueados en el curso de las revoluciones sin dejar ni rastro de sus equipos, refiriéndose a manera de cuento que los telescopios habían sido convertidos en cañones, para encontrar sus tapas uso de vasijas para afeitar. Así las cosas, se comprende que los establecimientos de educación del país puedan sustituir apenas muy escasamente la falta de estimulo de afuera.

Estos hechos habrá que tenerlos presentes para no dejarse desviar hacia conceptos injustos sobre la vida intelectual bogotana. Cierto es que, fuera de las predisposiciones e inclinaciones inherentes a la población, también la condicionan sus circunstancias externas, admitido que para el desarrollo de la mentalidad nacional obviamente ha venido ejerciendo su influencia.

A falta de modelos ejemplares a la vista para ejercitar la facultad intuitiva, explicable es que las artes plásticas llevan la peor parte en Bogotá. Las contadas edificaciones arquitectónicamente sobresalientes de la capital han sido construidas por extraños. Había en Bogotá apenas dos arquitectos prácticos, uno de nacionalidad italiana, contratado como ingeniero del Estado, en tanto que el otro era colombiano, pero de madre alemana y crecido en Alemania. También los monumentos de la capital son de creación extranjera, ya que el país hasta ahora no ha producido escultor alguno. De pintor, Vásquez Ceballos había adquirido fama en el siglo XVIII, siendo actualmente Rafael Urdaneta el Genio profesional dedicado a la pintura. Así que el gusto artístico de los bogotanos poca oportunidad ha tenido para desarrollares. Talentos mariscales tal vez existen, pero también carentes de práctica, limitándose esta, con muy pocas excepciones, a h~ música de salón más somera, con el resultado de ofrecerse un concierto al año, ejecutado por aficionados, mas algunas operetas italianas, como única presentación musical. Tan solo la poesía tiene en Bogotá su terreno productivo, ya que casi todo bogotano instruido es aficionado entusiasta en este campo, siendo la mayoría a la vez autor de poesías. Contrastando con lo poco y mediocre en el terreno de la poesía dramática y novelesca, el caudal de poemas líricos, charlas y literatura amena, los llamados cuadros de costumbres, es considerable, encontrando buena acogida en las columnas de la prensa, para más tarde posiblemente recogerse en forma de libro. Es por lo tanto el folletín lo que prospera en Bogotá, orientado por la literatura francesa en lugar de la española, caída un tanto en desgracia a consecuencia de las guerras de la independencia. Ea Víctor Hugo el héroe de los colombianos amantes de las bellas letras, siendo su poesía verbosa y afectada la que más les agrada, en tanto que la literatura inglesa y la alemana poco les dicen, esta última menos aún que la primera. A Goethe y Schiller apenas se les conoce de nombre, teniéndoseles a menudo por personajes vivientes. De Lessing, ni hablar, siendo muy contadas las personas que siquiera han oído mencionarlo.

En el Istmo de Panamá

La noche del 23 de julio de 1882 pisé suelo colombiano por primera vez. El vapor "Medway" de la Royal Mail, a cuyo bordo habíamos cruzado el Atlántico desde Southampton, atracó en el muelle de Colón, o de Aspinwall como los americanos llaman el puerto. El cielo estaba cubierto por nubes bajas de color gris plomo, llovía a torrentes y la atmósfera estaba tremendamente cargada. Tampoco el sitio mismo me impresionó favorablemente. La única vía con sus casas construidas de tablas de madera, está bordeada por el pantano que rodea la ciudad de Colón a manera de bastidores de teatro.

Me puso feliz la idea de aprovechar para un paseo a Panamá los tres días de permanencia regular previstos para el vapor en Colón. Muy cómodo es hoy el viaje de Colón a Panamá, pues basta abordar el tren, que sale del mismo muelle, para llegar a su destino en viaje de 4 a 5 horas. Ciertamente el viaje es un poco costoso, con el precio del tiquete a 25 pesos, es decir casi 1.50 marcos por kilómetro. Pero antes de 1856, año en que una compañía norteamericana construyó el ferrocarril, se gastaban por camino de herradura, bien malo, tantos días como horas hoy, sin contar las posadas y alimentación desagradables, ni el peligro de pescar una fiebre, ni, por último, el hecho de con esto incurrir en gastos aún superiores a los de hoy. Sin duda, la manera anterior de viajar aventajaba a la actual en la oportunidad infinitamente mayor de gozar lo bello de la naturaleza.

Durante más o menos una milla, el ferrocarril atraviesa un llano pantanoso y cubierto de monte bajo. Cerca de Gatún se encuentra con el río Chagres, para seguir al este y luego al río Obispo, su afluente, hasta la divisoria de las vertientes de agua, ubicada cerca del cerro de Culebra, a unos 80 metros sobre el nivel del mar, continuando paralelamente al Río Grande, en bajada rápida hacia el Océano Pacífico. Todavía hoy, el istmo está cubierto, en su mayor parte, por selva tropical, la cual, especialmente en las regiones de mayor altura del costado atlántico, alcanza admirable frondosidad, no tanto por lo alto de sus árboles como por lo denso de su vegetación, sus enredaderas y la belleza de las flores que miran desde arriba, pero las últimas en su mayoría no son de los árboles mismos, sino de las plantas parásitas que ellos albergan. Aquí y allá el monte se interrumpe con poblaciones y algunos cultivos. En parte, son antiguas moradas de indios, en otra, colonias de blancos, indios, negros, chinos y mestizos de estas razas entre sí, establecidas con la penetración del ferrocarril o en previsión del gran canal proyectado y destinado a unir los océanos Atlántico y Pacífico.

A fines del siglo XV Cristóbal Colón, navegando a lo largo de la costa de la América Central, después de haber descubierto primero las islas caribes y luego el continente americano, tenía la firme esperanza de encontrar el paso por donde dirigir su nave hacia la India tan ansiada. Pero muy pronto tuvo que convencerse de que tal travesía no pasaba de ser una mera ilusión, existiendo, en su lugar, un istmo que separaba los dos océanos. La esperanza frustrada de encontrar un

paso se trocó en el deseo de crearlo. Fue Fernando Cortés, el valiente conquistador de Méjico, el primero que concibió el plan gigantesco de unir los océanos Atlántico y Pacífico por medio de un corte a través de la América Central. Pero tenían que transcurrir tres siglos y medio para comenzarse en serio la realización de la idea. Largo tiempo se vaciló en resolver entre diferentes proyectos, hasta cuando Lesseps, el constructor del Canal de Suez, se decidió en favor del istmo de Panamá, por el cual un ferrocarril ya estaba comunicando los dos océanos. Pronto el nombre de Lesseps logró reunir medios suficientes para acometer la obra con gran vigor. Ahora ya encontrábamos concluidos los trabajos preliminares. Una brecha amplia a través de la selva marcaba el alineamiento del canal, siguiendo a todo su largo la carrilera, excepto en sus terminales. A los pocos meses se empezaron las excavaciones, poniendo el notable progreso logrado hasta ahora fuera de duda la posible terminación del canal, aun a costa de exceder con creces el presupuesto original, tanto en medios financieros como en tiempo, y suponiendo que, al principio, la vía tenga que inaugurarse tan solo como canal de esclusas. Aun así, se prevé una transformación en el tráfico mundial considerablemente mayor que la lograda por el Canal de Suez. Tanto desde Norteamérica como desde la Gran Bretaña se opusieron por envidia a la obra, tratando de obstruirla o, por lo menos, de perjudicarla con la propagación de noticias desfavorables. Nosotros, los alemanes, con razón nos hemos mantenido alejados de tales celos, considerando en cambio la construcción del canal como una gran obra civilizadora.

Pero hemos llegado a Panamá. Apenas resistimos a los muchachos negros que se abalanzan sobre nuestro equipaje, para tomar un carro, que, atravesando un tugurio de chozas, nos lleva al Gran Hotel, situado en la propia ciudad. Panamá tiene todas las características de una ciudad antigua española, con calles rectas, angostas y pavimentadas; las casas, en su mayoría, construidas de piedra, con frecuencia de varios pisos y con balcones largos, que a la vez forman un techo para los andenes. Llaman mucho la atención las numerosas ruinas de conventos e iglesias destruidos por los variados incendios y terremotos y que han quedado sin reconstruir. Durante los primeros decenios del presente siglo, toda Panamá estaba prácticamente en ruinas, pero, con el creciente tráfico por el istmo, y, especialmente desde la inauguración del ferrocarril, la ciudad renació. El comercio, principalmente de tránsito, está en gran parte en manos de europeos, ostentando los avisos de sus establecimientos también muchos nombres alemanes, lo mismo que en todas partes de la América Central y del Sur. La población es, en su gran mayoría, española o, mejor dicho, de habla española, pues fuera de criollos blancos hay, en porcentajes considerables, indios, mestizos, negros y mulatos. Las fuerzas armadas, con su aspecto singular, nos recuerdan que nos encontramos en territorio del estado colombiano. Se dice que los pobres soldados, provenientes en su mayoría de las tierras montañosas del interior, están sufriendo terriblemente con el clima húmedo-caliente de la capital.

Esta está ubicada en una pequeña península sobre el borde septentrional de la bahía que lleva su nombre. Desde una antigua terraza española situada en la punta de esta península, se goza de una vista de singular hermosura sobre la parte interior de la bahía, rodeada de serranías cubiertas de monte. En la bahía hay varias islas, entre las cuales la Taboga, a dos millas alemanas de distancia, nos merece mayor atención por el hecho de anclar a su altura los vapores de gran tamaño que trafican por la costa occidental de América y que, por lo poco profundo de las aguas, no pueden seguir al interior de la bahía. Por la misma razón el canal ha de construirse hasta bien bahía adentro y proveerse con enormes esclusas de entrada, para atender la marea alta.

Es el Océano Pacífico el que tenemos delante de nosotros. Sus aguas, a mera vista, no se distinguen de las de su colega Atlántico, sin perjuicio de la contemplación particular que nuestra observación despierta. Nuestros pensamientos vagan a lo largo de las costas de las Américas del Norte y del Sur y más lejos hacia Asia y Australia. ¡Cuántas tierras bellas e interesantes! Con un poco de envidia vemos a nuestros hasta hoy compañeros de viaje dirigirse hacia el vapor que a distancia los espera, mientras nosotros vamos guiando los pasos de retorno al tren que nos devolverá a Colón.

En la Costa Septentrional

El miércoles, 26 de julio, volvimos a levar anclas con rumbo a Cartagena, cruzando al efecto el Golfo del Darién. El movimiento totalmente irregular del oleaje, una especie de marejada atravesada, causada por la reflexión de las olas en las riberas y la interferencia del oleaje primitivo en él reflejado, dieron lugar a que el barco aligerado de su carga, comenzara a cabecear sensiblemente, con el efecto molesto de una nueva aparición del mareo entre los pocos pasajeros que quedábamos. La tierra firme desapareció completamente ante nuestra vista, para reaparecer tan solo al acercarnos a Cartagena, cuya rada alcanzamos justamente un día después de nuestra salida de Colón.

El puerto de Cartagena es excelente por naturaleza, pero la política española cerró su entrada principal en 1795, no habiendo permitido la indolencia del mismo origen su reapertura. Así que las embarcaciones de mayor calado se ven obligadas a quedarse sobre la rada un tanto peligrosa. Cartagena es una de las ciudades más antiguas del país; data su fundación del año de 1533, es decir poco posterior a la de Panamá y Santa Marta, a las que pronto llegó a superar en importancia. Su progreso se debe a que, durante varios siglos, la única caravana anual del comercio entre España y Suramérica, arribaba a Cartagena para seguir luego a Portobelo. Cartagena era pues el único puerto para toda la Nueva Granada y Ecuador, porque cuanto menos puertos, más fácil su defensa. Más tarde, es decir en 1778, se anuló el monopolio del comercio colonial hasta entonces en manos, primero de los comerciantes de Sevilla y después de los de Cádiz, liberando así el intercambio a todos los españoles y anulando al mismo tiempo el privilegio de Cartagena. Pero el comercio legítimo siguió prefiriendo el puerto ya existente, en el cual, por lo demás, los virreyes con frecuencia tenían su residencia, protegida por fuertes fortificaciones contra los piratas ingleses y franceses. Durante la guerra de la independencia le tocó a Cartagena un papel muy importante. En 1815 sufrió el sitio tremendo por el General Morillo, a quien, después de ocupar la ciudad, le quedó fácil apoderarse rápidamente de todo el país. Desde entonces, Cartagena no ha podido rehacerse a satisfacción, ante la incapacidad de remover o compensar los obstáculos que se habían unido en su contra.

Ya nos hemos referido al cierre de la entrada principal de su puerto por los españoles. Su única vía de comunicación con el Magdalena, el Canal del Dique, ya en sí deficiente, queda obstruida por bancos de arena formados en su lecho. Y a estos contratiempos se suma la pérdida del monopolio disfrutado en la época colonial. Así las cosas, es apenas natural que el comercio se desplazara a Santa Marta y, más tarde, a Barranquilla, ambas situadas más hacia el este y escogidas especialmente por las nuevas líneas transatlánticas en formación para arribar, facilitando ellas mismas las instalaciones requeridas.

A las tres de la mañana abandonamos la rada de Cartagena. Horas después, cuando subí a cubierta, ya estábamos navegando, a bastante distancia al este, a lo largo de la costa, caracterizada esta por una serranía baja cubierta de matorral, probablemente el declive de una altiplanicie. A las 10 a. m. aproximadamente habíamos llegado a la altura donde esta serranía cae a la llanura. En su cresta divisamos todavía una mancha blanca que pronto se reveló como una edificación. Luego observamos al pie otras casas o chozas y, delante de las colinas, un llano cubierto de monte, formando una pequeña bahía; después de media hora más anclamos en esta bahía al costado de un vapor hamburgués y varios veleros. Habíamos llegado al punto de destino de nuestro viaje marítimo, la rada de Sabanilla o Salgar.

Pronto vimos partir de la ribera una pequeña embarcación de vapor con varias lanchas a remolque para arribar al costado del “Medway”. Subieron a este varios caballeros, pero no eran los oficiales de la aduana ni de la sanidad portuaria, funcionarios con quienes el viajero suele establecer su primer contacto. En cambio, aparecieron un representante de la compañía marítima, el cónsul británico, deseoso de saludar a su nuevo jefe, y otros particulares. Colombia había abolido la cuarentena ya desde hacía algunos años, por considerarla incompatible con los principios de libertad. El trámite aduanero había sido transferido recientemente a Barranquilla, un alivio al menos para el viajero, ya que el gravamen mismo le resulta cosa de mucha monta. Pues cada kilogramo de equipaje excedente de los cien iniciales, requiere el pago de sesenta centavos de derechos, equivalentes estos a dos marcos con 40 pfennigs en moneda alemana. La casa blanca en la colina, originalmente había sido construida como despacho aduanero. Pero impedida, en vista de su ubicación inadecuada, para cumplir este cometido, ahora estaba sirviendo de base para la transferencia de señales marítimas.

Según supimos más tarde, estaba listo un tren especial destinado a llevar a los pasajeros del vapor “Medway” a Barranquilla. Pero la administración del ferrocarril, en su astucia, había omitido dar la nueva al buque, ni siquiera aprovechando la oportunidad de hacerlo por conducto de los ocupantes de la lancha. En consecuencia, a falta de toda información contraria, permanecimos a bordo para tomar el tren regular que salía apenas al atardecer.

A las tres de la tarde finalmente nos despedimos del vapor y de su capitán, que nos habían albergado durante tres semanas y media, para llegar a tierra por medio de una pequeña lancha de vapor, al cabo de unos veinte a veinticinco minutos. No existiendo estación de ferrocarril, el tren permanece estacionado en medio de la población [(1)], si es que el amontonamiento de ranchos infelices merece tal calificación. Uno de estos ranchos, que no se distingue ni en medidas ni en aspecto de los demás, es el restaurante ferroviario. Al cabo de una hora montamos en un vagón largo parecido a un ómnibus y, a poco rato, el tren se puso en marcha. El ferrocarril, construido en 1870 por una empresa alemana y más

tarde adquirido por la nación, lleva el nombre de Bolívar. La distancia hasta Barranquilla es de 22 kilómetros y se recorre en 45 minutos, tiempo igual al que se toma un tren de carga en Alemania. El tiquete vale 5 pesos, equivalentes a 20 marcos, mientras el de primera clase para la misma distancia entre nosotros, se paga a 1.75 marcos. Con todo, el precio resulta todavía un poco inferior al panameño. El trayecto está formado por tierra plana que se eleva apenas del nivel del mar y, a todas luces, está constituido por sedimentos del río Magdalena. Nos encontramos aquí sobre el borde occidental de su delta, pues a nuestra derecha están acompañándonos hasta Barranquilla unas colinas bajas, de formación más antigua que los sedimentos fluviales. El viaje es, en este sentido, comparable con el recorrido de Danzig a Dirschau, que sobre el borde oeste del río Vístula se realiza al pie de la Chapa Diluvial, exceptuando, naturalmente, la vegetación diferente, explicable con el hecho de encontrarnos allí a los 54½° de latitud norte, contra apenas 11° en este sitio. Aquí hay un paisaje en forma de parque, es decir llanuras con árboles solitarios y matorrales en que pastan rebaños de ganado vacuno. A orillas de un brazo estancado del río a la izquierda se observan muchos mangles con sus raíces peculiares supraterrestres. Estos mangles o mangroves (rhizophora mangle) se encuentran en todas aquellas partes de las costas tropicales afectadas por las mareas y son siempre señal de clima malsano, sea porque la inundación del suelo con su subsiguiente desecamiento está causando fiebre o sea que los mismos mangles exhalen sustancias adversas a la salud humana.

Desde la estación viajamos directamente al Hotel Victoria, manejado por un irlandés multilingüe y, en aquel entonces, el mejor hotel de la ciudad. Por dos pesos diarios brindaba alojamiento con alimentación, esta última de poco agrado a mi paladar, pero ponderada por varios empleados comerciales alemanes, quienes estaban de comensales. De vuelta desde el interior del país y con las experiencias culinarias allí sufridas, probablemente también elogiaría esta cocina.

Barranquilla está ubicada a orillas de un brazo del Magdalena, mientras el propio río pasa a media hora de distancia hacia el este. Por fotografías vistas en Kingston había sacado la impresión de una ciudad acogedora, situada en un paraje bonito. ¡Cuánto me desilusionó la realidad! Solamente los cocoteros a orillas del brazo fluvial y los buques de estilo barroco surtos en él, le agregan al cuadro un poco de vida. Las calles todas son rectas, en su mayoría bastante anchas e indescriptiblemente arenosas. Se dice que la arena proviene de las inundaciones del río Magdalena, fenómeno este que motiva también la elevación de varios pies que tienen los andenes a ambos lados de las calles. Fácilmente se puede imaginar el efecto elevador producido por la arena, sobre todo la arremolinada, tanto sobre la temperatura del medio como sobre el reflejo agudo de la luz solar. El área de la ciudad sobrepasa en mucho la extensión estimada a raíz del número de sus habitantes, calculado entonces en 15.000. La estación ferroviaria está a un cuarto de hora, por lo menos, de distancia del centro de la urbe, no alcanzando con esto todavía su linde extremo. El diámetro de la ciudad será de unos 2½

kilómetros en promedio, debiéndose su relativamente vasta extensión a la preferencia dada en su estructura a las casas de un solo piso [(2)]. Construcciones de dos pisos no hay sino muy pocas, y de tres una sola, un hotel, que viene ponderando esta ventaja dudosa, en su propaganda, de una manera especial. Insoportable sería el calor en Barranquilla si la urbe estuviera construida a la manera de las metrópolis europeas o norteamericanas de edificios altos. En el conglomerado de estos el calor es, especialmente de noche, mucho más sensible que en los trópicos, como pude experimentarlo en Nueva York, en el viaje de regreso. En la distinción de las casas de grado superior de aquellas inferiores, el material empleado juega papel decisivo. Las habitaciones de la gente acomodada están preferencialmente construidas de adobes (ladrillos secados al aire), nítidamente blanqueadas o pintadas en colores claros. Tienen techos planos o construidos con tejas cocidas. En lugar de ventanas de vidrio hay, por lo general, meras aberturas, que de día quedan cerradas por postigos, a fin de mantener un ambiente fresco adentro. Por fuera, estas ventanas portan rejas de madera, características de los países de orientación española. Desde el punto de vista arquitectónico. Barranquilla carece del todo de obras dignas de mención. Tampoco la catedral con sus dos torres de diferente estructura llama nuestra atención. Las casas de los habitantes acomodados ocupan tan solo unas pocas vías en el centro de la urbe, viviendo alrededor la gente de condiciones inferiores en sus ranchos cubiertos con hojas de palmera. A medida que se aleja uno del centro estos ranchos aumentan en distancia entre sí, imposibilitando, por lo tanto, la orientación sobre el linde urbano. Ni en un paseo de tres cuartos de hora de distancia del hotel, realizado en la primera mañana, logré salir del área de estas chozas y sus huertezuelos cercados; así hube de limitar mi actividad a la recolección de unas plantas silvestres. En cambio, encontré recompensa en un hallazgo geológico: Cerca de la estación ferroviaria tropecé con un suelo consistente en innumerables corales cubiertos por una capa arenosa mezclada con restos de conchas, formaciones originadas en sedimentos del mar, que evidencian un retroceso del nivel de este.

Lamento haber tenido que abstenerme de inspeccionar las colinas circundantes, por temor de sufrir de insolación o de ataque de fiebre. Además, el calor sofocante, mi desconocimiento del idioma y la falta de relaciones hicieron lo suyo para confinarme prácticamente al hotel durante nuestra permanencia de dos días en Barranquilla, a excepción de las noches, que aproveché para pasearme un rato por las calles. La población me parece que consta, en su gran mayoría, de mulatos y zambos, es decir, mezclas de negros con blancos e indios. Además hay mestizos o cholos, es decir mezclas de blancos con indios, lo mismo que blancos, negros e indios puros. Así se ven caballeros que llevan vestido blanco fino, a la vez que pordioseros cubiertos de harapos y negros a semivestir. Las damas distinguidas se mantienen en sus casas. Las mujeres del pueblo visten prendas de tela común. El viajero recién llegado considera como obvio el uso frecuente de los coches; en cambio llaman su atención los numerosos jinetes que encuentra en la

ciudad. Pues los criollos acostumbran andar a caballo aun para el camino más corto, teniéndolo siempre ensillado y disponible.

Barranquilla es actualmente el centro comercial más importante en las costas colombianas, excepción hecha de Panamá, que se beneficia del tránsito notable entre los dos océanos. Las casas comerciales barranquilleras, encabezadas por un número de firmas alemanas, no solo exportan los productos del país para traer, en cambio, mercancías europeas, sino que también hacen las veces de comisionistas para los comerciantes del interior, empeñados en los mismos oficios. Como ni las líneas marítimas ni la administración del ferrocarril intervienen en las múltiples tramitaciones requeridas, los interesados dependen para el efecto de un comisionista domiciliado. Este se encarga de encaminar las mercancías de exportación, recibiendo, por el otro lado, y despachando las provenientes del exterior, atendiendo, entre otras, las siguientes diligencias: trasbordo entre el vapor marítimo y el ferrocarril, lo mismo que entre este y el vapor fluvial, escogencia de las empresas o líneas por ocupar, negociación de los fletes, diferentes estos entre sí y fluctuantes sobre todo en proporción a la oferta y demanda y, por último, tramitación aduanera para las importaciones.

La importancia de Barranquilla se debe a su ubicación tan cerca a la desembocadura del río Magdalena, el cual, para la mayor parte realmente poblada de Colombia, representa la comunicación más cómoda con su costa. Con todo, la supremacía del sitio apenas data de los últimos años. Hemos visto que Cartagena mantuvo durante los tres siglos de la soberanía española el monopolio del comercio colombiano, para trasladarse este a Santa Marta, una vez terminadas las guerras de la independencia, puerto este último de mejor comunicación con el río Magdalena y, además, en condiciones más favorables después del cierre de el de Cartagena. Las mercancías descargadas de los transatlánticos en Santa Marta se redespachan en champanes, es decir en grandes lanchas cubiertas, a través de la Ciénaga, una especie de lago ribereño, que en su formación tiene parecido con ciertos golfos de la Prusia oriental, y luego, pasando por unos brazos fluviales, a Soledad o a Barranquilla, para seguir de allí río arriba. La navegación a vapor por el río Magdalena, inaugurada en 1845, había de reducirse a su brazo principal, teniendo a Barranquilla por punto de partida, donde se efectuaba el trasbordo desde los champanes a los vapores. Con el tiempo, aquí también se establecieron comerciantes extranjeros, especialmente alemanes, mientras que en Santa Marta predominaron los norteamericanos. Natural era el empeño de aquellos en conquistar la supremacía para Barranquilla, abriéndole a esta una conexión directa al mar. La suposición de encontrarla en la misma desembocadura del río Magdalena no carecía de fundamento, pues, efectivamente, uno que otro vapor marítimo había subido por esta vía. Hasta un crucero de la armada alemana había hecho su presencia, ante el pavor de los habitantes, para exigir una contribución. A veces la línea “Atlas” se había servido de la misma vía, abandonándola luego por motivo de la varada de varios de sus buques; otros, de mayor calado, nunca habían hecho el ensayo. Una barra formada por sedimentos de fango traído por el

río en su curso y depositado en su desembocadura es la causante del fenómeno aquí, lo mismo que en muchas otras de las grandes vías acuáticas. Sabido es, por ejemplo, el alto costo demandado por las medidas para mantener libre la entrada a los grandes transatlánticos en la desembocadura del Misisipí. Dificultades similares probablemente no se harían esperar en la del Magdalena. Ciertamente tan solo el Estado podría asumir tamaña obra, una vez alcanzada la respectiva madurez económica del país. A los comerciantes alemanes les quedó la única solución de construir el ferrocarril a Sabanilla, que conocimos a nuestra llegada. Una vez puesto en servicio este, los vapores marítimos tocaron en Sabanilla en lugar de Santa Marta, con el efecto de un rápido descenso del comercio en beneficio del correspondiente florecimiento de el de Barranquilla, ciudad que, en adelante, domina más de las dos terceras partes del comercio colombiano de importación y exportación. El número de habitantes, incluyendo suburbios, que, según censos oficiales, en 1851 era de 6.100, contra 11.600 en 1870, se calcula en 15.000 en 1882. Pero el futuro desarrollo barranquillero parece dudoso, ya que la rada de Sabanilla-Salgar es bastante inferior a las de Santa Marta y de Cartagena. Cierto que se está considerando la prolongación del ferrocarril hasta Belillo para allí construir un muelle mar adentro, de unos 500 pies de largo. Pero también está ventilándose la canalización del Dique de Cartagena, lo mismo que la construcción de un ferrocarril de Santa Marta a Barranquilla, que más tarde se reemplazaría por un canal. Un fenómeno típicamente colombiano es el de que el Estado se empeña en apoyar a la vez todas estas empresas competidoras, no logrando así, naturalmente, el progreso real y verdadero de ninguna. Solo el tiempo enseñará cuál de las empresas resultará la más valiosa y cuál de las tres ciudades saldrá victoriosa de la lucha en pleno desarrollo.

(1)La población se llama Salgar, mientras Sabanilla es un pueblo de pescadores, a una hora distante hacia el este. No obstante, el puerto suele llamarse Sabanilla.

(2) Por estas suelen entenderse aquí las casas formadas por el "bajo" exclusivamente.

En el río Magdalena

Para llegar desde Barranquilla al interior del país, y especialmente a Bogotá, su capital, es menester confiarse, de buena o mala gana, al río Magdalena, pues no hay ni ferrocarril ni otro medio de comunicación terrestre. Tan solo a la mitad de la distancia, cerca de Puerto Nacional, se podría abandonar el río para continuar el viaje a lomo de mula, pero exponiéndose a la necesidad de usar caminos en tan mal estado, que aun antes de comenzar la navegación a vapor, todo viajero prefiere el río. Al efecto se usan los champanes, embarcaciones parecidas hasta cierto punto a las del río Elba en Alemania. Estos champanes son lanchas de poco calado, de 10 a 15 metros de eslora y de 2 a 3 metros de manga, cubiertas en su mitad por un techo formado de palos y hojas de palmera y abiertas en sus partes delantera y trasera. Ocho a doce bogas, negros o zambos, medio desnudos, mueven el champán, remando o empujando a garfio según las circunstancias, pues el poco calado no permite navegar a vela. A tales embarcaciones, con escasa posibilidad de moverse, y limitado a la compañía de esta gente tan ruda y difícil de tratar, el viajero quedaba confinado con frecuencia hasta dos meses, para llegar a Honda, final de su viaje. Todas las descripciones antiguas del viaje, por lo tanto, están llenas de lamentaciones alrededor de este modo de viajar, de los sufrimientos por el calor, de la pésima alimentación, de la falta de toda comodidad, de los conflictos interminables con los bogas siempre quejosos de las largas horas de su jornada y que a veces abandonaban abruptamente toda actividad, para participar en la fiesta de algún pueblo ribereño.

Ciertamente el comienzo de la navegación a vapor significaba un progreso formidable para el tráfico y el transporte en Colombia. Ya en 1823, cinco años después de haber hecho su aparición los primeros buques de vapor en los ríos Rin y Elba, la concesión de navegar así por el Magdalena era otorgada a un señor Elbers, pero su empresa, por algún motivo, pronto volvió a cerrarse. Tan solo muchos años después, en 1845, de nuevo transitaron buques por el río. Al presente, la navegación está del todo libre. Varias compañías, tanto colombianas como extranjeras han fracasado debido a desastres o a administración incompetente. Pero siempre fueron seguidas por otras. A mediados del año de 1882, los veinte a treinta vapores que surcaban el río, eran propiedad de cinco empresas. Las más competentes y más recientes eran la del cubano Cisneros y la de la Compañía Unida, empresarios que habían acordado un itinerario en común para despachar cada tres días un buque de Barranquilla río arriba. La estructura de los vapores es de la mayor importancia. Los más antiguos, por lo general, son demasiado grandes y tienen un calado incompatible con el nivel del río en épocas de sequía. Otros carecen de fuerza motriz suficiente para vencer los rápidos cerca de Honda.

El tercer día después de haber llegado a Barranquilla, o sea el lunes 31 de julio a las 10 a. m., nos embarcamos en el “Federico Montoya”, ponderado como uno de

los mejores buques que surcaban el río. La partida de los grandes transatlánticos de los puertos europeos, con sus marañas de última hora y sus desgarradoras escenas de despedida, ha sido descrita en exceso. Proporciones guardadas, los mismos sucesos se repitieron ahora a bordo del "Federico Montoya", subrayados todavía por el ruido estrepitoso tan popular entre la gente de color en Barranquilla. Mientras se completaba el cargamento y se subían las últimas piezas de equipaje de los pasajeros, estos y los miembros de la tripulación se veían rodeados de grupos de amigos. Por mi parte, pude hacer de espectador despreocupado, con mi país natal dejado muy atrás y con tan poca atracción encontrada en Barranquilla, ciudad poco hospitalaria.

<>Terminada la operación de cargue, se dio la señal de despeje, se soltaron los cables de amarre del buque, sonó un silbido estridente de la sirena de vapor, a diferencia de la campanada en uso entre nosotros, y, en medio de la vocinglería y las gesticulaciones de la multitud, el vapor se puso en marcha.

Lentamente se deslizó por el brazo angosto del río, brindándonos tiempo suficiente para curiosear la nave que, a lo menos por una semana, habría de albergarnos. Estos buques del Magdalena se diferencian del todo de los acostumbrados en la navegación fluvial nuestra. Son más bien del tipo de los conocidos por la mayoría de mis lectores, a través de dibujos o pinturas, como surcando el río Misisipí. Sus características más sobresalientes y determinantes de su llamativo aspecto exterior son la enorme rueda de paletas en la popa y su quilla extremadamente panda y ancha, que provee, a manera de primera cubierta, un espacio amplio para la máquina y las provisiones, tanto de leña como las alimenticias, dando al mismo tiempo cabida para la estada de la tripulación y los pasajeros de segunda clase. Encima de este lugar se eleva, con apoyo en pilares de madera, la segunda cubierta, diseñada en forma diferente en cada barco, según el destino de su espacio. En el "Montoya" empieza con una extensión libre en la parte delantera, destinada a la comodidad para los pasajeros durante el día, aprovechando que el viento contrario los alivia un poco del calor sofocante cuando la nave está en marcha. Sigue el corredor con pequeños camarotes a lado y lado; cada uno de estos tiene un recargo de $ 10 sobre el precio del pasaje, que es de $ 50. Para los demás pasajeros, lo mismo que para los mozos, las camas se tienden en la sala y en la parte delantera ya descrita. Al efecto se usan catres, muy acostumbrados en tierra caliente y sumamente prácticos. Consisten en una lona plegable templada sobre cuatro palos. El tendido lo mismo que el indispensable toldillo, son por cuenta del pasajero. Pero estando los camarotes previstos para instalar este último, el viajero europeo ya por esta razón buscará el lujo de reservarse el suyo. Dos cubiertas, de extensión reducida, que sobresalen de la segunda, abarcan la habitación del capitán y la rueda del timón.

Nuestro capitán es americano de origen alemán, pero escasamente entiende una que otra palabra de este idioma. Un colega suyo de la misma empresa, que viaja con nosotros, es holandés proveniente de Curaçao, pero con ya larga

permanencia en el país y con rango de almirante colombiano, dignidad no necesariamente dependiente de la existencia de una armada. El maquinista es inglés o norteamericano, siendo el contador y el práctico colombianos, conocedor este último de las particularidades del río. El contador viste a la manera europea, mientras el práctico es morador autóctono de la región fluvial, con nivel educativo apenas superior al de los bogas, es decir de los tripulantes, conglomerado este de negros y zambos semidesnudos, que charlan, se carcajean y maldicen sin cesar. También los pocos pasajeros de primera demuestran haberse encontrado por puro azar. Además de los Gastrells, de mí y de Mr. Wheeler, que viaja a Bogotá por motivos de salud y con quien trabé buena amistad allí, hay un turco de Jerusalén, cuyo hermano tiene su negocio en Bogotá, y unos colombianos costeños que van a la capital, gente de poca formación y conducta alegre. En segunda suele viajar solamente gente de color, de las clases más bajas. En nuestro viaje había entre ellos unos hombres con entrada clandestina al país, que fueron encadenados, pero liberados otra vez contra su promesa de ayudar a los bogas en su labor.

Un viaje por vapor en un río que atraviesa tierra baja, pronto se torna monótono y fatigante, a no ser que uno se ocupe en algo cautivante, como levantar un mapa, por ejemplo. Impedido por varias razones de hacerlo, uno coge un libro, tornando la vista al paisaje únicamente de vez en cuando, al volver las hojas. Supongo que “Ut mine Stromtied” de Fritz Reuter, libro recibido de un amigo al despedirme, nunca antes se habría leído en el río Magdalena. Habíamos montado nuestros asientos reclinables; los colombianos ajustaron sus hamacas en los postes del buque, meciéndose en ellas, exhalando el humo de sus cigarrillos, charlando o buscando distracción, de vez en cuando, en uno de esos libros de cuentos horribles de bandoleros. En alta mar las horas del crepúsculo habían sido las más acogedoras de todo el día. Aquí los zancudos, mosquitos y jejenes [(3)] estorban su goce, apareciendo pronto a la puesta del sol y cubriendo cara y manos del viajero con sus picaduras. Pero el aire acariciaba tan suavemente, y sobre el fondo oscuro del firmamento las estrellas brillaban con tanta intensidad, en el extremo norte las osas y, por el otro lado, todos los astros del hemisferio meridional; al rededor centelleaban continuamente los relámpagos, así que preferí lo mismo que mis compañeros de viaje, seguir exponiéndome a las molestias de los insectos en vez de refugiarme en el camarote con su calor sofocante.

El horario de comedor en los vapores del Magdalena es idéntico al que volveremos a encontrar en todo el país. Por la mañana, a la hora de levantarnos, se nos brinda una taza de chocolate; a las 10½ a. m. hay desayuno y el almuerzo se sirve a las 5 p. m. La diferencia entre los dos es insignificante. Muchos platos se sirven a la vez, pero todos carecen de sabor y son poco apetecibles. En la mesa atienden numerosos muchachos indios y zambos asquerosamente sucios, que están al mando de un negro jamaicano. Ciertamente asombroso es observar la torpeza demostrada en su modo de obrar y la deficiencia del servicio prestado, a pesar de haber tantos ayudantes como comensales.

De tres a cuatro veces al día el vapor se detiene a recibir leña para la caldera, pues esta constituye el combustible exclusivo en los buques del río. Así que cerca de los ranchos que encontramos a nuestro paso se ve con frecuencia el montón de leña que su dueño suministra a los vapores, a precio alto, pues el morador de la región no se presta a rajar leña sino a jornal elevado. El negocio lo cierra el capitán o el contador, e inmediatamente toda la tripulación, incluso los meseros, empiezan a cargar la leña en hombros. No obstante, el trabajo requiere hasta una hora cada vez, demandando así la sexta parte, más o menos, de cada día, calculado este desde el amanecer hasta la puesta del sol. Desgraciadamente estos intervalos por lo general eran demasiado cortos y con duración siempre imprevisible como para haberme podido alejar mucho. Además, me sentía corto todavía en el uso del lenguaje y con dificultad, por lo tanto, para entablar conversaciones y visitar los ranchos. De caer tales paradas en las horas del mediodía, el calor, disminuido durante la marcha, se vuelve insoportable, suspirando todos nosotros por el momento de subirse el último leño a bordo. En la parte inferior del río la navegación puede continuar durante la noche, pero, mas arriba, los bancos de arena, lo mismo que los troncos flotantes, constituyen peligros demasiado serios para seguir.

El Magdalena no se cuenta entre los ríos gigantes de Suramérica, ni siquiera aguanta comparación con los afluentes mayores de estos. Su fuente se encuentra bajo los 2°, su desembocadura a los 11° de latitud norte, esta un poco más al este que aquella, con una distancia directa entre las dos un poco superior a 1.000 kilómetros, o sea 140 millas alemanas. La longitud efectiva del río, computando todas sus vueltas y recodos, es imposible de calcularla con exactitud, a falta de mapas lo suficientemente adecuados. Parece ser de 1.600 Kms. aproximadamente, o sea 215 millas alemanas, superando así el largo del Rin en la cuarta parte de este, pero no alcanzando el del Danubio. El territorio atravesado por el Magdalena, es decir el área, cuyas aguas corren hacia el río, comprende unos 240.000 kilómetros cuadrados, o sea 4.400 millas cuadradas alemanas, es decir 500 millas más que el del Rin, mas el doble del Oder y el quíntuple del Weser. Esta área abarca la mitad, más o menos, del territorio andino de Colombia, denominación que, para contrastarlo con el istmo de Panamá y con los llanos orientales, ya habíamos adoptado. Toda la vertiente occidental de la Cordillera del Oeste, lo mismo que la parte meridional del área encerrada entre las cordilleras Occidental y Central, desaguan hacia el Océano Pacífico, los repechos orientales de la Cordillera del Este y, en parte, de la Cordillera Central, en cambio, hacia el Amazonas y el Orinoco. Las ramas septentrionales de las cordilleras envían sus aguas en parte directamente al Mar Caribe. Así pues, corresponde al área del Magdalena, en su definición dada, toda la parte central del macizo andino colombiano. Sobre la cuantía de agua lluvia recibida por la región comprendida no hay observaciones fidedignas, pero, de todos modos, supera a la de la Europa Central. Y aunque también la evaporación es mayor, con toda probabilidad, el Magdalena reúne en su lecho más agua que el Rin, y que los otros ríos alemanes no alimentados por los Alpes. Pero las oscilaciones estacionales entre las cuantías

de agua pluvial que caen, son considerablemente más marcadas aquí en los trópicos que en nuestra tierra. En consecuencia, de pronto el río lleva cantidades enormes de agua, para en otros tiempos, quedar reducido su lecho a un reguero insignificante con bancos de arena asomados en la superficie. Entonces, solamente el bajo Magdalena sigue apto para una navegación sin trabas; mientras que más arriba los vapores pueden moverse tan solo muy lentamente echando plomada cada rato. Pero aun con estas precauciones, muchos quedan varados sobre un barranco, para salir a flote a veces semanas después.

Nosotros tuvimos suerte. El nivel del agua ya no era tan alto como en días anteriores, así que la nave no tenía que luchar contra una corriente excesivamente brava, que era suficiente para evitarnos varadas. El río se presentó con su superficie ancha y majestuosa, a mi modo de ver con dos a tres veces la anchura del Rin cerca de Bonn. Muy de vez en cuando encontramos una piragua con su vela cuadrada o un buque surcando el inmenso nivel. El agua misma, lejos de agradarnos con el color verde transparente esperado, se nos presenta como una marea de barro amarillento y turbia, que, al tomar nuestro baño, deja el cuerpo cubierto por una costra gruesa. No obstante, se usa sin filtrar, para la cocina y como bebida para la tripulación.

Poca oportunidad hay para admirar el río en toda su prolijidad, pues por lo general corre dividido, por trechos más o menos largos, en varios brazos, unidos estos, por numerosos lechos angostos y pandos, que, en la época de sequía o verano, se secan por completo. Los brazos a veces forman entre si lagunas de mayor o menor escala. Tanto los brazos como sus comunicaciones, desde luego, quedan sujetos a variaciones continuas en su curso. Al comienzo de los años sesenta, el Magdalena, cerca de la desembocadura del río Cauca, había dejado casi por completo su lecho, para forjar su corriente a través de un antiguo brazo lateral, el de Loba, el que, un poco más arriba, cerca de Sitionuevo, de suyo ya se une con el río Cauca. Solamente con alto nivel de agua los vapores pueden seguir el anterior brazo principal. Por lo general, han de coger la vuelta considerable formada por el Cauca y el brazo de Loba. La ciudad de Mompós, ya fundada en 1539 a orillas del antiguo brazo principal y por mucho tiempo la más importante en el trayecto entre Barranquilla y Honda, está en decaimiento a consecuencia del fenómeno. En cambio, Magangué, emplazada en la parte inferior del Cauca hoy unida con el Magdalena, está ganando importancia. Otra variación similar de lecho se había producido antes, un poco río arriba, con los subsecuentes efectos desfavorables para la población de Morales a cambio del florecimiento de Simaña y Puerto Nacional.

Por ambos lados el río va encauzado en medio de orillas arcillosas, que, de gran uniformidad, se levantan de dos hasta seis metros por encima de su nivel actual, cayendo a este en declive casi vertical, sobre todo en la ribera externa de las curvaturas del río. En muchos pasajes se puede observar la corriente en proceso de roer el terreno así afectado, desplomándose con frecuencia terrenos enteros

ante los ojos de los viajeros, trozos que el río se lleva para volver a depositar en aguas menos raudas. Así, pues, con frecuencia se ven bancos bajos de lodo o de arena antepuestos a las orillas altas y escarpadas, bancos que, al igual que las pequeñas islas del río, se encuentran en permanente peregrinación. Son completamente pelados o apenas cubiertos con escasas yerbas o un poco de matorral, pues el río tan inquieto habrá vuelto a destruirlos sin dar tiempo a que se desarrolle mayor vegetación sobre ellos. Forman el paraíso de los caimanes, reptiles que en Suramérica representan al cocodrilo del Nilo. Con frecuencia de 20 pies de largo, estos monstruos se ven recostados por docenas uno al lado del otro, las fauces del todo abiertas, tomando su baño de sol. No se sienten molestos por el paso del buque. Pero al sonar algún tiro descargado por uno de los viajeros cazadores, se levantan lentamente, para deslizarse con pesadez al agua, pues el tiro a los caimanes constituye el entretenimiento principal a bordo de los vapores del Magdalena. Sin embargo, los animales saben muy bien que entre el agua son inexpugnables. Allí son los soberanos absolutos. ¡Ay del pobre que tiene la desgracia de caer al agua o se deja sorprender por estos reptiles sanguinarios, bien sea a bordo de una balsa o cerca de la orilla del río! Aquí yace un caimán muerto, tal vez derribado por un tiro certero disparado desde otro buque e imposibilitado así de alcanzar el agua salvadora. Una bandada de gallinazos se ha encontrado en su rededor, con ánimo de empezar su banquete. Al lado de los caimanes se ven las intrépidas garzas blancas, observadas en otras regiones, tanto posadas en los árboles o cruzando el río a vuelo, con las piernas extendidas hacia atrás. Pájaros de otras especies todavía son raros. Parecen intimidados por la anchura del río. Además, para el viajero, la orilla, por lo general, queda demasiado distante para reconocer moradores de tamaños menores en los árboles y matorrales. Durante nuestras primeras jornadas poco monte se presentó a nuestra vista, quedando la mayor parte de la llanura a ambos lados del río ocupada por malezas y sabanas, estas últimas de gramíneas sombreadas aquí y allá por árboles solitarios, en su mayoría palmeras, sobre todo cerca del río. Muchos árboles nos sorprenden por su carencia absoluta de follaje, recordando el paisaje invernal europeo. Pero a diferencia de allá, aquí no son influencias climáticas las causantes, sino las bandadas de langostas que se comieron las hojas. En las sabanas hay rebaños de ganado pastando, con destino, en gran parte, a la exportación a Cuba. Muchas veces se observan ranchos solitarios rodeados por pequeños platanales. De vez en cuando una población o pequeña ciudad se ve intercalada en el paisaje.

Los dos Estados, Magdalena y Bolívar, que ocupan las riberas del Magdalena inferior, figuran entre los menos progresistas de toda Colombia, hecho que viene en contra de la esperanza fundada en que por cercanía de la costa, se hallaran con una cultura más adelantada. Fuera de la ganadería poco intensiva, solo se encuentra una agricultura incipiente. En lugar de cultivarse en masa las plantas tropicales útiles de todos los géneros, su producción se limita a lo requerido por el consumo propio del habitante, con una sola excepción, a saber los cultivos de tabaco de El Carmen, en manos de alemanes. Tan insignificante desarrollo

económico tiene por causa principal, directa o indirecta, el clima caliente y malsano, que al hombre blanco hace perder su energía y lo rinde incapaz para todo esfuerzo físico. Por esta razón los españoles al cabo de la conquista comenzaron a importar esclavos negros, con cuya ayuda explotaron el país. En el transcurso del siglo presente la esclavitud se fue aboliendo poco a poco y los negros libres, lo mismo que los mestizos negroides, limitan su trabajo a lo absolutamente indispensable para el sustento. En cambio, un agitador político en su empeño de amotinar al pueblo para la revolución, en ellos siempre encuentra sus más sumisos oyentes y más adictos seguidores, no para defender principios políticos, pues a la lucha se esquivan siempre que sea posible. Pero de hacienda en hacienda van esas hordas, robando lo que les gusta y destruyendo lo que no pueden llevar. En ningún sector de Colombia las revoluciones son tan frecuentes como en estos Estados litorales, y en ninguna parte han despoblado y devastado al país como aquí.

En la tarde del primer día divisamos al este una cadena de montañas con cimas envueltas entre nubes. Era, en todo caso, parte de la Sierra Nevada [(4)] de Santa Marta, el coloso montañoso aislado que casi en inmediaciones de la costa se levanta, haciendo brillar, ya desde mucha distancia mar adentro, sus blancas cumbres nevadas, como para demostrarle al viajero europeo que también en el trópico hay nieve, si bien limitada a regiones de mayor elevación sobre el nivel del mar que entre nosotros. Durante los días siguientes atravesamos terrenos completamente planos. Tan solo al salir del Cauca para desembocar al brazo de Loba, volvimos a observar montañas, esta vez pertenecientes a la Cordillera Oriental, pero todavía lejanas y mostrando únicamente sus contornos perfilados, al paso que todas las particularidades quedaban guardadas como un secreto bajo un azul nebuloso. Durante uno de los días siguientes también la Cordillera Central nos mostró su extremo septentrional que termina mucho más al sur que el de la Cordillera Oriental. Más arriba, a menos que la selva ribereña nos privara del goce, la observación de las montañas se tomó un espectáculo continuo, presentándose, al efecto, ya la una, ya la otra cordillera, o, también, ambas a la vez, y con tanto más esplendor y magnitud cuanto más íbamos acortando distancias. Al séptimo día de viaje, a la altura de Buenavista, experimentamos la sorpresa de admirar las dos cimas volcánicas de toda la región, la del Tolima en forma de cono y la del Ruiz, más aplastada y ancha.

El paisaje ribereño sigue todavía conservando su carácter de planicie, pero en su composición, que río más abajo era de arcilla exclusivamente desde los 11° latitud norte, de vez en cuando aparecen en las orillas unas colinas de la misma composición y de unos 20 a 30 metros de elevación, con cuestas escarpadas que bajan hasta el lecho del río. Con frecuencia van marcando los estrechos de este, que antes iban formando obstáculos de mayor grado para la navegación. Ya pasadas las desembocaduras de numerosos afluentes de caudal, el río, como tal, va reduciéndose más y más. Abajo de Puerto Nacional, el río Cauca, el San Jorge y el Cesar son los de mayor importancia; arriba de esa población desembocan a la

derecha el río Lebrija, el Sogamoso, el Opón y el Carare, y a la izquierda, además de varios pequeños, el Nare. La velocidad de nuestra nave ha disminuido considerablemente, y las noches las hemos de pasar anclados, todavía con mucha suerte en comparación con otros vapores, que aún, con más lentitud y frecuentes choques contra bancos de arena, están maniobrando. Encontramos varios de ellos ya resignados por la lucha. Y no obstante, todavía el río no ha llegado a niveles mínimos. Hay semanas que ni los buques pequeños, de por sí destinados para la navegación en el alto Magdalena, logran subir hasta Honda, en cuyo puerto al mismo tiempo hay otros esperando la llamada creciente, es decir la elevación del nivel de agua, para levar anclas. También los ríos caudalosos de nuestra patria ofrecerían obstáculos mucho mayores a la navegación, de no haber sido regulados por el hombre. ¡Qué esperamos entonces de los trópicos, que, con sus épocas de lluvia tan variables, oponen dificultades infinitamente mayores! De la canalización del Magdalena se ha hablado y escrito mucho. Una sociedad se ha formado a propósito, con su revista propia. Y hasta un ingeniero alemán, de apellido Striedinger, se contrató para los estudios preliminares del caso. Pero ya para tales investigaciones en un momento dado faltaron los recursos, viéndose Striedinger cohibido para continuar su obra. Así, pues, la costosa regulación del río probablemente tardará mucho todavía en acometerse.

Las sabanas, predominantes en los primeros días del viaje en el carácter del paisaje, poco a poco van cediendo su lugar a una selva más y más densa y frondosa a medida que avanzamos. Esta, con su renuevo exuberante, repara constantemente las destrucciones, tanto de la infligida por los leñadores en su afán de proveer la navegación con el combustible indispensable, como la provocada por los derrumbes en las orillas y por las alteraciones frecuentes del mismo lecho fluvial. Ciertamente, para el viajero novato, la selva tiene algo de desilusionante. La altura de los árboles no alcanza la figurada en su imaginación de cuentos viajeros, exagerados en exceso. La exuberancia de la selva tropical se manifiesta desde otro punto de vista. Todo bosque de nuestra tierra se caracteriza por el predominio en él, frecuentemente llevado hasta la exclusividad, de una sola, máximo dos o tres, especies de árboles. Hablamos de bosques de abeto, o de pino o de haya, alternándose tan solo a grandes espacios intermedios y bajo condiciones diferentes, una clase de árbol con otra, para de pronto dominar esta última. Qué diferencia en la selva tropical con su mezcla de innumerables especies y la necesidad de buscar mucho a fin de encontrar otro ejemplar más de una misma especie. La tierra baja tropical carece del todo de coníferas, que tan solo a mayor altitud se encuentran de vez en cuando, pero tampoco puede pretenderse que en el clima cálido las palmeras ocupen su lugar. La propia arboleda tropical se compone casi exclusivamente de dicotiledóneas, pero con marcada diferencia de estatura en comparación con nuestros árboles. En tanto que estos, en su mayoría, todavía cerca del suelo, empiezan a extender sus primeras ramas, creciendo su tronco alternativamente con inclinación hacia un lado y el otro, el tronco del árbol en los trópicos sube esbelto y recto, formando su copa, con figura de sombrilla, tan solo a mayor altura. Las palmeras pertenecen,

casi en su totalidad, a los árboles de estatura baja, llegando apenas a la mitad o a las dos terceras partes de la de los gigantes de la selva. Mientras el suelo de nuestros bosques solamente admite la existencia de raquíticos matorrales, o, tal como en el bosque de haya, tan solo un tapete de musgo con algunos helechos, del piso de la selva tropical se levantan tantos árboles, arbustos y hierbas cuantos sobre el espacio quepan. Pero aun así, la fuerza productiva de la naturaleza no queda copada. Las copas de los árboles dan albergue a numerosas plantas, que se alimentan o bien de los árboles donde se hallan, o bien de la mera atmósfera. Otras matas luchan, trepando por los troncos, por ganar, atravesando el follaje, la luz plena del sol, para lanzarse luego, de árbol en árbol, fenómeno no limitado a enredaderas blandas, como en nuestra tierra, sino con especies de madera entre ellas, que se estrechan más y más alrededor del tronco de su apoyo, para finalmente estrangularlo, derrumbándose con él, pero volviendo a trepar luego por el árbol vecino. Así, vista desde el río, la selva se ofrece como una espesa muralla verde, que impide nuestra mirada hacia adentro.

Los animales moradores de la selva se esconden en su mayoría dentro del sombrío. Muy raras son las veces que el ojo del viajero desde a bordo descubre al puma (león americano) o al jaguar (tigre), que sí habitan todavía en estas selvas. Ni los monos son espectáculo muy frecuente, habiendo preferido, probablemente, retirarse selva adentro, asustados por el ruido de la navegación. En cambio, los loros se presentan en bandadas, anunciándose ya desde lejos por su gritería aguda y cruzando el río en vuelo casi siempre de parejas. Numerosos insectos, entre ellos verdaderas bellezas de mariposas, se mecen en el aire.

La población se ha vuelto más y más escasa. Ya no pasamos, como en la parte inferior del río, por estas ciudades pequeñas que con sus techos de barro y sus paredes blanqueadas por lo menos promueven una apariencia de civilización. Hasta pueblos y caseríos son raros y de aspecto mísero. En intervalos de media hora más o menos pasamos por ranchos solitarios, construidos de bambú y con hojas de palmera como techo y circundados por pequeñas plantaciones de plátano, maíz y caña, con unos árboles frutales para el sustento, dentro del reducido claro en la selva. El plátano (musa paradisiaca y sapientum) se considera como símbolo del idilio tropical, por la facilidad de su cultivo y la excelencia de la variedad de manjares que con la fruta deliciosa se pueden preparar. Lo mismo el totumo (crescentia cujete), cuyos frutos en forma de calabaza se parten por la mitad para producir buenas tazas de múltiple uso, al igual que el calabazo (lagenaria vulgaris) con frutos en forma de óvalo irregular, que, perforados y lavados, dan envases duraderos para líquidos, listos para su uso. Hay también la guadua o bambú americano, cuyos troncos huecos y divididos por paredes transversales suelen usarse en las construcciones, lo mismo que para un número de utensilios, vasos, etc.

Fuera de algunas gallinas y perros, el morador del Magdalena no acostumbra mantener animales domésticos. El río le suministra buen pescado en abundancia,

mientras la selva de vez en cuando con la caza contribuye a variar su comida. Un sinnúmero de sendas, conocidas únicamente por el dueño del rancho, la atraviesan, aprovechadas tanto para fines de la caza como para conseguir leña para su rancho y madera para su canoa. La selva también lo provee de los bejucos, usados para juntar troncos y otras piezas de madera; pues los acostumbrados clavos y grapas de hierro, aquí pronto serían comidos por el óxido. Otra fuente de sustento es la leña que el morador saca para vender a los vapores y, con su producto, adquirir vestidos y satisfacer otras necesidades. Tal vez se dedicará también a la recolección de la tagua, fruto de la «phytelephas», especie de palmera, o a la tumba de árboles de caucho (siphonia de varias clases) para sacarles su preciosa resma, o del llamado cedro (cedrela odorata), de cuya madera se fabrican las cajas cigarreras. Así se ve que la vida del morador tropical no queda tan fácil y libre de preocupaciones como la del habitante de esas regiones pudiéramos imaginar, pues en su soledad ha de ocuparse de todo, no habiendo a quien acudir en solicitud de ayuda. Cierto que la naturaleza lo apoya con su generosidad verdaderamente asombrosa, pero, en cambio, también está continuamente en asecho, con sus innumerables maneras para hacerle daño. A falta de atención, la selva pronto vuelve a invadir plantaciones. La corriente del río amenaza con arrancar las orillas, y, con ellas, llevarse su rancho. El tigrillo devora sus pocos animales domésticos. El caimán es un peligro para él mismo, cuando en un momento de despreocupación se arrima demasiado al borde del río, o si, por mala suerte, se vuelca su canoa, dejándolo caer al agua. Una culebra venenosa lo ataca con su mordisco mortal en una de sus incursiones a la selva. Fiebres peligrosas lo ponen fuera de combate, acortando sus años. Raras veces el habitante de las regiones altas o de la tierra templada se atreve a penetrar en las selvas del bajo Magdalena, pues para el forastero, no adaptado al clima desde temprana edad, la fiebre resulta mortífera. Se ven pocos blancos, la gran mayoría de los moradores se compone más bien de indios y negros, o, tal vez aun en mayor proporción, de zambos, o sea mezcla de las dos razas. Esa gente, por lo general, se ha establecido allí sin tener título alguno de propiedad sobre la tierra, llevando una vida aislada y restringida a sí misma. Nadie se ha empeñado, hasta ahora en crear cultivos en mayor escala, de cacao, tabaco, algodón o similares.

Mención especial merecen actualmente tan solo aquellos puntos que sirven de partida para caminos conducentes al interior del país. Verdad que son pocos. Tenemos primero a Simaña, puerto de la región caficultora del Carmen en el norte de Santander, no confundible con el distrito tabacalero del mismo nombre en él Estado de Bolívar; luego Puerto Nacional, y el puerto de Ocaña, uno de los centros comerciales sobresalientes del país; además Paturia, de donde el viajero llega, a medio día, por canales y atravesando pequeñas lagunas, a Puerto Paredes, punto de salidadel camino de herradura a Bucaramanga [(5)]. Otro trecho más arriba tenemos a Puerto Wilches, en donde una carrilera de ferrocarril nos sorprende. Hace años ya que se comenzó con la construcción de una línea férrea de aquí a Bucaramanga, con el propósito de continuarla luego a Bogotá, eludiendo así todos los sinsabores de la navegación a vapor. Cierto que, hasta el momento,

de la carrilera apenas existen los primeros dos o tres kilómetros. También Barrancabermeja, que sigue ahora, parece haber pasado por su época de mayores perspectivas, por cuanto un alemán muy activo, von Lengerke, había constituido un camino del puerto de Zapatoca, cuya obra, no obstante, tuvo que abandonarse a la ruina a raíz de los repetidos asaltos a los viajeros, cometidos por los indios bravos de la región. En este punto, más o menos, o tal vez un poco más río arriba, los primeros españoles, al mando de Quesada, abandonaron el río, para subir a la montaña por un antiguo sendero indio. Durante largo tiempo este camino sirvió de comunicación con la costa para los nuevos colonos españoles, hasta cuando, más tarde, el camino a Honda se construyó para abandonar aquel. Todavía un tanto más al sur existe el llamado camino del Carare con salida desde Puerto Carare, ubicado a orillas del afluente del Magdalena con el mismo nombre. Pero este camino, por sus malas condiciones y lo poco adecuado del río para viajes de subida, apenas se toma para la bajada de productos del país. Más arriba de aquella salida de Paturia a Bucaramanga no encontramos en la ribera derecha ningún camino distinto hacia el interior del país, hasta llegar a Honda, nuestro punto de partida para Bogotá. Pero hemos de recordar todavía un camino que sale de Nare, en la orilla izquierda del Magdalena, a Medellín y a las otras ciudades del interior de Antioquía. La Bodega en la ribera del río Nare esta a media hora más o menos de la desembocadura de este en el Magdalena. El corto viaje surcando las aguas cristalinas de este río, con una vegetación de extraordinaria belleza y abundancia en sus orillas, constituye un cambio altamente agradable. Pero cuidado de no dejarse seducir por las apariencias, pues Nare es tenido por uno de los pueblos en extremo malsanos de todo el valle del Magdalena, motivo suficiente para los viajeros de volver a escaparse cuanto antes, no obstante lo poco deseable que se presenta el camino tierra adentro, demandando, en vista de su estado, de seis a siete días para llegar a Medellín [(6)]. También aquí se busca la solución mediante la construcción de una línea férrea, desde Puerto Berrío, emplazado un poco río abajo desde Nare. La obra ya había progresado más que el ferrocarril de Puerto Wilches a Bucaramanga, pero tampoco sin exceder unos 25 kilómetros completados en varios años de trabajo, con considerables sacrificios en vidas humanas y medios financieros. El trayecto terminado estaba casi sin uso todavía, pues se desconfiaba de su seguridad, con el agravante de carecer el camino de herradura existente en su prolongación, todavía de posadas, víveres y hasta agua suficiente. Es de suponerse que mucho tiempo habrá de transcurrir todavía para poder celebrar la conclusión de la obra con la llegada a su terminal, Medellín.

El 5 de agosto por la mañana, precisamente cinco días después de salir de Barranquilla, habíamos pasado por Puerto Berrío, para llegar por la noche a Nare, donde pernoctamos. En la tarde del 6 arribamos a Buenavista, anclando por la noche un poco río abajo de Conejo. A la mañana siguiente el paisaje presentó un carácter totalmente diferente. Hasta aquí se habían levantado colinas solitarias en la orilla, pero esta, generalmente hablando, era plana, con la selva exuberante cubriendo tanto la planicie como las colinas. Pero de ahora en adelante la

montaña arrima al mismo río, por ambas orillas, mostrando una maleza seca como única vegetación y pareciendo, en contraste con la selva acabada de dejar, como completamente pelada. Raras veces he presenciado un cambio de paisaje tan brusco como este. Los cerros de un lado difieren mucho en su formación con los del otro. En la orilla derecha hay una típica sierra, con loma casi de cresta recta, y con una caída muy pendiente hacia el río. En cambio, por la ribera izquierda se levantan montes solitarios, formados por capas horizontales, de centenares de metros de altura, en cuya estructura se suceden peñas rudas verticales con terrazas casi horizontales, cubiertas de vegetación, formaciones parecidas a unas de la llamada Suiza Checo-Sajona. Estos montes descansan sobre una mesa baja formada de toba volcánica, con unos 20 a 30 metros de elevación sobre el nivel del río, para acabar luego en un macizo formado por capas horizontales cerca de Honda.

En este terreno quebrado la corriente se ha tornado tan recia como para oponer serios obstáculos a la navegación. En épocas anteriores los vapores terminaban su viaje abajo de los rápidos; ahora los de mayor fuerza pasan por lo menos una parte de estos. No es tarea fácil, por cierto, y dizque muchas naves se han perdido en la maniobra, por haberse excedido algún capitán temerario en las exigencias demandadas a la máquina. También la caldera de nuestro “Federico Montoya” está en el máximo de su presión, pero sin lograr que la nave progrese contra la corriente, que pasa por acá a la velocidad de unos 4 metros por segundo. Al fin, el capitán resuelve enviar una parte de la tripulación a tierra para atar un cable bastante largo y fuerte a unos árboles con uno de sus cabos, quedando el otro conectado con la máquina, a través del malacate de a bordo. Este, enrollando el cable, consigue arrastrar la nave por el primero de los rápidos y luego también por el segundo. Hemos llegado al término de nuestro viaje fluvial, cuyo recorrido iguala al de Rotterdam a Basilea por el Rin o al de la desembocadura del Elba hasta la ciudad de Königgrätz, más o menos. Pasar un buque por el rápido siguiente llamado el “Salto de Honda” situado cerca de la ciudad del mismo nombre, es en sumo grado peligroso, habiéndose realizado la maniobra, por lo tanto, solamente como extrema excepción. La navegación regular tiene su terminal ya un poco río abajo. Nosotros anclamos a la altura de la Bodega de Bogotá, en la orilla derechas, con el pueblito de Caracolí en la opuesta, desde donde una corta línea férrea comunica con Honda.

Honda tendrá sus 3.000 habitantes. Vista la ciudad desde la ribera opuesta del Magdalena, extendiéndose por la pendiente orilla hacia arriba, con su abundancia de palmeras en combinación con sus rojas tejas de barro, produce una impresión simpática. Por en medio de la ciudad el río Gualí lleva sus aguas recias, cruzado por varios puentes debajo de uno de los cuales se observan todavía las ruinas de otro, evocando el tiempo de los españoles. En la ribera izquierda del Gualí se halla emplazado un barrio relativamente recién construido al estilo usual colombiano, en la derecha encontramos la antigua ciudad española. Las calles son estrechas y sucias, las casas construidas en su mayor parte con adoquines. Aspecto extraño

causa el gran número de ruinas, todas las cuales, lo mismo que las del puente, se remontan al gran terremoto del año de 1805, de cuyas consecuencias Honda misma ha sido capaz de recuperarse, sobre todo en atención al pronto estallido de las guerras de liberación y su frecuente efecto transformador en el área de las comunicaciones. La historia de Honda tiene mucho en común con la de Cartagena, habiéndose ambas ciudades beneficiado de la política española que imponía la exclusividad de determinadas rutas para el comercio. Así, desde Cartagena, Magdalena arriba, no se movía solamente el tráfico con destino a Bogotá y Antioquía, sino también al Valle del Cauca y a Ecuador. Los rápidos obligaban al transbordo, constituyéndose de esta manera en punto de salida para un número de vías terrestres de comunicación. De ahí tiene Honda el origen de su fundación y consiguiente florecimiento relativo. Ganada la independencia, Ecuador estableció en Guayaquil, al suroeste de Colombia en Tumaco y Buenaventura, sus puertos marítimos propios; desde Medellín se construyó el camino a Nare. Así que Honda perdió parte de su comercio, quedándole, empero, su carácter de intermediaria en el comercio hacia Bogotá y varios otros centros del país, por eso, los comerciantes de estos precisan de comisionistas en Honda que se encargan de recibir las mercancías a bordo del vapor para redespacharlas a lomo de mula o, viceversa, de entregar los productos del país a los vapores. Naturalmente, como parte integrante, florece a la vez el negocio mular. El comercio propio de Honda es insignificante. Poco tiene para exportar, y reducido es el círculo de quienes se aprovisionan donde los comerciantes locales. Estos son del país, en su mayoría. Entre los comisionistas sobresalen los señores Witney & Crane, a la vez vicecónsules norteamericanos e ingleses y franceses. Un paisano alemán, el señor Weckbercker, es, o era por lo menos, propietario de la Bodega de Bogotá y, a la vez, de una hacienda grande, con extensión por varias millas a orillas del Magdalena, pero todavía cubierta de selva en su mayor parte.

(3)Los zancudos son la variedad temida de los mosquitos tropicales. El nombre de mosquito cubre el género de por sí Jejenes son una especie de moscas pequeñas.

(4)Recientemente recorrida por W. Sievers y descrita en forma interesante en el libro titulado "Viaje por la Sierra Nevada de Santa Marta", publicado en Leipzig en 1887.

(5) Bien descrito por el barón von Thielmann bajo el título de "Cuatro Caminos a través de América", publicado en Leipzig, 1879, p. 277 etc.

(6) Véase descripción de F. V. Schenck en "Petermanns Mitteilungen", 1880, p. 43 y, 1883, ps. 87. etc.

El ascenso a la Sabana de Bogotá

La noche la pasamos a bordo, con la intención de iniciar, directamente desde la Bodega, el viaje a Bogotá, a la mañana siguiente. Pero sucumbimos al consejo recibido de salir apenas hacia las tres de la tarde, para pernoctar en Consuelo, beneficiados por su mayor altura y clima más refrescante, desayunar luego en Guaduas a la mañana subsiguiente y llegar a Villeta todavía en la misma tarde. Pero esta cuenta resultó de la categoría de las cuentas alegres, es decir sin considerar las condiciones de nuestras mulas alquiladas ni las mañas de los arrieros colombianos.

Como cosa obvia, la llegada de las bestias ensilladas se había retardado una hora, así que apenas a las cuatro logramos partir. Nuestro equipaje lo habíamos despachado mucho antes, suponiéndolo, por lo tanto, ya bastante adelante. El primer trayecto, al lado del río, lo pasamos a galope, pero sin encontrar nuestras bestias de carga, como esperábamos. Ante nuestra insistencia, el arriero finalmente confesó que, contrariando nuestras instrucciones, no habían sido despachadas adelante. Para no quedar separados de nuestro equipaje durante la noche, tuvimos que imponernos media hora larga de espera, desde luego imposibilitados así de alcanzar nuestra posada predeterminada, menos aún al paso lento de nuestros animales. Son sufrimientos que esperan a todos los que por primera vez viajan a Colombia, ya que el nuevo modo de viajar demanda aprendérselo a fondo, al igual que el trato con la gente.

Al principio, la ruta nos lleva por la orilla arenosa del Magdalena. La montaña se acerca bastante al río y el antiguo camino de herradura se ha sacrificado, en gran parte, con la construcción de una vía férrea, quedando los animales obligados a buscar su paso con dificultades. Este ferrocarril, la Western Colombian Railway, es la obra de un norteamericano de apellido Brown. Su propósito era el de continuar la línea hasta Bogotá, con la ayuda de considerables subvenciones estatales. Pero, al parecer, no se había molestado en explorar previamente el terreno con el detenimiento requerido. Por ahora, apenas unos cinco kilómetros estaban completos dentro de una región que ofrecía obstáculos. Unos kilómetros más se encontraban en vía de construcción. Ya en varias ocasiones la de antemano engañosa obra había quedado en suspenso, y al volver a tocar la región al cabo de año y tres cuartos más tarde, la encontré totalmente fracasada, hallándose los rieles y las máquinas en proceso de destrucción por el óxido y los vagones usados como habitaciones familiares sobre ruedas.

En frente de Honda, cerca de los rápidos, se encuentra Pesquerías, o Pescaderías y, un poco más río arriba, Cifuentes, dos pueblos que deben su subsistencia, en primer término, a la salida del camino de herradura que conduce a Bogotá. Ambos, durante la construcción de la línea férrea, tenían vida un poco más activa. A la altura de Cifuentes, nuestra ruta se dispone a dejar el río, para coger en dirección suroriental, por una serranía angosta y cubierta de monte bajo y

desembocar luego al vallecito del Río Seco, un arroyo cuyo nivel de agua, como el de todos los de la región, suele fluctuar de manera extraordinaria, en consonancia con las estaciones. Entre tanto se ha presentado la oscuridad, obligándonos a dar por terminada nuestra jornada en Tocui, a unos kilómetros más adelante, pidiendo posada.

Tocui es lo que en Alemania llamaríamos una taberna de carreteros; una posada para los arrieros de las caravanas mulares en el camino entre Bogotá y el Magdalena. Consta de un rancho de adobe con techo de paja, constituido por dos espacios reducidos, otro rancho contiguo que alberga la cocina, y un potrero, es decir, un terreno de pastos cercado, donde se guardan y pastan las bestias. No me acuerdo lo suficiente de la comida que nos ofrecieron. De cama nos sirvieron las llamadas cujas, caballetes de madera con piel de buey estirada encima, que no ofrecen precisamente un lecho muy agradable. Además, tanto en el rancho como en las cujas, pululaban los bichos.

Apenas dejado Tocui, el camino súbitamente gana altura. El terreno compuesto de arcilla roja como materia predominante muy propicio para atravesarlo montado en época seca, como hoy, pero extremamente resbaladizo en tiempo lluvioso, como habría de experimentarlo en un viaje posterior, cuando mi bestia se resbalaba continuamente. La vegetación se limita a matorral seco, decorado por cantidades de coloridas mariposas y de colibríes en medio, de vez en cuando un rancho solitario rodeado de pequeños cultivos y potreros.

A ciertas alturas se nos ofrecen admirables vistas sobre el valle del Magdalena con la Cordillera Central en su fondo. Casi en inmediaciones de la sierra en que nos encontramos, el río pasa culebreando como una cinta plateada. Más allá hay una serranía copada de monte bajo y luego aquellas formaciones comparables con castillos, tales como los hemos admirado abajo de Honda. Vistos de aquí, se parecen a enanos, en comparación con la cordillera que se levanta en su fondo. Esta, en frente de nosotros y más hacia el norte, forma una cresta dentada con picos impresionantes. Al suroeste está, coronado por majestuosos nevados a la derecha, el ancho macizo del Ruiz, seguido por unos picos menores y luego, a la izquierda, el maravillosamente proporcionado cono de nieve del Tolima, aplanado en su punta. La Cordillera Central se nos presenta únicamente en las horas matinales, máximo hasta las nueve, para envolverse luego su cresta en las nubes, que, camino arriba van cubriendo el valle. A las dos horas de cabalgar llegamos a Consuelo, sitio que hablamos escogido para la pernoctada anterior. Encontramos un rancho parecido al de Tocui, pero mejor equipado. Aquí tomamos un pequeño desayuno, para luego gozar por un rato de la bella vista, animada con las explicaciones ofrecidas por el amable posadero. Después continuamos nuestro viaje, para llegar al cabo de otra hora al Alto de Sargento, formado por cantos rodados de “nagelfluh” y, según Reiss y Stuebel, con una altura de 1.343 metros sobre el nivel del mar; es decir, superando la de Honda en 1.140 metros. Mirando hacia atrás divisamos una vez más el valle del Magdalena con la Cordillera Central

en el fondo, cuyos picos ya se esconden detrás de las nubes. Delante de nosotros tenemos el valle de Guaduas, con otra montaña, un poco más alta aún, a su fondo, también de escasa vegetación y mostrando la misma arcilla roja en sus desfiladeros abiertos, que ya observamos en la sierra de este lado. También en el valle mismo predomina, por ahora, el color rojo, proveniente de un árbol mimosa actualmente en flor, que se usa para el sombrío de los cafetales.

Mas allá de los cafetales se encuentra la pequeña ciudad provinciana de Guaduas, a 1.036 metros sobre el nivel del mar, con el recién abierto Hotel del Valle emplazado entre las plantaciones y la ciudad. Aquí terminamos la jornada de hoy, aunque estamos apenas al mediodía. Pero encontramos posada relativamente buena y limpia y alimentación pasable, todo probablemente superior a lo que nos esperaría media jornada más adelante. Además, nuestro estado físico había sufrido un tanto por la falta de costumbre de cabalgar por los caminos montañosos colombianos y de soportar el calor bajo el sol tropical. Así no sentimos aversión alguna contra una buena siesta, un poco de holgazanería y un paseo corto a la ciudad.

Al atardecer llegaron cuatro caballeros más a lomo de mula, para pernoctar en nuestro hotel. Vestidos a la manera de viajeros del país, portaban el sombrero alto de paja, forrado en tela de lienzo, ruana [(7)] azul y, encima de los pantalones, los zamarros anchos, confeccionados de caucho blanco, que proporcionan al jinete cierta apariencia afeminada. Además llevaban las espuelas grandes, que atraviesan los zamarros por una perforación. Con este modo de vestir contrastaban singularmente las barbas rubias, y por su idioma no tardé en comprobar que tres de ellos eran paisanos alemanes: el señor Nikolaus Krohne, encargado de los negocios de la casa Fruehling & Goeschen, quien regresaba de una visita a las plantaciones de tabaco que tenía su firma en Ambalema, arriba de Honda; el señor Soller, secretario de la embajada alemana, y el doctor Walz, médico que practicaba entonces en Bogotá; los últimos dos acompañaban al primero, aprovechando la oportunidad para trocar por unos días el clima frío y húmedo de Bogotá por la tierra caliente.

A la mañana siguiente los mencionados caballeros se anticiparon un poco en la salida, y además, mejor montados, pronto ganaron un considerable adelanto. El camino atraviesa la ciudad para luego, en impresionante subida, conducir al Alto del Raizal. En buena parte está empedrado, pero muy a desdén de las bestias, que hasta donde les sea posible, siguen su marcha por el borde sin pavimentar. Crítico resulta el encuentro en pasajes estrechos con una caravana de bestias de carga. Estas siguen con indiferencia por su camino, dejando por cuenta del viajero el cuidado de evitar el roce duro de sus piernas con las cajas y fardos de la carga. Hoy la ruta estaba transitada con recargo, pues era día de mercado en Guaduas, motivo por el cual no encontramos solamente las caravanas usuales en camino de Bogotá a Honda, sino también un gran número de campesinos, con sus caballos o mulas, y hasta en sus propias espaldas, cargados de productos de su tierra, con el

ánimo de venderlos o permutarlos en Guaduas. La mayoría de esa gente es del tipo indio, de estatura baja y débil, con facciones parecidas a las mongólicas. Los hombres visten pantalones de paño fuerte, ruana encima de la camisa, sombrero de paja bajo, y, de no andar descalzos, caminan en alpargatas, una especie de sandalias hechas también de paja. Las mujeres llevan faldas y mantas de paño oscuro colgantes de la cabeza, tapadas con sombrero del mismo estilo que usan los hombres.

Desde el Alto del Raizal el camino va bajando, para atravesar un vallecito longitudinal con la Hacienda "Los Tibayes", luego sube al Alto del Trigo, de altitud todavía un poco mayor, o sea de 1.928 metros. Delante de nosotros se va abriendo ahora el valle profundo de Villeta, de cuyo opuesto lado nos saludan las montañas elevadas que ribetean la sabana de Bogotá. Hemos entrado a un paisaje con estructura y composición geológica de la montaña, bien diferentes. Mientras cerca de Honda dominaban un asperón gris verdoso y el conglomerado, seguidos más tarde por el asperón y la arcilla, de color rojo ambos, ahora nos encontramos en una región de pizarras y terrenos arcillosos predominantes, con bancos de caliza azul dura y asperón cuarzoso blanco intercalados, minerales ambos que se expresan en formaciones más marcadas. La pendiente a ambos lados del valle, en lugar de elevarse en forma homogénea, lo hace por gradas, pero con la particularidad de que estas no constituyen terrazas planas, sino que terminan en varios picos de altura idéntica, inclinados hacia atrás según la estructura, pero con vertiente aún más pronunciada hacia adelante a causa de la eflorescencia atmosférica. También los picos salientes de la cresta en que nos encontramos son de esta formación, a diferencia de la cumbre, más alta, del lado opuesto, o sea al borde occidental de la sabana de Bogotá, la cual está formada por anchos montes de capas horizontales, casi unidos entre sí, para asemejarse a un solo muro, interrumpido de vez en cuando por una especie de hendeduras. Ya desde lejos podemos observar la posición horizontal de sus capas.

A pesar de distinguir a Villeta desde la altura como colocada a nuestros pies, gastamos varias horas en nuestro descenso. El camino nos conduce constantemente entre ranchos erigidos de lado y lado, con poca distancia entre sí y con pequeños cultivos, cada uno en su rededor, de maíz, plátano, yuca, arracacha, caña de azúcar y tal vez unos cafetos, lo mismo que un potrero de menor o mayor extensión. En medio, matorrales bajos, nacidos en lugares donde el monte se había sacrificado con mira exclusiva a la explotación de la madera, sin labrar la tierra, o donde los cultivos iniciados se habían descontinuado después. Villeta, con sus 813 metros sobre el nivel del mar, es una villa de estructura similar a la de Guaduas, pero menos aseada y menos atractiva que esta. No obstante, constituye un sitio de veraneo predilecto para los bogotanos quienes, en los meses de diciembre y enero, o sea en los meses más pesados del año, suelen gozar por unas semanas del clima de tierra caliente. La atracción de Villeta consiste en el baño agradable que ofrece el río de su nombre en sus aguas descendentes de alturas moderadas y, por lo tanto, de temperatura bien

soportable. Inútil es, empero, buscar instalaciones mínimas de balneario, así que de caseta de baño sirve el aire libre.

Mucho tiempo tomó la preparación de un almuerzo frugal que habíamos pedido, exponiéndonos la demora al inconveniente de proseguir nuestro viaje apenas entre las 2 y 3 de la tarde, es decir en pleno ardor del mediodía. No nos apresuramos mucho, pues el caserío de Chimbe, donde queríamos pernoctar, nos fue descrito como fácilmente alcanzable en dos a tres horas. Empezamos por subir un trecho por el valle del río Villeta, para pronto empeñarnos en tomar una pendiente harto escarpada, que, sin embargo, comenzó nuestro esfuerzo permanente con el impresionante panorama sobre la montaña del lado opuesto, que habíamos atravesado por la mañana. Ahora, vista desde lejos, se presentó en un azul delicioso, tal como me había entusiasmado primero en Jamaica, y como habría de encantarme en adelante con frecuencia. Una vez entrada la oscuridad, el paisaje adquirió una expresión mágica a través de las numerosas llamaradas que tremolaban en todo el rededor, proveniente de las quemas de rastrojo y residuos de cultivos recolectados, para así preparar las siembras siguientes. Sufriendo de cansancio por la subida fuerte, nuestras bestias perdieron el rendimiento, de manera que a Chimbe llegamos ya caída la noche, además porque la distancia real era superior a la indicada. Mas atrás se habían quedado nuestros animales de carga, que ya no llegaron esa noche, obligándonos así a contentarnos con la alimentación y las camas recibidas en la posada. Para calificar de agradable la noche así pasada, tendría que exagerar mucho. Además sufrí de una erupción molesta de la piel, causada por el calor sofocante en el Magdalena y las picaduras de zancudos y jejenes.

Chimbe, a 1.808 metros de altura, se encuentra emplazada en una cresta de montaña que, hacia el norte, cae en declive pronunciado al vallecito de Sasaima, lateral de el de Villeta. Justamente a nuestros pies tenemos la villa de Sasaima con sus extensas plantaciones de café, que tienen la fama de producir el mejor grano de Colombia. En hora y media más o menos de subida llegamos a Agualarga [(8)], con sus 2.250 metros de altura, caserío un poco mayor que Chimbe, con varias bodegas y una empresa de curtidos con fábrica de zapatos en construcción. Aquí comienza la carretera que conduce a la sabana de Bogotá y, atravesando esta, a la capital. Está apenas trazada, empezando desde un poco más abajo, pero falta terminarla. El clima no tenía para nosotros, calentanos experimentados, nada de agradable. Reinaba un frío húmedo, con nubes bajas acumuladas sobre el monte que empieza a la salida del caserío, para subir hasta la cresta. La vista desde aquí es soberbia. Desde una pequeña colina cerca de la posada abraza todo el valle de Villeta, con la montaña en el fondo. El verde vivo de los platanales y cañaverales obliga involuntariamente a imaginarse el calor tropical en su contraste particular con el clima fresco y sombrío de nuestro paradero.

Hacia el mediodía llegó el carro que habíamos pedido, para sorpresa nuestra bajo escolta militar. Del mismo se apeó Rafael Núñez, presidente de Colombia en el ejercicio anterior, a quien había parecido aconsejable esquivar los tumultos políticos acabados de estallar en Bogotá, para trasladarse a Cartagena, su ciudad natal. De allí regresaría al cabo de dos años a Bogotá como presidente nuevamente elegido.

La carretera, hábilmente trazada y, en aquel entonces en buen estado, va trepando en grandes recodos a la cumbre de 2.755 metros que, de los robles siempre verdes (quercus humboldtii) abundantes en el monte vecino, lleva el nombre del Alto del Roble, hallándose bastante hundido entre las cuestas densamente pobladas de árboles. Al paso de media hora de suave descenso alcanzamos la sabana cerca del caserío de Los Manzanos, pero todavía inhibidos de gozar el panorama en toda su extensión. A unos kilómetros al este, las colinas parecen volver a unirse. Por encima de ellos es cuando logramos divisar las dos capillas de Monserrate y Guadalupe, monumentos característicos de Bogotá, la capital del país, ubicada al otro extremo de la sabana.

En Los Manzanos tenemos que esperar la llegada de nuestro equipaje, que se ha quedado bien atrás. Las bestias están bajo contrato hasta aquí no más. Para redespachar el equipaje, es menester ocupar uno de los carros de dos ruedas tirados por bueyes, aquí en uso, con capacidad de ocho a diez cargas de mula. Tan solo al caer la tarde llegan nuestras bestias, demasiado demoradas como para verse cumplidas nuestras esperanzas de alcanzar a llegar a Bogotá hoy mismo. Así nos vemos forzados a pasar la noche en la nada agradable posada de Los Manzanos.

A la mañana siguiente llegamos en media hora por carretera casi recta a Facatativá, población de provincia carente de aseo. Luego de circundar unas colinas pequeñas, la carretera entra a la altiplanicie, la cual, con todo, no tiene mayor extensión sino en dirección este-sur-este, quedando a la derecha, a corta distancia, tan solo una cadena de colinas bajas de un color rojo extraño y, arrimando desde el norte, dos sierras, que a manera de penínsulas se extienden hacia adelante. No obstante, es una sensación rara encontrar, después de varios días de viaje a lomo de mula a través de elevaciones imponentes y hondonadas intercaladas, en medio de la montaña una tierra absolutamente plana a tan considerable altura sobre el nivel del mar. Y esta sensación se torna aún más impresionante al observar el cambio radical de la vegetación: desaparecieron el plátano, la caña, y los demás representantes del puro trópico, para ocupar su sitio los cultivos de trigo y papa y las inmensas extensiones de potreros de carretón y gramíneas. En las afueras de los jardines y las haciendas, los únicos árboles son los sauces y el gomero australiano o «eucalyptus globulus», en diferentes variedades. Las alturas limítrofes parecen peladas o apenas cubiertas con malezas bajas.

A una hora de Facatativá pasamos por la población de Serrezuela, nombre hace poco oficialmente cambiado por el de Madrid. Y a media hora más hubo cambio de tiro en Cuatro Esquinas, o Mosquera. Pasada otra hora, cruzamos sobre un terraplén largo con puente de piedra originario de la época española, la depresión pantanosa del río Funza, para atravesar pronto la población de Fontibón, caracterizada por su larga extensión, a lado y lado de la carretera. Ahora las alturas limítrofes en el sur van retrocediendo bastante, para dejar al terreno plano la forma de una especie de bahía. Otra bahía, más extendida, observamos hacia el norte, con una colina baja intercalada a manera de isla. Mientras tanto, también Bogotá se divisa, más y más, con sus numerosas iglesias, y, al cabo de una hora, entramos por sus calles, felices de haber llegado. Pues el viaje de mes y medio, el calor a veces insoportable, lo mismo que la plétora de impresiones, nos han abatido. Pero, a la vez, dudas acosadoras se nos imponen: ¿Cuál será el aspecto de la ciudad, que, probablemente por un año, hemos escogido para nuestra permanencia? ¿Cómo serán sus habitantes? ¿Será posible amoldarse a las circunstancias extrañas? Y para el estudio ¿se encontrará lo esperado?

(7)La ruana es idéntica al poncho, es decir un pedazo cuadrado de palio o tela, acuchillado en el centro a fin de permitir meter la cabeza.

(8)Nombre que más tarde se cambió por el de Albán.

La ciudad

En los años de 1536 a 1538 los españoles llegaron desde tres direcciones diferentes a la altiplanicie de Bogotá. Allí encontraron a los chibchas, quienes, más avanzados en su cultura que las tribus de la tierra caliente y de las vertientes de la montaña, ya habían progresado hasta formar estados. Una vez subyugada, en contienda de dos años, esta gente poco guerrera, los invasores resolvieron fundar una ciudad en el rincón sureste de la sabana, donde existía la aldea indígena de Teusaquillo. Desde el principio se la destinó capital de la nueva conquista española, carácter que ha conservado a lo largo de todas las peripecias políticas de los años, tanto durante la Presidencia y el Virreinato de la Nueva Granada, como en la época de la República unificada de Colombia, que comprendía a la vez a Venezuela y Ecuador, y también durante la República de la Nueva Granada, la Confederación Granadina, los Estados Unidos de Colombia, para continuar con su rango en la actual República de Colombia. Por breve tiempo, concretamente durante la Confederación Granadina, la capital formaba su propio distrito federal, al estilo de Washington, pero pronto fue incorporada al Estado de Cundinamarca, continuando hasta 1885 como capital de la confederación y de este último a la vez. El nombre original de la ciudad era Santa Fe, el cual apenas a fines del siglo dieciocho se convirtió en Santa Fe de Bogotá. Bogotá había sido hasta entonces el nombre de la antigua capital indígena que corresponde a la actual aldea de Funza, emplazada en el centro de la altiplanicie. En 1819 se le suprimieron las palabras Santa Fe, como para borrar así el vestigio del dominio español, usándose en adelante el mero nombre de Bogotá.

Acercándose a Bogotá a través de la sabana por el camino desde Honda y Los Manzanos, el viajero llega de una vez a disfrutar del panorama más hermoso de la ciudad, para el cual la ladera de la montaña que se levanta inmediatamente al este de ella, viene formando un fondo incomparable. Coronando esta ladera, las dos capillas, la de Monserrate y la de Guadalupe, quedan equidistantes del centro de Bogotá tan solo a 1½ kilómetros más o menos, o a 2 kilómetros del extremo inferior de la ciudad, pero levantadas a 600 metros por encima del nivel de la sabana, superando así la altura que mide el Schneeberg desde la ciudad de Tetschen y la alcanzada por el Melibocus desde el nivel de la ciudad de Zwingenberg, para llegar casi a la marcada por el Inselberg medida desde Gotha. Y para terminar, tenemos la cresta ancha adyacente a la derecha de Guadalupe y llamada la Peña. Al parecer de igual altura que aquel, en realidad le gana todavía en 300 metros, para subir a los 3.528 metros sobre el nivel del mar; queda así de mayor altura, contada desde el nivel de Bogotá, que aquellas de Brocken medidas desde Harzburg e Ilsenburg.

Difícil será encontrar medio más elocuente que estas cifras para explicarnos la diferencia tan enorme entre los climas colombiano y alemán. Al levantarnos apenas 100 metros sobre la sabana de Bogotá, ya habríamos alcanzado la altura que, en la Suiza septentrional, está demarcando el comienzo de las regiones

permanentemente cubiertas de nieve. Tanto Monserrate como Guadalupe le ganan considerablemente en altura al Glärnisch. La Peña se levanta casi hasta la del Tödi, excediendo la de la Dreiherrenspitze. Pero, no obstante, tendríamos que levantarnos 1.000 metros más para llegar aquí al borde de la nieve perpetua.

Estos montes no forman una muralla continua, hallándose, en cambio, separados por hondos abismos. Justamente en frente tenemos el boquerón del río San Francisco, encajonado como un cañón estrecho hasta encontrar el nivel de la sabana. A manera de nidos de águila las dos capillas parecen coronar sus flancos, recordándole al viajero los castillos de los caballeros bandidos de otros tiempos, antes que templos para venerar a Dios. Distanciadas tan solo kilómetro y medio entre sí las capillas, se requiere, sin embargo, una caminata de dos a tres horas para llegar de la una a la otra. Más al sur, la Peña se precipita al boquerón del río Fucha, mientras que más al norte tenemos el río Arzobispo corroyendo la montaña.

La vertiente de esta es todo menos que uniforme. Por ambos lados del boquerón de San Francisco el sector inferior con su declive suave y su color rojizo, llamativo ya a distancia, es continuado por otro superior formado por una muralla que, también ya desde lejos, se reconoce por el predominio de sus gruesos bancos de piedra arenisca. La subida por el sector inferior queda en parte uniforme, habiendo, sin embargo, trechos interrumpidos por una cadena de estribaciones con pequeños riscos y picachos afilados, que, de intenso color rojizo, causan una impresión de raro contraste, por ejemplo detrás de la capilla de Belén. Mientras que la parte inferior de Bogotá está ubicada todavía en la sabana, el propio centro ya se halla suavemente inclinado, dominando así, visto desde la planicie, el suburbio inferior. A la izquierda de las estribaciones de Belén, abajo del pico de la Peña, encontramos la capilla del mismo nombre a una altura superior todavía en 250 metros de la sabana. Un poco más a la izquierda, pero a una elevación menor en 100 metros, está el espacioso templo de Egipto, pintado de blanco. Ambas iglesias, circundadas en forma escalonada por numerosos ranchos con sus áreas verdes intercaladas, tienen un efecto bastante pictórico.

Muy a menudo una capa espesa de niebla envuelve la montaña desde el nivel de estas capillas y los suburbios hacia arriba. Pero con la misma frecuencia se muestra sin disfraz en todo su esplendor, presentándole la atmósfera matices de color tan fuerte e intenso que uno no se cansa de contemplar el espectáculo. El pintor paisajista encontrará aquí motivos de extraordinaria belleza, todavía sin aprovechar. Durante los últimos meses del año de 1882 observamos en dirección al boquerón un cometa que con su magnitud y sublimidad imponentes aumentaba el esplendor del firmamento, que en esta cima con su aire enrarecido y transparente ya de por sí refleja una pureza y un brillo antes casi nunca vistos. De la capital misma desde luego no es posible desde aquí tener una vista de conjunto. Para lograrla, vale el esfuerzo subir por la ladera oriental de la montaña, ojalá hasta llegar a una de las capillas de Monserrate o Guadalupe. Lo que causa

una impresión un tanto molesta, especialmente desde Guadalupe, es el plan ajedrezado de la urbanización, que desde el sitio obliga a seguir con la vista a todo su largo el conjunto de las calles descendentes desde la vertiente hacia el oeste. Así, casi treinta de ellas transcurren en esta dirección, mientras que otras, en número un tanto menor, son cruzadas por aquellas en ángulo recto, pasando, paralelamente a la ladera, de sur a norte. El mayor descompás en el aspecto urbano lo forman lo dos riachuelos que con sus cauces serpenteados atraviesan la ciudad, interrumpiendo agradablemente la homogeneidad del cuadro con las manchas verdes de sus orillas. Son estos el río San Francisco, que sale del boquerón entre Monserrate y Guadalupe, y el río San Agustín que nace al pie de la Peña. Vías hay que sin interrupción continúan por medio de puentes su curso encima de estas corrientes de agua. Otras se suspenden, para seguir, tan solo parcialmente y con frecuencia un poco fuera de su trazado, en la orilla opuesta, pero no obstante conservando su dirección, con pocas variaciones debidas al desacierto del geómetra. Una excepción hacen las anchas carreteras, que no se adaptan del todo al plano de la ciudad, terminando en cambio en la periferia de su centro. Las plazas no hacen estorbo alguno, pues no son cosa distinta de cuadras encerradas entre dos pares de vías, libres de construcciones para favorecer así la variación.

Bogotá, por lo tanto, sigue en su estructura el mismo plano sencillo que Guaduas u otra aldea colombiana cualquiera. Tan acostumbrado está el colombiano a este diseño metódico, que toda alternativa le parecería desordenada, mereciendo, por lo tanto, su desprecio. Indudablemente el estilo tan variado y confuso de las ciudades nuestras tiene su origen en el crecimiento paulatino de ellas. Pues ya los barrios más recientes de nuestras grandes urbes, lo mismo que las nuevas ciudades fundadas desde el siglo pasado, tienen, por lo general una fisonomía más sencilla. Pero, hasta donde yo sepa, tan solo Mannheim tiene esta estructura de cuadras tan horrorosa. Ciertamente no es testimonio favorable a la capacidad inventiva de los americanos del norte y del sur su tendencia a aferrarse casi siempre al mismo modelo de construcción, cuyas ventajas, por ejemplo para el tránsito, son además muy dudosas. ¿Por qué no proponerse, en cambio, crear y seguir creando algo nuevo, para adaptarlo a las condiciones locales?

Hasta la nomenclatura de las vías y de las casas ha venido amoldándose al plan metódico de urbanización, habiéndose reemplazado hace algunos años los antiguos nombres específicos de las calles por su numeración, conforme el método en uso en la mayoría de las ciudades norteamericanas. Así las vías paralelas a la ladera de montaña, las llamadas carreras, desde aquella situada en medio de ellas se numeran hacia el este y hacia el oeste, procediéndose de la misma manera con las vías inclinadas hacia el oeste, llamadas calles, que se numeran desde la de en medio tanto hacia el norte como hacia el sur. Los antiguos nombres de las vías, cuidadosamente borrados de las casas en las bocacalles, fueron reemplazados por los solos números, pero a falta de saber leer, gran parte de los habitantes sigue usando los nombres antiguos o recurren al

remedio de la descripción. El proveer las casas mismas con sus números individuales correspondientes hasta el momento no se ha considerado necesario.

Parece que el trazado rectangular y lineal de la red vial con su sistema de denominación constituye el único parecido entre las ciudades norte y suramericanas o, por lo menos, colombianas. En cuanto a la anchura de las vías y otros detalles, desgraciadamente no se ha seguido el modelo del norte. Cierto que la estructura baja de las construcciones del país no requiere calles tan anchas. Así, las vías no sobrepasan la anchura de las callejas en una ciudad medioeval. Los andenes, de lajas de piedra arenisca, que corren de lado y lado de la calzada, apenas tienen el ancho suficiente para dos personas. Ante la costumbre arraigada de los bogotanos de las clases media y baja de nunca ceder la vía, continuamente gozamos del imaginable placer de bajar a la calzada, la cuál, en la mayoría de las calles se halla en un estado espantoso y con fuerte declive hacia el centro de la vía, para dar cabida a los llamados caños, o sea surcos abiertos, que hacen las veces de nuestras cloacas. A ellos se echan todas las inmundicias, acumulándose allí hasta cuando los torrentes del próximo aguacero se las llevan. Verdad es que con frecuencia las cantidades de agua que caen sobrepasan la capacidad de los caños en las calles despeñadizas. Entonces invaden la vía en todo su ancho, adquiriendo las fuerzas torrenciales de un riachuelo de montaña e impidiendo su cruce, a veces por horas, excepto para gentes del pueblo, que lo pasan a vado, con sus pantalones recogidos. Una noche, cuando después del aguacero las masas de agua ya habían decrecido un tanto, pude presenciar el espectáculo típico de cómo buscarse el mejor paso con la ayuda de cerillas. Cierto es que Bogotá tiene alumbrado de gas ya hace algunos años, sacando el carbón de calidad requerido como materia prima de unos yacimientos existentes en inmediaciones detrás de su periferia. Pero con frecuencia se interrumpe este servicio de alumbrado, habiendo además tanta distancia entre los postes de luz que en medio reina la oscuridad completa. En los últimos años había cogido fuerza la idea de introducir el alumbrado eléctrico. Pero sufrió la misma suerte de tantas otras acogidas con verdadero celo, quedándose sin realizar. Inclusive la alcaldía municipal había llegado a celebrar un contrato por medio del cual los empresarios se obligaban a proveer la ciudad con luz eléctrica al cabo de un año. Pero vencido el plazo sin haberse cumplido el compromiso, la administración, lejos de responsabilizar a los contratistas, ingenuamente procedió a firmar nuevo contrato con otros, que, a lo mejor, también habrá dejado de cumplirse.

Las calles de los barrios periféricos carecen todavía de tubería de gas. Para suplir el servicio, lámparas de petróleo cuelgan de lazos a través de las vías, tal como en una que otra aldea campestre alemana es de usanza o solía hacerse todavía hace unos diez años. O, más fácil aún, se les confía a la luna y a las estrellas el papel de combatir la oscuridad nocturna. Tampoco hay rastro de pavimentación en aquellos sectores, ni siquiera de cascajos como recurso pasajero. En consecuencia, en épocas de lluvia las vías pronto se convierten en lodazales, cuyos componentes es difícil distinguir entre minerales y de origen animal.

Las casas del centro por lo general son de dos pisos, es decir el bajo y un piso más. Construidas de adobes, son blanqueadas o pintadas de colores claros. Los techos inclinados y cubiertos de tejas de barro cocido por lo general sobresalen varios pies de la pared frontal, quedando apoyados por puntales oblicuos. Tanto estos como las cornisas de madera y los balcones acostumbrados en casi todo piso alto, al igual que los enrejados de madera presentes en todas las ventanas según la costumbre española, con frecuencia resaltan por sus obras artísticas de talla, dándoles a las casas una fisonomía simpática.

A medida que vamos alejándonos del centro de la urbe, más pobres aparecen los barrios que encontramos. Todavía observamos casas, si bien de un solo piso, pero blanqueadas y cubiertas con tejas de barro. Poco a poco, empero, aparecen otras de estructura más reducida y de aspecto más humilde. Al fin, tornando la vista por dondequiera, topamos con un cinturón de pequeños ranchos con muros levantados de tierra pisada y cubiertos de paja, tales como en Europa suelen encontrarse todavía en Polonia y en la península de los Balkanes.

Sin embargo, una excepción hay de esta disposición concéntrica: Sucede que a orillas de los ríos San Francisco y San Agustín estos ranchos tan humildes vienen avanzando hasta el centro de la capital. Ambos ríos, hay que decirlo, forman las alcantarillas mayores que reciben tanto las cantidades de inmundicias traídas por los caños que en ellos desembocan como también aquellas que directamente van botándose. A consecuencia de los aguaceros, sus lechos van llenándose de un líquido de color café tinto, bajando estrepitosamente y arrastrando tanto los excrementos acumulados como también partes de la orilla misma. En cambio, las hileras delgadas en que se convierten los ríos en verano, dejan expuestas estas heces al aire, desde luego produciéndose las evaporaciones más abominables. Si bien a veces se observa a los presos provistos con horcas de palo largo, ocupados en reunir estas basuras para empujarlas a la corriente, a la manera como proceden los balseros nuestros con los troncos en la montaña; nada más hace el hombre aquí en favor del aseo de estos ríos.

Los sitios donde ellos abandonan el perímetro de la urbe constituyen la mesa de los gallinazos, que aquí acometen el oficio de policías de sanidad, al igual que en los países orientales. Con todo esto, las orillas de las corrientes forman la parte más pintoresca de la ciudad, entendido que en las urbes tal calificación suele darse no a las hileras de casas modernas, sino a sitios intercalados entre la obra humana, que se han reservado a la naturaleza o devuelto a ella por amenazar ruina aquella, o a las construcciones antiguas que por su estilo nos parecen más vinculadas todavía a la naturaleza. También aquí lo pintoresco está en el entrelazamiento armónico de la naturaleza con la obra humana, por ejemplo las matas que cubren las orillas, los sauces altos abrigándolas con su sombra y los ranchos y puentes escondidos entre todo aquello.

Así encontramos pintorescos los suburbios regados alrededor de la Peña y de Egipto con su disposición escalonada y sus verdores esparcidos. Esto no impide hallarlos llenos de mugre y miseria al recorrerlos. En una ciudad alemana o inglesa probablemente la mayoría de la gente acomodada construiría aquí sus casaquintas, para gozar tanto del aire libre como del panorama de la sabana. Pero al bogotano esto no le agrada. Lo que le interesa es quedarse lo más cerca posible de sus negocios y de los chismes de la ciudad. Tan solo la villa de Chapinero, situada a pocos kilómetros al norte, recientemente viene ejerciendo cierta atracción, pero en particular sobre la clase media, en razón de la vivienda más barata. El hecho ha despertado el entusiasmo de unos empresarios norteamericanos que, al tiempo de mi partida, estaban activamente empeñados en construir un tranvía de tracción animal, teniendo ya acabada la infraestructura en gran parte y en camino desde los Estados Unidos tanto los rieles como los vagones. Problable es que la guerra civil habrá interrumpido la obra, pero sin lugar a duda los enérgicos yanquis la terminarán, a no ser que lo hubieran logrado ya. Si resultara rentable o no, es lo que falta saber.

El verdadero centro de Bogotá, lo mismo que el de otras ciudades, lo forma su plaza, espaciosa y cuadrada, en el caso denominada plaza de Bolívar, para distinguirla de otras que tiene. Demarcar la plaza es lo primero que se hace al fundar una población nueva. La iglesia y la alcaldía siempre se hallan ubicadas en su marco. Además la plaza constituye el lugar de acontecimientos para el mercado semanal, en el cual suele concentrarse todo el comercio y el tráfico.

En Bogotá las iglesias erigidas en el curso de los tiempos son numerosas, habiendo conservado la principal de ellas, o sea la catedral, su emplazamiento típico. Pero de su construcción primitiva, originaria del siglo dieciséis, poco ha quedado. En su estructura actual fue levantada entre los años de 1807 y 1823, con suspenso intermedio de la obra durante la guerra de la independencia. Es todo un ejemplo de aquel estilo español-jesuítico feo, impreso a la mayoría de las iglesias construidas en la época de la América Española. En cambio, la pequeña Capilla del Sagrario encanta al espectador por su estilo gracioso y hermoso. Las autoridades civiles, por lo menos en parte, también han conservado su domicilio en el marco de la plaza. Todo su lado occidental está ocupado por la casa consistorial de tres pisos y de estilo extraordinariamente feo. En sus pisos superiores se encuentran la administración municipal y un hotel; su piso bajo, a lo largo de los portales, está ocupado por almacenes. En el lado sur de la plaza se está levantando el edificio para parlamento y gobierno, ya empezado por el presidente Mosquera en los años cuarenta y todavía sin concluir. Con arreglo al ejemplo norteamericano, se le ha otorgado el nombre pomposo de capitolio, y en su parte ya construida han encontrado albergue provisional el congreso y los ministerios. Esencialmente para concluir la obra se habían contratado los servicios de un arquitecto italiano, con la alta asignación de $ 5.000. Para aprovechar al máximo la presencia de este experto costoso, por lo menos de vez en cuando se le concedían de diez a veinte obreros. Una vez terminada la obra, ciertamente

redundará en dar el mayor realce al prestigio de la capital. Esbozada al estilo griego casi puro, es ejecutada en hermosa piedra arenisca blanca, parecida al "quader" de Sajonia y extraída a inmediaciones de la periferia urbana, que, en su efecto arquitectónico, excede con mucho al ladrillo. En el patio del capitolio se colocó en 1884 una estatua de Mosquera, modelada y fundida por Miller de Munich. En frente de ella se levanta en el centro de la plaza el monumento a Simón Bolívar, el libertador de Colombia. Está circundado por cuadros de prados y flores, habiéndose trasladado el mercado a otra parte al impulso del desarrollo de la capital. Al costado sur detrás del capitolio encontramos el observatorio astronómico, construido a principios del siglo, pero poco aprovechado, pasado el cual llegamos en pocos minutos al antiguo convento de San Agustín, convertido ahora en cuartel para la tropa nacional. Pasando luego al occidente de la plaza, por el hospital con la facultad de medicina, y por el mercado cubierto, y cruzando el puente por el río San Francisco, y la carretera que conduce a Soacha, llegamos a la espaciosa plaza cuadrada de Los Mártires. En su centro se levanta un obelisco de piedra arenisca circundado por las cuatro estatuas representativas de la libertad, la justicia, la paz y la gloria. Este monumento, desgraciadamente de realización inferior, consagra la conmemoración de los patriotas ejecutados en el sitio por los españoles en 1816. En el rincón sureste de la plaza tenemos el antiguo convento de San Carlos, que hoy día alberga al Colegio de San Bartolomé con la Universidad, la Escuela Militar, la Biblioteca y el Museo. En frente, hacia el este, observamos el modesto palacio del presidente de la república y, en el lado opuesto de la vía, el aún más sencillo teatro. Cogiendo ahora hacia el nordeste, pronto alcanzamos la Casa de la Moneda y luego el Palacio Arzobispal. Hacia el norte, al fin, conducen las dos mejores vías que tiene la capital: la Calle Real y la Calle Florián, sector que cuenta con los mejores almacenes y las habitaciones más elegantes de la ciudad. Aquí, lo mismo que en dos calles más, encontramos ya tapados los caños y la calzada pareja y bien pavimentada. En la Calle Florián tenemos a Santo Domingo, el más espacioso y más hermoso de los antiguos conventos, cuyo patio amplio está cubierto de bellos jardines y circundado por numerosas oficinas gubernamentales, con empleados que suelen soñar sentados delante de un periódico, la mayor parte del día. Al extremo de la Calle Real cruzamos el río San Francisco por un pequeño puente de piedra, para llegar a la Plaza Santander. Ya unos meses antes de llegar yo a Bogotá, se había empezado a ampliar el puente, para de golpe suspender la obra y no volver a reasumirla sino al cabo de dos años. Entretanto las piedras se encontraban dispersas, las barandas brillaban por su ausencia, en fin, el puente se encontraba en un estado que exigía suma precaución para cruzarlo, especialmente en la oscuridad. La pequeña plaza se había trocado hacía poco en un hermoso parque con estatua del general Francisco de Paula Santander, héroe de la guerra de la independencia y luego el primer presidente constitucionalmente elegido. Según malas lenguas, la estatua en realidad representaba a un general italiano, pero que era rechazada por la familia por defectuosa, para luego ser vendida a Colombia y figurar aquí como de Santander. La plaza está enmarcada por las más bellas casas particulares, con el antiguo convento de San Francisco en su esquina suroeste,

sede ahora del gobierno del Estado de Cundinamarca y de los tribunales de justicia. De la Plaza de Santander hacia el norte sigue el Camellón, vía ancha y sin pavimentar, a cuya derecha tenemos el palacio del virrey, de otros tiempos, una insignificante construcción decaída, y a la izquierda el Hospicio, casa de niños expósitos y huérfanos. Se nos llama la atención, al efecto, sobre una pequeña apertura en su muro, también disponible de noche, a través de la cual madres sin compasión pueden deshacerse de sus criaturas indeseadas. Caminando un cuarto de hora por el Camellón, llegamos a la plaza de San Diego, también embellecida hace poco mediante jardines y un pequeño templo, que forma contraste marcado ahora con las humildes inmediaciones. El antiguo convento de San Diego sirve ahora de manicomio, cuyos infelices ocupantes viven en espantosa miseria. A unos minutos de distancia se halla la penitenciaría, la cual lleva el extraño nombre de panóptico, haciendo alusión a sus dimensiones dominantes en comparación con los pequeños ranchos humildes que la rodean. A otros pocos minutos al oeste de San Diego está el cementerio con sus numerosas sepulturas barrocas.

Los habitantes

La misma mezcla de rasgos europeos y extraños reflejada en la conformación de Bogotá la encontramos también en su población. La ruana, lo mismo que el sombrero alto de paja, accesorios tan indispensables tanto para viajar como para uso en la vida campestre, son prendas mal vistas para uso urbano por la alta sociedad. Así que apenas algunos caballeros ya de edad siguen vistiendo el antiguo manto español, habiendo adoptado la mayoría el estilo europeo de vestir. El bogotano elegante raras veces usa vestidos de color claro, sombreros flexibles de felpa o cómodos sombreros livianos de paja, andando ufano, por lo general, en vestido negro con sombrero alto. El joven elegante recién regresado de París con un amplio surtido de vestidos de última moda, con botines de charol, con su monóculo puesto y sus maneras afeminadas, se parece del todo a los “dandies” de las metrópolis nuestras.

El bogotano distinguido suele ufanarse de su ascendencia castellana o por lo menos española. Por mezclada que esté, salvo raras excepciones, alcanza a hacer resaltar el tipo español, en su curiosa combinación de rasgos indogermanos y semitas. Estaturas altas y fisonomías perfiladas son frecuentes.

También la gente de la clase media se sentiría sensiblemente ofendida al no tenérsela por blanca, a pesar de correr por sus venas por lo menos tanta sangre india como europea. Por lo general son de estatura más baja y de facciones menos finas que sus conciudadanos de jerarquía más elevada. Tratar de igualar a estos en su modo de vestir es la debilidad de los empleados de comercio y de los funcionarios públicos de menor categoría, que también portan vestido negro y sombrero alto, aun con frecuencia bastante deteriorados. Los artesanos visten ruana y sombrero de paja, lo mismo en la ciudad que en el campo. Indumentaria y aspecto por lo general permiten distinguir a primera vista a los hombres de las clases alta y media. Más difícil es esto en cuanto a las mujeres a causa de la mantilla negra, de tan extraña impresión para nosotros, que todas ellas acostumbran ponerse alrededor de la cabeza para salir a la calle, haciéndola pender hacia abajo por los hombros. Para ir a misa, esta mantilla ha seguido manteniendo su condición de prenda obligatoria. Su ingenuo reemplazo por el sombrero puesto, de parte de unas europeas católicas, causó alguna vez el enojo del sacerdote, con su demora subsiguiente en leer la misa mientras las provocadoras involuntarias se quitaban el sombrero ofensivo. Las mujeres bogotanas se someten a la prohibición del sombrero hasta con agrado, encontrando en la mantilla el mejor recurso para esconder su tocado incompleto y su cabellera despeinada, sin impedir a la vez que su cara pintada y sus inquietos ojos negros se muestren lo suficiente. Para hacer visitas o ir de compras el sombrero a veces reemplaza a la mantilla, pero sin variar el color negro de esta. Tan solo los domingos y en reuniones sociales las damas se presentan en extravagantes vestidos de origen parisiense.

Naturalmente se me ha preguntado con frecuencia por la belleza de las jóvenes bogotanas. Pero de gustos no hay disputa. Algunos de nuestros paisanos han caído prisioneros de sus ojos y de otros encantos. A mí, las bogotanas del gran mundo con su cara pintada y su cabellera negra que baja hasta llegar a tapar los ojos, no me han parecido especialmente atractivas. Tan solo algunas de ellas, individualmente consideradas, me merecerían la calificación de bella o bonita. A los catorce años son muchachas casaderas, para resultar belleza pasada ya a los treinta la mayoría de las veces. Son mucho más frecuentes las estaturas esbeltas y las caras bonitas entre las muchachas del pueblo, de origen indio más o menos puro. El presumirnos poseyendo el monopolio de la perfección corpórea, no es más que orgullo indogermánico injustificado. De los abusos de la moda, tan generalizados entre la alta sociedad, estas muchachas indias se han mantenido ajenas todavía. Polvos y cosméticos les son desconocidos. La larga cabellera negra se lleva partida sobre la frente, para caer en dos trenzas hasta la cintura. Su vestido sencillo es de estampado de algodón. Dentro de la casa suelen andar descalzas, mientras que para la calle calzan alpargatas. Por cierto, también en ellas la flor de la vida se marchita pronto. Las mujeres entradas en edad son deformes, su voz es áspera y chillona, sus movimientos ordinarios y toscos. No contentas con cigarrillos, como las damas de alta sociedad, fuman tabacos, a menudo metiendo la punta encendida boca adentro, en busca de mayor goce. De la cabeza dejan colgar la manta, un pañolón, por lo general de color oscuro al igual que la falda y, para completar, encima de la manta se ponen un pequeño sombrero de paja, a menudo sucio y roto.

Los hombres suelen perder la flor de su juventud aún antes. Muchas caras bonitas se observan en los niños de las clases pobres, mal vestidos, a menudo solamente envueltos en harapos. Pero ya en sus años de mocedad empiezan a sobresalir en ellos los rasgos característicos del indio chibcha, feos a nuestro modo de ver. De estatura pequeña y débil por lo general, tienen una frente baja, pómulos salientes, nariz aplanada y chata, con su raíz casi a nivel de los ojos, estos pequeños y angostos, piel de color amarillo oscuro, barba muy escasa. En resumen, la cara reúne todas las características del conocido tipo mongólico. El cabello de color negro, por lo general tieso y denso, de preferencia se peina hacia adelante para cortarlo apenas encima de las cejas.

Al describírsenos los representantes de la clase baja como indios puros, a lo sumo, como indios mezclados con blancos, por cierto no hemos de pensar en los héroes de cabeza adornada de plumas que recordamos de nuestros cuentos juveniles sobre los indios de América del Norte como listos a descabellar en el acto a cualquier humano que cruzara en su camino. Los de aquí son bonachones inofensivos, de idiomas y costumbres dejados muy atrás y capaces de dirigirse al viajero en lengua española. Acostumbran arrodillarse humildemente ante el crucifijo. Han cambiado el adorno de plumas por el sombrero de paja. Llevan ruana coloreada encima de la camisa y pantalón común y corriente, tal vez

manufacturados en Alemania. Si no van descalzos, usan alpargatas, y, sobre todo, exhiben las perfectas huellas de la falta de aseo.

En toda calle bogotana nuestra vida suele tropezar con tipos llamativos pertenecientes a la clase inferior. Ahí tenemos los aguadores y aguadoras, llevando a las espaldas el agua desde las pilas públicas a las habitaciones, en enormes receptáculos de barro. Hay pobres diablos harapientos, simplemente llamados peones, parecidos a nuestros antiguos mozos de cuerda, esperando cualquier encargo. Otros ya pasan con cajones pesados al hombro, trasteando muebles en parihuela. Numerosos mendigos están sentados en el andén a lo largo de los muros de las iglesias, exhibiendo toda clase de úlceras y otras lesiones, hasta las más repugnantes, con el propósito de acentuar así su dependencia de la limosna implorada y tratando de esta manera de convertir en medio para lograr otro fin distinto, las deplorables consecuencias producidas por su estado de abandono completo. Allí observamos una cuadrilla de penitenciarios ocupados en barrer la calle o dedicados a otros oficios similares. Para custodiarlos están circundados por un número casi igual de soldados, por lo general indios de Boyacá, muy jovencitos, de unos 14 a 15 años, y apenas capaces de cargar su fusil. Su uniforme es una imitación del que usan los franceses, pero encontrándose a menudo en estado deshilachado. Para cubrir la cabeza se suministran quepis, pero a falta de protección suficiente contra el sol, se prefiere el sombrero de paja, con el quepis puesto encima. Su manera de marchar y su porte dejan mucho que desear. En un todo, entre la presentación de los soldados y la de sus custodiados apenas hay diferencia, prevaleciendo además un trato amigable entre unos y otros. Los oficiales, que provienen generalmente de la clase media, apenas se señalan por la impresión de inteligentes y distinguidos. Andan a menudo vestidos de civiles, portando como distintivos profesionales solamente su gorra y, de servicio, su espada.

Con esta descripción hemos generalizado los grupos de gente que más llaman nuestra atención en las calles bogotanas. El lector conocedor de Buenos Aires o Valparaíso tal vez echará de menos toda referencia a los extranjeros. En realidad, su número es insignificante. Así pues, de alemanes, mujeres y niños comprendidos, no hay más de 40 a 60 almas, comerciantes en su mayoría, profesores y artesanos los demás. La colonia inglesa, menos numerosa aún, está mas dispersa. En cambio, los residentes franceses e italianos son un poco mayores en número, aquellos de profesión modistos, peluqueros, ebanistas y otros por el estilo y estos de preferencia latoneros y zapateros. Cada extranjero de posición es conocido de vista en todo Bogotá. Cada recién llegado se considera un fenómeno, siendo mirado con una boca abierta como tal, hasta transformarse en personaje de relieve dentro del repertorio callejero bogotano.

Difícil es formarse una idea sobre la cuantía de la población metropolitana. Los censos realizados en determinadas épocas extrañan por los resultados tan extremamente diferentes entre sí como de lo vivo a lo pintado. A eso de 1800 se

informa de 20 a 30 mil habitantes; los censos nacionales posteriores dan resultados: en 1843 los 40.086, en 1851 29.649 y en 1870 40.083 moradores. En cambio, los informes del gobierno de Cundinamarca, denuncian para los años de 1881-1883 de golpe un total de 90.000 habitantes. Tal aumento al doble, producido en el curso de solo diez años, sería algo nunca oído, ni en el desarrollo de los centros industriales y las urbes nuestras, ni en las de los Estados Unidos. Además, semejante crecimiento habría de reflejarse en el plano de la ciudad, el cual, sin embargo, denuncia una expansión apenas digna de mencionarse. Así, probablemente estamos en presencia de errores cometidos en uno de los censos comprendidos o, tal vez, en ambos. Para motivar nuestras dudas en cuanto al censo nacional, el más antiguo de los dos, se podría evocar el recelo, muy común entre toda gente carente de instrucción, de someterse al censo. Pero también cabe la posibilidad de que el gobierno del Estado de Cundinamarca hubiera exagerado el número de habitantes capitalinos, sea sucumbiendo a una vanidad infantil o persiguiendo fines políticos, por ejemplo, el de aumentar así el número de sus delegados al congreso. A efecto de esto último, cabe recordar que, hace un par de años, el gobierno nacional, para resolver una situación por el estilo, se vio precisado a anular el censo del Estado de Bolívar.

Por lo tanto, para formar nuestro juicio en cuanto al número de habitantes de la capital, no nos quedará más remedio que el de guiamos por la extensión de su superficie y las características inherentes a su uso. Al efecto tenemos que la longitud en dirección norte-sur, medida desde San Diego hasta las Cruces, es de unos tres kilómetros. Relacionándola con el ancho de dos kilómetros, comprobado en su punto máximo, llegamos a una extensión de superficie de unos 4 a 5 kilómetros cuadrados. En nuestra búsqueda de más puntos de apoyo para nuestro cómputo, recordamos que las grandes urbes alemanas están dando albergue para 20 a 30 mil habitantes por kilómetro cuadrado, desde luego teniendo en cuenta los cuatro a cinco pisos cubiertos por el mismo techo de la mayoría de las edificaciones, incluyendo el piso bajo y el subterráneo habitado.

En cambio, Bogotá tiene apenas medio kilómetro cuadrado ocupado por casas de dos pisos, siendo las demás de uno solo y, a excepción de los ranchos en los suburbios, de construcción bien esparcida. No obstante, nuestro cálculo pecaría por incompleto si dejáramos sin considerar el hecho favorable al mayor resultado de que el total de personas que ocupan una habitación de igual número de piezas, es mayor aquí que entre nosotros. Armonizando todos estos factores, creo no equivocarme mucho al estimar que Bogotá tendrá aproximadamente la mitad de habitantes por unidad de superficie que la urbe alemana, o sea un total de 50 a 60 mil almas.

Ahora recordamos las tres grandes capas sociales que nuestro vistazo nos ha enseñado como componentes de la población bogotana, tales como las encontramos en la calle, por cierto sin observar líneas divisorias muy marcadas entre sí. Notable nos parece que estas capas sociales también correspondan a

tres grupos etnológicos diferentes, pero dominando la raza blanca en la alta sociedad y la sangre india en las esferas bajas, quedando formada la clase media por una mezcla, más o menos por partes iguales entre las dos. Esta composición de las clases por razas hoy no tiene base legal alguna, atribuyéndose su origen a una herencia conservada desde la época colonial, cuyas huellas no se hallan del todo borradas, si bien se encuentran indios de sangre pura en la clase alta lo mismo que castellanos de pura cepa en la hez del pueblo. Los descendientes de raza blanca se ufanan de su linaje español, especialmente en su trato con europeos. En cambio, al pueblo común se le ha ido perdiendo casi por completo toda conciencia racista. Como indio generalmente se califica, de manera despreciativa, al campesino pobre, mientras, pronunciado por boca de este, el mismo apelativo circunscribe a los indios bravos aquellos todavía no tocados por la civilización que, hablando su lengua propia, siguen viviendo en las planicies calurosas cubiertas de selva, lo mismo que en algunos rincones montañosos.

Así las cosas, quedará naturalmente harto difícil obtener datos fidedignos sobre la composición etnológica de la población bogotana. Sería tarea digna de una comisión integrada por expertos imparciales, por ejemplo de médicos. Pero a falta de tal estudio, considero más confiables los resultados de mis propias observaciones, corroborados por las de amigos, que las conjeturas inspiradas por la vanidad nacional de escritores colombianos, acogidas también en libros publicados por ingenuos alemanes. A diferencia del 50% que estas indican, considero que tan solo el 15% puede calificarse de gente de raza blanca, probablemente tampoco del todo libre de mezcla con sangre india, pero quedando esta en proporción insignificante para el caso. De negros y zambos no hay sino entre el 1 y el 2 por ciento, componiéndose el remanente de cholos, o sea una mezcla entre indios y blancos, y de indios puros o casi puros, por partes iguales más o menos.

Los apellidos son de origen español y, a veces, vasco. Los de origen indio, muy frecuentes para denominar lugares, no parecen existir como apellidos humanos.

De gran interés sería que un experto en costumbres españolas se pusiera a investigar estos nombres por su lado estadístico, para ordenarlos por sus provincias de origen, a fin de poder valorar así la influencia que sobre el desarrollo de las colonias españolas han tenido los nuevos colonos de acuerdo con su procedencia. Una fusión peculiar de nombres, apta para desorientar al extranjero desentendido, tiene lugar con el casamiento. La mujer conserva su apellido de soltera aun después de contraer matrimonio, añadiéndole por medio de la preposición “de” el apellido del esposo. Así, Manuela Uribe de González es una señora apellidada Uribe, casada con un señor González. Por el contrario, el hijo de ellos agrega a su apellido paterno el de su madre, sea completo o mediante la mera sigla, por ejemplo: Eusebio González Uribe (o González U.). Así hermanos y hermanas quedan fácilmente distinguibles de parientes más lejanos, o de meros tocayos o tocayas, a no ser que ambos padres de unos y otros tuvieran los

mismos apellidos. Esta usanza no refleja de inmediato la existencia del vínculo matrimonial, tal como lo hace la adopción del apellido del esposo por parte de su cónyuge en otras partes.

Los nombres por lo general son derivados de los santos del calendario o de personajes notables griegos o romanos. Al efecto, no deja de parecernos curioso oír llamarse a los tipos más comunes Don Milciades, Don Aristides, Don César, etc. Pues el nombre, en vez del apellido, se usa en el contacto común con otra gente, aun de relaciones superficiales, y aun para dirigírseles en la tercera persona, anteponiéndose en este caso el "Don", excepto en trato de confianza, o de referirse a los peones de la clase baja. Con menos frecuencia se usa el calificativo de "Doña", quedando este reemplazado por "mi señora", "mi señorita" o del todo suprimido, para llamarse por su nombre tanto a señoras casadas como a señoritas. Esta costumbre desde luego, suele asombrarnos, en cierto modo, a los habitantes de los países septentrionales, especialmente en vista de los nombres peculiares propios de muchas colombianas. ¿Qué diría, por ejemplo, una señora alemana al ser llamada de parte de un joven cualquiera, como Rosario (Rosenkranz), ¿Constitución (Verfassung), Concepción (Empfängnis), Mercedes (Gnade) o con otro nombre por el estilo?

La nobleza, abolida como casta con la independencia, hoy tampoco sigue existiendo en la vida nacional, lo mismo que los títulos no son objeto de tanto abuso como entre nosotros, excepción hecha de aquellos de general y doctor, que se oyen con frecuencia. Pues doctor no es solamente el médico, sino también abogado y político cualquiera lo es, a la vez que es general quien en una de las revoluciones logró poner en pie unos cien hombres. Así que un colombiano radical, con aire triunfante, alguna vez me expuso que, de llegar a Colombia, el Emperador Guillermo no sería más que Don Guillermo, a lo que yo, en burla, le respondí que, a mi modo de ver, por lo menos le correspondería el título de general. Tampoco al presidente se le trata sino de señor general o señor doctor, según el caso, correspondiéndole el calificativo de El Ciudadano Presidente tan solo en relación con sus funciones oficiales.

En cuanto a la calificación de profesiones o del trabajo muy poco se observa en Bogotá, siendo la mayoría de los comerciantes a la vez hacendados, al igual que muchos abogados y médicos. Para vigilar las labores más importantes, sea las cosechas, o la inspección de la ganadería y del efectivo de caballos, van a sus haciendas una o dos veces al año. El hombre más acaudalado, con propiedades de varias millas cuadradas de extensión y con sus relaciones comerciales directas con casas europeas, no considera indigno el atender personalmente la clientela en el mostrador de su almacén abierto que mantiene en la ciudad. Ni los asuntos gubernamentales ni el cargo de juez, requieren preparación o carrera especial alguna. Lo mismo que en los Estados Unidos de América y en otras repúblicas, tanto el presidente como los ministros y demás funcionarios para asumir su cargo con frecuencia abandonan su mostrador, su consultorio médico o el plantel, para

regresar a tales actividades una vez cumplido su período. Pero igual que en aquellos países, también aquí entre la gente más acomodada y mejor preparada es notoria la aversión a los cargos públicos, a los cuales, en cambio, de preferencia se sienten impulsados determinados abogados y políticos profesionales, que podríamos clasificar como el proletariado de esa capa superior. Es gente sin propiedad raíz ni de otros bienes que, en lugar de dedicarse a cualquier otro oficio, se mete en política, esperando que alguna revolución le gane supremacía a su partido, con un buen cargo público como recompensa personal y buscando mientras tanto su sustento en la acumulación de deudas o entregándose al juego.

La costumbre de aprender un oficio para ejecutarlo de por vida, tampoco entre las gentes de las capas sociales inferiores tiene mucho arraigo. En cambio, se vive conforme las oportunidades se presentan, trabajando ora de arriero o de mensajero en los caminos, ora de recolector de corteza de quina en la selva, ora de albañil en una obra o de empacador o transportador de mercancías en un almacén. Asimismo suelen colocarse de sirvientes en casas de habitación o andar completamente ociosos.

Las clases altas

Las familias acomodadas de Bogotá, tal vez agrupables a la usanza inglesa como la sociedad bogotana, residen en la parte céntrica de Bogotá, bien sea en casas de dos pisos o en las mejores y más espaciosas entre las casas de un solo piso.

Para enterarnos mejor, entremos en una de esas casas con el objeto de observar a sus habitantes en el desempeño de su vida. Son muy contados los casos en que se encuentra el portón cerrado y provisto con timbre. El caballero, es decir el hombre vestido de negro y calzado, acostumbra entrar sin más ni más, tratando de encontrar a alguien en la sala o llamando en voz alta al servicio. El peón, carente de tal libertad, se anuncia golpeando en el portón. "¿Quién es?" suena la pregunta desde adentro, encontrando invariablemente su contestación con un "¡yo!". Desde luego, el interrogador ahora tampoco sabe quién se oculta tras la respuesta, pero habiendo guardado la forma, sin salir de su paradero contesta con un ''siga" o "adelante". Al principio, siguiendo la costumbre europea, nosotros golpeamos en el portón, manera aquí tan solo obligatoria para los peones. Pero ya conociendo la conducta de los caballeros, también entramos sin más ceremonias.

Por el llamado zaguán, un pasadizo embaldozado, entramos al patio, un espacio abierto, bien sea simplemente enladrillado o pavimentado, o convertido en un pequeño jardín, según el gusto de los habitantes. Las piezas, dispuestas alrededor de este patio, van recibiendo luz y aire en la mayoría de los casos apenas a través de una sola puerta, ni siquiera con vidriera, que da sobre una especie de claustro que enmarca el patio y que tiene cubiertas sus paredes con las más curiosas pinturas, que representan paisajes idealizados, lagos, montañas cubiertas de nieve, volcanes y casas campestres italianas. Ventanas no se encuentran sino en las piezas que dan hacia la calle y en la que delimita el patio hacia atrás, generalmente destinada a comedor. Al lado de este, un pasadizo conduce al patio trasero, alrededor del cual encontramos colocadas la cocina y sus dependencias, lo mismo que tal vez unos dormitorios adicionales. Más atrás todavía hay un solar, o sea un espacio libre sin cubrir ni pavimentar, recinto para las gallinas, y en poblaciones más pequeñas, también para marranos, indispensables éstos al parecer para todo menaje. Con frecuencia allí se encuentra también un pequeño cobertizo para los caballos, animales estos de lujo mucho más generalizado aquí que entre nosotros, pero también indispensables para muchos como medio de transporte. Contadas casas de mayor extensión tienen otro patio más, intercalado entre el delantero y el trasero. En las casas de dos pisos, las habitaciones de categoría están dispuestas en el segundo, sirviendo el bajo en cambio por una parte de sótano y depósitos y por la otra de habitaciones para la gente de menores disponibilidades, o para tiendas y talleres.

Este estilo arquitectónico, originario de Andalucía y Granada, ha cogido fama, habiéndose extendido por toda la América española. Cierta puede ser su ventaja estructural en cuanto permite la separación de la vida hogareña de la callejera.

Pero ¿no se habría adquirido esta ventaja a expensas de serios inconvenientes? Para mencionar algunos: la escasez de aire y luz es sobremanera sensible; la humedad del aire y las temperaturas bajas reinantes en Bogotá durante largos meses ciertamente no se compaginan con la necesidad de mantener la puerta abierta para tener visibilidad adentro, ni con las miradas curiosas, fáciles para todos los que entren a la casa o salgan de ella; todo acontecimiento, lo mismo que todo ruido estorba la tranquilidad y el aislamiento del habitante, sin posibilidad para este de prevenirse. A mí, por lo tanto, este estilo de construcción me parece más bien reñido con la atracción hacia una buena vida hogareña, susceptible, al contrario, de alejar al hombre de su casa o de considerarla apenas como medio de sustentarse, ya que la afición a la intimidad del hogar de por sí no está muy generalizada todavía.

Otro defecto de las casas bogotanas estriba en el material empleado en su construcción. El papel de los ladrillos cocidos lo hacen casi siempre los adobes, una especie de ladrillos secados solamente al aire, con el efecto de que, en el clima del ambiente, en el momento de usarse nunca están realmente secos. Su humedad inherente, aumentada por la que siguen absorbiendo, luego evapora, dejando la atmósfera enmohecida, especialmente característica de los pisos bajos, de reducida ventilación. Además, los muros así construidos son de poca resistencia, no aguantando cuadros de mayor tamaño ni otros objetos de peso, colgando de ellos. Pisos de madera no hay sino en los altos, siendo de adobe los de la planta baja cubiertos estos de amplias esteras de paja, por lo general más o menos estropeadas. Estando clavadas por su borde y, de ahí, raras veces removidas, van acumulando toda clase de polvo y mugre, formándose así escondrijos para pulgas y otros bichos.

Los precios de tales habitaciones, orientados por su ubicación, especialmente por su mayor o menor distancia del centro de la ciudad por lo general son sensiblemente altos, pagándose por arriendo de una casa alta de $ 120 a $ 200, por una baja de diez a doce piezas habitables, pero pequeñas, unos $ 60 a $ 120 y por un pequeño almacén en la Calle Real unos $ 80 mensuales, o sea precios superiores a los acostumbrados en la mayoría de las ciudades alemanas. Las causas están a la vista, siendo una, la pronunciada afluencia de la población hacia el centro de la ciudad, y otra, de más peso todavía, el alto costo de los materiales de construcción y otros componentes, así por ejemplo de la madera, por el inmenso y difícil trayecto de su transporte, del hierro y del vidrio plano por la necesidad de importarlos, sea de Europa o de los Estados Unidos, y, finalmente, de la mano de obra, la cual, debido a su reducido rendimiento, se compara desfavorablemente con el costo de la nuestra. Más aún se hacen notar los precios altos al adquirir el mobiliario de la habitación. He aquí algunos en vía de ejemplo: una mesa ordinaria sin pintar vale $ 8, una mesita taponada de $ 10 a $ 12, un armario pequeño taponado $ 25, un armazón de cama muy ordinario $ 25, una docena de las sillas sencillas aquí en uso, forradas en cuero común, $ 18, una docena de sillas de Viena $ 120. Platos blancos comunes de porcelana salen

costando $ 5 la docena, vasos ordinarios $ 4, un tubo de lámpara $ 0.60, un globo de lámpara $ 2.50.

Así no es de extrañar que, a nuestro modo de ver, el moblaje de las habitaciones colombianas a menudo deje tanto que desear, especialmente en los dormitorios. Pues el lujo de enseres domésticos elegantes no está al alcance de muchas familias, y aun donde encontramos muebles acolchonados, posiblemente importados de Europa, lo mismo que muchos espejos y figurillas, con frecuencia las reproducciones ordinarias de pinturas al óleo que cuelgan de las paredes revelan el gusto poco desarrollado del dueño. En situación más favorable se halla el bogotano en relación con su alimentación que, por lo general, está disponible al mismo nivel de precios que en las urbes alemanas. El bogotano suele levantarse poco después de las seis de la mañana. Luego de arreglarse rápidamente, toma su desayuno, por lo general una taza de chocolate. Entre las diez y las diez y media sigue el almuerzo, más sustancial que el anterior, y después, entre las tres y las cuatro y media de la tarde, la comida, muy parecida al almuerzo. Entre las siete y las ocho de la noche se sirve un refresco de dulces, o sea de frutas conservadas en almíbar, con chocolate, u hoy a veces, con té. Las dos comidas principales suelen ser muy abundantes, siendo cortos en variedades de platos, a pesar de la gran selección de frutas y legumbres disponibles. Su preparación se aparta con frecuencia de nuestros conceptos gastronómicos.

Las horas disponibles entre desayuno y almuerzo, lo mismo que aquellas entre este y la comida, los señores las dedican a sus negocios, yendo a la oficina o a la calle. Su trabajo raras veces es muy persistente y tenaz. El apuro febril, tan de usanza en los Estados Unidos, no se conoce aquí. Todo se hace de manera acompasada, habiendo siempre tiempo para una charla. Lentamente se pasea por la calle, se encuentra con un amigo, intercambiando una profusión de fórmulas de saludo. “¿Ya supiste de esto y aquello?”. Y pronto la conversación va girando alrededor de los negocios, de la política o de los chismes locales. Llega otro amigo y otro más, para continuar todos charlando por horas, parados en medio del andén, cerrándoles así despreocupadamente el paso a los transeúntes. O se entra al almacén de algún amigo, ni pensando en hacer una compra o en cerrar un negocio, sino simplemente para pasarse una horita charlando. A la oportunidad no puede faltarle un buen trago de brandy, siendo excepcional así que un hombre llegue a la comida sin haberse tomado antes entre tres y cuatro copas. Relativamente raras son las veces que estas visitas redundan en alguna compra. Quienes van entrando con este propósito, por lo general son atendidos por el empleado, a no ser que se trate de un comerciante de provincia, con cierre de algún negocio de magnitud en perspectiva. Por lo demás, el trabajo diario se reduce a escribir unas pocas cartas aumentando estas un poco en número tan solo cada seis días, con motivo del cierre del correo con destino a Europa. Después de la comida, se pasa una hora más en el almacén, atendido mientras tanto por un empleado. A las seis se cierra. Entre las cinco y las siete de la tarde, tanto el altozano —terraza amplia delante de la catedral— como el camellón de

San Diego, se hallan repletos de paseantes, hombres en su gran mayoría. Solamente por excepción se observa a un marido acompañado por su esposa.

Para las señoras el día comienza con la asistencia a misa. Esta salida a misa ofrece la mejor oportunidad a los jóvenes para entablar contacto con la señorita de su corazón. Los domingos ellos vienen formando verdadera calle, por la cual las representantes del bello sexo han de pasar. Aun durante la misma celebración del servicio parece que los galanteos suelen aventajar a la devoción, por lo menos a juzgar por algunas novelas colombianas. Durante todo el resto del día las damas distinguidas casi nunca se ven por la calle, así como a las jóvenes solteras, según la antigua tradición española, les queda del todo vedada la salida a solas, dando al efecto los jóvenes elegantes, por su parte, motivo suficiente para perpetuar esta prohibición, por cuanto a menudo obstaculizan el paso por el andén para molestar a las damas transeúntes con insolentes miradas. Por cierto que la joven bogotana no siempre les suele reprochar estas, encontrando a veces su placer en retornarlas a su modo. Privada así de frecuentes salidas, acostumbra pasar gran parte del día sentada en la ventana, para de este modo buscar la oportunidad de continuar cultivando el lenguaje de los ojos. En ninguna otra parte el uso de ventanear tiene tanta práctica como aquí. Pronto la expresión visual es acentuada con el discreto intercambio de diminutos mensajes escritos, prolongándose este trato durante meses, así que, de oídas, en muchos casos los novios no se habrán visto en ocasiones diferentes antes de contraer promesa de matrimonio.

Muy difícil queda desde luego para el viajero tratar de formarse un concepto sobre la vida hogareña y conyugal acostumbrada en otro país. El bogotano suele brindarle a su esposa una exquisita delicadeza, empezando por tratarla como su señora (patrona). Con todo, a mi parecer, matrimonios realmente felices y equilibrados no son tan frecuentes, así como los galanteos urdidos por mujeres casadas tampoco son muy excepcionales. Pero aun así, no quiero menospreciar la opinión contraria de un comerciante europeo, basada en 25 años de vivir en Bogotá, quien a la mujer la tiene en alto aprecio tanto como buena ama de casa como madre excelente. A mi modo de ver, la mujer va pasando gran parte del día entregada a la dulce ociosidad, pero ¿será que mi impresión de mero viajero me engaña?

Para los niños los días transcurren con bastante ocio, ya que el colegio no les demanda sino pocas horas, y siendo contados los casos en que fuera de ellas se encuentre un muchacho o una niña siquiera leyendo un libro. Pero ¿de dónde esperamos que les venga la afición por la lectura, a falta casi total de ejemplo y estímulo de parte de los padres? Tampoco los juegos alcanzan a divertir a los niños de la clase alta, a diferencia de los indiecitos que encuentran placer en simplemente jugar a las piedritas y otras cosas. Aquellos parecen demasiado indolentes para gozar de pasatiempos juguetones. En cambio, ya desde temprano empiezan a vagar por las calles, malgastando su tiempo con galanteos. Habiendo salido apenas de la niñez las niñas con 14 y los jóvenes con 16 años, a lo mejor

ya van pensando en contraer matrimonio, abandonándose a toda clase de fiestas sociales.

La vida social bogotana tiene mucho en común con la nuestra o, más todavía, con la de los pueblos romanos de Europa. Sobre todo en contraste con la vida en tierra caliente, resulta en forma hasta repugnante observar a los bogotanos sometiéndose a toda clase de cumplidos exigidos por la etiqueta europea, solamente por considerar esta como parte predominante de la civilización. Tal como en Inglaterra, tampoco aquí es permitido al forastero ir a ver en su habitación particular al caballero, sea para entregarle su carta de introducción o buscar contacto por otro motivo cualquiera. Es la oficina o negocio de este donde habrá de ir, para tan solo después de haber recibido a su vez la contravisita en domingo por la mañana, ir por su parte a ofrecer sus respetos a la señora. Con este cumplimiento es recomendable esperar hasta el domingo siguiente, ya que entre semana la dueña de la casa tardaría mucho en recibirlo.

Tan solo en ocasiones especiales se ofrece un banquete o un almuerzo, no dejando estos entonces nada que desear. Casi desconocidas son aquí las invitaciones para un almuerzo sencillo, tan tradicionales sobre todo en Inglaterra. La forma de más aceptación para reuniones en sociedad la constituyen sin duda las veladas bailables, orientadas hacia el mayor número posible de asistentes como primer requisito para el éxito de la fiesta. Dicho de paso sea, que para estas ocasiones nuestras danzas giratorias, entre ellas sobre todo el vals, han totalmente eliminado las antiguas danzas españolas. Con frecuencia familias amigas se visitan en horas nocturnas al rededor de un bailecito improvisado. A veces varias familias se ponen de acuerdo, pasando una seña discreta a aquella que se pretende coger desprevenida con la visita.

Al mestizo le son propias ciertas amabilidades y facilidades en sus modales en el trato, menos expeditas en nosotros, los germanos, que somos un tanto pesados. Tal como en todos los descendientes de los españoles, la cortesía es la principal norma de su conducta. Tan así es, que pasando como poco culto el defender idea opuesta en una conversación, se llega al extremo de poner uno a la disposición de otro su casa, su caballo, en fin, todos sus haberes. Basta que el otro encuentre digno de su elogio cualquier objeto, para que este fuera declarado de su propiedad. Contrario al inglés, con su actitud reservada, aquí las personas aun de trato somero se saludan con un estrecho abrazo y golpeándose el hombro. A muchos viajeros alemanes les ha impresionado tanta cortesía elocuente y tanta afabilidad aparentada. Yo, en cambio, confieso que semejante elegancia de forma contribuyó a hacerme resaltar más la endeblez de los mestizos, hasta el extremo de haber anhelado a menudo un poco más de franqueza y de sinceridad. Pues raras veces la cortesía de palabra anda pareja con la del corazón. Así, ni remotamente el mestizo se sentiría obligado a la lealtad hacia quien hubiera sido objeto de su afecto. Al contrario, quedaría sorprendido en sumo grado de que el otro tomara en serio sus tantas veces repetidos ofrecimientos y promesas. Libros

prestados suelen devolverse tan solo después de haberse reclamado varias veces. Invitaciones dejan de contestarse del todo o se responden apenas a última hora. Cuentas a menudo no se pagan, yendo la falta de puntualidad al extremo de que un prominente colombiano llegó tarde a una audiencia concedida por el Sumo Pontífice.

Esparcimientos distintos de las fiestas sociales hay pocos en Bogotá. Muy de vez en cuando viene un conjunto de actores españoles de teatro o de cantantes italianos, para ofrecer sus comedias u operetas. Conciertos, presentados aquí por aficionados exclusivamente, se dan raras veces. Tampoco los restaurantes juegan un papel digno de mencionarse en la vida bogotana, siendo del todo desconocida la costumbre de reunirse en amena tertulia para echar copas. En su lugar, los jóvenes se entregan a las llamadas parrandas, comparables a las visitas a tabernas (Bierreisen) en uso en muchas ciudades universitarias alemanas, distinguiéndose de estas, sin embargo, por su vivacidad todavía más turbulenta. Apenas un cuarto de hora se demoran ante el mostrador de la tienda, correspondiendo este más o menos al bar norteamericano, pero faltándole mucho para alcanzar la elegancia de su arreglo y su variedad de bebidas. Uno de los participantes paga una tanda de brandy, el trago favorito, o también de cerveza. Luego, a veces después de interponer una serenata, pasan a la tienda siguiente, pagando otro la tanda, y así por el estilo. Los cachacos ricos suelen aumentar su deleite todavía con una pequeña cena, a menudo con asistencia de acompañantes femeninas. Aquí no puedo pasar por alto la costumbre de la mayoría de los colombianos jóvenes, de apartarse con frecuencia de la senda de la virtud, siendo las relaciones con la favorita muy generalizadas. Muchos de los caballeros de mayor edad se hallan entregados a los juegos, entre ellos el tresillo como el predilecto, muy parecido al “hombre”, y, como este, no tan inocente al hacer juego fuerte, como es de costumbre, con el resultado no tan excepcional de cambiar de manos el equivalente de 3.000 marcos en una noche.

Los domingos entre las tres y las cuatro de la tarde la banda militar acostumbra ofrecer un concierto gratis, de ejecución bastante buena, en la plaza de Santander, que entonces se constituye en el lugar de cita de todo el mundo elegante. Paseos de mayor extensión o excursiones, raras veces se emprenden, así que la gran mayoría de los bogotanos y las bogotanas nunca han buscado la oportunidad de echar un vistazo a su ciudad y a la sabana desde lo alto de las capillas de Monserrate y Guadalupe. A lo mejor suelen salir en bus al cercano Chapinero de vez en cuando para gozar de un «picnic» en el restaurante del lugar. Para muchos hombres la gallera es una atracción tal que allí pasan toda la tarde. Es la arena para riña de gallos, situada en una casa suburbana. A nosotros nos extraña la constancia y hasta la pasión que caracteriza a los visitantes siguiendo la lucha encarnizada de los pobres animales, así que a mí me causaba tanta repugnancia el espectáculo que pronto lo abandoné. Corridas de toros ahora se dan con poca frecuencia en Bogotá, no ofreciendo ellas tampoco los rasgos sangrientos en extremo inherentes a los de la madre patria o del Perú. Además,

parece que la propia corrida ha venido cediendo gran parte de su interés para el público en favor de la ocasión para exhibir este su vestimenta.

La fiesta de Pentecostés pasa indiferente en la vida bogotana a diferencia de la costumbre nuestra de aprovecharla para pasar al aire libre y admirar el despertar de la naturaleza. Aquí, los meses de mayor belleza natural, por lo tanto preferidos para viajar, son diciembre y enero, es decir, cuando el sol llega a su menor altura. Pero el interés de moverse de lugar a lugar para absorber siempre nuevas impresiones es algo extraño a los colombianos. La naturaleza no les inspira mayor entusiasmo, imponiéndoles viajes, en cambio, molestias y sacrificios en medida tal, que el aspecto de gozo se les va trocando en la sensación de un mal necesario. Así las cosas, los viajes a la colombiana se asemejan más bien a lo que para nosotros son temporadas de playa, sustituyéndose los aquí desconocidos cambios de temperatura estacionales por los de lugar. Para tal fin los veraneantes van por algunas semanas a un sitio, lo más cercano posible, pero ya de clima más caliente, para gozar los días haciendo paseos a caballo en común, en combinación con «picnics» y baños en el río y dedicar las noches a la charla, al baile o al juego.

Por lo visto, guardadas proporciones y posibilidades, todo tiene cierto parecido con la vida en un balneario europeo, exceptuando el número de los veraneantes, mucho más reducido aquí, lo mismo que el hecho de que, a falta del casino (Kurhaus), la vida social va realizándose en las casas particulares.

De gran importancia en la vida de los bogotanos acaudalados es un viaje a Europa o a los Estados Unidos. No es la madre patria la que en Europa se visita de preferencia, así como tampoco Inglaterra atrae mayormente a los visitantes y Alemania menos todavía. En cambio, París es el sueño de todos los criollos. Allá se envía al joven para completar sus estudios, lo mismo que allá van el hacendado y el comerciante con fortunas acumuladas, para gozar de la vida. Al igual que la visita a la capital para un habitante de pueblo, una estadía en París será para el bogotano el mejor y más duradero recuerdo para saborear después del retorno a la vida monótona de su ciudad natal.

Las clases media e inferior del pueblo

La clase media ostenta la mezcla de los rasgos característicos del indio con los del español en sus matices más variados. De ahí proviene la aún mayor dificultad de recogerla en un solo marco descriptivo, haciéndose más provechoso su estudio en las ciudades más pequeñas de provincia que en Bogotá, donde le hace falta el contacto característico con la vida de campo. En el pueblo, en cambio, se ha ido formando una modalidad urbana especial de artesanos, de empleados de comercio, de dueños de tienda y de empleados subalternos. En parte estos han llegado hasta prescindir de ruana y sombrero de paja, para imitar la indumentaria de estilo europeo de las capas superiores, así que para ellos a veces la calificación colectiva de "gente de ruana", a decir verdad, ya no vale. Sus habitaciones, por cierto ya construidas de adobes, blanqueadas y cubiertas de tejas de barro, abarcan de dos a diez piezas habitables y vienen ocupando la zona que acto seguido circunda el propio centro de Bogotá, tal como ya hemos visto por el plan de urbanización de la capital. Por lo general tales habitaciones son compartidas por muchas personas, ya que no solamente los padres con sus por regla numerosos hijos forman el hogar, sino tanto hermanos y primos de los primeros suelen vivir con ellos, lo mismo que aun matrimonios de los propios hijos con su descendencia a menudo siguen haciéndolo, reduciéndose considerablemente en esta forma la gran amplitud que en modo de residir admirábamos al principio. Supongo que el moblaje de tales viviendas será bastante escaso, pero confieso no haber tenido oportunidad suficiente para formarme una idea fundamentada al efecto. Asimismo me propongo dejar de examinar más de cerca las comidas, previendo las mejores ocasiones de observar las costumbres que, sin duda, me brindará el contacto más frecuente con esta clase de gente durante mis viajes por el país.

La remuneración del trabajo, expresada en moneda, equivale más o menos a la pagada a las respectivas categorías en Alemania, pero considerando el costo mucho más elevado de habitación, vestimenta y necesidades más refinadas de la vida, el trabajador bogotano ha de contentarse con un modo de vivir más estrecho. La peor parte les toca a los empleados públicos de inferior categoría, que suelen recibir su salario de poca cuantía con meses de atraso, quedando así precisados a empeñarlo a un costo exorbitante. Pero no obstante es de extrañar el número muy crecido de individuos que aspiran a que un cambio de gobierno los favorezca con uno de tales puestos, para vivir mientras tanto de dinero prestado o de negocitos ocasionales, según el caso. Su preferencia por la vida urbana y su aversión al trabajo duro son los móviles inherentes a esta actitud, que tanto contrasta, por ejemplo, a la determinación de luchar, por arrebatarle a la selva los medios requeridos para elevar el nivel de vida, tanto de la propia como el de sus descendientes. La educación de estos individuos raras veces sobrepasa la adquisición de las nociones más elementales, siendo sus maneras de portarse apenas una caricatura de la de las capas superiores.

La gente de la clase baja vive en ranchos de reducidas dimensiones construidos de barro y con techo pajizo, en los suburbios y a orillas de los ríos, o a veces habita en los bajos de las casas altas, en cuanto estos no sean ocupados por tiendas o talleres. Son muchas las personas así apretadas en un espacio limitado, ya que fuera de los hijos a menudo viven con los padres algunos parientes de estos, de ambos sexos. Semejantes condiciones de vivienda, claro está, no favorecen precisamente ni la salud ni la moral de los habitantes. Pero cuidémonos de subrayar demasiado este aspecto, para no provocar en algún colombiano el deseo de establecer la comparación con las circunstancias sociales todavía existentes en los Montes Metálicos (Erzgebirge) y en muchas urbes alemanas, pues ella apenas resultaría en favor de estas. Las instalaciones de las habitaciones descritas son más que deficientes. En la alimentación, la papa, el maíz y también la cebada constituyen los productos preponderantes, principalmente en forma de sopas espesas. El consumo de carne excede el acostumbrado entre las clases pobres de Alemania; el pan blanco y el chocolate casi nunca faltan en la mesa de la gente pobre en extremo. La cerveza se reemplaza por la chicha [(1)], una bebida preparada por fermentación de harina de maíz con miel de caña de azúcar. Resulta un poco más costosa que la cerveza común y corriente en la Alemania Central, pues el litro vale medio real, pero también contiene probablemente más sustancias nutritivas. Tal como para el bávaro la cerveza, la chicha constituye para el bogotano real, la verdadera esencia de la vida. Su capacidad para consumirla es increíble y, teniéndola a su alcance, pocas aspiraciones abriga en cuanto a otros medios de nutrición.

Así, los mendigos y los mozos de cuerda, que forman la hez de la población, acostumbran gastar hasta el último centavo de sus entradas en chicha y aguardiente anisado. La mayoría de las veces su vestuario está tan desharrapado y tan asquerosamente sucio como ellos mismos; en vano buscaríamos paralelo con los vagabundos, aun los peores, de nuestra tierra. Su posada la suelen establecer en el marco del portón de una casa cualquiera, protegidos por el clima un tanto benigno contra los males e incomodidades adicionales del frío y sin temor de ser despertados y entregados a la policía por el sereno. Ni el habitante de la casa, al tropezar contra ellos a su regreso tardío, logra estorbar mayormente su sueño profundo.

En suma, notamos en el pueblo de la ciudad ciertos rasgos de depravación, que generalmente hablando no existen en la población campesina. En este sentido Bogotá viene ejerciendo una influencia idéntica a la exteriorizada por las urbes europeas. Es especialmente la juventud masculina la que afluye aquí de todas partes, movida por la esperanza, fundada o no, de encontrar trabajo mejor remunerado y mayor disfrute de la vida en comparación con las posibilidades ofrecidas por las localidades pequeñas o por los ranchos solitarios. Arrancados del ambiente acostumbrado de vida patriarcal, expuestos a las seducciones que trae la urbe, enfrentados con el ejemplo, a menudo poco favorable, que les da la juventud instruida, los recién llegados quedan sometidos a una transformación no

del todo enderezada hacia su bien. Por cierto, hacen suyos determinados modales, ausentes en los obreros nuestros, dando por ejemplo “mil gracias” por una cosa o un favor recibido y no retirándose nunca sin pedir previamente el permiso de hacerlo. Andan, entre otras extravagancias, con un jipijapa de ala ancha puesto, pero no se bañan sino una sola vez al mes, escupen cada rato y sus nociones escolares a lo mejor los capacitan para leer y escribir un poco y quizá usar las cuatro operaciones. Son muy mentirosos y entregados al rateo en pequeño en toda oportunidad, pero impedidos por su cobardía para cometer robos mayores y otros delitos graves. Pueden mostrarse desde serviles en extremo hasta impertinentes, según les convenga. Muestras típicas de estos últimos atributos las dan los mozos de cuerda al contestar con su gritería de desacuerdo con el pago en cuantía acostumbrada de pequeños mandados, para exigir el doble o hasta el triple, especialmente a los extranjeros. Solamente ante la resistencia de estos resuelven desistir, para irse a gastar lo recibido en la chichería más cercana. También con su ayudante personal uno tiene problemas por el estilo, gastando este sus dos a tres horas para cumplir un encargo en el cercano centro de la ciudad, tratando de sustraer unos reales del dinero llevado cuantas veces pueda y disculpándose con los cuentos más intrincados. De no aceptársele estos, y de recriminársele en cambio su falta, probable es que vuelva las espaldas para marcharse, redundando en su provecho el poco peso de sus haberes, que constan de un solo atado. A falta de encontrar otra oportunidad de colocarse en el mismo oficio, confía en su suerte favorecido con un trabajo de albañil o de arriero, o, en últimas, de vivir más estrechamente por lo pronto. Por poética que se pueda considerar esta inclinación hacia la independencia de una residencia fija, del trabajo estable, de la profesión escogida y de toda disciplina severa, ciertamente no contribuye al progreso social.

La ventaja de cierta sujeción es bien notable en el género femenino. Las sirvientas, con sus limitaciones para salir de la casa, son más serviciales y más amantes del orden que muchas muchachas alemanas, especialmente cuando están bajo el régimen de una buena ama de casa. A falta de vigilancia, empero, suelen a menudo perder los estribos, para quedar dominadas por las malas influencias tan en asecho en la vida urbana.

El peón bogotano común y corriente devenga de seis a máximo ocho reales por día (equivalente a 2.40 a 3.20 marcos alemanes respectivamente). De soltero necesita de dos a tres reales para su alimentación. Su vestimenta tampoco acostumbra recibirla regalada. Así, por una ruana necesita desembolsar por lo menos 30 reales, por los pantalones unos 20 a 40 reales. Casado a temprana edad, como es la regla, además de sostener a su propia familia, sigue apoyando a su madre y a sus hermanos, como expresión agradecida del amor paternal, rasgo muy arraigado especialmente entre la gente de la clase baja. Lo que, con todo, llegue a sobrarle, lo suele enterrar o esconder de otra manera como recurso para casos de enfermedad u otra emergencia, o para emplearlo en negocitos, siempre soñados, pero con resultados raras veces remunerativos.

A primera vista la vestimenta ordinaria y a menudo haraposa, lo mismo que las habitaciones deficientes, dan la impresión de que la suerte del peón bogotano fuera todavía mucho más lamentable que la del obrero alemán. Pero al convencernos que el primero en general no conoce el martirio del hambre, y que el clima siempre suave lo exime de los sufrimientos del frío, nos volvemos pensativos y dispuestos a revisar tal impresión. El peón bogotano está satisfecho con su ruana y sin anhelos de mejorar su alojamiento. Así que muchas veces es mera falta de aspiraciones lo que teníamos por pobreza extrema, originándose a su vez tal ausencia de necesidades en el bajo nivel cultural. Todo peón de la capital, de intentarlo, podría elevar su nivel de vestimenta y de habitación. Dudosa quedaría su capacidad de someterse a los requisitos indispensables, es decir, un trabajo constante unido a la determinación de ahorrar, para así hacerse a los medios y escalar una posición social más elevada. Es la vida urbana la que atrae al campesino, pero para procurar un sustento seguro para sus hijos necesariamente tendrá que regresar al campo.

(1)Originalmente la chicha se componía de maíz machacado y agua; hoy día apenas se ha conservado en algunas regiones apartadas, habiendo entrado por lo general la miel de caña como integrante esencial. Mucho se ha dicho en contra de la aseveración de Gerstäcker de que el maíz es masticado previamente por mujeres viejas; pero parece que esta usanza en determinadas regiones se mantiene todavía.

Clima e higiene

El clima de Bogotá se ha descrito como de eterna primavera. Cierto es que la temperatura media diaria durante todo el año gira al rededor de los 14 a 15 grados centígrados, con fluctuaciones insignificantes de una estación a otra, fenómeno casi idéntico al reinante entre nosotros en junio y septiembre. Pero ya Humboldt [(2)] había comprobado la diferencia entre estas cifras y el disfrute de la vida real permitida por este llamado clima primaveral eterno. Así, en las horas del mediodía, a menudo hay un calor muy elevado, con intensidad de los rayos de sol suficiente para causarle a uno quemaduras dolorosas en la nuca cuando está al sol. En cambio, en días nublados o de lluvia, la temperatura baja lo suficiente para hacer sentir frío en las piezas de habitación, provocando el deseo del calor mitigante de una estufa o, por lo menos, de una morada más abrigada. Si bien la niebla y la lluvia pueden tornarse en molestas, justo es también prevenir contra las generalizaciones acostumbradas por viajeros que, por mala suerte, casualmente encuentran a Bogotá en tales condiciones atmosféricas, para proceder a desacreditar su clima. Verdad es, en cambio, que semanas y hasta meses hay para gozar de un tiempo espléndido con un cielo casi completamente despejado. A diferencia de la temperatura media, casi constante a través de las estaciones, las precipitaciones demuestran su ciclo anual, si bien carente aquí de la brusquedad tan característica en las regiones bajas del país. Por épocas de lluvia o invierno se tienen los meses siguientes a los equinoccios, con días en que predominan las mañanas serenas y hasta despejadas, pero seguidas a menudo por verdaderos torrentes de lluvia o de destructivas granizadas en las horas de la tarde. Del todo diferentes son las condiciones atmosféricas características de los meses de junio a septiembre. Aunque estos se califican de verano, en concordancia con la usanza para las tierras bajas, el cielo se presenta casi permanentemente cubierto de nubarrones bajos que producen una fina llovizna casi ininterrumpida, los llamados paramitos. Aunque de poco volumen de agua, es su pertinaz duración la que contribuye a causar una impresión de mayor desagrado que las propias estaciones de invierno. El tiempo más hermoso suele presentarse de mediados de diciembre a mediados de marzo, ofreciendo condiciones atmosféricas serenas, casi siempre ausentes de sorpresas causadas por paramitos o aguaceros.

En cuanto a las influencias medicinales del clima, lo mismo que a las condiciones de salubridad de Bogotá, la ciencia poco ha investigado hasta ahora, estando el profano de por sí precisado a la cautela obvia para hablar de estas materias. Ausentes están, gracias tanto a la elevación sobre el nivel del mar como a la temperatura fresca, todas las enfermedades propiamente tropicales, tales como las fiebres graves, afecciones al hígado y similares, molestando la malaria común en general solamente a quienes la han adquirido en tierra caliente. Tampoco la tuberculosis afecta a los habitantes de Bogotá, abrigándose en cambio para los tísicos llegados de afuera la esperanza de prolongar su vida o hasta de curarse completamente. En este sentido Bogotá parece tener mucho en común con

Davós, así que especialistas ingleses han comprobado resultados bastante satisfactorios en sus pacientes enviados acá. Por otra parte, la enfermedad característica de Bogotá es el reumatismo, que en el tiempo húmedo y fresco, agravado con las puertas mal ajustadas de las habitaciones, encuentra el semillero propicio para desarrollarse.

También el tifo es endémico, pero probablemente menos atribuible en línea recta al clima que a la falta impresionante de aseo y a la deficiencia de las instalaciones sanitarias de toda clase. Aterradora es la frecuencia como se presenta la lepra, tanto aquí como en tierra caliente.

Ni para los médicos ni para los farmacéuticos se requiere aprobación estatal alguna para ejercer. En años anteriores por lo general había uno o varios médicos europeos dedicados a su profesión. Parece que el éxito de ellos en parte guardaba proporción con su habilidad de representarse a sí mismos y de infundir respeto a los colombianos. También durante mi primera estadía en Bogotá, estaba ejerciendo todavía un paisano alemán, el doctor Walz, a quien quedo obligado por el tratamiento cuidadoso de un ataque tenaz de fiebre que sufría. Pero al cabo de unos meses se despidió de Bogotá, dejando el campo de actividades solo a médicos colombianos. Debo confesar que mi suerte de ganar confianza en estos se ha mantenido limitada, no obstante el estudio al que muchos de ellos han dedicado algunos años en París o Londres, e inclusive habiendo aprobado en parte sus exámenes. Pero su preparación, con todo, es superficial, distinguiéndose apenas unos pocos por el afán de continuar sus trabajos científicos una vez regresados al país. Para la mayoría hasta un examen detenido del paciente les queda trabajoso en demasía. Uno de los facultativos más afamados de Bogotá, al auscultar a un enfermo, se puso al oído el terminal del estetoscopio destinado al pecho del paciente. Casi todo médico tiene su propia farmacia, para prescribir de preferencia medicamentos en existencia y salir aventajado, además, con la cuantía recetada de ellos. Sorprende en Bogotá el número de farmacias, pero en su mayoría se hallan mal surtidas y con frecuencia de productos pasados de tiempo y dañados.

En bien de la higiene pública es poco lo que se hace. Medidas de parte de la policía sanitaria casi no se conocen, explicándose así el amontonamiento de basura en las calles, especialmente en los barrios periféricos, lo mismo que la acumulación de inmundicias en el lecho de los riachuelos durante las épocas carentes de lluvias. Sin duda estos fenómenos ya observados durante nuestras correrías por la ciudad, vienen constituyendo poderosos focos de gérmenes infecciosos. Muchas habitaciones existentes en los bajos de casas de dos pisos constan de una sola pieza con frente a la calle, pero sin acceso al patio para sus moradores; así quedan estos obligados a servirse de la vía pública para hacer sus necesidades naturales. También en muchas habitaciones de mayor categoría la instalación del retrete deja mucho que desear. Hospitales públicos sí los hay, pero su estado es muy lamentable, lo mismo que el del manicomio dirigido por monjas

francesas, a cuya orden el Estado ha confiado sus bienes pagando con mucha demora y en cuantía insuficiente los medios para el sostenimiento de la institución. Para agravar la situación hasta la gente más acomodada suele enviar sus parientes allá, pero sin aportar nada a los gastos. Así que tanto las monjas como los enfermos durante meses no prueban alimento distinto de la papa.

Muy significativa entre las circunstancias bogotanas es la frecuencia de la epidemia variolosa. Combatirla mediante la vacuna preventiva obligatoria sería difícil, pues su implantación legal tropezaría con los principios de libertad reinantes en Colombia, en tanto que a su realización efectiva se opondría el continuo ir y venir de la gente, sin posibilidad para la deficiente policía sanitaria de abarcarla para el caso. Tan solo ya en presencia de la epidemia y ante el pavor de las clases dominantes suelen aplicarse medidas enérgicas, hasta el extremo de apostar tropas a la salida de las iglesias, para someter a cada visitante del culto a su vacunación forzosa. Entre tanto la viruela se ha extendido considerablemente. Muchas casas y ranchos, sobre todo de los suburbios, han izado la bandera amarilla en señal de albergar una persona infectada, a la vez que numerosas zorras la ostentan para identificar un transporte de enfermos al hospital o de muertos al cementerio. El hospital especial destinado a los infelices, la Casa de los Alisos, situado en las afueras de la ciudad, ya pronto agota su cupo máximo. En 1882, por colecta pública se reunieron los medios para construir barracas y adquirir camas y accesorios. Una vez declarada por dictamen facultativo la cesación de la epidemia, se ofrecieron estas camas, lo mismo que la madera de las barracas, al manicomio. Ante el rechazo de parte de las monjas, las cosas pararon, a precios reducidos, en manos de integrantes más pobres de la población, con el efecto obvio de surgir otra epidemia.

(2) Escritos menores, Stuttgart y Tubinga, 1853, Tomo 1°, pág. 110.

Conexiones de Bogotá con el mundo

A Bogotá la distingue su ubicación peculiar, pues está situada en el centro del país, a gran altura en la cordillera y aislada de la costa por extensiones enormes de selva virgen, escasamente pobladas. Así, por ejemplo, está a más de 700 kilómetros de distancia del puerto marítimo de Sabanilla, o sea aproximadamente igual a la de Frankfurt a Budapest o la de Viena a Hamburgo. En condiciones acuáticas favorables gastamos siete días navegando en el río Magdalena, pero no es excepcional el caso de requerir tal viaje varias semanas. Luego era preciso trasmontar dos serranías bastante altas a lomo de mula, en viaje de dos o tres días, para terminar recorriendo en coche la última parte con relativa rapidez. Cierto es que al puerto de Buenaventura, en la costa Pacífica, lo separan de la capital apenas 330 kilómetros, o sea menos de la mitad, pero la necesidad de salvar en este trayecto tanto la Cordillera Central como la Occidental, tornaría esta alternativa incomparablemente más fatigosa. Lo mismo que los sitios de la costa, también los demás lugares importantes del interior imponen viajes largos y penosos como único medio de alcanzarlos. Así, tanto el viaje de Bogotá a Bucaramanga como a Neiva requieren semana y media, a Cúcuta o a Medellín unas dos semanas, y a Popayán sus tres a cuatro semanas.

Agregando a la consideración de las meras distancias lo penoso que son los viajes en Colombia, fácil quedará imaginarse que el tráfico entre la capital colombiana y el mundo no sea muy intenso que digamos. Para reabastecerse de mercancías, los comerciantes de las poblaciones menores acostumbran trasladarse a Bogotá una sola o a lo sumo dos veces al año. Fuera de ellos, en general son solamente los políticos y las personas interesadas en concretar tal o cual negocio oficial, las que emprenden semejante viaje. Por la misma razón, la llegada de un viajero europeo se considera como un suceso excepcional.

También el aprovisionamiento de Bogotá con mercancías procedentes tanto del exterior como de otras regiones del país, se dificulta por su ubicación aislada lo mismo que por lo deficiente de las vías de comunicación. Al efecto, el transporte de una carga de diez arrobas, o sea 125 kilos, a lomo de mula cuesta el equivalente de 30 a 40 pfennigs por kilómetro, mientras que en Alemania su despacho por expreso en ferrocarril demandaría de 6 a 8 pfennigs por kilómetro. Así que el traslado de una mercancía de Honda a Bogotá recarga el costo de esta a razón de 20 a 30 pfennigs el kilo. A falta de hacerlo a lomo de mula, la reexpedición de unidades voluminosas o frágiles forzosamente queda relegada a la fuerza humana. De tal modo, el transporte de un piano común y corriente de Honda a Bogotá llega a costar 550 marcos, y el de uno de cola unos 1.300 marcos. Unidades voluminosas de maquinaria no desmontable a menudo se oponen del todo a ser movilizadas por este camino, quedando retenidas en Honda como única alternativa.

Un tanto mejor están las cosas en el ramo de las comunicaciones. Considerando las condiciones existentes, es justo calificar el servicio de correos como satisfactorio. El transporte del correo de la costa a Bogotá está contratado con una de las empresas de vapores del río Magdalena, con base en una salida cada seis días río arriba desde Barranquilla. Pero el cumplimiento de este itinerario con frecuencia se ve obstaculizado por un caudal insuficiente del río, demorándose entonces el correo, hasta por semanas, en su camino. Esto a pesar de reexpedirse las valijas por lancha, cada vez que el vapor sufre su varada. Una vez llegado a Honda, el correo pasa a manos del caravanero mular contratista, con la obligación para este de entregarlo en Bogotá a las 35 horas después de su arribo a Honda. En este trayecto están previstos varios cambios de bestias lo mismo que de arrieros, para así asegurar la continuidad del viaje, aun durante las horas de la noche. Alcanzada la población de Los Manzanos, las valijas son transferidas a un ómnibus de tracción caballar, para recorrer en este el último trayecto de su viaje, atravesando la sabana hasta llegar a Bogotá, cumpliendo así el evento ya avisado por teléfono en la víspera del día fijado.

El correo con destino a las demás regiones del país acostumbra despacharse una vez por semana, facilitando su recorrido exclusivamente terrestre el cumplimiento más o menos satisfactorio de los itinerarios previstos. También la rapidez desarrollada por el cartero con sus bestias es del todo aceptable, gastando este por lo general menos tiempo para el mismo trayecto que la mayoría de los viajeros. Aun así, una carta requiere mucho tiempo para llegar a manos de su destinatario, por no hablar de la demora para el remitente en recibir contestación.

La oficina de correos, instalada en el antiguo convento de Santo Domingo, suele avisar la llegada de un correo izando al efecto determinada bandera en una esquina del edificio. ¡Cuántas veces me ha tocado esperar con impaciencia la aparición de tal bandera anunciándome el arribo de cartas de Alemania!. Su izada es la señal para quienes esperan la llegada de correspondencia proveniente de la costa, de dirigirse a la oficina de correos, donde pronto se dan cita casi todos los extranjeros para reclamar la suya, ya que el oficio del cartero repartidor no se conoce todavía, como, dicho sea de paso, tampoco hay buzones para introducir el correo por despachar.

Desde hace algunos años Colombia es miembro de la Unión Postal Universal, estando pues sometida a las tarifas máximas establecidas por esta organización. Pero en consideración a la deficiencia tanto de sus vías de comunicación como de los medios de transporte, los portes cobrados parecen módicos en extremo. Así, por ejemplo, las cartas con destino al exterior valen el equivalente de 40 pfennigs, las de Alemania para Colombia solo 20 pfennigs, las cartas dentro del país el equivalente de 20 pfennigs, mientras que las tarjetas postales, tanto dentro del país como al exterior, cursan por 8 pfennigs.

El servicio de paquetes postales queda todavía por establecer. La manera ordenada reinante en el despacho de los correos sobrepasa mis esperanzas, lo mismo que es digna de mencionarse la rareza de extraviarse envíos, exceptuando aquí las revistas ilustradas, que con frecuencia encuentran otros interesados.

Se cuenta con servicio telegráfico hasta el punto de estar Bogotá comunicada por esta vía con la mayoría de las poblaciones mayores del interior del país, con base en la tarifa barata del equivalente de 8 pfennigs la palabra, excluyendo las indicaciones de dirección y remitente, que no se cobran. Al nordeste hay línea establecida hasta la frontera con Venezuela, que luego continúa hasta Caracas. Por el norte hay comunicación vía Bucaramanga y Ocaña hasta Puerto Nacional a orillas del río Magdalena, en tanto que la línea a Barranquilla y Cartagena está todavía por colocar. La comunicación con Buenaventura está conectada en ese puerto con el cable de la costa occidental de Suramérica y, por lo tanto, también con el servicio cablegráfico transatlántico. Por cierto, el servicio telegráfico adolece todavía de defectos, empezando por las líneas mismas, que constan de un solo alambre, sostenido por postes colocados a distancia excesiva y atravesando directamente la copa de los árboles encontrados en su camino. Desde luego, los daños e interrupciones del servicio causados por estas deficiencias son muy frecuentes, obstruyendo lo escasamente poblado de las regiones atravesadas su pronto descubrimiento y reparación. En épocas de excitación política, no escasas aquí, el gobierno se reserva el uso exclusivo del servicio telegráfico, especialmente para impedir la divulgación rápida de noticias enojosas. Para resumir, por lo general el servicio suele hallarse interrumpido, por una u otra razón, en el momento menos esperado por el usuario momentáneo. Significativo es al efecto que para la orientación de este un tablero grande colocado en la entrada le indica cuáles son por el momento las líneas servibles y cuáles las dañadas. Pero aun el hecho de aceptarse un mensaje para su transmisión no excluye la posibilidad de demora por días enteros en llegar al lugar de su destino. Así, por ejemplo, telegramas introducidos en Puerto Nacional con destino a Bogotá han venido tardándose para llegar tan solo después de haber arribado en persona su propio remitente. La conexión cablegráfica con Europa encierra otro posible tropiezo más, pues ni el pago del mensaje en Bogotá a la tarifa convenida ni el despacho de este a Buenaventura aseguran la retransmisión a su destino mientras el telegrafista oficial de este puerto carezca de dinero suficiente para cancelar el valor a la empresa cablegráfica, ya que esta sin pago simultáneo no acepta ningún encargo. Así que los usuarios dependientes de un servicio seguro a Europa o Estados Unidos, se encuentran ante la alternativa de mantener un corresponsal propio en el puerto para obviar el obstáculo. Caso idéntico se presenta en Puerto Nacional, terminal por ahora de la línea telegráfica de Bogotá para mensajes a la Costa Atlántica. Pues para la reexpedición de un telegrama desde este puerto a Barranquilla, por ejemplo, se requiere la presencia de un propio destinado a llevarlo al efecto a una de las empresas de transporte fluvial, ya que la administración de los telégrafos no para mientes en llenar este vacío. Pocas serán las ciudades que, presumiendo tener civilización europea, cuentan con una

ubicación tan desfavorable y comunicaciones tan deficientes como Bogotá. Los Estados europeos tienen orientado el sitio de su ciudad capital hacia el centro geométrico del país, salvo excepciones forzosas impuestas por la estructura de sus costas, las zonas montañosas y otras, pudiendo aprovecharse así el fenómeno de lo más o menos parejo de la actividad de la vida de la nación en todo el rededor de su capital. Bien diferente está la cosa en las colonias europeas, con procedencia, tanto de la población como de la cultura, de Europa. Allí la costa con frente en la proyección hacia Europa solía prevalecer en la escogencia del lugar destinado a erigir la capital, tratándose, en lo posible, de ubicarla en medio de su extensión. Pasando revista ahora solamente a Suramérica, también encontramos Demerara, Paramaribo, Cayena, Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires ubicadas directamente a orillas del mar, en tanto que Lima a muy poca distancia y Caracas lo mismo que Santiago a un par de horas de sus puertos marítimos respectivos. Descartando Paraguay y Bolivia como países desprovistos de contacto alguno con el mar, nos quedan tan solo las capitales del Ecuador y de Colombia como situadas muy país adentro y a considerable altura en la montaña.

Esta posición, derivada de las circunstancias encontradas en la época de la conquista, aun hoy día conserva sus innegables ventajas, acopladas estas, sin embargo, a numerosos inconvenientes de mucho peso. Cabe acordarnos de Rusia. Había encontrado en Moscú su punto céntrico natural. Pero ante la imperiosa tendencia a abrir sus puertas al desenvolvimiento occidental, a principios del siglo XVIII, cambió de criterio, reemplazando su capital por otra ciudad ubicada más a propósito, San Petersburgo. Cabría preguntarse si un soberano de la visión de Pedro el Grande, con la ciudad de Bogotá existente, mandaría fundar otra capital nueva más cerca de la costa. Parece que también los colombianos mismos han venido pensando en la conveniencia a trasladar su ciudad capital. Así, a fines del siglo pasado los virreyes con frecuencia residían en Cartagena, mientras que durante las guerras de la independencia los políticos solían considerar para el efecto a Ocaña y otras localidades. Pero para escoger acertadamente en Colombia el sitio a prueba de toda desventaja para su capital, parece que existen impedimentos casi imposibles de superar. En primer lugar es un hecho que todas las regiones de tierra baja orográficamente aptas tienen un clima malsano, estando por lo tanto pobremente pobladas. En cambio, los puntos adecuados de las partes montañosas carecen de la accesibilidad requerida para una ciudad capital que venga a propósito. Posiblemente uno que otro sitio tendrá sus condiciones favorables en comparación con el de Bogotá, pero por bien que se pesen, no alcanzan a inclinar la balanza en favor del traslado. Por lo tanto, la solución para el país estribaría en crearle mejores posibilidades de comunicación en todo sentido a su capital.

Así por ejemplo, la construcción de una vía férrea o de una carretera al río Magdalena ha venido excitando los ánimos de los bogotanos desde hace años. Pero la tendencia muy arraigada a sacrificar la terminación de un solo proyecto entre manos a la tentación de repetidamente dedicarse en forma somera a algo

nuevo, hasta ahora ha impedido toda realización. Allá por el año de 1850 se pensaba construir una carretera a Honda, con base en un trazado completo ya elaborado por el coronel Codazzi. La obra, ya empezada, de pronto cayó víctima de disturbios políticos. Más tarde se persiguió el proyecto de correr una línea férrea hacia el norte para tocar a Vélez o Bucaramanga y luego bajar al río Magdalena. Sin duda este ferrocarril tendría la ventaja de acortar considerablemente la distancia entre Bogotá y el mar, eludiendo todas las dificultades inherentes a la navegación fluvial y proporcionando fuentes de recursos al atravesar regiones que con sus yacimientos abundantes de carbón mineral, hierro y sal, lo mismo que con sus productos vegetales figuran entre las más valiosas del país. De reconocimiento del trayecto se pasó al trazado definitivo de la línea con una inversión de $ 200.000, pero con el único resultado de llegar a la conclusión condenatoria del proyecto como excesivamente costoso. Ya antes se había proyectado otra vía férrea, la de Bogotá a Honda, buscando aprovechar para ello la obra abandonada de la carretera ya referida, pero sin tener el cuidado de investigar previamente la aptitud de esta para un ferrocarril. Al cabo de algunos años estaban colocados 5 kilómetros de la línea en terreno plano, pero luego quebró la empresa, ya de antemano de dudosa fama. Mientras tanto, otro proyecto más estaba demandando atención, el de dejar aparte los rápidos de Honda por medio de un ferrocarril de corto recorrido, para luego transitar por el alto Magdalena en vapores de menor tonelaje hasta Girardot y seguir de allí por tierra, en un ascenso relativamente cómodo, hasta la altiplanicie de Bogotá. En consecuencia al alargarse así considerablemente el trayecto, la duración del viaje poco se reduciría, como tampoco se economizarían gastos de transporte de consideración, quedando subsistente, en cambio, o antes en mayor grado, el tener que depender del nivel de agua del río. Por otra parte, la ventaja más esencial sería aquella de facilitarse la posibilidad de subir unidades grandes de maquinaria a la altiplanicie. En agosto de 1884, al dejar yo el país, el trayecto plano de Girardot a Tocaima estaba terminado, habiéndose comenzado trabajos en su prolongación, innegablemente más complicado. A juzgar por el tiempo aplicado hasta ahora, serán años los que se requieran todavía, aun en el caso improbable de ausencia absoluta de estorbos. Simultáneamente con esta obra fomentada por el gobierno nacional, el de Cundinamarca estaba empeñado en la construcción de una vía férrea destinada a comunicar a Bogotá con Facatativá, atravesando la sabana. Al efecto, el terraplén ya casi estaba echado a todo lo largo, pero volvió a derrumbarse en parte. También los cobertizos de estación estaban terminados, sin dejar de mencionar los tiquetes y los perforadores, ya listos para su uso. Pero faltaban todavía tanto los rieles como las locomotoras y los vagones. Los rieles, traídos de los Estados Unidos, a su llegada a Honda resultaron con exceso del tamaño máximo admitido para expedirse a Bogotá a lomo de mula. Así, explicablemente, volvió a codiciarse la carretera de comunicación entre Honda y Bogotá, con la determinación de adelantarla ahora hasta el punto de servir por lo menos para transportar los materiales ferroviarios a la sabana de Bogotá. Siempre a intervalos de algunos meses un telegrama aparecía fijado en las bocacalles de Bogotá, dirigido por el ingeniero encargado de la obra a su gobernador, dando

cuenta de que estaba en marcha y felicitando a su superior por los importantes servicios prestados a la patria. Este, a su vez, solía contestar en frases pomposas, haciendo hincapié en los ferrocarriles como medio de cimentar la paz entre los pueblos y de fomentar la cultura. Una o dos semanas después, la obra solía volver a suspenderse. Al fin se había encargado la manufactura de los rieles a la recién abierta empresa siderúrgica de Subachoque, pero es de temer que tampoco esta escapará de su paralización por la revolución emergente.

Seria perdonable que el lector, a falta de conocimiento del país y de su gente, calificara este relato como inventado o, por lo menos, exagerado. Pero el acierto del enigma se atribuye, por lo menos en parte, a la falta total de una continuidad en la administración pública, originada por el frecuente, o sea bienal, cambio de presidente, seguido este, lo mismo que en los Estados Unidos, por el cambio de todos los empleados oficiales.

Comunicaciones y comercio

El tráfico del centro casi queda reducido a los peatones, pues debido a los caños son pocas las vías transitables por coches, no existiendo aquí, por otra parte, la costumbre de moverse a caballo dentro del perímetro céntrico, ya comentada como bastante generalizada en la caliente y arenosa ciudad de Barranquilla. Mientras que la traída de carbón, leña, adobes y ladrillos lo mismo que del agua potable, se hace a lomo de burros feos y velludos, el transporte de muebles y mercancías suele efectuarse a espaldas humanas o mediante parihuela. Para movilizar a enfermos y señoras entradas en años se usan sillas de manos, similares a las “portechaises” a veces en uso todavía por ejemplo en Dresde. Con la falta de aseo tan común aquí es de suponer que a la vez puedan resultar de vehículo para propagar numerosas enfermedades contagiosas. Donde predomina la vida más variada y colorida, es en los suburbios. Allí pueden observarse con frecuencia jinetes que portan sombrero alto de paja, ruana, zamarros y espuelas grandes. También puede suceder que manadas de diez a veinte caballos asusten al transeúnte despreocupado, al ser llevados al potrero en pleno galope por muchachos montados sin usar galápago. Del sur y del este especialmente avanzan largas caravanas de mulas y numerosos campesinos, todos cargados de productos agrícolas, en tanto que por las carreteras convergentes en la plaza de San Victorino se observan los ómnibus que dos veces por semana hacen sus recorridos a Facatativá y a Zipaquirá, al par que coches de cuatro puestos, entre ellos un landó, luego carros de dos ruedas tirados por bueyes, usados de preferencia para el transporte de mercancías a través de la sabana desde Agualarga o Los Manzanos a Bogotá.

El tráfico más activo se presencia en los días de mercado. Habiéndose construido un mercado cubierto especial en una plaza secundaria, ya no sigue siendo la principal de Bogotá el lugar de este acontecimiento, apartándose así la capital de la costumbre mantenida. en la mayoría de las demás poblaciones. El movimiento de mercado viene concentrándose en Bogotá prácticamente los jueves y viernes de cada semana, días en que la gente de fuera llega hasta de lejos para vender sus productos del campo. Los jueves se dedican de preferencia a la conclusión de negocios al por mayor, en tanto que los viernes las amas de casa suelen surtirse de lo necesario para la semana.

Bien vale la pena gastar una hora para ir paseando por el mercado, pues difícilmente se encontraría oportunidad igual para apreciar la población y el fruto de sus esfuerzos. Aparte de los sabaneros, allí observamos gente de los pueblos situados al este de Bogotá, por ejemplo de Choachí, Fómeque y otros. Asimismo llegan de Fusagasugá y otras poblaciones de la tierra templada. Hasta calentanos vimos, que desde luego no podrán sentirse confortables aquí en vista de su vestimenta inadecuada para este clima. Hombres y mujeres, acuclillados juntos, vienen ofreciendo sus mercancías al público que acude en masa. Cerrar un negocio suele implicar un prolongado regatear previo por el precio. Pero raras

veces se presentan casos de pelea con necesidad de ajuste por la fuerza. Al contrario, la charla en la mayoría de los puestos revela un ambiente de animada alegría. Pero con todo lo interesante que tiene la visita al mercado bogotano, son las inmundicias presentes a cada paso las que privan al observador de encontrarla agradable, así como la monótonamente oscura vestimenta de los sabaneros tampoco le proporciona al ojo un cuadro colorido que pudiera contribuir a aliviar las incomodidades sufridas por todo lo desagradable que percibe el olfato.

La diversidad de las frutas ofrecidas en el mercado de Bogotá apenas es igualada por contados mercados del mundo. Al lado de las frutas y legumbres propiamente tropicales traídas de la tierra templada y la caliente, tales como plátano, yuca, piña, naranja, chirimoya (anona cherimolia), aguacate (persea gratissima), café, cacao y otras, se exhiben las cultivadas aquí en la sabana y sus alrededores, por ejemplo la manzana y el durazno, aunque ambos, por falta de cuido de los árboles, son de calidad apenas mediana, así como papas, garbanzos, habichuelas, coliflor, zanahorias, cebollas y otras conocidas de la flora alimenticia. Pollos y pavos, ofrecidos en cantidades, por lo general son muy flacos, requiriendo algunas semanas de engorde casero a base de maíz y desechos de la cocina antes de servir para la mesa. Los pequeños patos silvestres son cazados en las lagunas de la altiplanicie, fuente que suministra también el capitán (eremophilus mutissii), pescado único y particular que forma el alimento principal en los días de vigilia. Otras piezas de caza se buscan en vano. La carne de mayor consumo es la de res, pero de una calidad que no siempre merece nuestra aprobación. A veces se sirve asado de cordero en la comida bogotana, en tanto que la carne de marrano en general se relega a la alimentación de las capas inferiores, quedando el sacrificio del ternero del todo vedado. La sal, condimento indispensable para la mayoría de los alimentos, proviene de las salinas de Zipaquirá, siendo ofrecida en terrones grandes sin refinar. El azúcar se encuentra tanto en forma refinada, si bien no muy blanca, o cruda, la llamada panela, lo mismo que de melaza o miel, estado de uso preferencial para preparar la chicha. El tabaco se trae de Ambalema y de Girón, ya en forma de cigarros elaborados en la mayoría de los casos. Entre los trabajos manuales exhibidos son aquellos confeccionados de «carludovica palmata» los que llaman nuestra atención, sea en forma de sombreros, de mayor o menor altura de su copa y de mejor o menor calidad de la fibra empleada, o sean los alpargates, los primeros el medio más en uso para cubrir la cabeza, los últimos para calzarse la gente del pueblo. Ruanas ordinarias y pantalones de dril vienen de las montañas de Boyacá y de la región del Socorro, ambos territorios donde la antigua manufactura india se ha mantenido, si bien ahora los artesanos con frecuencia se ven engañados con tejidos europeos, de muestras y tejeduras tradicionales imitadas al efecto, pero de una resistencia muy inferior. De las regiones norteñas también proceden los jarrones y otros recipientes de barro, lo mismo que los hechos de una porcelana ordinaria. Originarias de tierra caliente, en cambio, son las totumas y calabazas, vasijas vegetales de múltiple uso ya descritas anteriormente, que en la plaza en parte aparecen barnizadas de rojo. De casi todos esos artículos también se

confeccionan miniaturas, muy solicitadas como juguetes para los niños y también con gusto adquiridas por los europeos para llevárselas como recuerdo.

Este último objeto lo satisfacen también muchos otros productos, tanto de la naturaleza misma como del artesanado, que los colectores o elaboradores suelen ofrecer directamente, yendo de casa en casa, en lugar de exhibirlos en la plaza. En general empiezan por pedir precios exorbitantes, para contentarse con la tercera o hasta la quinta parte al cabo de un regatear más o menos prolongado. Un lugar predestinado en este campo lo ocupan las pieles de pájaro con sus plumajes coloridos y brillantes, entre ellas sobre todo las del colibrí, que, disecadas, adornan las habitaciones y también se despachan a Europa con destino a engalanar los sombreros de nuestras damas. También mariposas con su verdadera riqueza de colores son ofrecidas como otro renglón de las características tropicales, con el «morpho cypris», la vistosa especie azul de Muzo, entre las más buscadas. Asimismo se ofrecen monos vivos o disecados, armadillos y otros. Cuadritos compuestos de plumas de pájaro en variados colores buscan sus compradores, aunque para mi sentido estético, en ellas la calidad de artificial sobrepasa la de bello. De vez en cuando se encuentra un indio de los alrededores, dotado de sentido artístico, para crear tipos del pueblo en cera o en trapo. Otros se dedican a la talla diminuta en madera de escenas de la vida contemporánea. De buena demanda gozan las cáscaras artísticamente talladas de la nuez de coco, en sus colores carmelita y negro. De esperar será que crezca el entusiasmo de elaborar tales objetos, pues el número por ahora reducido de artesanos dedicados a menudo dificulta su consecución. Otras obras de arte a veces ofrecidas en Bogotá, pero de origen indígena antiguo, son los objetos, tanto de oro como de barro, encontrados en tumbas, aunque se ven en las regiones occidentales del país (véase parte V, capítulo 5) con más frecuencia que aquí.

Muy características para completar el cuadro de Bogotá son sus tiendas y chicherías, haciendo las veces, más o menos, de nuestras tiendas de comestibles al por mayor. En ellas el pueblo acostumbra surtirse de sus necesidades comunes y corrientes, como huevos, chocolate, pan, cigarros, fósforos, jabón y otros artículos. Allí también suele tomarse una sopa caliente de maíz y papas, y sobre todo, su chicha. Esta, guardada en barriles grandes parados sobre el piso, se saca con totuma, vasija que también sirve para beberla. Cuidadosamente la chichera le pasa su soplo a la totuma llena, acompañándolo a menudo con la metida de sus dedos, para sacar una que otra partícula ajena, casi siempre presente, sea ya desde el mismo proceso de elaboración o por haberse introducido durante la guardada. En vano se espera gusto alguno en la instalación de tales tiendas o chicherías. Por en medio va un mostrador ancho, que divide el espacio en dos; el delantero con destino al público y el trasero para exhibirle a este sus tesoros, sea repartidos sobre la estantería o colgando en lazos desde arriba. Hay estantes llenos de botellas en todos los colores imaginables. Pero el sobresalto, causado en el foráneo por suponerse a la vista de cantidades de bebidas alcohólicas, pronto se desvanece ante el hecho de servir la mayoría de los envases de meros

figurantes, con pura agua por contenido. Por último esta costumbre viene orientando el precio considerable que se paga por botellas vacías de color agradable, algo como el equivalente de 30 a 40 pfennigs la unidad, lo que, para el consumidor de cerveza extranjera, por ejemplo, redunda en aumentarle un tanto el goce de la bebida. Con preferencia de noche, hombres y mujeres suelen apretujarse en estas chicherías, por largas horas charlando o cantando, como ellos dicen, o sea gritando, a nuestro modo de entender, delante del mostrador, o escuchando los aires melancólicos de los llamados bambucos arrancados por alguien de su tiple, una guitarra simple. Entre tanto la totuma está cursando, a veces alternada por una tanda del tradicional anisado. Así, poco a poco la ebriedad viene dominando a todos, trocando en repugnante su comportamiento, tan inofensivo al principio.

Las clases superiores acostumbran satisfacer su gusto más refinado, también visitando tiendas, pero de una categoría un poco más elevada. Al efecto los bares y mostradores en Bogotá les están llevando ventaja a las tabernas, pero los cafés, tan característicos en las ciudades suramericanas en general, aquí no existen sino en pequeña escala.

Harto numerosos en Bogotá son los hoteles, aunque ni el Gran Hotel Francés ni el Viollet, con su fama de ocupar el rango superior, van al compás de los hoteles europeos, siendo menor tal vez la diferencia en el aspecto de la alimentación, que gracias a la dirección y la cocina, ambas francesas, es bastante aceptable. En cambio, las habitaciones mal amobladas y con la ausencia aterradora de todo aseo, dejan mucho que desear. En fin, todo el movimiento hotelero no puede menos que causarle repugnancia al viajero foráneo, ya que el servicio aquí no está orientado hacia una clase de huéspedes, contando estos o bien con habitación propia o con parientes cercanos residentes y amigos en donde alojarse. Así los concurrentes al hotel en su mayoría son hacendados medianos que vienen a buscar salida para su azúcar, café o mulas en la plaza de mercado, o congresistas, también en su mayoría de humilde extracción, dedicados a trocar en coñac buena parte de sus altas dietas, para acompañar su consumo con un alboroto tumultuoso prolongado hasta altas horas de la noche. Lejos de sentirse molestos por el desaseo, no se les ocurría economizar el equivalente de uno o dos marcos diarios de lo que gastan en tragos para dedicarlo en cambio a proveerse de una pieza cómoda y agradable. En su lugar prefieren acomodarse por meses en el hotel, para luego muchas veces dejar de pagar la cuenta, ya que difícilmente habrá otros pueblos tan acostumbrados a mantener una brecha bien marcada entre una compra y el pago de la cuenta.

La mayoría de los extranjeros, especialmente los alemanes, ingleses y norteamericanos, de no intentar establecer su propia habitación, viven en la pensión de la señora Price de Bowden, situada arriba de la plaza, pagando gustosamente el precio un poco mayor de dos pesos diarios, por la ventaja de

albergarse en una casa decente y bien aseada. Personalmente he vivido constantemente en la referida pensión durante toda mi estadía en Bogotá.

El artesano de Bogotá carece todavía de nivel suficiente, no obstante el notable progreso logrado durante los últimos dos decenios gracias a la influencia de artesanos europeos, especialmente franceses e italianos, que le ha permitido aventajar a los representantes de sus profesiones en otras regiones, excepción hecha de los costeños. Pero lamentable es admitir que ya han comenzado a dormirse sobre sus laureles. Así, por ejemplo, los ebanista bogotanos pretenden suministrar muebles de baja calidad a precios exorbitantes desde cuando altos derechos de aduana en unión con los elevados gastos de transporte prácticamente hacen imposible la importación de Europa. De preferencia por la hechura de artículos no comprendidos entre los de demanda diaria suelen exigirse precios simplemente irrazonables, a la vez que útiles de consumo común y corriente, como vestidos y zapatos, acostumbran confeccionarse tan tosca y deficientemente que el usuario se ve precisado a comprarlos importados y listos.

Industria propia no existe todavía, a menos que las pequeñas imprentas y cervecerías se cuenten como tal. A su creación podrían inducir las existencias de carbón, en inmediaciones de la ciudad, y de hierro, tampoco a mayor distancia. Verdad es que la manufactura de papel, vidrio y sustancias químicas se ha ensayado ya, pero sin éxito conocido hasta ahora. Obstáculo decisivo lo forma el estado defectuoso y deficiente de las vías de comunicación con su efecto restrictivo de las zonas de venta, hasta el extremo de resultar más económico el transporte de Europa que desde Bogotá tanto para la parte septentrional de Santander como para todas las regiones comprendidas desde el río Magdalena hacia el occidente. Tanto así es que el trigo de la sabana de Bogotá está llevando las de perder en su batalla competitiva contra la harina norteamericana en las regiones ribereñas colombianas y, por otra parte, los gastos exorbitantes de transporte para la maquinaria requerida en Bogotá hacen subir su costo, puesta en sitio de trabajo, de tal manera que el producto elaborado con ella corre peligro de no encontrar compradores. Otros componentes del riesgo industrial son la ausencia casi total de experiencia, lo mismo que el sentido práctico poco desarrollado de los colombianos, factores que los hacen fácilmente correr el peligro de meterse en proyectos desproporcionados a su medio ambiente, que tanto en Europa como en Estados Unidos tendrán su base económica asegurada, pero que en Colombia, con su configuración montañosa y su civilización en estado incipiente, carecerían de ella. Hasta las diligencias de menor alcance a menudo no son realizables sino por medio del soborno. Pero si con todo y a pesar de todo el empresario al fin ha logrado poner su fábrica en marcha, una revolución, ya en desarrollo o solamente en sospecha de que pueda ocurrir, es motivo para forzar a los trabajadores a tomar las armas, causando la paralización de la planta, para dejar el capital invertido sin rendimiento y la maquinaria expuesta a su destrucción por el óxido.

Los almacenes sobresalientes están situados en la Plaza de Bolívar, la Calle Real, la Calle Florián y vías adyacentes, encontrándose los menores, dedicados a las necesidades de la gente del campo, en cambio, en las cercanías de la plaza de mercado, con preferencia de los lados exteriores del mercado cubierto. La clasificación de almacenes por grupos homogéneos de los artículos que venden casi no existe, habiendo unos pocos, negocios dedicados a la distribución de determinadas especialidades, así por ejemplo las farmacias, las librerías y papelerías, las tiendas de sombreros de Panamá y las ferreterías. El surtido de libros prácticamente se reduce a los textos escolares usuales y, en consonancia con la orientación partidista del librero, tal vez un poco de literatura religiosa o unas novelas francesas de bajo nivel. Los libros editados en Bogotá no se consiguen en las librerías, vendiéndose, en cambio, directamente por las imprentas de su origen, para quedar del todo agotados al paso de algunos años. Los sombreros de Panamá ofrecidos son elaborados dentro del país, teniendo fama los de Suaza, pueblo del sur del Tolima. Artículo de venta continua en las ferreterías lo constituyen los tradicionales machetes (Waldmesser). La mayoría de los demás almacenes acostumbra ofrecer toda clase de mercancías de frecuente demanda, implicando, por otra parte, bastante molestia la búsqueda y consecución de determinado objeto especial. Muchas cosas, como termómetros exactos, lupas y otros instrumentos o no se encuentran en ninguna parte o de descubrirse por mera suerte, tienen precios excesivamente altos.

Excepción hecha de los sombreros de paja, casi todo lo que se vende en los almacenes es de origen europeo o norteamericano, por ejemplo la ropa blanca, los paños, vestidos hechos, zapatos de cuero, los papeles para decorar habitaciones lo mismo que los de imprenta y para oficina, artículos de metal y de vidrio, sustancias químicas, jabones y espermas, lámparas y artículos de lujo de toda clase. Toda esta mercancía ha sufrido el viaje largo, principiando con el marítimo desde el exterior a la costa colombiana, luego el fluvial de allí a Honda, para terminar por el trayecto terrestre, si bien más corto, pero en todo caso el más difícil, de aquel puerto fluvial a la altiplanicie. Considerando luego los altos derechos aduaneros, lo mismo que el riesgo de los importadores, aumentado por las infelices condiciones crediticias, sin olvidar la inseguridad originada por las circunstancias políticas, quedará fácil comprender que todos los bienes así traídos habrán de tener precios mucho más elevados que los reinantes en su país de origen o bien serán de una calidad notablemente inferior. Implicando idénticos recargos por derechos de aduana y fletes tanto la mercancía de alta calidad como la de mediocre, sería lógico suponer que la importación se concentrara en aquella, ya que un cuchillo de primera no paga recargo mayor que el inferior de su género, afectándose aquel luego proporcionalmente en menor grado que este. Pero una vez más la realidad viene demostrando que las apariencias engañan, pues pocos países habrá, dominados como este por el principio del “barato y malo”, consistiendo la razón principal en el hecho de que gran parte de la población apenas está viviendo al día, no pudiendo por lo tanto incurrir al momento en desembolsos mayores, por mucho que la inherente economía real y verdadera

quisiera impulsarlos. Además, gran parte de los comerciantes carecen de la seriedad suficiente como para responderle al comprador por la calidad del artículo ofrecido, faltándole a este por otra parte la pericia para juzgar por sí mismo. Precios fijos no existen sino en un reducido núcleo de almacenes, así que el colombiano al efectuar una compra puede hacer valer su costumbre casi innata de perseguir una rebaja del precio exigido. Pero aún así, muchos hay que luego todavía se muestran renuentes a pagar sus cuentas, por mucho que su situación pecuniaria se lo permitiera, hasta el punto de que casas de comercio se han visto impulsadas a publicar los nombres de clientes morosos, en su vitrina. Para muchos comerciantes constituye un placer especial el tomarle el pelo al extranjero novato.

Por lo tanto, toda transacción requiere el doble, el triple, y hasta diez veces el tiempo que nosotros solemos concederle. Pero, sea en pro o en contra, el factor tiempo todavía no ha llegado a tener importancia en la vida de los colombianos.

A falta de los recursos requeridos o, en su lugar, de crédito suficiente en el exterior, para importar por su cuenta, los comerciantes de las localidades menores, tanto de Cundinamarca como de Boyacá, acostumbran completar sus surtidos en Bogotá. Por el comercio de la capital también pasa la mayor parte de las exportaciones, encargándose este de adquirir los bienes con tal destino, bien sea de los productores o de los intermediarios al por menor, para reempacarlos si fuere necesario, y asumir el riesgo del transporte y de la venta. Actualmente la salida de Bogotá casi se limita a café y pieles, ya que la exportación de la corteza de quina ha debido descontinuarse, en parte por haberse extirpado la especie en las partes de fácil acceso de la selva y además por la competencia positiva surgida con su cultivo en las Indias Orientales. Ni oro ni plata pueden figurar entre los bienes exportables desde Bogotá por carecer la región de yacimientos. A falta de fuentes fidedignas, siento no presentar datos exactos sobre el volumen del comercio exterior de Bogotá, limitándome a citar como recurso sustitutivo, el factor expresivo de la situación cambiaria, o sea la cotización del dólar norteamericano, de 1882 a 1884, que fluctuaba entre el 120 y el 130 por ciento, es decir con un agio elevado por cierto, reflejando no solamente el precio bajo de la plata, sino también la caída de las exportaciones del país, cuyo producto ya no alcanzaba a cubrir el valor de los bienes traídos.

El comercio bogotano está en manos colombianas en su gran mayoría, compartiéndose tan solo con pocas casas extranjeras, entre ellas las firmas Koppel & Schloss, Alexander Koppel (antes Koppel & Schrader), Heckel & Freese, Kopp y Castello, varias francesas y otras. Los comerciantes colombianos tienen reputación de muy diestros, entre ellos especialmente los antioqueños. Contentándose con márgenes relativamente bajos, y aprovechando toda ventaja, aun la más pequeña y no siempre muy respetable que digamos, no solo se han contentado con dominar su campo dentro del país, habiéndose establecido algunos de ellos también en París, en Nueva York y otros centros comerciales del

exterior, para importar productos colombianos en competencia exitosa con el comercio aborigen. Pero, con todo, la ausencia de conocimientos técnicos está constituyendo un factor limitativo para el comerciante bogotano. Tanto así es, que habiendo estado en auge por largas épocas la exportación de la corteza de quina, casi ninguno de ellos estaba preparado para verificar su análisis, así que la mayoría se veía expuesta al riesgo continuo de comprar y despachar empíricamente. También la organización del comercio deja todavía mucho que desear. Apenas hace poco el empeño de Salomón y Bendix Koppel había redundado en fundar el primer establecimiento bancario, seguido por numerosos otros de dudosa razón de ser, en serie continua. La bolsa se realiza en medio del movimiento callejero. Es allí donde se aprende a cómo se negocian letras de cambio, a qué precio el competidor está comprando el café y la corteza de quina, cuáles son las nuevas llegadas de Europa y de otras partes. Desde luego, una buena porción de cautela es imprescindible para aprovechar tales informaciones en bien propio, pues si bien en Europa las bolsas suelen tenerse por los principales focos de noticias sin fundamento, hasta a veces intencionalmente lanzadas, ¡cuánto más hemos de esperar al efecto de la bolsa callejera de Bogotá!

La vida intelectual, política y eclesiástica

Sin lugar a duda la organización escolar es fundamental para la formación de la juventud, ofreciendo a la vez una escala excelente para medir tanto el grado de entendimiento como el afán de cultura en los adultos. Por lo tanto será conducente empezar toda consideración sobre la vida intelectual de una población con la exposición de su organización escolar.

Sin perjuicio del progreso decidido logrado en la organización escolar colombiana durante los decenios pasados, es menester admitir que con lo alcanzado todavía no se ha llegado a salir de un nivel relativamente bajo.

Las escuelas elementales hasta hace poco estaban orientadas por el sistema Lancaster, cuyo rasgo principal es el de enseñar los escolares mayores a los menores. Indudablemente para países jóvenes con su escasez de maestros es un recomendable recurso de emergencia, pero de ahí no pasa. Reconociéndolo así, Colombia recientemente ha venido reemplazándolo por nuestro sistema alemán de enseñanza, habiendo contratado al efecto en los años setenta a un número de maestros de Alemania, para encargarlos de la dirección de los institutos pedagógicos de los diferentes Estados, con el efecto de que gran parte de los maestros hoy ocupados en las escuelas ya cuenta con tal preparación. Infortunadamente, en general el entusiasmo no los apoya mucho en su trabajo, siendo los salarios deficientes y de pago irregular, así que precisamente los mejores van abandonando la profesión, para dedicarse a otras actividades. Objetos de enseñanza casi no existen. Que cada escolar tuviera su propio libro de lectura elemental, ¡ni pensar! A falta de la obligación de acudir, la asistencia es muy irregular, a pesar de ser gratuita la enseñanza. No obstante, el número de analfabetos es menor de lo que fuera de suponerse, sobrepasando quizás el cincuenta por ciento la parte de la juventud capaz de leer y escribir lo mismo que de aplicar las cuatro operaciones con casi la misma facilidad que la clase inferior de los nuestros.

Las clases altas tienen a su disposición varios colegios oficiales lo mismo que numerosos privados, siendo estos últimos en general de las mismas características que las instituciones preparatorias particulares nuestras, excepto que algunas de aquellas van un poco más lejos en las materias de su enseñanza. En su mayor parte son dirigidas con un espíritu específicamente católico, siendo los colegios públicos en cambio radicales e irreligiosos, al menos en lo que se refiere al tiempo de mi permanencia. El Colegio San Bartolomé lo mismo que el Colegio del Rosario están orientados a manera de nuestros gimnasios por cuanto ambos preparan para el estudio universitario, asemejándose, en cambio, a nuestros colegios reales o gimnasios reales en lo que a sus planes de estudio se refiere, excluyendo el griego del todo, y relegando, a diferencia de los colegios privados conservadores, el latín a materia de segundo plano, para profundizar en la enseñanza de la gramática española, lo mismo que en la de los idiomas francés

e inglés, matemáticas y un poco de geografía. La subdivisión en clases no se conoce en los colegios. En analogía con la usanza practicada en nuestras universidades alemanas, cada materia viene formando un curso o varios, siendo estos los que le sirven al estudiante para componer él mismo su plan de estudios. La geografía, por ejemplo, no requiere sino un año de estudio, pero a condición de practicarse cada día de la semana, al paso que el idioma francés se compone de tres cursos. Con tiempo y medios disponibles no se dificulta el absolver estos cursos en breve, mientras estudiantes ajenos a tales favores posiblemente tendrán que contentarse con la realización de uno o dos cursos al año. Absueltos los cursos del propio colegio, los estudiantes de medicina ingresarán directamente a la facultad de medicina, a la vez que sus colegas juristas tendrán que pasar por un grado intermedio, la llamada facultad de filosofía, asistiendo a cursos de biología y sociología, y —por primera vez desde su egreso de la escuela elemental— de historia, lo mismo que filosofía. La propia facultad de filosofía en el sentido familiar entre nosotros y con destino a formar futuros maestros y profesores, no existe aquí, supliéndose con el establecimiento ocasional de una facultad de ciencias naturales a medida que la demanda así lo requiera. Las veces de nuestras escuelas politécnicas las asume hasta cierto punto el Colegio Militar; fundado en primer lugar para convertir a los cadetes en los futuros oficiales del ejército, también se ocupa en formar ingenieros civiles, gracias a su fama de sobresalir en su enseñanza aceptable de matemáticas.

El inconveniente mayor, también en los colegios de Bogotá, lo constituye la imperfección de los maestros unida a la insuficiencia de los medios de enseñanza, careciéndose especialmente de aquel material para la enseñanza intuitiva que nosotros acostumbramos emplear en forma continuamente perfeccionada. Asimismo buenos libros de estudio están faltando, supliéndose por ejemplo aquellos para la enseñanza de medicina con textos en idioma francés, complicando así desde luego el de por sí difícil dominio de la materia con el de la lengua. Los maestros, como son abogados, médicos y comerciantes, carecen de formación competente, dedicándose al profesorado tan solo como ocupación accesoria, y sustrayéndose muchas veces a la necesidad de compensar sus fallas por medio de la autodidáctica.

Por no poseer ellos mismos su materia, imposible les queda iniciar a sus alumnos en ella, concretándose por lo tanto toda la enseñanza a repasarles las lecciones mecánicamente aprendidas de memoria. Allí también la raíz del fenómeno de circunscribirse la cultura general de la mayoría de los bogotanos a cierta habilidad de expresarse en uno o varios idiomas, siendo contados los casos de encontrar personas poseedoras de una verdadera cultura intelectual.

Los jóvenes de las clases acaudaladas suelen pasar uno o dos años en Europa, con preferencia en París, para completar su educación cultural. Como su a menudo escasa preparación no les viene a propósito, con frecuencia sucumben a la tentación de dejar los estudios a un lado, para entregarse a la vida callejera y

con frecuencia caer en las redes de las damas galantes. Sin rodeos se puede resumir en un término estudiantil conocido: Están en París por razones de estudio. O con un dicho colombiano aludiendo a las permanencias en Europa para fines de estudio:

“Aquellos jóvenes vienen de Europa”.
“¿Qué traen de nuevo? La ropa”.

Pero para la mayoría de los bogotanos quedan del todo cerradas las puertas de los establecimientos de educación, tanto europeos como estadinenses. A lo sumo llegan a darse el lujo de un viaje a la costa o a las ciudades de las regiones occidentales o septentrionales de su país. Aun en la propia capital pocas ocasiones tienen para entablar relaciones con extranjeros ilustrados, y menos todavía con letrados, ya que la ubicación aislada de Bogotá a pocos anima a visitarla en viaje tan incómodo. Ni el intercambio de ideas por escrito es muy tentador ante la demora de tres meses que sufre la llegada de la respuesta a una pregunta. Por fortuna existe la perspectiva de que tanto el porte económico para cartas como el transporte barato y cómodo de libros por la Unión Postal Universal, que son adelantos significativos de los últimos años, servirán de aliciente también para la vida intelectual de la capital, condenada hasta ahora a contentarse con reflejos tardíos y débiles de la europea.

Otro freno al desarrollo de la vida intelectual tiene su origen en el conjunto de las adversas condiciones económicas y sociales. Salvo contadas excepciones, no puede pasar de mera afición el dedicarse a las ciencias, la literatura y el arte, ya que, en general, su uso profesional no encontraría base remunerativa en el escaso público suficientemente instruido. En vía de ilustración veamos algunos ejemplos: Cuervo, autor de un diccionario enciclopédico del idioma español elogiado también por las revistas literarias alemanas, era cervecero de profesión y, como tal, hasta obligado al principio a tapar a mano él mismo las botellas que contenían su producto. Tan solo en sus horas libres pudo dedicarse a la obra de su afición, con la consecuencia de demorar la conclusión de ella hasta cuando la renta de su fortuna reunida como empresario le permitía vivir económicamente libre en Europa. Fabián González, vivamente interesado en la geología y colector de un tesoro de fósiles, es ingeniero y ferretero de profesión. A Carlos Balén, dueño de un almacén en la Calle Real, le fascina la ocupación con el mundo de la fauna y de la flora. Rafael Nieto París, con talento para emprender la carrera de físico en Alemania, aquí ha de ganarse el sustento como relojero.

En estado de lamentable abandono se encuentran las instituciones públicas dedicadas al cultivo de las artes y de las ciencias. Así, el Museo Nacional, creado para guardar y exhibir objetos de la historia natural, antigüedades indígenas lo mismo que curiosidades históricamente notables y obras de arte, ha caído víctima de tantos saqueos durante las revoluciones que hoy apenas sobrepasa el nivel de un gabinete de curiosidades. Tampoco la Biblioteca Nacional ha escapado de

frecuentes robos y de los efectos de mala administración, hallándose sus existencias actuales tan solo en parte ordenadas como fuera de rigor para poder cumplir con su razón de ser. El Observatorio y la Estación Meteorológica, ambos fundados por el sabio español Mutis en 1802, fueron saqueados en el curso de las revoluciones sin dejar ni rastro de sus equipos, refiriéndose a manera de cuento que los telescopios habían sido convertidos en cañones, para encontrar sus tapas uso de vasijas para afeitar. Así las cosas, se comprende que los establecimientos de educación del país puedan sustituir apenas muy escasamente la falta de estímulo de afuera.

Estos hechos habrá que tenerlos presentes para no dejarse desviar hacia conceptos injustos sobre la vida intelectual bogotana. Cierto es que, fuera de las predisposiciones e inclinaciones inherentes a la población, también la condicionan sus circunstancias externas, admitido que para el desarrollo de la mentalidad nacional obviamente ha venido ejerciendo su influencia.

A falta de modelos ejemplares a la vista para ejercitar la facultad intuitiva, explicable es que las artes plásticas llevan la peor parte en Bogotá. Las contadas edificaciones arquitectónicamente sobresalientes de la capital han sido construidas por extraños. Había en Bogotá apenas dos arquitectos prácticos, uno de nacionalidad italiana, contratado como ingeniero del Estado, en tanto que el otro era colombiano, pero de madre alemana y crecido en Alemania. También los monumentos de la capital son de creación extranjera, ya que el país hasta ahora no ha producido escultor alguno. De pintor, Vásquez Ceballos había adquirido fama en el siglo XVIII, siendo actualmente Rafael Urdaneta el único profesional dedicado a la pintura. Así que el gusto artístico de los bogotanos poca oportunidad ha tenido para desarrollarse. Talentos musicales tal vez existen, pero también carentes de práctica, limitándose esta, con muy pocas excepciones, a la música de salón más somera, con el resultado de ofrecerse un concierto al año, ejecutado por aficionados, mas algunas operetas italianas, como única presentación musical. Tan solo la poesía tiene en Bogotá su terreno productivo, ya que casi todo bogotano instruido es aficionado entusiasta en este campo, siendo la mayoría a la vez autor de poesías. Contrastando con lo poco y mediocre en el terreno de la poesía dramática y novelesca, el caudal de poemas líricos, charlas y literatura amena, los llamados cuadros de costumbres, es considerable, encontrando buena acogida en las columnas de la prensa, para más tarde posiblemente recogerse en forma de libro. Es por lo tanto el folletín, lo que prospera en Bogotá, orientado por la literatura francesa en lugar de la española, caída un tanto en desgracia a consecuencia de las guerras de la independencia. Es Víctor Hugo el héroe de los colombianos amantes de las bellas letras, siendo su poesía verbosa y afectada la que más les agrada, en tanto que la literatura inglesa y la alemana poco les dicen, esta última menos aún que la primera. A Goethe y Schiller apenas se les conoce de nombre, teniéndoseles a menudo por personajes vivientes. De Lessing, ni hablar, siendo muy contadas las personas que siquiera han oído mencionarlo.

La gran mayoría de los colombianos cultos desconoce el sentido de las ciencias, careciendo de entendimiento para ellas. No obstante, fingiendo su más vivo interés, no tienen inconveniente alguno en participar en las discusiones sobre tópicos de toda clase, a pesar de desconocerlos, pareciéndoles incomprensible que el extranjero admita con franqueza su ignorancia en determinadas materias. En esta misma actitud de pretender saberlo todo y meter baza aun en lo imposible, lo que revela sin lugar a duda toda su falta de comprensión y aprecio por lo serio, lo mismo que su interés y respeto por las ciencias. En vía de ejemplo ilustrativo de su grado de penetración en el movimiento científico permítaseme mencionar que para ellos Flammarión y Julio Verne van a la cabeza de los naturalistas. Tan solo determinadas personas tienen un marcado interés en progresar en su entendimiento científico, siendo ellos, fuera de los ya mencionados, Liborio Zerda, Francisco Bayón, Miguel Antonio Caro, Salvador Camacho Roldán y algunos más. Pero aun estos hombres meritísimos y dignos de aprecio ven frustrados sus esfuerzos de transmontar los límites de la afición, debido a la insuficiencia del tiempo a su disposición, la falta de estímulo y de objetos de enseñanza. Científicos como Cuervo, Ezequiel Uricoechea y Triana emigraron a Europa habiéndose así perdido para la vida intelectual de Bogotá. La revista científica publicada por la administración educativa, llamada Anales de Instrucción Pública y sucesora de Anales de la Universidad, poco mérito tiene aún para los estudios de la cultura del país.

El propio interés de la mayoría de los colombianos, diferente de aquel por el negocio y los chismes de la ciudad, va orientado hacia la política, hecho de por sí tal vez explicable también desde nuestro punto de vista en un país con oportunidades para cualquiera de ser llamado en cualquier momento a participar en el gobierno. Pero lo que escapa a nuestra capacidad de comprender es el género mismo de esta política, de miras un tanto estrechas. Para convencerse basta escuchar las conversaciones celebradas en voz lo suficiente alta o echar una hojeada a uno de los periódicos, tan abundantes en Bogotá, que suelen aparecer dos veces por semana, publicados por editoriales, por un lado siempre en aumento numérico, pero a menudo volviendo a desaparecer con la misma prontitud. Los sucesos europeos apenas los refieren mediante extractos más que mezquinos, no precisamente obtenidos de la prensa europea sino del Panama Star and Herald, informado este a su vez por tres periódicos, o sea uno norteamericano, otro inglés y el tercero francés. Es esta la razón por la cual ideas medianamente claras sobre las relaciones de los Estados europeos entre sí, lo mismo que sobre los problemas sobresalientes de la política europea, no se encuentran sino en contados bogotanos. Un poco más de amplitud se concede aquí a las informaciones sobre los Estados Unidos, lo mismo que sobre las repúblicas latinoamericanas, cuya vida política es observada con más entendimiento e interés en vista de los lazos comunes, raciales y culturales. Pero tanto la sección política de los periódicos bogotanos como las conversaciones políticas de la gente van ocupándose de la política interna colombiana en sus nueve décimas partes. Ante el diluvio de frases resonantes pero vacías, usadas

para cubrir los tópicos aun los más insignificantes, los más triviales, cualquier redactor alemán, por elocuente que fuera se ocultaría confundido. Estas discusiones, lo mismo que todo el modo de ver político, están dominados por el mayor formalismo, el más rígido doctrinarismo, dejando entre líneas los problemas reales, aun los apremiantes. Así, por ejemplo, la promoción de las condiciones económicas del país en general poca atención merece, a no ser que ofrezca evidentes ventajas personales a determinados interesados. Por la misma razón el perfeccionamiento tanto de la educación como de la justicia y de otros aspectos vitales ha de contentarse con ser relegado a un rincón, tanto en las discusiones como en las luchas partidistas, para dejarles prelación absoluta a las cuestiones de la política pura, vale decir a las intrigas políticas. En otras palabras, toda la política prácticamente se agota en la lucha por el poder. Teóricamente, tamaño individualismo llegaría a tocar con el extremo de mirar con indiferencia incluso el fin de este mundo con tal de que el evento se prestara para pescar en río revuelto. ¿Y en la práctica?

El único antagonismo fundamental de real importancia lo encontramos en relación con el aspecto religioso-eclesiástico de la vida. Los intelectuales en su mayoría son librepensadores, riéndose del celo religioso y viendo a la Iglesia como enemiga de la cultura, al extremo que su convicción se ha materializado políticamente tanto en la introducción del matrimonio civil como en la abolición de los conventos, modificando, en resumen, las relaciones entre el Estado y la Iglesia a manera de las leyes prusianas promulgadas en mayo de 1873. En su oposición los conservadores, apoyando ideas parecidas a las del partido católico nuestro, se empeñan en mantener la soberanía de la Iglesia tanto en el Estado como en los establecimientos de enseñanza y en la vida en general, propensión compartida por la gran mayoría de las señoras así como del pueblo. Fieles a la Iglesia, acostumbran participar en sus variados ejercicios y ceremonias con tanto más fervor cuanto así encuentran la anhelada emoción y variación en su vida diaria, por cierto un tanto monótona.

Describir las formas y la substancia del culto católico no cabe en el marco de un libro de viajes, a pesar de haberlo ensayado así algunos viajeros llegados por vez primera a visitar un país católico. Esencialmente idénticas todas las instituciones de la iglesia católica y sus ritos, es apenas en ciertos detalles donde se observan elementos especiales y rasgos al parecer imbuidos un poco de las religiones suplantadas o absorbidas por ella. Pero la capacidad de detectar tales detalles es privativa del conocedor íntimo de los ritos católicos, en tanto que al profano le dejan sobrecogido la ausencia de gusto y la sensualidad ordinaria inherentes a muchas celebraciones en Bogotá.

Las iglesias mismas impresionan, sea por la pobreza y el frío de su interior o por lo sobrecargado de oropeles brillantes. En sus torres resuena un escaso repiqueteo, en lugar del toque armonioso acostumbrado de nuestras campanas, desilusión que se explica con las ya conocidas condiciones deficientes de las vías de

comunicación, que limitan a un mínimo el tamaño de las campanas importables con destino a Bogotá. Siendo una rareza las iglesias provistas de órgano, el feliz dueño de un piano lo manda trasladar a su iglesia en vísperas del Domingo de Ramos, contribuyendo así a que un ejecutante, voluntario y movido a cumplir un gesto meritorio, pueda acompañar las oraciones de los devotos en el instrumento. Por lo general es un vals de Strauss o pieza de alguna opereta la que sirve tanto aquí como todos los domingos en la catedral, lo mismo que en los funerales de categoría, para expresar los sentimientos piadosos y a menudo dolorosos. En vía de acentuar la solemnidad, cohetes y morteretes accionados delante de los portales acompañan el servicio con sus estrépitos y truenos.

Para darle mejor relieve a la celebración, en los días de Corpus, de Semana Santa y otros sobresalientes, la ceremonia termina en procesión de los fieles que salen de la iglesia hacia la calle, a la cual no asisten las autoridades gubernamentales, aportando el pueblo la mayoría de los portavelas. La esencia de la procesión la forman escenas de la Pasión de Cristo e imágenes de los santos portadas por personas penitentes disfrazadas. En general las imágenes son figuras talladas en madera, ataviadas con una variedad de pedazos de tela en todos los colores; pero ocasiones hay en que humanos de carne y hueso metidos en esta vestimenta, por un par de días hacen el papel de las figuras del Nuevo Testamento; así, por ejemplo, en la Semana Santa, se contrata por algunos pesos un Judas con la condición de que soporte sus palizas. De otras maneras de edificación religiosa ni hablar, ya que han sido relegadas a las poblaciones menores.

Durante estas procesiones toda la población se mantiene en pie. Los balcones están copados con señoras y caballeros ataviados, al paso que las clases inferiores cubren los andenes, para arrodillarse reverentemente al acercarse la custodia. Quedarse envuelto entre semejante aglomeración naturalmente no es del todo agradable, pues sus exhalaciones no son encantadoras ni mucho menos. En cambio, su comportamiento es digno de elogio, siendo muy contados los casos de apreturas o empujones censurables. Insultos groseros, lo mismo que pedradas a extraños reacios a arrodillarse, no se han repetido durante los últimos años, por cierto que tampoco prevalece una emoción hilarante entre el pueblo. Apático e indiferente deja pasar la procesión, para luego continuar su camino en el mismo estado de ánimo. Alegría desbordante, lo mismo que verdaderas fiestas populares, parecen condicionadas al clima de la tierra caliente.

Arraigarse en Bogotá resulta un tanto difícil para la mayoría de los europeos, sobre todo para los de origen germano. La vida provinciana, por decirlo así, al igual que la notable distancia de su país natal y de los estímulos intelectuales, fuera de la disparidad reinante entre los conceptos del mundo y del sentido de la vida, los criollos y los nuestros, son elementos decididamente estorbosos. No obstante, la permanencia prolongada en determinado sitio va creando el sentimiento de cierto apego hacia el lugar. Así me pasó a mí en Bogotá, puesto que ni el hecho de no haberme sentido muy feliz allí, generalmente hablando,

puede menoscabar la verdad de haber experimentado muchas cosas simpáticas, recibido cantidad de impresiones nuevas y, sobre todo, establecido contacto con algunas personas que llegué a conocer más a fondo y a apreciar. De tal manera que no puedo menos de confesar que un profundo sentimiento de melancolía me sobrecogió el día 31 de marzo de 1884 al salir montado de las calles de Bogotá, lo mismo que el día siguiente, cuando saludé por última vez, ya desde lejos, el símbolo de sus torres. Y aún hoy, de regreso a mi patria, a menudo me siento movido por el deseo de renovar mi visita a aquella ciudad andina.

Al cabo de siete meses y medio de haber llegado a Bogotá, el señor Harriss-Gastrell emprendió viaje de regreso a Europa, evento que para mí produjo el efecto de disolverse mi contrato, facilitándome la posibilidad de entregarme en adelante del todo a mis estudios particulares. Obvio es que la preocupación de encontrar la manera más a propósito para ello me había mantenido embargado desde tiempo atrás. Entre otras, había pasado por mi mente la idea de dirigirme a algún puerto del océano Pacífico, sea en viaje directo o por Quito, para seguir el litoral a todo lo largo, con interrupciones ocasionales para emprender excursiones hacia el interior y luego coger por la costa atlántica hacia el norte para aprovechar una oportunidad conveniente de embarcarme en viaje de regreso a mi tierra. Sin embargo, esta posibilidad de obtener un cuadro sinóptico de la mayor parte del continente habría conllevado para mí la desventaja de perder de antemano toda oportunidad de dedicarme a mis propias exploraciones científicas, obligándome a la vez a reducir en forma desproporcionada el trayecto, debido a lo costoso de los viajes marítimos, especialmente en las rutas de la costa pacífica. En consecuencia resolví abandonar todo el proyecto, para cambiarlo por el propósito de viajar por Colombia a medida que mi salud y el estado de mis finanzas me lo permitieran. Sin lugar a duda, Colombia ofrece para el viajero deseoso oportunidades de hacer descubrimientos, si bien sin la magnitud de aquellos logrados en el Africa durante los últimos decenios, pero propicios no obstante para llenar las partes todavía en blanco de nuestros mapas y, quizás, conducentes a corregirlos en sus dibujos inspirados en exceso de fantasía. Pero, con todo eso, los viajes de exploración propiamente dichos en este caso no estaban dentro de mi programa. Hace poco, Crevaux había navegado por el río Guayabero, levantando sus planos y cambiando su nombre por río Lesseps, quedando la misma tarea de levantamiento todavía por realizar en cuanto a los ríos Vaupes, Caquetá y Putumayo. Completar los conocimientos, hasta ahora muy escasos, de los Estados de Magdalena y Bolívar en el litoral atlántico sería otra obra digna de acometer. Pero los viajes por tales regiones, despobladas del todo o habitadas apenas por algunas tribus de indios salvajes, fuera de una constitución física bien resistente, requieren la bolsa bien provista para atender los gastos obvios de una escolta por lo general numerosa. Desde luego tales viajes, aparte del levantamiento topográfico, se podrían aprovechar para formar colecciones, tanto zoológicas como etnológicas, con sus apuntes pertinentes, pero todo sin menoscabo de las ventajas que los viajes por terrenos abiertos y poblados ofrecen para investigar desde el ángulo científico-geográfico la correlación que existe entre la estructura de la montaña y la

configuración de la superficie, lo mismo que el clima, hidrografía, flora y fauna y, por último, el carácter y la cultura de los habitantes.

El área del país excede a la que solemos imaginarnos, fácilmente inducidos por la escala tan reducida del mapa, siendo tan solo la superficie de aquella parte ocupada por las cordilleras de una extensión apenas inferior al área de todo el imperio alemán. Pero cuánto tiempo requeriría, por ejemplo, el llegar a conocer esta, de no haber ferrocarriles para vencer las distancias o de encontrarse cubierto todo el país por montañas de carácter alpino. Para acertar en un cálculo aproximado, sería menester apropiar el tiempo suficiente para las demoras considerables implicadas por la realización de recolecciones y de observaciones, al igual que por pequeñas excursiones y trechos para caminar por acá y allá, todo inherente a la exploración científica. Saltando así a la vista la necesidad de mantener limitado el posible radio de acción, se entiende que mis viajes proyectados para el año siguiente hubieran de concentrarse a una región no mayor a aquella ocupada por la Alemania central enmarcada por las ciudades de Colonia, Dresde y Nuremberg, o, tomando por escala los Alpes, el área comprendida entre el Monte Blanco, Munich y Verona.

Consciente de lo deficiente de los conocimientos adquiridos antes de mi partida de Alemania, en materia de geografía e historia colombianas, obvio era para mí aprovechar toda oportunidad para complementarlos en Bogotá. Con tal objeto había adquirido algunos libros en propiedad, recurriendo a amigos y conocidos para facilitarme otros y aceptando el amable ofrecimiento de la Biblioteca Nacional en el mismo sentido. Pero, con todo, gran parte de la literatura existente me había quedado inaccesible en aquel entonces.

Falta muy sensible hace un “Baedeker” [(1)] u otra guía similar del viajero para anticiparle a este las orientaciones sobre tipos y costumbres del país, modos de viajar, posadas y alimentación por encontrar, lo mismo que indicaciones aproximadas del tiempo requerido y de los medios financieros demandados para atender los gastos, ya que semejante manual todavía no existe ni de Colombia ni de Suramérica. De recurso no desdeñable para el viajero son los mapas y las descripciones geógrafo-estadísticas publicadas por Ponce de León y Felipe Pérez con base en los manuscritos elaborados por Codazzi, pero con el lamentable olvido de no mencionar esta referencia. Agustín Codazzi, italiano, de profesión ingeniero y con patente de oficial, cumplido con esmero su contrato con el gobierno de Venezuela para explorar aquel país con resumen de los resultados en forma de un mapa y los textos pertinentes, fue llamado por el gobierno colombiano con el mismo encargo. En tal virtud viajó por el país durante los años de 1849 a 1858, levantando croquis de una gran parte a pesar de las frecuentes interrupciones sufridas por otros trabajos, al igual que por las conmociones civiles. Murió el 13 de diciembre de 1858 cerca de Valledupar, víctima de un ataque de fiebre, cuando estaba ocupado en sus investigaciones de los estados litorales. Codazzi merece nuestra admiración más expresiva por el progreso enorme

logrado a través de su trabajo en la descripción bastante acertada de las condiciones geográficas del país, al menos de sus regiones habitadas. Al calificar su obra tal como ahora existe, no hemos de olvidar la insuficiencia de los promotores para acometer su publicación. Con su escala de 1:810.000 los mapas no exceden mucho al de la página doble demostrativa de Alemania suroeste y Suiza o de la página de Sajonia y Turingia, tal como aparecen en el atlas portátil de Stieler (Stielerscher Hand-atlas). La descripción limitada a lo estrictamente sistemático nada dice sobre la manera de viajar y mucho menos constituye una verdadera guía del viajero. Cierto es que Codazzi había elaborado una relación prolija de las vías de comunicación existentes en todas las zonas por él cubiertas, trabajo orientado ante todo hacia fines militares y publicado al menos en la parte referente a las provincias nororientales. Pero temiendo su aprovechamiento por parte de los revolucionarios, el gobierno más tarde mandó destruir la edición parcial existente, descartando a la vez la impresión relativa a las demás provincias. Desde luego fue esta una actitud emanada de miras estrechas y mezquinas que necesariamente privaba de tan valioso material también a la propia tropa del ejército. Pero, favorecido por la suerte de encontrar parte de aquellos apuntes en la biblioteca oficial de Bogotá, pude extractar lo que me pareció provechoso.

Durante el primero de sus viajes, que lo llevó a través de los estados de Boyacá y Santander, Codazzi fue acompañado por uno de los personajes más ilustres del país en aquella época, Manuel Ancízar, autor de una descripción amena de la aventura. Por lo demás son pocas las relaciones emanadas de pluma colombiana sobre viajes efectuados dentro del país, concebidas estas en forma de artículos folletinescos de periódico con un torrente de sentimientos poéticos, pero sin contribuir en nada a la descripción plástica de las regiones ni de sus particularidades.

También los libros de viaje tocantes a Colombia originarios de fuentes europeas, son relativamente deficientes, limitándose la obra clásica de Humboldt a Venezuela, para dejar sin describir su viaje a través de Colombia. Tanto durante la guerra de la independencia como después de ella eran numerosos los viajeros y, en parte aventureros, los extranjeros que llegaron al país, pero los libros producidos por varios de ellos sobre sus impresiones, ya en aquel entonces en partes insignificantes, en su mayoría han caído hoy en desuso. Más tarde, los viajeros, en número ya más reducido, empezaron a dar preferencia casi exclusiva al uso de las vías principales, concretando desde luego sus escritos a ellas. Entre estos, uno de los más detallados es el libro de Isaac Holten, botánico norteamericano que había viajado por la Nueva Granada durante los años de 1852 a 1854, libro muy profuso en interesantes detalles, pero escaso en conclusiones de carácter general. De las descripciones de más reciente publicación probablemente la más completa es la de Edouard André (véase “Le tour du monde”), tomo XXXIV, etc., con reproducción extractada en (“Globus” 1877, etc.), recomendable a la vez por sus numerosas ilustraciones, aunque en parte

caricaturadas. Pero también el texto trae muchas cosas de interés, si bien el estilo, legítimamente francés, a veces va sacrificando la verdad a una observación picante, limitándose además a rendir meros conceptos en lugar de demostrar el origen de ellos mediante la descripción de las investigaciones precedentes.

De una manera más pronunciada todavía viene aplicando aquellas características cierto conde Gavriac, cuyo libro, carente de toda importancia, tiene mala fama en Colombia, llegando al extremo de calificar de perdonable la aversión de sus habitantes contra los viajeros europeos. Por mi parte, el mayor goce y provecho por todo concepto lo he sacado de la lectura de “Cuatro caminos a través de América”, libro de M. v. Thielmann, editado por Duncker & Humboldt, Leipzig, en 1879. Aunque basado en las observaciones ligeras de un viaje rápido y, en consecuencia, concebido y escrito para captar su tema apenas a grandes rasgos, describe tipos y costumbres en forma plástica y con bastante acierto, si bien a veces con exceso de acerbidad. Las descripciones viajeras de Schenk sobre Antioquia, publicadas en Petermanns Mitteilungen de 1883, tan abundantes en tópicos útiles y acompañadas de mapas profusos en detalles, infortunadamente me llegaron apenas en vísperas de terminar mis viajes.

En consecuencia, para preparar estos estaba prácticamente restringido a informaciones verbales de consecución un tanto difícil, ya que ni los extranjeros ni los colombianos mismos poseen conocimientos del país en suficiente escala, a tal extremo que de las regiones remotas apenas tienen una vaga imagen. Así que para enterarme de las vías que comunican con el sur del Estado del Cauca, me tocaba aprovechar la presencia de un joven estudiante oriundo de Popayán, capital de aquel Estado. Pero lo mismo de mal vamos en cuanto a datos y consejos de orden general, ya que los colombianos, a falta de aprecio desapasionado por su país y su nivel de cultura, suelen pintarlo todo o bien de color rosa o de negros colores, esto último en la creencia de favorecerse ellos mismos personalmente con su crítica denigrante. Otra falla tienen los paisanos alemanes residentes como fuente de información, ya que, acostumbrados al uso exclusivo de las vías principales, carecen de la facultad de ponerse en el lugar del viajero científico con sus deseos y necesidades bien diferentes. De ahí que todo extranjero ha de pagar caro un aprendizaje para allegar la experiencias conducentes a convertirlo en viajero experto.

Encontrando en uno o dos almacenes todo el equipo requerido, el turista nuestro no necesita preocuparse del tiempo que demandan sus preparativos. Empacados los implementos en su morral, aborda el tren para, una vez llegado a su meta, empezar a internarse en la montaña de su elección, caminando contento y lleno de alegría. Cierto es que al viajero en Colombia no le espera la tarea de organizar largas caravanas al estilo de aquellas necesitadas en el Africa, pero, en cambio, aquí todo detalle de los preparativos requiere tiempo y suele tropezar con estorbos inesperados en grado tal que el anhelado momento de montar la bestia se demora más de la cuenta.

Pues viajar por las regiones montañosas de Colombia, a falta de otros medios de transporte, significa andar a caballo o, de preferencia, a lomo de mula, pues los ríos, aquí todavía torrentes raudos, se tornan en navegables apenas a su entrada en las llanuras lejanas, bien sea del río Magdalena o de los llanos orientales, en tanto que los ferrocarriles muchas veces apenas existen en proyectos sin realizar, exceptuando unos pocos trayectos de menor extensión, limitándose las carreteras, a su vez, a aquellas que cruzan las altiplanicies de la cordillera oriental y has que se encuentran cerca de Cúcuta y en el valle de Medellín. Por lo demás, el camino de herradura prácticamente constituye el único medio de comunicación en las regiones montañosas colombianas.

A pie acostumbra moverse solamente la gente que forma la clase baja, o sean los peones y los arrendatarios de pocos recursos, constituyendo la cabalgadura el primer objeto de lujo que se regala el colombiano, para seguir luego con el galápago y las guarniciones. Presumir tal actitud inspirada en mera pereza era un error que cometí al llegar al país, para corregirlo bien pronto, al experimentar en carne propia lo poco aconsejable que sería tratar de recorrer las regiones a pie, de acuerdo con nuestra costumbre. Ya unas cuantas caminatas en pequeña escala me hicieron desistir de mi propósito, para más bien acoger el ejemplo de los hijos acomodados del país, adquiriendo una buena cabalgadura, capaz de transportar a su jinete en menos tiempo y con más comodidad, tanto en lo plano como en terreno montañoso. Realmente los sinsabores que esperan al viajero pedestre no son de poca monta, empezando por las incontables pendientes y las lamentables condiciones de los caminos, lo mismo que las numerosas quebradas que en su cruce obligan cada vez al baño de los pies con el calzado puesto. Agregando a esto el calor sofocante de los trópicos y la fuerza de los rayos del sol en su caída vertical, tenemos el cuadro más o menos completo de los factores que permiten juzgar la magnitud de los esfuerzos requeridos y los peligros implicados para la salud, especialmente del viajero extranjero no adaptado. En cambio, la mula, capaz en general de pisar en donde el hombre alcanza a sentar el pie, lo lleva con ventaja, quedándole vedadas solamente las regiones de las nieves y las selváticas con su denso monte bajo, sus trepadoras y sus troncos caídos. Así que forzosamente habrán de andar a pie los explotadores de los árboles de quina, de caucho y de maderas especiales. También los esperanzados en descubrir una mina de oro o de plata en el monte, al igual que los empeñados en escalar tal o cual cumbre tentativa a través de la zona boscosa y otros que, penetrando la selva inexplorada, buscan trazar una vía, completar los conocimientos geográficos o ascender un nevado, todos ellos habrán de confiar en su resistencia de caminadores como único medio de locomoción. Esto no obsta para cruzar montado las zonas colonizadas o a lo menos para tener siempre la cabalgadura a mano, para así atender la norma número uno del viajero tropical, o sea la de preferir toda comodidad posible a cualquier esfuerzo innecesario.

La mula constituye la cabalgadura más apropiada para viajar en Colombia, aunque el caballo también goza de favorecedores en número mayor del que se presume,

aventajando a la mula en rapidez y fogosidad y, al menos cuando sean muy buenos ejemplares, también en paso muy suave. Siendo el animal más a propósito para pasear y para viajar en lo plano, en cambio raras veces tiene aptitudes de montañista como las ostenta la mula con su paso seguro y sensato cuidado. Además, los caballos de la sabana suelen sufrir harto por el clima desacostumbrado de tierra caliente, en tanto que sus congéneres crecidos allí requieren mucho tiempo para aclimatarse en la altiplanicie. Aun careciendo del paso fino de los sabaneros, los mejores caballos para viajar son los que provienen de la tierra media o templada. A la mula le ganan en recorrido en lo plano, provocando esta no obstante un cansancio mucho más intenso en su jinete y precisándolo a aplicar las espuelas a ratos. Pero, por otra parte, aun en los peores trayectos del camino, el viajero puede confiar tranquilamente en su paso seguro, mientras se cuide de no azuzarla en exceso, permitiéndole en cambio buscar ella misma su pisada. Al paso que no afectan su salud ni los cambios de clima ni las variaciones en la alimentación, su capacidad de soportar esfuerzos y privaciones excede en mucho a la del caballo. Este, en cambio, es la cabalgadura por excelencia de las altiplanicies, donde al habitante carente de mula también le sirve para viajar, aun a sitios más remotos. Pero en las regiones montañosas la mula tiene su bien ganada preferencia, así por ejemplo en el Estado de Santander como también en Antioquia, donde hay hermosos caballos briosos, pero destinados al lujo de paseos únicamente. Hasta en las llanuras de tierra caliente la mula ha llegado a reemplazar en gran escala al caballo, por ejemplo en los llanos orientales, gracias a su mayor resistencia al calor y a las subsecuentes plagas animales, quedando sin igual además como bestia de carga, en todas partes, inclusive en las regiones altas, y en cualesquiera circunstancias.

En su mayoría los colombianos suelen llevar entre las alforjas todo su equipaje, ya que, por lo general, este se reduce a una botella de coñac, el cepillo de dientes y el peine, omitiéndose la pastilla de jabón como cosa innecesaria. A la parte trasera del galápago se acostumbra sujetar una manta gruesa de lana para pernoctar en el páramo o una hamaca para acomodarse de noche en tierra caliente. Tan solo la gente más acaudalada acostumbra andar con pretensiones mayores, existiendo determinada clase de jóvenes ricachos conocedores de las maneras de viajar europeas o estadinenses y acostumbrados a equiparar la comodidad exagerada a la más alta felicidad de la vida, que gastan sumas ingentes en equipo y aprovisionamiento, si es que por fuerza se animan a viajar por su patria. Obvio es que el europeo se distancia de semejantes excesos, insistiendo empero, excepción hecha de los tenderos italianos, en un mínimo de aseo y comodidad superior al aceptado por el promedio colombiano, no pudiendo prescindir, por lo tanto, de la mula de carga. Para él se sobreentiende la necesidad de llevar algunas provisiones de boca aptas para completar las comidas, a veces demasiado pobres, que encuentra en el camino, así que también querrá tener a la mano su ropa para cambiar, lo mismo que unas toallas y ropa de cama, y hasta tal vez un catre de tijera. Para atender sus fines científicos, en dado caso, requiere útiles de escribir, lo mismo que unos libros e instrumentos, siendo necesario, por

último, pero no de menor importancia desde luego, cargar una buena suma en monedas de plata, en reemplazo del oro, casi desaparecido del país, y en lugar de billetes, que poca aceptación encuentran. Para empacar el equipo así escogido y reunido, más prácticas que los conocidos baúles europeos y de ahí más recomendables al efecto son las llamadas petacas, muy en uso en diferentes regiones del país. Constan de dos tapas rectangulares de bordes altos, encasquetable la una, de tamaño apenas un poco mayor, sobre la superficie abierta de la otra, para abarcar así el contenido, ajustando las dos en mayor o menor grado según el volumen de este. Hechas de piel de buey sin curtir, reforzada con varillas livianas, son impermeables y, gracias a su relativa elasticidad, fácilmente cargables en la mula. También hay sacos de viaje elaborados, bien sea del mismo material o de cuero curtido y sujetables al galápago común de tal manera que aun con el trote del animal aseguran su posición.

Una vez convencido de la necesidad de cabalgadura y de una bestia de carga, el viajero ha de resolver si prefiere comprarlas o tomarlas en alquiler. Los precios suelen fluctuar de acuerdo con las condiciones momentáneas, tanto temporales como regionales. Así que una buena mula de carga viene costando entre 60 y 120 pesos, o sea 200 a 400 marcos, en tanto que el animal sano y robusto para montar demanda sus 80 a 100 pesos, equivalentes de 250 a 300 marcos. Pero ejemplares finos, fuertes y fogosos con buen modo de andar, en menos de doscientos pesos, o sea 640 marcos, no se consiguen. Los caballos, en general, son de precio un poco inferior, sobre todo los que no son de paso, valiendo los animales de paso disponibles desde 80 pesos en adelante y demandando ejemplares de lujo fácilmente precios de 200, 300 y hasta 1.000 pesos [(2)].

Habiendo pocos colombianos de las clases alta y media que fuera de su profesión no sean agricultores a la vez, así sea para no pasar toda su vida en las oficinas y bufetes de la ciudad, la mayoría de ellos tiene su cabalgadura propia, más todavía cuando toda excursión aun la de menor distancia, acostumbra hacerse montado. Por otro lado, en la mayor parte de los pueblos, tal en los situados en el camino de Honda a Bogotá, se consiguen animales en alquiler, pero encontrándose por lo general en mal estado de fuerza y nutrición, suelen convertir el viaje en martirio para el jinete, quien además se expone a la repetición, cada par de días, de la molestia de dilatadas negociaciones sobre el alquiler para, a fin de cuentas, salir pagando un precio excesivo en su afán por no prolongar la demora. Pero, con todo, a menudo aun la prisa resulta en vano, por cuanto los animales alquilados no le llegan a la salida del sol, sino apenas hacia el mediodía. Desde luego, también el cambio de peón, lejos está de conllevar siempre ventajas, porque su servicio suele terminar apenas haya cogido el hilo en cuanto a los quehaceres que tiene que cumplir, subsistiendo, por otra parte, la suciedad y la pereza comunes a todos, así como también la cuasi ausencia de toda inteligencia. Así las cosas, la adquisición de animales propios se impone prácticamente, siquiera como medida de tapar la fuente de tanta queja permanente en boca de numerosos viajeros

sobre los inconvenientes descritos. Por último, tiene sus ventajas la mayor estabilidad en el servicio del peón propiamente escogido y contratado por la duración del viaje. Y, a fin de cuentas, resulta menos gravoso el transporte así organizado, aunque el producto de la venta de los animales al final de la expedición quede un tanto por debajo de su costo.

Reduciendo a números lo relatado, puedo agregar que los cuatro animales sucesivamente adquiridos para el efecto, o sea tres mulas y un caballo, me valieron 350 pesos en total, para resultar el producto de su venta posterior en un poco menos de las dos terceras partes de tal inversión. Cierto es que salvo muy contadas excepciones he venido contentándome con una sola mula de carga, usándola también inclusive para el transporte de las colecciones de muestras científicas reunidas en el camino, hasta tanto que se ofrecían oportunidades o bien para adelantar estas colecciones a la posada determinada para concluir la jornada o, en caso dado, para despacharlas directamente a mi tierra. Sin rodeos confieso que mis ansias de extender las posibilidades de viajar llegaban hasta el punto de subordinarles aun los gastos de transporte de muestras, prefiriendo mantener limitado el volumen de ellas. Pero tan solo con una bestia de carga y otra para montar, la previsión aconseja disponer para viajes prolongados de por lo menos un animal de reserva, tanto para cambios a fin de evitar excesos de cansancio como para tener reemplazo a la mano en casos de lesión o accidente. El caballo lo había escogido para sustraerme a las molestias provocadas por el paso sumamente duro ostentado por mi mula de silla en la travesía de trayectos planos, pero advertido por el sinnúmero de dificultades experimentadas con el animal, probablemente preferiría para otro viaje sustituir los dos, la mula regular y el caballo, por una sola mula de silla de mayores cualidades.

Por su seguridad personal el viajero en Colombia ha de preocuparse solamente en tiempos de revolución, pues a diferencia de las condiciones que prevalecen tanto en la madre patria como en Méjico, el bandolerismo en Colombia no ha ganado terreno, excepto contados asaltos relatados desde el Estado del Cauca como ocurridos aun en tiempo de paz. Por lo tanto no necesitaba de escolta, pudiendo limitarme a un solo muchacho para hacer las veces de arriero lo mismo que de sirviente. Encontrar el candidato adecuado no es nada fácil en Bogotá, toda vez que su capacidad de resistir las fatigas del viaje ha de ir combinada con la de manejar los animales, esperándose además que tenga noción de aseo y que sea honrado, servicial y simpático. Para mi último viaje la suerte me ayudó a encontrar en la persona de Adolfo Duarte a un muchacho de tales características, motivo para mí de guardar de él buenos recuerdos.

Fijado el día de mi partida, mandé recoger las mulas de un potrero vecino donde estaban para descansar y recuperar las fuerzas gastadas en su viaje anterior, para hacerles pasar la noche víspera en el establo al lado de mi caballo, siempre guardado allí a mi disposición. Las petacas preparadas, con el peso cuidadosamente compensado entre sí, se cargan a lomo de la bestia. Para

empezar, a esta se le mete una manta o estera, el llamado sudadero, para luego colocarle la enjalma, un artefacto hecho de yute y bien empajado, encima del cual ahora llegan a parar las dos petacas. De lado a lado y bien balanceadas se las amarra con lazos atados alrededor del cuerpo del animal. También la cabalgadura está ensillada y embridada. Con el objeto de adaptarla a las condiciones particulares del uso, la silla de montar colombiana destinada al viaje es de construcción específica, terminando en elevación paulatina, tanto en la parte delantera como en la trasera, para así asegurarle postura más firme al jinete tanto en las subidas como en las bajadas del camino. Además va forrada en cuero para la misma finalidad, en tanto que una perilla de arzón de tamaño adecuado provee el punto de amarre en casos de enlazar caballos o reses. Regiones hay donde la baticola acostumbra completarse con correas delantera y trasera del arnés, tendiendo a evitar que la silla resbale en subidas y bajadas de marcado declive o que la baticola se rompa. Siendo las cabalgaduras colombianas demasiado boquiduras para montarlas a bridón, es costumbre apoyarse sobre un bocado notable tanto de tamaño como de peso, suficiente para obligar aun a los animales ordinarios a adoptar un modo suave de andar, desde luego con la necesidad de quitarlo para abrevarlos. Más abajo de la brida está ajustado el cabestro, elaborado de tiras torcidas de piel de buey, cuyo terminal acostumbra anudarse a la silla. Las bridas, hechas del mismo material, suelen terminar en una prolongación que hace las veces de látigo. Al igual que de soporte, los estribos de cobre sirven para proteger los pies contra el roce molesto con las malezas y piedras a los bordes del camino, pero con las desventajas de su considerable peso y el calor que desarrollan.

Ocupado en consideraciones sobre la alternativa de adquirir en propiedad o bien una de aquellas sillas colombianas o un galápago estilo europeo, quedé sorprendido con el regalo que me hizo el señor Gastrell de su galápago inglés con los arreos como accesorio, borrando así de una sola vez el objeto de mis preocupaciones. A pesar de todas las prevenciones recibidas sobre lo inútil del regalo precioso para la realización de mis proyectos, me cabe declarar, con base en experiencias adquiridas en viajes por caminos de la peor clase y de meses de duración, que me ha prestado servicios satisfactorios, con desventajas insignificantes. Un suplemento práctico de los estribos quizás podría constituir una especie de zapato de caucho insertable en ellos para prevenir contra el efecto de la humedad de la lluvia.

También mi vestimenta personal representaba un acomodo apenas parcial al traje de viajero colombiano. Muy prácticos y mejores aún que los casquetes de usanza en la India, me parecen los sombreros jipijapa, que, provistos con su envoltura de lienzo o de tela encauchada respectivamente, ofrecen excelente abrigo tanto contra el calor como contra la lluvia y el frío. La ruana, en cambio, estorba el libre movimiento de los brazos y los zamarros dificultan el caminar, inconvenientes que para el científico viajero, los condenan por inservibles. Polainas bien ajustadas, que mandé hacer del mismo material de los zamarros, resultaron para mis fines de

eficaz protección contra los efectos tanto del mal tiempo como de los caminos defectuosos.

Lista al fin mi pequeña caravana, salimos de las hileras de casas de Bogotá para entrar al paisaje de la sabana. Para las primeras horas, que se gastan en general para atravesar la altiplanicie, fácilmente habríamos podido tomar un coche, si no fuera por los inconvenientes de quedar limitados en nuestras observaciones, y de aumentar innecesariamente el uso de nuestros fondos de viaje, sin contar nuestra preocupación de que la pasada sobre ruedas por las hondonadas llenas de fango, que cubren la vía, posiblemente nos traería mayores molestias que tomándolas montados. Pero, como para sacarnos de estas divagaciones, la carretera de golpe terminó, para dejarnos a ojos vistas sobre el camino de herradura como único medio de seguir adelante, por semanas y por meses venideros. Pero ¡qué clase de caminos son estos! Admitido sea que el camino de Honda a la sabana de Bogotá no es el mejor del país que digamos. Pero de su error de calificarlo por otra parte como el peor de todos no tardarán en convencerse aquellos ingenuos extranjeros apenas lleguen a viajar por algún tiempo en Colombia. Ahí tenemos por ejemplo el interminable de arriba abajo, aun en trayectos fáciles para evitarlos. ¿Qué otra explicación diferente de aquella de acaso procurarle al viajero el panorama más bello posible, para llevar la vía precisamente encima del pico más elevado, si al lado nos toca observar la cumbre a varios centenares de metros más abajo? ¡Qué decir de un camino que en su curso por la pendiente de un valle respeta toda quebrada para bajar hacia ella y luego volver a subir por la estribación siguiente, en lugar de aprovechar el recodo del valle lateral! Angulos de elevación entre los 25 y 30 grados no constituyen ninguna excepción y hacer zigzag para vencer pendientes pronunciadas a menudo es el único remedio que les queda a las mulas para pasarlas. De tornarse resbaloso un tal camino de superficie arcillosa a consecuencia de un aguacero, el jinete se ve obligado a desmontar, para así ayudar al animal a alcanzar la altura, en tanto que en la bajada la sensata mula suele apoyar sus patas delanteras contra el piso, para deslizarse por la pendiente resbalosa a manera del alpinista enfrentado a un campo cubierto de nieve. Los aguaceros fuertes y duraderos vuelven fangoso el piso, para hacer hundirse las bestias a más de la rodilla, estado del camino que en trayectos cubiertos de monte se mantiene prácticamente durante todo el año. Los bueyes, acostumbrados a pisar las huellas de sus precursores, van creando así huecos llenos de lodo, separados por una especie de pequeños tabiques formados por el mismo piso a través del camino. El caballo, siempre tratando de pisar estos tabiques, infatigablemente se resbala, en tanto que la mula, aparentemente dotada de más sentido para el caso, mete las patas dentro de los huecos, pero de ser estos muy hondos, también provocan el tropezón de la bestia, hasta el punto de que animales de talla menor, al perder el apoyo de las patas, a veces quedan colgados, balanceando sobre su barriga en el “tabique” como único soporte. De poco provecho resultan por lo general las mejoras ensayadas mediante empedrada o colocación de palos rollizos en las partes más afectadas del camino, ya que debido a la ejecución defectuosa de tales obras y a falta de

mantenimiento posterior, dentro de poco todo se vuelve peor que antes. Hay veces que escalones de piedra de más de medio metro de elevación atraviesan la vía, obligando al animal a dar el brinco para vencerlos, bien sea hacia arriba o para abajo, según el caso. Claro está que en estas situaciones el jinete apretará al máximo las piernas, para llegar, por último, a agarrarse de las crines del animal en defensa de su postura. Andando de Vélez al Carare, me tocó pasar por semejantes escalones alternados con lodazales de igual profundidad. Harto cuidado requiere el paso a lo largo de aquellas quebradas estrechas, para evitar un roce desagradable de las piernas con las paredes laterales, sobre todo al encontraras con una caravana de bestias de carga, animales que ninguna atención prestan a evitar choques, en su afán por asegurar ante todo el paso menos arriesgado para sus patas.

Unicamente los caminos transitados tienen puentes para pasar todas las quebradas y los ríos. Al efecto ya los virreyes españoles mandaron construir imponentes puentes de piedra para cruzar los ríos de la sabana con sus orillas harto pantanosas. En época más reciente, se tendieron sólidos puentes de hierro, cruzando varios de los ríos más importantes, entre ellos uno sobre el río Magdalena cerca de Girardot. Para el paso de ríos de menor anchura a menudo se encuentran puentes de madera abrigados con techo o construidos de bambú americano. Unido este material, de por sí elástico, por medio de bejucos en lugar de clavos y ganchos, a los primeros pasos y por esa causa el puente entra en movimiento tambaleante de tal manera que la mula, temblando de miedo y solo al recibir espolazos, resuelve seguir, a menos que se la lleve de cabestro. A menudo el uso de tales puentes queda restringido a peatones, al igual que los puentes de cuerdas, todavía en uso en ciertas regiones como en la época precolombina, que apenas permiten la llevada de mercancías, pero sin prestarse para el transporte de animales. Funcionan por medio de una soga fuerte, hoy a menudo sustituida por un cable de acero, amarrada a cierta altura en árboles de orilla a orilla, deslizándose por la cual se tira un cesto con personas y objetos adentro. Los pobres indios, en cambio, acostumbran cruzar sin tal auxiliar, suspendiéndose de la soga para hacer el viaje, agarrados de manos y piernas en ella. El cruce de ríos de mayor caudal y con menos peligro de tropezar con piedras se realiza en canoa, llevando desde a bordo de cabestro y a nado los animales previamente desensillados. Aun así, expertos aseguran que el esfuerzo exigido a la bestia equivale al demandado por todo un día de viaje. No obstante, casos hay en que el hombre, logrando pasar el río crecido, sea por puente de cuerdas o por lancha, habrá de dejar atrás sus animales, lo que de hecho significa interrupción total del tráfico de mercancías y en gran parte también de el de personas, situación carente de todo recurso momentáneo. Arroyos de menor caudal suelen dominarse a vado, arremangando tanto hombres como mujeres sus vestidos para no mojarlos. Por suerte, a veces encuentran quien los lleve en ancas de su cabalgadura. Pero aun la travesía a caballo viene encerrando sus peligros, debido al aumento increíblemente brusco y voluminoso del caudal que amenaza hasta en los riachuelos más insignificantes y normalmente casi sin agua. Crecidos en cuestión

de horas o durante la noche a consecuencia de un aguacero caído más arriba, se convierten en raudos torrentes imposibles de cruzar. Las corrientes de la montaña de cauce mayor son muy impetuosas, aun en épocas de bajo caudal, ostentando rocas de tamaño imponente y cantidades de piedras rollizas en su lecho. Alzando las piernas al máximo y agarrándose solamente con los muslos apretados al animal, el jinete se esfuerza por guiarlo contra la corriente, procurando por lo demás dejarlo en libertad para buscar su camino, pero listo a todo momento para ayudarle por medio de las riendas. Dura es la lucha de la cabalgadura contra el embravecido elemento. A menudo va pisando las piedras invisibles acumuladas en el fondo de la corriente, para sufrir el tropezón subsecuente. ¡Ay del jinete cuyo animal tenga la mala suerte de perder el equilibrio, y pobre el jinete que llegue a marearse con el efecto de estorbar el paso de suanimal en semejantes circunstancias! A menudo tanto el hombre como su bestia son llevados por la recia corriente, para encontrarse luego los cadáveres de ambos en un sitio muy río abajo. Elemental medida de precaución es por lo tanto la de informarse con los conocedores de la vecindad acerca del estado del paso, para abstenerse de maniobras temerarias. En los llanos orientales existen pueblos enteros completamente aislados a consecuencia de tales condiciones hasta por medio año o más. Siendo demasiado raudos los ríos para pasarlos en canoa y demasiado anchos para tenderles puentes de aquellos comunes de madera, los puentes de construcción en hierro quedarán como única solución. Pero es imposible calcular el tiempo que pasará antes de terminar semejante obra en toda su magnitud.

Muchos trayectos hay que están bordeados por casas o ranchos en número suficiente para encontrar por lo menos uno cada par de minutos, y que pasan por pueblos, a su vez, de tres a cuatro horas de distancia, siendo varios de ellos los que solemos pasar en una jornada. En cambio, también es posible viajar horas y horas cruzando montes, lo mismo que fríos páramos y otras soledades, sin encontrar ni rastro de colonización humana. Largos son a menudo los intervalos en que se encuentran solitarios jinetes o viajeros a pie. Pero no faltan las ocasiones en que de golpe el camino está poblado de transeúntes, muy a semejanza de nuestros caminos vecinales. Mucho depende del día de la semana que toca pasar por cierto camino, ya que la magnitud del movimiento concuerda en su mayor parte con el día de mercado que rige para la población más cercana. Desde tempranas horas de aquel día o también en la víspera los campesinos suelen dejar sus ranchos, bien cargados sus caballos o mulas y hasta sus propias espaldas para dirigirse al pueblo con el propósito de vender en el mercado tanto los productos derivados de su tierra como sus aves y marranos, y adquirir, por otra parte, las cosas que precisan. Después, o sea por la tarde o apenas al día siguiente, todo el gentío se mueve en sentido contrarío para regresar a sus viviendas. Riéndose a boca llena o charlando, a veces tocando su tiple o bandola, van adelante por su camino, respondiendo humildemente las preguntas del distinguido caballero y siempre listos a servirle. De vez en cuando nos encontramos con caravanas mayores de mulas, conducidas e incitadas por algunos arrieros bajo constantes gritos y exclamaciones. Determinar el contenido

de su cargamento por lo general no es difícil para el espectador. De esas redes van brotando gruesos trozos de sal de roca sin refinar. Aquellos zurrones están repletos de miel de caña. Aquí vemos sacos de café y de corteza de quina. Aquella bestia está cargada de fardos de tela de origen europeo, mientras las cajas a lomo de otros animales contienen artículos manufacturados de diversa índole. Ahora encontramos una caravana de bestias escoltada por todo un destacamento de soldados, construida por el correo de valores declarados que viaja mensualmente por todo trayecto. Aquel es un grupo de caballeros o una familia bogotana en viaje a la hacienda o al veraneo. Al caballero le sigue la señora y a ella las señoritas con la cara cubierta con un velo a fin de proteger la tez contra el polvo y los rayos del sol. Luego vienen los niños en brazos de un peón, la cocinera y otros sirvientes, para terminar la caravana con varias bestias cargadas de los útiles requeridos para pernoctar. “!Dios mío! ¡Qué mal camino! ¡Qué calor tan sofocante! ¡Qué posada, tan terrible!”. Así las exclamaciones que llegan a nuestro oído. Pero de alegría lo mismo que de admiración por la belleza del paisaje, ni palabra. Medio dormidos siguen su viaje, encontrando belleza tan solo en aquel camino que permite su paso rápido, exactamente al estilo de los agricultores de nuestra tierra.

En tanto nos mantengamos sobre el camino real o el camino de distrito, no hay peligro de extraviarnos, pues por poco que se hace para mantenerlos, tanto su anchura como el número de trillas casi siempre los hacen contrastar lo suficiente con las vías laterales que conducen apenas a ranchos un tanto retirados. Es precisamente la exuberancia y el estado intransitable de la vegetación tropical lo que hace resaltar tanto más los caminos de uso algo frecuente, así que el peligro de perder los rastros de la vía prácticamente no existe sino en el páramo y la estepa de los llanos. Las contadas veces que yo me extravié casi todas ocurrieron por haberme confiado a un guía que pretendía conocer el terreno, recurso a que acudí a falta de otros, cuando ni el mapa de Codazzi, con su escala de 1:810.000, que siempre portaba, ni los escasos conocimientos de mi ayudante ofrecían otra solución. Las informaciones naturalmente solicitadas a ratos, tanto en los ranchos como a los transeúntes, no pasan de referirse a la dirección del camino y a determinadas casas o tiendas existentes a su lado. Sobre cosas esenciales para el conocimiento del viajero no es posible obtener indicación alguna, ni de parte de caballeros que recorren el trayecto a lo menos dos veces por semana. Es peor aún cuando informan pero incorrectamente, ya que el colombiano ilustrado se cuida de admitir su ignorancia en materia cualquiera. Sucede así que en muchas regiones los caminos de la peor categoría se describen como buenos, calificándose en otras de absolutamente intransitables las vías que se presentan luego como del todo aceptables. Pero el colmo de la inexactitud lo he venido experimentando en las informaciones sobre el tiempo requerido para recorrer determinada distancia, dato que tampoco del mapa se puede deducir, ya que para la unidad de kilómetro que en lo plano tal vez demandaría seis minutos, se necesita un cuarto de hora en buen camino de montaña, en tanto que media a tres cuartos de hora en pasajes difíciles. La mayoría de la gente, especialmente la que

reclama poseer ilustración, suele indicar las distancias en leguas y cuadras, medidas que de por sí netamente geométricas, en la montaña han llegado a formar cosa intermedia indicativa tanto de distancia como de tiempo [3]. Carente de reloj y poco preparada para apreciar la hora por la altura del sol, la gente suele equivocarse bastante en sus indicaciones dependientes de la hora. Como regla general el interesado hará bien en aceptar con reserva las contestaciones que reciba en cuanto a horas por gastar, especialmente de los llamados caballeros, quienes, gustando de ufanarse de su rapidez en viajar, y montados sobre cabalgaduras descansadas, obviamente le ganan en alcanzar el pueblo más cercano al viajero en ruta ya hace semanas y dedicado a sus observaciones científicas. Con frecuencia el número de horas se afirma como "humo de paja" o tal vez más preciso todavía, circunscribiéndolo con frases como esta: Saliendo de A. al amanecer, usted llegará a B. a la hora del desayuno. Preguntado en el camino un pobre indio por la distancia hasta el pueblo venidero, contestará probablemente con un "pues todavía está lejos", lo que probablemente en la realidad se traduce a la necesidad de cabalgar de 2 a 3 horas más. Pero aun la respuesta "ya está cerquita" o aquella dada en doble diminutivo y en tono canturriado y arrastrado "es cerquitica" o "aquí nomasito" no se puede tomar en serio tanto como para esperar encontrar la buscada posada a la vuelta de la esquina, siendo más probable, en cambio, encontrarla a media hora de distancia o más, para seguir sufriendo entretanto y bajo el efecto del espejismo de aquella información doblemente, el ardor del sol, junto con el hambre y la sed.

Hoteles, propiamente dichos, no los hay sino en las ciudades de mayor categoría, accesibles por las vías principales. Pero sería un error imaginarios al estilo de nuestros grandes hoteles europeos o con comodidades a la altura siquiera de las ofrecidas por una hostería alemana de tercer orden. Muy contadas son las veces en que el viajero puede obtener su pieza individual, por pequeña que sea, ya que en su mayoría los hoteles no disponen sino de una o dos salas de alojamiento de a cuatro camas y con uno o dos asientos como único moblaje adicional. El lavabo, de haberlo, se encuentra en la antesala, junto con peine y cepillo de dientes para uso común. La suciedad que predomina tanto en los patios como en ciertas localidades de tales hoteles es indescriptible, especialmente en los de tierra alta.

Para sustituir las hospederías, ausentes en la mayoría de los pueblos, por lo general una o dos familias se ofrecen para albergar y alimentar a los pocos caballeros transeúntes, a expensas módicas. Al viajero malogrado en su esfuerzo de alcanzar el pueblo más cercano a menudo no le queda más remedio que el de alojarse en una de las tiendas levantadas al borde de la vía con destino a dar posada a los arrieros. Numerosas son tales tiendas en los caminos más frecuentados, donde los transeúntes encuentran guarapo, chicha y aguardiente, sus bebidas nacionales predilectas, para apagar la sed, pudiendo a la vez aprovisionarse de pan, espermas, fósforos, alpargatas, jabón y otros menesteres y deleitarse con una sopa. Con suficiente espacio y buen potrero disponibles, tales tiendas en dado caso llegan a convertirse en posadas, pero con una estera o piel

de buey tendida en un fragmento del piso como único lugar de alojamiento para el huésped.

Casi desconocida es la manera importuna con que los criados de nuestras hosterías alemanas a menudo acostumbran insistirle al viajero a quedarse. Por el contrario, no es raro el caso que el dueño de la casa con franqueza le recomienda mejor oportunidad de alojarse a media hora más adelante. Exceptuada como natural la actitud acostumbrada por las posadas situadas al lado de las vías más frecuentadas, el hospedar a un viajero acomodado, menos que una oportunidad de sacar provecho suele tenerse como ocasión de servirle, hecho que también se refleja en la cuenta, cuyo monto apenas en casos contados viene pecando por alto. Así que, aun en el hotel, se impone la costumbre de pedir el favor de un alojamiento.

En el curso del viaje por caminos a través de regiones poco pobladas puede presentarse la necesidad de buscar hospedaje en una hacienda, y aun en el rancho de un pobre indio. En semejantes situaciones, y también en casos de haberme acercado con carta de recomendación a viviendas de colombianos ilustrados y acaudalados, siempre he encontrado la más amable y atenta acogida, si bien esta no se iguala a la amplia hospitalidad encontrada y referida por visitantes de otros países suramericanos. De palabra el colombiano, sin dejarse rogar ni tener motivo para hacerlo, suele ofrecer a su huésped toda clase de buenos oficios, inclusive poniéndole a la orden su casa, su caballo y hasta su familia. Pero el extranjero ha de guardarse de aceptar tales ofrecimientos de buena fe. Basándome en mis propias experiencias admito haber encontrado más hospitalaria y sincera la gente de las clases bajas, de sangre principalmente india. Innumerables veces me ha tocado pernoctar en sus ranchos, desde luego compensándole a la dueña sus gastos y molestias, pero sin casi nunca haber sufrido desacuerdo en cuanto al monto. Viajeros hay que pretenden haber conseguido alojamiento y alimentación tan solo a base de amenazas; pero a mi parecer la culpa será de ellos mismos, pues humano es rechazar un servicio indebido, tanto más al ser solicitado en forma equivocada. A menudo el humilde indio empieza por declinar la solicitud, convencido de lo inadecuado de su rancho mezquino como para albergar a un extraño, a quien considera semidios, lo mismo que de la miserable alimentación que sería capaz de ofrecerle. Pero fácilmente llega a convertirse en el más atento y más amable de los posaderos al anticiparle su huésped la certeza de contentarse con todo y de completar sus necesidades con mantas y provisiones de su propiedad. Y preguntada la mujer en el momento de su salida por el valor del servicio prestado, acostumbra o bien mencionar un importe módico o pedirle a su huésped en forma un tanto desconcertada el favor de fijarlo por su parte, rogándole a la vez excusar lo deficiente de la atención. Tan solo en regiones montañosas apartadas, y, por lo tanto, casi nunca visitadas por gente extraña, la negativa a la solicitud de posada, por más comedidamente que fuere presentada, suele mantenerse en pie. Pero aun en tales circunstancias confieso siempre haber encontrado gente de buen corazón, dispuesta a evitarme

la necesidad de pernoctar al aire libre, si bien a veces a costa del inconveniente menor de prolongar mi jornada aún en la oscuridad. Tan solo a falta de toda morada humana, por ejemplo en la selva o en las estepas de los llanos o ante la imposibilidad de pasar en una sola jornada la ancha cumbre de una cordillera entrometida entre las regiones pobladas, el viajero a veces se ve enfrentado a la necesidad inevitable de pasar la noche, sea en alguna cueva o a la intemperie.

Llegado a la posada, el viajero dedicará su preocupación principal no a su bienestar personal sino al cuido de sus bestias, a tal extremo que a veces este principio encierra la necesidad de hacer concesiones al alojamiento propio en bien de la disponibilidad simultánea de un buen potrero con pasto suficiente para alimentar los animales y restaurar sus fuerzas con mira a la jornada venidera. Contadas son las regiones donde se acostumbra mantener las bestias de noche en el establo suministrándoseles su forraje allí mismo. Preferible es dejarlos en un potrero cercado, con libertad de revolcarse a gusto, facilitándoles así la manera más efectiva para su descanso, pero, luego, con la precaución anticipada de asegurarse su amo en todo caso de todos los requisitos, tales como distancia de la posada, estado de las cercas, suficiencia de pasto y otros. Y aun antes de soltar los animales, el viajero preocupado por su buen estado y bienestar, les brindará como ración adicional un tanto de cebada y alfalfa, o de caña de azúcar y pasto guinea, todo según la región, o, a falta de esos bocados, un poco de maíz en grano y salvado, aprovechando el rato mientras que así se deleitan para inspeccionar su lado físico, así sea las orejas por garrapatas arraigadas y el lomo por eventuales heridas causadas por presión y fricción, sea de la silla o de la carga.

Ahora al estómago del viajero le está llegando el turno para recordar sus aspiraciones, toda vez que el almuerzo lo habíamos tomado ya antes del mediodía, para seguir en camino hasta el momento de llegar, o sea el de ponerse el sol. Pero pasada ya la hora acostumbrada para comer, tenemos que aguardar de una a dos horas más todavía, o sea hasta cuando se nos prepare comida aparte, tiempo largo sí, pero indispensable, puesto que la estufa rara vez es del tamaño suficiente para preparar más de un plato al tiempo. A la minuta de los manjares no hay nada que objetar, especialmente en las posadas de categoría un poco más elevada. Valga un ejemplo: principiando con la sopa, sigue un plato de huevos preparados a gusto, para luego continuar con la carne, papas, arroz, plátano, yuca y arracacha y para terminar en una taza de café o chocolate. Pero lo que deja mucho que desear es la preparación de las cosas servidas, comenzando por la carne, cuya dureza a menudo la hace indigestible. Como agravante viene el hecho de hervir o freírse todos los alimentos en una manteca de cerdo repugnante. Así las cosas, resulta explicable que el día de resolver la posadera sacrificar un pollo, para nosotros obviamente pasaba a la categoría de los días de fiesta. Desde luego, las posadas, tanto de los pueblos inferiores como en las tiendas al lado de la vía, requieren que el viajero reduzca sus aspiraciones todavía en otro tanto. Allí forzosamente una mazamorra, o sea sopa hecha de harina de

maíz y papas, constituiría toda la comida, a menos que el huésped como medida de previsión llevara consigo una carne enlatada y unas tablillas de chocolate. Otra posibilidad de mejorar el surtido en alimentación la ofrecen las frutas, muy abundantes y deliciosas, especialmente en las regiones más cálidas. Poco acostumbrados los nativos a comerlas, lo que se dificulta en su consecución, a no ser que el viajero resuelva cogerlas directamente del árbol en su paso a caballo. Las más sabrosas son para mí las naranjas, que se dan en abundancia en tierra templada, siendo los mangos, lo mismo que los plátanos y las piñas, en cambio, sospechosos de favorecer la contracción de una fiebre. Ni las manzanas, ni los duraznos, ambos de inferior calidad, invitan a saborearlos. Un placer costoso resulta en Colombia el tomarse una botella de vino, quedando difícil además establecer si realmente contiene el buen jugo de la uva. Cerveza alemana casi no se consigue, y de encontrarla, su precio es de 5 reales, equivalente a dos marcos, la botella pequeña. En algunos sitios de clima fresco se ofrece la cerveza criolla, sencilla y muy carbonatada, al estilo de la “Grátzer” nuestra. Pero las bebidas colombianas ordinarias siguen siendo el guarapo y la chicha; aquel es la savia de la caña de azúcar, diluida y fermentada, y muy apreciada en las regiones templada y cálida, mientras que la otra, elaborada de los mismos ingredientes, pero con harina de maíz machacada añadida, es de consumo preferido en las zonas altas. Para el arriero colombiano ambas bebidas a menudo constituyen su alimento exclusivo, gozando de tanto más aprecio cuanto la fermentación prolongada las haya tornado vinagrosas y embriagantes. También el viajero extranjero por más repugnancia que tanto el olor desagradable como la preparación poco apetitosa le causen, habrá de vencer su aversión inicial ante las muchas veces amenazante escasez de agua potable, para llegar a apreciar más tarde sobre todo el guarapo poco fermentado como bebida que apaga la sed.

Desgraciadamente, al viajero científico por lo general le queda vedada la participación en las charlas y bromas que los viajeros comerciales y turistas suelen sostener con los posaderos mientras estos van preparando la comida, como tampoco puede permitirse el lujo de pasear con ellos por las calles del pueblo. En cambio, al terminar su jornada, ha de dedicarse a la tarea de conservar sus observaciones hechas durante el día en forma tal que queden fácilmente explotables más tarde, sea por él mismo o, en caso dado, también por otra persona. Al efecto precisa perfeccionar sus apuntes hechos a la ligera, sea estando de pie o a lomo de su cabalgadura, lo mismo que dibujar cuidadosamente el mapa con ayuda del compás y transportador, no olvidándose tampoco de registrar sus impresiones más importantes en el diario y de dejar bien rotuladas las piedras coleccionadas, etcétera. Admito que a menudo me cuesta gran esfuerzo el sentarme al final del día a realizar semejantes tareas, pero de ejercer así la voluntad no se puede prescindir, a no ser a costa de perder por lo menos parte de los resultados del viaje. Para el efecto naturalmente es necesario llevar papel y tinta, de buenas velas ni hablar, ya que la luz insuficiente producida por las espermas ordinarias de sebo, acostumbradas en todas partes, pronto llegaría a dañar la vista. Cierto que la luz diáfana alcanzada por mis velas de parafina

montadas en mis cómodos candelabros de cobre reducibles, a menudo han llenado de admiración y asombro a la gente que a manera de espectadores solía rodearme en mis trabajos. Terminada la tarea y tomada la comida con mayor o menor satisfacción, ha llegado el momento de tomar asiento, siquiera por un rato, en frente del albergue, sea para gozar del aire delicioso de la noche en charla con los demás presentes o para meramente dejar vagar la imaginación por instantes hacia la patria lejana. Por fugaz que sea, este rato es el más agradable del día. Luego a retirarse al alojamiento arreglado entretanto por la posadera o el ayudante.

En las regiones cálidas es muy habitual dormir en catre o cuja, muebles criollos ya conocidos desde nuestro viaje por el río Magdalena y su continuación por tierra de Bogotá a Honda. En el clima más fresco de las zonas de mayor elevación, en cambio, la cama de madera hace sus veces, equipada de un colchón delgado y mantas de lana en que suelen hormiguear las pulgas. Pero obligado a pernoctar en una de las tiendas comunes y corrientes, el viajero no tiene esperanza de encontrar semejante lujo. Todo lo que la tendera puede ofrecer son unas pieles de buey o esteras de paja que, tendidas sobre el piso sucio, sirven para alojar a los peones. Unicamente el viajero previsto que trae su hamaca, o mejor todavía, su catre de tijera, escapará a la necesidad de compartir tal manera desacostumbrada y desagradable de pasar la noche, entre hombres malolientes y faltos de todo aseo y sin remedio expuesto a los ataques de manadas de molestos bichos. Y aun así, el uso salvador de la hamaca por lo general se limita a regiones bajas, ya que en aquellas de mayor altitud surgiría el problema de la protección contra el frío, motivo por el cual allí ni siquiera están provistos de los acostumbrados ganchos para colgar tan importante accesorio. Pero, con todo, y a falta de alternativa, el viajero resuelve someterse a lo inevitable, compartiendo el espacio cerrado con seis a ocho indios en el estado ya descrito, que por largo rato todavía siguen fumando su cigarro. Lejos de constituir un placer el ambiente, tampoco es capaz de estorbar el sueño, que pronto llega a dominar al fatigado huésped, ansioso de restaurar así sus fuerzas gastadas en la extenuante jornada.

Día por día, a las seis de la mañana, el sol a su salida invita al durmiente a continuar su tarea. Habiéndose levantado ya un poco antes, mi ayudante, una vez completada su vestimenta con su ruana y jipijapa, únicas prendas que se quita para echarse a dormir la noche víspera, ya está en camino al potrero para traer las bestias, ocupación que requiere su media hora en promedio. Pero hay circunstancias adversas a este cálculo, empezando por la extensión del potrero, que suele influir sobre la cogida de los animales, lo mismo que su distancia de la posada es factor obvio, diferente en cada caso, para la traída. Ahora, imagínense mis lectores el susto mío en caso de regresar el muchacho con la noticia de no haber encontrado los cuadrúpedos en su lugar, habiendo escapado estos, favorecidos por un defecto inadvertido en la cerca, sea por descontento con el forraje o también movidos por el anhelo de regresar a su punto de partida. Rara vez, afortunadamente, es el robo la causa de la desaparición. Perseguir a los

fugitivos es la consigna del momento. Muchas horas y a veces días pasan a menudo antes de volver a encontrarlos y cogerlos. Estos eventos, aunque muy infrecuentes bajo la asistencia de un arriero cuidadoso, no son del todo inevitables, ya que numerosos caminos hay que carecen de potreros cercados a su lado. Era en el páramo que separa a Belén de Onzaga donde al tropezar con el problema no se me ocurrió otra solución que la de amarrar una de mis bestias con un lazo bien largo como para así dejar forraje suficiente a su alcance, en la suposición de que las otras dos al dejarlas libres, por compañerismo innato, irían a quedarse a su lado. Pero cuál fue mi sorpresa a la mañana siguiente al verme abandonado de todos los tres animales. Uno, o sea el que estaba amarrado, lo encontramos pronto y a poca distancia, todavía arrastrando el arbusto del amarre, que había logrado arrancar. Los otros dos, seguramente sucumbiendo a un capricho de independizarse, se habían alejado bastante más, descubriéndoseles con la ayuda de varios hombres enviados y con peticiones telegráficas dirigidas en todas direcciones apenas a los cuatro días, paseando alegremente en la cumbre más alta de la región.

Pero en general los animales están listos a la hora. Entre tanto también yo me había levantado y vestido, hasta con tiempo para adelantar una pequeña querella con la posadera, que se originó en mi empeño de conseguir prestada una jofaina. ¡Qué ideas tan extravagantes tienen estos extranjeros! Tan particulares parecen, que algún tiempo requiere el hacerse entender en cuanto al objeto deseado. Pero, en realidad, aun semejante reacción resulta concebible ante el hecho de que ni el pueblo, y de encontrarse de viaje, tampoco los colombianos instruidos, suelen apreciar la ceremonia del aseo personal. La vasija destinada con exclusividad a tal uso se considera curiosidad. En consecuencia, se me ofrece primero una totuma en uso para servir la chicha, para luego reemplazarla por un plato sopero común y corriente. Durante el proceso de bañarme a la medida posible, me veo rodeado por todos los habitantes de la posada, dedicados a observar tan raro espectáculo. Luego es preciso recordar y volver a recordar la preparación del desayuno habitual compuesto de una taza de chocolate, o, en Boyacá, de un caldo o de una aguasal, quiere decir agua caliente con grasa, sal y cebollas agregadas. Curioso parece que ese tipo singular de extranjero decline semejante plato tan sabroso, pidiendo en cambio dos huevos tibios para comérselos con su chocolate.

Por ahí a las siete o siete y media apuramos el desayuno al fin servido. Con las maletas empacadas y cargadas, la cabalgadura ensillada, y el barómetro lo mismo que los diferentes termómetros debidamente leídos, nos despedimos de la posadera con profusa expresión de nuestra gratitud, para, con todos los buenos deseos por su parte, empezar otra jornada al estilo y así sucesivamente día tras día y semana tras semana.

Explicable es la curiosidad exteriorizada por los colombianos al observar tanto mi persona como mi modo de obrar, siendo el viajero extranjero todavía por sí solo una rareza en Colombia, subrayada aún por su indumentaria tan diferente y, en mi

caso particular, por el hecho de caminar a menudo detrás de la mula, para llevar ante los ojos cosas tan extrañas como la brújula prismática o el aneroide de Goldschmidt, o para hacer apuntes en pleno camino o golpear las piedras con el martillo. La misma curiosidad la demostraron tanto los pobres indios como los caballeros, con la diferencia de que aquellos guardaron un humilde silencio, tal vez para después intercambiar entre sí observaciones a su modo, mientras que éstos se distinguieron por su modo de inquirirnos, tanto a mí como a mi ayudante, sobre mi persona y el objeto de mi viaje. Sometido un día por dos caballeros a una indagación especialmente inoportuna sobre mis conocimientos de los idiomas francés e inglés y otras materias, resolví responderles en forma un tanto reservada. En vía de explicación un joven viajero que encontré en la posada siguiente, admitiendo haber él sido uno de los interrogadores, me confesó que la curiosidad de los dos se habla despertado al oír exclamar detrás de mí a unas mujeres, “!a ver el loco!” con el deseo subsiguiente de establecer la verdad. ¡Qué bien que el examen al menos hubiera conducido a establecer mi estado de ánimo como normal!

Por lo general se me tenía, hasta en regiones bien apartadas, por minero en busca de yacimientos de minerales o por ingeniero ocupado en trabajos preliminares para la construcción de una línea férrea, ideas ni siquiera tan absurdas en cabeza de los colombianos, ya que en cuanto a minas y ferrocarriles están andando con tantas fantasías imaginarias. Del todo ajeno a su capacidad de imaginación es para ellos, y no solamente para gente de las capas inferiores, el comprender que a alguien se le ocurriera visitar al país sin tener en mente fines prácticos e inmediatos. La alusión a mis estudios científicos como motivo de mis viajes apenas provocaba la sonrisa indulgente de semejante tontería, a no ser que contestaran con el infame “¿quien sabe?” para indicar la sospecha respecto a fines adicionales ocultos. Al principio todo viajero extranjero se tiene por inglés en Antioquia, por alemán en Santander, y por italiano en Boyacá, en razón de predominar en los referidos Estados los ingleses como mineros, y alemanes como comerciantes, mientras al tercero, y más pobre, no llegan sino tenderos italianos. Por mi equipaje, demasiado reducido como para ser de un comerciante viajero, pero con unas estacas de mi catre plegable descollando, un tipo de imaginación llegó hasta tomarme por equilibrista de profesión. Son episodios como este los que evidencian la poca frecuencia de sucederse las visitas de europeos inspirados en investigaciones científicas o movidos por fines turísticos, rareza que por sí misma se va trocando en causa imborrable del buen recuerdo que por años se les acostumbra guardar a tales viajeros.

Tiempos abundantes en esfuerzos agobiadores y privaciones indecibles fueron aquellos que pasé en Colombia, pero a la vez ricos en información y enseñanza y para mí, por ende, en provecho y goce. Viajar en Colombia es, por cierto, bastante extenuante, mucho más fatigoso por ejemplo que una excursión realizada a pie por las montañas alemanas. Ventaja innegable para el viajero suramericano es la de andar montado, ventaja, empero, que con creces va compensándose al cargar

en el otro platillo de la balanza tanto los caminos en su estado a menudo indescriptiblemente defectuoso y con su continua sucesión de cuesta arriba y cuesta abajo, como el ardor sofocante del sol tropical. Al paso que donde nosotros al excursionista de noche por regla general lo acoge un albergue agradable con comida bien preparada, aquí el viajero ha de contentarse con un rancho sucio de alojamiento y platos mal acondicionados y con cosas a menudo indigestibles de alimentación. Sin duda es fácil soportar esto por un par de días, pero tampoco queda duda de lo fatigante y debilitante que resulta una vida así continuada por semanas y hasta meses. Y con todo ¡cuán poco significa en comparación con las penurias y privaciones inherentes a los viajes por el Africa y el Asia Central! La mejor prueba está en que en Colombia damas hay, contadas sí, que acostumbran viajar por el país durante algunas semanas ¡y por puro placer!

Como consecuencia natural del carácter montañoso del país unida a la permanente sucesión de valles cálidos y crestas de la montaña levantadas a regiones altas y frías, todo viaje en Colombia trae frecuentes cambios climáticos. Así que no es excepcional el caso de subir el viajero de la pura tierra caliente a una cresta elevada, donde un viento helado ha bajado la temperatura apenas cinco grados C., para volver a bajar luego a otro valle y pasar la noche en clima cálido, todo en un solo día. Pero también hay casos de pasar el día cabalgando para atravesar una llanura de tierra caliente y luego subir a dormir en una zona donde la temperatura nocturna hace congelar el agua. Para mí no hay duda de lo nocivas que son las constantes y bruscas alteraciones de temperatura para el organismo humano, sobre todo por cuanto le van causando fiebres o aumentando su susceptibilidad a contraerlas. Sabido es que todos los climas tropicales abundan en agentes transmisores de la fiebre, bastando a menudo un motivo inobservado para hacerla brotar. Colombia no queda exenta de tal peligro, tal vez excluidas las regiones montañosas de mayor altura, que parecen libres tanto de fiebres climáticas como de la tuberculosis pulmonar. En consecuencia son contadas las personas que, viajando por el país durante un tiempo más o menos largo, sin posibilidad de someterse a cuidados máximos, hayan podido esquivar sus ataques de fiebre. Por lo general estos, por fortuna, suelen limitarse a leves casos de malaria, a diferencia de las fiebres graves, endémicas en las regiones selváticas del Magdalena medio y sus afluentes, lo mismo que en el Chocó y en los llanos orientales, que hacen sucumbir a sus víctimas a veces al cabo de pocas horas, sin respetar ni extraños ni criollos ni la procedencia de estos, sea de las mismas tierras bajas o de las regiones montañosas. Fuera de las fiebres, son ante todo las enfermedades disentéricas las que cobran numerosas víctimas. Pero hablando en términos generales, me parece que en su aspecto climático Colombia abarca menos peligros para el viajero que el Africa tropical. Cierto es que su formación característica de país montañoso redunda en aumentar la frecuencia de contrastes por vencer con su efecto debilitante para la salud. Pero, por otra parte, la misma orografía sale en defensa de esta, por cuanto en un área total de muchos miles de millas cuadradas viene privando a la fiebre de sus condiciones malignas, ofreciendo aquellas zonas por la misma razón refugio recreativo al

organismo ya debilitado por las fiebres contraídas en tierra baja. En resumen, puedo asegurar que las fatigas y los peligros, que pueden afectar el organismo susceptible a la obra perniciosa de los agentes patógenos, no están tan generalizados en Colombia como en otros numerosos países, especialmente del Africa. Al efecto, los casos de encontrar la muerte por ataque de una fiera o por mordedura de una culebra venenosa o aquellos de caerse a consecuencia de los defectos de la vía o la malograda cruzada de un río, todos esos eventos son excepciones que amenazan la vida aquí, pero apenas con mayor frecuencia que los accidentes ferroviarios, los incendios de teatro y otras desgracias que ocurren en nuestra tierra. La población misma no constituye peligro para el viajero. Andando continuamente armado de revólver, afortunadamente nunca me vi en el caso de usarlo, ni por vía de amenaza. Molesta resulta a menudo la indolencia de la gente, con la pérdida de tiempo y trabajo evitable, impuestos como consecuencia; pero el enfado así provocado no llega a calar hondo, limitándose más bien a aquel calificado como “pequeño fastidio causado por el paje del propietario granjero” (lütten Hawjungensarger) por el escritor Fritz Reuter en uno de sus deliciosos relatos por boca del gran personaje, que es su “tío Braesig”. Pero tales molestias de menor cuantía pueden reducirse si el viajero se previene contra situaciones de dependencia absoluta de la gente, empezando por comprar sus bestias en lugar de tomarlas en alquiler. No es más que justo afirmar que mientras me cuidaba de exigirles esfuerzos desmesurados, los colombianos siempre se me han mostrado complacientes, especialmente los de las esferas inferiores, y esto no obstante lo dudoso que para ellos quedaba el objeto de mis viajes y lo franco de mi criterio expresado sobre la situación en Colombia bajo sus diferentes aspectos.

Con la misma franqueza admito que los esfuerzos y las privaciones, en unión con el cansancio y la enfermedad a veces amenazaron ganar la supremacía, hasta el punto de provocarme renegar de la vida viajera, para extrañar las condiciones apacibles de mi casa en tierra lejana. El clima de la tierra baja tropical con su calor apenas disminuido durante las noches, produce en el extranjero de origen nórdico un efecto de cohibición limitativo de su agilidad mental y su fuerza emotiva, condiciones que pronto mejoran en las regiones de mayor elevación sobre el nivel del mar, con su aire enrarecido y su temperatura más baja. En las horas del mediodía el sol también aquí produce su calentamiento bastante intenso, dejando en cambio las mañanas y las tardes en un ambiente de acabada belleza y propicio para el despliegue de las capacidades mentales. Cierto es que tales condiciones también invitan a pensar en los familiares y amigos, pero libre del anhelo de regresar a donde ellos, a veces provocado por el molesto estado febril, sino, al contrario, ansiando su presencia aquí para compartir con ellos tanta belleza de la naturaleza. Indecible es la sensación emanada de la vida independiente, del contacto íntimo y permanente con la naturaleza y de la abundancia de las impresiones variadas y a diario renovadas con que los viajes prolongados por los Andes colombianos recompensan todas las adversidades pasadas. A menudo el corazón del viajero se llena de júbilo ante el encanto creado por la belleza tan esplendorosa del paisaje que, como impresión imborrable de su alma sigue

acompañándolo, haciéndole olvidar todo lo penoso de sus viajes para siempre recordar con fervor las montañas de Colombia, coloreadas de azul en bellos matices.

(1) Famosas ediciones alemanas de guías de viajes.

(2)Para negociar caballos y mulas se ha mantenido la costumbre de expresar su precio en pesos sencillos, de ocho reales cada uno, o sea equivalentes a 3,20 marcos alemanes.

(3) El antiguo sistema granadino de medir tenía las siguientes equivalencias: 1 legua = 62½ cuadras = 5.000 metros; 1 cuadra = 100 varas = 80 metros; 1 vara = 0.8 metros.

Estructura de la montaña y niveles de altura

La cordillera de Bogotá, o de Cundinamarca como mejor la llamaremos, es una grandiosa montaña con picos de más de 4.000 metros de elevación sobre el nivel del mar. Si aun así todavía cede su lugar a otros gigantes andinos de mayor altura, esta no es alcanzada por ninguna de las numerosas cimas de los Alpes alemanas y austriacas. Midiendo su extensión a lo ancho desde el río Magdalena hasta los llanos orientales, llegamos a las 20 millas alemanas, o sea 160 kilómetros, igualando por lo tanto la de los Alpes suizos, más o menos.

Las cúspides mayores de los Andes de Chile, Bolivia, Perú y Ecuador, lo mismo que las de la Cordillera Central Colombiana, son volcanes, bien activos o ya apagados. Tan solo el lugar predestinado que vienen ocupando en los relatos de los viajeros ha podido transformarlos en una hilera imaginaria de volcanes en plena erupción. Pero en modo alguno los Andes tienen las características de montaña volcánica, ya que los volcanes emanan de altas estructuras rocosas de orden bien diferente. En la Cordillera Oriental colombiana no hay ni un solo volcán, a pesar de todas las aseveraciones que sobre la existencia de rastros volcánicos se han venido haciendo. Tanto así es que en la Cordillera de Cundinamarca ni formaciones cristalinas de origen antiguo se encuentran, tales como el granito, el pórfiro, el gnéisico, el esquisto de mica y otras, apareciendo estas apenas en la parte septentrional de la cordillera. En cambio, todas las masas de piedra que componen la cordillera de Cundinamarca, son de origen sedimentario, encontrándose en vía de prueba conchas petrificadas hasta en las regiones más elevadas de la montaña, muy especialmente amonitas, a menudo de apreciable tamaño, animales marinos de aquella época geológica que lleva el nombre de cretáceo, en consonancia con la apariencia de tales animales en las costas de los mares Báltico y del Norte. Desde luego sería un error presumir que el nivel del mar hubiera alcanzado semejantes alturas. En cambio son los gigantescos movimientos de la corteza terrestre los que con posterioridad han venido elevando las capas sedimentarias de su elemento marítimo para así formar las alturas que hoy admiramos. Prueba concluyente de esta hipótesis radica en la comprobación de encontrarse los sedimentos en la montaña ya no en su posición más o menos horizontal originaria de su formación, sino casi siempre en capas empinadas en variados ángulos agudos. Como insostenible ha venido revelándose en el curso de los últimos decenios la creencia de épocas anteriores que atribuía la elevación de las montañas al efecto del granito y de otras masas similares, predominando hoy en su lugar la tendencia de tener el repliegue de la corteza terrestre como causante originario de las cadenas de montañas. En vía de hacer más perceptible este proceso, invito al lector a presionar un momento desde un lado con sus dedos el mantel extendido sobre la mesa, para así venir a menos la superficie que ocupaba. En Europa tenemos el Jura suizo como montaña más elemental de este tipo de sierras formadas por repliegue, especialmente ventajoso para servir de ejemplo demostrativo en vista de no ostentar hendiduras ni separaciones de magnitud perturbadora ni pliegues encajados uno con otro, sino claramente

aislados a ciertas distancias. Salvo su mayor altura, la cordillera oriental es de la misma estructura o, por lo menos, de una muy similar, pareciéndose ambas montañas además hasta en su formación externa. Características para la una como para la otra son las cadenas paralelas, que aquí pasan en dirección sur-norte más o menos, con los lechos intercalados de los ríos que corren bien sea en el mismo sentido o en el opuesto, para de golpe quebrar una de las cadenas longitudinales por un corte transversal estrecho y luego continuar su curso en otro valle longitudinal y después de repetir la maniobra, hasta por varias veces, ser libertado para correr por las llanuras tropicales. Al contrario de lo dibujado por Codazzi, las divisiones hidrográficas entre las corrientes cogidas por las cadenas longitudinales son relativamente de poca elevación.

Primordialmente, o sea al emerger del mar cretáceo, las capas sucesivas se hallaban extendidas, una encima de la otra, a manera de mantas bastante uniformes, permitiendo solamente las de más reciente formación salir a la superficie. Ahora, el movimiento de repliegue se impuso a toda la masa por igual, con el efecto de que solamente en sitios de grandes alteraciones las capas inferiores llegaron a surgir. Pero las capas, aisladamente consideradas, no solamente habían cambiado su altura, de punto en punto, sobre el nivel del mar, sino también su estado de estratificación, exponiéndolas así a que los elementos, tales como el viento, la temperatura, la lluvia y las corrientes de agua pudieran descargar sobre ellas sus actividades modeladoras y aplanadoras, en todas sus partes, con fuerza y manera de obrar variadas, con el efecto de hallarse hoy completamente destruidas las capas de la superficie en muchas partes y destapadas así las subsiguientes. Generalmente en la parte baja de la montaña, o sea cerca del piedemonte, se destacan arcillas de varios colores, intercaladas con bancos de piedra arenisca de color rodeno, base esta cuyo lugar por el lado del río Magdalena y sobre la misma latitud de Bogotá a veces ocupa la piedra toba de colores verdoso y amarillo. Más arriba, o sea en las zonas de mediana altura, predominan la greda y el esquisto con bancos de caliza y arcillas intercalados, en tanto que apenas en las crestas de mayor altura volvemos a encontrar las masas de arcilla y arenisca rodena, allí formando la primitiva capa superior. Así que las cadenas de inferior altura se nos presentan con sus contornos uniformes y monótonos, a diferencia de las de elevación mediana, con sus cimas y picos estructurados a manera de pisos de un edificio y sus cumbres agudas que se inclinan hacia atrás en forma de cuestas relativamente suaves, cayendo, en cambio, con contraescarpa empinada y casi desprovista de vegetación, hacia el valle profundamente entallado. Ejemplos de esta última formación los tenemos cerca de Fusagasugá, Fómeque, Pacho, La Vega, parecidos también a las pendientes del valle de Villeta. A mayor altura todavía suelen seguir muros más uniformes de arcilla, que dan acceso a las cimas anchas, suavemente onduladas, pero raras veces coronadas por picos ásperos.

Empero la formación y naturaleza de la estructura rocosa vienen formando solamente uno de los elementos integrantes del carácter fisonómico del paisaje,

puesto que, para completar el cuadro, hay que considerar también la diafanidad y el colorido del firmamento, lo mismo que la vegetación y la fauna y tal vez también al hombre con sus obras. Con su posición entre los 4 y 6 grados de latitud norte la cordillera de Bogotá se encuentra en plena región tropical. La temperatura media, que es de 28°C (22½°R), en las llanuras de la tierra baja colombiana, según la ley meteorológica conocida, va reduciéndose a medida que aumenta la altura sobre el nivel del mar, disminución que a su vez se rige por una graduación parecida a la marcada por el aumento de la distancia hacia cualquiera de los polos. Es significativo que las denominaciones para las diferentes regiones de altura de la América tropical sean idénticas a aquellas en uso para distinguir las zonas climático-matemáticas. Por tierra caliente se entiende todo el terreno con elevación hasta cerca de 1.000 metros, altura a la cual corresponde una temperatura de 25°C aproximadamente. Sigue la tierra templada, que abarca las alturas entre los 1.000 y 2.000 metros, con temperaturas que oscilan entre los 25° y 17°C. Sobrepasada esta, tenemos la tierra fría con elevaciones de 2.000 a 3.000 metros y temperaturas de los 17 hasta los 10°C, seguida esta, desde los 3.000 metros en adelante, por el llamado páramo. Pero contrastando las considerables diferencias de temperatura marcadas en nuestra tierra por los solsticios y las subsecuentes estaciones, en los trópicos las temperaturas se mantienen más o menos niveladas durante todo el año, excepción hecha naturalmente de las fluctuaciones presentes en el curso del día. Así que tenemos en la tierra caliente el mismo calor sofocante, a la vez que en el páramo el mismo frío sensible, día tras día, y así, sin cambio notable, en todo el curso del año. Como consecuencia, las palabras “verano” e “invierno” aquí carecen del sentido acostumbrado entre nosotros (Alemania), significando en cambio el invierno la época de lluvias, y el verano la temporada seca. Asimismo los fenómenos de la naturaleza de entrar en su sueño hibernal en otoño para volver a despertar en primavera, desconocidos como son de marcados procesos estacionales, en parte vienen reflejándose en los sucesos, más abruptos pero menos pronunciados, determinados por el cese y luego por el nuevo comienzo de la temporada de las lluvias. A consecuencia de la disparidad de la curva anual de temperaturas y de las condiciones de precipitación atmosférica, no hay paralelismo completo en las variaciones de la vegetación en relación con la altura sobre el nivel del mar y con la distancia a cualquiera de los polos. No obstante, en la tierra templada se observan numerosos vegetales oriundos de las zonas subtropicales, a la vez que la tierra fría produce plantas naturales de la Europa central y que el páramo se parece en cierto modo a los “fjeld” (especie de altiplanos noruegos). Pero, por otra parte, muchas son las plantas ausentes en las montañas tropicales que en igualdad de temperaturas anuales se encuentran en regiones situadas más hacia los polos, porque las montañas carecen del calor estival que para su desarrollo requieren. Otros vegetales hay aquí, en cambio, que de crecer en aquellas zonas sucumbirían a las heladas invernales. Con todas las similitudes existentes salta pues a la vista que las regiones de las montañas tropicales vienen demostrando características bien diferentes de las inherentes a las zonas climático-matemáticas de la misma denominación.

El paisaje civilizado

Poco corresponde a nuestra imagen de lo tropical el paisaje que atravesamos en nuestro viaje de Honda a Bogotá y que se repite por todas partes en los alrededores de la altiplanicie. En tanto que la región baja se nos presentaba cubierta por monte ralo y poco crecido, podíamos observar zonas de bosque real y verdadero de mayor extensión al lado del camino ya a la altura de Agualarga, aunque la mayor parte de la región al alcance de nuestra vista está libre de todo monte, exhibiendo apenas árboles solitarios, tales como naranjos, mangos, totumos, ceibas (bombax ceiba) y otros que dan sombra a los ranchos dispersos en el paisaje y rodeados por pequeñas siembras de maíz, plátanos, caña de azúcar, café y otros cultivos, al igual que unos potreros de extensión un poco mayor, donde pastan reses, caballos y mulas. Pero entre tales cultivos y potreros hay trechos mayores intercalados, apenas cubiertos de rastrojo bajo y feo, a su vez agradablemente interrumpidos aquí y allá por el verde fresco de imponentes agrupaciones de guadua (bambú americano), o sin otro distintivo que la roca esquistosa, pelada, excepto unos pocos tallos de gramínea y herbácea que de ella brotan.

Cierto que en aquel paisaje civilizado hay motivos que encantan los ojos, así sean unas flores bonitas, árboles imponentes y bien crecidos, pájaros resplandecientes de colores, mariposas multicolores, flotando de flor en flor en busca de miel, lo mismo que vistosas luciérnagas que graciosamente iluminan el camino de noche, aparentando a veces la escena de un pueblo lejano.

Pero con todo, tan solo a mayor distancia, donde ya se desvanecen los detalles para dar relieve a los bellos contornos y vivos colores, es cuando se produce la agradable impresión general del paisaje, siendo un azul intenso el matiz que prevalece en la tierra templada, como reflejo del firmamento. Mucho se parece al paisaje italiano, aunque tal vez le gana todavía en la grandiosidad de sus formaciones.

Al contemplar una vertiente desde lejos, notamos con frecuencia que el monte en su parte inferior desaparece abruptamente desde una línea bien marcada, quedando del todo envuelto en nubes, a la vez que la zona cubierta de rastrojo que le sigue hacia abajo se presenta en pleno sol. Al principio me inclinaba a tomar este contraste por un fenómeno de la naturaleza, basado tal vez en una de sus leyes meteorológicas, que, confinando las nubes a las regiones superiores, permitía que estas se cubrieran de monte abundante, obligándole a la zona seca de abajo a contentarse con una mera capa de rastrojo. Pero a medida que extendí mis viajes a regiones menos habitadas o del todo despobladas tuve la sorpresa de notar que allí el monte cubría toda la vertiente, con nubes también más bajas y menos marcado el borde inferior de estas. Abandonando mi tesis anterior, hube de convencerme de que el contraste nada tiene que ver con el pretendido fenómeno de la naturaleza, obedeciendo en cambio exclusivamente a la obra humana de

que al tumbar el bosque primario se habían provocado ciertas modificaciones de la atmósfera. En analogía con la primitiva Alemania como país cubierto de monte, al principio las vertientes de la cordillera de Bogotá estaban en su mayor parte ocupadas por abundante selva primaria. Pero en tanto que donde nosotros todo pedazo de terreno desmontado inmediatamente se toma en uso por la población apiñada, de una manera u otra, aquí suelen abandonarse campos y potreros apenas el suelo empieza a cansarse, hasta talando el monte para sacar provecho de la madera, pero sin preocuparse por el uso ulterior de la tierra. Del suelo así abandonado pronto viene a brotar toda clase de rastrojo inútil que no tardará en sufrir la misma suerte de los árboles removidos, a no ser que las corrientes de agua se encarguen de llevarse la desprotegida tierra laborable, destapando la capa inferior de esquistos que por más resistente que sea, no es apta para alimentar una vegetación digna de este nombre.

Altamente acondicionado el carácter de este paisaje por el hombre, es interesante compararlo con el mantenido en su estado natural primitivo, ajeno a tal intervención. Es obvio que también tropecemos con la influencia del hombre al observar las especies de plantas que se cultivan en los campos, lo mismo que las clases de animales que pastan en los potreros. Los indios antiguos no conocían los animales domésticos, limitando sus reducidos cultivos alrededor del rancho al maíz, la <la mija quinoa> (chenopodium quinoa), la yuca, la arracacha, la papa, la batata, el cacao y el tabaco, adaptada su selección a las condiciones de altura y temperatura del ambiente. Fueron los europeos quienes pronto trajeron especies de los numerosos animales y plantas criados por el hombre para su provecho en el mundo antiguo. Intimamente ligados al paisaje, como componentes sobrentendidos suyos, están hoy el plátano y la caña de azúcar con su color verde claro, lo mismo que el cafeto con sus hojas verde oscuras parecidas a las del mirto, sus maravillosas flores blancas y sus cerezas rojas. Al efecto, el plátano logró diseminarse de tal manera que expertos botánicos durante mucho tiempo lo tomaban como originario de América. El que con las especies cultivables también la mala hierba y plantas de poca importancia hubieran encontrado su camino, no es de extrañar. Así que encontré nuestro digital (digitalis purpurea) en camino de regreso a su estado silvestre, en cantidades, no solamente en los alrededores de Bogotá, sino también en el páramo.

En tanto que casi todo vegetal encontrará a determinado nivel de altura sus condiciones favorables, no hay, empero, ninguno capaz de adaptarse en todas las vertientes comprendidas entre las llanuras de la tierra caliente y las cimas cubiertas de nieves eternas. Tal vez es el maíz el que más se acerca a tal cualidad, pero aun así va perdiendo su fuerza germinativa al exponérsele tanto al calor máximo como al extremo frío. Las plantas útiles menos aptas para trocar su ambiente de pura tierra caliente por un nivel más alto para su cultivo son el cacao, el índigo, el tabaco y el arroz, así como el plátano hartón, una especie con frutos de mayor tamaño. En cambio, en la subida hasta la tierra templada se dan las demás clases de plátano, la caña de azúcar, la piña, la yuca y la mata de algodón,

para encontrarse allí con el cafeto, el naranjo y la arracacha, pero todos estos vegetales ya no tienen sus condiciones ambientales propicias al pasar de los 2.000 metros sobre el nivel del mar, o sea al entrar a la tierra fría, con clima ya apto para el cultivo del trigo y la cebada, las legumbres y las frutas de nuestra patria y casi también para sembrar papa. Pero en vista de las facilidades ofrecidas para tales cultivos por las altiplanicies cercanas, son relativamente pocas las partes que hasta ahora para el hombre han merecido la pena de desmontarse con el mismo objeto.

En su mayoría los cultivos, y especialmente los de plantas alimenticias, están radicados alrededor de los ranchos, en siembras de poca extensión, cultivándose en mayor escala tan solo unas pocas especies que solemos nombrar de coloniales, con destino ya sea para la exportación o para el uso doméstico.

Areas de extensión enorme se dedican a los cañaverales, cuyo ocupante, la caña de azúcar (saccharum officinarum L.), aquí simplemente llamada caña, no depende del ciclo general del calendario, madurando durante todo el año, y dando para un solo corte anual en las regiones elevadas, a cambio de dos en tierra caliente. De no cortarse a tiempo, la mata suele secarse pronto, pero con cortes oportunos puede ofrecer cosechas durante decenios. El transporte de la caña cortada del campo al trapiche acostumbra verificarse por medio de bueyes. El trapiche antiguo está equipado con cilindros horizontales de madera que giran a fuerza de caballos o de bueyes, a diferencia de algunas plantas modernas ya existentes, con máquinas de hierro instaladas y movidas por aprovechamiento hidráulico o a vapor. Unicamente la parte inferior de la caña contiene zumo suficiente para la molienda, mientras que la parte de arriba con las hojas sirve de forraje. El residuo seco que sale del trapiche, o sea el bagazo, constituye el apreciado combustible para hervir el zumo exprimido y así convertido en espesa melaza, o miel como se le llama, producto en que termina el proceso de elaboración en muchos trapiches, que se vierte en los zurrones, una especie de costales de cuero, para despacharse al mercado o a las tiendas. Pero de continuarse el proceso de hervir la miel, y con la ayuda de moldes, esta se transforma en el azúcar en rama de color entre amarillo y carmelita, o sea la panela, alimento predilecto para arrieros, colectores de corteza de quina y demás gente viajera. El azúcar refinado, producido apenas en pequeña escala, acostumbra carecer del color níveo tan apreciado entre nosotros. De importancia incomparablemente mayor son, por otra parte, las bebidas elaboradas con la miel, tales como la chicha, el guarapo, el anisado y, en menor escala, el ron. Observando las cantidades de panela, dulces, guarapo, chicha y anisado consumidas por habitante, pronto dejamos de extrañar el hecho de que las áreas cultivadas con cañaverales en Colombia van en la misma relación con el número de habitantes como las usadas para la producción de centeno en Alemania, pero con la particularidad de gastarse los productos de la caña exclusivamente dentro del país. Obviamente las áreas sembradas de caña podrían aumentarse considerablemente todavía en caso de que la exportación de azúcar fuera factible.

Pero al paso que vamos, las condiciones para competir Colombia con éxito, tanto en los Estados Unidos como en Europa, con los productores de las Indias Occidentales, lo mismo que con el azúcar de remolacha alemán, todavía demorarán mucho en alcanzarse, debido al estado lamentable en que se hallan las vías de comunicación en el país, a la vez que a la carencia tanto de la técnica como de la maquinaria requeridas para producir un azúcar refinada de primera clase.

Los cafetales sin duda tienen desarrollo y producción favorables en las regiones relativamente bajas, pero la calidad de su grano dista mucho de igualar a la proveniente de mayores alturas, hecho que últimamente ha empezado a inducir a los productores a abandonar sus plantaciones productoras de grano inferior. Las cosechas superiores se obtienen en las regiones de Sasaima y Tena y otras de condiciones similares, en alturas de 1.000 a 1.700 metros sobre el nivel del mar. Parece ser la irradiación solar excesiva la que hace sufrir al café, motivo por el cual se trata de protegerlo en muchas partes, primero con la siembra de matas de plátano de crecimiento rápido entre los cafetos, para luego cambiarlos de preferencia por árboles mimosas, cuyas copas dejan una sombra benigna. El caficultor cauteloso no deja pasar sus cafetos de una altura de 1 a 1½ metros, facilitando así la faena de la cosecha y consiguiendo a la vez un crecimiento a lo ancho más compacto. A los tres años de sembrado, el cafeto comienza a producir, para compensar con buenas cosechas durante muchos años sucesivos el cuido esmerado que se le brinde. Mientras su florescencia cae en los meses de noviembre y diciembre, los de abril y mayo son de sazón y recolección. Cogidas las cerezas de café, estas pasan por una descerezadora para quitarles su pulpa y luego por un proceso que abarca el despulpe, el lavado y el secado en pergamino. Terminado este último, el grano se escoge para luego empacarlo con destino a su exportación. Cierto es que también la explotación del café va sufriendo por las deficientes vías de comunicación, permitiendo, sin embargo y a pesar de las cotizaciones un tanto desfavorables en el mercado mundial, su cultivo provechoso en regiones de la cordillera no demasiado apartadas. El consumo dentro del país es menor del que podría esperarse, limitándose los usuarios a la gente acomodada de las ciudades y, cosa extraña, al pueblo de las zonas lejanas, que, en efecto, lo usa en infusión un tanto diluida y sin leche ni azúcar, a diferencia de la gran masa de la población que prefiere el chocolate como bebida diaria.

Contrario al cafeto, el cacao se da únicamente en las regiones bajas, con un límite de altura de 1.000 metros más o menos. Necesita bastante humedad, motivo por el cual los lugares preferidos para su cultivo son los suelos de las cuencas fluviales y las vegas. Más todavía que el cafeto, el árbol del cacao requiere para su desarrollo de protección contra los rayos solares directos, exigiéndole al cultivador por lo tanto sembrar árboles, en contra de su inclinación generalizada a destruirlos. En la cordillera de Bogotá los cacaotales no son muy frecuentes, ya que sus regiones habitadas por regla general se encuentran en alturas que exceden el ambiente requerido para el cultivo, y teniendo en cuenta, por otra

parte, que a distancia tolerable, o sea en el valle del alto Magdalena, se está produciendo la almendra de primera calidad, especialmente en las cercanías de Neiva.

Relativamente pocos son también los cultivadores de añil y de tabaco. El primero, «indigofera» de varias especies, es una pequeña papilionácea con hojas que contienen la buscada materia colorante. Estas, cortadas cada dos meses, se pasan a un tanque de mayor capacidad, para en él ser prensadas bajo afluencia de agua. De allí la tinta así extraída fluye a otro tanque, para ser batida por medio de una rueda grande, proceso que provoca la precipitación de la indigotina. Esta se hierve, para luego secarla por algún tiempo y a continuación prensarla, para formar pequeños cubos que así entran al comercio. De las añilerías con plantaciones en mayor escala en la actualidad no queda sino una, la de los señores Nietos, cerca de Peñalisa (Ricaurte), a orillas del río Magdalena. Todas las demás, que habían aparecido entre los años de 1860 y 1870 volvieron a fracasar, ya sea por lo excesivo de las inversiones iniciales o por error cometido en su ubicación.

Los cultivos de tabaco, que encuentran mejores condiciones para su desarrollo por el otro lado del río Magdalena, cerca de Ambalema, no son tampoco frecuentes en la cordillera de Bogotá. Es también en las cercanías de Peñalisa donde existe la mayor plantación, por la cual el señor Nieto, su dueño, tuvo la amabilidad de pasearme. Habiendo quedado las hojas colgadas por espacio de dos semanas en construcciones especiales (caneyes) levantadas para su secamiento inicial, empacadas en tercios, se llevan a la fábrica para ser prensadas y sometidas a otro proceso secador, terminado el cual quedan listas para la elaboración de cigarros. Más de cincuenta trabajadoras estaban dedicadas en aquel entonces a extender y alisar las hojas, a la vez que otras tantas se ocupaban en la elaboración del producto final. El paso a la fabricación para el consumo doméstico había sido consecuencia directa del aumento del gravamen sobre el tabaco decretado por Alemania, país a donde se solía exportar hasta entonces la hoja en rama. El cigarro de primera calidad tiene hoy un precio de 20 pesos por mil, o empacado en cajas de 25 pesos por mil. Las cajas son manufacturadas en Hamburgo, pero de cedro colombiano. La calidad del tabaco parece haber decaído en el curso de los últimos años, no solamente aquí sino en todo el país. A menos que una detenida investigación determine otra causa, el empobrecimiento del suelo ha de tomarse por la más probable (véase parte V-a, capítulo 3°).

También otras plantas útiles vienen cultivándose aquí y allá en mayor escala, tales como el arroz, el maíz, el plátano y otras más pero, por lo menos en grado igual, si no en mayor escala que los cultivos, el carácter del paisaje civilizado viene determinado por la ganadería, aunque las vertientes de la tierra templada carecen de potreros con áreas semejantes a las encontradas en las llanuras al pie de la montaña. No obstante, el suelo del monte tallado, sembrado de gramíneas extrañas, tales como la guinea y el pará (panicum maximum y panicum molle) ha

llegado a producir potreros de superior calidad, que le ofrecen al ganado alimento más abundante, para obtenerlo más gordo y pesado. A la vez que estos potreros en la montaña media constituyen el mejor ambiente para criar mulas, no solamente por la mayor facilidad de adaptarse la mula ahí nacida y crecida tanto al clima caliente como al frío, sino también por aprender el animal casi incidentalmente su arte tan indispensable de trepar por terrenos quebrados, que tanto esfuerzo impone a sus congéneres de la altiplanicie, a pesar de su mayor estatura y aspecto más imponente. Los caballos oriundos de la sabana, en cambio, tienen fama de ser los más finos y vistosos del país. Siendo las vías de comunicación en su gran mayoría caminos de herradura, obvio es para Colombia que los caballos, y más aún las mulas, vienen desempeñando un papel mucho más importante en la vida que los caballos en nuestra tierra. Así que el campesino en pequeño, ya sea dueño o arrendatario, suele tener su cabalgadura, a menudo una yegua, que a la vez le sirve para cría, o por lo menos un buey a cuyo lomo carga sus cosechas para el mercado, animales que a la vez le sirven en sus faenas agrícolas, por ejemplo en los trapiches. El buey también es animal de tiro para mover los carros pesados de dos ruedas por los caminos carreteables, hasta el punto de servir aun de animal de carga cuando los caminos por su estado en extremo defectuoso así lo requieren. Vacas lecheras casi no existen. Siendo por lo tanto la producción de carne el único objeto de la ganadería, las reses van pastando tranquilamente en los potreros sin otro ánimo distinto al de conseguir su alimentación, hasta cuando lleguen al estado de sacrificarlas. En tanto que las ovejas se encuentran en mayor número en las regiones de mayor altura, los cerdos y las gallinas no suelen faltar en ninguna casa colombiana, excepción hecha de las ciudades mayores. Lo mismo que los perros ordinarios, son animales domésticos en el verdadero sentido de la palabra, viviendo, así sea dentro del mismo rancho o a su lado, y alimentándose de los desperdicios de la cocina y tal vez de un poco de maíz. A diferencia del carácter casi virgen del paisaje que todavía observamos en la tierra baja del río Magdalena, sobre todo arriba del arco grande que forma éste cerca de Tamalameque, interrumpida la selva apenas por unos parches insignificantes de tierra desmontada, en las vertientes de la cordillera de Bogotá el hombre ha puesto pie firme ya en mayor escala, estampándole al paisaje el signo de su presencia y de su labor. En casi todas partes la vista tropieza con ranchos solitarios, mientras que pueblos como ciudades aparecen a mayores distancias. Más intenso se nota el tráfico, el contacto entre la gente es más estrecho, en estado de mayor desarrollo se presenta el bienestar material al igual que la cultura general. El carácter agravante que sin duda opone la montaña al intercambio no ha podido afectar mayormente el aprovechamiento de las ventajas que las regiones montañosas ofrecen, por otra parte, para el desarrollo de la vida del hombre y de su cultura. Ahí tenemos ante todo el clima más fresco y, por lo tanto, menos enervante, que lo anima a trabajar, empezando por la necesidad de satisfacer las mayores exigencias de carácter inmediato, en cuanto a vestimenta y habitación se refiere. Otra ventaja es la de que la menor exuberancia de la vegetación silvestre hace menos estorbo a los cultivos, por cuanto menos esfuerzos requieren ellos para evitar que aquella

vuelva a sofocarlos. Y finalmente, ventajosa resulta también la mayor reducción del peligro que en las regiones de menor altura amenaza tanto al hombre como a su obra, proveniente del reino animal. No cabe duda que estos factores han contribuido decisivamente al nivel de cultura alcanzado en estas regiones en comparación con el de la selva en tierra baja.

El monte

El monte tropical no se parece ni a las florestas ni a los pinares característicos de nuestra tierra, teniendo por otra parte mucho en común con la selva que llegamos a conocer por los lados del río Magdalena. Tanto aquí como por allá existe una gran variedad, así de géneros como de especies, que viene formando el conjunto, habiendo en ambos casos árboles de frondas vivaces que apenas se ramifican a bastante altura en forma umbelada. Tanto aquí como allá hay árboles de menor estatura que crecen bajo las especies altas, sustituidas en esos casos las palmeras por el gracioso polipodio, y finalmente a nivel de ambas alturas encontramos las plantas trepadoras subiendo a lo alto de los troncos o pasándose de un árbol a otro, lo mismo que cantidades de epifitos y parásitas cubriendo los árboles y haciendo entrever por el ramaje sus flores, a veces de extraordinaria belleza.

Con frecuencia me ha tocado cabalgar a través del monte, abandonándome, al principio, de lleno a su belleza, asombrosa y cautivadora a la vez, como es la abundante vegetación, los innumerables epifitos y raíces aéreas, el impenetrable monte bajo, los graciosos polipodios y helechos y el derroche de regias flores. No obstante, confieso que cuanto más me entregué a semejante esplendor fascinante, tanto más echo de menos los bosques de mi tierra allá en el norte lejano, con su serenidad tranquila y su sencillez, que encantan no solamente al atravesarlos a pie, sino también invitan a recostarse en el tapete de hojas secas de su suelo para descansar a su sombra y entregarse a meditar o a soñar. Cierto es para mí que el carácter contemplativo y meditativo inherente a nuestro pueblo no encontraría apego en los trópicos.

Si bien las múltiples especies de plantas y animales reunidas sobre un espacio mínimo podrán convertir la selva en un edén para los botánicos y los zoólogos, contraria ha de ser la opinión del geógrafo, lo mismo que la del geólogo, ya que ellos extrañan la vista de conjunto sobre la región o siquiera de una parte no demasiado reducida del camino, condición indispensable para sus esbozos cartográficos. La tierra vegetal, de varios metros de espesor, apenas permite reconocer la clase de las rocas, pero jamás su estratificación.

Durante la mayor parte del día el viento suele soplar del valle hacia arriba, manteniendo así envueltas las regiones superiores del monte en una capa gruesa de niebla que a su vez convierte en fenómeno raro el que el sol se asome aun en las horas del mediodía. Tan solo hacia la puesta del sol, o a veces después del ocaso, un viento contrario en dirección del monte abajo se encarga de espantar la niebla. Así que la satisfacción producida por un horizonte claro se reduce a las horas de antes de las 8 o 9 de la mañana y al tiempo de ponerse el sol, permitiendo, entonces sí, contemplar desde puntos adecuados de la cordillera de Bogotá los nevados de la Cordillera Central.

En condiciones notoriamente defectuosas se encuentran los caminos que pasan por la selva, casi impedidos como están los rayos del sol de penetrar las densas copas de los árboles y así secar el suelo movedizo en vía de descomposición. Las bestias se hunden hasta las rodillas en el lodo, interrumpido este de vez en cuando por altos escalones de roca. Por otra parte, vías carentes de uso regular pronto vuelven a ser invadidas por la profusa vegetación, que no tarda en obstruirlas por completo. Penetrar la selva aparte del camino no es posible sin machete en mano, herramienta y arma indispensable, especialmente para cortar las plantas trepadoras. A menudo el excursionista habrá de abandonar el piso para servirse de troncos caídos en su lugar como “puente aéreo”, y esto a veces a considerable altura encima del suelo, de tal manera que no es tan raro el caso que el avance de un kilómetro llegue a demandar varias horas. Desde luego para quien así se exponga es necesidad ineludible la de cargar sobre las espaldas su provisión alimenticia, a la vez que la de estar dispuesto a improvisar su posada en plena selva, con el tigrillo como posible vecino, no del todo agradable que digamos, y las voraces hormigas en acecho para atacar sus comestibles. Y como si no fuera suficiente todavía, vienen los mosquitos a molestarlo, o provoca un movimiento instintivo la actitud hostil de una culebra venenosa que intenta clavarle sus dientes mortíferos, o su organismo extenuado por los esfuerzos y privaciones cae preso de la fiebre. El entrar a la selva en persecución de sus tesoros, o de lo que fuere, viene demandándole al explorador inexorables esfuerzos e incontables sacrificios.

No obstante, la esperanza como medio de atracción parece no conocer límites. Así que, desdeñándolo todo, muchos aventureros se exponen; algunos con el ánimo de descubrir una veta de oro, otros para perseguir con cerbatana a los pobres pájaros, cuyo plumaje reluciente parará como apetecido adorno en manos de damas europeas, y algunos, en general de origen alemán, en busca de orquídeas y otras plantas bellamente floridas. En las zonas bajas se explotan maderas de diferentes variedades y se recolectan la tagua y la savia del gomero. A mayores alturas, entre los 2.000 y 2.800 metros, se explota la corteza de quina, que también en variedades se encuentra entre el duodécimo grado de latitud sur y las costas del mar Caribe, constituyendo uno de los más valiosos productos naturales de Suramérica.

Conocida primero en Europa en la segunda mitad del siglo XVII, la corteza de quina, resistiendo mucha oposición, ha mantenido hasta hoy su puesto entre los más importantes medicamentos, siendo todavía el único remedio eficaz para combatir la malaria. La corteza antifebril, como también se llama, constituía uno de los productos más remunerativos en el comercio de los países suramericanos de su origen. A comienzos la explotación de la corteza solía realizarse en forma bastante rudimentaria, ya sea descortezándose el árbol en pie, o en caso de tumbarse, aprovechando solamente la corteza expuesta en la posición, sin tomarse la molestia de voltear el tronco. Con el primero de tales métodos, infaliblemente se condenaba el árbol a su destrucción por los insectos, mientras

que al cortar el tronco apenas arriba de su salida del suelo, este acostumbra retoñar para así dar vida a su sucesor. A consecuencia de la explotación exhaustiva la riqueza forzosamente se disminuía, obligando a los recolectores a penetrar a mayor profundidad en la selva, con el considerable aumento subsecuente de los costos de explotación, ya que de un hombre sometido a una marcha a menudo de tres semanas difícilmente se puede esperar que traiga más de tres arrobas, o sea 37½ kilos como carga. Pero con todo eso, la peor de las explotaciones exhaustivas todavía falta por relatar. Consistía en descortezar también las raíces, aunque contienen menos quina, con el efecto de desarraigar el árbol del todo. Enfrentados al peligro de la extirpación total del valioso regalo de la naturaleza, primero el gobierno holandés y luego el británico procedieron a ensayar plantaciones del árbol en sus colonias indo-orientales e indo-occidentales respectivamente, experimentos que a pesar de repetidos fracasos iniciales tuvieron resultados sorprendentes (1).

No solamente por medio de cruzamientos hábiles habían logrado sacar un árbol de corteza más rica en quina —pasaba del diez por ciento— que aquel de su tierra nativa, sino ubicando las plantaciones a menor distancia de la costa habían reducido considerablemente el costo del transporte del producto. Semejantes logros naturalmente redundaban pronto en inundar el mercado europeo de la corteza en competencia notoriamente favorable con el producto suramericano y especialmente el colombiano, desalojándolos casi por completo. Existencias apreciables habían quedado sin vender en Londres, con un lento aumento provocado por gente que todavía insistía en desconocer la verdadera causa de la declinación vertical de los precios, tomándola en cambio por un fenómeno pasajero inherente a la especulación. Difundido así el ejemplo de los holandeses y de los británicos, era lógico esperar que también en las tierras originarias de la corteza se procediera a cultivarla. Así que en la hacienda “Colombia”, por ejemplo, situada al este de Purificación, empezaron a surgir siembras de vástagos jóvenes, siendo paisanos nuestros los iniciadores de plantaciones experimentales sistemáticas. Al efecto fundaron la hacienda “Alexandria” a una hora de distancia al sur de Los Manzanos, a la salida superior de un valle con inclinación hacia el sur y a una elevación aproximada de 2.600 metros sobre el nivel del mar. Siguiendo la amable invitación del señor Paul Heckel tomé la mencionada hacienda como punto de destino para mi primera excursión por varios días desde Bogotá. En visitas posteriores tuve la satisfacción de comprobar notables progresos en el crecimiento robusto de los arbolitos jóvenes, lo que abrigaba toda esperanza al buen éxito. Si bien es de esperar que en un tiempo no muy lejano las regiones del país castigadas por la fiebre podrán contar con el suministro a precio más accesible del medicamento comprobado como el más eficaz, dudosa me sigue pareciendo su condición de competir con el producto indooriental en el mercado mundial, ante el estado desfavorable de la situación colombiana en cuanto a vías de comunicación y mano de obra.

(1)Véase Cl. Markham, Peruvian bark. Introduction of Chichona Cultivation into British India. London 1880.

El páramo

A la misma elevación constitutiva en los Alpes del límite de la región de nieve perpetua, en los Andes tropicales la arborescencia apenas empieza a achaparrarse, reemplazándose a la vez con gruesas capas de musgo y creando así un aspecto melancólico. Poco a poco variedades de arbustos van invadiendo el monte hasta llegar, a la altura de unos 3.000 metros, a eliminar los árboles por completo. Hemos entrado a la región de los páramos, aquellas soledades de la montaña que siguen subiendo hasta los 4.600 metros, para alcanzar los límites de la nieve eterna.

Son raras las veces en que el páramo termine en cumbres angostas y filosas, y menos frecuentes aún las elevaciones en forma de peñascos altos y solitarios que tanto admiramos en los Alpes. Más acertamos al comparar el páramo con la cumbre ancha de las Montañas Gigantes (Riesengebirge) o Montes de Silesia, tan solo de vez en cuando sobrepasada por cúpulas redondeadas y más bien bajas. Al contrario de los frecuentes precipicios del páramo hacia la tierra media, el piso de sus alturas en general se presenta suavemente ondulado, con pequeños valles longitudinales hundidos entre las lomas, a no ser que las aguas pasen lentamente por las anchas planicies, ahogando la vegetación, que así se convierte en suelo negro húmedo, para transformarse en partes en verdadera turbera.

De brillar el sol, sus rayos, apenas filtrados por el aire enrarecido, son muy poderosos. Pero son raras las veces que el sol llegue al páramo a mostrar su cara, existiendo por lo general una densa capa de niebla de por medio, con su notorio efecto aislante y su tendencia de bajar en forma de llovizna, ligera pero duradera. Ocasiones hay también en que caen granizadas, a veces de pedriscos de bastante calibre, con el efecto de bajar la temperatura hasta apenas unos grados encima del punto de congelación y de soplar un fuerte viento helado.

En la parte inferior del páramo predominan arbustos que, con sus hojas de verde perpetuo y parecidas al cuero, pertenecen a las lauráceas y mirtáceas. Van disminuyendo poco a poco a medida que progresamos en la subida, para ser sucedidos, no por praderas de hermosas yerbas, sino por una gramínea seca y dura que crece en forma de copos y está intercalada por matas solitarias de flores de algún tamaño y tallos bajos, casi siempre leñosos. Pero las plantas características del páramo son el cardón y, más todavía, el frailejón, el primero una bromeliácea, a primera vista parecida al agave, en tanto que el segundo (espeletia frailejon) pertenece a las compositifloras.

Del cardón con sus hojas en forma de espada, duras y bordeadas de espinas, ordenadas como una tupida roseta alrededor de su centro, a veces brota un tronco floreado de varios pies de altura. El frailejón, de hojas lanudas y resinosas, con arreglo también en forma de roseta, produce flores grandes de color amarillo ordenadas en grupos sobre tallos largos. Una vez muerta la hoja, su estípula se

vuelve leñosa, contribuyendo así a formar un tronco sucesivamente más alto, que con el tiempo alcanza varios metros. Obligado el viajero a pernoctar en el páramo, las hojas del frailejón le ofrecen su colcha a propósito, a la vez que su contenido de resma facilita el convertirlas en combustible, tanto para preparar la comida como para protegerse contra el frío de la noche.

En las hondonadas y quebradas resguardadas de los vientos helados, el monte, o por lo menos los matorrales de cierta altura, suelen penetrar al propio páramo, encontrándose allí helechos y bellos arbustos, a la vez que trepadoras mezcladas con la maleza del chusque, parecido este al bambú, que al excursionista con frecuencia le obstruye el camino, como para enseñarle que aun a tal altura sobre el nivel del mar la vegetación tropical acostumbra mantener sus caprichos.

Cierto es que algunos cultivos, tales como las papas, las arvejas, la cebada y aun el trigo, suelen invadir hasta las zonas bajas del páramo, pero únicamente en sus partes secas y guarnecidas, y aun allí a costa de un rendimiento más pobre que en las regiones de menor elevación sobre el nivel del mar. Por otra parte, la papa del páramo es de una calidad notablemente superior la de la sabana, hecho que también lo refleja su precio en el mercado capitalino. En los valles del páramo se ven reses, caballos y mulas pastando, que se distinguen, por su pelo crecido y velludo, de sus congéneres de la tierra caliente, de pelo corto y terso. En cambio, las regiones más altas se ven pobladas por grandes manadas de ovejas, animales menos exigentes en cuanto al forraje, lo mismo que de cabras, que prefieren mantenerse en los terrenos rocosos.

El hombre parece rehuir semejantes soledades hasta donde le sea posible, así que al cruzar el páramo el viajero puede pasar horas enteras sin encontrar ni señas de pueblo humano, para dar al fin con una miserable choza levantada de arcilla y cubierta con junco o con hojas de frailejón y habitada por uno de los más pobres campesinos o arrendatarios. La vida de estos en el páramo no es fácil, por cierto. Ya antes de prender la mujer la candela para preparar un alimento caliente, el hombre, enfrentándose al frío matinal, suele empezar su faena, la cual en general no termina antes del oscurecer, apenas interrumpida por un corto descanso para el desayuno.

Ahora le toca preparar sus barbechos, luego ha de dedicar tiempo, a veces son horas, a la búsqueda de una oveja o una res extraviada o a la persecución del tigrillo y del zorro, en acecho para robarle sus terneros y corderitos y no olvidar el largo camino a la ciudad, indispensable de recorrer para llevar al mercado sus frutos y animales. Caída la noche, la familia acostumbra agruparse en la llamada cocina alrededor de la candela alimentada por leña, que a la vez sirve para preparar en una olla grande la comida compuesta de mazamorra, una sopa de maíz y papas.

Careciendo de chimenea, el interior de la choza viene a llenarse pronto de un humo picante, que a los moradores poco parece molestar. Estos al rato empiezan a tender la piel de buey como lecho mezquino para echarse a dormir, envueltos en sus bayetones, que son ruanas especialmente grandes y gruesas. Sin tardar están en el sueño de los justos, al parecer inmunes contra el frío intenso y el soplido del viento, que en todas partes entran por los huecos y las grietas de la choza deficientemente construida, para impedirle al extranjero conciliar el sueño todavía por mucho tiempo.

Es aquí en el páramo donde se encuentra verdadera pobreza. Familias enteras hay que viven sobre un terreno carente de todo valor, dedicadas a la recolección de leña menuda y su venta en la ciudad, como única fuente de su medio de sustento. Niños apenas cubiertos de harapos y con vientres monstruosamente hinchados por el consumo de papas como alimento casi exclusivo, suelen pedirle la limosnita al viajero.

Este trata de cruzar el páramo lo más pronto, deteniéndose en la cumbre apenas el rato requerido para depositar en el altar improvisado una piedrita o un trocito de leña en acción de gracias por haberle salido bien el viaje. Al colombiano la gravedad y la soledad características del paisaje no le inspiran sino aborrecimiento, acompañado por su temor al frío. Por cierto, éste, acentuado por los vientos helados y las lluvias, fácilmente puede resultar nocivo a la salud del organismo acostumbrado al calor tropical e insuficientemente protegido. Existe esta palabra para señalar el hecho de morir por congelación en el páramo; “emparamarse”.

El extranjero de procedencia norteña no suele encontrar en el páramo muchos de los encantos recordados desde las montañas de su tierra, notando apenas algo por el estilo al traer a la memoria una de esas excursiones otoñales caracterizadas por las borrascas típicas de la estación. Ya acostumbrado al clima tropical, a él también le impresiona el frío, al extremo de hacerlo dudar de su termómetro cuando observa con sorpresa que este le señala una temperatura todavía encima del punto de congelación. Con un máximo esfuerzo su cabalgadura lucha contra el viento huracanado.

Tan solo a ratos los rayos del sol logran penetrar la niebla, que se empeña en limitar la visibilidad apenas a las inmediaciones con su escasa y aburrida vegetación. Todo aquello no deja de imprimir un sello de depresión y tristeza al viajero, sobre todo al que anda solo, efecto que, empero, vuelve a perderse apenas en la bajada deje las nubes atrás para abarcar con su vista las casas y plantaciones de regiones más cálidas, brillando al sol, panorama que de inmediato le devuelve el ánimo sereno y contento.

Pero seria ingrato dejar de mencionar también el goce más impresionante que una visita al páramo puede ocasionar en circunstancias especiales, cuando el

excursionista, favorecido por una atmósfera serena y tranquila, alcanza a escalar uno de sus picos, para contemplar desde la altura el panorama en su rededor. A menudo había subido desde Bogotá a las cumbres cercanas, para hacer girar la vista sobre la sabana. Estando de viaje, en cambio, no podía darme el lujo de esperar las condiciones favorables para escalar los picos, razón suficiente para no haberme desviado a subir los más cercanos, sino con muy contadas excepciones, ya que el sacrificio de tiempo no guardaba relación con el goce perseguido, pero cargado de dudas en cuanto a su logro.

Una de las más exitosas excursiones de esta clase fue al Tablazo. Con la luna llena todavía en todo su esplendor, salimos a las cinco de la mañana de Bogotá hacia Subachoque, población situada al oeste de un recodo de la sabana, cuando por la cima de la cordillera al este apenas estaba asomando el primer rasgo del amanecer. Muchos viajeros han acogido la afirmación de Humboldt de que en los trópicos no hay crepúsculo como tal, pero semejante constancia no es para tomarla al pie de la letra, ya que siempre irá a pasar como media hora entre el primer momento de poder reconocerse la esfera del reloj a la luz naciente y la salida de la bola roja-púrpura por el horizonte.

Era una mañana fresca y soberbia que invitaba a la demora en el camino para gozar del gorjeo y del trino de los pájaros entre las ramas, pero nuestro propósito de alcanzar la cima del Tablazo antes de que la niebla ascendente desde el valle la envolviera, nos obligaba a apresurarnos. Por una hora más o menos seguimos el camino a San Francisco, pasando por el campo de batalla de Santa Bárbara, donde Mosquera el 25 de abril de 1861 había logrado aquella victoria decisiva que le abría los portales de Bogotá para allí colocar los cimientos de la actual constitución política de Colombia.

Luego nos dirigimos hacia la derecha para seguir el camino hacia Supatá, una de aquellas vías abominables que los ingleses acostumbran calificar de escaleras para mula (mule ladders). Llegados a la cumbre, dejamos el camino a la izquierda para avanzar, por lo pronto todavía cabalgando, y luego a pie, a la cima, que se levanta en varios despeñaderos rocosos, con vertientes menos acentuadas de por medio, por encima de aquella cumbre. Parches cubiertos de monte se encuentran en zonas guarecidas, subiendo hasta el pie de los despeñaderos, con la acostumbrada vegetación del páramo intercalada.

Pero la propia cima ya no ofrece posibilidades ni para el monte, ni para el matorral, quedando los frailejones con unas hierbas y pajonales secos como únicas especies de la vegetación. Poco a poco llegamos subiendo hasta la cima, atravesando la extensión que suavemente asciende hacia ella y que por el otro lado cae, como cortada, en forma de una pared de roca, por varios centenares de metros, para permitirle al excursionista hacer descansar la vista en dirección vertical sobre las copas de un monte de frondosos árboles. La cima que acabamos de escalar continúa, en dirección norte, en líneas curvadas, de tal manera que las

paredes resaltadas hacia el oeste a la vez van formando picos de una altura sobresaliente, contribuyendo así a modelar aquella línea peculiar en zig-zag que caracteriza el macizo hacia el este, a menos que otras elevaciones antepuestas en aquella dirección lleguen a impedir la vista sobre él.

Apenas pasadas las ocho de la mañana, alcanzamos la cima del Tablazo, con sus 3.450 metros de altura, encontrando ya cubierto, para nuestra desilusión, gran parte del anhelado panorama, por las nieblas, cuya paulatina subida ya habíamos podido observar. No obstante, también la vista sobre el enorme conglomerado de sierras de montaña, medio envuelto en la capa nebulosa que se extiende hacia el lejano río Magdalena, es de una belleza singular, aumentada aún más por el espectáculo de observar los últimos picos hundiéndose en la marea blanca, pero aún sobresaliendo esta por los macizos majestuosos de los resplandecientes nevados de la Cordillera Central.

La altiplanicie de Bogotá

Entre las altiplanicies intercaladas en varias partes de los Andes tropicales, a la mitad más o menos de la altura entre el nivel del mar y la región de la nieve perpetua, un poco por debajo del límite superior de la zona poblada de árboles, la llamada sabana de Bogotá es la mayor extensión y la más conocida. Ubicada en el centro de la cordillera de Bogotá, está casi equidistante del piedemonte oriental y del occidental de la cordillera. Ya para Alexander von Humboldt era objeto de una composición especial [(1)]. Por haberla cruzado muchas veces, tanto a nuestra llegada como en cada uno de nuestros viajes posteriores, a más de haber residido en su ambiente por espacio de un año, deseamos aquí describirla.

Subiendo apenas un poco por las colinas cercanas a Bogotá, alcanzamos una orientación bastante satisfactoria de lo que es la sabana en su extensión tanto hacia el oeste como al norte. En dirección noroeste observamos más pequeñas sierras formadas a la manera de terrazas y dispuestas como especies de islas o penínsulas, en cuyo fondo se levanta luego la montaña circundante de la sabana con sus cimas peculiarmente dentadas. Las elevaciones al oeste y al suroeste son menores y carecen de características imponentes, exceptuando tal vez los dos cerros aislados que en forma de féretros resaltan de ellas cerca de Facatativá.

En cambio, la más grandiosa es la montaña oriental que dejamos atrás, pero cuya impresión completa se nos facilita al movernos un poco sabana adentro, o, mejor todavía, al subir una de las elevaciones colindantes o emergentes de ella misma. En general, para formarse un cuadro adecuado de la altiplanicie es indispensable cruzarla en todas las direcciones posibles, porque tan solo así se revelan de golpe nuevos recodos, ya sean extendidos a lo largo o redondeados en su forma, cuya existencia el explorador antes desconocía. Al efecto, el modo de obrar es parecido al requerido para estudiar los fiordos (bahías) de Noruega en sus costas marítimas con su cantidad de ramales.

Tanto lo plano como la contextura del suelo, con sus numerosos lagos pequeños, algunos de ellos constantes y otros dependientes de las épocas de lluvia, casi no dejan lugar a duda sobre la preexistencia de un lago gigantesco en el sitio de la actual sabana, lago rellenado a través de los tiempos por los sedimentos de los ríos y desaguado a la vez por una brecha que se abrió camino a través de la montaña circundante en su extremo sur, con el efecto de bajarse el nivel. Involuntariamente la mente se remonta a la época del pasado geológico, cuando al alba la altiplanicie se halla envuelta en una capa, no muy ancha y cortada hacia arriba en forma horizontal muy marcada, de una densa niebla.

Inmerecido es el reproche que Schumacher [(2)] hace a su biografiado Codazzi por haber este calificado tanto la sabana como otras altiplanicies, como originadas por lagos de los tiempos prehistóricos. Su error, lo mismo que el de Humboldt, consistía únicamente en relacionar el desagüe de tales lagos con las fuerzas

violentas inherentes a la naturaleza, con la suposición complementaria basada en su interpretación, un tanto osada, de que las pinturas de origen indio todavía conservadas en las rocas areniscas cerca de Facatativá y en otras partes, fueran un indicio de que los chibchas hubieran todavía sido testigos del fenómeno.

En tanto que las montañas circundantes de mayor elevación están compuestas por arenisca cuarzosa de color blanco y otras rocas de conglomerado guijarroso, sus fundamentos, lo mismo que los montículos independientes, se componen de arcilla rodena y arenisca. Mientras que aquellas suelen descender a la manera de paredes empinadas, en estas prevalecen los contornos más suaves, con enormes rocas de arenisca como sembradas en su superficie. Solamente en las inmediaciones al este de la capital, y en especial al sur de la capilla de Belén, la posición inclinada de las bancas alternadas entre arcilla y arenisca han venido formando unas colinas cónicas, los llamados cerros de Belén, que nos hacen recordar los típicos picos de la tierra templada.

Otra clase de formaciones peculiares se encuentra en diferentes partes, por ejemplo a la salida del río Fucha de la montaña, al lado de la mesa de Llano, aquella colina cónica visible desde la plaza de Bogotá en prolongación de las carreras que de ella conducen al sur; además a orillas del río Tunjuelo y en la región de Soacha y en otras zonas, formaciones que a veces parecen como salidas de los montículos bordeantes y, en otras partes, directamente del fondo del antiguo lago.

Se trata de pilares térreos que gracias a la existencia de un guijarro o una crecencia de segregación ferruginosa en su superficie —a manera de sombrero protector— se han salvado de ser desmoronados cuando las corrientes del agua lluvia venían a abrir numerosas zanjas en el terreno blando, al principio con muros verticales de por medio, los que después resultaron en la única supervivencia de aquellos pilares. Son modelos de aquellas pirámides térreas que en los textos de geología suelen ilustrarse con un ejemplo tomado de la región de Botzen, Alemania.

Aproximadamente a una jornada de distancia en dirección nordeste de Bogotá, o sea en las cercanías de las poblaciones de Guatavita y Guasca, encontramos varios lagos pequeños incrustados en la montaña circundante de la sabana. Con su escaso kilómetro de circunferencia son comparables a los ojos marítimos (Meeraugen) de la Tatra (Hungría). La escasa vegetación en su alrededor unida a un cielo por lo general nublado, les confieren un aspecto más bien triste. Como adoratorios indios que eran estos lagos el pueblo sigue todavía tomándolos por escondederos de considerables tesoros de orfebrería, creencia que no parece infundada, habiendo originado repetidos ensayos para desaguar las lagunas de Guatavita y de Siecha, con el objeto de encontrar los presuntos tesoros.

Efectivamente, en ambas lagunas los esfuerzos condujeron a salvar piezas aisladas de esmeraldas y de oro, allí hundidas por los antiguos chibchas, sea en cumplimiento de sus ceremonias religiosas o para salvarlas de la persecución de los odiados españoles. La más llamativa de todas es la representativa de una balsa enteramente elaborada de oro fino, hallada en el año de 1856 en la laguna de Siecha. En su centro se encuentra una figura de siete centímetros de alto con el emblema del cacique, alrededor de la cual están paradas nueve figuras menores, de 3½ centímetros, algunas de ellas portando remos.

La pieza se toma por una reproducción de la ceremonia, descrita por el historiador Zamora, en la cual el cacique de Guatavita, acompañado por sacerdotes, se sirve de una balsa para dirigirse lago adentro a brindar ofrendas o, según otra versión, a lavarse el cuerpo para librarlo del oro espolvoreado de antemano para cubrirlo. Es aquella ceremonia la que se supone fuera el tema para la leyenda de El Dorado, la cual, a su vez, con arreglo a traslados sucesivos del teatro de los acontecimientos y revestida con diferentes ropajes durante casi cien años fue el estímulo más poderoso para las incursiones españolas.

Las obras de desagüe de las lagunas por regla general se quedaron inconclusas en la mitad del camino, a falta de medios financieros suficientes para terminarlas [(3)]. El último intento para desaguar la laguna de Siecha, promovido en 1870, terminó con la pérdida de la vida tanto del empresario como del ingeniero, accidente provocado por el desacierto cometido en su planeación.

En relación con la laguna de Suesca, situada al norte de la sabana de Bogotá y con un nivel de pocos centenares de metros más elevado que esta, no se conocen recuerdos mitológicos ni históricos de ninguna clase, si bien es cierto que su área mayor, combinada con su formación extendida y ampliamente articulada, produce un efecto más pintoresco en su paisaje, el cual, sin embargo, apenas puede competir con los lagos de las mesetas lagunosas de Pomerania y Mecklenburgo (provincias alemanas).

Tan solo muy excepcionalmente las vertientes que bajan a la sabana se encuentran cubiertas de monte, siendo los representantes más frecuentes de su vegetación los arbustos pertenecientes a la familia de las mirtáceas, o sea la misma que ya encontramos en el páramo bajo, cuya vegetación por estos lados suele bajar aquí a un nivel un poco menor. Las colinas de arcilla rodena que cierran la altiplanicie hacia el sur, por lo general tienen el suelo completamente pelado, con excepción de unos pocos cactos o tunas y agaves, bien armados de espinas, que se encuentran acá y allá.

También la vegetación de la sabana misma es de carácter bastante variado, según la región, habiéndosenos manifestado así con muestras típicas ya a nuestra llegada, cuando viajábamos de Facatativá a Bogotá. Al efecto observamos trigales y campos de maíz al lado de mayores áreas de potreros subdivididas por zanjas o

tapias y aprovechadas por el pastoreo de numerosas reses y caballos. Dispersas se encuentran las casonas de las haciendas, de un solo piso o dos, blanqueadas y entejadas, y con pequeños jardines y huertas en su alrededor.

A su lado, en contraste, se levantan ranchos bajos y miserables, construidos de barro, que muchas veces podrían tomarse por casa para perros en vez de morada humana. Los únicos árboles que existen, a excepción de los de los jardines, son unos sauces solitarios (salix humboldtii) de formación similar al álamo italiano, y los eucaliptos australianos (eucalyptus globulus) recientemente introducidos y del mismo crecimiento rápido que los distingue en su tierra de origen.

Bien distinto es el cuadro representativo del brazo de la sabana que se extiende de Bogotá hacia el norte. Terrenos de aluvión cultivables, creados por los riachuelos y las aguas sucias, únicamente en los alrededores de los montículos, han llegado a formar la base de una agricultura intensiva de los pequeños pueblos de Chicó, Usaquén y Serrezuela. La carretera recién abierta de 25 kilómetros que en línea recta conduce de Chapinero al Puente del Común, pasa en la mayor parte de su trayecto por un enorme terreno pantanoso, ocupado por el matorral ya conocido desde el páramo bajo. Tan solo a la altura de Zipaquirá volvemos a encontrar también la parte central de la sabana al servicio del hombre. Aunque demasiado húmedo para fines agrícolas, el suelo se presta para potreros de extraordinaria calidad, que se dedican con preferencia a la ceba del ganado vacuno.

Maravillosos potreros lo mismo que prometedores cultivos de trigo, cebada y papa también se encuentran en el inmenso recodo que se extiende del Puente del Común hacia el nordeste, lo mismo que en dos recoditos laterales que de él se apartan en dirección sur. Pero fama todavía mayor tiene la agricultura de las haciendas Canoas, Fute, Tequendama y otras, establecidas en el recodo de Soacha, al suroeste de Bogotá, que aprovisionan de harina de trigo y de papas no solamente a la capital, sino también a zonas más bajas. En los recodos de Tabio, Tenjo y Subachoque creados por las pequeñas sierras que a manera de penínsulas resaltan hacia el sur, el ojo se deleita con la vista desacostumbrada de numerosos manzanos y duraznos, lo mismo que de huertas bastante extendidas, que producen coliflor, arvejas, habichuelas y otras legumbres para el consumo de Bogotá.

Coincidiendo con rasgos parecidos tanto en Méjico como en el Perú, y contrariando del todo las condiciones del viejo mundo, en Colombia el desarrollo cultural de los indios, primitivos había alcanzado su más alto nivel en las altiplanicies carentes de arborescencia. Pues los chibchas, que poblaban la sabana y las altiplanicies. adyacentes, ocupaban un rango no alcanzado por las tribus de las regiones más bajas y de las vertientes, tanto en cuanto a densidad de población y nivel estatal como en cuanto al desarrollo de la cultura material y espiritual.

Víctima de la conquista española, desapareció esa cultura o semicultura indígena, habiéndose conservado, en cambio, hasta hoy las mencionadas altiplanicies como sede primitiva de los indios puros. Blancos son únicamente los miembros de las clases superiores, o sea los terratenientes. Tampoco los mestizos forman un núcleo numeroso, al paso que a la gran mayoría de la población se la identifica sin lugar a equivocación como descendiente de los chibchas, los dueños y señores antiguos del país, tanto por la conformación de su cuerpo como por su fisonomía, a pesar de habérseles olvidado su idioma de origen y perdido de su memoria la relación con sus antepasados.

(1) Publicaciones Menores (Kleinere Schriften) I, págs. 100-132.

(2) Estudios Suramericanos (Südamerikanische Studien), Berlín, 1884, págs. 845, etc. y 529.

(3) La aseveración de Pérez en su "Geografía Física y Política de los Estados Unidos de Colombia" II, pág. 133, de haberse reducido el nivel del agua de la laguna de Guatavita en 60 metros, carece de fundamento, siendo la verdadera baja de unos 15 metros.

El Salto de Tequendama

Todo el país tiene sus peculiaridades especiales y sus bellezas, que permanentemente suelen destacárseles a los exploradores extranjeros y a los turistas. Así, al viajero visitante de Alemania en la edad media, para estudiar la naturaleza, probablemente se le habrían señalado como los puntos más interesantes tanto los glaciares de los Alpes como el salto del Rhin cerca de Schaffhausen y las cuevas de las montañas secundarias. El gran milagro de la naturaleza colombiana lo constituye el Salto del Tequendama, formado por el río Funza a poca distancia de su salida de la sabana de Bogotá.

Del Tequendama el colombiano suele ufanarse tanto como lo hace el norteamericano del Niágara, tomándose por ofensa personal el atrevimiento de comparar el Tequendama con otros saltos, al paso que se acostumbra registrar con esmero toda voz que lo califique de superior a aquel. No obstante hay en Bogotá muchos representantes de las clases superiores que, habiendo pasado toda su vida en Bogotá, nunca han visto el Tequendama, a pesar de tenerlo al alcance, en viaje de fácil realización, en medio día de ida y otro tanto de regreso. Resalta pues que aquella alabanza no está inspirada por la admiración hacia la naturaleza, sino por la vanidad y ansia de gloria nacionales. Así que en las visitas siempre con mayor número de participantes que se realizan al Salto, a este apenas suele dedicarse un fugaz vistazo, produciendo cada visita, no obstante, por lo menos una glorificación poética.

Preferible es la salida de Bogotá en las horas de la tarde para pernoctar o bien en Soacha o en Puerta Grande y así estar en la meta a las horas matinales del día siguiente. Tan solo así habrá posibilidad de gozar sin estorbos de vista tan admirable, en tanto que cerca de las nueve horas una densa niebla suele empezar a levantarse para envolver el objeto de nuestro encanto. El camino a Soacha va a través de la sabana, en esta parte caracterizada por su esterilidad y tristeza.

Es en Soacha donde hemos de resolver si deseamos acercarnos al Salto por la derecha o por la izquierda. En el primer caso nos quedaremos para pernoctar y seguir a la mañana siguiente nuestro viaje por Canoas, cruzando allí el río Funza por un puente. De lo contrario, seguiremos luego de Soacha a Puerta Grande, hacienda con hospedaje, situada a tres cuartos de hora de distancia, al sur de Soacha. En mis tres visitas realizadas al Salto, me he asomado una vez por la derecha y dos veces por la izquierda; basado en esta experiencia, puedo afirmar que el primero de tales caminos de acceso para mí merece la preferencia en cuanto a la mayor belleza de su paisaje, en tanto que por el segundo me siento más preparado para orientar al lector.

El recodo de Soacha termina hacia el sur en una especie de cabo estrecho que a unos seis kilómetros de distancia de la población del mismo nombre abarca las haciendas de Puerta Grande y Tequendama. Sin motivo explicable a raíz de la

formación del recodo, el río Funza sorpresivamente abandona su curso de dirección norte-sur para volver hacia el oeste y, abriéndose brecha a través de la cadena de montaña baja que la bordea, abandona la sabana. Hasta ahora inerte, el río, comparable en volumen al Elster cerca de Leipzig, se vuelve bramador, alternándose dos veces los trayectos de cataratas con otros de corrientes más tranquilas.

A distancia de unos cinco kilómetros de la sabana observamos terrazas a lado y lado del río, indicativas de un nivel más elevado del lecho fluvial en tiempos antiguos, nivel que los torrentes del mismo río se han encargado de bajar. Adelante de la hacienda Cincha situada sobre la terraza izquierda, encontramos una mina de carbón en explotación. Rugidos sordos nos anuncian la cercanía del Salto, y, persiguiéndolo con los ojos, de pronto vemos desaparecer el río en un despeñadero estrecho. Ya no tardamos en pararnos sobre la roca que le sirve de trampolín, observando las concavidades impresionantes que las aguas a su paso ininterrumpido han ido tallando en ella.

Y ahora nuestra vista está abarcando el primer escalón, de unos diez metros de profundidad, de la precipitación de las masas de agua, al tiempo que de su caída mayor aparece apenas la espuma de su tercio superior, quedando oculto lo demás. Solo en la parte de más abajo volvemos a divisar el río escapando con bramido al fondo del precipicio, cuyas paredes rocosas casi verticales tan solo acá y allá dejan piso para un árbol. Están compuestas por bancas horizontales de arenisca alternada con esquisto arcilloso (no de piedra calcárea como erróneamente dice Humboldt), bancas que a los pocos metros del Salto se encuentran con carbón de piedra, combinándose así las ventajas más prosaicas con la poesía del paisaje.

La escasa distancia entre los bordes superiores del precipicio se mantiene por varios kilómetros todavía, lo mismo que su altura observada a la cabeza del Salto, para luego empezar a alejarse e ir en declive. En el borde izquierdo del precipicio se está construyendo una línea férrea destinada a conectar a Bogotá con Girardot, a orillas del río Magdalena. Muchas vistas hermosas de las masas de agua en su caída al precipicio se nos ofrecen al pasear a lo largo del ferrocarril en obra, entre ellas una frontal de todo el Salto desde la distancia de unos dos kilómetros.

Esta sobre todo debió de ofrecer antes un cuadro extraordinario del paisaje, con el majestuoso Salto enmarcado por un monte de soberbia belleza, ya que el aspecto triste de la parte seca de la altiplanicie que atravesamos se reemplaza por la vista que bordea la sabana. De lamentar es que sin necesidad para tanto, un lado del bosque que la enmarcaba ha caído víctima de la construcción ferroviaria, habiéndose perdido así en gran parte el encanto del cuadro, tanto con la destrucción de su simetría como con el aspecto feo de tanto tronco mutilado que ha quedado en pie.

La vista más impresionante del Tequendama se ofrecerá ahora desde su lado derecho, a medio kilómetro más o menos hacia abajo, ya que desde allí es desde donde se pone de relieve el Salto en todo su esplendor. Fácil sería construir un puente de madera pocos minutos arriba del salto, para poder cruzar el río en un trayecto de aguas tranquilas, para comodidad de los amigos de la naturaleza, hoy obligados a gastar dos horas largas para volver a cruzar el puente de Canoas en el empeño de asomarse al Salto por su lado opuesto. Pero a falta de una asociación colombiana de amigos de la naturaleza, esta idea por ahora quedará sobre el papel. Con el uso del solo puente de Canoas ni siquiera sería posible admirar el Tequendama de un lado por la mañana y del otro por la tarde, ya que desde las 9 a. m. los vientos que suben del valle empiezan a correr la cortina de densa niebla.

Para determinar la altura del Salto numerosas mediciones se han ensayado, hasta el extremo de considerarse en Bogotá tarea ineludible para el viajero científico la de hallar esa medida. No es cosa fácil, pues, convencer a los colombianos de que la diferencia de unos cuantos metros carece de importancia, habiendo, por otro lado, maneras de aplicar el tiempo requerido para la medición en forma mucho más provechosa. Por mucho tiempo la estimación de la altura se ha excedido bastante de la realidad, la cual es de 146 metros de acuerdo con las mediciones más fidedignas, vale decir dos metros más que la catedral de Estrasburgo.

Pretender comparar el Tequendama con los saltos del Rhin o el Niágara sería insensato, ya que en estos no es la altura sino la inmensa masa de agua en su caída lo que admiramos. Por cierto, el salto de agua pulverizada baja de mayor altura, pero. a la vez en un hilo más delgado, de suerte que la impresión causada es bastante inferior. Entre los saltos conocidos, son únicamente los Yosemite los que combinan una altura todavía mayor con igual volumen de agua. Pero la categoría extraordinaria que ocupa el Tequendama —u ocupaba hasta cuando la barbarie consiguió destruir aquel rasgo ventajoso— se basa en el panorama sobremanera encantador de su paisaje, con la exuberante vegetación tropical.

Tanto los colombianos como muchos viajeros extranjeros suelen pretender que el Tequendama va abalanzándose de la tierra fría a la caliente, tal vez creyéndose respaldados por la fama de Humboldt cuando este en su pequeña composición sobre la sabana se refiere a los robles presentes en la cabecera en contraste con las formas tropicales de la vegetación encontradas al pie del Salto. Pero el mismo Humboldt ha calificado su descripción como poco acertada, cuando en los “Vues des Cordilléres” (Vistas de las Cordilleras) se refería a ella posteriormente. Pues la diferencia de solo 146 metros entre los niveles de altura no alcanza a crear condiciones para el crecimiento de diferentes tipos de vegetación. De no tratarse de palmas de alta montaña, las palmeras encontradas al pie del Salto habrán aprovechado el clima favorable en el lugar al abrigo del viento.

El origen del Tequendama parece haber provocado ya la curiosidad de los chibchas. Humboldt, al efecto, cuenta un mito muy bonito, encontrado en las crónicas españolas: Bochica y Huitaca, que representaban los principios del bien, el primero, y del mal el otro, traban lucha entre sí. Bochica, descendiente de Helios es tal vez el sol mismo, hecho hombre. Huitaca, en cambio, dueño del elemento húmedo, provoca las mareas, quizá como alusión a las aguas que cubrían la altiplanicie, y se convierte en la luna. Bochica, elemento calentador y de sequía ahuyenta las aguas, facilitándoles salida por medio de una garganta que les abre a través de la montaña. Lo que a Humboldt le fascina en tal mito es la creencia básica expresada, en un poder de acción violenta y de efecto inmediato, capaz tanto de abrir la garganta como de vaciar el lago de tipo alpidico en un instante.

Por cierto, desde entonces nuestras percepciones geológicas han venido sufriendo modificaciones, sobre todo en el sentido de tratar de explicarnos todos los fenómenos geológicos de los tiempos remotos con la acción continuada por años de las mismas fuerzas que hoy todavía vemos activas. Aplicando el método al Salto del Tequendama, notamos que resulta del todo inverosímil la apertura del precipicio por fuerzas interiores de la tierra, a la vez que se impone en forma poderosa la convicción de que el mismo río Funza, o río Bogotá, como se llama desde su salida del Salto, poco a poco hubiera creado ese precipicio, retrocediendo su caída más y más, a la manera como el Niágara está moviendo también su base hacia atrás, tal como se ha ido comprobando, y al igual que el río Elba probablemente ha venido retrocediendo poco a poco su salto desde Pirna hasta abrirse su brecha a través de la montaña Quadersandstein (nombre propio, quizás no traducible) con arenisca en dados cerca de Tetschen-Bodenbach.

Volviendo al Tequendama, tenemos en favor de lo estipulado el hecho de que los estratos de lado y lado del precipicio son del todo iguales, tanto en sus materias como en su formación, teniendo el precipicio mismo su rumbo un tanto retorcido. El que el río hubiera cortado a fuerza de sus propias aguas la sierra que bordea la sabana, con el efecto de desaguarse el lago que la cubría, es un hecho difícil de refutar. Ya las terrazas ubicadas arriba del Salto y encima del lecho actual del río nos habían revelado sin lugar a duda que este hubiera fluido a un nivel todavía más elevado en el pasado, para ir cavando su lecho de hoy en el curso de largo tiempo. Abajo del Salto sigue con el bramido de torrente de montaña, al comienzo en dirección suroeste, para volverse luego al sudsudoeste y finalmente desembocar en el río Magdalena cerca de Girardot.

Fusagasugá y el puente natural de Pandi

Admirado suficientemente el Salto del Tequendama o turbado este goce por la niebla y la lluvia, nos devolvemos a Puerta Grande, para coger desde allí el camino a Sibaté, población situada a una hora hacia el sur, en un estrecho recodo de la sabana, al que cruza un pequeño riachuelo de curso bien retorcido. De allí vamos subiendo a otra parte del borde de la sabana, con un ambiente frío y lluvioso, poblada por árboles achaparrados, pero afamada por el maravilloso panorama que ofrece con tiempo favorable. En el descenso por el otro lado a través de exuberante monte y acompañados por el aullido de los monos, que con la ayuda de sus largas colas cobraban vuelo para pasar de árbol en árbol, al cabo de varias horas llegamos a Fusagasugá, población ubicada a 1.700 metros de altura sobre el nivel del mar, muy ponderada por los bogotanos como sitio veraniego en razón de su clima benigno y sus baños de río, agradables, si bien un tanto frescos. Familias hay, contadas todavía, que en su entusiasmo han llegado a construir su quinta en los alrededores, entre ellas la quinta Coburgo, propiedad del señor Demetrio Paredes y su esposa, oriunda de Coburgo (Alemania), residencia distinguida por su ambiente acogedor y elegante.

Fusagasugá está situada sobre el extremo superior de una mesa ligeramente inclinada, cubierta de gramíneas y rastrojo bajo, que se extiende hasta el llamado boquerón de Fusagasugá, teniendo como bordes el río Chocho al noroeste y el río Cuja al sudeste. Planicies similares se encuentran con alguna frecuencia en la Cordillera Oriental, si bien de tamaño inferior. Tal como la de aquí, a veces terminan en declive escarpado por sus lados longitudinales hacia unos ríos que vienen a unirse en su extremo inferior. Otras veces se hallan inclinadas con uno de sus lados contra montañas más elevadas, encontrándose también mesetas completamente aisladas. En común tienen todas estas planicies la circunstancia de haber formado el fondo de valles en tiempos ya remotos, debiendo su estructura actual de terraza a la prolongada acción excavadora de los ríos. Pero de por sí tampoco han participado como eslabón en la estructura de las montañas, siendo, en cambio, obra de los mismos ríos, como se deduce de su composición de gruesa rocalla. Son terrazas de acarreo, tales como también en los Alpes las conocemos y cuya formación ha sido motivo de estudios especiales precisamente en los últimos años. La superficie de esas masas andinas a menudo está cubierta de enormes rocas, que a veces sobrepasan el tamaño de todo un rancho. A pesar de su parecido con los bloques erráticos del norte de Alemania, no puede tratarse de tales, ya que faltarían los glaciares que las hubieran podido transportar; tampoco aciertan los geognostas colombianos en su conclusión de catalogarlas como de procedencia volcánica. En cambio, habiendo presenciado la fuerza indescriptible desarrollada por los torrentes tropicales crecidos y embravecidos a consecuencia de uno de aquellos aguaceros diluviales, el observador alcanza a comprender su capacidad de remover tamañas rocas, que, dicho sea de paso,

también se encuentran encerradas entre la rocalla presente en los estratos más hondos bañados por los ríos, como se puede observar en las excavaciones causadas por ellos. No es raro el caso asimismo de hallarlas en los actuales lechos de los ríos, hasta en forma acumulada.

Desde aquellas mesetas de ambiente sereno y carentes de árboles suele ofrecérsele al viajero una admirable vista panorámica de las perfiladas montañas circundantes, que en su parte inferior peladas o apenas cubiertas de vegetación herbácea, acostumbran lucir la paleta de los más expresivos matices propios de los países meridionales, para a mayor altura presentarse pobladas de monte espeso y, por lo tanto, en colores más sombríos y apagados. Alcanzado el borde inferior de la mesa, observamos el grandioso valle rocoso, a cuyo pie el poderoso río Sumapaz, previamente reforzado por sus afluentes Cuja y Chocho, viene forzando su caudal a través de la alta cadena de montaña encontrada a su paso. Por la parte superior del despeñadero así formado, la vista pasa a la amplia mesa de Limones, también una de las terrazas de acarreo, que se extiende allende la montaña, para en el horizonte descubrir la brecha cortada a través de otra cadena de menor elevación. Apenas dejada esta, el río Sumapaz desemboca en el Magdalena.

Por ahora nos encaminamos hacia el puente natural de Pandi o Icononzo, conocido ya por la descripción ilustrada de Humboldt. A diferencia de los llamados “puentes de tierra”, en el de Pandi tenemos el medio natural para franquear uno de los más grandiosos, profundos y estrechos abismos imaginables, al paso que los puentes de tierra se forman por amontonamientos de grandes rocas de arenisca y caliza cubiertas de tierra, debajo de los cuales la corriente desaparece por un trayecto, para luego volver a continuar su curso en la superficie. Ejemplos hay en varias regiones del país, entre ellas en el camino de Pandi a Cunday.

El camino de Fusagasugá a Pandi, con sus permanentes subidas y bajadas conduce a través de las quebradas excavadas por los riachuelos en su curso monte abajo, alternadas con el cruce de los peñascos que entre ellas permanecen intactos. El viajero aquí va cabalgando a lo largo del borde de las regiones cultivadas, encontrando a poca distancia, a la izquierda de su camino, el comienzo de la espesa selva que, apenas interrumpida por el alto macizo del Sumapaz, va extendiéndose hasta el piedemonte oriental de la cordillera y las llanuras adyacentes. Pandi mismo es un pueblo infeliz, habitado casi exclusivamente por indios y visitado de vez en cuando por extraños curiosos. Sería inútil buscar allí las más mínimas comodidades. Satisfecha nuestra atención atraída por la enorme roca de arenisca con sus pinturas en rojo, emplazada al sur del pueblo, el camino nos conduce en descenso moderado a una depresión, cuyos bordes se levantan al otro lado por una ladera similar. Cuando llegamos al fondo, cruzamos cabalgando un puente de madera, que también el viajero distraído podría pasar tranquilamente, a no ser por el susto provocado por el chillido de los pájaros que emerge desde abajo. Despierta así nuestra atención, nos damos cuenta del

profundo abismo abierto debajo de nosotros, formado por una grieta rocosa con paredes verticales, en cuyo fondo el torrente de Sumapaz hace escuchar su bramido. Bandadas de pájaros posan en los resaltos de la roca o vuelan entre las paredes del precipicio. Pronto descubrimos que nuestro fundamento, el puente de madera, está descansando sobre otro puente, natural este y formado de roca y tierra. Bajando a este por un lado y amparados bajo una de sus rocas péndolas, cubierta con infinidad de nombres rasgueados, alcanzamos a divisar el fondo del precipicio a través de un hueco que hay en el piso. Desde una pequeña terraza a pocos metros más abajo se nos ofrece una maravillosa vista del abismo y una demostración clara de la estructura del puente. Este se compone de un arco doble de roca, sobre el cual descansan los pilotes del puente de madera. Parece que el arco superior, debajo del cual hablamos estado primero, está formado por una sola roca enorme de arenisca, en tanto que el otro, hasta donde hemos podido comprobar, está formado por varias unidades de la misma materia, encuñadas tanto entre sí como contra las paredes del abismo, estas últimas integradas por arenisca y roca esquistosa en estratos alternados casi horizontales.

André, viajero francés, ha sometido la grieta de Pandi a una exploración minuciosa, con una publicación de sus resultados, un tanto presumida, en “Tour du Monde”. Su compañero suizo, habiendo descendido por medio de largos rejos, o sea lazos torcidos de piel de buey, hasta llegar a sumergir sus pies en el agua, logró capturar y subir uno de aquellos pájaros, para evidenciar su identidad con los guácharos, encontrados por Humboldt en la cueva de Caripe, Venezuela, y descritos como «steatornis caripensis». Medida la distancia entre el puente de madera y el nivel de agua, resultó de 84 metros, siendo esta misma de una profundidad de 18 metros, estimada por André. Su ancho, medido a lo largo de un trayecto de 300 metros, apenas oscila entre los 10 y los 15 metros, con un largo del puente de madera de apenas 12.6 metros. Aquel suizo observó con sorpresa que el arco inferior no se compone de arenisca exclusivamente, llevando en cambio roca esquistosa en su parte inferior, descubrimiento que, a su vez, le sirvió a André para concluir que, al contrario de la aseveración del observador primitivo, tal arco no se compone de varias rocas aisladas, encuñadas en la estrecha grieta, tratándose en cambio de un remanente de formación parental, motivo suficiente para anunciar de manera triunfante haber encontrado al fin la solución definitiva del problema que había quedado oculta ante el mundo desde hace centenares de años. Es llamativo el hecho de que Humboldt, por su parte, había emitido su criterio al revés, tomando el arco superior por material parental, en tanto que, por formado de rocas aisladas el otro. En realidad de verdad, ambos arcos están compuestos por masas de roca encuñadas, pero no traídas por el río desde lejos, sino provenientes del borde superior de la grieta. Así las cosas, ¿por qué no podrían aparecer la arenisca y la piedra esquistosa en combinación? Por cierto que lo curioso no es tanto la posible formación de los puentes —que encontramos repetidos, en menor escala, en el desfiladero de Uttewald, de la Suiza Sajona— como la causa originaria de la profunda grieta misma, con sus paredes completamente verticales. La idea más generalizada es la de tomarse una

sacudida sísmica como su origen, creencia, sin embargo, poco probable. Veamos por qué. Puente abajo la grieta aparece retorcida en su curso, anchándose gradualmente, en tanto que río arriba también se origina en un valle de alguna apertura, que conserva sus paredes perpendiculares, pero ladeando el curso en ángulo recto, características que no se asemejan a las del origen supuesto. Por lo tanto cobra fuerza la teoría de que la grieta de Pandi hubiera sido cavada por la fuerza del mismo torrente de Sumapaz, favorecida por la posición horizontal de los estratos, así como por el recubrimiento de los estratos de esquisto, relativamente blandos, con los de arenisca dura, condiciones parecidas a las que encontramos actuando en el Tequendama.

El valle del río Bogotá

Hemos abandonado el río Bogotá luego de formar el Salto de Tequendama para simultáneamente convertirse de un río inerte en un poderoso torrente. Para llegar a aquel trayecto inferior del valle es costumbre desviarse en Cuatro Esquinas, de la carretera que de Bogotá conduce a Facatativá, para enrumbarse a Tena, pasando por El Pencal y Barroblanco. Apartándome de tal posibilidad escogí el camino que del pueblo de Bojacá, situado en un recodo al sur de la sabana, también va a Tena, tocando la laguna de Pedro Palo en su curso. El estado en que encontré la vía no es fácil de describir; mejor puede hacerse con una conocida inscripción que reza: “Este camino no es camino, pero quien no obstante lo tomare, cuide de no romperse el pescuezo, ya que el hombre en favor de la vía no parece haber hecho cosa distinta de la de tumbar árboles para que cayeran con el objeto de obstruirla”.

Apenas pasada la montaña, borde de la sabana, entramos en un monte extraordinariamente exuberante. Atravesándolo en su profunda soledad, apenas interrumpida por un solo rancho, llegamos a la pequeña laguna de Pedro Palo, que nos recuerda los lagos circundados de bosques en el norte de Alemania, abstracción hecha del carácter diferente del bosque, lo mismo que del hecho de encontrarnos aquí a una altura de 2.000 metros sobre el nivel del mar. Ya al alcance del pueblo de Tena, el monte nos abandona, al igual que la espesa niebla que asciende del valle y que había venido envolviéndonos durante todo el día. Un cielo azul nos saluda, a la vez que el sol nos baña con sus intensos rayos, sin olvidar el aire, aquí todavía con aquella pureza y saludable frescura, tan reparadores para cuerpo y mente. Un panorama de inusitada belleza se nos ofrece desde la misma colina que abarca el cementerio de Tena. En el norte contemplamos la línea quebrada de los picos que coronan la escarpada vertiente rocosa, cabecera de la sabana de Bogotá, cubierta en su parte baja de un espeso monte, que, acercándose casi a los umbrales del pueblo, con su matiz oscuro de azul verdoso ofrece un contraste pintoresco contra el verde claro de los cañaverales y matas de plátano. La vista hacia el oeste queda vedada por uno de los numerosos espolones de montaña que descienden de la vertiente. Tornando los ojos hacia el suroeste, observamos una gran variedad de colinas de poca altura, entre ellas una con cima completamente horizontal *y* vertientes empinadas, que especialmente llama nuestra atención, y que es la planicie ocupada por la población de La Mesa. Hacia el sudeste el alcance de nuestra vista está limitado por una cadena de montañas altas e impresionantes, con vertiente escarpada y cresta dentada a la manera de sierra, cadena que en frente de nosotros se desvía de su dirección nordeste para continuar alejándose casi hacia el este hasta fundirse con la montaña que bordea la sabana, formando con ella en su encuentro un valle encajonado de impresionantes dimensiones. Pero, concentrando nuestra vista, notamos que la propia cresta de golpe se interrumpe en aquel rincón, para apenas continuar por el otro lado del valle, en exactamente la misma dirección

dejada, ahora con carácter de bordeadora de la sabana, respetando así el valle cavado en ángulo recto en dirección a los estratos y a las cimas primitivas.

Es el río Bogotá el que allí ha ido creando su brecha y todavía sigue obrando para agrandarla, anunciando su presencia en el sitio, o sea al fondo extremo del valle encajonado entre paredes de roca, con una vaporosa nube blanca, la señal del Salto del Tequendama.

El camino de Tena a La Mesa nos lleva por un terreno de superficie ondulada, formado por tierra esquistosa, sembrada de numerosas rocas de arenisca de gran tamaño, testigos de la paulatina ablación de la montaña. Solitarios árboles altos y frondosos sirven de recuerdo de lo que antes era puro monte, pero talado ya hace mucho tiempo, a diferencia de las zonas de mayor elevación, donde el hombre apenas en tiempo reciente ha empezado a aplicar su mano destructora.

Poco a poco hemos venido acercándonos a La Mesa, empeñados como estamos en subir a aquella planicie peculiar de rocalla, sitio de la población y originaria de su nombre, ya que mesas suelen denominarse aquí las planicies de rocalla o terrazas de acarreo. Lo que distingue aquella mesa de la mayoría de las demás es su ubicación totalmente aislada, combinada con su elevación, varios centenares de metros sobre el nivel actual del río, señal diciente de las enormes transformaciones que la montaña ha venido sufriendo en un pasado geológico relativamente reciente. Al norte encontramos una meseta pequeña y más baja reclinada contra la que nos ocupa, con un picacho terminado en cono a su lado, también de rocalla y probablemente unido antes a la meseta. Peculiarmente interesantes son unas fuentes que surgen de la superficie de esta, al igual que restos de exuberante monte conservados a su pie.

También abajo de La Mesa nuestro camino, con dirección suroeste, continúa atravesando tierra esquistosa. Ya vamos bajando a un vallecito, ya volvemos a subir por una colina, para luego poder pasar a trote por una de aquellas terrazas de acarreo. Gradualmente vamos acercándonos al río, todavía verdadero torrente, sin vegas. A cien metros sobre el nivel del río pasamos por Anapoima, pueblo agradable y por lo tanto a veces apreciado como sitio de veraneo. El caserío de Las Juntas, situado a orillas del río, a la sombra de un grupo de árboles produce una impresión pintoresca. Alude su nombre a la unión con el río Apulo, afluente tranquilo y cristalino de marcado contraste con el río Bogotá, que aquí se realiza, después de haber pasado el Apulo por una extendida vega cubierta de palmeras.

Entre tanto hemos venido acercándonos a una cadena de montañas que, arrancando en el Alto del Trigo, pasa, en dirección sur, por Vianí, para ahora venir a nuestro encuentro, perdiendo altura en la parte que viene de su extensión y que continúa hacia el sur haciendo entrever blanca arenisca cuarzosa como elemento estructural en lugar del esquisto que iba revelando como tal. Al rato el río Bogotá atraviesa aquella cadena en medio de un valle amplio, para hacer su entrada a

una cañada en dirección oeste, formada por arcilla rodena y arenisca. Tal cambio geológico es también significativo en alto grado del carácter de la vegetación. Al paso que la vega abunda en palmeras, que a veces se agrupan en verdaderos bosquecillos, la vegetación de las colinas refleja una sequía pronunciada, con montes ralos y de bajo crecimiento, en donde predominan las mimosas, en lugar de la exuberante selva, o llegando a adoptar carácter de desierto donde aun ellas faltan, para presentarse pelado el suelo rodeno, a no ser por unos cactos y otros pocos arbustos espinosos que la pueblan. Pirámides de tierra han venido formándose donde las aguas de lluvia a su tiempo lograron penetrar, para llevarse parte del terreno. Fuertemente refleja el suelo los ardientes rayos del sol, impidiendo toda vegetación que exceda lo poco requerido para escasamente alimentar al burro.

A la entrada a aquel paisaje, tanto del río Bogotá como de nuestro camino, se encuentra la antigua población de Tocaima, situada sobre una terraza de acarreo, cerca del río. Con su clima cálido y seco, unido a la agradable oportunidad de tomar baños en el río y de aprovechar los efectos saludables de la fuente azufrada llamada Catarnica. Tocaima goza de merecido renombre como balneario predilecto, una especie de Aquisgrán colombiana. Más abajo, al lado del camino que conduce a Peñalisa, o Ricaurte como también se la llama, no hay sino contados ranchos solitarios, siendo la única población la de Agua de Dios, gran centro hospitalario para los leprosos del Estado de Cundinamarca, a cuya salida volvemos cabalgando a través de la misma región escasamente poblada. Apenas en las cercanías de Peñalisa la vegetación se recupera, a la vez que las moradas humanas van en aumento. Cultivos de tabaco y de añil han desplazado al monte bajo desde hace treinta años, para ocupar hoy el terreno al lado de las plantas alimenticias acostumbradas. Entre las abundantes palmeras también se encuentra el cocotero, aparición notable a tanta distancia de los litorales.

Ahora hemos vuelto a acercarnos al río Magdalena, con su caudal aumentado un tanto por el río Fusagasugá y en vísperas de recibir además al río Bogotá. Nos encontramos en el punto de la orilla que marca el abandono de su habitual dirección nordeste para tomar al oeste por algún tiempo. Al cabo de cabalgar por una hora en sentido occidental nos acercamos a Girardot, población pintorescamente dispuesta en la ascendente orilla opuesta al río Bogotá, con su fondo de piedra toba. Es allí donde la vía principal de Bogotá cruza el río Magdalena para continuar hacia los Estados del Tolima y del Cauca. Hace poco que un atrevido puente de hierro allí franquea el río, cuyo ancho no excede en mucho el del río Elba a la altura de la Suiza Sajona. Proyectada está una línea férrea para conectar la población con Bogotá, obra por ahora realizada hasta Tocaima. Las cimas de piedra arenisca, que bordean el río Bogotá hacia el oeste, terminan al occidente de Girardot, a orillas del río Magdalena. Al sur del río empieza la amplia llanura del Espinal, cubierta de gramíneas y rastrojo, a cuyo borde sur, invisibles desde el lugar, se extienden las planicies de Neiva y otras, a

un nivel un poco más elevado. Al occidente de la llanura del Espinal alcanzamos a divisar los débiles contornos de la Cordillera Central, envueltos en vahos.

Reino mineral y empresas industriales

Cerca del extremo norte de la altiplanicie de Bogotá, a unas seis horas de viaje desde la capital, está ubicada la ciudad de Zipaquirá, destinada quizás a asumir el papel de centro industrial del país. Desde el punto de vista científico es Humboldt quien en la literatura sobre la sabana de Bogotá hizo resaltar su importancia por medio de amplia referencia a los yacimientos de sal de Zipaquirá, calificándolos a la vez de uno de los fenómenos más peculiares de la geología, en vista de su ubicación a más de 2.600 metros sobre el nivel del mar. Aunque todavía hoy enfrentados a limitaciones, nuestros conocimientos completados en el interín nos permiten un juicio de mayor alcance que en los tiempos de Humboldt. Así que podemos concluir que la sal de Zipaquirá, al igual que la de otros yacimientos andinos del país, no es de formación reciente, sino al contrario su sedimentación marítima data desde el cretáceo, para así formar parte de toda la materia terrestre empujada hacia arriba para integrar la montaña.

La sal mineral está encerrada tan solo en una colina que, elevándose desde la planicie a moderada altura al oeste de la ciudad, mide apenas unos pocos kilómetros, tanto de largo como de ancho. Hacia el norte lo mismo que hacia el sur la colina está bordeada por pequeños desfiladeros, mas allá de los cuales ya no se encuentra ni rastro de sal. Así mismo el yacimiento parece rigurosamente delimitado hacia el oeste, en tanto que la parte básica de la colina salinera tampoco está formada de sal, sino de arenisca esquistosa, sobre la cual yace la sal mineral con estratos intercalados de arcilla oscura, yeso y anhídrido. Del todo ausentes parecen los carbonatos de sosa, que un papel tan importante juegan en Stassfurt, Alemania, en tanto que fuentes de agua salina surgen en varias partes.

El proceso para elaborar la sal, en uso todavía cuando Humboldt visitó a Zipaquirá, era idéntico al empleado por los indios antes de la conquista española, y se funda o en hervir el agua salina de poca concentración, por consiguiente implicando un consumo desproporcionado de leña, o en explotar al raso, a la manera, por ejemplo, como se extrae arcilla de una barrera, con otros inconvenientes inherentes e inevitables, a saber: la remoción previa de considerables masas de arcilla, que luego quedaban estorbando otras fases del proceso, la disolución parcial de la sal expuesta, por las aguas de lluvia y los numerosos derrumbes causados. A solicitud del Virrey, Humboldt le entregó a este una memoria [(4)]contentativa de propuestas para mejorar la elaboración salinera, cuya ejecución se le encargó a un minero sajón, de apellido Wiesner, a quien el gobierno español había enviado a las minas de plata de Santa Ana. Ahora se pasó a la explotación subterránea, fácilmente practicable, ya que la configuración del terreno la favorecía por la circunstancia de eliminar el costoso proceso de subir el material desde considerable profundidad. En una red de socavones, superpuestos uno encima del otro y todos con bocamina supraterrestre, el mineral se va extrayendo para luego transportarse fuera por medio de zorras de buey. Gran

parte del material va pasándose a manos del comercio conforme sale de la mina, a un precio que en 1883 oscilaba entre 5½ y 6 reales la arroba de 12½ kilos, en tanto que el remanente requiere purificación previa, proceso al cual es sometido en la fábrica ubicada al pie de la colina.

Otras salinas, de menor capacidad y en parte en estado bastante lamentable, se encuentran en las cercanías de Nemocón, Sesquilé y Tausa, es decir a corta distancia de Zipaquirá. Todas ellas son de propiedad del Estado, su administración está en manos de empleados del gobierno, ya que la explotación de la sal mineral en Colombia constituye un monopolio del Estado, formando su más importante fuente de ingresos después de los derechos de aduana. Al efecto, la utilidad neta giraba alrededor del millón de fuertes como promedio anual en los años de 1877 a 1881, con $ 650.000 provenientes de Zipaquirá, resultados obtenidos por medio de una producción anual de 8.400.000 kilos en Zipaquirá y de 11.750.000 kilos en total, como promedios en los mismos años.

Sin embargo, la sal no constituye la única riqueza mineral de Zipaquirá; hay una mina de carbón de buen rendimiento a tres cuartos de hora de distancia al suroeste de la ciudad, camino de Tenjo; otros yacimientos de carbón se encuentran tanto en casi todas las montañas que bordean la sabana, como en otras partes de la cordillera de Bogotá, intercalados generalmente entre los estratos de arenisca blanca cuarzosa y de arcilla, y dentro de la arcilla esquistosa negra. Tocante a la calidad del mineral se puede asegurar que ocupa una posición media entre el carbón de piedra y el lignito, con aproximación mayor hacia aquel. A veces no se trata sino de estratos insignificantes. En las cercanías de Bogotá se conocen dos estratos de pronunciada sinuosidad, el uno de medio metro de espesor, el otro de 11/2 metros, en tanto que los de Zipaquirá son cinco, con espesores de 0.2 a 1 metro. Cierto es que semejantes yacimientos no son adecuados para crearse núcleos industriales comparables con el inglés o el renano-westfaliano o siquiera el sajón, siendo no obstante dignos de explotarse, para dar abasto a empresas industriales de menor escala. Ya hoy día el carbón se está utilizando en Bogotá para la elaboración de gas, en tanto que en Zipaquirá y otras localidades para la purificación del mineral salino, o en Subachoque y Pacho para las ferrerías.

Pacho se encuentra a escasa jornada de Zipaquirá en dirección occidental. El camino sube en las inmediaciones al fondo de la ciudad, pasando por la colina de sal, para llegar al páramo, extenderse en su travesía y descender luego entre el monte al pueblo de Pacho, situado a 1.800 metros sobre el nivel del mar, o sea ya dentro de la región cultivada de la tierra templada, pero casi al borde del monte. En cambio, la hacienda de Pacho, ubicada sobre una extensa planicie con leve inclinación hacia el oeste, dista todavía un cuarto de hora más. Bordeada la planicie por ambos lados de valles fluviales, nos recuerda aquellas terrazas de acarreo ya conocidas por la de Fusagasugá, inclusive el paisaje al otro lado de los ríos, con sus cumbres perfiladas, peladas o apenas cubiertas de gramíneas en la

parte baja y las paredes de roca arenisca, cubiertas de monte, más arriba. La belleza del paisaje, realzada por el clima delicioso con temperatura casi pareja cerca de los 20°C, unida al hospitalario hospedaje y a la buena alimentación en casa del señor Bunch, han convertido los días de Pacho en los más agradables de toda mi permanencia en Colombia.

Ya en los años veinte la presencia de un mineral de hierro de alta calidad, unida a los yacimientos de carbón y de cal, había provocado a un inglés inmigrado, el padre del señor Bunch, a montar una fundición de hierro, empresa que hasta hace poco era la única existente en el país. Durante el tiempo transcurrido la producción, mantenida en reducida escala, se ha limitado a hierro colado para usos de herrería y a la manufactura de máquinas sencillas con destino a la agricultura, de preferencia trapiches, cuya construcción suele realizarse sobre pedido directo exclusivamente, con anticipo de la mitad del precio, excluyendo toda fabricación destinada a mantener existencia. Por boca de norteamericanos he oído censurar este sistema, basados en el conocido principio comercial de que la producción incrementada abarata su costo, con el efecto de permitir precios de venta más económicos, los cuales a su vez conducen a aumentar las ventas, para así dejar la utilidad en su mismo nivel, o, posiblemente, mejorarla. Indudablemente tal observación tiene su lado positivo, siendo de esperar que la reciente competencia de Subachoque provoque mayor actividad también en Pacho. Por otra parte sería arriesgado pretender aplicar sin beneficio de inventario en un país como Colombia, montañoso y todavía sin desarrollar, los principios económicos comprobados en los países civilizados. Empezando por la sensible falta de adecuadas vías de comunicación, nos damos cuenta de que la facilidad de competir con la manufactura europea se restringiría a limitadas áreas, con el efecto comprensible de frenar el incremento de las ventas buscado para Pacho. Otro factor restrictivo sería el escaso número de compradores solventes y capaces de garantizar el pago puntual. Por otra parte, vender renunciando a los principios establecidos, equivaldría a convertir en cuentas para cobrar tal parte del volumen de las ventas, que los precios subirían en vez de bajar.

En sitio menos agradable, pero mejor en cuanto a vías de comunicación, queda La Pradera, cerca de Subachoque, donde los señores Barriga y Arango en años recientes acabaron de montar otra ferrería, favorecidos por una subvención oficial. La población o ciudad de Subachoque está situada en un recodo noroccidental de la sabana de Bogotá, La Pradera, en cambio, a 1½ horas de distancia, en el valle amplio y levemente inclinado, a continuación del mismo recodo. El carbón se extrae a inmediaciones de La Pradera, en tanto que el mineral parental de hierro se beneficia a una hora de distancia, camino de Zipaquirá, de muy buena calidad, indicada como del 57%. En mi primera visita encontré la empresa en sus primeros comienzos de montaje, pudiendo comprobar apreciables adelantos al año, con miras a su pronta terminación, progreso obtenido bajo la dirección de un norteamericano de origen alemán, apellidado Miller. La maquinaria en vía de instalarse en su mayoría había sido fundida en la misma empresa todavía no

acabada de montar. Las actividades momentáneas se estaban concentrando en la instalación de una máquina para fabricar rieles de ferrocarril, cuya producción inicial se dedicaría a la vía férrea de la sabana, según pedido ya colocado por el gobierno del Estado de Cundinamarca.

Además, a algunas horas de distancia al sur de Subachoque la iniciativa empresarial está en plena acción, habiéndose terminado en el ínterin el montaje de la curtiembre de Agualarga que, tuve oportunidad de conocer en mi viaje inicial a Bogotá. Transcurrido entretanto año y medio, encontré trabajando en la planta a seis zapateros paisanos recién llegados. La idea era la de elaborar entre trescientos y quinientos pares de zapatos y botas por día al comienzo, o sea 100.000 a 150.000 pares al año, cuyo precio de venta estaba calculado en dos pesos el par de botas con base tanto en las condiciones favorables para conseguir las pieles como en la buena fuerza hidráulica disponible. Así que se esperaba desalojar el calzado extranjero, tanto de Bogotá como de todo el país, a la vez que se proyectaba inducir a crecientes núcleos del pueblo al uso de botas de cuero en reemplazo de las alpargatas. A mi modo de ver esta última medida será de realización muy paulatina, en tanto que, aun bajo la protección de muy elevados derechos de aduana, no será posible vencer las prohibitivas fronteras impuestas por las deficiencias de transporte para poder contar tanto con el occidente del país como con regiones litorales entre las áreas de consumo. De ahí mi temor de estar en presencia aquí de otro de tantos casos condenados a ver un optimismo infundado estrellarse contra la inflexible realidad, con el fracaso como única consecuencia posible. Encargado el futuro jefe de taller alemán de comprar en Alemania y de una vez traer la maquinaria requerida, la había escogido para fabricar modelos de los que estaban de moda allá. Fácil es imaginarnos el sobresalto sufrido por el hombre a su llegada, al verse enfrentado a una moda diferente, imposible de satisfacer con la maquinaria traída. Es un ejemplo más, característico de la falta de perspicacia reinante entre los empresarios indígenas, a quienes no se les había ocurrido prever la eventualidad.

Por lo demás, los zapateros alemanes parecían bastante desilusionados de su nuevo domicilio, casi todo el día envuelto en niebla o lluvia, si bien saludable y libre de fiebres, pero, también lejos de merecer el calificativo ofrecido, de clima delicioso. Otra promesa había sido la de habitaciones agradables, promesa considerada como cumplida por los empresarios colombianos, empero ignorantes estos del hecho de que el obrero alemán, aun el más modesto, acostumbra habitar su pieza superior a la de un peón colombiano, y a veces hasta a la de un hacendado. Sin conocimiento del español y por hablar únicamente su idioma nativo, por lo pronto se encontraban completamente aislados. Aprovechando su falta de conocimiento del país y de las condiciones de vida, se trataba de engañarlos en la liquidación de su sueldo, pactado en marcos alemanes, pagándoles únicamente 25 centavos por marco, en lugar de unos 30, que al tipo de cambio del 20 al 25 por ciento les hubieran correspondido. Probablemente la casa alemana encargada de celebrar el contrato había fallado al no salvaguardar

en debida forma los intereses de los contratados. A mi modo de ver los intereses de parte y parte hubieran quedado mejor guardados todavía permitiéndoles a los trabajadores traer sus esposas consigo, por medio de concesión de los correspondientes gastos de viaje, pues fácil es pronosticar que solos no se adaptarán, buscando al contrario toda posibilidad de abandonar sus puestos.

(4) Reproducida en los Anales de la Instrucción Pública, IV, Págs. 303, etc.

Haciendas y estancias

La mayor parte del territorio que conforma la cordillera de Bogotá ya tiene dueño, toda vez que tanto los valles que se extienden entre el río Magdalena y la altiplanicie de Bogotá, con las cadenas de montaña en su medio, como la sabana misma, a más de los valles del Río Negro y de Tenza al oriente de la vertiente divisoria hidrográfica y también las áreas atravesadas por los ríos Fusagasugá y Bogotá, forman parte de las regiones más pobladas del país. En cambio, en las selvas que cubren la mayor parte de la vertiente oriental de la cordillera, como en aquellas existentes en sus vertientes occidentales, hay todavía extensas regiones de tierra baldía de propiedad del Estado, disponible a precio bajo para quienes se crean capaces de tumbar monte y reemplazarlo con potreros y cultivos. Rigor desmedido en el cumplimiento de tal requisito no se espera, pues para demostrarse a la altura de sus obligaciones, el nuevo dueño no necesita presentar como cultivada sino una reducida fracción de su área de muchos kilómetros cuadrados.

En algunas partes, por ejemplo, tanto en los alrededores de Fómeque como en el valle de Tenza y en otras, el terreno está subdividido en pequeñas parcelas, cultivadas por propietarios independientes que podríamos calificar de agricultores, en tanto que la tierra en su mayor extensión forma parte de haciendas que a veces llegan a comprender varios miles de hectáreas. Así tenemos la hacienda de Tena que con sus 3.100 hectáreas o 12.000 “Morgen” prusianos, se extiende de la laguna de Pedropalo a 2.000 metros de elevación hasta el puente del Colegio a 750 metros, abarcando así las más variadas regiones, tanto climáticas como de vegetación. Posiblemente todavía de mayor extensión será la hacienda Peñalisa, aunque de características menos variadas. En todo caso estos dos ejemplos no son excepcionales. Meritoria tarea, pero realizable solamente sobre el terreno, sería la de investigar más a fondo desde el punto de vista de la política económica la distribución de la propiedad raíz y su origen.

Entre las granjas de los agricultores independientes y la pequeña finca arrendada perteneciente a la hacienda no hay diferencia que digamos, tal como ya se nota por su común denominación de estancias [(5)], en contraste con las grandes haciendas.

Su economía está orientada a cubrir las necesidades diarias, así que sus cultivos se limitan a una roza de maíz, un platanal, un cañaveral, algo de yuca y arracacha a más de unos cafetos y unas plantas de algodón; la cría de animales comprende algunas aves de corral, unos cerdos alimentados con desechos de la cocina, algunas reses, y quizás también tal o cual caballo o mula, que pastan en potreros [(6)] poco cuidados. Los implementos, en general, son de los más elementales, así que el machete ha de reemplazar a la mayoría de las herramientas. Asociaciones de vecinos para la común adquisición de maquinaria, o para crear instalaciones de uso corriente, no existen en ninguna parte, y ni

siquiera ha surgido la idea de crearlas. Los productos que no se necesitan para el consumo propio, se llevan al mercado más cercano para venderlos y adquirir en cambio artículos alimenticios oriundos de otras zonas, y vestimenta, por ejemplo, pantalones de Santander, ruanas de Boyacá, sombreros de paja de Suaza o Zapatoca, o también para comprar artículos europeos en una de las tiendas locales.

En cambio, la administración de las grandes haciendas cuenta con orientación diferente en varios aspectos. En lugar de cultivar de todo un poco, la empresa prefiere limitarse a pocas variedades, prometedoras de mayor rendimiento, como el trigo y la papa en las regiones altas, a cambio de la caña de azúcar, el café, el cacao y tal vez también el arroz, el tabaco y el añil en las zonas más bajas. En los potreros de considerables superficies sembradas de gramíneas, guinea o pará, o en tierra fría, de trébol o de alfalfa, se mantienen manadas de caballos, mulas y reses, ya que la estabulación no se acostumbra sino para la cabalgadura del dueño. Acá y allá se ve maquinaria de mayor categoría, por ejemplo, trapiches construidos de hierro y movidos por fuerza hidráulica ó vapor, instalaciones modernas para transformar el café en pergamino con el grano listo para exportar, y otras. Pero con frecuencia se encuentran todavía establecimientos con equipo tan primitivo que para trillar los cereales se extienden sobre el piso para que pasen los caballos por encima; para otras labores se usan procedimientos igualmente rudimentarios. Las cosechas, lo mismo que los animales destinados a la venta, se llevan al mercado de la ciudad más grande y más cercana, en lugar de realizarlos en el mercado vecino, encontrando allí compradores que han venido de todas partes del país. Los productos previstos para la exportación, tales como café, pieles, etc., o bien se venden a una casa dedicada al comercio al por mayor o se despachan por cuenta del hacendado directamente a Europa o a los Estados Unidos.

A juzgar por las viviendas es difícil imaginarlas como las casas de habitación de dueños de varios miles de hectáreas de tierra, ya que nuestra suposición de encontrar una confortable casa de campo, convenientemente instalada, en Colombia no se realiza; de castillos, parecidos a aquellos acostumbrados en los latifundios del nordeste de Alemania, ni hablar. Excepción hecha de la sabana de Bogotá, son contadas las haciendas cuya vivienda ofrezca un ambiente de comodidad para la familia, constando la casa señorial a menudo de apenas dos piezas económicamente instaladas. Pero no ha de extrañarnos el fenómeno, ya que la familia raras veces sale de la ciudad a vivir en la hacienda, prefiriendo con frecuencia los mismos dueños permanecer en la ciudad para ejercer el comercio o las profesiones de médico o abogado, limitando sus visitas a una o apenas dos al año, con el objeto de inspeccionar el ganado y las cosechas, en lugar de concentrar toda su capacidad a la administración y mejora de la hacienda. La administración de las haciendas de tamaño medio está en manos de un mayordomo, hombre que, a menudo, apenas sabe leer y escribir y aplicar las cuatro operaciones, deja andar los quehaceres por el camino trillado, incapaz

como es de introducir mejoras. A la ausencia de los dueños es a lo que se debe en gran parte el bajo nivel de desarrollo de la agricultura colombiana. Notable es la escasez de jóvenes de las clases superiores que tengan ánimo de dedicarse a ella de lleno, adquiriendo áreas de selva a precios módicos, para convertirlas en terreno cultivable. Desde luego son apreciables las expensas iniciales tanto para tumbar monte como para adquirir la maquinaria indispensable en la explotación de cañaverales y cafetales y para proveer animales de cría seleccionados. En cambio, poca duda hay de que el capital así invertido empezará a producir su buen rendimiento al cabo de algunos años. Tanto durante el dominio español como en el transcurso de los primeros decenios de la república, el trabajo en las haciendas estaba a cargo de esclavos negros o de indios sujetos, según las condiciones del lugar. Abolida la esclavitud va realizándose con la ayuda de peones o por medio de arrendatarios. Aquellos suelen recibir de dos a cuatro reales, en determinadas regiones hasta seis reales de jornal, en tanto que estos acostumbran pagar el arriendo en trabajo y no en efectivo, ya sea que lo realicen en persona o por conducto de jornaleros alquilados.

Pero las relaciones entre los terratenientes por un lado y los arrendatarios y peones por el otro, distan mucho del ideal que de lo descrito parece deducible. Estos en la práctica dependen de aquellos en sumo grado, forzados como están a adquirir todos sus pequeños menesteres, hasta la chicha, en la tienda de propiedad del hacendado, siendo interés del patrono el que las cuentas de sus dependientes permanezcan siempre con saldo en rojo. A falta de contrato de arriendo, como es regla, el arrendatario se arriesga a ser expulsado al cabo de un par de días, en caso de desavenencia con el dueño, perdiendo el primero por lo general todo el fruto de su esfuerzo. Las demandas judiciales raras veces resultan conducentes, ya que el juez suele ser un hombre del pueblo y como tal también dependiente del terrateniente o, por lo menos, susceptible a sus promesas o a su plata [(7)]. Cuanto más la igualdad democrática resuena en boca de los políticos, menos se nota su efecto en la realidad.

El propio jornalero o la jornalera tienen por albergue un rincón cualquiera de la casa o del trapiche, donde arreglan su alojamiento para la noche. De no seguir gustándoles, proceden a hacer su atado liviano, para marcharse a buscar trabajo en otra parte. La vida casera, tanto de los arrendatarios como de los dueños de parcela, acostumbra a desarrollarse en los ranchos, el delantero de habitación, con la cocina en el de atrás. En tierra caliente tales ranchos a menudo se forman con palos de guadua, hincados uno al lado del otro, para formar las paredes, y con ramas de la misma guadua o con hojas de palmera por techo. Para amoldarlos a clima más fresco, los postes de guadua suelen proveerse de enrejado de bejucos, para luego cubrirlos de barro, y, en señal de mayor esmero todavía, blanquearlos. Cierto bienestar ya van reflejando las construcciones de adobe, acostumbradas tanto en las haciendas como en los pueblos, en el último caso con destino al cura párroco y a las notabilidades. Su techo rematado en punta, cubierto de paja, junco u otro material parecido, y terminado hacia abajo en sobradillo de metro a metro y

medio que, soportado por una hilera de postes, forma una entrada al abrigo de la lluvia, para allí amarrar la cabalgadura, guardar la silla o descargar el equipaje. Las piezas por lo general carecen de cielo raso, dejando libre la vista al techo, que a menudo permite la entrada de fuertes corrientes de aire. El espacio principal del rancho, o sea la sala, se caracteriza por la falta de ventanas, facilitándose el pasar a través de ella por medio de dos puertas, la delantera y la trasera, tanto para la gente como para gallinas, cerdos y asnos, que a veces asoman a la cocina. A uno de los lados de la sala, o a veces a ambos, suele haber un camarín con destino a dormitorio, ya sea para el dueño o dueña de la casa, para sus hijas o, en ocasiones, para toda la familia, en tanto que el alojamiento de los jornaleros o de eventuales huéspedes se improvisa en la sala o en la cocina, ya que por lo general, acostumbra limitarse a una piel de buey o a una estera extendida en el suelo o encima de las bancas de tierra o piedra construidas a lo largo de las paredes. El mobiliario de la sala generalmente se compone de una mesa, unos asientos tapizados en piel de buey de color amarillo, que, inclinados contra la pared, suelen ofrecer buena comodidad para sentarse y unos taburetes bajos, asientos preferidos por las señoras. Por lo demás, sillas de montar y otros implementos ocupan el lugar. En tierra caliente, una tinaja, o sea un recipiente grande de barro poroso, suele estar arrinconada, y en ella el agua se mantiene relativamente fresca debido a la intensa evaporación. A través de la sala se halla colgada la hamaca, aprovechada por el calentano para pasar soñando la mayor parte de su vida. El gusto artístico se revela por medio de grandes hojas de cromolitografía pegadas en las paredes de la sala y representativas, por ejemplo, del emperador y del príncipe heredero alemanes o de soldados alemanes y franceses. El mismo uso encuentran recortes de revistas ilustradas, por ejemplo de “Illustrated London News”, de “Punch” o de un diario español de modas; esto lo experimenté personalmente con unos recortes ilustrados de una revista alemana que dejé olvidados en mi alojamiento, y que a mi regreso a los pocos días encontré nítidamente pegados a la pared, no obstante que el dueño de la casa ya no se contaba como perteneciente a la clase popular común y corriente. Pero el mejor adorno de la sala me tocó observarlo en casa de un acomodado hacendado. Era una porcelana fina, expuesta en una mesa de figurillas que a primera vista podría tomarse por una ponchera, pero que en realidad resultó ser uno de aquellos recipientes que entre nosotros tienen su puesto debajo de la cama. A menudo, un rincón de la pieza da cabida al oratorio, a un crucifijo o a una imagen de la Virgen, guarnecidos de figurines profanos y baratijas multicolores.

La presencia de una estufa en la cocina ya es indicio de cierto bienestar, al paso que el horno de la gente pobre se reduce a tres piedras, entre las cuales se mantiene la candela para calentar la olla grande puesta encima. Como esta sirve para cocinarlo todo, la sopa, la carne, la verdura, una cosa tras otra, se explica el tiempo requerido para preparar la, comida. Los platos comunes y corrientes están hechos de arcilla multicolor presente en diferentes partes del país, encontrándose con alguna frecuencia, si bien en número reducido, platos, tazas y vasos importados. A menudo las totumas hacen las veces de los vasos, especialmente

en las tiendas. Son las cáscaras de la *crescientia cujete,* que suelen crecer hasta llegar a un pie de diámetro. Ellas, lo mismo que las graciosamente talladas cáscaras de la nuez del coco, también le sirven al viajero de vaso para beber, en tanto que el fruto ahuecado de la calabaza lo usa de cantimplora.

La vestimenta del labrador, tanto de tierra fría como de la templada, es idéntica a la del peón bogotano. En tierra caliente, en cambio, los colores de la indumentaria son más claros y su peso disminuye a medida que la pigmentación de la gente va en aumento, debido a la mayor proporción de sangre negra. En lugar de ruana de paño los hombres visten la de lino rayado en varios colores, en tanto que las señoras prefieren vestidos coloreados, hechos de algodón, mientras que los niños de menor edad andan desnudos.

También la alimentación va adaptándose a la elevación sobre el nivel del mar, pero de modo contrario a lo que solemos pensar. Mientras que los habitantes del páramo y de la sabana se nutren casi exclusivamente de papas y mazamorra o cuchuco, unas sopas espesas hechas de harina de maíz o de cebada, con papas adentro, dichos alimentos se reemplazan en las zonas más bajas con plátanos, yuca y arracacha, casi siempre acompañados por un trozo de carne de res, por seca y dura que sea. Pescado en abundancia se consume tan solo a orillas de los ríos de tierra caliente. Debido a su precio económico, tanto el cacao como el café constituyen bebida popular, en tanto que la chicha en climas fríos y el guarapo en zonas más cálidas ocupan el lugar de nuestra cerveza, ambos consumidos en apreciables cantidades y considerados a la vez como alimento. El aguardiente no es tan solicitado en las clases populares como entre la clase superior, siendo probablemente también menor su consumo que entre los campesinos y trabajadores alemanes. Tan solo para una parte de la población el abuso de la chicha llega al extremo de la borrachera dominical.

El agricultor en pequeño suele estar ocupado durante la mayor parte del día, si bien su trabajo no es de carácter muy intenso. Es en la roza donde el crecimiento de la mala hierba le sigue creando problemas y preocupación. Pero por lo demás su atención preferencial la está dispensando a su ganadería, hasta el punto de que escasamente se le encuentra sin el lazo en la mano, listo para coger tal o cual animal. Además acostumbra pasar varios días de la semana en camino, en visita al mercado de las poblaciones vecinas mayores, a efecto de no quedar restringido al mercado de su propio pueblo para la venta de los frutos de sus cultivos y potreros.

En sus viajes al mercado, la mujer suele acompañarlo, ya sea caminando o montada, tanto para ayudar en las ventas como para hacer compras y también para participar en las alegrías de la jornada, ya que en la tarde acostumbra dedicarse a las reuniones y a la diversión, que tanto significan para aquella gente en su vida, por lo demás harto monótona. Mientras tanto los ranchos al lado de la vía se hallan o bien completamente desiertos u ocupados apenas por niños de

corta edad, tal vez acompañados por la abuela, ya de años. La ligera trancada de la puerta, más que real efecto de protección contra robo, harto improbable aquí, se limita a tener cierto sentido simbólico. Los demás días de la semana la mujer suele pasarlos dedicada a sus quehaceres caseros, así que en las faenas del campo no participa. La joven hija acostumbra emplearse de jornalera en el trapiche de la hacienda o defender ciertos cultivos, ahuyentando los monos y los pájaros en acecho con ánimo de cosechar sin haber sembrado. Gran parte del día la mujer ha de dedicarla a preparar las comidas, en tanto que a otras horas se la observa hilando en un huso primitivo o sentada en un banquillo delante del rancho, dedicada a alguna costura o también peinando su larga cabellera negra o rebuscando en las cabezas de sus vástagos ciertos animalitos menores.

Las nociones escolares distan mucho de ocupar en la población campesina colombiana el lugar que fuera de desear. Provistos los pueblos de escuelas, en general las excesivas distancias por cubrir, unidos al poco aprecio de la instrucción escolar, hacen desistir a los padres de enviar a sus hijos a las clases.

Las clases, deficientes de por sí, se interrumpen con frecuencia y, dado el corto tiempo transcurrido luego de haberse establecido, pueden dar sus frutos apenas en la generación venidera. Mínima es la esperanza de un desarrollo intelectual en la edad ya más madura, toda vez que el aislamiento del ambiente prácticamente impide toda inspiración desde fuera. Así que los campesinos colombianos carecen de toda noción, tanto de países extranjeros como de su propia historia patria. Completamente borrados de su memoria se encuentran los recuerdos de sus antepasados indios, al igual que de la conquista española, a pesar de la buena proporción de sangre india que todavía viene pulsando en sus venas. Hoy son creyentes católicos, pero aun tomando por hereje a todo protestante, distan mucho de ser fanáticos. Al efecto puedo declarar que nunca me he visto expuesto a intentos de impugnación ni a molestas tentativas de convertirme. Lo que abunda todavía es la superstición. Así que al morir un niño, el entierro suele festejarse con música y baile para celebrar el hecho de haberse convertido el niño en ángel celeste, fiesta a la cual la madre del difunto no puede dejar de asistir, a pesar de su estado próximo a partírsele el alma.

Numerosos son los casos de concubinato y de hijos naturales, pero sería injusto juzgar el fenómeno por otro aspecto distinto de aquel de las circunstancias sociales, máxime cuando la población rural colombiana a mi parecer no está muy inclinada ni a la sensualidad ni al libertinaje, excepción hecha tal vez de la población mezclada con el elemento negroide de la tierra baja. El mal ejemplo lo dan las clases superiores y aun los clérigos, en tanto que los jornaleros de ambos sexos viven altamente expuestos a la tentación. En cambio, la mayor parte de los concubinatos existe al amparo de la buena fe de los novios, para quienes solamente los altos derechos y otras circunstancias parecidas han sido motivo de renunciar a la ‘bendición matrimonial. También en otros aspectos observamos una decencia digna de elogio, si bien es cierto que viene originándose en la indolencia,

antes que en el aprecio consciente de lo bueno. El cometer crímenes de asesinato o saqueo es incompatible con el carácter de bonachón inherente a la población rural colombiana —otra vez exceptuando a los negros y a los zambos—. Hasta los transportes de oro metálico, que en determinados días se encaminan desde las minas a los puertos, muy raras veces han corrido el peligro de ser atracados. Y aun a cometer robos de menor significación la población rural parece menos inclinada que ciertos elementos urbanos. A pesar de mi costumbre de no cerrar el baúl durante la permanencia en las posadas, no he sufrido pérdida alguna, a excepción de habérseme sustraído unas piezas de ropa interior. Una costumbre muy arraigada en toda la nación colombiana, tanto en la ciudad como en el campo, y sin distingo de clases, suele reflejarse en el trato un tanto despreocupado brindado a la verdad.

Al indio acostumbra tildársele de carácter taciturno y alevoso, atribuciones que, según mis experiencias, sin embargo, no incumben al indio o mestizo colombiano, a quien, al contrario, he llegado a conocer como hablador y confiado, lo mismo que tengo motivo de elogiar su amabilidad, cortesía y hospitalidad. En tanto que entre los bogotanos a menudo encontramos tipos descarados, los campesinos, sobre todo los de las regiones altas, suelen mostrarse en extremo serviles, condición nacida de su larga servidumbre.

Es en los amos y terratenientes donde recae en su mayor parte la responsabilidad tanto de la situación social como del grado de desarrollo intelectual y moral de los indios puros y mestizos que forman las capas bajas, pues en lugar de facilitarle la elevación de su nivel social a la gente bajo su mando, hoy todavía siguen empeñándose muchos en no dejarla medrar, para así poder seguir explotándola en su propio provecho. Casos hay en que el dueño se opone a que su arrendatario compre una cabeza de ganado más o cultive terreno de mayor superficie. El pequeño propietario, en cambio, está impedido para dedicarse a la producción de artículos exportables, debido a la ubicación desfavorable de su terreno en relación con las vías de comunicación. Pero no hay disculpa que valga, ni para el arrendatario ni para el dueño, en tanto ambos siguen gastando en bebidas el producto de su mercado o enterrándolo, en lugar de aprovecharlo para incrementar su empresa. Asimismo, el jornalero acostumbra dejar de asistir a la faena hasta no haber gastado el último real. Con todo, me parece acertada la aseveración recibida de expertos, en el sentido de que también el labrador colombiano podría encaminarse hacia un mayor bienestar, a condición de poner más energía y constancia de su parte.

(5) En la Argentina así se denomina la hacienda.
(6) En otras regiones denominados “mangas”, p. ej. en Antioquia.
(7) Mi descripción de las condiciones sociales no se apoya en mis propias impresiones solamente, sino también en relatos de las costumbres colombianas (Cuadros de Costumbres).

En una ciudad de provincia

Al cabo de haber atravesado por varias horas un paisaje con ranchos solitarios o a veces agrupaciones de casas o haciendas que bordean el camino o a mayor distancia de él, el viajero llega al fin al municipio, centro de todo, en el sentido tanto político como eclesiástico, económico y social. Sede del alcalde como cabecilla político, lo mismo que del juez, abarca también la iglesia con la casa cural y la escuela, así como la plaza de mercado y los almacenes que ofrecen mercancías de procedencia europea. A la vez es el domicilio de un número de artesanos, tales como el talabartero, el herrero, el carpintero, el albañil y también el zapatero, el sastre y el latonero. Muchos de los hacendados de los alrededores han construido su casa aquí, domicilio para ellos durante la mayor parte del año, para así combinar la ventaja de una vida social con la cercanía, de la iglesia y la escuela, y la oportunidad de unos negocios accesorios, a que casi todos están dedicados. Los domingos, días tradicionales de mercado, todos los vecinos de la colectividad suelen concurrir, ya sea para vender los productos vegetales y animales de su tierra o para proveerse de los frutos ajenos a su propia producción, a la vez que de productos industriales, nacionales o europeos. Ya sea antes de abrir el mercado sus actividades o después de concluir ellas, y también en su curso, los parroquianos acostumbran entrar a la iglesia a efecto de cumplir sus deberes religiosos, para después ir a tratar sus asuntos con el alcalde o el juez y finalmente saludar a sus compadres y amigos, para quedarse reunidos en animada charla.

No es raro el caso de que un tal municipio alcance a abarcar muchas millas cuadradas, quedando comprendidas a veces extensas áreas de selva, apenas interrumpidas por tal o cual comienzo de colonización. Así que los habitantes muchas veces habrán de gastar de medio a un día entero para llegar a la sede del municipio a visitar el mercado o a cumplir otra diligencia cualquiera. Poco a poco la colonización va creciendo, con el efecto de manifestarse de manera más y más apremiante la necesidad de fundarse otro municipio nuevo. El gobierno, al conceder el establecimiento de un distrito independiente, procede a enviar un topógrafo con el encargo de determinar tanto el alcance de superficie como los linderos de la nueva entidad y luego demarcar su plaza, con frente hacia la cual después se colocará la primera piedra tanto para la iglesia como para la alcaldía. Ahora no tardará en llegar un hombre emprendedor, para establecer la primera tienda, dedicada a la venta de artículos variados, como telas para vestido, ropas, herramientas, coñac y otros, de procedencia europea, mercancías adquiridas a crédito a un comerciante con domicilio en la localidad más cercana.

También el mercado propio empieza a realizarse en la nueva comunidad, siendo notable la prontitud con que los vecinos van acostumbrándose a realizar allí sus productos, en lugar de seguir enviándolos cada semana al centro tradicional lejano.

De esta manera es como han venido formándose en el curso del presente siglo la mayoría de los municipios, tanto en el sur de Antioquia como en la parte colindante del Estado del Tolima. En Cundinamarca, en cambio, el procedimiento en general ha sido distinto, a saber: un hombre acaudalado ha adquirido sus derechos sobre determinado terreno baldío de un área considerable, para establecer allí un núcleo bastante numeroso de arrendatarios y jornaleros, base para el nuevo distrito. Es así como las haciendas Peñalisa y Tena, por ejemplo, han venido a constituirse en semejantes distritos. Por el mismo estilo ciertas empresas mineras han procedido a crear tales comunidades, que a veces han llegado a obtener su independencia política.

Pueblos hay que existen de tiempo atrás, originada su fundación en este sistema. Otros tienen su origen en los llamados resguardos, áreas reservadas a los indios con el objeto de protegerlos contra la explotación por parte de los blancos y por lo tanto vedadas a estos. Y, para completar el cuadro, agreguémosle tanto las fundaciones que datan de la época que comenzó inmediatamente después de la conquista española, como aquellas de origen indio, que, ya existentes a la llegada de los españoles, fueron escogidas por ellos desde el principio para sede de los poderes, tanto del civil como del eclesiástico. Finalmente, unas cuantas comunidades han venido organizándose a raíz de intereses relacionados con el comercio y el transporte.

La tendencia igualitaria, tan característica del siglo presente, ha venido haciendo caer en el olvido los diferentes orígenes, a medida que los resguardos se abolieron para pasar gran parte del terreno a manos de los blancos, en tanto que antiguas empresas mineras se clausuraron, a la vez que el comercio y el transporte abandonaron las rutas que habían sido prescritas por el gobierno español. Así que poblaciones recién establecidas llegaron a reemplazar a las antiguas como centros importantes de comercio, condenándolas a una muerte económica, con las consecuencias fáciles de imaginar, que en algunos casos llegaron al extremo de provocar el traslado de sedes gubernamentales.

Al efecto, los antiguos calificativos españoles, tales como ciudad, villa, parroquia, curato, pueblo y aldea, prácticamente han perdido su sentido, para servir hoy en día apenas de distintivo alusivo al orden dimensional. Tan solo entre aldea y distrito o pueblo existe marcada diferencia, por cuanto la primera significa una entidad dependiente de la segunda, pues o todavía no ha logrado autonomía política ni eclesiástica o por algún motivo la ha perdido. Así pues las aldeas se asemejarían a nuestros “Dörfer” o “Weiler”, mientras que el tratar de aplicar a las poblaciones autónomas colombianas los puntos de vista nuestros para distinguir entre pueblo y ciudad, sería un tanto problemático. Hallándose bastante borradas las señas distintivas aun en nuestra tierra, cuánto más difícil habría de ser precisarlas para su uso en otro país, con un desarrollo histórico tan diferente. Cierto es que comunidades tales como Tena, Peñalisa y Pandi, al igual que los antiguos resguardos, tienen un marcado carácter de pueblo, en tanto que

Guaduas, Facatativá, Fusagasugá y Tocaima, como centros económicos y, en parte, también políticos que son, no tan solo para su propia área sino también en cuanto a las comunidades circundantes se refiere, podrían compararse con nuestras ciudades de provincia.

Zipaquirá con sus salinas ya tiene características de ciudad industrial, en tanto que La Mesa sirve de centro de intercambio para los productos de las tierras altas de Cundinamarca y Boyacá con aquellos de las llanuras del alto Magdalena. Pero, carentes de marcados contrastes, tales tipos de unidad política, debido a su simultánea transición paulatina, tienen mucho en común, coincidiendo por lo tanto, con pocas excepciones, en su carácter como en su estructura.

En general, las poblaciones colombianas han sido fundadas sin una cuidadosa planeación previa, habiendo además, en muchos casos, sufrido traslados, antes de encontrar su ubicación definitiva. El construir una localidad al pie del valle queda vedado, salvo contadas excepciones, tanto por la estrechez de la mayoría de los valles como por el aumento del caudal de los ríos en las épocas de lluvia. De haber terrazas de acarreo disponibles a cierta elevación sobre el fondo del valle, a menudo se han aprovechado, en tanto que con frecuencia las localidades se han ubicado a considerable altura, donde una meseta de poca inclinación intercalada en la vertiente, permitía su fundación. En parte, semejante posición de las aldeas, ya en una vertiente del valle, ya en la otra, se debe al continuo subir y bajar de los caminos, desde que la política de intereses locales raras veces ha permitido construir un camino principal que pase por entre las poblaciones, con solo desvíos laterales que comuniquen con ellas.

Aquella ubicación explica también la ausencia en las poblaciones colombianas de las prolongadas calles principales, tan características de las nuestras. Pero tampoco se encuentran las poblaciones de tierra plana dispuestas en forma parecida al círculo, con su conjunto amplio e irregular, ni las ciudades provincianas tan comunes entre nosotros, con sus calles curvas, impuestas por las murallas circundantes de otros tiempos. En cambio, las poblaciones colombianas casi todas tienen por centro su espaciosa plaza cuadrada, de ochenta a cien metros de lado, de la cual las calles parten en línea recta, con sus cruces en forma rectangular. Con frente a la plaza encontramos la iglesia, casi siempre construida en el mismo estilo monótono adoptado a fines del siglo pasado o a principios del presente. Circundando la plaza está además la alcaldía, con la cárcel como accesorio, a más de las casas de los ciudadanos más acomodados. A medida que vamos distanciándonos de la plaza, más pobreza van reflejando los barrios. Las casas más representativas están construidas de adobes y cubiertas de teja de barro, siguiendo además el mismo plan de construcción ya conocido desde Bogotá. En miserables ranchos construidos de barro o de caña viven también aquí los habitantes de las clases más pobres, exactamente como en el campo.

Calles empedradas y provistas con caños no hay sino en las poblaciones de mayor categoría. Su aseo y alumbrado poca atención reciben. Contadas son las casas que cuentan con excusado. Muy mal suele andar la provisión de agua. Pozos casi no existen. De no haber riachuelo que atraviese el pueblo, o fuente que lo aprovisione, el precioso líquido habrán de traerlo del río, muy distante a menudo, motivo por el cual se observa tanto muchacho guiando alegremente su burro cargado de barriles o tinajas, ya sea en viaje del pueblo al río o de regreso. Desde luego, con el río muy crecido después de haber caído un aguacero, el agua, con destino no solamente al baño y a la cocina, sino también a calmar la sed, está turbia en extremo, dejando impresionante asiento en el vaso.

En nuestra tierra casi toda ciudad se distingue por su disposición y estructura propias, características que al observador interesado le revelan su entera historia de desarrollo. En cambio, la arquitectura de las ciudades colombianas es en extremo monótona, con excepción, a veces, de unas iglesias y conventos antiguos, los que, sin embargo, tampoco podrían calificarse como interesantes desde el punto de vista arquitectónico. Determinante en la diferencia de carácter de las ciudades colombianas es su variada altura sobre el nivel del mar con su efecto natural sobre el clima reinante. Al paso que la estructura de las casas de categoría poco se altera, los ranchos de barro van cediendo su lugar a los construidos de caña, a medida que las condiciones climáticas lo permiten. Así que, con las palmeras intercaladas, la población ofrece una impresión encantadora, por lo menos vista a distancia. Los penetrantes rayos del sol ayudan a evaporar el agua, evitando así la formación de aquellos intransitables lodazales, tan frecuentes en los caminos de la tierra alta. El zancudo asume la actividad molesta de la pulga.

Pero fuera del clima predominante no hay factor tan decisivo para orientar el carácter de una población como lo es su ubicación en relación con las principales vías de comunicación, o sea algo parecido a lo que para las ciudades provincianas nuestras significa su situación desde el punto de vista de su comunicación ferroviaria. La razón es obvia. Por los caminos principales van pasando los viajeros, como también las caravanas de carga. Por ellos pasa semanalmente el correo que comunica con la capital. Además, hace poco existe una línea telegráfica, por numerosas que sean sus fallas y por más que se repitan las molestas ausencias del joven telegrafista de su oficina. En las regiones apartadas, en cambio, el correo nacional se reemplaza por el del Estado que sea, servicio por lo demás lento y descuidado. Raras son las veces que un extraño se extravíe hacia aquellos lados, a no ser algún mercachifle ambulante que ofrece sus chécheres, o un político de la capital en pos de votos para las elecciones venideras. Si bien de vez en cuando un terrateniente con rango igual al de la clase superior de Bogotá vive en el pueblo o en sus cercanías, el núcleo influyente en general lo constituye la gente de la clase media, o sea los hacendados menores y los dueños de tienda, gente que nunca se ve sin su ruana y que, por lo tanto, cae bajo la denominación de “gente de ruana”, a diferencia de los bogotanos

distinguidos, que suelen llevar la ruana puesta encima del saco en lugar de ponérsela directamente sobre la camisa, distinguiéndose además por su sombrero alto de paja. Su instrucción no revela mayor alcance, raras veces pasa de habilitarlos para leer y escribir y manejar las cuatro operaciones, conocimientos adquiridos en la escuela rural. Por lo general son negociantes natos, con buen dominio de todas las mañas e intrigas, que hábilmente suelen aprovechar, particularmente a expensas de los pobres indios. Con facilidad tratan de imitar tanto la elocuente cortesía como las amables frases hechas de las clases altas. Pero si bien en estas a veces echamos de menos la esperada sinceridad, de la osada curiosidad e importunidad, al igual que de la arrogante afectación de la alta sociedad pueblerina, ni hablar.

Por otra parte, me impresionó con cierta gracia el observar la repetición exacta del provincialismo nuestro, cuyas caprichosas expresiones inspiraban las comedias de tiempos pasados, con su reflejo de las mismas rivalidades y de la misma preocupación de no faltar a la propia dignidad. Los bailes públicos y otras fiestas son testimonio de la separación rigurosa exigida por la clasificación establecida de las familias entre gente de primera y segunda categoría y el pueblo. En una de aquellas ciudades, que no era de las menores que digamos, mi presencia coincidía con la de un grupo de equilibristas listo para exhibir sus pruebas. No tanto por la atracción ejercida por estos, cuanto fascinado por la oportunidad de estudiar las características del público, resolví adquirir mi boleta. Mas por falta de suficiente concurrencia, la función tuvo que cancelarse, con la devolución del precio de entrada. La misma desilusión mía les tocó sufrir, entre otros, a la dueña de mi hotel y a sus hijas, que, vestidas para la ocasión, habían estado esperando para ir, no sin antes averiguar por conducto de un muchacho varias veces enviado, si ya habían llegado “otras familias”, para no ir tampoco, en caso negativo. Pero cuál sería la sorpresa al saberse al día siguiente, que la otras familias habían adoptado la misma precaución, para caer todas víctima de ella y perder la oportunidad de distraerse.

El gobierno local está encabezado por el alcalde y el juez, siendo ambos cargos honorarios y por regla general sin retribución alguna, con relevo semestral o anual. Para Colombia en su estado actual, semejante grado de autonomía administrativa parece notoriamente prematuro, como lo admiten nacionales prudentes, entre ellos Manuel Ancízar. No dispuestos a exponerse a las molestias e incomodidades inherentes al desempeño de los cargos, las personas pertenecientes a las clases acomodadas e instruidas suelen rehuirlos, al tiempo que interponen toda su influencia para apoyar la elección de elementos dóciles de la clase popular. Así que muchos alcaldes y jueces carecen de toda noción de las leyes pertinentes al cargo, llegando con frecuencia hasta el extremo de no saber leer ni escribir, para vivir y actuar prácticamente bajo la batuta de los terratenientes o de los tinterillos, gente hábil, empapada de las disposiciones legales y empeñada en actuar como jurisconsultos. De tal modo que unas pocas personas, los llamados gamonales, llegan a ejercer una especie de tiranía sobre toda la población. Todo intento de

resistencia se sofoca, bien sea desalojando al opositor del terreno, si es arrendatario, o involucrándolo en pleitos, si se trata de un hombre independiente, en este caso persiguiendo mediante falsos testigos la prueba de su culpabilidad [(8)]. Poco suelen intervenir los prefectos y los juzgados superiores en tal estado de cosas, ante el temor de perder el apoyo de los gamonales en las elecciones subsiguientes. El cura tampoco acostumbra guardar siempre un criterio imparcial, faltándole a veces también la fortaleza para obrar. Cierto es que he tenido la fortuna de conocer a unos pocos sacerdotes de excelentes cualidades, que se sacrificaban por la bienaventuranza de sus parroquianos, tratando a la vez de hacer prosperar su bienestar mundano en la medida de sus posibilidades. Pero, hablando en general, me parece que los párrocos colombianos no son capaces ni moral ni intelectualmente de hacer frente a su alta misión cultural en las regiones apartadas y poco desarrolladas. En cuanto a la moral, su mal ejemplo no es infrecuente, como puede observarse por las numerosas casas curales en donde viven las así llamadas hermanas o sobrinas del padre con un gran número de niños. En lugar de encontrarlo censurable, los parroquianos suelen ponerse contentos, por conjurarse así para ellos el caso de que, sin tales hermanas, el hombre pudiera llegar a constituir un peligro para sus esposas e hijas. Las aldeas vecinas entre sí, muchas veces constituyen focos de una rivalidad que llega hasta lo ridículo, para ir a menudo acompañada de un pronunciado antagonismo político que, a su vez, acostumbra tornarse en abiertos ataques y refriegas, especialmente en épocas de guerra civil, pero también en tiempos de paz, así que en esas regiones infranqueables hoy todavía sigue predominando aquella mezquina política de intereses locales que entre nosotros hace tiempo ha tenido que ceder su lugar con arreglo al progreso de la cultura.

Ni el intercambio comercial revela actividad que digamos. Así que aun La Mesa, población dedicada al comercio de productos provenientes de vastas regiones, carece de comerciantes propios para facilitar el intercambio, con almacenes de depósito a su disposición, cuya existencia tanta importancia tiene en centros comerciales al estilo de nuestra tierra. En cambio, todas las transacciones se concentran el día semanal de mercado, para despacharse al día siguiente las mercancías negociadas al lugar de su destino o a la plaza de mercado de otro pueblo. Los intermediarios dedicados a semejantes encargos son meros mercachifles que viajan de mercado a mercado, perteneciendo en general a una clase social inferior a la de los dueños de tienda, cuya actividad acostumbra concretarse casi exclusivamente a la mercancía extranjera. Una de las consecuencias de aquel primitivo sistema de distribución de los productos criollos para el consumo doméstico es la extrema sensibilidad a fluctuaciones de su precio, el cual suele cambiar de semana en semana conforme a la magnitud momentánea de la oferta y la demanda, ya que para el vendedor a menudo será preferible salir de sus productos a un precio inferior, en lugar de volver a llevárselos por malos caminos a su punto de partida. En consecuencia, un factor esencial de la capacidad comercial radica en la habilidad de hacer coincidir el tiempo de la oferta con la esperanza de una buena demanda del artículo en el

mercado. Pero en tanto que el hacendado acomodado fácilmente se impone la eventual espera, el dueño de poco terreno o el arrendatario no puede, pues la necesidad de disponer del equivalente depende del todo de las cualidades del mercado semanal, ya que además de las condiciones de la cosecha misma, entran en juego tanto la situación política como el tiempo habido víspera del mercado, en el sentido de favorecer el transporte por determinadas vías de comunicación o de obstruirlo.

Tanto ingleses como norteamericanos con criterio un poco drástico han objetado la tradición de que el mercado se limite a los domingos, pero se olvidan tal vez de dos hechos decisivos. En primer lugar la considerable distancia por recorrer entre su cultivo y el pueblo le impide al vecino hacerlo dos veces por semana. Además, de transferirse la realización del mercado a un día entre semana, los parroquianos perderían la posibilidad de asistir a misa, la cual acostumbran ahora aprovechar, aunque sea en medio de sus negocios. En las poblaciones de más categoría, con mayoría de habitantes urbanos y mercado de superiores proporciones, este ya viene realizándose en días entre semana.

Las tardes y las noches dominicales se destinan a beber y a bailar. Aquí el vals todavía no ha alcanzado a reemplazar a aquellas danzas antiguas, cuyos movimientos consisten en que hombre y mujer, cara a cara, al son de una música monótona y de un tacto lento, se suelen acercar y alejar, interpretando así el ir y venir de los amantes. Otros grupos hay que se apretujan en las tiendas, charlando, riendo y gritando al beber en totuma bien sea chicha o guarapo, bebidas que tanto más gustan cuanto más fermentadas se sirvan. Pero también el anisado tiene sus favorecedores. Todo hasta cuando los hombres, bajo el efecto de las bebidas y exhortados por las mujeres, se ponen a tambalear hacia la casa o a sentarse en el suelo al lado de la mujer dominada por el mismo estado. Veces hay en que alguien organiza una riña de gallos en su casa, espectáculo alrededor del cual suelen reunirse los hombres.

Los principales días de fiesta, celebrados especialmente en tierra caliente, son el de San Juan y el de San Pedro y San Pablo. En 1883 me tocó pasar el segundo en Guaduas. Siguiendo la costumbre, por la mañana todo el mundo se apresuraba a afluir al río, para bañarse. Grupos de jinetes, damas y caballeros, se lanzaban a galope calle abajo, para desembocar frente al hotel a los potreros y seguir a través de ellos hacia el lugar del baño, situado un tanto más arriba. En Colombia, con el baño al aire libre no se persigue en primer lugar el aseo y el refresco, sino un placer bullicioso gozado en sociedad. Por lo tanto, el jinete nunca va solo, sino en compañía que cuanto más numerosa mejor es. Camino de regreso, todo grupo se detiene en el hotel para tomar un trago, coñac para los caballeros y champaña para las damas. Luego se gasta una hora para pasar a galope por las calles, oportunidad que aprovechan los caballeros para hacer gala de su equitación en presencia de las damas, dando de espuelas a sus caballos, para hacerlos correr a galope tendido y luego pararlos en seco. Para la tarde se había improvisado una

corrida de toros, evento que aquí no tiene el tal carácter cruento y excitante y que a mí me pareció sumamente aburridor. Los cuernos del toro estaban envueltos en lazos, cuyos cabos manejados por jinetes le contrarrestaban al animal prácticamente todo movimiento, cualquiera que fuera la dirección en que lo intentara. Así que carecía de peligro todo lo que se hacía para irritar al animal, ya sea por medio de trapos colocados delante de él, o mediante petardos o voladores. Cierto que el toro reaccionaba con gruñidos, pero sin llegar a rabiar, como no fuera en un momento inadvertido que aprovechó para derribar a un hombre, pero sin alcanzar a herirlo. Vueltos a montar, los caballeros y las damas cruzaron la plaza a galope, escogiendo los momentos en que el toro estaba a suficiente distancia, para no arriesgarse.

Tanto la Semana Santa como día de Corpus Christi suelen celebrarse con procesiones en todos los pueblos, al igual que en Bogotá, con la sola diferencia de que son más reducidas y más caprichosas las de los pueblos. En vía preparativa ya durante las semanas precedentes se puede observar a todas las matronas del lugar ocupadas en ataviar los monumentos representativos de los santos. También durante la semana antes de la Navidad, el llamado tiempo de los Aguinaldos, en muchas regiones se acostumbra concluir la misa nocturna con una procesión, que con velas y canciones da la vuelta a la plaza, acompañada del trueno de tiros de morteretes y escopetas e iluminada por cohetes.

(8)Condiciones descritas muy instructivamente por Eugenio Díaz en su novela “Manuela”, publicada en “El Mosaico”, revista en que se publicaban, entre otros, cuadros de costumbres. Bogotá, Tomo 2do.

La vertiente oriental de la Cordillera Central

Inspirado por el cuadro grandioso, tantas veces admirado de lejos, que el brillante sol de la mañana es capaz de ofrecer, de la Cordillera Central con sus altos picos cubiertos de nieves perpetuas, llegué a abrigar el deseo de visitarla. Para realizarlo, emprendí viaje el 25 de junio, para a los pocos días cruzar el río Magdalena cerca de la hacienda La Unión, situada un poco río arriba de Honda. A lo largo de la orilla izquierda del Magdalena va extendiéndose una cadena de colinas bajas, formada por piedra arenisca tobácea, de un color gris verdoso, en forma de bancos inclinados, cadena que más al norte pasa a la orilla derecha, poco antes de llegar a la altura de Honda. Más allá de aquella cadena encontramos el mismo paisaje caracterizado por la conformación tan peculiar que en ocasión anterior ya habíamos contemplado río abajo en Honda. Se trata de montañas mesetas de mayor elevación, que descansan sobre una base más bien baja y entrecortada con apenas 20 a 30 metros de profundidad por lechos de ríos y arroyos excavados por ellos, montañas separadas por hondonadas, de menor o mayor anchura, tanto entre si como de las cadenas de colinas y de la propia Cordillera Central, pero que a veces también desaparecen del todo. Tal paisaje me hace recordar de una manera sorprendente la montaña de mi patria chica, la Suiza Sajona, con sus despeñaderos, rocas y mesetas. Tanto acá como allá las conformaciones existentes han venido modelándose por el efecto de las aguas, de lo que antes era un inmenso plano. Pero en tanto que el de Alemania está formado por bancos de arenisca de la formación cretácea superior, su existencia en Colombia se deriva de erupciones volcánicas sucedidas en la época de las formaciones terciaria y cuaternaria, quiere decir de tiempos que contaban con la montaña en general ya existente. Al escalar las faldas de la Cordillera Central, tropezamos con tobas y rocallas ostensiblemente distintas, por sus estratos horizontales, de los parentales esquistos cristalinos pertenecientes al subsuelo.

No es precisamente un placer atravesar cabalgando, especialmente en época de sequía, semejante paisaje de tan solo 200 a 300 metros de elevación sobre el nivel del mar y tan carente de sombra protectora, ya que el suelo aridecido y apenas cubierto de pastos secos y unos pocos arbustos sin hojas, va reflejando con un calor poco menos que ardiente los rayos del sol, que le caen en dirección casi vertical. En muchas partes se le prende candela al pasto, para enriquecer el suelo con las cenizas, así que el humo espeso y el olor a quemado llegan a producir una atmósfera tan sofocante en las cercanías de las quemas que el jinete espolea su asustada cabalgadura para escapar a galope. Unicamente en los valles y quebradas se conserva la vegetación fresca, para saludar al viajero junto con grupos de palmeras y platanales.

Desde lejos también las poblaciones, con las numerosas palmeras dispersas entre ellas, producen una impresión bastante amena, la que desafortunadamente se desvanece a medida que llegamos acercándonos. Las casas blanqueadas y cubiertas de tejas, signo tan relevante en Colombia del bienestar, van cediendo

lugar a los ranchos con techo de paja. Mariquita, fundada en 1550 y centro minero por mucho tiempo, está dando hoy día una impresión extremamente mezquina y decaída, con solo ruinas de viejas casas españolas como testigos de tiempos pasados mejores. Mayor significación siguen ofreciendo Honda como centro comercial al lado de los rápidos del río Magdalena, y Ambalema, sitio principal de la extensa área de cultivos de tabaco.

En tanto que la población de la cordillera de Bogotá se compone esencialmente de blancos e indios con sus mestizos, aquí en la tierra baja caliente prevalecen los negros y sus mezclas. La mitad más o menos está sufriendo de bocio pronunciado, a cuyo efecto afeador externo en general parece corresponder un carácter áspero y desagradable. Entre los blancos y los indios sobre todo sorprende la proporción elevada de seres de aspecto pálido y débil, consecuencia de la anemia tan generalizada en tierra caliente. Con frecuencia también se observan enfermos de la fiebre, postrados en su hamaca o simplemente tendidos en el piso, a veces lanzando intensos gemidos. Además de la malaria común y corriente, de vez en cuando suele presentarse una fiebre bastante maligna acompañada de vómito negro con síntoma característico, enfermedad que, por lo tanto, se denomina “vomito negro” o también, por su similitud simplemente, “fiebre amarilla”. Investigaciones concluyentes no se han realizado todavía, pero, en concepto de médicos idóneos, parece altamente improbable la presencia de la propia fiebre amarilla en regiones del país adentro, predominando en cambio la sospecha de tratarse de graves casos de fiebre biliosa. Pero, sea como sea, no son para tomarse a la ligera, pues existen ejemplos de pueblos enteros que han quedado desiertos a consecuencia de ella.

Comprensible es que el viajero se sienta aliviado al salir de la región baja con su ambiente sofocante y desagradable, para entrar en la propia Cordillera Central, que en dirección oeste se levanta delante de él en marcada ascensión. Por primera vez desde nuestra llegada a Colombia estamos pisando terreno de consistencia cristalina, ya que toda la parte inferior de la vertiente oriental se compone de granito, gnéisico, y, más que todo, de diferentes clases de esquisto cristalino. Pero pocos son los lugares demostrativos de los materiales en su estado parental y fresco, encontrándose estos, al contrario, casi totalmente corroídos y en camino de convertirse bajo las influencias tropicales tanto del calor como de las lluvias y de la vegetación en una tierra grasa de color rojo intenso, producto que corre parejas con la tierra vegetal de color castaño oscuro en nuestro país y que corresponde también al laterito tantas veces mencionado en tiempos recientes, que se encuentra en el hemisferio oriental de nuestro globo terráqueo. Esta tierra blanda va combinada con las conformaciones levemente onduladas del terreno, imprimiéndole a este un aspecto que casi pudiéramos calificar de carente de carácter, sobre todo en su pronunciado contraste con las sierras de arenisca de la parte inferior de la Cordillera Oriental. Pero cuanto echamos de menos en la formación de la montaña, nos viene presentando, en vía de compensación tal vez, la exuberante vegetación, de una intensidad

extraordinaria, pues en contra de lo pretendido por algunos autores, no es cierto que aquel suelo rojo parecido al laterito de todos modos fuera árido y enemigo de la arborescencia. Originalmente toda aquella región estaba cubierta por una espesa selva, y todavía hoy sigue siendo la clase de vegetación preponderante. En parte los pobladores en su penetración han venido guiándose por las riquezas minerales del suelo. Así que inmediatamente después de concluir la conquista del país, empezó la explotación del oro arrastrado por los ríos al noroeste de Mariquita, en tanto que al cabo del siglo pasado se fundó la población de Santa Ana, para dar comienzo al aprovechamiento de los ricos yacimientos de mineral de plata presentes en sus cercanías. La veta de mayor rendimiento había venido explotándose durante largos años por una compañía inglesa, hasta cuando el gobierno aumentó en forma exorbitante el arriendo, motivando así que los ingleses abandonaran la explotación, después de haber inutilizado la mina, cegando los socavones. Dignas de explotar hallaron ricas vetas argentíferas, descubiertas por unos pobres indios en plena selva, a unas horas distantes del sitio acabado de abandonar, en dirección suroeste. Las minas de Frías tomadas en explotación, a pesar de no contener sino plata, al igual que las de Santa Ana, figuran hoy entre las más ricas del país, en tanto que la producción de estas últimas está reducida a unas cuantas empresas de menor categoría.

Las poblaciones situadas a mayor elevación, tales como Líbano, Santo Domingo y Soledad, lo mismo que Fresno y Manzanares, poco o casi nada tienen que ver con la minería, estando dedicadas, en cambio, a las actividades tradicionales de la ganadería y de la agricultura. Su fundación, que apenas data de los últimos decenios, la deben a vecinos del colindante Estado de Antioquia, que, como gente trabajadora y fácil de contentar, ha venido atravesando la sierra y, por ende, a la vez la frontera de su Estado, para penetrar al Tolima. A mi modo de ver, precisamente aquella colonización, lejos de limitar sus efectos a lo meramente local, tiene su indudable importancia general para el desarrollo económico e intelectual del país, por cuanto sirvió para establecer al fin el contacto entre las amplias zonas en vía de poblarse, formadas por el valle del Cauca y la montaña de Antioquia por un lado, con el valle del Magdalena y la Cordillera Oriental por el otro. Los antioqueños, tan vinculados por miles de lazos a su patria chica, siempre irán a mantener las mismas relaciones estrechas y activas con las ciudades tolimenses de su vecindad más cercana, a cuyo efecto las vías de comunicación a través de la Cordillera Central habrán de seguir aumentando y mejorándose, como ya en el curso del presente siglo han venido progresando notablemente.

Prosiguiendo desde Mariquita, había pasado por Fresno hasta llegar a Manzanares, población a distancia todavía de una buena jornada del piedemonte oriental de la Cordillera. Habiendo dejado atrás el paisaje suave y boscoso formado por el suelo de cristalización primaria ya corroída, ahora encuentro los primeros precursores de las formaciones volcánicas predominantes en la composición de la cresta de la Cordillera Central. Al sur del pueblo brota una fuente ferruginosa con temperatura de 25°C. a orillas del río Santo Domingo, en

tanto que en dirección norte, al lado del camino que conduce a Sonsón, observamos enormes cantidades de arena volcánica. En la misma dirección, a distancia de una milla más o menos, se levanta el excelente cono de andesita del cerro de Guadalupe, el cual, en recompensa del ascenso un tanto fatigoso, nos ofrece una majestuosa vista sobre el nevado del Ruiz.

Pero por ahora esos precursores apenas aparecen aislados. Antes de entrar a la región de las rocas de origen volcánico, nos toca pasar todavía por la cresta de la Picona, que está compuesta de esquistos de canto rodado, arenisca y otras rocas, todas en posición empinada, a semejanza de la Cordillera Oriental, revelando por lo tanto aquellos picos y crestas atrevidas y haciendo entrever en muchas partes la pura roca, en marcado contraste con la gruesa capa de tierra originada en el proceso de erosión y las suaves formaciones de las rocas cristalinas. Un camino espantoso pasa directamente encima de aquella cresta, en lugar de seguir el valle del río Guarinó, para así pasarla en torno por su lado sur. Un lodazal de sorprendente profundidad provocó mi caída al igual que la de mi mula de silla, en tanto que la bestia de carga se precipitó por una hondonada de treinta metros en su empeño de tomar un escalón de roca en el camino, pero con tanta suerte que las lesiones sufridas carecían de gravedad. Más adelante tropezamos con lo que los chulos habían dejado de una robusta mula muerta en accidente un par de días antes. Es de regla pasar la Picona a lomo de buey, animal con fama de un paso superior todavía en seguridad al de la mula. Extrañeza me produce observar a los arrieros descargando y volviendo a cargar sus bestias en el sitio, en lugar de unir sus fuerzas para remover el obstáculo del escalón.

Allende el río Guarinó, reencontrado en las cercanías de la hacienda Victoria, comienzan a presentarse las rocas eruptivas, tales como andesita y otras, que casi exclusivamente conforman la cresta principal, que a la vez constituye la divisoria hidrográfica. En general nuestro camino sigue el curso del río Guarinó, cruzándolo varias veces. En el lado opuesto del valle se nos presenta la población de Sucre, con unos picos altos de montaña elevándose a su lado noroeste. En varios sitios observamos rocas de andesita que se empinan en medio de una selva. Ranchos solitarios aparecen a lo largo del camino, con distancia de media hora más o menos entre uno y otro. Poco a poco vamos acercándonos al páramo de Herveo, que, sin embargo, no es páramo en el sentido de la palabra, ya que carece del todo de la planta característica, el frailejón, con sus hojas lanuginosas. Sin haber ya alcanzado su límite superior, la arborescencia se halla parcialmente achaparrada por el viento. En medio de la cumbre podemos admirar magníficos ejemplares de la palmera montañera (o de cera), en tanto que en las partes abrigadas contra el viento de las alturas vecinas se levanta una floresta de tronco alto. Es aquí donde nos encontramos en el punto más alto de nuestro camino, situado en la divisoria hidrográfica entre los Estados de Tolima y Antioquia.

En el valle del Cauca

Al descender del páramo de Herveo, pronto nos hallamos en presencia de un amplio panorama que se extiende en las direcciones oeste y noroeste. Montañas y valles, en su mayor parte cubiertos de espeso monte, se presentan en inmensa confusión a nuestros pies. Tan solo a enorme distancia la alta cresta de la Cordillera Occidental con los farallones de Citará guarnecidos de puntas, interfiere en el fondo del paisaje. Completamente diferente se presenta aquí el carácter de la cuenca del río Cauca en comparación con el del sector comprendido entre Popayán y Cartago, o sea el llamado valle del Cauca, donde llanuras de enorme anchura y de carácter estepario acompañan al río, en tanto que aquí habría de buscar mucho para reunir siquiera un solo kilómetro cuadrado de terreno plano.

A más o menos una jornada abajo del páramo de Herveo tenemos la población de Salamina, situada en una loma angosta, circundada casi por todos lados de valles hondos. Fundada apenas en 1827, hoy tendrá sus 5.000 habitantes. Su ubicación, muy atrayente desde el punto de vista estético, deja mucho que desear, en cambio, en cuanto a posibilidades de desarrollo en la vida práctica. Incomodado por lo penoso del acceso a la población, el movimiento del tráfico ya está empezando a eludirla, desviándose por caminos laterales. Otro problema es el del aprovisionamiento de agua potable, con la necesidad de traerla desde lejos. Por otra parte, la elevación de 1.820 metros sobre el nivel del mar proporciona el clima más agradable, fuera de la vista amplia que se goza desde las salidas de la población es única, ya que abarca tanto la montaña del otro lado del valle del Cauca con los pintorescos grupos de casas de Marmato como, en el horizonte atrás, la cresta principal de la Cordillera Occidental, a la vez que hacia el norte alcanza a divisarse la enorme encorvadura del río Cauca, abierta hacia el oeste, que se produce al suroeste de Abejorral, lo mismo que el cono tan audazmente conformado del Cerro Bravo cerca de Fredonia.

Un inconveniente capaz de afectar el disfrute de la vida es la mala alimentación. A pesar de su sitio al lado del gran camino real, que conecta Medellín con Manizales y la llanura superior del río Cauca, Salamina no tiene, o por lo menos no tenía en aquel entonces, lo que se entiende por buena posada. Al efecto logré a duras penas encontrar albergue para dos días en una casa particular. A pesar de toda su buena voluntad empeñada, el ama de casa no logró proveer una alimentación más o menos al gusto, habida cuenta que la comida antioqueña es bastante diferente de la acostumbrada en las demás partes del país, pero, a mi modo de ver, no precisamente en su favor. Cierto que es más nutritiva, pero a la vez menos grata al paladar. En favor de la alimentación antioqueña viene hablando el papel que en ella juega la leche, que, dicho sea de paso, en Colombia no se ofrece sino en sus ciudades mayores. Pero en lugar de saborearla en su estado puro, en Antioquia se acostumbra cocinarla con granos de maíz. La mazamorra, como se llama ahora, es bien diferente de la sopa de harina de maíz, conocida bajo el mismo nombre en los Estados orientales del país. Sin duda tiene bastante valor nutritivo, pero

combinada con un sabor insípido y un poco agrio. El maíz es el cereal predilecto de los antioqueños, toda vez que escasean las tierras cultivables en alturas para producir centeno y trigo. En consecuencia, el pan de trigo, si bien se consigue en las ciudades mayores, en el campo suele reemplazarse con la arepa, un panecito hecho de harina de maíz, sin sal y carente de sabor. Como postre es costumbre mordiscar una mazorca tostada. Otro plato favorito son los fríjoles negros, alimento que no ha de faltar en ninguna comida, reemplazando con frecuencia a la carne, tanto en la mesa de los pobres como entre los más acomodados. Contrariando la usanza cundinamarquesa, tanto las papas como los plátanos y la yuca son de consumo muy inferior. La costumbre de tomar café casi no se conoce, en tanto que el chocolate suele mezclarse con harina por considerarlo así más saludable.

Terminada mi permanencia de dos días en Salamina, continué el viaje en dirección oeste. Al igual que todos los caminos que salen de la población, también el nuestro empezó con una fuerte bajada, en este caso al valle del río Chambery, para volver por su otro lado a subir a casi la misma altura y, siguiendo en general el curso del río Pozo, bajar gradualmente al río Cauca. Durante toda la jornada encontramos apenas unos cuantos ranchos solitarios. Tampoco la salina de Pozo es cosa que merezca el calificativo de empresa. Al efecto, es un simple techo de paja, debajo del cual media docena de peones vienen dedicándose a evaporar el agua salina de los dos manantiales que surgen de una roca conformada en serpentina. Las regiones occidentales, a diferencia de la Cordillera Oriental, carecen de yacimientos de sal mineral, disponiendo en su lugar de fuentes de agua salina, por medio de cuya evaporación se elabora la sal, en un proceso primitivo. Su contenido de yodo, si bien le da un sabor y olor desagradables, por otra parte le confiere según Boussingault, el efecto saludable de combatir en sus consumidores la presentación del coto, tan frecuente en la Cordillera Oriental, como afeador y debilitante de las fuerzas de la voluntad e inteligencia en sus víctimas.

Con el Alto Bonito hemos escalado la última sierra de la montaña que nos separaba del río Cauca. Cubierta de espesa selva, la falda desciende en forma empinada hacia el río, pero, debido al clima malsano, no ha venido ejerciendo ninguna atracción sobre el hombre para establecerse allí. Pasando en descenso rápido al río, nuestro camino le sigue por varios kilómetros en dirección norte, hasta llegar al puente de Cana, en el cual un ciudadano alemán de apellido Henker, oriundo de Freiberg, con 77 años de edad ejerce el oficio de vigilante. Llegado al país como minero ya hace 59 años, Herr Henker había venido acumulando cierta fortuna, para luego volver a perderla totalmente en especulaciones mineras, y otras. Ahora lo encontramos al servicio de los dueños de algunas minas vecinales como vigilante del puente que ellos en común habían construido sobre el Cauca. Sabido es que en gente iletrada la larga permanencia en un país extraño suele llevar al olvido de su idioma nativo, sin que la lengua de la patria adoptiva llegue a tanto como a ocupar su lugar, así que, en el caso

presente, el español hablado viene mezclándose con palabras alemanas, al paso que al hablarse en alemán, la mezcla es con palabras del idioma español. Fácilmente se explica que a Herr Henker al comienzo de nuestra charla le resultara difícil encontrar las palabras alemanas correspondientes, con la consecuencia de empezar y volver a empezar hablándome en español, hasta cuando, provocado por mi reacción risueña, cayó en la cuenta. Pero desde el principio de nuestro encuentro me había saludado con tanta afectuosidad como para demostrar su sincera alegría. No importa cuán largo sea el tiempo de su ausencia y cuánto el alcance de la pérdida de contacto con su tierra, si es un buen hombre, la mera entrevista con un paisano despierta los más variados recuerdos de la juventud, la alegría por el regalo de la oportunidad de escuchar y hablar la lengua nativa, y la felicidad de encontrar un eco de su amor a la patria, y a todo lo que ella sigue significándole, y todo eso acompañado por la preocupación constante de no perder ni palabra de lo que el bienvenido visitante inesperado por su parte le pudiera contar. No hay duda de que a él, todavía desconocido hace una hora y con ánimo de volver a desaparecer al cabo de un rato, el paisano le significará una infinidad más que todos sus contactos de todos los días juntos!

El río Cauca es el mayor afluente, o mejor dicho, un gemelo del río Magdalena, pues ambos nacen en el Páramo de las Papas, a poca distancia el uno del otro, para recorrer más o menos paralelamente una distancia correspondiente a siete grados de latitud y unirse bajo los nueve y medio grados de latitud. norte, donde la Cordillera Central se hunde por debajo de la llanura. Pero en tanto que el río Magdalena, con las amplias llanuras que lo acompañan de lado y lado hasta bien río arriba, interrumpe su navegabilidad apenas una vez a consecuencia de los rápidos de Honda, el Cauca sigue como torrente en su largo trayecto entre Cartago y Cáceres, impidiendo así que hayan adquirido importancia para el transporte fluvial su parte inferior que atraviesa la selva, y el trayecto, de por sí navegable, comprendido entre Cali y Cartago en el valle del Cauca.

Dediquémonos ahora a conocer el Cauca en su curso por la montaña. Va pasando por un valle rocoso tan estrecho que ni para la construcción de un rancho quedaría campo y que apenas para vegas muy pequeñas deja espacio por el lado interior de las curvas. El río pasa raudo y espumante, llevando consigo rocas de considerable tamaño y rocalla. En las rocas de la orilla, alisadas por las aguas, observamos gigantescas “macetas” entalladas por los remolinos en tiempos, de crecida. Una navegación por el río así ni siquiera se puede imaginar, toda vez que hasta su cruce en canoa, practicado hasta hace poco, era tan problemático que las empresas mineras resolvieron construir un puente.

Allende el río Cauca entramos al Estado del Cauca, con el río Arquia como frontera, al paso que por la orilla derecha sigue extendiéndose el Estado de Antioquia, hasta llegar al río Chinchiná. Por marcada pendiente sube el camino a Marmato, pasando a una hora escasa por la aldea de Quebrada, cuya población, compuesta de negros, está dedicada a la remunerativa ocupación de terminar de

explotar, mediante lavado, los escombros dejados por las empresas mineras. Cerca de la mayor de ellas, perteneciente a una compañía inglesa, está ubicada la población de Marmato, a una altura de 1.400 metros. Al cabo de otro cuarto de hora de camino en leve ascenso llegamos a la mina Echendía, cuyo director, Herr Greiffenstein, oriundo de Gross-Gerau, amablemente me brindó su hospitalidad por un par de días. En los alrededores se hallan dispersas numerosas minas de menor escala, de propiedad, una parte, de la compañía inglesa, y otra de varios empresarios criollos. Como una de las regiones mineras más ricas del país, Marmato y sus alrededores tienen para su desarrollo el único freno de no pertenecer al Estado de Antioquia sino al del Cauca, muy decaído como tal.

El antiguo centro de la región, la población de Supía (la vega de Supía, a 1.220 metros), está situado a algunas horas al suroeste de Marmato, en un valle encajonado y completamente cerrado, sobre un terreno de aluvión aurífero. Las minas siguen extendiéndose hacia el sur hasta Riosucio (1.780 metros) por lo menos, pero su explotación por ahora carece de importancia. A una milla de distancia de las minas de plata existen yacimientos de un carbón muy parecido al que tenemos cerca de Bogotá, cuya explotación está destinándose a la empresa amalgamadora de Marmato. Desde luego el fenómeno de la estrecha cercanía entre el carbón y los minerales, que en la región central de Antioquia se repite, ha de resultar de suma importancia para el desarrollo de la minería.

Un ciudadano británico, que era residente de la región hace unos decenios, me había pintado a Riosucio como puro pueblo indio. Pero gracias a la inmigración antioqueña, que pasando por la frontera de su Estado, venía penetrando al del Cauca, desde entonces debido a su empuje aquellos pueblos indios han despertado de su estancamiento. Comparado con el interior de Antioquia, con su mezcla casi completa entre blancos e indios, aquí estamos ante el inusitado fenómeno de vernos enfrentados a un alto porcentaje de indios puros o poco mezclados. Recordando mis observaciones hechas en los pueblos de la Cordillera Oriental, habría esperado todo lo contrario. La aldea de Quinchía, situada media jornada al sur de Riosucio, todavía se halla en el estado antiguo descrito, es decir, de casi puro pueblo indio, caracterizándose por su estructura nada común, de una sola vía de larga extensión, con una iglesia de aspecto pobre, construida a su final al través de la vía, para así dejarla como callejón sin salida. No hace mucho había venido el primer antioqueño para establecer su tienda en el pueblo y ganar pronto, gracias a su experiencia e inteligencia sobresalientes, marcada influencia sobre sus conciudadanos. En cambio, a Ansermaviejo, ubicado a otra media jornada hacia el sur, los antioqueños todavía no han penetrado. Población antigua, fundada por los españoles en 1539 bajo el nombre de Santa Ana de los Caballeros, fue abandonada más tarde por una parte de sus habitantes, presentándose hoy como localidad miserable, llena de pasto su plaza y con caballos y burros como comensales nocturnos.

Ocupado, en parte, con el estudio de las minas y, en parte, con la visita a antiguas tumbas indias, había pasado tres semanas sobre la orilla izquierda del Cauca. Ahora, en Ansermaviejo, era preciso tomar una decisión sobre mis planes futuros. Desde tiempos atrás había estado animado por el deseo de dirigirme a Cartago, de paso a Popayán, cogiendo el camino, bien sea a través del valle pantanoso e insalubre del río Risaralda o bien a lo largo de la árida loma de Belalcázar, para luego seguir desde Cartago río Cauca arriba por las amplias llanuras hasta Popayán y después de cruzar allí la Cordillera Central, aprovechar el valle del Alto Magdalena para regresar a Bogotá. Pero fueron dos los motivos que me hicieron cambiar de parecer. Primero el hecho de ya haber explorado aquellas regiones los doctores Reiss y Stübel y segundo el estado un tanto estropeado de mi salud. Ambos me motivaron a preferir el camino directo vía Manizales, para luego en lo posible dedicar el tiempo así ganado a la continuación de mis investigaciones de la Cordillera Oriental.

El camino de bajada al río Cauca a través de espeso monte era pendiente y fangoso. Tan solo en el trayecto inferior tropecé con establecimientos mayores en número, haciendas por lo general recién fundadas desde Manizales, con destino a la ceba del ganado proveniente de las llanuras cálidas del alto Magdalena y del alto Cauca. En las inmediaciones del río sigue el monte espeso, pero ahora con el decidido predominio de los bambúes como parte integrante. El fondo entre los abismos profundos y calientes tiene fama de malsano, con todas las perspectivas de no abarcar, tampoco dentro de mucho tiempo, otros pobladores fuera de los pocos barqueros moradores de sus ranchos allí levantados. Ellos sí son indispensables, pues a falta de más puentes arriba de el de Cana, la canoa resta como único medio para cruzar el río, demasiado hondo aquí e impetuoso como para hacerlo cabalgando. Y aun así, en épocas de creciente ni la canoa sirve, con la interrupción completa de la comunicación entre las dos orillas por días o semanas como consecuencia.

Desde la orilla opuesta el camino asciende al alto del Cacique, para volver a descender por el otro lado con casi igual pérdida de altura, a la meseta bastante ancha del río Chinchiná, el cual corre aquí todavía en dirección paralela al Cauca, para desembocar luego en este en un punto situado un poco más al norte. La meseta misma es bastante pelada y arenosa, en marcado contraste con la pendiente en su fondo, que está cubierta con un espeso monte de guaduas. Pasados los ranchos encima del Cacique, durante las dos horas siguientes no encontramos ni rastro de moradas humanas, para luego atravesar regiones cada vez más habitadas. Una jornada en camino de ascenso casi continuo nos deja en Manizales.

Manizales,[(1)] situada a 2.130 metros sobre el nivel del mar, es decir a 500 metros menos que Bogotá, es difamada en toda Antioquia por su clima frío, fenómeno que probablemente puede atribuirse a los vientos helados que a menudo vienen soplando desde los nevados del Ruiz y Santa Isabel. Desde la loma que se

extiende al oeste de la ciudad se nos ofrece una encantadora vista panorámica sobre los imponentes nevados y el páramo de Aguacatal en el sureste y el este respectivamente, en tanto que hacia el oeste se nos presenta el valle del Cauca seguido por la región montañosa de Ansermaviejo y Marmato, con la sierra cerrada de la Cordillera Occidental en el fondo. Hacia el norte observamos el camino que por Salamina conduce a Medellín, venciendo en su curso valles profundos uno tras otro. Volviéndonos ahora hacia el sur, admiramos el marcado descenso de la colina de Manizales hacia el río Chinchiná, sobre cuya orilla izquierda se divisa la aldea de Santa María, que ya pertenece al territorio caucano. Manizales está ubicada en la punta de una ancha mesa ondulada, que por un lado se reclina sobre la loma de la montaña y cuyos otros tres costados terminan en brusco declive. Si a tales condiciones estratégicas agregamos el hecho de que de la ciudad salen los caminos hacia los pasos tanto por el Aguacatal como por el Ruiz, fácil nos resulta comprender a Manizales como una fortaleza natural de montaña, que con razón se considera llave natural de la región. Por esta razón allí se halla acuartelado permanentemente un batallón de la guardia colombiana, a efecto de poder operar contra los Estados de Antioquia o Cauca, segun fuere el caso.

Todavía hacia la mitad de los años cuarenta, toda la región de Manizales estaba ocupada por una espesa selva, así que Karl Degenhardt, entusiasta científico minero alemán, en su empeño de escalar el Ruiz, había de abrirse paso a través de ella para llegar hasta el pie del nevado. Habiéndole gustado la región al antioqueño Palacios, compañero del minero, este regresó allí en septiembre de 1848 con el objeto de fundar una localidad, que ya a los dos años fue encontrada como meritoria para elevarla a distrito, es decir, a comunidad política de carácter independiente. Fundaciones por el estilo no tenían nada de excepcional en la región, si queremos acordarnos de las siguientes: Abejorral, fundada en 1811, Aguaduas en 1820, Salamina en 1824 y Neira apenas hace un par de años. Para seguir, está en camino de constituirse otro número de pueblos más al sur de los mencionados, ya en territorio del Cauca. Ya en posesión y explotación de la mayor parte de lo que hoy es Antioquia, los antiguos indios en su gran mayoría cayeron víctimas de los conquistadores españoles. Los sobrevivientes se concentraron luego en un área estrecha, demarcada más o menos por las poblaciones de Antioquia, Santa Rosa de Osos, Medellín y Rionegro, en tanto que las regiones marginadas volvieron a cubrirse nuevamente de monte. Apenas hacia fines del siglo pasado el considerable aumento de la población demandaba más espacio para vivir. Para suplirlo, nuevas comunidades se establecieron en las áreas boscosas del rededor, pero siempre con miras a la cercanía del pueblo de origen, ampliándose así la periferia del territorio poblado. Obvio es que ese proceso no se desarrollaba con penetración de igual rapidez en las diferentes direcciones. Así que, dadas las condiciones más favorables, el mayor progreso se manifestaba en el costado derecho, oeste, del río Cauca, haciendo avanzar aquella cadena de pueblos nuevos hasta llegar a las llanuras cercanas a Cartago, ya pobladas por habitantes caucanos. Pero a diferencia del estado de pueblo o de ciudad de

provincia, en que quedaban las fundaciones en su mayoría, Manizales se desarrollaba rápidamente para llegar a ciudad de 12 a 15 mil habitantes. ¡Qué contraste con Ansermaviejo! Este, fundado apenas completada la conquista, en tanto que Manizales de origen tan reciente; Anserma decaída hasta acercarse a la muerte, en contraste con la vida plena y palpitante que domina a Manizales; Anserma una ciudad de provincia sin ninguna importancia, comparada con Manizales, ya una gran urbe en la escala colombiana.

Y no vayamos a suponer que Manizales contara con condiciones previas especialmente favorables a su rápido desarrollo, pues no es centro de una región minera, tal como Medellín, ni participa en la exportación de quina, café, pieles, etc., como los centros comerciales de la Cordillera Oriental. Simplemente está dedicada a fomentar el intercambio comercial entre la región central de Antioquia con su riqueza en yacimientos minerales y el sur del país y el Cauca, territorios que derivan su subsistencia de la ganadería. El ganado levantado casi sin costo alguno en las sabanas del alto Cauca y Magdalena, se traslada para su ceba a los ricos potreros mantenidos en las cercanías de Manizales, para luego ser consumido en la Antioquia central. Al mismo centro de consumo llega el cacao producido en la región de Pereira y Cartago, en reemplazo del cultivado cerca de la ciudad de Antioquia, cuyas plantaciones desde los años cincuenta se hallan afectadas por la llamada “mancha”. Finalmente también los productos agrícolas comunes y corrientes, tales como la caña de azúcar, el plátano, el maíz y otros, encuentran sus compradores allí mismo, en intercambio con los minerales, cuyo equivalente les sirve a las regiones agrícolas para pagar sus importaciones de mercancías europeas. Tanta importancia ha venido adquiriendo el comercio doméstico, que ha permitido a las casas comerciales manizaleñas independizarse de Medellín, para traer por su cuenta y directamente los productos europeos y norteamericanos por la vía de Honda. También ha venido desarrollándose Manizales como uno de los centros principales de la actividad de los representantes viajeros de casas europeas, ya que allí es donde suelen aprovisionarse los comerciantes de los pueblos menores situados entre Cartago por un lado y Salamina y Marmato por el otro.

Sin duda alguna prevalece la situación de Manizales en inmediaciones de la frontera entre los Estados de Antioquia y Cauca, como factor favorecedor de la importancia adquirida, ya que el comerciante antioqueño, promotor del intercambio, por más complaciente que sea su actitud para con el productor caucano, no se aviene a trasladar su negocio hacia el otro lado de la frontera, con perjuicio de sacrificar tanto la garantía legal como las facilidades del servicio de pagos que le viene brindando su tierra. Al sur de Manizales los nevados se oponen a todo paso a través de la cordillera en un trayecto de unos cincuenta kilómetros de largo, es decir hasta dar con el camino que pasa por el Quindío, uniendo a Cartago con Ibagué. En consecuencia, toda la región comprendida entre Cartago y Manizales forzosamente ha de abastecerse de mercancías por intermedio de esta última. Al efecto, las condiciones topográficas son más

favorables para la comunicación que las que prevalecen cerca de Salamina, sin hablar de otras posibles ventajas, tan solo determinables a raíz de datos más detallados de la región. Lo que de todos modos constituye un regalo saludable es el clima fresco y reconfortante con su efecto favorable tanto sobre el carácter como sobre la actividad y la fuerza de la población. Tanto así es que estas ventajas climáticas han sido la causa para vencer el temor a la repercusión de los terremotos, especialmente frecuentes aquí, tal vez por la cercanía del volcánico Ruiz, y suficientemente intensos para haber destruido la ciudad ya varias veces, por lo menos en parte. Para subrayar citamos a mi paisano Schenck, quien con base en sus observaciones dice: “Tan solo por corto tiempo los frecuentes y fuertes terremotos de los años de 1875 y 1878 han podido detener el crecimiento de la ciudad. Bastaban algunos meses sin repetirse la sacudida, para tranquilizar los corazones pusilánimes, y provocar el regreso de quienes se habían puesto a salvo, junto con nuevos inmigrantes, así que pronto se observaron en todas partes carpinteros y albañiles poniendo manos a la obra de reconstrucción. Convencidos de la oportunidad de hacer plata en Manizales y resueltos a aprovecharla, los emprendedores antioqueños se sobrepusieron a todo el miedo que el resentido Ruiz había logrado infundir, por justificado que fuera”. También a los dos y medio años de la observación precedente, encontré la ciudad en un estado de esperanzado crecimiento. Como una alusión al latente peligro inherente al suelo, me sorprendió la construcción realizada en madera de la gran mayoría de las casas recién elevadas, con marcado efecto favorable también sobre su aspecto exterior. Sacudidas también ha habido en el ínterin, a veces con consecuencias devastadoras, pero tal como antes, sin mayor efecto retardador en el crecimiento de la ciudad.

El comercio de Manizales está, al igual que el de Medellín, exclusivamente en manos de antioqueños, formando así un contraste característico con el movimiento comercial de las ciudades costeñas y de la Cordillera Oriental, lo mismo que de Cali en el valle del Cauca, lugares que tienen como fundadores y todavía hoy como dirigentes de numerosas casas comerciales de mayor envergadura a extranjeros, con predominio de alemanes. En parte esta diferencia tal vez se explica por las circunstancias específicas inherentes al comercio de Manizales, por cuanto en él predomina el movimiento interno entre los Estados del Cauca y Antioquía, en tanto que en lo internacional carece de productos propios para exportar en compensación con los bienes europeos que viene importando. Carácter de validez aparente tiene el reparo hecho con frecuencia a la aplicación de tal criterio también a Medellín, teniendo en cuenta que el despacho de oro y plata extraídos puede verificarse directamente por parte de las empresas mineras casi sin requerir la intervención del comercio, mientras que este en la compra de quina, café y pieles para su exportación necesariamente ha de empeñar su actividad independiente con la implicación de todos los riesgos del caso. Pero fuera de la escasez de otros artículos de exportación, distintos de los metales preciosos, ya citados, es el carácter nacional de los antioqueños mismos el que impide a los comerciantes europeos radicarse en su territorio. Son ellos

comerciantes ultra-astutos y acostumbrados a vivir tan modestamente a la vez, que el comerciante europeo orientado hacia mejores condiciones de vida, no es capaz de competir con ellos.

Los antioqueños [(2)]indudablemente forman la raza más peculiar y más recia de todos los colombianos. Durante mucho tiempo casi totalmente aislados por montañas y montes, han venido desarrollándose dentro de una independencia punto menos que completa, para apenas hace poco haber entrado en mayores relaciones con la demás población colombiana. En tanto que zambos y mulatos van ocupando apenas las faldas norteñas del territorio montañoso, y habiendo completamente desaparecido los indios puros, existe una compenetración absoluta de la sangre blanca con la india, mezcla en la cual tiene su origen el género humano que hoy nos impresiona por su alta estatura y su fuerte conformación. Su fisonomía, a menudo típicamente judía, se debe a una inmigración de judíos españoles ocurrida en el siglo XVII. En mayor grado que en las demás regiones del país, cada cual es dueño de sí mismo, trabajando con ahínco su tierra, cuidando su ganado o pasando con sus bestias por los caminos, dedicado a los negocios. La alimentación es sencilla pero nutritiva, y a no ser que por su bonita casa de habitación, aun la gente acomodada no aspira a ningún otro lujo. Con frecuencia las muchachas se casan a los catorce años, en tanto que los jóvenes a los dieciocho, y, lejos de infecundos, tan tempranos enlaces de ordinario irán acompañados por numerosa prole. La intimidad del hogar ha venido manteniéndose relativamente pura y patriarcal. “Inmune a las influencias extrañas, e indiferente a lo que pasa fuera de su montaña, el antioqueño continúa viviendo con la ideología de sus antepasados, conservador en su carácter, sus costumbres y su tradición”. Poco inclinado hacia la unión, considera a Antioquia como a su patria en lugar de toda Colombia, reaccionando con recelo a todo lo que pudiera significar centralización o igualación. Las manías innovadoras de tendencia liberal destinadas tanto por el gobierno central de Bogotá como por el Estado caucano para congraciar al país, merecen su desafecto rotundo, hasta el extremo de haber a menudo combatido abiertamente los principios liberales a órdenes de sus jefes de partido. Si bien es cierto que el Estado de Antioquía hoy por hoy tiene un gobierno liberal, impuesto por presión de los Estados vecinos, no cabe duda que la mayoría de los antioqueños pertenece al partido conservador.

(1)Véase la descripción de F. von Schenck, en “Petermanns Mitteilungen” 1883, págs. 217, etc.

(2)“Petermanns Mitteilungen”, 1883, pág. 218.

El Páramo del Ruiz y Ambalema

En lugar del camino usual, que atraviesa el páramo de Aguacatal para pasar por Honda, escogí para mi viaje de regreso de Manizales a Bogotá la ruta que más al sur pasa por las inmediaciones del nevado del Ruiz, más interesante, sin duda, para mí, pero que a la vez demanda mayores esfuerzos, tanto por el estado lamentable en que en partes se halla como por la necesidad que encierra de pernoctar, una vez por lo menos, al aire libre en el frío del páramo. Circundada por caminos de herradura, y sin ninguna importancia imaginable para la intercomunicación, una carretera en buen estado, pero con la sensación de estar construida por donde no era, me sirvió de arranque. Con vena humorística F. von Schenck nos cuenta sobre el origen del fenómeno [(3)]: Un manizaleño, muy listo, había importado un coche. A falta de otro uso distinto para el vehículo, mandó construir aquella vía, a un costo bastante elevado, para así procurarse el placer de pasear en coche. Ya al cabo de una milla, llegamos al otro extremo del trecho, para a la vez dejar el camino que conduce al páramo del Aguacatal y, a otra milla de distancia, alcanzar el caserío de Frailes o Montaño, situado a 2.500 metros sobre el nivel del mar, como último establecimiento humano de este lado de la cumbre, a pesar de quedar todavía a 100 metros por debajo de la elevación de Bogotá. El paisaje abierto atravesado hasta ahora había ayudado a mantener el camino en un estado bastante transitable, bien diferente del que empieza ahora al entrar a la zona de arborescencia, que está en un estado tan lamentable que la bestia a cada paso se hunde a más de la rodilla. Pero ¡qué tal se encontraría en época de lluvia, si hoy todavía nuestro guía se atreve a calificarlo de primera, como lo sigue haciendo, tal vez para consolarnos! Por fortuna, el lodazal no continúa sino por un par de horas, al paso que el camino por el Quindío, que pasa más al sur y siempre a cubierto del monte, sin llegar a subir al propio páramo, va ofreciendo similares condiciones por varias jornadas enteras. En los tiempos de Humboldt era únicamente pasable o bien a pie o a espaldas de peón, [(4)] y aún hoy, si bien convertido en camino de herradura, sigue impasable para mulas durante la mayor parte del año. En semejantes condiciones el único animal apropiado sigue siendo el buey. Así que, recordando el accidente sufrido en la Picona, como medida de previsión había alquilado uno para el cruce del Ruiz, que me servía de bestia de carga. Al cabo de seis horas llegamos a las azufradas de Termales, a los 3.500 metros de altura y con una temperatura de 64°C. en la fuente. Unos ranchos en estado más que miserable y con capacidad apenas suficiente para dar cabida a un hombre, servían para alojar a los bañistas. De aquí para arriba el monte pierde exuberancia, para ir transformándose poco a poco en la conocida vegetación del páramo bajo, consistente de arbustos y matorrales. A los 4.055 metros alcanzamos la divisoria hidrográfica, que a la vez viene a constituir aquí la frontera entre los Estados del Cauca y del Tolima.

Bajando, encontramos a la media hora la cueva de Gualí, prevista para pernoctar. Un poco desilusionado quedé al comprobar que la llamada cueva no es nada más

que una peña colgante, difícilmente adecuada para ofrecer protección satisfactoria aun contra aguaceros o torbellinos de nieve. Una vez descargadas las bestias y amarradas con lazos largos a fin de permitirles la cogida de suficiente forraje, pero impidiendo a la vez su escapada, mis acompañantes se dedicaron a reunir hojas de frailejón y leña, para prender la candela destinada tanto a preparar nuestra comida como a servirnos de calefacción, por lo menos durante el comienzo de la noche. Cumplidos tales menesteres, la oscuridad se había presentado, ahuyentando la niebla predominante durante el día y permitiendo divisar los oscuros contornos del gigantesco nevado en dirección sur de nuestro acantonamiento. No tardamos en preparar nuestros alojamientos, para dormir a medida que el frío lo permitía.

Para conjurar el frío, la primera medida por la mañana fue preparar nuevamente la candela con el objeto de gozar pronto de un chocolate caliente. Luego me encaminé, acompañado por el guía, para regresar a la divisoria hidrográfica en el empeño de subir desde allí al admirable cráter situado al pie del Ruiz en sus faldas occidentales. Al cabo de una hora, contada desde el paso, llegamos a Lagunetas, ubicación de un número de lagunas menores, frecuentadas por bandadas de patos. El piso era en gran parte como acolchonado y sembrado de plantas bajas con hojas tiesas ordenadas a manera de rosetas y armadas de espinas, de aspecto extraño. Admito que tales condiciones, agravadas por la atmósfera enrarecida, me dificultaron bastante el caminar, obligándome cada tantos minutos a unos instantes de descanso. Como contratiempo adicional volvió a presentarse la niebla, primero en nubes aisladas, para pronto densificarse hasta el punto de hacernos perder de vista el cráter, a pesar de la ya corta distancia a que estábamos. Así las cosas, me parecía inútil persistir en realizar nuestro propósito, ya que el goce del panorama que me había inspirado tenía muy poca probabilidad de brindársenos, en tanto que el estudio más a fondo de los fenómenos plutónicos estaba fuera de mis planes, habida cuenta de los del doctor Reiss, quien al efecto había escalado también este cráter en 1868, cuando en su intento de subir al nevado mismo se había visto forzado a desistir de su empeño a medio camino, para así apenas escapar de una muerte segura. Al efecto, los meses de diciembre a febrero, favorecidos por la ausencia de niebla, son los destinados para el ascenso, y en cuanto al equipo, es aconsejable incluir la carpa, que permitirá pernoctar a inmediaciones del pie del nevado, para iniciar la subida misma a primera hora de la mañana.

Regresamos pues a nuestro campamento para disfrutar del pequeño almuerzo, preparado entretanto por mi ayudante, para luego continuar viaje hacia la cueva del Toro, escogida por terminal de la jornada. El camino, en dirección sudeste, pasa en su mayor parte por un terreno de suelo negro húmedo, yendo en subidas y bajadas alternas, para así permitir el cruce de las entalladuras cortadas por los riachuelos que, descendiendo del nevado, después se unen para formar el río Gualí, el mismo que habíamos cruzado cerca de Mariquita y que luego desemboca en el Magdalena en las cercanías de Honda. A poco tiempo pasamos por la cueva

de Nieto, al lado derecho de nuestra ruta, que tiene fama de reunir las mejores condiciones para pernoctar en el páramo; ojalá la cueva del Toro, que alcanzamos a corta distancia, y donde pasamos una noche de sumo desagrado, nos hubiera resultado con las condiciones de aquella. Como consta de la mera pared de una roca, deja libre acceso al viento, suficientemente frío para convertirnos en unos seres medio congelados durante la noche, y privados además de toda posibilidad de prender la candela que nos hubiera permitido preparar siquiera algún alimento caliente para el desayuno. Con todo, al empezar a subir por los arenales, amplia extensión de arena volcánica, no habíamos ganado tiempo, pero sí dejado de aprovechar la mejor oportunidad de descanso nocturno que nos hubiera ofrecido la cueva de Nieto. La fatiga causada tanto en los humanos como en nuestros animales por el ascenso sobre la arena suelta en combinación con el aire enrarecido, se vio, no obstante, ampliamente recompensada con la vista realmente excepcional sobre el ventisquero que se nos ofrecía en dirección sur. Por momentos las nubes dejaron libres a nuestros ojos también las inmensas masas de nieve, coronadas por los dos picos del Ruiz, vista que yo había anhelado tanto, para luego volver a correr su telón y hasta envolvernos a nosotros mismos, haciéndonos pensar así en el regreso.

Después de un frugal desayuno tomado en nuestro campamento, emprendí otra pequeña excursión, esta vez hacia el pie de un pequeño helero bastante escarpado, cuyas bien formadas morrenas laterales descienden todavía un kilómetro aproximadamente, o sea 50 metros medidos en línea vertical, de uno y otro lado de su pie. Para llegar allí, me tocó pasar por el llamado Derrumbe, una aglomeración irregular de materia volcánica, cuya formación se atribuye a una erupción ocurrida en el año de 1845. Cerca del camino principal existen más lagunas originadas en las depresiones de aquella sierra peculiar. Desde el lado opuesto del Derrumbe el camino continúa, para alcanzar en el alto del Boquerón su máxima altura, o sea 4.250 metros, punto este afamado por la vista panorámica especialmente bella que, con buen tiempo, ofrece sobre el pico cubierto de nieve del Tolima. Luego el camino sigue en pronunciado descenso, aprovechando las grietas abiertas por las lluvias en el negro suelo pantanoso. Más adelante encontramos el terreno cubierto por una arborescencia achaparrada, que poco a poco iba cediendo el lugar a su vez al propio monte alto. Más o menos al borde superior de este monte, y ya pasado el río Lagunilla, resolvimos pasar la noche en el tambo del Rosario. Formado por el mero techo y carente de paredes laterales, ubicado a 3.300 metros de altura, este tambo no obstante parecía ofrecernos un ambiente templado, comparado con el reinante durante las heladas noches en el alto páramo.

A la mañana siguiente se despidió nuestro guía para regresar con su buey a Manizales, en tanto que nosotros continuamos bajando en dirección oriental. Como sorpresa agradable encontramos el camino en un estado extraordinariamente bueno, ancho y sin mayores pendientes, así que en buena parte pudimos pasarlo a trote. Otro deleite para mi era la cantidad de moras tan

deliciosas como nunca las había encontrado antes en mis viajes por Colombia, para no dejar de mencionar el derroche de bellas flores que, de ordinario brotando de trepaderas y parásitas, adornaban árboles y arbustos. Pasada una hora, alcanzamos la primera morada humana, Sabana Larga, a 3.186 metros de altura, excediendo en 650 metros la más alta encontrada al otro lado de la sierra. Al cabo de otra hora llegamos a Murillo, pueblo apenas en estado de fundación y, por lo tanto, todavía de aspecto pobre. Y con tres horas más de buen cabalgar a través de un paisaje cubierto de espeso monte, pero por lo demás sin características especiales, excepción hecha de unos dispersos ranchos al lado del camino, estamos en el pueblo de Líbano, de reciente fundación antioqueña y tal como Fresno, también situado en una hondonada. Muy a nuestro pesar termina aquí el bien trazado camino, para más abajo continuar en forma de las acostumbradas vías colombianas con su eterno subir y bajar. También el paisaje va cambiando a medida que la roca volcánica, característica en el trayecto recorrido desde la cresta para acá, está a punto de ceder a una zona de esquistos cristalinos y granito gnéisico, que tiene forma de una marcada loma con rumbo de sur a norte, a la cual ascenderemos desde la orilla opuesta de la quebrada Honda, o sea desde los 1.100 metros de altura. Desaparece poco a poco la espesa selva exuberante, en tanto que van en aumento las huellas dejadas por el trabajo y la destrucción originarias del hombre, como también la vegetación necesariamente va adaptándose al clima progresivamente más cálido y más seco en el sentido de que pierde en abundancia y vigor. Una vez más nos hallamos en frente del valle del río Magdalena, con las cadenas de la Cordillera Oriental, medio envueltas en los vahos de la atmósfera. Rápidamente desciende nuestro camino, para alcanzar el piedemonte cerca del pueblo, pequeño y miserable, de Coloya, a orillas del río de idéntica denominación. Luego llegamos, en ascenso de unos veinte metros, a la población de Lérida, situada sobre la meseta tobácea.

Cabalgando por esta durante tres horas, llegué al día siguiente a Ambalema, donde se me brindó hospitalaria acogida en casa de los señores Frühling y Göschen. Un ataque de fiebre benigna que sufrí desde el momento de mi llegada probablemente tuvo su origen en los frecuentes y bruscos cambios de temperatura que me había tocado aguantar en el transcurso de la última semana. Ambalema tiene, o, mejor dicho, derivaba su importancia de la elaboración del tabaco, actividad que ha venido perdiendo su carácter promotor a consecuencia de la disminución de los cultivos, con el descenso de la localidad a una ciudad de provincia común y corriente. Hace ya algunos decenios que empezó a destacarse la sobresaliente calidad del tabaco de Ambalema con el efecto de abrirse campo para la exportación a Europa, con preferencia a Bremen, revendiéndose desde allí, en parte bajo su nombre de origen, pero probablemente también como legítimo habano. Tanto los cultivos como las fábricas crecieron en número, figurando como los más importantes los de los señores Frühling y Göschen de Londres, quienes habían adquirido terrenos en compensación de créditos a su favor. Así las cosas, en el decenio pasado sobrevino una baja muy sensible en la calidad del producto, y en consecuencia los precios pagados en Europa declinaron

hasta tal punto que ya no alcanzaron a cubrir los fletes. El cuadro de los efectos que se perfilaban era el más sombrío. Empezando por la limitación de los cultivos a lo requerido para el consumo interno, numerosas plantaciones se reconvirtieron en potreros, quedando desiertas muchas salas de trabajo en las fábricas, que antes habían ocupado a centenares de trabajadores y trabajadoras, y desocupadas numerosas de las impresionantes casas de hacienda levantadas por los cultivadores de la hoja, con el producto abundante de su actividad, obtenido en circunstancias más favorables; la vida y el bienestar en la ciudad han sufrido un revés sin par.

En Colombia parece prevalecer una tendencia que trata de atribuir la suerte del tabaco de Ambalema a un capricho de la moda. Pero a mi modo de ver toda la razón le asiste a Eustacio Santamaría [(5)], cuando en su réplica puntualiza que el tabaco de la Habana nunca ha sufrido la suerte de pasar de moda, razón suficiente para buscar la causa en el producto mismo de Ambalema y tratar de subsanarla, indagando ante todo posibles alteraciones desfavorables ocurridas en la calidad de la hoja. Con apoyo en esta tesis se tiende ahora a señalar una "enfermedad del aire" como la causante, pero no me ha sido posible llegar a saber qué es lo que ha de entenderse por tal. Para mí no cabe duda de que es el agotamiento del suelo el verdadero origen del fenómeno, ya que se había cometido el error de pretender sacar abundantes cosechas una tras otra sin darle tiempo a la tierra de descansar ni de restaurarse por medio de abonos químicos. Hacendados ha habido que al surgir los primeros efectos dañinos del cultivo exhaustivo, trataron de subsanarlos con la aplicación de guano, pero con resultado negativo debido a la falta de instrucción previa sobre el empleo correcto. Dejándolo en reposo por varios años o usándolo entretanto como potrero, ciertamente el suelo iría a recuperar fuerza, sobre todo con la medida suplementaria de abonarlo adecuadamente antes de volver a cultivarlo. En duda quedará, sin embargo, el grado de su posible recuperación, ya que en su estupenda fertilidad primitiva parece haber jugado papel importante la toba volcánica que en partículas finísimas cubría la tierra. Impedido por enfermedad, no pude dedicarme a investigar personalmente el problema ahí mismo, pero según el testimonio de observadores idóneos, la capa de toba es bastante delgada, con rocalla gruesa de base.

Cruzando el río Magdalena cerca de Ambalema, volví a regresar a la región de la Cordillera Oriental, para alcanzar la altiplanicie de Bogotá cerca de Los Manzanos, en viaje por San Juan, Vianí (Virginia), Guayabal y Agualarga y atravesándola a caballo por el monótono camino conocido, y llegar así otra vez a Bogotá, mi antiguo cuartel general, con el propósito de descansar durante unas semanas y procurar restablecer mientras tanto mi salud bastante afectada.

(3) Véase F. von Schenck, "Petermanns Mitteilungen," 1880, págs. 40, etc.
(4) "Vues de Cordillères".
(5) Conversaciones Familiares I, págs. 219, etc., Bogotá, 1872.

Minas de oro y de plata

Sin haber tocado en nuestro viaje la propia región minera de Colombia, o sea la Antioquia central, territorio con el mayor número de minas en explotación actual, hemos tenido oportunidad de obtener de propia vista una impresión general de lo que es la minería colombiana, a través de nuestra visita a numerosas minas de lado y lado de la cresta de la Cordillera Central.

Entre las minas observadas pudimos comprobar las dos clases principales de yacimiento de los metales preciosos, o sea el de veta, lo mismo que el de arena metalífera (aluviones) con las múltiples variaciones presentes en cada cual.

En la pequeña empresa de Agua Bonita el oro yace encima de un filón de cuarzo, encerrado en un gneis oscuro, encontrándose tanto la galena como la pirita aurífera y también granos aislados de oro en los lados de contacto del yacimiento con la roca y en el interior del yacimiento mismo. La extracción del oro es el objeto perseguido por la empresa, como lo es el fin principal de toda explotación en Colombia o especialmente lo venía constituyendo en el pasado. En la región minera de Santa Ana, en cambio, y particularmente en Frías, la explotación de la plata es la finalidad exclusiva de la obra. Suele encontrarse aquí en la galena, como en la pirita y en la blenda de zinc, pero también en las formas de plata prusita y de plata rojiza lo mismo que en estado puro, encima de yacimientos de cuarzo depositados sobre esquistos cristalinos. Diferente es la formación de los yacimientos de Marmato, Supía y Riosucio, donde, probablemente al igual que en la mayor parte de Antioquía, la roca mineral es un pórfido diorítico, en gruesos filones intercalados entre los esquistos cristalinos. Aquí el mineral de filón predominante es la piedra calcárea, con pirita y blenda en lugar de la galena como portadores de la propia plata. Esta es aurífera hasta el punto de encerrar granos de oro puro.

En tanto que en Santa Ana y Frías se requieren pozos de mina de considerable profundidad (en Frías hasta 135 metros) con desagües bastante expansivos para extraer el mineral, la topografía misma del terreno facilita la explotación en Marmato y sus alrededores, por cuanto la marcada pendiente permite atacar los yacimientos sencillamente por medio de socavones abiertos desde la pendiente con varios pisos, uno encima del otro, de tal manera que a su paso van cruzando los diferentes filones, simplificando así considerablemente los trabajos tanto de extracción como de desagüe.

Otra ventaja que tiene Marmato en comparación con Frías es la de que la composición de su mineral permite refinarlo por medio de amalgamación, en tanto que el mineral plomífero de Frías requiere su fundición. No se puede subestimar esta ventaja, por cuanto el simple proceso de amalgamación puede realizarse en el sitio, en tanto que el establecimiento de fundiciones sería de poca perspectiva en Colombia, en vista de su alto costo inicial y de la carencia de las capacidades

técnicas requeridas para su operación, valiosa información que debo a Herr Greiffenstein, experto de la industria metalúrgica y director de la fundición de Titiribí, única en su género que existe en el país. Tanto así es que la compañía inglesa que opera en Frías prefiere despachar el producto natural a Swansea para su fundición, procedimiento más económico que la instalación de una fundición propia, a pesar de los desmedidos gastos de transporte que ello supone.

La segunda clase principal de los yacimientos de oro la constituyen las arenas y gravas con sus granos auríferos entremezclados. Al efecto, pasadas las crecientes, se pueden observar negros sentados en las vegas de numerosos ríos y riachuelos, ocupados en lavar aquella materia en batea de madera, a fin de recoger los granitos de oro con ella arrancados y llevados por las aguas. Pero oro en cantidades mayores que en esos aluviones de reciente formación se encuentra entre los sedimentos de rocalla depositados a mayor nivel encima del granito y de los esquistos cristalinos en todas las faldas orientales de la Cordillera Central. Basándose en la superficie, en parte lisa, de las rocas originales y los huecos tallados en ellas, mineros ingleses y americanos han llegado a la suposición de que aquella rocalla sea de origen presumiblemente glacial, hipótesis al parecer reñida con la realidad, por cuanto el material no tiene absolutamente nada en común con la morrena, faltando además todo indicio de que los heleros hubieran bajado aquí hasta los mil metros y menos sobre el nivel del mar. Tal como en California, constituyen sedimentos fluviales de tiempos antiguos, con la sola duda admisible de si el lecho de aquellos ríos era idéntico al actual o transcurría en dirección distinta. Esos sedimentos suelen cambiar de espesor en relación con el nivel de su sitio, prevaleciendo en su composición ya más material cristalino de la remota antigüedad, ya más sustancia de reciente formación volcánica. En general el oro aparece acompañado de rocalla de grueso calibre y de color rodeno, compuesto de granito y de esquistos cristalinos, puesto que proviene de las auríferas vetas de cuarzo que tales rocas contienen y que por otra parte, debido a su mayor peso, requiere para su arrastre una fuerza del agua igual a la que sería capaz de llevarse también rocas de cierto tamaño.

De esa rocalla depositada a mayor altura los negros suelen sacar el oro a su manera, primitiva en extremo, excepción hecha de unos pocos sitios donde una compañía inglesa tiene instalada su empresa para la explotación al por mayor, por ejemplo en Malpaso. Al efecto, máquinas hidráulicas se encargan de extraer el metal precioso en un proceso del todo idéntico al que viene empleándose en California y que paso a describir aquí. Empieza por un fuerte chorro de agua dirigido contra los sedimentos auríferos, para aflojar la terrera, arrastrando rocalla y tierra. El agua cargada de esas materias se recoge en un canal construido de tablones de madera al pie de la pared ribereña, en la cual su recia corriente pronto se tranquiliza, refrenada por las piedras colocadas al efecto en el fondo del canal, dándole así oportunidad de desembarazarse de su carga más pesada, que es el oro, para seguir llevando las partículas térreas más livianas. Ahora el mercurio regado por el canal se encarga de atrapar el oro para amalgamarlo. Al cabo de

unas semanas se procede a descubrir el canal a fin de recoger la amalgama y fundirla, obteniendo así el oro puro. Para recoger hasta sus últimos residuos, también las tablas del canal se queman de vez en cuando, con el objeto de entresacar el oro de las cenizas. Desde luego, comparados con los de Frías, por ejemplo, los gastos de transporte son muy reducidos, puesto que toda la rica explotación no llega a exceder una carga de mula por semana. Tampoco la mano de obra requerida para semejante explotación hidráulica es cosa del otro mundo, en tanto que las inversiones iniciales para la instalación sí son de considerable cuantía, ya que comprenden tanto el valor costoso de la tubería de hierro requerida como el transporte de ella, al igual que la traída de la corriente de agua. Es por lo tanto el cuantioso capital fijo indispensable el que ha mantenido limitado hasta ahora el número de minas hidráulicas en Colombia. Estas, naturalmente, tampoco serían operables en todos los casos de presencia de arenas y gravas auríferas, ya que de igual importancia que ellas es la posibilidad de traer la corriente de agua en suficiente cantidad. En California se ha llegado hasta prohibir hace poco este tipo de explotación, en determinadas partes, habida cuenta de la destrucción de tierras cultivables en las zonas situadas abajo de las minas por medio de la acumulación de sus cascotes, perjuicio que en Colombia por ahora apenas es de prever, ya que las minas en su gran mayoría están ubicadas en plena selva.

Tumbas indígenas y antigüedades

Una rama accesoria un tanto peculiar de la minería de oro ha sido la guaquería prácticamente desde los primeros días de la conquista española. Por tal se entiende la búsqueda y la vaciada de las antiguas tumbas indias, las llamadas guacas, a menudo contentivas de cantidades de oro labrado enterradas junto a su dueño. Durante varios siglos a nadie se le ocurrió considerar tales alhajas e implementos sino por su valor netamente metálico, para proceder a fundirlos lo más pronto posible. Apenas en el siglo presente, y animados por el interés demostrado por europeos enfrentados por casualidad con tales reliquias durante sus viajes, los colombianos se dieron cuenta de su valor tanto científico como de objetos de antigüedad, para empezar a guardar, por lo menos en las poblaciones mayores, los ejemplares más bellos y escasos, tanto los elaborados en oro como los de barro. Así colombianos como extranjeros empezaron a formar tales colecciones, de las cuales algunas de las más bellas pasaron más tarde en vía de regalo a los museos etnológicos de Berlín y de Leipzig, entre otras las formadas por los hermanos Cuervo, por el doctor Reiss, por el doctor Stübel y por Bendix Koppel. Personalmente sin posibilidad de coleccionar cosa que valiera la pena y a pesar de no tener los estudios etnológicos en mayor escala dentro de mi programa, estaba deseoso de ver alguna vez una guaca, y, con suerte, encontrar un esqueleto en estado bien conservado. Tratando de satisfacerlo, resolví quedarme algunos días en el pueblo de Quinchía, a efecto de examinar algunas guacas con la ayuda amable y desinteresada de Andrés García, el único blanco del pueblo.

Los primeros días transcurrieron sin éxito alguno, tal vez porque Fausto, el guaquero a mi servicio, no estaba a la altura de su nombre. Contratado luego Juan Franco, el mejor guaquero del pueblo, inmediatamente empezó a trabajar con talento notablemente superior. Comenzamos a hacerlo en una pequeña meseta, a media hora más o menos de distancia del pueblo, no hace mucho todavía boscosa, pero ahora convertida en maizal. Es cosa de experiencia saber que tales partes planas son sitio predilecto para depositar las guacas o crear “pueblos”, que en el caso son numerosas guacas aglomeradas. En efecto, ya pronto dimos con huellas. Fácil es determinar si la tierra del sitio se encuentra todavía en su estado virgen, o sea tal como salida del taller de la naturaleza, o si la mano del hombre ya intervino en su conformación actual. Pues en tanto que en el primer caso a la oscura capa vegetal le siguen hacia abajo capas de arcilla de colores individuales, pero aclarando de capa en capa, si bien con matices graduales, la mano humana en su intervención suele revolver las capas con el efecto de encontrarse trozos de color claro y cerca de la superficie, lo mismo que pedacitos oscuros todavía a mayor profundidad. Puesto que para fines de cultivos en Colombia el suelo acostumbra revolverse con profundidad de apenas un pie escaso, la mezcla de los horizontes del suelo siempre indica una alteración de la situación normal por parte de los antiguos indios. Desde luego no han de ser guacas de todos modos las que así se trazan, ya que a menudo son los llamados amagos en que terminan sus

decepcionados esfuerzos, o sea excavaciones de menor profundidad que apenas abarcan pedacitos de carbón vegetal, pedazos de barro cocinado y de vez en cuando tal o cual implemento y huesos de animales. Los guaqueros suelen tomar estos amagos por tumbas empezadas a construir, pero luego abandonadas sin terminar, sea por no haber convenido el suelo o simplemente con el fin de despistar. Con base, tanto en mis propias observaciones como en informaciones recogidas, me inclino a tenerlos bien sea por lugares de trabajo o de habitaciones de antiguos indios.

Apenas iniciado su trabajo, el experto guaquero ya es capaz de conjeturar su presumible botín de guaca o de mero amago, y, más aún, de predecir, en el primero de los casos, si está en presencia de un hallazgo valioso o más bien pobre, puesto que las tumbas de los ricos solían llenarse luego con el mayor cuidado, tratando de restaurar las diferentes capas de tierra en su orden primitivo, en tanto que las de los menos favorecidos no merecían tanto esmero. Así, por lo menos, se me cuenta, sin posibilidad para mi de definir el alcance verdadero. En mi opinión la experiencia y la ingeniosidad de los guaqueros no merecen el rango tan alto que Manuel Uribe-Angel les atribuye en su libro sobre Antioquia, aparecido en el año de 1885 en París. En el vaivén de las esperanzas y preocupaciones que el guaquero suele expresar en el curso de su actividad, su opinión prácticamente va cambiando cada cinco minutos, para así permitirle al final pretender haber anticipado el resultado, sea cual fuere en realidad. Con base en la forma de la guaca y de los detalles de su elaboración, lo mismo que en los objetos encontrados, acostumbra referir toda la semblanza de la persona enterrada, sin preocuparse en lo más mínimo de sus suposiciones relatadas por el punto de suficiente resistencia para insertar ahí la palanca de nuestra crítica. A mí, por lo menos, me parecían incongruentes en extremo sus relatos, entre ellos la creencia, muy generalizada por cierto, de que los indios por miedo a los españoles, se hubieran enterrado vivos. Más admiración, me parece, merece la fantasía de los guaqueros que su sagacidad.

Hay diferentes formas de guaca. Empezando por las aperturas, existen cuadradas, triangulares y circulares, y hasta de medía luna según Uribe en la página 498 de su ya mencionado libro. Las paredes, de ordinario lisas y casi verticales, a veces están provistas de peldaños como también, en otros casos, forradas de lajas. Solo después de haber comprobado la pared de la guaca como formada en figura geométrica ordenada, el guaquero suele continuar el trabajo con toda confianza. Hasta llegar a la profundidad de un metro o más, el progreso es rápido y despreocupado, pero a medida que se acerca al fondo, se detiene para dar oportunidad de examinar con esmero cada trozo de tierra. Al fin se llega a tropezar con huesos o pedazos de barro cocido, los cuales se desentierran con el máximo cuidado. Pues la finalidad ulterior del trabajo sigue siendo el oro que los indios solían enterrar con sus muertos y que acostumbraban ocultar a unas pulgadas más de profundidad. Encontrado el tesoro apetecido, el guaquero empieza a cantarle himnos al indio enterrado, o de lo contrario, ponerlo en ridículo y difamarlo

en caso de no encontrársele sino unos trozos de barro cocido, como si el muerto se hubiera quedado pobre únicamente con el objeto de desilusionar al guaquero.

En cuanto a la guaca que me tocó en suerte descubrir, tenía forma cuadrada, con aproximadamente un metro de extensión lateral y con una profundidad de dos metros por lo menos, medida desde la superficie hasta el fondo. Casi a nivel de este, tres de las paredes daban comunicación con espacios anexos, así: por el lado oeste, pero sin orientación precisa, había un hueco redondeado de medio metro de alto, que continuaba en forma de un coladero de poca altura, en tanto que hacia el norte salía una apertura de un cuarto de metro, tanto de alto como de ancho, y, en dirección este, otra de medidas todavía más reducidas. Todo estaba ejecutado en pura tierra. En la primera de esas excavaciones laterales encontramos dos esqueletos contrapuestos uno al otro, y una olla con «torchales», en tanto que en la siguiente no había sino un solo esqueleto con un «torchal» y cinco tapas de oro puntiagudas y en la última una olla, pero sin rastro de esqueleto. Los huesos todos estaban ya tan corroídos por el efecto del tiempo, que ni muestra valía la pena de llevar.

Continuada nuestra exploración en los días siguientes, no encontramos, sin embargo, sino unos amagos profundos con pedazos ladrillosos sin valor como único contenido. Presumiblemente y por muy explotados ya los alrededores cercanos a Quinchía, los guaqueros profesionales habrán de penetrar las espesas selvas para allí establecer su campamento y explorar con posibles esperanzas de suerte. No es que los indígenas hubieran ubicado sus tumbas selva adentro, sino que desde la conquista española la selva ha vuelto a cubrir regiones ya antes transformadas en tierras cultivables y utilizadas como tales.

La guaquería nos ofrece el recurso más importante para estudiar la población indígena precolombina. Sería un error aplicarle los mismos elementos de juicio válidos en relación con las salvajes tribus indias hoy todavía presentes en algunas regiones montañosas inaccesibles, lo mismo que en las selváticas, especialmente de los llanos orientales. Esto sin perjuicio de que tanto sus idiomas como su religión y costumbres merezcan estudiarse en busca de indicios, en tanto que su nivel de cultura, lo mismo material que intelectual, es notablemente inferior, ya que, una vez ocupados por los europeos los antiguos centros culturales, los indios quedaban con la posibilidad de vivir libres tan solo en aquellas zonas silvestres imposibles todavía de seguir para los europeos, a la vez que desfavorables por su naturaleza para los indios en cuanto a su desarrollo civilizador. Tampoco las tradiciones históricas podrían servirnos sin beneficio de inventario, mientras que de los apuntes dejados por los antiguos sacerdotes indios nada se ha salvado después de quemar inescrupulosos soldados españoles los archivos al prenderle fuego al templo de Sogamoso. Ni podrán considerarse como medio conducente las crónicas españolas. Escritas por soldados y sacerdotes en lugar de científicos y a menudo con demora de cien años, suelen describir a su modo tanto el carácter como las maneras de los indios, cambiándolas tantas veces cuantas la

justificación de las barbaridades cometidas por los españoles y el enaltecimiento de la valentía de los suyos, estaban de por medio. Muchos aspectos hoy de gran interés desde el punto de vista científico no eran dignos de atención por parte de los conquistadores. Toda vez que para el estudio arqueológico de los antiguos griegos y romanos, con todos sus escritos dejados, las excavaciones realizadas han tenido su innegable importancia reveladora, cuánta mayor será ésta en las investigaciones de los antiguos pobladores de las Américas. Sin ánimo de restarle mérito al ímpetu empeñado por los señores Uricoechea, Zerda y otros en sus aislados comienzos de explotar tan abundante material, no quiero tampoco dejar de mencionar al efecto las bellas colecciones reunidas por los señores Koppel, Reiss y Stübel, que tenemos la esperanza de ver publicadas en breve en edición de lujo con una recopilación descriptiva de las antigüedades colombianas salida de la pluma del doctor Max Uhle.

Al fin el tiempo propicio había llegado para visitar los llanos, pues al igual que en nuestra tierra el invierno con sus días de tan fugaz luz natural, su frío y su nieve, en los trópicos son las épocas de lluvia con las cantidades de agua que todo lo inundan, las que imposibilitan los viajes del todo o, por lo menos, los complican de una manera difícil de imaginar. Predestinados para el fenómeno son los llanos, aquellas extensas planicies que tienen su comienzo en el piedemonte oriental de la cordillera, y que tanto difieren del interior del país en el transcurso de las estaciones. Mientras que aquí, por lo menos en las regiones bajas, con desarrollo atmosférico no afectado por las condiciones topográficas, experimentamos dos épocas de lluvia, temporalmente idénticas con los meses primaverales y otoñales de nuestra tierra y dos de sequía, correspondientes a las nuestras de verano e invierno, en los llanos no hay sino una estación de lluvia y otra de sequía al año, cuyas duraciones varían según la región dentro de las llanuras, acortándose el tiempo de lluvia a medida que nos alejamos del piedemonte en dirección nordeste. Alrededor de este suele llover durante siete meses al año, o sea desde mediados de abril hasta fines de noviembre, con una interrupción de apenas quince días. Fácil es imaginar que durante semejante lapso de tiempo los caminos quedan intransitables, a la vez que los ríos y caños en su mayoría se desbordan con la magnitud de las aguas, que partes hay en donde toda comunicación queda completamente interrumpida. Así, por ejemplo, la población de San Martín suele quedar virtualmente cortada de todo contacto con sus alrededores durante la mitad del año, puesto que la travesía de los ríos que cruzan los caminos hacia la localidad, entraña cada vez un serio peligro para la vida en aquella época. Entre todas, la mejor época para viajar la constituyen la segunda mitad de diciembre y la primera de enero, toda vez que las comunicaciones ya están restablecidas, en tanto que la vegetación todavía se conserva regularmente fresca, sin que el calor y el polvo lleguen ya a molestar demasiado.

Era precisamente aquel tiempo el que yo había escogido para bajar a los llanos de San Martín. Podría a primera vista llegar a irritar al viajero la costumbre de hablar de varios llanos, así por ejemplo de los del Caquetá, San Martín, Casanare,

Barinas, Calabozos y otros, pero tal amenaza de confusión pronto se desvanece al saber que son meramente nombres derivados de subdivisiones políticas, aplicados para ayudar a la orientación dentro de las enormes extensiones uniformes del llano, que, delimitados por el pie de los Andes por un lado y por la región montañosa de Guayana por el otro, alcanzan a cubrir la superficie comprendida entre los 4° de latitud norte y la desembocadura del Orinoco. Internarme mucho en los llanos no era mi propósito, pero sí estaba deseoso de investigar la vertiente oriental hasta el piedemonte de la cordillera y de echar siquiera un vistazo sobre aquel paisaje peculiar, tan renombrado en la clásica descripción hecha por Humboldt.

Cogí el camino que en dirección este conduce de Bogotá directamente a Villavicencio, que en su primera parte lleva en ascenso muy gradual al boquerón de Chipaque, situado a 8.200 metros de altura y divisoria hidrográfica a la vez entre los ríos Magdalena y Orinoco. La cresta de la montaña va formando la divisoria meteorológica. El viento que sopla en su ascenso desde los llanos primero nos envuelve en una espesa niebla, pronto sucedida por una lluvia persistente. Con descenso más marcado por el lado de allá, ya al cabo de un par de horas llegamos a la simpática población de Chipaque, que con sus 2.480 metros de elevación pertenece a la tierra templada. Dejadas atrás niebla y lluvia, el sol nos acoge con el brillo de sus rayos reflejados por el color verde claro de las plantaciones de caña, maíz y plátanos. A la izquierda los pueblos de Ubaque y Fómeque nos saludan de lejos, con el alto páramo de Chingasa en su fondo, a través del cual, en dirección sudeste, el Río Negro ha abierto su paso. Es el punto de orientación, a la vez, para nuestro camino, el que, al cabo de media jornada más o menos, pasa por el pueblo de Cáqueza y a unas cuantas horas más por el miserable caserío de Las Juntas. Caído hace algunos años el puente de hierro que cruzaba el Río Negro, sin haberse reconstruido, menester era cruzar el río, bien sea con la ayuda de un lazo o, en condiciones de nivel más favorables, vadeándolo en un punto un poco más arriba.

Hasta aquí hemos venido cabalgando por uno de los caminos de herradura colombianos, ya conocidos por sus continuas subidas y bajadas que hasta hace poco también continuaba así, con descripciones horrorosas en cuanto a su estado. Pero, gracias al señor Emiliano Restrepo, antioqueño activo y dueño de varias haciendas grandes en los llanos, hace un par de años existe un camino nuevo que en descenso muy benigno y evitando toda innecesaria subida intermediaria, va venciendo el declive lateral del valle. Desde luego quedará abierta la pregunta por la duración del camino en su actual buen estado, toda vez que su mantenimiento requiere esfuerzos y expensas superiores a las requeridas por un camino de herradura común y corriente. La falta de un puente —el existente se había caído por mero descuido momentos antes de que llegáramos a pasarlo— nos obliga no obstante a tomar por un trecho el camino antiguo, que ha quedado fuera de uso durante los últimos tres años y, por lo tanto, está completamente tupido.

Cerca de Las Juntas entramos en un valle rocoso de pendientes escarpadas, con una fuente de agua caliente en su fondo. Al cabo de una hora dejamos atrás las altas cadenas del páramo de Chingasa, para volver a entrar en un paisaje más abierto. A diferencia de las casi peladas paredes empinadas del valle, el declive menos pendiente, ahora a la vista, está cubierto de espesa selva, que baja hasta el pie de la montaña, volviéndose más exuberante a medida que nos acercamos. Tan solo al alcance del camino se ven esporádicas haciendas y ranchos con sus pequeñas plantaciones y potreros de abundante pasto para el recreo intermedio del ganado en su caminada desde los llanos.

El primer vistazo a los llanos se nos ofrece desde el alto de Buenavista, que se levanta un tanto al lado del actual camino, a distancia de una milla aproximadamente de Villavicencio. Desafortunadamente entretanto ya se había acercado el mediodía, y en consecuencia se había extendido una densa vaharada sobre todo el paisaje, reduciendo sensiblemente nuestra tan anhelada vista panorámica. No obstante, algo de lo grandioso siempre se nos graba del primer vistazo sobre una llanura tan inmensa. Inmediatamente delante de nosotros, al piedemonte, tenemos la población de Villavicencio, de una estructura un tanto dilatada. Detrás de ella, y ya en lo plano, sigue un cinturón de monte, con un ancho de apenas dos millas aproximadamente en promedio, exceptuando las orillas de los ríos, sobre las cuales se extiende bastante más llano adentro. Intercaladas al monte, en forma de lenguas, comienzan partes de la llanura, que más adelante poco a poco van ganando terreno. En cuanto a ríos, por ahora observamos el Guatiquía que sale de la montaña un poco al norte de Villavicencio, lo mismo que, a mayor distancia, dibujándose apenas como un hilito plateado, nuestro acompañante anterior, el Río Negro, que cerca de Villavicencio se desvía hacia el sur, para tan solo más tarde volver a tomar su dirección acostumbrada. Con condiciones atmosféricas favorables dizque es posible divisar también el río Meta, en el cual desembocan los anteriores.

Una mera aglomeración de ranchos miserables hasta hace poco todavía, Villavicencio se enorgullece del marcado desarrollo alcanzado en el transcurso de apenas los últimos años, hasta el punto de ya no irles en zaga a otras ciudades provincianas colombianas, tales como Guaduas, por ejemplo. Ha logrado transformarse en el centro comercial de la región, donde se perfeccionan los negocios ganaderos, y, por otra parte, los llaneros suelen aprovisionarse de los productos europeos que les hacen falta. Potreros de mucha cabida se han creado en los alrededores sobre terrenos librados de monte, para acondicionar el ganado levantado en los llanos, antes de encaminarlo a Bogotá. Además, admiramos prometedoras plantaciones de plátano, maíz, caña, café, cacao y otras. Epoca hubo en que el café acostumbraba exportarse río Meta abajo, pero esta exportación se ha abandonado, lo mismo que parte de los cafetales fuentes de la producción. Menos todavía se han visto correspondidas las esperanzas fincadas hace algunos años en la corteza de quina, que se basaban en el contenido aparentemente considerable de quinina encontrado en una especie llamada

cuprea, localizada en los montes al oeste de Bucaramanga y Vélez, a relativamente poca elevación sobre el nivel del mar, especie que antes se había tomado por carente de todo valor (véase parte VII, capítulo 2). Buscando por todas partes, efectivamente se encontró cerca de Villavicencio una especie completamente idéntica en su aspecto exterior, con el efecto de que numerosos comerciantes, tanto de Villavicencio como de Bogotá, empezaron a comprarla y despacharla a Europa, para luego convencerse de que habían invertido ingentes sumas en la exportación de lo que en verdad no era más que una hierba seca sin ningún valor. Advertidos a tiempo, unos alemanes prefirieron no meterse en el negocio sin previo análisis del material, para convencerse de que en cuantas muestras se tomaron, el contenido de quinina era insignificante.

Para ampliar mis conocimientos de los llanos el señor Emiliano Restrepo, abundando en su amabilidad de ayudarme con sus consejos y recomendaciones, me había insinuado una excursión a su hacienda “Los Pavitos”, situada en los llanos de Apiay. Acogiendo la idea, me encaminé a la mañana siguiente, acompañado por un amigo del joven Restrepo, estudiante de medicina. Las primeras dos horas y media las empleamos cabalgando a través del monte que separaba el piedemonte de las llanuras. Abundando todavía en lodazales y charcos, el camino me fue descrito por mi compañero de viaje como altamente satisfactorio en comparación con su estado hace quince días, cuando el agua le había subido hasta las piernas; pero al cesar las lluvias, el sol se había encargado de su obra de secar. El monte difiere en mucho de la selva que habíamos conocido a orillas del Magdalena, con árboles abundantes comparativamente más bajos, que no pasan de los veinte metros de altura, en tanto que las parásitas, las lianas y raíces aéreas escasean, lo mismo que el monte bajo, facilitándose la penetración casi sin ayuda del machete. Observaciones recientes parecen revelar un proceso de expansión del monte hacia la llanura, por cuanto todavía hace pocos años la boca del monte se encontraba a unos doscientos metros más llano afuera que hoy.

A las diez de la mañana comenzamos a entrar a los propios llanos. En caso de haber leído mucho sobre su infinidad, el viajero sale decepcionado al ver apenas una faja angosta, al parecer circundada de selva. Pero tales apariencias engañan al igual que otras suelen hacerlo, por cuanto aquellas fajas de llanura no forman islas sino penínsulas con bordes serpenteados y con anchura en aumento hacia el este, estando todas en comunicación directa con las propias llanuras de extensión al parecer infinita. Todas las veces volvemos a encontrar una salida para así poco a poco penetrar a un paisaje más y más abierto, a medida que nos alejamos de las fajas boscosas que acompañan los ríos. Charcos esporádicos con agrupaciones mayores de arbustos, palmeras solitarias y chaparros, estos una especie de «rhopala», son todo lo que interrumpe la llanura, cubierta por lo demás con una gramínea tan alta que jinete y cabalgadura casi desaparecen entre ella. Pero a diferencia de la grama de nuestras praderas, aquí la gramínea crece en mogotes aislados, suficientemente esparcidos para dejar entrever el suelo, del

cual además nacen numerosas hierbas más pequeñas, entre ellas, por sorpresa, una especie de helecho, harto improbable de sospechar en estas llanuras tan abiertas y expuestas al sol. Pero el representante más peculiar de la vegetación es la llamada dormidera o sensitiva, una pequeña mimosa (mimosa púdica) que al más leve toque con todo hombre o animal reacciona cerrando sus finas hojas.

A pesar de encontrarnos apenas al principio del llamado verano, la vegetación ya ha venido perdiendo mucho de la fresca verdura adquirida durante la época de lluvia. En el curso de los meses venideros, “la capa de gramíneas carbonizadas va convirtiéndose en polvo, en tanto que el suelo endurecido se agrieta y se entreabre en proporciones similares a las producidas a veces por fuertes sacudidas de tierra. Poco a poco van desapareciendo los charcos, hasta ahora protegidos contra la evaporación por las hojas amarillecidas de la palmera de abanico” [(1)]. Apenas con dificultad los animales siguen encontrando lo necesario para combatir el hambre y la sed. Tan solo después de entrar la próxima época de lluvia, por ahí en abril o mayo, la vegetación se renovará, para volver a secarse de nuevo en diciembre y enero.

En las partes pobladas de los llanos la actividad del hombre suele perturbar el ciclo establecido por la naturaleza, por cuanto, apenas secada al calor del verano, le prende candela a la gramínea con el doble fin de abonar el suelo y de provocar el crecimiento de un pasto fresco y más tierno. Así que en partes ya encontramos reemplazada la gramínea alta por tallos cortos quemados en su punta, entre los cuales posiblemente estará en proceso de nacer la nueva capa de verde fresco, que con tanta ventaja se distingue del anterior pajonal alto y seco. Cubriendo todo el firmamento, las nubes en acceso desde el este nos defendían contra los rayos del sol ardiente de modo tal que a pesar de la carencia de sombra y con la proximidad del mediodía el calor no era tan inaguantable como yo esperaba. Pero con un cielo azul y libre de nubes, fenómeno normal durante los meses de enero, febrero y la mayor parte de marzo, el vigor del sol acostumbra tornarse ilimitado. Entonces en lo posible se da preferencia a la noche como tiempo para viajar, para pasarse el día descansando en el chinchorro colgado a la sombra de un árbol o bajo el techo de cualquier rancho. El chinchorro, elaborado de fibras vegetales y por lo tanto liviano, forma parte esencial del equipo del llanero, quien acostumbra llevarlo sujeto a la silla de su cabalgadura. No ha de confundirse con la hamaca, su gemela más pesada, hecha de tela. Con su aguda facultad de orientación, refinada por el constante contacto con la naturaleza en las inmensas planicies, el llanero, orientándose por los rasgos más diminutos, es capaz de encontrar su camino lo mismo de noche que a la luz del día, capacidad menos prescindible aquí, donde no existen caminos propiamente dichos, ni trillados que sería fácil de reconocer; no obstante, la orientación permanente es tan esencial hasta para dar con los sitios conocidos como aptos para permitir el cruce de los ríos. Así las cosas, admito, tal vez de acuerdo con muchos de mis lectores, la necesidad de corregir la imagen previamente formada del llanero en viaje, como montado en brioso caballo y atravesando la llanura a galope tendido. Desde luego sería

absurdo imaginárnoslo caminando a pie, pero, por lo menos en esta parte de los llanos, ni siquiera suele servirse del caballo, sino pasar, a trote mesurado, montado en mula. Cierto que, ya por su paso, el caballo a primera vista parece la cabalgadura predilecta para los llanos, ventaja que, sin embargo, se desvanece ante su mayor sensibilidad tanto al clima como a los bichos, inconvenientes que la mula, de constitución más resistente, supera, empezando por su trote, corto pero parejo, y por ende menos fatigoso, si bien la alternación entre paso y galope del caballo para el jinete probablemente resulte más agradable. Unicamente al enlazar ganado es cuando el llanero hace gala a su equitación, pasando a toda carrera por la llanura, habilidad que se le envidia en todo el país, a la vez que lo hace temible en épocas de guerra. Los animales, tanto caballos como mulas, que así hace correr, de ordinario provienen de las regiones montañosas en lugar de haberse levantado en los llanos, cuyo blando suelo, fangoso además en las épocas de lluvia, se opone al desarrollo de cascos tan resistentes como los que produce el contacto con la tierra riscosa de la montaña.

Habiendo pasado apenas por dos pequeños ranchos en todo el trayecto, llegamos al cabo de nuestra cabalgata de tres horas a la hacienda de “Los Pavitos”, propiedad de los señores Restrepo y Manuel Fernández, saludados primero por una jauría de perros bravos, que los peones de la hacienda tenían dificultad en hacer retroceder. Tales perros forman parte del inventario en todas las haciendas de la región, habiendo adquirido su carácter agresivo en extremo en el desempeño de su tarea principal, que es la de ayudar a los rodeos del ganado. Igual que las haciendas de las regiones montañosas, también esta carece de una casa señorial que digamos. La parte delantera, construida de madera, comprende dos salones espaciosos, en tanto que la trasera abarca la cocina y las posadas de los peones. Los dueños acostumbran hacer su aparición apenas con ocasión de quehaceres de mayor importancia, como la inspección del ganado. Entre tanto el mayordomo es el encargado de vigilar la marcha común y corriente de la hacienda, en este caso un negro venezolano de impresionante estatura, prototipo del llanero con su fuerza y habilidad físicas, su desprecio por toda formación intelectual, su inclinación frívola y su afán de placeres. Habiendo viajado por gran parte de los llanos, empezó a hablarme en su dialecto «patois», para mí un tanto difícil de entender, pero para él algo más a la altura del momento en cuanto a su gran satisfacción al llegar a enterarse de mis conocimientos geográficos sobre su tierra, Venezuela.

Notable es, en general, la penetración de los venezolanos a los llanos, negros y zambos en su mayoría, en tanto que los nativos de los llanos colombianos son esencialmente indios y cholos, mezcla estos de indios y blancos. Al parecer esta diferencia en la composición de las poblaciones se debe a la desigualdad habida en el desarrollo cultural, pues toda vez que en Venezuela ya en la época de la esclavitud se habían fundado grandes haciendas, aquí la explotación apenas data del presente siglo.

En las cercanías inmediatas a la casa hay un cultivo pequeño de plátano, caña de azúcar, maíz, café, cacao, etcétera. Acostumbrada nuestra mente a imaginarse siempre en extremo salvajes los paisajes desconocidos, el gran número de plantaciones en pequeño no puede menos de llamar nuestra atención. De preferencia presentes a orillas de los ríos y al borde húmedo del monte, parece que también llanura adentro se dan a satisfacción, probablemente debido al alto nivel del agua subterránea. Con todo, su importancia no se puede comparar ni mucho menos con la ganadería, ya que apenas sirven para suplir las necesidades de la población escasa y, acostumbrada por lo demás a preferir la carne en su alimentación. Inmensas manadas de reses que vagan por los llanos en un estado semisalvaje, sin que de ordinario merezcan atención alguna por parte del hombre. Unidas en grandes grupos, cada uno de estos tiene su sector donde pastar, a la manera de un comienzo en la formación de estados. Solamente una vez al año el hombre suele rodear las manadas en espaciosos corrales, con el fin de imprimirles a los terneros nacidos durante el año, con un fierro ardiente, la marca del dueño y de seleccionar las reses con destino al consumo en la tierra alta. Pero éstas, raras veces lo suficientemente carnudas, en general todavía precisan pasar una temporada en potreros más ricos para completar su ceba, antes de quedar aptas para el sacrificio. De ordinario son conducidas montaña arriba para allí descansar, por varios meses y hasta un año, y completar su peso. Diferente es el sistema introducido por el señor Restrepo, a saber: desmontado el suelo en la parte inferior de la falda montañosa de un terreno cerca de Villavicencio, lo sembró de guineo y pará, convirtiéndolo así en potreros artificiales bien preparados para cebar el ganado allí mismo, y desde los cuales luego se conduce lentamente a Bogotá, para su sacrificio inmediato. Son dos las ventajas así obtenidas. Por una parte se aprovecha el precio de la tierra, notablemente inferior en las cercanías de Villavicencio al cotizado en la altiplanicie, para a la vez suprimir el tiempo antes requerido para aclimatar los animales en la sabana como medida previa para su ceba. Un tanto difícil es formarse una idea acertada sobre el número de cabezas de ganado en vía de levante, cuenta habida de las apenas dos mil que pueblan las haciendas de “Los Pavitos” y la “Esperanza”, con un área ciertamente no menor de varias millas cuadradas. Calculado en treinta mil cabezas el total de los animales que anualmente se conducen de los llanos montaña arriba, la existencia permanente de las llanuras llegará a cifrarse en unas 120.000 cabezas. Con todo, hasta el presente no se ha procedido a establecer industria alguna digna de mencionarse, al estilo de las que operan tanto en los llanos norteamericanos como en la pampa argentina y en Australia, probablemente porque la ubicación tan tierra adentro no abre las perspectivas favorables para competir con los mencionados países, toda vez que los celos latentes entre Venezuela y Colombia todavía no han permitido organizar la navegación fluvial sobre el río Meta y sus afluentes. Por último sería de temer que los mismos productos de carne de los trópicos ocupasen un rango inferior a los provenientes de zonas menos cálidas, fenómeno ya revelado por la necesidad de cebar el ganado calentano en áreas más frías antes de pasarlo al consumo.

Con el factor tan dominante que constituyen las manadas de reses tanto en el cuadro como en la naturaleza de los llanos, ciertamente nos cuesta esfuerzo imaginarnos el paisaje con exclusión de tal fenómeno vivificante. Pero permitiéndonos retroceder un poco más de tres siglos apenas, ya nos encontramos en presencia de tal estado, hoy ciertamente difícil de imaginar, puesto que fueron los españoles los que introdujeron la res a Suramérica, en tanto que los indios primitivos acostumbraban vivir de la caza y la pesca con el producto del cultivo en pequeño para completar su plato diario y la llanura estaba quizá menos escasa de árboles, desde que no había reses que se comieran los nuevos retoños de los mismos.

Hoy en día parece que no hay barrera que se oponga al avance del hombre en esta llanura, ya que puede atravesarla libremente, para montar su rancho donde le parezca. Pero qué diferencia notamos al tratar de ponernos en el lugar del indio precolombino que a falta de cabalgadura, andaba a pie para vencer las distancias, fatigado por el calor del sol ardiente y expuesto en cada travesía de un río al apetito del caimán y de los peces voraces. El agua, requerida para su propio organismo lo mismo que para sus plantaciones, la encontraba apenas en las estrechas fajas de tierra que se extienden a lo largo del río, en tanto que la llanura misma no le ofrecía sino el asustadizo venado para cazar. En fin, a pesar de la naturaleza tan diferente, tropezamos aquí con el mismo efecto ya observado en la selva, o sea el de mantener aislado al hombre y privarlo así de toda posibilidad de elevar su bajo nivel de civilización. Interesante es, al efecto, observar que Georg von Speier, Federmann y Philipp von Hutten en su camino seguido desde Coro a lo largo del borde de los llanos tuvieron que vencer iguales peligros y someterse a las mismas privaciones que aquellos otros conquistadores en su travesía por la selva.

Sin lugar a duda fueron los españoles quienes incrementaron el aprovechamiento de los llanos, iniciando la ganadería. Pero no es menos cierto, y está respaldado por ejemplos encontrados también en la historia del viejo mundo, que los pueblos nómadas de las estepas, sin excepción, empezaron a avanzar en su camino hacia niveles culturales más elevados principiando por la conquista de vecinas regiones agrícolas, para adoptar las costumbres y la cultura de las tribus subyugadas. Es por lo tanto aquí donde reside la importancia de los pueblos nómadas como también en las expediciones de conquista con el aporte de sangre nueva a las naciones en camino de desaparecer. El mismo papel lo han venido desempeñando los llaneros en distintas oportunidades. Así, por ejemplo, mantuvieron en alto la bandera de la libertad en la lucha contra los españoles, cuando ya las regiones montañosas habían caído, víctimas de las fuerzas de Morillo. A la cabeza de los llaneros Páez logró inflingirles derrota tras derrota, siendo también desde los llanos desde donde Bolívar emprendió su intrépida marcha cordillera adentro, coronada luego por la victoria en la batalla decisiva de Boyacá. Sin embargo, el alcance de una civilización a mayor nivel será de esperarse para estas regiones tan solo con el transcurso del tiempo y a medida

que los habitantes de la montaña tengan motivo para vencer su miedo al clima ardiente con el objeto de contribuir a la formación de una población agrícola más densa, por lo menos de las zonas cercanas a las orillas de los ríos, si se logra captar el agua que se encuentra a poca profundidad, mediante la excavación de pozos.

Semejantes contemplaciones me embargaron en la loma de Apiay, cuando tenía toda la vasta llanura a la vista. Esta loma constituye el extremo, o, mejor dicho, una especie de estribación de otra loma angosta, que en forma de listón se eleva ya cerca del piedemonte, desde la llanura, para ascender, muy paso a paso, encima de esta, en atención a su declive más benigno. La posición horizontal de la llanura no existe sino en apariencia, ya que, consultado el barómetro, notamos con asombro que hemos venido acercándonos hacia el nivel del mar en estas proporciones: entre Villavicencio y la boca del monte en 70 metros, entre esta y la hacienda “Los Pavitos” en 80 metros y entre “Los Pavitos” y el pie de la loma de Apiay en otros 30 metros, o sea en un total de 180 metros. Toda vez que asciende entre 40 y 50 metros por encima de la llanura, la loma ofrece cierta vista panorámica sobre buena parte de ella. A espaldas de la loma la montaña asciende de una manera escarpada en varios miles de metros, en tanto que hacia el este ni la más diminuta colina se levanta de la llanura. Apenas en pocos sitios observamos grupos de palmeras y las fajas de monte a lo largo de los ríos interrumpiendo la monotonía del llano. Imponentes manadas de ganado pastan sobre ella, mientras que desde el borde más cercano del monte un rebaño de venados nos está atisbando. Escondidos monte adentro, tanto el puma como el tigrillo están esperando la caída de la noche para emprender sus incursiones. Apartadas de nuestra vista detrás de unos árboles las pocas casas que hay, no alcanzamos a divisar ni un solo viajero, ni una sola seña de habitación humana. La atmósfera, cargada de un denso vaho, se parece a la que recordamos de los días de alto verano en nuestra tierra, exceptuando las marcadas nubes de humo que aquí la completan como señal de las quemas provocadas por el hombre.

Dejo así descrito, a grandes rasgos, el tipo de llano, tal como desde aquí va extendiéndose hasta las orillas del Orinoco, para seguir su curso de ambos lados casi hasta llegar al Océano Atlántico.

Estando tan inseparablemente ligado el nombre de Alexander von Humboldt a los llanos, pecaríamos de imperdonable ingratitud los viajeros subsiguientes si dejáramos de recordarlo con la honra que le corresponde. De clásica belleza son las descripciones que Humboldt nos ha legado de los llanos, tanto en sus “Relatos Viajeros” como en los “Aspectos de la Naturaleza”, hasta el punto de apreciarse hoy en día como modelo de la fisiografía moderna en general, ya que instintivamente orientan el sentido y las impresiones de todo viajero.

El objetivo mío se había cumplido al obtener la impresión general descrita de los llanos; y toda vez que mayor penetración hacia su interior no estaba prevista, el

día 22 de diciembre retornamos a Villavicencio, usando el mismo camino de nuestra ida.

Al cabo de pocos días salí, esta vez en compañía del vicecónsul británico, el señor Chapman, y su señora, amigos míos que por su parte habían emprendido un viaje a los llanos, hacia Medina, pueblo situado a unos 40 kilómetros en dirección nordeste de Villavicencio, también al pie de la montaña y al borde de la llanura. Al efecto cruzamos el río Guatiquía al cabo de un cuarto de hora al norte de Villavicencio, para pronto pasar al lado opuesto por la hacienda "Vanguardia" con sus extensos potreros destinados a la ceba de ganado llanero. A continuación atravesamos una región que durante varias horas de camino carecía de toda seña de vivienda humana. Siguiendo su curso al pie de la montaña, el camino pasa a través del monte, de relativamente baja altura aquí y carente, por otra parte, de arbustos y matorrales, asemejándose así a las condiciones encontradas entre Villavicencio y los llanos de Apiay. Pero la más hermosa y exuberante selva nos acogió, cuando, después de haber ascendido a lo largo del valle del río Upín, entramos a la cordillera. A media hora escasa contada desde el pie de la montaña, encontramos a orillas del Upín la salina del mismo nombre, o salina de Cumaral, como también se la llama, sitio donde se nos brindó amable hospedaje para pasar la noche. ¡Nochebuena en la selva! Pero de todos modos mejor que en cama de enfermo, como me tocó pasarla hace un año. Los amigos Chapman estaban pensando en el baile navideño, en tanto que mis pensamientos giraban alrededor del árbol de navidad de mi tierra, pero todos tres recordamos a nuestros lejanos seres queridos. A la mañana siguiente la señora de Chapman me sorprendió con un pequeño regalo traído de Bogotá para el evento.

La salina consta de unos pocos ranchos. La extracción de la sal ocurre de la manera más rudimentaria, removiéndose la capa de arcilla negra que cubre el mineral, para luego quebrantarlo de la misma manera como se sacan adoquines de una cantera cualquiera. Puesto que la lluvia disolvería gran parte del producto, interrumpiendo la creciente de los ríos a la vez toda comunicación de la mina con sus alrededores, la explotación acostumbra limitarse a los pocos meses de verano. Aun así, por ahora la producción alcanza más o menos a suplir las necesidades de los llanos, aunque su abaratamiento traería ventajas para la ganadería, toda vez que a la sal se le atribuye notable influencia sobre el desarrollo de los animales, razón por la cual el llanero suele colocar piezas grandes del mineral en su terreno, a fin de que el ganado pueda lamerlas a gusto.

Desde la salina un camino directo conduce a Medina, con rumbo dentro del monte en casi todo su trayecto y en estado descrito como malo. Por este motivo nosotros escogimos otro, un tanto más lejos pero mejor, que también pasa por el monte durante varias horas, para salir a la llanura cerca de Cumaral, pero sin ofrecer un horizonte abierto todavía, sino al parecer circundado por monte en todo su rededor. Cumaral, lejos de constituir una población coherente, está formada por un número de ranchos solitarios, con distancia de más de una milla alemana de uno a

otro. Recordado como más próspero en tiempos atrás, el pueblo ha decaído dizque por su clima malsano, motivo por el cual parte de los moradores se trasladaron a otras partes, escapando así de la muerte que a muchos otros había tocado sufrir. Este clima insalubre, común entre la mayoría de las localidades situadas al borde de los llanos, probablemente se origina en las considerables fluctuaciones de temperatura provocadas por la interferencia diaria de los vientos cálidos que de día vienen soplando desde la llanura, con los frescos que bajan de la montaña por la noche. Por lo tanto, el clima del interior de los llanos se presume mucho más saludable. No obstante, nos tocó pasar la noche en uno de aquellos ranchos.

Aprovechamos la mañana siguiente para encaminarnos temprano. Al cabo de varios kilómetros de viaje, y con el horizonte abierto hacia el este, presenciamos el espectáculo del sol que nace como una bola de fuego vivo. Enrumbados hacia el nordeste desde nuestra salida de la salina, nos tocó ahora voltear poco a poco, para seguir hacia el norte y luego noroeste y acercarnos nuevamente a la montaña o, mejor dicho, a una cadena de colinas que viene acompañándola a determinada distancia. Atravesándola, llegamos al río Humea y luego de haber pasado un trozo de camino incalificablemente feo, a la junta de los ríos Casaunta y Casamumo. De aquí nos desviamos, no tanto por nuestra voluntad como por falta de orientación de nuestro guía, en nueva excursión hacia los llanos para pernoctar en el rancho de Naguaya. Ocupada la sala por avispas, no nos quedó más remedio que pasar la noche en un trapiche sin techo, afortunadamente sin la temida consecuencia, para todos tres, de sufrir un ataque de fiebre. Al contrario, tanto el matrimonio Chapman como el autor hemos sobrellevado todo el viaje en excelente estado de salud, sacando en conclusión que el clima llanero no puede merecer del todo la mala reputación que en Bogotá quiere atribuírsele.

A Medina apenas llegamos en el curso de la mañana del día siguiente. La población está situada en un valle ancho intercalado entre la cadena delantera de colinas y la propia montaña y contentivo de extensas terrazas de acarreo, paisaje propicio para evocar el observado al sur de Honda, a excepción del material volcánico, que aquí falta por completo. La fundación de Medina, igual a la de San Martín, data ya del siglo XVII, edad que sin embargo no ha podido evitar el que la joven población progresista de Villavicencio la supere en desarrollo.

El estado del camino de Medina a Bogotá todavía deja mucho que desear, a pesar de las mejoras realizadas durante los últimos años. Al puro principio es menester cruzar una alta cadena de montañas (2.900 metros), todavía cubierta de un monte exuberante. Pasando por muy contados ranchos, alcanzamos en jornada y media el pueblo de Gachalá, bien pronto seguido por Ubalá, para, después de algunas horas más, llegar a Gachetá, todos tres situados dentro de la región civilizada de la tierra templada. Pasada Gachetá, subimos a través del monte al páramo, donde volvimos a encontrar un tiempo desagradable de lluvia como primer saludo, para,

al cabo de una jornada un tanto pesada, alcanzar la sabana de Bogotá cerca de Guatavita.

(1)Véase Alexander von Humboldt, en “Ansichten der Natur”, págs. 12, etc.

La laguna de Fúquene y las minas de esmeraldas de Muzo

Ya durante los meses de octubre y noviembre de 1883 había viajado desde Bogotá por la parte sur de los Estados de Boyacá y Santander. Visitado luego los llanos y atravesado por segunda vez el sur de Cundinamarca, volví a salir de Bogotá el último día de marzo de 1884, para profundizar mis conocimientos de la Cordillera Oriental por medio de múltiples travesías a lo largo y a lo ancho y en su extensión hasta la frontera venezolana por lo menos.

Al norte de la sabana de Bogotá se extiende otra sabana, parecida en su carácter y altura sobre el nivel del mar, a la cual podríamos poner el nombre de sabana de Chiquinquirá por la mayor ciudad cercana, o de sabana de Fúquene por la laguna que abarca. De la sabana de Bogotá queda separada por un páramo angosto y relativamente bajo, formado de arcilla roja y fácilmente transmontable en un par de horas, sea desde Zipaquirá o desde Nemocón. Tausa, uno de los pueblos más miserables vistos en Colombia y habitado por gente nada bien formada ni simpática, está ubicada cerca del paso, un poco al sur del camino. Tausa es una salina, igual que Zipaquirá y Nemocón, pero con sistema de explotación diferente, ya que en vez del mineral sólido, se extrae mediante bombeo el agua salobre presente a unos 30 a 40 metros debajo de la superficie. A juzgar por las condiciones geológicas, con un poco de esfuerzo convenientemente aplicado sería fácil encontrar también aquí el yacimiento del mineral, proveedor del agua salina.

Habiendo regresado al camino principal, seguimos un vallecito en descenso con dirección nordeste, para pasar por el pueblo de Sutatausa, en cuyas cercanías dizque hay rocas adornadas con pinturas indígenas. Volviendo a subir, alcanzamos otra vez la sabana en inmediaciones de la importante y simpática población de Ubaté. Habiendo salido entre Tausa y Sutatausa del terreno formado por arcilla rodena y arenisca cuarzosa, que viene formando los bordes de toda la sabana de Bogotá, estamos pisando ahora un suelo formado por esquistos barrosos multicolores. Probablemente cubierto de bosque en tiempos pasados, y expuesto a las lluvias después del desmonte, estas debieron llevarse la capa vegetal, dejando atrás los meros esquistos, cubiertos ahora por unos cuantos arbustos y hierbas.

Desde la capilla de Santa Bárbara, que domina a Ubaté, gozamos de una bella vista sobre la parte sur de la sabana. Hacia el este divisamos dos lagunitas, ambas de conformación redondeada y con la población de Cucunubá situada en el fondo sobre un recodo casi cerrado de la planicie. Desde el norte vemos reflejándose la amplia superficie de la laguna de Fúquene, pues en tanto que la sabana de Bogotá apenas conserva unas lagunetas sin importancia dentro de su vasta extensión, la de Chiquinquirá ostenta la imponente laguna, con extensos pantanos, que con cada época de invierno vuelven a inundarse totalmente. Para el

observador este panorama no deja ninguna duda sobre el inmenso lago precursor de la sabana, reducido a su extensión actual, sea por la formación de terreno turboso o por tierras aluviales, tal vez también por haberse bajado el fondo del desagüe, o por alteraciones climáticas. Habiendo ofrecido en su tiempo un aspecto similar, la sabana de Bogotá por algún motivo ha venido desecándose en forma más acelerada.

Hecha una visita a la laguneta de Cucunubá, con los momentos críticos inherentes a la travesía del suelo pantanoso, continué mi viaje en dirección norte, pero dejando la vía a Chiquinquirá a la mitad del ascenso, o sea después de haber pasado el pueblo de Fúquene, para bajar a la hacienda de Chinsaque, situada al borde suroeste de la laguna. El día siguiente se dedicó a la navegación en el lago, a cuyo efecto había tomado en alquiler una de aquellas canoas angostas, pero pesadas, construidas de madera, que usualmente se destinan a la pesca y a la cacería de patos. Después de atravesar con alguna dificultad la faja ancha de junco y caña que por todas partes viene enmarcando la superficie de la laguna y para cuyo paso se han cortado verdaderos canales a través de aquel juncal, al fin alcanzamos el agua abierta, de color pardo turbio, hoy apenas suavemente movida por el viento, pero capaz de elevarse en poderosas oleadas agitadas en tiempo tempestuoso. El paseo en embarcación por un nivel de agua de mayor extensión siempre es atractivo, pero doblemente apreciado cuando sucede como intermedio de viajes a lomo de mula continuados por semanas. Cantidades de patos animan la laguna, que por tal motivo a veces atrae a los aficionados a la cacería desde Bogotá. En masa se ofrecen los animales en el mercado de la capital, contribuyendo así a alternar agradablemente el menú bogotano, de por sí un tanto monótono. Continuamente sondeando nos acercamos a las islas que surgen en medio del lago y que constan en parte de tierra plana y en parte de roca arenisca, poblada de escasa vegetación que constituye la, parte emergente de la cadena de roca arenisca que en dirección suroeste a nordeste se extiende, quedando como tal claramente distinguible también en las orillas. Desde el pico que se eleva a unos cien metros en la mayor de las islas gozamos un panorama, amplio sí, pero monótono, tanto sobre la laguna como sobre el monte de poca elevación y sin carácter expresivo, que la bordea. A falta de una vegetación abundante, el clima, de por sí melancólico, dista mucho de sacar efectos de color de las pendientes peladas, quedando por lo tanto solamente el nivel del lago para conferirle cierto atractivo al paisaje, tan ponderado por los colombianos. Después de tomar un baño refrescante en las aguas de la laguna, nos embarcamos hacia su orilla nordeste, donde un cinturón de junco todavía mucho más ancho demandaba nuestra travesía antes de permitirnos pisar tierra firme. Visitado el canal, construido en su tiempo con el empeño de desaguar el lago, volvimos a embarcarnos en dirección a la orilla occidental, para alcanzarla un poco al norte de Chinsaque, cerca del pueblo de Susa.

A diferencia de los lagos alpinos, cuya profundidad en general pasa de los cien metros, al sondear la laguna de Fúquene casi siempre toqué fondo entre los dos y

tres metros, con 8.9 metros como máximo medido por mí delante de las orillas acantiladas de las islas, y dizque quince metros alcanzados a comprobar por otros. Así que la laguna constituye apenas una hondonada muy panda, con una cavidad un poco más profunda que a lo largo recorre su fondo. Es precisamente esta profundidad tan escasa la que animaba los diferentes ensayos de desaguar la laguna mediante la apertura de canales, esperando ganar valioso terreno para potreros por una parte y tropezar quizás con tesoros hundidos por los indios, por otra. Infortunadamente tales tentativas han corrido la misma suerte que tantas otras empresas colombianas, es decir, la de abandonarse en medio del proceso. Pero, con todo, en el caso concreto tal vez prevalecía la buena suerte, toda vez que la realización ejecutada fácilmente habría podido tener consecuencias catastróficas para los terrenos adyacentes de menor elevación, perdiéndose al mismo tiempo un regulador importante del nivel del río Suárez, lo mismo que una fuente de humedad no despreciable para la sabana, precio excesivo, sin duda, en comparación con las ventajas perseguidas, puesto que son tierras las que todavía abundan en Colombia. Con más razón han venido procediendo algunos terratenientes, abriendo zanjas de desagües y sembrando sauces en los terrenos pantanosos que circundan la laguna, como pasos acertados para mejorar tales suelos.

Desde Susa nuestro camino conduce hacia el norte, atravesando un recodo ya completamente desecado de la sabana. Al lado de nuestra ruta vemos la población de Simijaca, enmarcada en su totalidad por verdes praderas y alamedas de sauces parecidos a álamos. Habiendo sido una de las más preciosas de todo el país, la hacienda de Simijaca perdió tal carácter cuando su dueño, el señor París, sacrificó la mayor parte de su fortuna en el fracasado ensayo de desaguar las lagunas de Fúquene y Guatavita. Al cabo de cuatro horas de viaje llegamos a Chiquinquirá, una ciudad típica de la tierra alta, con todas sus inmundicias y bichos acostumbrados. Como es el más célebre lugar de peregrinación de Colombia, Chiquinquirá tiene una iglesia de impresionantes dimensiones, pero sin valor arquitectónico alguno, que abriga la milagrosa imagen de la Virgen, atracción para muchos miles de peregrinos, cuyo número anual se estima en 30.000 y que afluyen no solo de todas las partes de Colombia, sino también de los países vecinos como Ecuador, Venezuela y hasta Perú, todos en busca de salud y de perdón de sus pecados, a través de la ofrenda de una cerilla o vela, en el sitio.

Dirigiéndose desde Chiquinquirá o desde Simijaca hacia el oeste, y pasada la insignificante altura de la montaña que bordea la sabana, el viajero pronto desciende a tierra templada. Al cabo de una jornada escasa, realizada por un camino de subidas y bajadas continuas, llegamos a Maripí (o Puripí), para seguir de allí, en media jornada más, a Muzo, pueblo hoy en día bastante miserable, que parece haber gozado su época de florecimiento durante la ocupación española, a juzgar por las ruinas de los conventos y de otras construcciones de piedra, en parte reconstruidas por la posteridad y recubiertas con techo de paja. Pero, por otra parte, numerosas palmeras y plátanos dispersos, unidos a la bella

arborescencia que brota de los diferentes vallecitos convergentes, alcanzan a contrarrestar los signos de decadencia hasta el punto de hacer predominar un aspecto bastante agradable.

Son dos los fenómenos en que se basa la fama de Muzo: sus esmeraldas y sus mariposas. Las minas esmeraldíferas se encuentran a hora y media de distancia en dirección oeste del pueblo, donde la piedra preciosa se encuentra incrustada en estratos de esquisto arcilloso negro, alternados con otros de piedra calcárea, materia toda originaria del cretáceo. Las minas, ya conocidas de los indios precolombinos al igual que el oro, habían formado el punto principal de atracción para los españoles en sus incursiones de conquista. En tanto que esmeraldas solitarias suelen aparecer en diferentes partes de la Cordillera Oriental, con mayor frecuencia, por lo menos hasta donde se sepa por ahora, se encuentran en las cercanías de Muzo, con la peculiaridad de hallarse reducida la presencia de los mejores ejemplares, o sea de aquellos de color verde oscuro, a un terreno de poca extensión, de propiedad del Estado, quien lo explota por medio de concesiones. Las otras minas de los alrededores no producen sino piedras opacas y pálidas. La explotación tiene como factor engorroso el hecho de que las esmeraldas crudas están muy dispersas dentro del suelo, sin que existan indicios que sirvan de guía, motivo por el cual semanas hay para el minero de no encontrar ni rastro, mientras que, por otro lado, un hallazgo de valor extraordinario puede ser cosa de un momento. Hoy en día ya no se trabaja por medio de socavones, sistema que ha venido reemplazándose por la explotación a cielo abierto, que se parece en un todo al método empleado en una cantera cualquiera. Tan estricta es la supervigilancia que no me fue posible obtener permiso ni para coleccionar fósiles ni para llevarme una sola muestra de mineral con diminutos cristales de esmeralda, sin valor, incrustados. A los trabajadores a diario se les esculca minuciosamente, limitándose su permiso de salir de la mina a los días domingo únicamente. Pero, con todo, suelen encontrar su manera de hacer desaparecer piezas, que, en dado caso, pretenden haber encontrado en el río, el que, dicho sea de paso, ciertamente podrá acarrear tal o cual unidad. En efecto, tanto en Simijaca como en Chiquinquirá hay varios negociantes ocupados en adquirir tales piezas encontradas o hurtadas. La empresa acostumbra despachar el fruto de su explotación directamente a París, de donde, una vez talladas, las gemas salen al comercio, pero —cosa extraña— bajo la denominación de esmeraldas peruanas, a pesar de que el Perú nunca ha suministrado esmeraldas. Debido a la gran predilección de los colombianos mismos por sus esmeraldas, la compra de ellas dentro del país sale bastante costosa.

Las mariposas viven en su mayor parte dentro de la selva que, comenzando cerca de Muzo, rodea la mina de esmeraldas, para luego extenderse, casi sin interrupción alguna, hasta el río Magdalena. La región realmente constituye un lugar de hallazgo extraordinariamente rico en bellas especies de mariposa, razón por la cual cierto número de indios ha venido especializándose en su caza, al paso que coleccionistas europeos parecen haber encontrado en la zona un centro de

atracción. El premio mayor de belleza entre todas las mariposas tal vez lo merece un lepidóptero azul de extraordinaria soberbia, el morpho cypris, aquí presente y que ya en Bogotá tiene un precio de 6 a 8 reales. Asimismo los pájaros de rico colorido abundan en la región, siendo también ellos objeto de cacería por parte de los indios, quienes en el uso de la cerbatana suelen desplegar gran habilidad al efecto.

Gran desilusión sufrí porque el mal estado del camino me privó del tiempo requerido para realizar el deseo de visitar las dos rocas solitarias de la Fura Tena que se levantan varios centenares de metros a orillas del río Minero, en dirección noroeste. Así que, obligado por el hecho irremediable, resolví regresar a Chiquinquirá, tomando el camino que pasa por Coper y Buenavista. También al salir de Chiquinquirá en dirección este, pronto llegamos a niveles de menor elevación y por lo tanto de clima más templado, región que se interpone a manera de cuña entre la altiplanicie de Chiquinquirá y la región alta y montañosa de Tunja, con Ráquira, Leiva y Moniquirá como principales localidades. El terreno se compone de los mismos esquistos arcillosos de múltiples colores ya observados en los alrededores de Ubaté, con los cuales comparte a la vez el mismo carácter de tierra pelada y árida, excepción hecha de las vegas intercaladas con su vegetación fresca. A dos horas al sur de Moniquirá existen minerales cupríferos sobrepuestos a un filón de cuarzo, dizque con el treinta por ciento de cobre, obtenido mediante extracción deficiente, y con un cinco por ciento de plata. Pero perdida su fortuna en los empeños de desecar la laguna de Fúquene, el dueño de la misma, un señor Saravia, hace ya cuatro años se vio obligado a suspender la explotación, con la consecuencia de haberse derrumbado los socavones y vuelto intransitables los caminos de acceso, motivos por los cuales mi curiosidad científica quedó prácticamente sin satisfacerse. No sé a qué conclusiones habrá llegado un norteamericano, quien con poca anterioridad había arribado a fin de investigar lo relacionado con la empresa por cuenta de una casa acreedora alemana de Bucaramanga, y de una compañía inglesa, como tampoco me consta si las actividades explotadoras habrán vuelto a reasumirse.

Villa de Leiva llegada en tiempos pasados a disfrutar de cierta prosperidad, ha vuelto a decaer, tanto debido a su ubicación a trasmano como a la aridez de gran parte de las vertientes circundantes. No obstante, se presta a vislumbrar esfuerzos colombianos emprendidos para levantar el nivel cultural. Así, por ejemplo, había un ciudadano francés dedicado a la vinicultura. Al efecto, había sembrado sus estacas en tierra cercana, con la satisfacción de haberse desarrollado su siembra en robustas cepas en cuatro a cinco años. Pero ¡cuál sería su sorpresa al verlas destruidas todas en una sola noche por algún “enemigo” con ocasión de unos disturbios políticos! Como el propietario perjudicado murió poco después, sus valiosas experiencias acumuladas corrieron la misma suerte de perderse. A los tres kilómetros al oeste de Leiva, o sea cerca del pueblito de Moniquirá, observamos las ruinas de un templo antiguo de los indios, situadas en una parada denominada “El Infierno”. Constan de un rectángulo de cuatro a cinco metros de

largo por dos a tres de ancho, formado por piedras apiladas a lo largo de su borde y sacadas de la parte enmarcada. En sus cercanías encontramos unos veinte pilares de piedra, tendidos sobre el suelo, con largos entre dos y tres metros y medio metro de diámetro, con muesca cortada, bien sea en el terminal grueso o en el más delgado; en algunos casos los pilares eran cilíndricos [(1)].

Hasta ahora hemos abandonado ya dos veces la altiplanicie de Chiquinquirá para bajar a la tierra templada, una vez en dirección oeste y otra hacia el este, en tanto que la salida natural conduce al norte, por donde sale también el camino principal, en comunicación con Socorro, la capital política, y con Bucaramanga, uno de los centros comerciales más importantes del Estado de Santander. Por ahora, este camino nos lleva por el borde ondulado de la planicie al pueblo de Saboyá. A pesar de su considerable altura sobre el nivel del mar de 2.630 metros, en su plaza nos vemos sorprendidos por una palmera de especial belleza. Las señas antiguas pintadas en una roca más allá del pueblo, deplorablemente han caído víctimas de manos mentecatas hasta el punto de quedar prácticamente indescifrables. En el mismo sitio más o menos es donde el río Saravita o río Suárez abandona la planicie, que aquí viene encogiéndose hasta acabar en punta. En el proceso el río se torna en torrente embravecido, pero sin llegar a formar un salto a la manera del río Funza a su salida de la sabana de Bogotá. Todavía nuestro camino sigue manteniéndose en la altura cubierta de bosque, para luego también descender en considerable declive. El lugar de la piedra arenisca lo va ocupando un suelo esquistoso con estratificaciones de calcáreo intercaladas, en tanto que el bosque va cediendo su espacio al matorral de la altura media ya conocido. Cruzamos a la orilla derecha del río cerca del puente de piedra, donde éste desaparece pasajeramente debajo de las enormes rocas de arenisca tumbadas por el mismo, pero volviendo a la orilla izquierda cerca de la simpática ciudad provinciana de Puente Nacional.

(1) Véase Bastián, Las Antiguas Civilizaciones Americanas, I pág. 326.

De Vélez a Bucaramanga

Pasando por el alto de Juyamuca subí en dirección norte hacia Vélez, ciudad de aspecto bastante imponente, fundada en 1539. Bellamente situada sobre la alta pendiente de roca caliza que delimita el valle del río Suárez hacia el oeste, la ciudad ofrece un magnífico panorama, empezando por el inmenso valle y siguiendo hasta perderse en las montañas de Boyacá.

Animado por la descripción de Manuel Ancízar, resolví conocer y estudiar las extensas formaciones calcáreas allí mencionadas como existentes en los alrededores de Vélez, tales como cuevas, huecos y otras, fenómenos que en primer lugar me habían inspirado para emprender la excursión a la mencionada ciudad. Por lo tanto, ya al día siguiente me trasladé al pueblo de Bolívar, situado a varias millas de distancia en dirección suroeste de Vélez y en tiempos pasados territorio nacional especial. Efectivamente, ya en sus alrededores pude observar algunas cuevas y cursos subterráneos de algunos riachuelos. De Bolívar seguí hasta el pueblo de Cuevas, que ya no pertenece a la región fluvial del río Suárez sino a la cuenca del río Carare, situado sobre el camino que conduce de Vélez a este río, camino dedicado en primer lugar a la exportación de la corteza de quina. Según Ancízar, las formaciones calcáreas del distrito de Cuevas debían ser especialmente abundantes, pero otra era la realidad que me tocó comprobar. Ya en Vélez, varias personas conocedoras de la región, en vista de sus frecuentes viajes, me habían asegurado no saber nada de la existencia de lo buscado, en tanto que en Cuevas mismo simplemente quedé en ridículo con mi pregunta, pero recibí en cambio la información de que el nombre de Cuevas dado al pueblo, era de origen arbitrario, en tanto que en regiones más abajo tal vez pudiera encontrar los objetos de mi averiguación. Siguiendo tal indicación, continué mi camino, en estado nada envidiable, por tres horas más, durante las cuales rocas calcáreas alisadas por la lluvia se alternaban con lodazales profundos. Pero cuál sería mi sorpresa al brindárseme la primera información precisa, inesperadamente y por boca del dueño de un rancho solitario que apareció en medio de la selva. Más aún, a la mañana siguiente el hombre mismo me condujo a una cueva de impresionantes dimensiones, localizada apenas un kilómetro al lado del camino, pero a la cual llegamos tan solo al cabo de una hora, toda vez que a machete teníamos que abrir nuestra trocha hacia el sitio. Cierto que en semejante terreno, cubierto de una selva tan exuberante, ningún estudio detallado de carácter geográfico-geológico es realizable todavía sino a costa de una duración de tiempo desproporcionada, con la única alternativa de prescindir del todo de él. Tanto más sincera fue mi alegría, cuando a mi regreso a Cuevas el alcalde me contó que sus averiguaciones realizadas entre tanto habían revelado la existencia de numerosas cuevas y huecos en plena tierra rozada, a apenas cinco a diez minutos del pueblo, quedándose así plenamente confirmadas las aseveraciones hechas por Ancízar en su precitada descripción. Pero ¡qué descuido del pueblo resalta del hecho de no tener conocimiento ninguno de la existencia de tan peculiares formaciones a tan corta distancia de él, y cuyo nombre, además, hacía referencia directa a ellas!

Ello no obstó a que pocos días después se presentara un caso similar. Informado del reciente descubrimiento de un hueco especialmente característico, al llegar al sitio señalado, nadie estaba en condiciones de dar referencias.

La región tiene la particularidad de reunir todos los fenómenos característicos de un terreno calcáreo, fenómenos todos atribuibles a la solubilidad de la piedra calcárea en su contacto con el agua, así sean paredes perpendiculares o pilares solitarios, que, elevándose pelados y de colores claros en medio de la selva, le proporcionan sus cualidades excitantes al paisaje. También encontramos “ojos de agua”, sin salida y rodeados por pantanos, lo mismo que cuevas con numerosas estalactitas pendientes de sus techos y a veces atravesadas por riachuelos, que más abajo vuelven a surgir a la superficie; en tanto que el piso de otras está cubierto de una arena seca, que a veces se explota por su contenido de salitre, habiendo dado también oportunidad de descubrir numerosas guacas, con objetos de oro. Otro fenómeno lo constituyen los huecos circulares que hay en el suelo, ya sean de poca profundidad y a menudo llenos de agua, o de una hondura de 50 a 100 metros y cubiertos de abundante vegetación. El más imponente de esos hundimientos de tierra, o dolinas como se los llama, es el “Hoyo del Aire”, ubicado a unos veinte kilómetros al nordeste de Vélez, en medio de los caminos que conducen a La Paz y a San Benito. De forma casi circular, tiene un diámetro de 300 metros aproximadamente, con una profundidad de 118 metros, bordeada por estériles paredes de roca casi perpendiculares, y con un fondo cubierto de exuberante vegetación. No hay posibilidad de descender. Un cura de apellido Cuervo, única persona que se sepa que ha pisado el fondo hasta ahora, se había deslizado por medio de lazos pendientes de un armazón de madera voladizo, apoyado sobre el borde del hoyo. “El Hoyo de los Pájaros”, una formación parecida, pero de menores proporciones, situada entre San Gil y Mogotes, no tuve oportunidad de conocerlo personalmente. Las otras partes de Colombia parecen carecer casi del todo de semejantes zonas calcáreas con tales características, las cuales vuelven a manifestarse apenas en el nordeste de Venezuela.

El curso de la cadena de montañas de Vélez lo podemos observar hasta muy al norte, con sus considerables elevaciones de 3.000 a 4.000 metros entre Chima y La Robada. Viene formando el borde occidental del valle del río Suárez, valle que a la vez separa la inmensa región selvática despoblada y, raras veces pisada por el hombre, continúa hasta el río Magdalena. Al Suárez se enfrenta con una pendiente abrupta y pelada, que contrasta de una manera peculiar con la meseta del lado derecho del valle, con sus 1.500 a 1.700 metros de elevación y más o menos diez kilómetros de ancho. Estando ambos lados conformados por la misma arcilla colorada, con estratos de calcárea y cuarcito intercalados, que predomina en la Cordillera Oriental, allí los encontramos en posición verticalmente elevada, en tanto que aquí, o bien están horizontalmente dispuestos o con un mínimo de declive hacia el oeste. Característico para la formación topográfica de la meseta es el efecto de la obra de los ríos que nacen tanto en su borde oriental como en las montañas orientales adyacentes, ya que con el corte profundo de sus valles a

través de la meseta obligan al constante arriba-abajo tan marcado en el camino que desde Puente Nacional o de Moniquirá conduce a San Gil, pasando por Santana, Suaita, Guadalupe, Guapotá, Palmar y Socorro.

Pero la más profunda y grandiosa de tales quebradas transversales podemos admirarla entre San Gil y Piedecuesta; está formada por el río Chicamocha o río Sogamoso, la arteria acuática principal de todo el interior de Boyacá. Reforzada un poco más abajo con las aguas del río Suárez, sigue su camino hacia el río Magdalena. El valle tan hondo que atraviesa la mencionada meseta, lleva el nombre de valle de Sube, derivado del mismo río, que en el trayecto también se llama río Sube, nombre alusivo, por su parte, al pueblito de Sube, ubicado en su orilla y en atención al calor allí reinante, calificado como infierno de Santander, a la vez que apreciado como sitio de recreo. El valle forma uno de aquellos espectáculos insistentemente ponderados a los viajeros. Acercándose desde San Gil y con el pueblo de Los Santos a la vista como ya cercano, el viajero es incapaz de imaginarse la sorpresa que lo espera, hasta cuando, de golpe, y ya al borde del mismo se ve enfrentado a ese valle profundo, el cual le toca atravesar para llegar a su meta. Increíble parece que el salvar los tres o cuatro kilómetros de camino que nos separan de Los Santos, puedan demandar las cuatro horas que evidentemente se requieren. Pero fácilmente se explica el fenómeno con la necesidad de bajar unos 800 metros y luego volver a subirlos en el mismo trayecto. Esta diferencia de nivel equivale a la elevación del Inselberg encima de la ciudad de Halle en mi patria. Cierto es que las paredes por salvar no son tan perpendiculares como las del abismo de Pandi, ya que constan de un material menos duro, parental de granito blando y pórfido, en su mitad inferior, casi carente de vegetación, que haciendo predominar un matiz rojo amarillento muy peculiar en todo el paisaje, no son capaces de sostener los estratos superiores formados por una calcárea más dura. De un carácter muy parecido se presenta el valle del río Sogamoso ya un poco abajo de la unión de los ríos Sube y Suárez, a la altura del cruce del camino que de Barichara conduce a Zapatoca. La vista ofrecida por aquellos valles es de grandiosa belleza, comparable a determinados motivos ostentados por el afamado Gran Cañón del Colorado en Norteamérica.

Desde Los Santos nuestro camino recorre por varias horas la Mesa de Los Santos, o Mesa de Jéridas, como también se llama, Contrariando el concepto prevaleciente de su belleza, por mi parte confieso no haber encontrado nada que pudiera afirmarlo. Pobre en extremo es la vegetación que cubre el suelo formado por esquistos rojizos y arenisca, en tanto que el panorama poco a poco empañado por las exhalaciones del mediodía, tampoco puede compensar lo monótono de los alrededores. Tan solo la vista sobre el valle de Piedecuesta con su arborescencia verde y fresca es capaz de volver a alegrar el ojo del viajero; son árboles sembrados o conservados con miras a proteger las plantaciones de cacao. Aquí estamos aproximándonos a una de las materias cristalinas que en la parte norteña de la Cordillera Oriental suelen interrumpir lo monótono de los estratos calcáreos. Nuestro camino, que pasa en medio de esas formaciones y los desfiladeros

norteños de aquella masa, asciende más allá del pueblo de Florida a la terraza de acarreo que abarca la ciudad de Bucaramanga.

Un amplio panorama de la región de Bucaramanga le ofrece el alto de Gualilo, que pertenece a la cresta granítica al este de la ciudad, quedando a fácil alcance desde ella. A nuestros pies se extiende la planicie, bordeada por el río Lebrija al oeste y atravesada por numerosos barrancos enrumbados hacia él. La rocalla, materia de la planicie, tiene su origen en materiales cristalinos y abunda en sustancias auríferas dizque de buen contenido, pero con explotación hasta ahora limitada debido a la falta de agua. Tanto la terraza misma como las cadenas de montaña circundantes se caracterizan por una vegetación pobre en extremo, al igual que por su predominante color rodeno. Al noroeste observamos el río Lebrija pasando por su brecha abierta a través de la cadena de montes antepuesta hacia el oeste, en tanto que en el sur apenas una cumbre baja lo separa del valle del río Suárez, valle este visible hasta muy arriba. A bastante altura está situada en la pendiente izquierda del valle, la ciudad de Zapatoca.

Una excursión emprendida con el señor Keller, residente de Bucaramanga, a la hacienda Montebello, me brindó la apreciada oportunidad de conocer la región un poco más a fondo. Montados atravesamos la terraza en dirección suroeste, aprovechando luego uno de los barrancos ya descritos para bajar al valle del río Lebrija, donde pequeños cacaotales con su verde fresco nos agradan. Siguiendo hora y media más, alcanzamos a Girón, ciudad situada en medio del valle estrecho y, por lo tanto, dominada por un calor bastante fuerte. El suelo, conformado por arenisca roja o blanca y gris jaspeado y por arcilla esquistosa, apenas cubierto con escasa vegetación, refleja los rayos del sol con ardiente vigor. Empezando tan solo en la cumbre, la selva se extiende de aquí hasta el río Magdalena, salvo muy pocas interrupciones. Cerca de Las Nieves se nos ofrece una vista bastante pintoresca, con el torrente del río Sogamoso avanzando a nuestros pies por el lado izquierdo en su valle profundo y estrecho, para unirse dos millas después, al oeste de Sube, con el río Suárez. Por un corto trayecto sigue la dirección de este, y luego abandona el valle longitudinal para atravesar la cadena montañosa antepuesta al oeste. Largo es su recorrido a la vista desde nuestro punto de observación, empezando su travesía por las onduladas zonas bajas, para seguir por la brecha abierta a través de la cadena cubierta de monte espeso del Cerro de la Paz y, finalmente, verlo desaparecer en su curso por las llanuras suavemente onduladas hacia el río Magdalena. Más allá de la cadena nos saludan tanto este poderoso río como los lagos de su valle con el resplandeciente reflejo del sol, en tanto que por su otro lado, las montañas del norte de Antioquía forman el telón de fondo envuelto en humos vaporosos.

En la selva del Cerro de la Paz se da la cuprea, una especie de corteza de quina, que por mucho tiempo se había considerado sin ingrediente aprovechable, hasta cuando un peón casualmente le llamó la atención a un comerciante alemán, el señor von Lengerke, sobre el sabor amargo de la corteza. Este, para satisfacer su

curiosidad, envió una muestra a Europa para fines de análisis, recibiendo a su tiempo el resultado afirmativo sobre el contenido de quinina. Revelado pronto el secreto que amparaba los despachos iniciales, en Bucaramanga cundió un delirio apenas comparable con la fiebre del oro californiano de antaño. Los sectores de la selva, real o presuntivamente contentivos del producto, llegaron a convertirse en objeto de la más ruda competencia, de cuyo desenvolvimiento no se excluían ni el soborno ni el engaño como tampoco las refriegas abiertas libradas entre los peones de las diferentes casas explotadoras en el interior de la selva. También aquí la explotación pronto degeneró en pillaje de la peor especie, hasta tal extremo que en busca de árboles con corteza aprovechable hubo necesidad de internarse en los rincones selváticos más remotos y malsanos. Y como agravante de la situación, no tardó en presentaras la sensible decaída del precio de la corteza, provocada por el resultado positivo de los ensayos experimentales de su cultivo, realizados en las colonias británicas y holandesas. Así que la corteza de procedencia bumanguesa ya despachada quedó almacenada en Londres sin hallar compradores, a la vez que los comerciantes experimentados suspendieron las explotaciones.

Hoy por hoy el delirio especulativo ha sido reemplazado por una seria actividad agropecuaria. Ya hace unos veinte años se comenzó a desmontar la selva, habiendo sido una vez más el señor von Lengerke quien dio el buen ejemplo, creando la hacienda Montebello, con cañaverales y cafetales, al lado de extendidos potreros de pasto artificial destinados a la ceba del ganado, que para el consumo en el Estado de Santander se trae de los llanos orientales. Pero todavía predomina la selva, formando con su verde fresco y su abundante humedad un pronunciado contraste con el área de los ríos Suárez y Lebrija superior y con las mesetas profundamente cortadas por ellos, y en cuyos valles aflora la roca pelada. Como la agricultura y la ganadería no alcanzan a cubrir con su producto el sustento de la población, para completarlo en la región del Socorro se recurre a elaborar tejidos de algodón a la manera india antigua y a confeccionar pantalones, en tanto que en los alrededores de Bucaramanga, Piedecuesta y Zapatoca está prosperando la hechura de sombreros de paja en la cual se emplean como materia prima las hojas de la palmera Nacuma (carludovica palmata), descubierta en los años veinte por el cura párroco Salgar, de Girón. El entretejer los sombreros constituye una industria casera, que funciona entre semana y cuya producción se realiza el día de mercado, proveyendo así ocupación e ingresos a numerosas muchachas de la región. Cierto es que el producto no puede competir con los sombreros de Suaza, en el alto Magdalena y en Guayaquil, sin saberse si a causa de la calidad inferior de la materia prima o de la menor habilidad de las manufactureras. No obstante, para el consumo dentro del país tiene su demanda.

Las regiones altas de Santander están pobladas por los indios hasta el extremo sur del Estado, en tanto que van en aumento los mestizos de sangre blanca e india a medida que avanzamos hacia el norte, gente esta de estatura alta y fornida. Adaptándose al clima más cálido, prefieren colores más claros y variados

en su vestimenta. En tanto que las mujeres llevan vestidos de algodón, los hombres por su parte se ponen ruanas de lino. En lugar de haciendas de áreas mayores con arrendatarios y jornaleros, los que se limitan a los distritos occidentales recién poblados, prevalecen las propiedades campesinas de menor extensión. A esta conformación ya la unión con la sangre de blancos de la población se remonta el comportamiento independiente y hasta pretencioso de sus componentes, modo de ser que suele generar potencia en las actividades económicas de las regiones más accesibles, mientras que en los municipios apartados, tales como Charalá, Mogotes, Málaga y otros, acostumbran exteriorizarse en forma desagradable, a través de intrigas y perturbaciones del orden público.

Para bajar de Bucaramanga al río Magdalena hay distintos caminos, que a la vez constituyen las primeras comunicaciones aprovechables entre el interior de la Cordillera Oriental y su natural arteria de acceso, contados desde el camino que conduce de Honda a la Sabana de Bogotá, es decir en dos grados de latitud de distancia. Otra vía existe en proyecto, o sea la que partiendo de Chiquinquirá habrá de conducir a la región de Nare, pero su realización no llegó a pasar de la mitad del trayecto. Mientras que el camino del Carare está en abominable estado, otro construido por el señor von Lengerke para comunicar a Zapatoca con Barrancabermeja vía Montebello, no era utilizable por temor a los ataques de los indios bravos, cuyo territorio atraviesa. Debido a su escaso uso y el consiguiente abandono, el camino en su parte inferior se deterioró completamente. También los caminos que salen de Bucaramanga, aunque de reciente construcción, se califican de todavía muy defectuosos. El comercio está utilizando un camino que conduce a Puerto Botijas, situado a orillas del río Lebrija, camino por elcual se llega al río Magdalena, mediante uso, en parte, de canoa y en otra, de un pequeño vapor fluvial. Especialmente para el ascenso, los viajeros acostumbran preferir el camino a Puerto Paredes, para desde allí cruzar una laguna hasta Paturia, viaje que describió el barón von Thielmann, haciendo mención especial de la vegetación exuberante que pudo admirar. Para el despacho de la corteza de quina también se solía usar el río Sogamoso, el que, por otra parte, para un tráfico comercial en general no servía en vista de lo torrentoso de sus aguas.

Ya hace un buen número de años que el proyecto de un ferrocarril que habría de comunicar el río Magdalena con Bucaramanga, da lugar a comentarios. En tanto que la idea primitiva de continuarlo hasta Bogotá se abandonó en razón del costo excesivo, el Estado de Santander tomó la iniciativa a través de su presidente Solón Wilches para realizar la proyectada línea férrea hasta Bucaramanga. Como punto de partida se había escogido un lugar situado un tanto abajo de Paturia, sitio que recibió el nombre de Puerto Wilches. Al pasarlo en nuestro viaje de subida por el Magdalena, de la línea férrea apenas existía un trayecto muy corto, siendo ínfimo el progreso que ahora pudimos comprobar durante los dos años. De todas las empresas ferroviarias colombianas es esta la que se reputa de menos seriedad en su manejo.

Contadas son las poblaciones dignas de mencionarse que hemos pasado desde nuestra partida de Puente Nacional y Vélez. Socorro, la capital del Estado de Santander, carece de atractivo para que la pudiéramos calificar de ciudad simpática, pues con sus calles mal pavimentadas y sucias, a más de los numerosos soldados que andan vagando por ellas y, por último, en razón a la tristemente célebre depravación de las costumbres morales reinantes, no está llenando precisamente los requisitos para figurar como tal.

El hecho de que el Estado de Santander antes podía ufanarse de su buena administración, en el curso del último decenio ha venido reduciéndose a un buen recuerdo. Altamente significativo al efecto es el estado del capitolio. Mientras sus muros no han llegado a levantarse a más de dos metros desde el suelo, lo único que sobresale en altura solitaria es la portada, provista con la inscripción: Construido por Solón Wilches en el año de 1870. Con Wilches desde hace varios años de nuevo en el poder, en 1884, año en que hoy estamos, la obra no ha prosperado ni un solo paso.

Una impresión bastante más ventajosa me dejaron tanto San Gil y Piedecuesta como Bucaramanga. Con su clima cálido, sin ser excesivamente caliente, pero seco y sano, ostentan calles limpias y relativamente bien pavimentadas, con las casas casi todas cubiertas de tejas. Completado el cuadro con la vestimenta en general nítida y aseada de sus habitantes, todo refleja cierto bienestar con relación al tipo de las tres ciudades. Bucaramanga, hoy sin lugar a duda la más importante de ellas, guardadas las proporciones colombianas, con sus más o menos 12.000 habitantes, prácticamente ha de calificarse de urbe. En tiempos anteriores capital del Estado, hoy en día es un centro comercial con importaciones directas y proveedor del comercio de las poblaciones menores de toda la región central de Santander. En su desarrollo ha dejado muy atrás a Girón, ciudad situada en el valle del río Lebrija, hora y media distante hacia el oeste, superior en años de existencia y en su tiempo muy superior en importancia. El factor determinante en favor del desarrollo de Bucaramanga es sin lugar a duda su ubicación en un área más abierta, con el subsecuente clima más fresco y sano.

Dudosa quedará, no obstante, la posible duración de la señalada prosperidad de Bucaramanga. Al pasado remoto pertenece ya la exportación de oro, tabaco y cocoa, en tanto que el precio del café ha bajado y la corteza de quina una vez más ha sido barrida de los mercados extranjeros en vista de su imposibilidad de competir en precio con la de otras procedencias. Durante mi estadía los almacenes estaban todavía bien surtidos, pudiendo fácilmente competir en su categoría con los bogotanos, a la vez que había establecimientos grandes carentes de todo medio para satisfacer a sus acreedores agropecuarios. En tanto que se observaba cierto lujo en la instalación de las habitaciones, lo mismo que en el modo de vivir en general, no se podría negar cierta sensación de una atmósfera cargada, originada en parte en las condiciones políticas, pero en el fondo en el presentimiento de estar próximo a producirse una grave crisis económica [(2)].

Entre las casas comerciales de Bucaramanga existen varias alemanas de categoría sobresaliente, mientras que el número total de alemanes residentes ya había bajado a quince, al igual que, desafortunadamente, apenas había quedado rastro de aquella armonía impecable tan ponderada todavía por Thielmann como característica de la colonia alemana. La culpa de tan lamentable realidad se atribuye en parte a las esposas colombianas de los paisanos. Varios aspectos típicos están realzando la influencia alemana en Bucaramanga, entre ellos la existencia de varias tabernas, que invitan a sentarse apaciblemente, a diferencia de la costumbre colombiana de quedarse parado detrás del mostrador para apurar su bebida.

Un día trágico para Bucaramanga, y para su colonia alemana en especial, fue el 7 de septiembre de 1879. Una pandilla de malhechores, temida por el pánico que sembraba en la ciudad con sus depredaciones, extorsiones, etc., en años pasados, había sido liquidada. Este antecedente no fue impedimento para que el general Wilches, una vez llegado a la presidencia, nombrara a exmiembros de aquella pandilla para ocupar casi todos los puestos públicos en Bucaramanga, designando, entre ellos, para jefe departamental, a un pillo especialmente redomado. En respuesta al cobro de una deuda a su cargo trató de maltratar en persona al comerciante alemán de apellido Fritsch y, al ver fracasado su empeño de mandarlo asesinar, lo siguió perjudicando con la siembra de serias perturbaciones. Muerto por la pandilla un adversario político colombiano con ocasión de las elecciones municipales, su entierro produjo otro atentado contra la vida del señor Fritsch. En seguida el evento se tomó en señal para abrir las hostilidades. En lugar del jefe departamental instigador que se quedó socarronamente en acecho, el alcalde se puso a la cabeza de la pandilla, la que, al no encontrar a Fritsch, su blanco principal escondido, procedió a cometer tropelías contra los demás alemanes, lo mismo que contra los colombianos acomodados. Se dañó el aviso del consulado alemán, en tanto que las casas de varios conservadores, lo mismo que la del acaudalado don José María Valenzuela, fueron saqueadas y destruidas. Dos ciudadanos alemanes, prestos a ayudar a la esposa de este, o sea los señores Hedrich y Goelkel, fueron eliminados a tiros, hasta que al fin los ciudadanos de bien se armaron para restablecer el orden unidos a la tropa que también se había hecho presente.

Mucho tiempo transcurrió sin que el gobierno alemán reaccionara en forma alguna, demora que en parte se explica con el hecho de que el presidente del consejo de ministros, señor von Grammatzky, acababa de salir a cumplir una misión en el Perú. Tan solo al año y tres meses el gobierno colombiano impuso la orden de saludar la bandera alemana, contra lo cual después de tanto tiempo se obstinaron hasta los colombianos bien intencionados, motivo por el cual el acto no pudo cumplirse sin la presencia de un batallón de tropa nacional al mando de un comandante de confianza, para así evitar nuevos brotes de violencia contra los alemanes. Solamente dos años después de los disturbios los malhechores fueron condenados a penas módicas, parte de las cuales más tarde se suspendieron

antes de haberse cumplido su término. Otros, que todavía se me señalaron en la prisión de Pamplona, poco después resultaron acreedores al mismo beneficio, mientras que el jefe departamental como cabecilla había quedado libre desde el principio a cuenta de la intervención del presidente Wilches. Nada había sucedido todavía, en cambio, al tiempo de mi estadía, o sea a los casi cinco años después de los eventos, ni para hacerles justicia a las familias de los finados Hedrich y Goelkel, ni para indemnizar los daños materiales causados, demora cuyas razones ignoro.

(2) Entretanto la mejora del precio del café ha vuelto a reanimar el comercio de Bucaramanga.

La tierra montañosa de Tunja y Sogamoso

Antes de continuar nuestro viaje de Bucaramanga hacia el norte, será menester conocer las regiones que se despliegan en dirección oriental, conformando el mayor territorio del Estado de Boyacá y que pertenecen en sus partes más pobladas a la cuenca del río Sogamoso o Chicamocha, gemelo del río Suárez.

Escojamos, como primer objetivo del viaje, a Tunja, capital del Estado de Boyacá. Podemos enfocarla desde Bogotá por tres caminos diferentes, siendo uno de ellos el que pasa por Ubaté y Samacá, en tanto que otro sale por la laguna de Suesca y el páramo de Las Ovejeras y el tercero conduce por Chocontá y Ventaquemada. Por mi parte me decidí en favor del último y más transitado, dejando cerca del Puente del Común la vía de Zipaquirá y siguiendo el recodo nordeste de la sabana de Bogotá hasta su extremo en la misma dirección con los pueblos de Gachancipá y Tocancipá ubicados en el camino. Una vez atravesadas algunas planicies de menor extensión, llegamos a la simpática ciudad provinciana de Chocontá, situada a los 2.640 metros sobre el nivel del mar. De aquí se desvía hacia la derecha el camino que comunica con el valle de Tenza, nombre colectivo que abarca varios distritos ya pertenecientes a la cuenca del río Meta y comprendidos en la tierra templada. Habitados por agricultores con propiedades de menor extensión, dizque están formando una de las regiones mejor cultivadas de Colombia. Pasando por Hatoviejo, nuestro camino sigue todavía por el valle del río Funza, el mismo que ya conocemos desde la sabana de Bogotá, para desviar luego pasajeramente a la cuenca del río Meta, que ya pertenece a la del Orinoco. Pasando a Ventaquemada y dejando a Turmequé a nuestra derecha, alcanzamos cerca del Puente de Boyacá el sitio más afamado de la historia colombiana, del cual todo el Estado de Boyacá deriva su nombre. Es el lugar donde el 7 de agosto de 1819 los republicanos al mando de Simón Bolívar lograron vencer a las fuerzas españolas, asegurando así la independencia de la Nueva Granada e indirectamente también la de Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia. Cerca del puente encontramos algunas rocas cubiertas por inscripciones enigmáticas pintadas por los antiguos indios. Al cabo de otro rato cruzamos una cumbre de poca monta para entrar al alto valle de Tunja y así pisar terreno de la cuenca del río Sogamoso.

No solamente en el trayecto a través de la sabana de Bogotá sino por partes también entre ella y la ciudad de Tunja pudimos cabalgar por vía carreteable, aunque a veces estas vías en estado bastante lamentable. Su origen data del año de 1876 más o menos, cuando sé concibió la idea de conectar a Tunja con la sabana de Bogotá por medio de una carretera, de la cual el trayecto de Tunja a las cercanías de Ventaquemada realmente logró terminarse, en tanto que al remanente, ya trazado y con terraplén construido, le faltaban apenas el macadam y el afianzamiento lateral, cuando la obra se abandonó para empezar en su lugar la construcción de una línea férrea entre Tunja y Bogotá. Así las cosas, no sorprende que también esta se suspendió con el efecto de que la comunicación entre las dos ciudades aún hoy día esté restringida al antiguo camino de

herradura. Cierto es que durante la época de verano unos cuantos carros de tracción animal logran moverse a duras penas por la carretera abandonada, pero sin que un tráfico regular de esta índole haya podido establecerse.

Tunja, situada a 2.760 metros sobre el nivel del mar, tiene una temperatura media de 13°C., o sea 1½ °C. menos que Bogotá. Con el firmamento generalmente cubierto de nubes se compagina una inusitada frecuencia de paramitos. Hasta los alrededores padecen de la ausencia de un ambiente sereno, limitándose la vegetación fresca a unas pequeñas planicies al norte de la ciudad, mientras que las colinas apenas ostentan unos matorrales secos y muchos barrancos dejan a la vista el suelo pelado de color rojizo o amarillo. Así, el único fenómeno apto para reconciliarnos con la región son dos fuentes de agua tibia, la una de 19½°C. y la otra de 17½°C., que emanan al norte y al este de la ciudad respectivamente, ambas utilizadas para baños termales.

Ya los chibchas tenían aquí la ciudad como residencia de su poderoso Zaque. Todavía hoy día se encuentran encima de las colinas al oeste de Tunja, cerca del camino que conduce a Leiva, colocadas sobre un banco de arenisca ferruginosa inclinado hacia el este, dos lajas de arenisca en forma circular a la manera de molares, pero con faceta oblicua en el borde superior, los llamados “cojines”, sobre los cuales los indios antiguos dizque arrodillados solían elevar sus plegarias, con la cara vuelta hacia el oriente. Se dice que cerca de aquellas piedras hace poco todavía estaban a la vista las ruinas del palacio del Zaque. Una vez subyugados los chibchas por los españoles, también estos procedieron a fundar una ciudad en el sitio, la cual desde entonces ha seguido siendo el centro de los poderes civiles y eclesiásticos, al paso que para el comercio nunca ha adquirido importancia alguna. Lo que sí tiene Tunja en escala igualada por apenas pocas ciudades del país son iglesias y otros monumentos de interés arquitectónico. Traen su origen de la ocupación española, pues la época actual carece tanto de dinero como de arquitectos capaces de abandonar el aburrido estilo tradicional tan generalizado en tales obras. En cambio son pocas las casas de habitación de aspecto sólido y simpático que encontramos, a la vez que las calles adolecen de la falta de aseo, lo mismo que esta y la cantidad de bichos molestos en los hoteles están a la altura de rivalizar con Zipaquirá y Chiquinquirá.

A unas tres horas distantes de Tunja en dirección oeste está ubicado el pueblo de Samacá, al cual le sigue a media hora más en la misma dirección una ferrería fundada ya hace algunos años como empresa del Estado de Boyacá y subvencionada por el gobierno nacional. A pesar de los años transcurridos y los $ 800.000 gastados, eran apenas muy pocas las máquinas instaladas, en tanto que el alto horno ya estaba dañado. El gobierno colombiano echaba toda la culpa del fracaso a la dirección extranjera, acusando al primer gerente, un norteamericano de origen alemán, de apellido Braun, de fraude, para luego absolverlo por falta de pruebas. También a su sucesor, un tal Mr. Southan, se le calificó de falto de honradez e incapaz. Pero ¿por qué el gobierno colombiano contrató de

preferencia a personas tan irresponsables? Mas esta no es la única razón aducible para explicar el estado lamentable de la ferrería, pues, sea como fuere, buena parte del dinero ha ido a parar a los bolsillos de funcionarios y periodistas colombianos. Hasta seis meses de paralización total pasaron a veces los trabajos por falta de fondos, hecho que motivó a la mayoría de los operarios ingleses desalentados el regreso a su tierra. En aquel entonces había apenas cuatro ingleses que se quedaron, se trabajaba en pequeña escala y todo parecía depender de la llegada de una comisión encargada de elaborar el veredicto requerido por el gobierno nacional para resolver sobre la futura subvención, pues de lo contrario la suerte de la empresa ya estaba echada.

Me parece acertado el concepto del actual gerente, Mr. Brown, de que toda la ferrería es una empresa carente de base, lo que por cierto es un testimonio lamentable sobre la desaforada ligereza demostrada por el gobierno de Boyacá. Sin cuidadoso análisis previo del yacimiento se procedió a fundar la empresa, con el resultado de que después se comprobó que la mina no era de la suficiente magnitud ni el mineral de calidad satisfactoria, así que no habría materia prima que excediera a las necesidades de los primeros cinco a diez años. De mayor volumen, a la vez que de mejor calidad, se describe el material proveniente de la mina de El Hatico, pero con la desventaja, para el caso, de media jornada de distancia hacia el oeste, al igual que del carácter de recurso de emergencia a que se reduciría la extracción del mineral allí presente en la forma desfavorable de menas intercaladas entre arcilla esquistosa. Y para completar la relación de los inconvenientes existentes para la ferrería, no podemos dejar de incluir su ubicación, ya que Samacá se encuentra para el efecto en posición inferior a Subachoque y aun a Pacho.

Al norte de Tunja el paisaje sigue conservando todavía por un buen trecho el mismo carácter de pelado y triste que prevalece cerca de la ciudad. Duramos unas seis horas cabalgando a lo largo del valle que se extiende hacia el norte, sobre un suelo resbaloso de arcilla rojiza, del cual aquí y allá emergen yacimientos de carbón. Finalmente entramos a la altura de Paipa a otra planicie, o sea un recodo de la sabana de Sogamoso, la tercera de las tres altiplanicies de la Cordillera Oriental. A unos cuatro kilómetros al sur de Paipa observamos numerosas fuentes de agua caliente, las que depositan cantidades considerables de sulfato de sosa. Este mineral, hasta el presente de uso exclusivo en la ganadería, según Boussingault podría convertirse en materia prima para fines técnicos en gran escala, tanto más cuanto en las cercanías existen yacimientos de parentales de carbón. A unas pocas horas siguiendo en dirección nordeste se llega a Duitama, bien sea cruzando un espolón de montaña o pasando a su alrededor por una meseta pantanosa. En Duitama llama nuestra atención el establecimiento educacional de los hermanos Solano, con una cría de gusanos de seda y un gran vivero de árboles frutales. Como especialidad se producen en este último exquisitas manzanas, lo que demuestra sin lugar a duda que la mala calidad de las manzanas cultivadas en la sabana de Bogotá tiene como única causa la falta

de cuido. El recodo de Duitama muestra abundante arborescencia, la cual unida al verde fresco de las praderas en las pendientes suaves de la montaña circundante y a los ranchos dispersos en ellos, ofrece un paisaje grato y acogedor.

A cuatro horas en dirección norte de Duitama encontramos a Santa Rosa de Viterbo, antigua capital de la provincia de Tundama, hoy en día de unos 5.000 habitantes, también situada sobre una meseta, menor en este caso y sin unión directa con la altiplanicie de Duitama y Paipa. En su plaza se encuentra expuesto bajo árboles un bloque de hierro de bastante tamaño, que fue encontrado en 1810 sobre la colina de Tocavita, tomándose por hierro aerolítico. Es de propiedad del emperador de Alemania, según se me cuenta, y por lo tanto está protegido contra la destrucción [(3)].

Separada por una cadena de colinas se halla otra planicie de menor área, con los pueblos de Cerinza y Belén erigidos sobre ella. Aquel es una localidad miserable, en tanto que Belén se nos presenta como una población acomodada y llena de vida, a pesar de lo odiados que están sus habitantes en todos los alrededores a cuenta de su filiación conservadora.

Sobre el lado oriental de la planicie se levanta, con visibilidad desde lejos, el cerro de Tibe, compuesto de materia granítica. Su vertiente ha sido explorada en busca de plomo, plata, oro y esmeraldas, pero sin que las esperanzas en cuanto al resultado se hubieran cumplido. Al norte del cerro la cadena granítica se halla interrumpida por la brecha abierta por el río Suápaga, el cual se encarga de desaguar la planicie de Belén hacia el río Sogamoso.

Todas las localidades mencionadas entre Tunja y Belén se encuentran situadas a poca distancia de la divisoria hidrográfica entre los ríos Sogamoso y Suárez. Pero esta, a diferencia de lo que indica el mapa de Codazzi, no se identifica con una cadena de montañas continua, coincidiendo en cambio tan solo en parte con el rumbo de una cresta para luego saltar a otra que discurre más al oriente de la primera. Más o menos a medio camino entre Tunja y Paipa la divisoria empieza a asumir a la vez el papel de frontera entre Boyacá y Santander, para conservarlo hasta llegar a la gran brecha abierta por el río Sogamoso hacia el oeste. Para cruzar la divisoria y a la vez frontera entre Estados, hay diferentes caminos, casi todos parecidos en un aspecto, o sea el de sus malas condiciones. Todos pasan por una región montañosa escasamente poblada antes de alcanzar las localidades principales abarcadas por el valle del río Suárez.

Raras veces las molestias sufridas han igualado a las experimentadas en el viaje de San Gil a Belén, pasando por Mogotes y Onzaga. Empezando por el desabrimiento y la inhospitalidad características de la población, tuve la mala suerte de perder mis bestias arriba en el páramo, para volver a encontrarlas apenas cuatro días después. Todos estos caminos son poco transitados, ya que las vías principales no van en dirección de oriente a occidente sino de norte a sur.

El intercambio comercial se limita a los productos del país. En los días de mercado se observa a la gente de Santander subiendo a Belén y Santa Rosa con miel, plátanos, maíz, etc., al paso que a Onzaga, Charalá, etc. van bajando trigo y papas los cultivadores de la tierra alta. Pero regresemos a Tunja, con el ánimo de atravesar también la parte oriental de la tierra alta de Boyacá, principiando por una visita a la laguna de Tota. Situada a 45 kilómetros en dirección oriental desde Tunja, está separada de esta ciudad por varias cadenas de montaña que con dirección norte a sur se elevan hasta las alturas del páramo. Pasando por los pueblos de Siachoque, Toca, Pesca y Tota, alcancé a los dos días de viaje la laguna en su rincón suroeste, cerca de los llamados arcos, una especie de portales naturales excavados por el continuo embate de las olas en la roca arenisca, que aquí avanza hasta tocar la superficie del agua. Avanzamos por la orilla meridional del lago, de ordinario a cierta altura sobre su nivel, ya que las montañas caen en forma abrupta hacia la superficie. En el extremo sur sale el río Upía como desagüe del lago, cogiendo por ahora hacia el sur, pero tornando luego al este, para descender a los llanos como uno de los principales brazos originarios del río Meta. Cruzando la última de las lomas, que bordea con su elevación mediana la laguna hacia el oeste, hemos pasado una vez más la divisoria hidrográfica entre el Magdalena y el Orinoco. A una hora en dirección nordeste del río-desagüe tenemos a Puebloviejo, aldea poco aseada, habitada casi exclusivamente por indios y situada sobre un terreno de aluvión de poca extensión. No obstante, sus ranchos dispersos entre campos cultivados y potreros verdes son bastante atractivos desde el punto de vista pintoresco. Terminada aquí la jornada, me embarqué la mañana siguiente en una pequeña canoa con rumbo a Cerro Grande, la mayor de las tres islas que se levantan del lago y que están formadas de la misma roca arenisca ya mencionada en relación con los bordes del lago. Por años los indios, dominados por miedo supersticioso, habían rehusado abordar la isla, hasta cuando al fin un ciudadano inglés lo hizo, haciendo caso omiso de todas las prevenciones, para encontrar los pretendidos fantasmas en forma de unos ciervos huidizos [(4)]. Hoy día parte de la isla sirve para la agricultura. Debido tanto a la demora inicial sufrida para alistar la canoa como al intermedio de varias horas interpuesto para el almuerzo, era apenas lógico que ya empezara a oscurecer cuando volvimos a tocar tierra en el extremo norte de la laguna, o sea el llano de Alarcón.

Dejando aparte la laguna de La Cocha, o el mar dulce como la llaman, situada en una región selvática al este de Pasto, habitada exclusivamente por indios primitivos, el lago de Tota es el mayor de todos los pertenecientes al sector montañoso del país. Altamente subdividido por islas y penínsulas, es difícil de abarcar con la vista y, más aún, de levantar su plano. Su longitud en el sentido norte-sur es de unos diez kilómetros, en tanto que su ancho máximo mide seis kilómetros y su superficie 45 kilómetros cuadrados aproximadamente, área idéntica más o menos a la del lago Ammer o a la del lago de Thune en Alemania. Como profundidad máxima, un sondeo realizado en 1875 para investigar la posibilidad de desaguar el lago indicó 55 metros. Con sus 3.000 metros de

elevación sobre el nivel del mar se distingue marcadamente de los mayores lagos alpinos, que apenas alcanzan los 600 metros. Enfocado desde Pueblo viejo con las colinas bajas de la orilla occidental en frente, ciertamente no se presenta muy pintoresco. La vista que más me ha gustado es la que se extiende desde el lado noroeste, por el hecho de que abarca el lago a todo lo largo, con las montañas altas y bellamente formadas del lado sur como fondo. Sin lugar a duda la laguna de Tota con su inmensa superficie, sus aguas verdosas claras y las montañas circundantes tanto en el sur como en el este, tocante a la belleza de su paisaje deja bien atrás lo mismo a la laguna de Fúquene como a las andinas de áreas menores que tuve oportunidad de conocer. Hasta difícil resulta compararla con los lagos alpinos, pues al paso que de estos de ordinario las montañas suelen elevarse desde la superficie en forma escarpada y a considerable altura, aquí los picos de mayor elevación aparecen más alejados para, aun ganándoles en altura absoluta, elevarse menos sobre la superficie del lago, debido a la mayor altura de este. Es así como se explica la ausencia del aspecto grandioso, a la vez que el firmamento generalmente cubierto de nubes bajas y la monótona vegetación del páramo hacen echar de menos la risueña apacibilidad de las orillas del lago de Zürich o la solemne seriedad que reflejan las superficies cristalinas de los lagos de la Alemania del norte, circundados por densos bosques de hayas. Lo que más me recuerda el paisaje, son los lagos de origen volcánico (Maares), tan particulares de la montaña Eiffel en Alemania, excepto su tamaño que los hace parecer como un juguete al compararlos con la laguna andina.

También la laguna de Tota estaba en camino de caer víctima del desagüe artificial proyectado. El objeto era el mismo, también aquí, de ganar terreno transformable en potreros, combinado con la esperanza de encontrar tesoros de los indios precolombinos en el fondo. Pero afortunadamente el empresario ya había gastado todo su dinero en los preparativos antes de empezar la obra misma. Digo que el fracaso oportuno era de celebrarse en este caso, por una parte porque la apertura del canal de desagüe, con su profundidad requerida de sesenta metros por lo menos, nunca habría llegado a terminarse, y por otra la desproporción entre las posibles ventajas y los peligros y desventajas del desagüe sobrepasarían con mucho los de la laguna de Fúquene.

Al día siguiente seguimos un trayecto de la orilla en dirección suroeste, para luego cruzar por la mencionada cumbre baja a la cuenca del río Magdalena. Una vez alcanzado el recodo sur de la sabana de Sogamoso por el lado del pueblo de Iza, pudimos observar en sus cercanías unos manantiales calientes, tanto ferruginosos como azufrados. Los sedimentos formados alrededor de los últimos no contienen la piedra pómez volcánica, por la cual se acostumbra tomarla. El camino de Iza a Sogamoso se ha convertido en lodazal prácticamente sin fondo, a causa de las lluvias caídas en el curso de las últimas semanas, estando completamente inundadas amplias áreas a sus lados. Lo mismo les pasa a los demás recodos de la sabana, cubiertos de agua en su mayor parte en la actual época de invierno, tal como pudimos comprobar por un vistazo echado al día siguiente desde la capilla

de Santa Bárbara, situada arriba de Sogamoso, vista que durante el verano apenas revela unas cuantas pequeñas lagunas. En tanto que tales inundaciones periódicas naturalmente impiden el cultivo de los terrenos, estos se prestan por excelencia para la ganadería. Los caballos criados en la región en tiempos pasados, tenían fama en todo el país. Sorprende por lo tanto que el ramo hubiera cedido su lugar a la ceba de los ganados levantados en los llanos de Casanare, que desde aquí se venden a todos los centros de consumo de Boyacá y Santander. Pero cierto es que la ciudad de Sogamoso a este negocio ganadero le debe su actual prosperidad. Situada un tanto a trasmano y carente de productos de exportación, no puede formar un centro comercial independiente con conexiones directas a Europa, pero esto no obsta para haberse constituido en uno de los mercados más importantes del país, que en razón a su vida económica más activa sobresale de Tunja, la capital del Estado. Sogamoso es de fundación antigua, al tenor de la tradición de tener por antiguo todo lo que ya existía antes de la conquista española. En la época de los chibchas el mismo sitio, o mejor dicho un lugar a distancia de dos kilómetros al sureste, lo ocupaba la ciudad sagrada de Iraca, residencia del soberano espiritual Sugamuxi y asiento de un templo soberbio, el que causó la admiración de los españoles y con ella misma el motivo de su destrucción, ya que durante la noche siguiente a la conquista se quemó por completo a consecuencia de descuido por parte de unos soldados ávidos.

El camino más transitado a los llanos sale de la sabana a pocas horas al norte de Sogamoso, a la altura de los molinos de Tópaga, para, una vez pasado por los pueblos de Tópaga y Mongua, subir al alto de San Ignacio, el cual brinda un panorama de extraordinaria belleza, hasta llegar a perderse en las montañas que al occidente bordean la tierra alta de Boyacá. Apenas pasada la cumbre y con ella la divisoria hidrográfica entre el Magdalena y el Orinoco, nos envuelve una niebla bastante densa, que va condensándose en lluvia mas y mas intensa a medida que avanzamos en la bajada. Al mismo tiempo, la vegetación del páramo se convierte pronto en monte de crecimiento alto, interrumpido apenas por cuatro ranchos miserables con pequeños claros en su alrededor; la salina de Gámeza, alcanzada a un par de horas, no es más que un grupo de ranchos tristes. La salina misma, primitiva en sí, está abandonada desde hace catorce años en atención al poco contenido salífero de la fuente, que ya no justificaba su explotación. La misma suerte la sufrieron las salinas de Mongua, situadas a una hora en dirección sureste y un tanto apartadas del camino y las de Pajarito y Recetor, quedando en explotación tan solo la salina de Chámeza, pero también con perspectivas de clausurarse por las condiciones desfavorables de sus vías de comunicación.

De la salina hacia abajo el camino sigue por el valle del río Labranzagrande que casi directamente en dirección sudeste va en declive hacia los llanos y por el cual las nubes van ascendiendo perpetuamente, y unas veces nos envuelven en nieblas y otras nos exponen a las lluvias. Por cierto es ahora, en junio, cuando, tanto en los llanos como en toda la pendiente oriental de la cordillera, está reinando el invierno en su expresión más enérgica. En gran parte la selva ha sido

reemplazada por el terreno cultivado propio de la tierra templada, conservándose tan solo en los barrancos y hondonadas, al paso que la transmontan las crestas escarpadas, bien sea del todo peladas o cubiertas de gramíneas *y* matorrales bajos. A media jornada abajo de la salina llegamos al pueblo de Labranzagrande, pintorescamente situado sobre una terraza de acarreo y circundado por maravillosos potreros. Al dejar el pueblo, cruzamos pronto por la última cadena de monte de alguna altura, para luego acercarnos más y más a la pura tierra caliente. Poco es lo que la selva pierde de espesura. Unos ranchos solitarios bordean el camino, el que por trechos conduce horizontalmente por la vertiente, para de golpe trocarse en subidas y bajadas tanto más impresionantes cuanto su angostura en muchas partes no permite ni el dejar pasar, ni el retroceso, sin provocar serio peligro. Desde la altura allende del Almorzadero se nos presenta, a través de una angosta trinchera formada por el río, la primera vista sobre los llanos, los que aquí, cerca de su borde, todavía aparecen bastante interrumpidos por parches cubiertos de monte. Pero a una jornada abajo de Labranzagrande aproximadamente, o sea al lado opuesto de la vega de Fonseca, empezamos a entrar a los llanos.

Llamativo es el mayor movimiento que ahora encontramos en el camino, originado en los más voluminosos transportes de ganado de los llanos a la tierra alta, que suelen llevarse a cabo en junio, para repetirse en noviembre, aunque en menor escala. En consecuencia, el viajero hace bien en anticipar demoras a causa de tales manadas de ganado en camino, las que es mejor evadir, ya que los animales, antes acostumbrados a una vida en plena libertad, suelen mostrarse de mal genio en su marcha actual. Por lo tanto es aconsejable esperar hasta cuando las manadas sean paradas en los llamados contaderos, para ser reunidas y contadas, dejando la vía libre mientras tanto. Más o menos una semana de descanso se concede al ganado en los potreros de Labranzagrande, antes de exponerlo a la travesía del frío páramo, en la cual no obstante se cuenta por una pérdida del cinco por ciento de las cabezas en camino. Pero tampoco los arrieros, que de ordinario son indios de la tierra alta, en estas travesías ruedan con suerte, pues muchos sucumben en tales transportes, ya que su nutrición insuficiente, lo mismo que su ropaje inadecuado y la falta de higiene corporal facilitan la contracción de la fiebre, tanto más cuanto tales deficiencias van acompañadas por el consumo desmesurado de guarapo y aguardiente, vicio al cual están entregados. Y de tal peligro no los salva tampoco el hecho de que no tengan que penetrar a los llanos, toda vez que el ganado se les entrega al pie de la montaña.

El futuro brillante de la región llanera se da aquí por descontado, opinión que comparte toda la gente. El suelo a lo largo de las orillas de todos los ríos, todavía cubierto de monte, sería el mejor para cultivar cacao, caña de azúcar y otras plantas, al paso que las llanuras de por medio seguirían sirviendo para la ganadería. El clima no se toma por tan malsano como con frecuencia quiere pretenderse, debiendo achacarse los ataques de fiebre en muchos casos más bien al modo de vivir de la gente. Los ríos navegables que atraviesan las llanuras constituirían el medio por excelencia para abaratar los transportes.

Indudablemente tales argumentos tiene mucho en su favor en el sentido de servir de base para sostener una población más densa al mismo tiempo que para fomentar un mayor desarrollo cultural. Pero con todo, no deberá perderse de vista que, aún así, el progreso demandará mucho tiempo, toda vez que la autóctona población llanera no se aumenta sino lentamente, en tanto que para la gente de las tierras altas no es tan fácil adaptarse al clima llanero.

Cierto es que el desarrollo cultural de los llanos mejoraría a su paso inmediatamente la situación en las tierras altas de Boyacá, regiones que hoy por hoy figuran entre las más pobres del país, ya que al producto de la ganadería, practicada en sus vegas no más, se reduce, más o menos, el total de sus ingresos. El suelo de las pendientes no es en todas partes tan árido como en las cercanías de Tunja. Pero ¿para qué sirve el mejor rendimiento de la tierra si los productos no encuentran comprador? ¡Partes hay donde dizque no paga el llevar la papa cosechada al mercado, siendo así que la tierra templada de Santander constituye la única región consumidora de afuera para la papa y el trigo boyacenses! Lo mismo pasa con las ruanas y mantas tejidas a la manera india antigua, que apenas encuentran mercado antes de llegar a Bucaramanga y Bogotá. En cambio se acostumbra adquirir de preferencia la miel para preparar la chicha, así como también los plátanos, el cacao y el café habrán de traerse de regiones más cálidas. Fácil es por lo tanto imaginar que en tales circunstancias poco dinero sobrará para la compra de mercancías europeas. Considerando que el jornal acostumbrado en la tierra alta apenas asciende a los dos pesos, se explican a secas tanto el estado desharrapado del ropaje de la gente como las condiciones miserables de sus ranchos. Al paso que en otras partes el burro suele emplearse tan solo para traer forrajes y otras cosas de las cercanías inmediatas, en las tierras altas de Boyacá la presencia del animal es un fenómeno común y corriente en todas las vías de la región. Por mucho que la arriería de burros constituya una prueba de paciencia poco común, el precio bajo de quince pesos que tiene el animal hace aguantar todas sus desventajas. Característico para el morador pobre de Boyacá me parece el hecho de haber escogido para su leal compañero precisamente al burro. Es ese hombre boyacense el que ha venido conservando su sangre india en el estado más puro, a la vez que ostenta de la manera más inconfundible el estigma de su prolongada sujeción y del subsecuente estancamiento cultural. Pero conste en su favor que al mismo tiempo viene prestando el mayor contingente en las fuerzas armadas del país.

(3)Fue Boussingault, químico francés, quien primero analizó el bloque, teniéndolo por hierro meteórico. Mide 102 decímetros cúbicos, tiene 7.8 de peso específico, aspecto celulado, pero superficie no vitrificada y contiene un 91.4% de hierro, en tanto que el remanente de 8.6% es níquel. Similar era la composición de unas piezas encontradas en parte cercana a esta y en otras halladas por el lado de Zipaquirá. Su origen meteórico no me parece del todo exento de duda, ya que la roca parental misma del cerro de Tocavita ostenta incrustaciones de mineral ferruginoso.

Desgraciadamente no hubo quien me señalara el lugar del hallazgo. En las cercanías inmediatas de la población hay mineral de manganeso (psilomelano) en bancos encerrados entre arcilla quistosa.

(4) Ancízar, Peregrinación de Alpha, pág. 304.

La Sierra Nevada del Cocuy

Recordamos que fue cerca de los molinos de Tópaga donde abandonamos la altiplanicie de Sogamoso para dirigirnos con rumbo este a Labranzagrande. Es en el mismo sitio donde también el río Sogamoso deja la sabana, para precipitarse en rápida corrida a regiones más bajas, al igual que lo hacen el río Bogotá por el Salto del Tequendama y el río Suárez entre Saboyá y Puente Nacional. Así es que está avanzando a apenas 2.230 metros de altura cuando recibe al río Suápaga, en tanto que ha bajado a los 1.420 metros al llegar a su menor distancia del pueblo de Soatá, al este del mismo. Cerca del pueblo de Capitanejo cambia su curso norte primero por el de noroeste, para moverse luego en dirección oeste hacia el río Suárez, con el que se une a las pocas millas al oeste de Sube.

Llegando de Labranzagrande, había vuelto a alcanzar la cuenca del río Sogamoso cerca de Gámeza, por la cual seguí ahora en dirección norte, cogiendo al comienzo por el lado derecho del valle, para luego pasar al izquierdo. Con su elevación relativamente escasa, los montes cercanos al río pierden casi totalmente su efecto de fenómenos inherentes al paisaje en presencia de los páramos que aparecen de lado y lado y que forman a la vez las divisorias hidrográficas, creando así la impresión de trocar el paisaje en un solo valle de notables dimensiones. En las bajas cadenas de monte predominan la arenisca rojiza con el esquisto arcilloso y la arcilla pura, que con frecuencia nacen de la superficie completamente pelados. Al paso que Corrales y Capitanejo están ubicadas cerca del río, las demás localidades se extienden en dos hileras por las cadenas marginales a lado y lado, a más o menos la mitad de su altura. En general se trata de pequeños pueblos esencialmente habitados por indios, tal vez exceptuando a Soatá, el más importante de ellos, el que, visto desde lejos, parece simpáticamente situado entre cañaverales verdes y numerosos sauces de la especie parecida al álamo, pero sorprendiendo de cerca por su aspecto falto de aseo y nada agradable. Volviendo a abandonar el camino principal que a su paso por Málaga y Pamplona conduce a Cúcuta, descendí en dirección oriental al valle del río Chicamocha, afamado y temido a la vez por su clima caliente en extremo. En sus pendientes se dan palmeras datileras, pero de fruta pequeña. Subí por el otro lado, pasando por las poblaciones de Boavita y La Uvita, para atravesar el áspero páramo de Escobal hacia El Cocuy, pueblo de unos 3 a 5 mil habitantes, situado un poco a trasmano, el que había escogido como punto de partida para mi visita a la Sierra Nevada del Cocuy.

Esta, o Sierra Nevada de Chita, como curiosamente también se llama, ha sufrido un trato excesivamente negligente en la literatura geográfica, a pesar de ganarle bastante en altura a la Sierra Nevada de Mérida, situada más al nordeste y ya perteneciente a territorio venezolano, a la vez que su macizo es mucho más compacto que los de los nevados de la Cordillera Central. La razón de semejante descuido se halla en su situación un tanto apartada de las vías principales de comunicación y escondida detrás de otros páramos que la tapan en su mayor

parte. Tanto así es que por meses se puede viajar por los terrenos vecinos sin tener oportunidad de avistar la sierra, a no ser que un paseo emprendido a la hora matinal de un día de cielo despejado casualmente nos conduzca a alguna de las pocas alturas que permiten su vista. Siempre atento al efecto, conseguí apenas una fugitiva ocasión de verla, hasta cuando de golpe me encontré en su presencia inmediata. El mérito de haberla descrito corresponde a Codazzi y Ancízar exclusivamente.

La época más favorable para visitar El Cocuy está comprendida por los meses de diciembre a febrero, los que en general suelen constituir el tiempo de verano en Colombia, en tanto que durante el resto del año el visitante habrá de quedar sujeto a lluvias y nieve en acecho para estorbar su empeño. Por mi parte, por suerte se me brindaron unos días muy aceptables ahora en junio, si bien tuve que suprimir varias de las excursiones proyectadas a causa de la inseguridad del tiempo.

Una vez concluidos a la brevedad posible mis preparativos en Cocuy con la amable ayuda del señor Hotschick, pedagogo alemán, me puse en marcha a Lagunillas, nombre del rancho más apegado al extremo sur de la Sierra Nevada. Pasando por el cañaveral, alcancé a las dos horas y media la cima de la loma que, extendiéndose al nordeste del Cocuy, logra amortiguar un tanto el acceso a la población de los vientos helados que bajan del nevado. Con alegría saludé por primera vez el macizo, por lo menos en su parte sur, al paso que el sector norte me lo siguió ocultando todavía con envidia, manteniéndolo envuelto en nubes. Al sur observamos el comienzo de la peña de Cuserí, cubierta apenas parcialmente de nieve y seguida por una hondonada que abarca el boquerón de Cuserí, cubierto ahora en invierno, también por un delgado manto de nieve. A continuación tenemos la loma más bien baja de la Torre, cuyos planos campos de nieve se estrellan contra escarpadas paredes peladas, de roca. Y dirigiendo la vista aún más allá observamos el Campanario, el cual con su ascenso paulatino desde el sur, y su marcado declive hacia el norte, forma los extensos campos de nieve que por cierto provocarían nuestra admiración más entusiasta, a no ser porque al norte en su cercanía más inmediata se levantara a una altura de 5.000 metros más o menos el Pan de Azúcar, o sea el pico más arrojado e imponente de toda la Sierra Nevada, aunque no sea el más alto. Separados por una brecha le siguen nevados más achatados y de contornos menos perfilados.

Bajando de nuestra altura en dirección oriental nos enrumbamos a Lagunillas, sitio que alcanzamos apenas después del oscurecer. Con sus 3.860 metros posiblemente constituya la habitación humana más elevada existente en Colombia. Ubicada en el valle que en dirección noroeste desciende del Pan de Azúcar y del boquerón de Cuserí, está bordeada al sudoeste por la prolongación de la loma que acabamos de pasar, al paso que hacia el nordeste la viene bordeando otra loma angosta y alta, todavía libre de nieve o, por partes, apenas cubierta por unos parches de nieve. La subida a esa loma era nuestro objetivo por alcanzar al día siguiente. Empezando por un trayecto todavía pasadero a lomo de

mula, continuamos luego andando a pie a lo largo de la cima, para terminar escalando en ardua labor unas rocas sueltas con espacios intermedios repletos de nieve. Inmediatamente en frente tenemos ahora el majestuoso Pan de Azúcar, conectado por medio de una garganta con el pie de la loma en que estamos apostados, y cuyas faldas se inclinan al valle de Lagunillas en el sur y al valle del Cóncavo en el norte. La nieve comienza a un kilómetro de distancia, aproximadamente a la misma altura de nuestro sitio, o sea a 4.560 metros sobre el nivel del mar, para conformar en su conjunto una capa ancha, tendida con ascenso gradual para llegar hasta cerca de la cúspide. Su recorrido no parece ofrecer problema especial. Por cierto, la capa a poco más de la mitad de su extensión hacia arriba tiene una interrupción en forma de un inmenso cubo peñascoso, que se eleva marcadamente contra el horizonte a la izquierda de la cúspide y se conoce con el nombre de Púlpito. Hasta allí dizque avanzó hace algunos años un fotógrafo norteamericano de apellido Farran, después de haber pasado la noche anterior en una carpa montada al borde inferior de la nieve. Su muerte ocurrida poco después, privó a la ciencia de sacar provecho de su visita. Por las experiencias obtenidas desde otros puntos, aprendí que el ascenso desde el Púlpito a la cúspide es mayor en distancia de lo que desde aquí parece, a tiempo que también se enfrentan mayores dificultades en el recorrido. A la izquierda del Pan de Azúcar se levantan un poco más hacia el fondo dos picos redondeados de bastante altura y cubiertos de nieve, a la vez que hacia su derecha el Campanario, de altura un tanto menor, se incorpora a la fila, pareciéndose por su conformación a un Matterhorn pequeño. En la misma dirección observé un pequeño glaciar en la pendiente del Pan de Azúcar, el que me habría gustado conocer de cerca, si no hubiera sido por mi guía contratado en El Cocuy y al parecer no muy idóneo, quien me declaró impracticable el descenso por este lado, motivo por el cual resolvimos regresar a Lagunillas. Durante nuestro descenso. empezó a caer una lluvia que persistió toda la tarde y continuó durante la noche.

Pero tanto mayor fue mi júbilo al despertar cuando me vi saludado por una mañana de belleza y claridad extraordinarias. Lo primero que hice fue subir por una colina al oeste de Lagunillas que brinda una vista panorámica sobre toda la Sierra Nevada, excepto su extremo del norte y algunas partes tapadas por la loma visitada ayer. La parte visible forma un arco con curvatura bien abierta hacia nosotros, con su extremo sur, formado por la peña de Cusen. Así que la Sierra Nevada del Cocuy tiene la misma extensión longitudinal más o menos que los Alpes Berneses medidos de Wellhorn a Blümlisalp, o sea igual al panorama que desde el Faulhorn o desde Mürren se nos presenta y al cual también me recuerda un poco en toda su agrupación. Cierto, es que la magnitud de la nieve es bastante inferior en la Sierra Nevada del Cocuy, a pesar de llegar sus máximas elevaciones a unos mil metros más, fenómeno que se explica por el hecho de que aquí el límite de las nieves perpetuas baja apenas hasta los 4.600 metros sobre el nivel del mar, en tanto que en los Alpes el mismo límite se encuentra en los 2.800 metros. Al paso que allí las cimas sobrepasan el límite de la nieve perpetua en unos 1.400

metros como máximo, aquí son apenas 800 metros. Allí son inmensas las extensiones cubiertas de nieve y hielo, al paso que aquí es apenas una cadena de montaña que se eleva encima del límite. En tanto que las cimas, especialmente las situadas en la parte norte, nos presentan amplios campos de nieve, parece, que la pendiente oriental, apartada de nuestra vista, es mucho más escarpada. La causa del comportamiento tan diferente la da la estructuración geognóstica de la Sierra Nevada. Demostrado queda sin lugar a duda por las partes no cubiertas de nieve, que la sierra es originaria de un inmenso sistema de la formación cretácea compuesto por estratos de cuarcita inclinados en general hacia el oeste. El ángulo de incidencia de cada uno de los estratos es muy acantilado, pero sobrepuestos, como están, un estrato encima del otro, la pendiente occidental en las zonas libres de nieve está revelando una conformación cerrada, al paso que en la oriental las cabezas de la estratificación están ordenadas en su conjunto formando un muro empinado. El corte en perfil es exactamente idéntico al observado ya frente a Tena, con la sola diferencia de la inversión de los puntos cardinales. Cada uno de los picos parece resaltar hacia el este como un inmenso promontorio, así que las formaciones van cambiando en alto grado en relación con los diferentes sitios aprovechados por el espectador para contemplarlas. Esta peculiaridad desde luego dificulta nuestra posibilidad de volver a reconocerlas, más todavía teniendo presente que no todos los picos tienen aún su nombre propio conocido por toda la sierra.

Después del desayuno monté a caballo para subir el valle de Lagunillas, a fin de visitar el glaciar descubierto ayer en la pendiente del Pan de Azúcar. Arriba de Lagunillas numerosas hileras de piedras, conformadas en semicírculo con apertura hacia arriba, atraviesan el valle, formaciones que circundan pequeñas superficies planas y pantanosas. Para mi no hay duda de que tales fenómenos identifican antiguos canchales, que evidencian el hecho de que el glaciar en tiempos pasados se extendía hasta mucho más abajo. El canchal que pude identificar como tal, lo encontré a los 4 a 5 kilómetros abajo del pie del glaciar, a una altura sobre el nivel del mar de 3.900 metros, o sea de 360 metros menos de la actual. Todo el fondo del valle está cubierto por materia de acarreo glaciar, haciéndome imposible el estudio del piso básico que pudiera ostentar facetas originarias del glaciar, así como tampoco pude encontrar ni muestra de rocalla con estrías glaciares. A una hora escasa de Lagunillas el valle lateral que abarca el glaciar se desvía del valle principal, el cual sigue en ascenso hasta el boquerón de Cuserí, después de haber pasado cerca del desvío por unas lagunetas originadas por la represión del agua contra el cascajo traído por la morrena al valle lateral. Bien deseoso estaba de cruzar el boquerón de Cuserí tanto para conocer la parte opuesta de los nevados como para avanzar hasta la laguna del mismo nombre, según descripción de los moradores situada en dirección este del Pan de Azúcar, cerca de la región selvática o ya dentro de ella, y de impresionante extensión. Desgraciadamente, la inseguridad del tiempo como también la falta de carpa y de provisiones suficientes me obligaron a desistir de la excursión. Aunque ya no muy distante, el llegar al pie del glaciar demandaría la escalada harto complicada de un

espolón en el valle lo mismo que de una antigua morrena lateral de unos cien metros de altura. Inmediatamente delante del glaciar hay otros canchales en forma de semicírculo —morrenas frontales— bien señalados, ciertamente de reciente origen, ya que la vegetación todavía no ha podido invadirlos. Mi guía recuerda todavía el glaciar con extensión un buen trecho más abajo, hace apenas unos cinco a diez años. Hoy día, con su longitud de escasos uno a dos kilómetros, ya carece de importancia. Estrechándose hacia abajo para terminar a la manera de lengua, en cuya punta sale un manantial de escaso volumen de agua de descongelación del glaciar. Con su declive de 20° a 30°, es escasa su hendidura, a no ser que la nieve recién caída la hubiera rellenado y borrado. Su superficie está cargada de cascajo y rocas aisladas.

El día siguiente lo dedicamos a una excursión valle abajo. A las tres horas de viajar llegamos a las dos haciendas de la Cueva, situadas una al lado de la otra y ambas circundadas por magníficos potreros. Serían el mejor punto de partida para excursiones al valle del Cóncavo y a las alturas del rededor. Pero, a falta de tiempo sobrante, seguí camino derecho hacia el sector norteño de la sierra, para cuyo efecto el mayordomo de una de las haciendas me brindó ayuda enviándome un peón conocedor de la región, evitándome así la vuelta por Güicán. Proseguimos sin contratiempo alguno hasta el rancho de El Morro, ubicado encima de uno de los impresionantes espolones de montaña que descienden de la cadena de campos cubiertos de nieve, y afamado por la bella vista que dizque ofrece con buen tiempo. Pero desde allí el guía, poco inteligente, nos condujo directamente monte arriba a la zona de nieve perpetua, en lugar de llevarnos al rancho más cercano, de acuerdo con las instrucciones recibidas, obligándonos así a devolvernos en medio del valle de Paulín, para regresar por un camino en muy mal estado hasta el rancho de Peña Blanca y pernoctar allí. Siguiendo el consejo del dueño, abandoné la idea de continuar el camino hasta Llano Redondo o Corral Chiquito, para alcanzar desde allí la nieve por el mismo camino usado en su tiempo por Codazzi. Aceptado el ofrecimiento del hombre de acompañarme, seguí en la mañana con su ayuda hasta el límite de las nieves.

Al efecto tomamos el camino que sube por el lado derecho o noroeste del valle de Quebrada Verde. Al cabo de una hora larga bien cabalgada, pasamos un trecho muy desagradable con subidas por resbalosos escalones estratiformes y bajadas subsecuentes, no más fáciles por las altas cabezas de la estratificación, para finalmente cruzar por conglomerados sueltos de rocas y piedras, acumulados directamente abajo del límite de la nieve. Delante de nosotros teníamos los vastos campos de nieve de San Paulín. Al norte bajamos la vista a la parte superior del valle de Llano Redondo, donde divisamos un glaciar pequeño y bastante hendido, a todas luces el descrito por Codazzi y Ancízar a un tiempo, cuando su extensión era todavía mayor. El límite de la nieve está zigzagueando para arriba y para abajo, dificultándonos así el obtener un dato exacto indicativo de su altura media. Durante los últimos años ha retrocedido notablemente según indicación de mi guía y, también a juzgar por las facetas de roca, lisas y sin corroerse. Semejante

retroceso en relación con otro simultáneo del límite de la nieve comprobado en los Alpes constituye un problema científico de gran interés. Me asedia la pregunta de si la causa se encuentra en una disminución de las precipitaciones atmosféricas o en un aumento de la temperatura, ocurrido lo uno o lo otro en el curso de los decenios inmediatamente precedentes. Imposible es encontrar la respuesta conducente, sin tener disponibles los resultados de observaciones meteorológicas suficientes. Mis consideraciones al efecto se terminaron por la aparición de nubes y la caída de más nieve, fenómenos que nos obligaron al pronto regreso. Sentados al lado de la candela nocturna y conversando de las experiencias del día, me sobrevino también la explicación de mis dudas científicas, explicación sin embargo en la que menos había pensado. Un indio mercachifle ambulante que había pasado durante el día, al informarse de mi excursión se sintió provocado a maldecir delante de mi ayudante las visitas de los extranjeros, único fenómeno culpable de la desaparición de la nieve.

La mañana siguiente nos sorprendió una vez más con un tiempo favorable que excedía nuestra esperanza. El panorama gozado desde la colina que se levanta cerca del rancho fue majestuoso. Abarcaba toda la Sierra Nevada, excepto otra vez la parte septentrional, perteneciente al distrito de Chiscas, que nunca tuve oportunidad ni de ver con mis ojos ni de conocer pon informaciones fidedignas. Pero sí pudimos admirar toda la sierra comprendida entre el boquerón de Cuserí y el sitio escalado ayer, en toda la claridad brindada pon el sol matinal. Dudo para mí, si semejante vista se deja ganar en belleza por la contemplada desde Lagunillas, ya que en el sector sur las conformaciones son más marcadas, en tanto que aquí las masas acumuladas de nieve impresionan por su mayor abundancia. El pico más cercano —llamémoslo el nevado de San Paulín— posiblemente exceda en altura al Pan de Azúcar. Cortado en talud hacia el noroeste con su ancho campo de nieve, a cuyo pie nos hallábamos ayer, hacia el sur se precipita en forma escarpada. Pintándose como relativamente fácil la posibilidad de escalarlo, me pareció preferible intentarlo desde la loma alta que se extiende entre la quebrada Verde y la quebrada de San Paulín. Es cierto que la necesidad de renunciar al ensayo me desilusionó bastante, pero el tiempo, falto de estabilidad en la época actual, no pudo despreciarse como factor adverso decisivo, pues por más alentadoras que suelan presentarse las mañanas en su belleza y claridad, desde el mediodía acostumbran a aparecer nieblas y nevadas. De las gentes criollas no se puede depender sino en las regiones abajo del límite de las nieves, porque metidas entre ella, pronto empiezan a sufrir de los pies, y también de los ojos, en caso de que por previsión no hubiera traído para ellos gafas azules de protección. Y con todo habría de contarse con la eventualidad de vernos abandonados precisamente en el momento decisivo, a punto de hacer lo cual ya estaba mi guía de entonces, quedado a alguna distancia cuando nos aproximábamos al glaciar de Lagunillas. Personalmente carecía de la requerida experiencia alpina, en tanto que un pie enfermo afectaba la seguridad de mi paso. Faltaban instrumentos en mi equipo para poden sacar el máximo provecho científico del ascenso, ya que ni mis barómetros eran adecuados para funcionan

en semejantes alturas. Y, por último, estaba a punto de agotarse mi provisión alimenticia.

Pon lo tanto resolví dejar mi anhelo a un lado, regresando el mismo día al Cocuy, pasando por el bien situado pueblo de Guicán y la hacienda del Baño, cerca de la cual brotan unas fuentes con temperaturas de 38 y 43°. Con la llegada en medio de un aguacero concluí mi visita a la Sierra Nevada y con ella una de las jornadas más extenuantes, especialmente debido al frío cortante de las noches, pero también más provechosas de mi viaje por los Andes.

Desde El Cocuy llegué en tres días a Málaga, la ciudad menos hospitalaria y con la población más antipática que me tocó conocer en toda Colombia. El viaje me llevó por los pueblos de Panqueva, Guacamayas, Macanavita, San Miguel y Enciso. Bastante aburridor de por sí, en cambio serviría por excelencia para un estudio exhaustivo del coto. Málaga está situada sobre la gran vía que comunica a Bogotá con Cúcuta, pasando pon Tunja, para cruzan el alto páramo del Almorzadero hacia el valle de Chitagá y Cácota y de allí continuar en subida a Pamplona, bajando luego a su meta. Peno incompatible como fuera con mi propósito de extremar en mis empeños de conocer el país, me abstuve de aprovechar esta vía, prefiriendo cruzan en dirección oeste por las escasamente pobladas cadenas y valles hacia Piedecuesta y entran por segunda vez a Bucaramanga. Allí me demoré las dos semanas siguientes para descansan de los esfuerzos del largo viaje, escribiendo y charlando con los paisanos y disfrutando de la buena cerveza alemana disponible.

Cúcuta

Pero desde Bucaramanga tampoco tomé todavía el camino directo a Pamplona y Cúcuta, que pasa por Tona y el páramo de Tona, dirigiéndome en cambio por lo pronto en dirección norte a Rionegro, el centro cafetero de la región, para cruzar de allí por una loma alta y granítica hacia Matanza, punto central de los colectores de orquídeas y seguir luego al noreste con rumbo a La Baja (antes Montuosa) y Vetas, dos sitios mineros que, ubicados en el páramo frío, en su conjunto forman el distrito de California. Es el único lugar en toda la Cordillera Oriental donde la explotación se hace persiguiendo las vetas metálicas, descubiertas según dicen, ya en 1551, por un ciudadano español pobre, que había emigrado a esta parte de la Nueva Granada con la firme esperanza de encontrar oro. Parece que al comienzo efectivamente encontró oro, plata y cobre en cantidades, en tanto que más tarde los resultados se tornaron más esporádicos y los trabajos, en consecuencia, discontinuos. Una compañía inglesa que después de la guerra de la independencia había tomado las minas en alquiler, a poco tiempo volvió a abandonar los trabajos, al decir de unos en vista de la dificultad de obtener el metal por la vía de amalgamación y de la prohibición a la vez existente de exportar el mineral en bruto, pero según otros, por motivo del derroche sin límites y del mal manejo reinantes. Varios intentos posteriores también llevaron al fracaso, unos pon falta de capital, otros a consecuencia de manejo poco afortunado y, por último, por lo excesivamente gravoso de las regalías pagaderas al Estado. Desconozco la suerte de otra compañía que acababa de entran en actividades al tiempo de mi visita.

Allende Vetas cruzamos el alto páramo frío de Santurbán para luego bajar en dirección nordeste al pueblo de Mutisona y luego volver a ascender a Pamplona pasando previamente por el Alto del Frío. Pamplona, situada en la depresión de una laguna antigua desaparecida, a los 2.300 metros sobre el nivel del mar, pertenece al grupo de las ciudades fundadas por los españoles en los años inmediatamente siguientes a la conquista, que por muchos años eran capitales provincianas y todavía conservan su carácter de sede episcopal. En tanto que antiguos conventos y otras construcciones de la época colonial siguen recordando un pasado de mayor relieve, su ubicación demasiado apartada en las alturas de la montaña le ha vedado a Pamplona su participación en el desarrollo de una actividad económica digna de mencionar, habiendo sido aventajada en cambio por ciudades de fundación más reciente, privilegiadas al aprovechan las ventajas que ofrecen las nuevas comunicaciones.

Radicada en Pamplona la penitenciaría del Estado de Santander, es digno de mencionan el hecho de cómo los ocupantes presionados para utilizan su tiempo en la elaboración de cosas bonitas, tales como esteras, canastas, cáscaras de coco talladas, argollas, etc., han logrado convertir la ciudad en sede principal de las antes manuales colombianas. Informado el portero de mi deseo de adquirir algunos de los productos, me hizo pasar al corredor que circunda el patio en el

segundo piso, en donde los penados, entre ellos el anterior alcalde de Bucaramanga, desde el patio me alcanzaron muestras de su obra, sujetas a palos largos, para examinarlas de cerca. Al cabo de un extenso palabreo, apoyado por los soldados vigilantes y amigos de los penados vendedores, logré conseguir unos artículos realmente bien elaborados y propios como regalos para llevan a Alemania.

El camino a Cúcuta, apenas reconstruido hace algunos años, recorre de ordinario la orilla del río Pamplonita. Mientras que en su trayecto superior el valle del río constituye un verdadero desfiladero, este se ensancha a medida que bajamos, hasta convertirse en imponentes terrazas de acarreo, al paso que el paisaje se vuelve más y más estéril, para llegar a asemejarse a aquel tan típico de la región de Tocaima y Peñalisa. Cactos, agaves y mimosas espinosas predominan en la vegetación, llegando a formar en ocasiones verdaderos matorrales. Uno de estos, al cual entré de improviso, ya en las inmediaciones de Cúcuta, no resultó precisamente en provecho de mi vestido ni de mis manos.

Al cabo de jornada y media alcanzamos a Cúcuta o San José de Cúcuta, como es su nombre completo. Una vez cruzado el hermoso puente de piedra construido sobre el río Pamplonita, dejamos a nuestra derecha un grupo de casas miserables, para luego atravesar unas ruinas con algunos ranchos mezquinos dispersos entre ellas, para tan solo ahora entrar a la espaciosa plaza y, después de ella, a la calle principal con los mejores almacenes y casas de habitación.

Aquellas ruinas acabadas de pasar constituyen los remanentes del fuente terremoto que el 18 de mayo de 1875 a las 11 1/4 horas a. m. alcanzó a convertir en un par de segundos toda la próspera ciudad en un mar de escombros, sin dejar en pie ni una sola casa. Muertos 2.000 de sus 15.000 habitantes, de los demás muchos resultaron heridos de mayor o menor gravedad. Así las cosas, un segundo temblor, al parecer más fuerte todavía, ocurrido durante la noche siguiente, ya no encontró nada que destruir, aparte del nuevo efecto horrorizante causado sobre la pobre gente ya tan afligida, que se había acostado lo más alejada de todo muro con el propósito de descansar. Como consecuencia inmediata del terremoto estallaron incendios en muchas partes donde se había guardado pólvora, petróleo y otros artículos inflamables, para devorar buena parte de las mercancías, entre otras en la Botica Alemana. A la vez cuadrillas de rateros aparecieron por todas partes para abalanzarse sobre los escombros, en tanto que las autoridades y las fuerzas militares optaron por fugarse cobardemente, así que muchas cosas de valor se perdieron, las que con oportunas medidas conducentes hubieran podido salvarse en bien de sus propietarios.

Durante la época precedente al terremoto dicen que había reinado una sequía extraordinaria, en tanto que a las dos horas de haber temblado, cayó un formidable aguacero. También de las sacudidas de menor alcance se cuenta que suelen suceden al comienzo del invierno o inmediatamente antes, fenómeno por lo

demás a menudo comprobado en la América tropical. Por cierto que el terremoto no se limitó a la mera ciudad de Cúcuta, toda vez que la mayoría de las localidades ubicadas entre Cúcuta y San Cristóbal, lo mismo que aquellas de la región entre Chinácota y Salazar quedaron destruidas, en tanto que en Pamplona se derrumbó la catedral; por otra parte, la sacudida se hizo sentir en regiones tan remotas, como Caracas, Maracaibo y Ocaña.

Antes del terremoto, las calles de Cúcuta eran estrechas y las casas, de varios pisos, de una estructura y techos pesados; mas en razón a la lección recibida, la reconstrucción se realizó con calles amplias, bordeadas de casas de un solo piso. Las vías bien aseadas forman un contraste saludable comparándolas con las de la mayoría de las ciudades colombianas, lo mismo que las casas simpáticas y limpias, con palmeras cocoteras y otros árboles dispersos entre ellas, ofrecen un aspecto urbano bastante agradable, el que desgraciadamente desaparece al salir de la ciudad para entrar a la zona de los ranchos miserables. Los almacenes nada tienen que envidian a los de Bogotá, ni en presentación ni en surtido, hasta el punto de encontrar aquí varios artículos que en la capital había buscado en vano. También la instalación de las casas de habitación y el modo de vivir de los habitantes ostentan cierto estado de comodidad que antes no había encontrado en otras partes del país, sin perjuicio de pretenden los cucuteños no haber vuelto a alcanzan todavía el nivel de bienestar perdido pon el terremoto. Factores que menoscaban en sumo grado el placer de la vida son el calor sofocante que reina y el polvo que se levanta pon el fuerte viento que sopla desde el sur a las horas del mediodía, por lo menos durante los meses de junio a septiembre. Pero con todo, el clima seco es saludable. Una epidemia de fiebre, ocurrida a fines de 1883 tanto aquí como en las localidades vecinas, fue calificada por algunos de la fiebre amarilla, tan temida en todo el país, en tanto que otros atribuyeron su origen a causas netamente locales. Sus víctimas se limitaron a unos viajeros descuidados procedentes de la tierra fría y a algunas personas que carecían de medios para hacerse tratar. No obstante pasaron meses sin que nadie se atreviera a venir del interior del país, tiempo durante el cual se prefería a Bogotá o a Bucaramanga para aprovisionarse.

Cúcuta constituye el centro comercial de una vasta región de la Cordillera Central. Al sur su radio de acción toca a aquel de Bogotá, al suroeste con el de Bucaramanga, en tanto que al oeste se extiende hasta la reducida región de la apartada Ocaña, para coincidir al este con la frontera política hacia Venezuela. Teniendo a Maracaibo por puerto para su comercio exterior, Cúcuta es uno de los pocos centros independientes del río Magdalena. Sus comunicaciones con Maracaibo son bastante buenas, así por el lago de Maracaibo que tanto penetra al continente, como por el río Zulia. Desde Puerto Villamizar o Puerto Buenaventura, situado al extremo superior de la parte navegable del Zulia conduce una vía carreteable a Cúcuta, comunicación en vía de mejorarse por medio de un ferrocarril en construcción y ya en servicio en sus dos terceras partes. Por razón de sus fletes considerablemente superiores, los comerciantes alemanes no

aceptan de buen grado los servicios del ferrocarril, menos aun por cuanto su construcción a la vez llevó a la destrucción del carreteable. El café, como artículo principal de exportación desde Cúcuta, cultivado en su mayor cuantía en las regiones de Salazar y Chinácota, se despacha con preferencia a Nueva York. No habiendo alcanzado a jugar un papel tan importante la exportación de la corteza de quina desde aquí, como la tiene para el comercio de Bogotá, Bucaramanga y Ocaña, su paralización actual tampoco ha podido afectar en tan alto grado la situación económica de Cúcuta, aunque los efectos tanto de la baja en los precios del café como de la inseguridad política, y, por último, de la epidemia de fiebre, naturalmente se hacen sentir con todo su peso.

El comercio de Cúcuta, que apenas empezó a prosperan en el curso del siglo presente a consecuencia de la abolición de los privilegios arbitrarios establecidos para determinadas vías de comunicación, estaba originalmente en manos de casas de Maracaibo, las que solían visitar el interior apenas de vez en cuando o preferían que empleados y agentes suyos hicieran sus veces. Tan solo gradualmente se abrió paso la idea de intensificar las relaciones, estableciendo sucursales propias, por lo menos en los sitios más importantes, tales como Cúcuta y San Cristóbal, localidad esta también de la vecindad, pero situada en Venezuela. Con la misma orientación venían fundándose nuevas casas independientes, las que en Maracaibo apenas ocupaban comisionistas encargados de asegurar el tránsito de las mercancías tanto entre sus viajes terrestre y marítimo como por terreno venezolano, lo mismo que del cumplimiento de otras diligencias inherentes. Las casas comerciales de mayor importancia estaban en manos de paisanos alemanes; por ejemplo Minlos, Breuer & Cía., van Dissel, lo mismo que Thies & Cía. (Farmacia Alemana). La colonia alemana se componía apenas de doce a quince caballeros, solteros en su mayoría, encabezados por el cónsul, señor Riedel. Viviendo en buena armonía, todos me atendieron de la mejor manera.

Cuidémonos de confundir la ciudad de Cúcuta o San José de Cúcuta con las localidades vecinas, también con Cúcuta como nombre o apéndice. La antigua fundación de Cúcuta ubicada a dos kilómetros al este de la ciudad, no ha pasado del nivel de un pueblo común y corriente, en tanto que a los ocho kilómetros al sudeste, y allende la árida loma de una colina, tenemos a Rosario de Cúcuta, situada a poca distancia de la cuenca del río Táchira, población en cuya iglesia se reunió el primer congreso constitucional de la Colombia unificada en 1821. También destruida la localidad por el terremoto de 1875, su reconstrucción llevada a cabo con una pequeña variación de su sitio, denota un carácter apenas provisional. Finalmente, a los tres kilómetros más en la misma dirección sudeste, llegamos a San Antonio de Cúcuta, ciudad provinciana sin mayor relieve, situada en la orilla opuesta del río Táchira, o sea ya sobre terreno venezolano. Pasadas Rosario y San Antonio, el camino conduce a San Cristóbal, población que constituye el punto situado más al este que he tocado en todos mis viajes realizados por tierras suramericanas.

Dignas de mención encuentro en los alrededores de Cúcuta las fuentes termales ferruginosas con temperaturas de 44° a 46°C. que surgen al sureste del pueblo de Cúcuta, al igual que las sulfurosas, de 61° a 56°C., emergentes al este de Ureña, pueblo venezolano ubicado al pie de la loma en que termina el valle del Táchira. Pero más atrayente todavía que la visita a aquellas fuentes resultó una excursión emprendida en compañía de varios compatriotas al Tasajero, loma aislada visible desde lejos al norte de Cúcuta, desde el cual gozamos de una vista bastante amplia a pesar de la atmósfera un tanto nebulosa. Hacia el sur alcanzó a seguir el valle del río Pamplonita hasta bien arriba, en tanto que en dirección occidental admiramos varias cadenas de montañas que sobresalían una sobre la otra en forma de bastidores, la más remota de las cuales eleva hacia el cielo sus bien marcados picos. Cruzando aquellas cadenas y los valles intermedios que corren en sentido sur-norte, pasa el camino hacia Ocaña, el cual en cuanto a su mal estado dizque resiste toda comparación. El horizonte oriental está formado por la cadena de montaña que se eleva entre el río Táchira y San Cristóbal, a tiempo que hacia el norte nuestra vista abarca las extensas regiones planas y cubiertas de selva que circundan el borde sur del lago de Maracaibo, hoy desvanecido en la niebla, mientras que con tiempo despejado el lago se alcanza a divisar. El presente momento no era propicio para hacerme presentir el que a las dos semanas más, fuera a atravesar la misma selva por ferrocarril y a surcar el lago a bordo de un vapor para iniciar mi viaje de regreso a la patria.

En el río Zulia y en el lago de Maracaibo

Transcurrido el tiempo previsto para mi visita a Cúcuta, esperé todavía la llegada del siguiente correo desde Europa, para luego continuar mi viaje. El mayor tiempo gastado en el viaje por los Estados de Boyacá y Santander me obligó ahora a prescindir de mi deseo de proseguir por tierra hasta Caracas para así explorar también el sector venezolano de la Cordillera Oriental y su relación con la cordillera litoral de ese país. A medida que se venía oscureciendo el horizonte político, también se desvaneció mi plan de viajar de Cúcuta a Ocaña y a Puente Nacional, debiendo cruzan una vez más la Cordillera Oriental, para coger un vapor del río Magdalena a Barranquilla y embarcarme allí. Pero con la posibilidad de que estallara la revolución antes de que yo llegara a Ocaña o a Barranquilla, de seguro podría dificultarse mi salida del país, así como la venta de mis bestias. Finalmente, noticias dolorosas encontradas en el correo llegado desde mi tierra, el día después de la excursión al Tasajero, impulsaron mi decisión de emprender el viaje de regreso a bordo del próximo transatlántico señalado para zarpar desde Maracaibo.

Entre los preparativos, por realizar estaba la venta de mis mulas. Rebajados considerablemente sus precios por temor a la revolución, crucé la frontera en busca de mejores condiciones en la población venezolana de San Cristóbal. Ya al cabo de dos días había logrado mi propósito, gracias a la efectiva ayuda del señor Henckel, gerente de la Farmacia Alemana de van Dissel, Thies & Cía. De regreso, en Cúcuta sufrí un ataque de fiebre, afortunadamente benigno, en vía de despedida que digamos.

Al alba del día 14 de agosto salí de Cúcuta, después de haberme despedido de la manera más cordial de mis compatriotas. Viajando en carruaje liviano por la misma vía utilizada el otro día para regresar del Tasajero, alcancé al cabo de tres horas a Aguablanca, un grupo de ranchos miserables y terminal en aquel entonces del ferrocarril. El tren, compuesto de un número de vagonetas de carga y un solo coche abierto de pasajeros construido a la manera de nuestros vagones de excursión colectiva, llevaba aparte de este autor tan solo personas, o bien ocupadas en la construcción del ferrocarril, o bien con destino a diligencias portuarias. ¡Qué impresión tan peculiar la de volver a viajar en ferrocarril! En el trayecto de terreno plano la línea cortaba apenas unas cuantas colinas bajas, condiciones que favorecieron el desarrollo de una velocidad satisfactoria. Del matorral seco pasamos poco a poco a una vegetación más abundante, para luego entrar a una selva exuberante.

Puerto Villamizar, así llamado en honor de un expresidente del Estado de Santander, es el antiguo puerto de San Buenaventura, o San Bueno en lenguaje popular. El vapor, señalado para zarpar hoy mismo, pero frustrado en su viaje de

arribo por el bajo nivel de agua, no había llegado siquiera. Impedido así de abordarlo de una vez con mi equipaje, me vi forzado a pasar unas cuantas horas desagradables en San Bueno, de ellas la primera parte en una tienda, pequeña y sucia, colmada de tipos repugnantes, en tanto que la otra en las bodegas, sin duda de mejor ventilación, observando allí el vaivén de las cajas y fardos, hasta cuando me cogió el sueño. Despertado de golpe, pero lleno de contento, por el silbato estridente de una sirena de vapor, me di cuenta de que el "Venezuela" había arribado. Bajando rápidamente al muelle, saludé al maquinista norteamericano, en su carácter de capitán encargado. Afortunadamente me señaló la misma noche como tiempo para subir a bordo.

Zarpamos a las diez de la mañana y emprendimos un viaje lento. Apenas con 200 bultos de café por toda carga inicial y su aumento a 400 bultos desde la desembocadura del río de la Grita, el calado era solamente de 14 pulgadas. El buque, del mismo tipo de aquellos del Magdalena, pero menor de tamaño, encalló continuamente en los bancos de arena, obligando a la tripulación, compuesta de indios, zambos y negros de tipos idénticos a los bogas del Magdalena, a permanecer casi constantemente metida entre el agua con el objeto de desvarar la embarcación. De no conseguirlo a meros empujones, un cable de suficiente resistencia se ajusta en la orilla, el que, enrollándose en su otro extremo a fuerza de la propia máquina, se encarga de remolcar el buque. En tanto que la quilla crujía y gemía hasta el punto de inspirar miedo, se logró vencer el obstáculo, para, al cabo de poco recorrido, volver a experimentar la misma situación. Peores todavía eran las condiciones para los bongos y champanes, aquellas embarcaciones cubiertas que aquí todavía siguen asumiendo un papel importante en el transporte y que a menudo requieren la apertura de verdaderos canales en la arena para desvararse.

Estamos navegando por una planicie de aluvión de considerable anchura. Ni una sola colina, aun la más insignificante, se eleva en las orillas, como tampoco en todo nuestro alrededor. Las orillas están invadidas en su mayor parte por una selva del todo parecida a la que bordea el río Magdalena. Escasea la población. En tanto que pueblos establecidos faltan del todo, observamos ranchos solitarios con la frecuencia de uno por media milla apenas, circundados por platanales y habitados por indios o zambos civilizados, es decir, de habla española. Tan solo en la parte baja del recorrido pasamos por unas haciendas de cacaotales, cuyos árboles dizque están muy afectados por la "mancha", una enfermedad que suele presentarse de improviso.

Ya bien entrada la noche del cuarto día de viaje, llegamos a Encontrados, lugar que con agua a buen nivel habríamos podido alcanzar tras un recorrido de diez horas. Es una mera bodega situada en el punto donde se encuentra el río Zulia con el caudaloso río Catatumbo, el que no obstante carece de toda navegación, debido a su paso por regiones selváticas completamente despobladas. Con buen caudal de agua suele arribar aquí el mayor de los vapores que surcan el lago de

Maracaibo. Imposible esto en la actualidad, el río no obstante estaba con nivel suficiente para permitirnos continuar la marcha durante toda la noche. Cuando desperté en espera del amanecer, ya estábamos cerca de la desembocadura. Pronto el río empezó a abrirse en varios brazos en medio de los cuales había contadas lagunas aisladas. Acabando luego de entrar a una bahía del lago Maracaibo, encontramos anclado allí, lejos de toda población humana, el "Progreso", vapor que habría de llevarnos a Maracaibo. También construido al estilo de los buques fluviales norteamericanos, es mucho mayor en tamaño y de instalación más elegante que los vapores del Magdalena; del "Venezuela" ni hablar. Por la tarde arriba otra nave, de tamaño todavía inferior a aquella, la que suele navegar por el río Escalante. Pasamos la mayor parte del día observando el descargue tanto de esta como del "Venezuela" de sus bultos de café y pieles y luego el embarque de mercancías europeas y norteamericanas en las mismas, sufriendo mientras tanto del sofocante calor reinante. Terminada la obra, me despido del capitán y del maquinista del "Venezuela", que al igual que el "Escalante" comienza su viaje de retorno, en tanto que nosotros nos demoramos todavía por algunas horas.

Al paso que durante el día la atmósfera estaba cargada de un vaho nebuloso, que apenas permitía divisar las cordilleras de Mérida y de Ocaña, ahora se descargó un intenso relampagueo, que tiene fama de aparecer todas las noches sobre la desembocadura del río Catatumbo, que les sirve a los navegantes como medio de orientación hasta mucho más allá todavía de la Barra de Maracaibo, fenómeno que ha llegado a denominarse como el "faro de Maracaibo". Habiendo zarpado a las once de la noche también nosotros, arribamos al amanecer a la Bodega de la Ceiba situada en el extremo sudeste del lago y punto de salida para el camino que conduce a Trujillo, La Valera y otros pueblos. Aprovechado el día para embarcar café, la noche se empleó otra vez en navegar, frustrándose así nuestro deseo de observar más de cerca tanto el lago como sus orillas.

A la mañana siguiente ya estábamos a corta distancia de Maracaibo, ciudad que pronto empezó a presentarse a nuestra vista. Está bastante bien situada al lado norte de una pequeña bahía que se abre hacia el oeste desde el lago, aquí ya bastante más estrecho. Una hilera de imponentes casas de dos pisos, con techo de tejas de barro, o de plataforma, nos ofrece un aspecto impresionante de la ciudad, tal como hace tiempos no habíamos tenido oportunidad de experimentar. En la bahía se halla anclado cierto número de barcos de vela, en parte de cabotaje, pero también de tamaño mayor, que fácilmente se identifican como del servicio de ultramar. Finalmente allí está el vapor destinado a la comunicación con Curaçao.

Maracaibo, segunda en importancia de las ciudades venezolanas, tiene sus 30.000 habitantes. Como portón de entrada natural y a la vez centro de las regiones occidentales del país y también del nordeste de Colombia, siempre ha venido jugando un papel significativo en la historia venezolana. Como factores

restrictivos de su importancia, por otro lado, no pueden dejar de mencionarse los siguientes: el difícil acceso a su puerto, de por sí extraordinario, el clima sofocante, a lo que puede atribuirse la infortunada mayoría de negros entre su población, y finalmente los Eternos estorbos políticos, tan de regla en Venezuela como en Colombia. En el comercio de Maracaibo el papel de mayor importancia lo están desempeñando los alemanes, en tanto que su presencia numérica ha venido reduciéndose durante los últimos años, en consonancia con el receso prevaleciente en los negocios, así que actualmente la colonia alemana no cuenta sino con treinta personas. Su convivencia no deja nada que desear, al paso que tratan de enderezar su vida hacia las mayores comodidades alcanzables dentro de las circunstancias. Con todo, para mí no hay motivo de envidiarles la vida en la ciudad de clima tan caliente y tan insalubre, en que tanta gente cae víctima de la fiebre amarilla. El comercio con Colombia prácticamente queda dentro del marco de las transacciones a comisión.

Los alrededores de la ciudad, caracterizados por una planicie de 20 a 30 metros de elevación, entrecortada por barrancos y compuesta de arcilla rojiza y hematites parda, ofrecen un aspecto desconsolador, que los cactos y otras plantas espinosas como únicos representantes de la vegetación no logran aminorar. Tan solo cerca de Los Haticos, un grupo de pequeñas casas de campo ubicado al lado sur del puerto, encontramos un tanto de verdor refrescando la zona. Allí pasé una tarde como huésped de nuestro cónsul, el señor Bornhorst, en tanto que para excursiones de mayor escala me quedaron faltando tanto el tiempo como la serenidad, hasta el punto de no alcanzar a visitar la aldea lacustre india situada a unas horas de distancia en dirección norte.

En las horas de la noche del 23 de agosto abordé el vapor “Maracaibo” al cabo de una despedida muy cordial de los paisanos, que también aquí me habían acogido muy amablemente. Habiendo zarpado entre las 3 y las 4 de la mañana, a la hora del amanecer ya estuvimos a la altura de Toas, isla montañosa con varias islitas planas pobladas de árboles de mangle antepuestas. Pasada otra isla pequeña destinada a hospital para tuberculosos, nos acercamos a la isla plana de San Carlos, cuyo fortín, y a la vez colonia penal, domina la entrada al lago de Maracaibo, la llamada barra. Al estilo del “Frisches Haff” y “Kurisches Haff”, el lago de Maracaibo, con sus 400 millas cuadradas de superficie, está comunicado con el mar abierto por un canal de una anchura de poco más de un kilómetro y de tan poca profundidad que barcos de mayor tonelaje no lo pueden pasar, al paso que menores logran atravesarlo con las debidas precauciones. Con todo, dicho canal provee cierta circulación del agua, así que la parte norte del lago se distingue por cierta concentración salina. Pasada la peligrosa barra, inequívocamente marcada por la fuerte rompiente, hemos entrado a la bahía de Maracaibo, ampliamente abierta hacia el nordeste. Al comenzar el vapor a balancear, mi viejo amigo el mareo vuelve a afligirme.

Con un día de viaje llegamos a Curaçao, donde el “Valencia”, vapor de mayor tonelaje de la Red-D-Line, ya estaba esperándonos. En maravillosa travesía de siete días me llevó a Nueva York, de donde a los quince días el “Ems”, el más nuevo de los hermosos vapores rápidos de aquel entonces que tenía el Lloyd Nortealemán (Norddeutscher Lloyd), me devolvió a la tierra patria, cuyo suelo volví a pisar el día 28 de septiembre.

La Conquista Española, la Época Colonial y la Guerra de la Independencia

La historia de Colombia apenas comienza a principios del siglo XVI con su conquista por parte de los españoles. En cuanto al tiempo precedente falta toda referencia escrita, para llenar el cual vacío la muy escasa tradición oral dista mucho de alcanzar, en tanto que el estudio de las antigüedades existentes apenas supliría conclusiones aisladas. Así que nos encontramos en medio de las tinieblas de la época prehistórica. Pero aun conociendo la historia de la época más remota, es poco lo que nos podría enseñar para mejor comprender la actualidad, ya que la conquista española echó a perder el hilo del desarrollo. Tanto así es que para la historia moderna de Nueva Granada y Colombia su punto de partida hay que buscarlo de preferencia en la historia española en lugar de suponerlo en aquella precedente en antigüedad de los países mismos. Pues la fuerza motriz transformadora la componían el instinto de la vida y la civilización, españoles, en tanto que la autóctona población india quedaba reducida a la pasividad absoluta.

Para apreciar el estado cultural alcanzado por los indios al comienzo de la conquista española, parece que a menudo pecamos al parangonarlo con el de las tribus que hasta hoy han sabido sobrevivir, llevando una vida libre en extensas regiones selváticas. Pero cierto es, en cambio, que los indios antiguos, lejos de basar su sustento en la caza y la pesca exclusivamente y de llevar una vida nómada, en su mayoría habían logrado establecer su vida sedentaria, alimentándose de los frutos de la tierra labrada, tales como la papa, la batata, la yuca, la arracacha, el maíz, y el mijo quinoa, a tiempo que también conocían el cultivo del tabaco y del cacao. Imposible era todavía la ganadería, ramo tan importante en el desarrollo del viejo mundo, ya que todas las especies de nuestros animales domésticos faltaban en la Suramérica tropical, a la vez que el mundo de los mamíferos criollos no ofrecía reemplazo posible. Por otra parte, la explotación de la sal ya era conocida, aprovechándose al efecto tanto las aguas salinas como los yacimientos del mineral. También había maneras en uso para extraer el oro de los sedimentos fluviales, lo mismo que de los estratos de rocalla más antigua, y posiblemente también ya de los filones de cuarzo. Entre las obras manuales se destacan, fuera de la orfebrería, una alfarería bastante desarrollada y la hechura de vestidos de algodón. La existencia de un activo comercio de trueque entre las diferentes tribus se evidencia con el hecho de encontrarse tanto la piedra de sal como los productos de la orfebrería distribuídos en todo el país. Más todavía, comienzos de la organización de estados había en las altiplanicies, donde el desarrollo cultural era más notorio. Visto en su conjunto, creo no exagerar al apreciar el nivel cultural realizado por los indios colombianos hasta el comienzo de la conquista, igual al ostentado por los germanos en la época de César y Tácito.

Fue en 1501 cuando Rodrigo Bastidas y Juan de la Cosa descubrieron la costa Atlántica de Colombia, en tanto que Balboa en 1513 cruzó el estrecho del Darién, alcanzando la costa del Océano Pacífico. En 1522 Andagoya siguió a lo largo de esta hasta la desembocadura del río San Juan, mientras que poco después Pizarro y Almagro en su viaje al Perú exploraron la costa Pacífica a todo su largo. Entre las bases establecidas en los litorales Atlántico y Pacifico, las de Panamá, Cartagena y Santa Marta todavía existen hoy en día. Tanto desde Santa Marta como desde Coro, el establecimiento de los Welser, se exploró fuera de la Cordillera Oriental el curso del río Magdalena, mientras que desde Cartagena se atravesó Antioquia y desde Perú se colonizó el sur del país. En 1538 se encontraron Quesada, Belalcázar y Federmann en la altiplanicie de Bogotá. Quesada había navegado Magdalena arriba, para escalar la montaña en la región de Opón y sujetar rápidamente a los chibchas. Federmann, en cambio, había cruzado la cordillera desde Coro, para luego seguir al pie de ella y subir al frío páramo del Sumapaz y de allí descender a la sabana de Bogotá. Belalcázar, oficial de Pizarro, por su parte, después de someter el valle del Cauca desde Quito y atraído por la fama del imperio de los chibchas, había bajado por el río Magdalena hasta la desembocadura del río Sabandijo, para desde allí ascender a la altiplanicie. Completada al mismo tiempo la travesía de Antioquia por parte de Vadillo, hasta tropezar este con las fuerzas de Belalcázar en el valle del Cauca, el país había de considerarse descubierto y conquistado, sin perjuicio de los numerosos vacíos que quedaban todavía por llenar y la cantidad de tribus aún resistentes. La audacia desplegada por esos conquistadores españoles, de número tan reducido, tanto en su travesía de la espesa selva como en abrirse paso por tanta tribu enemiga fuerte, pocos antecedentes tiene en la historia, ni mucho menos casos de haberse superado. Pero nuestra admiración se va trocando en una aversión irrebatible a medida que nos enteremos de que la sed de oro era el único móvil de sus aventuras, acompañadas de crueldades sin antecedentes y de alevosías sin número.

Dedicados principalmente al avasallamiento de la población indígena, los primeros decenios solían llamarse de los conquistadores. Los virreyes y visitadores en ejercicio del poder acostumbraban cambiarse a los pocos años, o sea cada vez que la lejana corte se enteraba de sus abusos y crueldades, motivos para destituirlos. Una administración ordenada apenas se estableció en 1564, cuando Nueva Granada se elevó a presidencia, al paso que desde 1719 se tomó en virreinato con carácter provisional, condición que se perpetuó desde 1740. Abarcó fuera de la propia Nueva Granada también la provincia de Quito, lo mismo que la actual Venezuela. Esta última, por cierto, volvió a desligarse bajo el nombre de capitanía general de Caracas. La capital del virreinato era Santafé, la Bogotá de hoy, situada bien país adentro, la cual el virrey solía trocar por Cartagena como su residencia apenas en tiempos de guerra, para mejor defender la costa contra la amenaza de los piratas, tanto ingleses como franceses y holandeses. El centro del poder eclesiástico lo formaba el arzobispado de Santafé.

Salvo escasas excepciones, los altos puestos públicos, tanto civiles como eclesiásticos, no se llenaban con criollos, sino con españoles de la madre patria, los llamados chapetones. Limitada su permanencia en la colonia generalmente a unos pocos años, les era vedado tanto el contraer matrimonio como el adquirir propiedad raíz. Tales medidas se basaban en la idea fundamental de excluir la formación de relaciones más estrechas entre los altos funcionarios y la colonia, las cuales, a tan larga distancia, se consideraban como un peligro para incitar a la independencia. Para facilitar la supresión de la población, se trató por todos los medios de mantenerla aislada tanto del exterior como de mayores intercomunicaciones internas. Al efecto se prohibió el comercio exterior, reduciéndose a la vez el intercambio con la madre patria a una sola caravana marítima al año, así como tampoco nada se hizo para mejorar las vías de comunicación dentro del país. Así como la sed de oro había traído a los conquistadores, el afán de extraerlo continuó siendo la preocupación principal de la administración colonial española. No solo nada se hizo para fomentar la agricultura y la industria, sino además se tomaron medidas para retardar su desarrollo, por una parte para proteger a los indios contra la mita, y por la otra, para salvar tanto a la madre patria como a otras colonias de la competencia indeseable. Numerosos monopolios y gravámenes aduaneros limitaban el progreso de los colonos, en tanto que una rígida censura supervisada por la inquisición mantenía en jaque todo progreso intelectual.

Durante la época de la transmigración de pueblos las tribus conquistadoras solían contentarse con la posesión de una a dos terceras partes del país invadido, al paso que los españoles en América se incautaron todo el país como propiedad de la corona, con falta completa de respeto a los derechos de los indígenas. Apartado por la corona lo que estimaba conveniente para su propia posesión, cedía el resto, bajo el nombre de “encomiendas”, a los conquistadores por la duración de una o varias generaciones, o, más tarde, a los favoritos de la corte. A los indios, en cambio, al principio se les obligaba a trabajar sumidos en la esclavitud tanto en las minas como en los cultivos. Pero incapaces como eran de resistir semejantes esfuerzos y soportar los maltratos infligidos por los españoles, murieron en número considerable, en tanto que otros en grandes cantidades se suicidaron. Así las cosas, toda la raza estuvo a punto de desaparecer, si no hubiera sido por la noble intervención de los dominicanos, encabezados por el obispo Las Casas, ante la corte madrileña, a efecto de que promulgara ordenanzas contra el avasallamiento de los indios. Cierto es que, debido a lo distante de la madre patria, aquellas ordenanzas no siempre fueron cumplidas al pie de la letra, pero, no obstante, lograron mejorar esencialmente la suerte de los indios, y hasta salvarlos de su extinción. Restringidos como quedaron al terruño, y obligados a entregar a los encomenderos parte del fruto de sus labores, ya no podían en cambio tratarse como esclavos ni venderse, a la vez que los trabajos obligatorios se limitaron a los fines relacionados con el sustento, quedando prohibido extenderlos a la satisfacción de exigencias suntuosas. Con frecuencia a los indios se les concentró en sitios especiales, los llamados resguardos, en los cuales a los

blancos les quedó vedado adquirir propiedad raíz e instalarse. Esclavos negros se importaron para eximir a los indios de los trabajos en las minas y de los cultivos de la tierra caliente. En general su trato fue más considerado que el propiciado a sus congéneres importados a Norteamérica, si bien es cierto que sus amos de aquí se preocuparon menos por su alimentación y estado de salud. Pero a menudo los dejaron libres, o, al menos, se acomodó el precio de su rescate. Contadas fueron las veces que extranjeros obtuvieron permiso para visitar las colonias españolas, aun con permanencia limitada. La inmigración, insignificante de por sí, se reducía a provenientes de la madre patria. Estimada para Venezuela en cien almas al año, la de Nueva Granada no la habrá sobrepasado en mucho. Gradualmente vino estableciéndose una marcada diferencia entre los “chapetones” y los criollos nacidos en la colonia, que a menudo se mezclaron con indios y hasta con negros.

Excepción hecha de los primeros años, Nueva Granada no ha experimentado ninguna sublevación india. Pero casi al mismo tiempo que en 1781 en el Perú se levantó Tupac Amarú, el establecimiento de nuevos impuestos en el territorio hoy conformado por Santander y Boyacá motivó la rebelión de los “comuneros”, que en marcha llegaron hasta los umbrales de Bogotá. El virrey, falto de otra solución distinta, aceptó sus demandas, celebrando el contrato del caso, para luego romperlo en la forma más indecorosa y castigar cruelmente a los iniciadores del movimiento.

Establecida así la primera señal de la voluntad criolla de independizarse, habrían de transcurrir treinta años hasta cuando se presentara la segunda. Innegable es el espíritu progresista introducido entre tanto en la administración gracias a la obra de unos virreyes inteligentes. Así que se habían mejorado vías de comunicación, se habían construido puentes, se habían introducido mejoras en la esfera educacional. Mutis, botánico español, se había rodeado de un núcleo de jóvenes deseosos de iniciarse en las ciencias naturales, con Caldas a la cabeza, a la vez que en Bogotá empezó a circular un periódico. Pero con todo, la política general de la tutela incondicional y del aislamiento continuaban sin variar. No obstante, o quizá así fomentada, la divulgación clandestina de las ideas de un Voltaire, de un Montesquieu y de un Rousseau prosperó al igual que más tarde la de la revolución francesa, con entusiasta beneplácito. Cundió el ejemplo de Norteamérica, incitando a su imitación.

Pero la verdadera chispa de la sublevación la produjo la ocupación de la madre patria por Napoleón. Malograda la tentativa emprendida en 1806 por Miranda desde la isla de Trinidad, acabada de pasar esta a manos de los ingleses, de derrocar el dominio español, la agitación popular continuó en aumento, toda vez que tampoco las cortes de Cádiz habían accedido a prestar atención a las demandas de las colonias de su equiparación con la madre patria. En 1810 se reunieron ciudadanos sobresalientes tanto en Caracas como en Cartagena y Santafé de Bogotá (20 de julio), tomando las riendas del gobierno. Aunque emprendido el movimiento en nombre del Rey Fernando y en defensa de sus

derechos, el paso en realidad ha de tomarse por el comienzo de la independencia, la cual tal vez ya en aquel entonces era en secreto el objetivo que iluminaba la mente de sus iniciadores. Rechazadas estas Juntas por el gobierno de Cádiz, claro está que su mera existencia significaba la apertura de las hostilidades. Ya en 1811 un congreso elevó a república las provincias de Nueva Granada, con el entendimiento de reconocer a Fernando tan solo a condición de que gobernara desde Bogotá, concesión que, por cierto, también quedó abolida en 1813.

En tanto que los españoles por lo pronto se abstuvieron de tomar medidas enérgicas contra el movimiento revoltoso, las fuerzas de los republicanos empezaron a entorpecerse a consecuencia tanto de la envidia surgida entre las provincias como de la disputa que estalló entre el gobierno de Cundinamarca, con Nariño a la cabeza, y el Congreso por su parte, por la cuestión de si la nueva organización política habría de establecerse sobre una base federal o central. Mientras tanto, el general español Monteverde, favorecido en su empeño por el horrible terremoto del 26 de marzo de 1812, había logrado volver a subyugar a Venezuela, capturando a la vez a Miranda, cabeza e iniciador de la revolución. Ahora Simón Bolívar, escapado como único de los conductores revolucionarios, volvió a acometer la tarea de libertar a su patria, entrando al efecto a Caracas el 6 de agosto de 1813, saludado con júbilo como “el Libertador”. Al mismo tiempo, Nariño había obligado a retroceder al general español Sámano en el valle del Cauca, frustrando así el avance de este, realizado desde Quito. Empero, ya el año de 1814 trajo otro cambio de suerte, por cuanto las fuerzas de Nariño fueron aniquiladas por los habitantes del valle del río Patía, a la vez que él mismo cayó prisionero de los españoles. En Venezuela, por otro lado, las fuerzas republicanas también sufrieron una derrota decisiva, con recuperación por parte de los españoles de todo el país, excepto los llanos. Pero, sin perjuicio de esta situación crítica, las rivalidades en Nueva Granada perduraron, hasta el punto que, a consecuencia de ellas, Cartagena le negó toda colaboración a Bolívar, obligándolo a embarcarse a Jamaica. Al mismo tiempo España, libertada del yugo napoleónico y con Fernando reincorporado, se había preparado para un mayor despliegue de fuerza. Al efecto, Morillo desembarcó a mediados de julio de 1815 en Santa Marta, a la cabeza de un fuerte contingente de tropas. La rendición de Cartagena, ciudad que tras larga y valerosa defensa cayó en su poder el día 5 de diciembre, fue apenas el paso previo para la reconquista de todo el país. Escritores colombianos hay que pretenden que, con una prudente moderación por su parte, los españoles, aprovechando la fatiga provocada por la guerra, hubieran podido lograr el pronto restablecimiento del orden y de la obediencia en el país. En cambio, el régimen de terror establecido con alevosa violación de todas las promesas no pudo menos de amargar los ánimos, para enardecer en ellos el deseo impetuoso de volver a liberarse del yugo español.

El día de San Silvestre de 1816 el incansable Simón Bolívar volvió a desembarcar en el litoral de la Venezuela oriental. Entorpecidas todavía las fuerzas republicanas por las rivalidades entre sus conductores, los años de 1817 y 1818

no permitieron mayores despliegues, limitándose las actividades a unas escaramuzas de menor escala en los llanos. Pero en abril de 1819 Páez logró una brillante victoria sobre Morillo, en tanto que Bolívar empezó el cruce de la cordillera que habría de liberar a la Nueva Granada. Fue el 7 de agosto cuando se libró la batalla decisiva de Boyacá. Cuando Bolívar entró a Bogotá el día 10, el Virrey Sámano ya se había puesto a salvo, al paso que la liberación de la mayor parte del país no se hizo esperar. Impresionado por tal batalla, el congreso de Angostura, hoy Ciudad Bolívar, declaró la unificación de Nueva Granada y Venezuela en la sola República de Colombia.

Para fortuna de los republicanos la revolución de Riego y Quiroga impidió el embarque de las fuerzas armadas preparadas entre tanto con destino a América, así que el año de 1820 pasó en combates de menor alcance. Fracasadas las negociaciones de paz entabladas hacia fines del año, la guerra volvió a iniciarse en abril de 1821. Al paso que el 24 de junio Bolívar y Páez ganaron la segunda victoria decisiva cerca de Carabobo, a Sucre le corresponde el mérito de haber desalojado a los españoles del Ecuador, país que se unió a la República de Colombia. Pero otra vez el peligro se tornó inminente, de manera especial en el norte, donde el general español Morales acababa de apoderarse de la importante ciudad de Maracaibo. Pero el 24 de julio de 1828 el valeroso almirante Padilla logró vencer a la flota española en el lago de Maracaibo, obligando a la vez a Morales a rendirse. Con la ocupación de Puerto Cabello ocurrida el 8 de noviembre, la bandera española se había arriado en todo el territorio colombiano. Mas el tomar por asegurada la independencia, no obstante, era prematuro, en tanto que el Perú siguiera ocupado por un fuerte ejército español. En consecuencia, Bolívar y Sucre a la cabeza de tropas colombianas se apresuraron a asistir al Perú, liberándolo por medio de las victorias de Junín y Ayacucho, servicio que el Perú agradeció unos años más tarde dirigiendo las armas contra sus libertadores.

Apenas conjurado el peligro exterior, las rivalidades internas volvieron a manifestarse en todo su rigor. Pero me parece fuera de lugar el pretender considerar aquí en detalle los sucesos, menos todavía cuando no parece concluida todavía la apreciación histórica ni de ellos ni de las intenciones y el carácter de Bolívar. Cierto es que Bolívar en el curso de la. guerra contra España había logrado unificar en una sola república los tres países de Nueva Granada, Venezuela y Ecuador. Liberado ahora también el Perú, su idea fue la creación de una gran confederación andina que fuera de los tres países abarcara tanto al Perú como a la América Central y a Méjico. Pero en tanto que el congreso de Panamá, convocado por él para tal fin, no dio resultados dignos que digamos, dentro de Colombia las tendencias particularistas ganaron terreno en sorprendente escala. Bolívar, íntimamente convencido de que su patria precisaba tanto del orden como de un gobierno fuerte infinitamente más que de toda libertad radical, se empeñó por una presidencia. vitalicia con facultades bien amplias, a la vez que rechazó la corona real, que le fue ofrecida por sus seguidores, aunque según sus adversarios

en realidad el obtenerla hubiera sido su anhelo más íntimo. Los liberales, encabezados por el vicepresidente general Santander, opusieron la más vehemente resistencia a los planes de Bolívar, pretendiendo no haber convenido en el derrame de tanta sangre por sacudir el yugo español, a trueque de una dictadura. Fracasado un atentado contra su vida, el malogro de sus intenciones unido a la ingratitud de los pueblos por él liberados, culminada con la exigencia de su destierro, enfermaron a Bolívar hasta el extremo de causar su muerte, ocurrida en San Pedro cerca de Santa Marta el 17 de diciembre de 1830, cuando estaba de viaje a Europa.

Pocos meses antes, tanto Venezuela como Ecuador habían declarado su independencia, mientras que las demás provincias, tras derrocar al partido militar en tenaces luchas, en 1832 cedieron su constitución bajo la denominación de República de Nueva Granada, determinándose las fronteras en concordancia con el estado de 1810. Al Ecuador se le obligó a renunciar a la provincia de Pasto y al valle del alto Cauca, territorios de los cuales se había apoderado.

La República de Nueva Granada

La guerra de la independencia modificó totalmente las relaciones de Nueva Granada con el mundo exterior. En un todo dependiente de España hasta entonces, las relaciones con los demás países europeos se habían limitado al comercio contrabandista. En cambio, ahora todo contacto con la madre patria quedó roto durante varios decenios, hasta cuando España finalmente se dignó reconocer la independencia de sus colonias americanas. Entre tanto se habían establecido y desarrollado relaciones amigables con las demás naciones europeas, entre ellas especialmente con Inglaterra y Francia, y, en este continente, con los Estados Unidos de Norteamérica, países que ya durante la guerra habían brindado su apoyo moral a los republicanos. Casas bancarias londinenses habían adelantado fondos, si bien a un interés elevado, a tiempo que voluntarios ingleses e irlandeses habían participado en la lucha. Sellada la paz, aparecieron ingleses y franceses, más tarde también norteamericanos, alemanes e italianos, para intensificar las relaciones o para establecer un intercambio comercial, y también para establecerse en el país. A la vez, gente acomodada de Nueva Granada emprendió viaje a Europa, de ordinario a Francia, tenida por una especie de país hermano, ya por motivos comerciales, en pos de elevar su nivel cultural o de mera diversión.

Desde luego, la inmigración europea no podía llegar a guardar proporción en este país tropical con las iniciadas hacia los Estados Unidos, o al sur del Brasil, a la Argentina o a Chile. Aquí la población recibió un refuerzo apenas por aislados extranjeros como comerciantes, mineros, artesanos, etc., en tanto que el agricultor europeo no encontraba cómo adaptarse. Forzada la población a buscar su desarrollo dentro de sí misma, excepto el escaso apoyo recibido por la sangre extranjera, el único derrotero hacia su progreso lo encontró trazado por la fuerza de las circunstancias. Ingresados 5.000 esclavos al ejército en 1820 en compensación de concedérseles su libertad, por ley del año de 1829 quedaron libres los descendientes de los esclavos, en tanto que desde el 1° de enero de 1852 la esclavitud se abolió del todo. También los indios quedaron completamente libres y equiparados a los blancos, conservándose no obstante los resguardos hasta los años sesenta como medida protectora contra su explotación. Comenzada ya en la época colonial, la mezcla de las tres razas progresó considerablemente, al paso que la consciencia de los diferentes orígenes raciales fue desvaneciéndose en las masas del pueblo. Lengua, religión y destino comunes ejercieron su influencia para crear el sentimiento de la unión nacional.

Mantenido por siglos en casi completa minoría política al igual que privado de todo contacto vivificante con la evolución histórica mundial, el pueblo de golpe se vio obligado a responder por sí mismo, quedando encarado a la vez a la necesidad primordial de salir del estancamiento, tanto económico como intelectual, heredado del gobierno español.

Problemas que eran difíciles de solucionar, aun por parte de una nación mejor preparada, requerían no obstante su máxima atención previa para poder atinar con el camino recto hacia el bienestar y una vida nueva.

Había, empero, un factor esencialmente favorable a la realización, o sea la ausencia de todo motivo para temer complicaciones bélicas externas. Conflictos con estados europeos no podrían originarse sino a consecuencia de la violación de los derechos de sus súbditos, ya sean personales o materiales, por parte del gobierno colombiano, conflictos que realmente han venido produciéndose, pero sin pasar del margen de arreglo mediante demanda de indemnizaciones o por vía de represalias de parte de los estados perjudicados. Por su naturaleza siempre carecían de magnitud como para desencadenar una guerra, lo cual, además, no habría podido llevarse a cabo sin infligir perjuicios a parte y parte. Problemas fronterizos ha habido con todos los países vecinos, y los sigue habiendo, originados en la delimitación, insuficiente y con frecuencia modificada, de las provincias españolas. Pero lejos de referirse a objetos valiosos en litigio, tales como la región salitrera que desencadenó la guerra entre Chile, Perú y Bolivia, aquí se trata de zonas en general completamente despobladas y carentes de interés específico. Solamente las fronteras entre Venezuela y Ecuador atraviesan regiones pobladas. Pero en tanto que las relaciones con Venezuela, a pesar de su frecuente tirantez no han culminado en guerra, el Ecuador por su parte ha intervenido en varias ocasiones en las guerras civiles colombianas a efecto de materializar sus pretendidos derechos sobre el punto más meridional de Colombia, pero sin perspectivas de conseguirlo por sí solo.

Lejos de ser una historia de paz, la de Nueva Granada, o Colombia, como hoy se llama, es una historia de su política interna, que no puede callar los frecuentes disturbios civiles en su papel interruptor del desarrollo pacífico del bienestar y de las sanas costumbres. Descubriendo que la pretendida lucha por los principios en general no es, en realidad, más que un pretexto para la persecución de objetivos egoístas, al europeo poco le interesará la descripción completa de tales batallas. Así las cosas, nos limitaremos a ofrecer apenas una recapitulación de la historia, en tanto que nos proponemos ocuparnos luego con un poco más de detenimiento en el presente.

En su conjunto el gobierno del general Santander, como primer presidente constitucionalmente elegido de la República de Nueva Granada, transcurrió en forma pacífica y con prelación en su obra de las reformas realizadas, cuadro desfigurado sin embargo por la cruel persecución a los adversarios políticos. Durante la presidencia de Márquez, una ley eliminatoria de los pequeños conventos provocó en 1840 la sublevación de los fanáticos habitantes de Pasto, quienes ya durante la guerra de la independencia siempre se habían distinguido por su actitud favorable hacia los españoles. El general Obando, por su parte, encabezó la revolución apoyada por el Ecuador, que logró extenderse por todo el país, hasta cuando el general Herrán alcanzó a sofocarla. El gobierno de este

(1843), por su parte, trajo la reforma constitucional en el sentido centralista conservador, provocando a la vez el regreso de los jesuítas, a quienes el gobierno español había expulsado. De una de las épocas más felices de la historia colombiana puede calificarse la del gobierno siguiente, o sea el de Tomás Cipriano Mosquera (1845-1849). Escasa más bien en sucesos políticos, produjo determinados progresos en el campo de la cultura, tanto material como intelectual, tales como un servicio regular de vapores en el río Magdalena, la creación de nuevas vías de comunicación, la reforma del sistema monetario y la introducción de las medidas y pesas francesas. Vuelto al poder el partido liberal con el general López, la vida política de los años siguientes se tomó un tanto más agitada. Nuevas reformas a la constitución, esta vez promovidas por los liberales, les aseguraron mayor independencia a las provincias frente al gobierno central, en tanto que los impuestos se descentralizaron y la pena de muerte se abolió, quedando libres a la vez el comercio del tabaco y la explotación del oro. Tanto estas reformas como la reexpulsión de los jesuitas y la abolición del diezmo y otras medidas relativas a la política eclesiástica, provocaron el estallido de una revolución, esta vez a iniciativa de los conservadores y una vez más con Pasto como foco, revolución que, sin embargo, logró reprimirse al cabo de unos tres meses. Asegurada su victoria, el partido liberal empezó a dividirse, por cuanto los radicales o gólgotas se separaron del núcleo liberal, cuyo gobierno se había tornado militar en alto grado. Muy lejos desde luego de compartir sus principios, a los separatistas se les unieron los conservadores por ningún otro motivo distinto de su odio a los liberales antiguos. Así unidos, los partidos impusieron en 1853 una constitución nueva, que aumentó el número de provincias de 13 a 33, concediéndoles a la vez más independencia, suspendió todo prerrequisito para ejercer un cargo público, otorgó libertad absoluta de prensa y dispuso la separación total de los poderes civil y eclesiástico. Adversario como era de tal constitución, el nuevo presidente, Obando, no obstante no tuvo más remedio que sancionarla. Enfrentados los partidos con máxima exasperación, la tensión había llegado a un punto tal que el general Melo, convencido de poder arriesgarse impunemente, provocó una sublevación militar para constituirse en dictador (1854). Pero corta habría de ser la duración de su aparente grandeza, por cuanto al medio año de lucha con suerte variada, los generales Herrera, Herrán y Mosquera lograron sofocar la rebelión. A Obando, acusado de haber participado en la conspiración, le sucedió Mallarino como presidente (1855), bajo cuya administración se inició la disolución de la República de Nueva Granada.

Desligados Panamá en 1855 y Santander en 1857 para convertirse en estados autónomos, Nueva Granada, con el ultraconservador Ospina acabado de asumir la presidencia en 1858, procedió a convertirse en la Confederación Granadina, compuesta por los ocho estados independientes de Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá y Santander.

Pero ya la elaboración de la constitución confederal enardeció nuevamente los ánimos, especialmente en cuanto se refirió a las disposiciones sobre elecciones, lo

mismo que al hecho previsto que somete los gobiernos estatales a la responsabilidad ante la corte federal. La guerra civil así estallada resultó ser la más larga y sangrienta jamás vista por el país. Abandonando la confederación los estados de Cauca, Santander, Bolívar y Magdalena, encabezados por Obando, Herrera y Mosquera —convertido este desde su presidencia anterior de conservador a liberal radical— se rebelaron contra el gobierno federal legalmente constituido, para organizarse bajo la denominación de Estados Unidos de Nueva Granada. Habiendo entrado a Bogotá el 18 de julio de 1861, su presidente provisional y dictador Mosquera transformó la capital en distrito federal. Ahora, la mayoría de los estados se plegó a los revoltosos victoriosos, en tanto que la guerra continuó hasta el año siguiente, para terminar después del asesinato alevoso cometido en la persona de Julio Arboleda. En febrero de 1863 se celebró en Rionegro, Antioquia, una convención de delegados de los diferentes estados, aumentados estos a nueve, por haberse separado el Tolima de Cundinamarca, para elaborar una nueva constitución. Promulgada esta el 8 de mayo de 1863, se disolvió la Confederación Granadina, para crear en su lugar los Estados Unidos de Colombia, una federación de nueve estados soberanos.

Terminó así, por lo menos por ahora, en favor del concepto federal, la lucha entre los dos principios de gobierno, que ya había venido desuniendo a los republicanos desde el tiempo de la guerra de la independencia, o sea desde cuando estaban todavía los españoles, para resurgir luego desde el año de 1855 aproximadamente. Insensato sería tratar de achacar el mérito o la culpa, lo que sea, a uno solo de los partidos, bien sea a los liberales o a los conservadores, ya que, a fin de cuentas, ambos habían obrado en pos del mismo propósito final. Pero parece que el federalismo se había convertido en una exigencia nacional, en tanto que todavía en los años de 1882 a 1884 raras veces se escuchó una defensa del sistema central. Como ejemplo del alcance, un ministro federal podía aseverar en público sentirse más tolimense que colombiano, sin que a nadie se le ocurriera tomarlo como ofensa.

Además, el principio democrático establecido en contra del voto de Bolívar al puro comienzo de la independencia para suceder a la tutela española, “por deducción lógica” al decir de los políticos colombianos, había experimentado una aplicación un tanto reñida con su verdadera esencia.

Así las cosas, Colombia, en su desarrollo apenas salida de pañales, adoptó un régimen político demasiado exigente a veces aun para naciones europeas, por más cultas que fueran.

Los Estados Unidos de Colombia

Los Estados Unidos de Colombia creados por la constitución de Rionegro estaban conformados por nueve estados soberanos, a saber: Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá, Santander y Tolima, y de varios territorios nacionales, entre ellos Caquetá, San Martín, Nevada y Motilones, regiones sin cultivar y habitadas por tribus de indios salvajes, por derecho público pertenecientes a varios de los estados federados, pero cedidos por estos a la nación, en razón a su administración más efectiva.

La constitución se limitaba a regular las relaciones entre los estados, a organizar el gobierno común y a determinar ciertos principios generales previstos como disposiciones comunes para incluir en las constituciones individuales de cada uno de ellos. Tanto su elaboración en detalle como la reglamentación eran de incumbencia de cada uno de los estados. Las relaciones exteriores quedaban, por lo menos en teoría, a cargo de la nación, por ejemplo la celebración de contratos y la declaración de guerra, y, en consecuencia, también el nombramiento tanto de representantes diplomáticos y cónsules del país, como el reconocimiento de los ministros plenipotenciarios extranjeros. Para apreciar los efectos, valga un ejemplo: Un cónsul extranjero con motivo de una de tantas reclamaciones ante el gobierno del Estado de Panamá, no puede dirigirse directamente a tal gobierno estatal, sino que tiene que valerse del representante diplomático de su país en Bogotá, para que este interceda ante el gobierno nacional. Demorada así la contestación por lo menos un mes a consecuencia de las deficientes comunicaciones, el gobierno estatal suele valerse del nacional tan lejano, para dilatar el asunto aún más, anomalía que ya ha provocado enérgicos reclamos por parte de las potencias extranjeras. Al paso que en el comienzo la nación era la única facultada para mantener un ejército regular, desde 1867 el mismo derecho se concedió a los estados individualmente, pero sin coordinar las dos clases de tropa en lo más mínimo. Así las cosas, veces ha habido en que uno de los estados se levantara en armas contra el otro, en lugar de concurrir a la decisión del gobierno federal, lo mismo que contra este han venido dirigiéndose las armas estatales en casos de mero desacuerdo con su política. En disputa ardua se tomó en los años siguientes la cuestión de si, en cambio, el gobierno federal habría de intervenir en defensa del gobierno estatal existente en casos de sublevación interna.

Pero, lejos de concretarse al campo militar, semejantes casos de administración paralela de ordinario solían predominar también en otras ramas, por ejemplo en la de vías de comunicación, correo y educación. Así pues la nación tiene a su cargo el mantenimiento de las principales vías de comunicaciones entre los estados, el transporte del correo en ellos y la administración de las líneas telegráficas, en tanto que los caminos y comunicaciones meramente intermunicipales son de incumbencia de los estados. Los establecimientos de educación superior, existentes en Bogotá para todo el país, son manejados por el gobierno nacional, al

paso que las escuelas públicas pertenecen a la administración de los estados. Y en cuanto toca a la administración de justicia, el gobierno nacional tiene su corte suprema, con jurisdicción exclusivamente en los casos de crimen político y de controversias entre los diferentes estados, en tanto que a estos corresponde la administración de justicia en general. Como fuentes de entrada la nación dispone de los derechos de importación y del monopolio de la sal, fuera de algunas más de menor escala, estando, en contra, a su cargo la administración de los territorios nacionales.

El gobierno nacional se divide en los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. El poder legislativo lo constituye el congreso, subdividido en la cámara de representantes y el senado. A este último cada uno de los estados designe tres delegados, en tanto que la cámara de representantes se compone de miembros determinados por elecciones generales, con un miembro por cada 50.000 habitantes. A la cabeza del poder ejecutivo está el presidente elegido por un período de dos años. Para resultar elegido, se requiere mayoría absoluta de los nueve votos representativos de los nueve estados. Al efecto, cada uno de los estados votaría por el candidato que en las votaciones dentro del estado expresamente convocadas para tal fin hubiera obtenido la relativa mayoría de votos, haciéndolo con el número de estos. Estando regulado por ley estatal, el derecho a votar en algunos estados puede ejercerse por todos y cada uno de los ciudadanos, en tanto que otros lo limitan a los capacitados para leer y escribir. Los funcionarios públicos los nombra el presidente con sujeción a la aprobación del senado. Hechos los nombramientos por tiempo fijo, suelen quedarse insubsistentes de todos modos con el arribo de un presidente nuevo al poder. El oficio de funcionario público no requiere preparación alguna; para ejercer el cargo de juez tampoco es necesario haber absuelto el estudio de la jurisprudencia, hasta tal extremo que algunos estados prescinden de la capacidad del candidato de leer y escribir. Antes nombrados con carácter vitalicio de acuerdo con la usanza nuestra, con la implantación de los principios radicales el término se ha reducido a un año, lo que prácticamente equivale a declarar la movilidad de los jueces, quienes así en un todo quedan dependientes del gobierno. Con su concepto mucho más detallado que el nuestro, la ley también abarca ordenanzas y medidas administrativas, con el efecto de obligar a la cámara de representantes y más aún al senado a ocuparse de mínimos detalles. Aprobada una ley en tres sesiones por cada una de las dos cámaras, pasa al presidente a objeto de su sanción. A falta de esta, se devuelve a las cámaras, con cuya segunda aprobación al presidente no le queda más remedio que el de sancionarla.

Pero también en otros aspectos la constitución colombiana se asemeja a la de los estados europeos más radicales. Obvio es que los crímenes se juzgan por jurado, al paso que la ley penal es muy liberal; por ejemplo, diez años de presidio constituyen la máxima pena aplicable. Existe libertad incondicional de palabra y prensa, tanto que las ofensas más cínicas proferidas contra funcionarios públicos

quedan impunes. Con orgullo especial se destaca la abolición tanto de la obligación de llevar pasaporte como la de cuarentena.

Excesivas ya en gran parte estas concesiones desde el punto de vista conservador, este se escandalizó más todavía por las leyes referentes a la política eclesiástica. Ya comenzada en los años de 1851 a 1853 la legislación eclesiástica liberal con la abolición de la exclusividad de la iglesia católica y en cambio sí la concesión de la libertad de credo, y la imposición del matrimonio civil como obligatorio, lo mismo que la separación completa de la iglesia católica del estado con miras a quitarle todo apoyo a aquella y a prescindir a la vez de toda futura injerencia, Mosquera durante su dictadura ideó aún mucho más contra la Iglesia, uno de los apoyos principales del partido conservador, disponiendo por ejemplo el requisito de su previo visto bueno gubernamental para todo clérigo, así como la supresión de los conventos, con incautación de sus bienes y la encarcelación del arzobispo de Bogotá en contestación de su protesta contra tales medidas, las que, ratificadas más tarde por la convención de Rionegro, habrían de constituirse en una de las más enardecidas controversias políticas durante los dos decenios siguientes. Ocupado Mosquera en castigar al vecino Ecuador por haberse comprometido en la pasada guerra civil neogranadina, en Antioquia estalló una rebelión, seguida por otras ocurridas bajo la presidencia de Murillo en las más variadas partes del país, pero sofocadas todas con relativa prontitud.

Mosquera, luego de haber permanecido como enviado plenipotenciario en Europa, volvió a asumir la presidencia en 1866. Con su acostumbrada actitud despótica, las controversias con la mayoría del congreso no tardaron en presentarse. Habiendo concedido ya en marzo de 1867 a los estados el derecho de mantener sus contingentes de tropa permanente aun en épocas de paz, el congreso emitió en abril de 1867 dos importantes leyes más, del todo contrarias a las ideas de Mosquera y con el efecto de una bofetada para él. La primera le impuso estricta neutralidad al gobierno nacional en casos de presentarse revoluciones en cualesquiera de los estados, en tanto que Mosquera demandaba el apoyo federal al gobierno estatal implicado. Por medio de la otra ley se facilitó el regreso de los obispos y sacerdotes, expulsados en su tiempo. Rotas en consecuencia sus relaciones con el congreso, Mosquera una vez más se autocalificó de dictador, haciendo capturar a varios escritores y congresistas. Pero transcurridas apenas unas semanas, fue el mismo dictador a quien un número de ciudadanos, ayudado por la guarnición de Bogotá, capturó, para hacerlo juzgar y destituir por el congreso.

Lo reemplazó el general Santos Acosta, a quien siguieron en su orden en 1868 Santos Gutiérrez, en 1870 Eustorgio Salgar, en 1872 Manuel Murillo, en 1874 Santiago Pérez y en 1876 Aquileo Parra, todos afiliados al partido radical. En tanto que los gobiernos de los cuatro primeros transcurrieron sin eventos mayores dignos de recordar, por lo menos en cuanto a estorbos de la paz pública, ya durante la presidencia de Pérez volvieron a presentarse tales estorbos, al paso

que bajo el gobierno de Parra estalló una revolución conservadora que cubrió todo el país. Tuvo su origen en un proyecto de ley tendiente a suprimir la enseñanza religiosa en las escuelas. Aunque modificado luego en el sentido de dejar la enseñanza como facultativa de los directores, era natural que los conservadores lo tomaran como motivo o por lo menos de pretexto para emprender la lucha contra los liberales, cuyo gobierno, a su modo de ver, ya se había prolongado excesivamente. Pero malograda la estimación de sus propias fuerzas, la revolución fracasó, con el resultado de mantenerse los liberales en el gobierno. Sin embargo, ya bajo la presidencia de Trujillo, de 1878 a 1880, el partido liberal empezó a desmoronarse con la salida de los independientes encabezados por Rafael Núñez, antes ultra radical. Más moderados en sus principios, poco a poco vieron crecer sus influencias, tanto que Rafael Núñez resultó elegido presidente por el período de 1880 a 1882. Bajo su gobierno fue aprobada la ley sobre orden público exactamente en la forma en que Mosquera había pretendido en vano obtener. Su sucesor, Zaldúa, un anciano honrado pero un tanto testarudo y afiliado a los radicales, subió al poder presidencial en 1882, viéndose enfrentado a una mayoría de independientes y conservadores en el congreso.

Al entrar a Bogotá en agosto de 1882, encontramos el mar de la política muy agitado. A Núñez, quien había abandonado a Bogotá, en secreto a la sombra de la noche, en viaje a Cartagena, su ciudad natal, lo habíamos visto en Agualarga. Pero el muy reducido número de tiros cambiados en Bogotá en aquellos días parece restarle mucho de la seriedad a tal fuga, hasta llegar a convertirla en comedia hábilmente tramada por el astuto político en su empeño de no desgastar su posición prematuramente. Las continuas controversias y querellas entre el presidente y el congreso probablemente habrían llevado a otra guerra civil, en caso de que Zaldúa no hubiera muerto en los últimos días de 1882, es decir, a tiempo. Declinada la sucesión por Núñez, como primer designado, Otálora en su carácter de segundo asumió la presidencia. Pero durante su gobierno el país no quedaba libre ni un momento del constante temor a una nueva revolución, con todo su efecto paralizante sobre la vida comercial. ¿Y la razón? Pues la señora de Otálora, que antes había hecho su vida mediante trabajos manuales, pretendía seguir de primera dama por otro período. Pero ¿cómo compaginar tal deseo con la disposición constitucional colombiana que excluye la reelección para el período inmediatamente posterior? Falto de definición al efecto, Otálora y sus seguidores, resueltos como buenos radicales a obstruir una nueva ascensión de Núñez, pretendían la inaplicabilidad del veto al caso presente, en razón a la ausencia de reelección, puesto que no había precedido una elección, sino la designación, argumento que desde luego fue rechazado por los adversarios. Señalado el día 2 de septiembre para las elecciones, era imprescindible suspender las sesiones del congreso adverso hasta aquella fecha, toda vez que reunido tiene la mayor influencia sobre el resultado de los comicios, pues es él el que no solamente aprueba o desaprueba todos los nombramientos y medidas, sino también el que dispone de las fuerzas armadas. El modo de proceder escogido es un ejemplo sin par de cómo disponer la intriga. Quedando sin quórum en tres sesiones

consecutivas, el congreso de hecho se considera disuelto. Casualmente, dos veces ya había ocurrido así, cuando la primera dama persuadió a un número suficiente de congresistas a no asistir, para así asegurar la disolución. Pero los independientes y conservadores acosaron a su inocente marido, acostado y fingiéndose enfermo como acostumbraba a enfrentarse a situaciones desagradables, para volver a convocar al congreso al cabo de apenas dos días. Aunque todos los dignatarios se habían quedado en Bogotá entre tanto, salvo pocas excepciones cobraron los altos gastos de ida y regreso por viajes que de ordinario en menos de un mes no habrían podido realizar. Mantenida su candidatura todavía durante algunas semanas, Otálora resolvió renunciarla, agobiado por las amenazas de sus adversarios y por su temor a una revolución. Ahora, el partido radical se entendió con el general Solón Wilches, presidente del estado de Santander, quien a pesar de su afinidad política con Núñez ya se había postulado en su competencia. Harto difícil era escoger a quien fuera de desear la victoria, pues en tanto que a Núñez no se le tomaba por un carácter irreprochable, Wilches era también un individuo sospechoso, pero de maneras menos refinadas, "a ruffian," como lo describió un ciudadano inglés en razón de sus informaciones obtenidas en Santander. Los colombianos se decidieron por Núñez, con mayoría en su favor lograda en seis estados. Terminada su presidencia el día último de marzo de 1884, a Otálora se le demandó inmediatamente, tanto por maquinaciones políticas como por desfalcos por él cometidos. Su muerte, acaecida en Anapoima a las pocas semanas, por cierto puso término al juicio.

Al parecer, a Otálora le había ocurrido confundir los intereses oficiales con los suyos propios, lo mismo que los fondos públicos con su bolsillo particular, procedimientos no del todo excepcionales entre los políticos colombianos, pero tal vez aplicados con falta de habilidad en el caso suyo. Contentos de haber encontrado su chivo expiatorio, los colombianos le achacaron todo lo que había de enfermizo y podrido en el área oficial, sin perjuicio del hecho de que todos estos males se derivaban de períodos anteriores, en su mayor parte y probablemente ya de los primeros años de vida de la república, deduciéndose su origen tanto del carácter de la nación como de lo que en esencia significa el estado.

Desde luego la constitución democrática denota en sus manifestaciones cierto grado de «diletantismo», toda vez que falta el cuerpo de empleados permanentes, sistemáticamente enseñado y entrenado desde el puro principio en todo lo que es la administración pública. Al contrario, tanto abogados como médicos y comerciantes son nombrados para los oficios de la más alta categoría, en general para volver a abandonarlos a los pocos meses, es decir antes de haber tenido oportunidad de familiarizarse con el objeto de su nombramiento. Así las cosas, constantes dificultades ocurren en las relaciones diplomáticas, en tanto que errores costosos y omisiones deplorables en la administración interna son las consecuencias ineludibles de semejante sistema, aumentadas estas todavía por ciertas particularidades del carácter nacional. Pues inclinado a la inactividad, como hoy está el colombiano, escasos serán sus esfuerzos de procurar reemplazar su

falta de experiencia mediante un resuelto despliegue de actividades conducentes. Teniendo apenas las nociones más superficiales, pretende saberlo todo, para ponerse a tomar medidas del más vasto alcance, sin haber concurrido a expertos en busca de consejo. Lejos de ser incapaz, carece de disposición práctica, exponiéndose así a atacar un problema por el lado menos favorable o inadecuado. Pretende colocar el techo antes de haber construido la casa, o bailar antes de haber aprendido a caminar.

Con todo, a Colombia le iría relativamente bien si la falta de penetración fuera la única debilidad de sus estadistas. Pero de efecto mucho más adverso resultan sus defectos en la esfera moral, siendo así que motivos egoístas constituyen el estímulo primordial para la mayoría de las actuaciones políticas, tal que para muchos políticos el Estado no significa más que la vaca de leche con destino a ser exprimida hasta la última gota.

Iniciado un partido en el poder, sea por legítima elección de un nuevo presidente o por el camino ilegal de la revolución, todo el conjunto de empleados públicos se renueva, a efecto de ocuparse todos los puestos con adictos al nuevo gobernante, gente que posiblemente habría esperado el momento ya desde hace años, endeudándose mientras tanto para atender a las necesidades de su triste existencia. Llegado el momento, consiguen un empleo, con remuneración irrisoria, la cual en general se paga apenas al cabo de meses de demora, obligando a su beneficiario a empeñarla mientras tanto, con pérdida considerable para él. Así las cosas, ¿es explicable o no que su conciencia ética tan poco desarrollada no le impida tratar de aumentar sus ingresos por caminos pecaminosos que sean accesibles para los sobornos y que ingenuamente traten de llenar los vacíos de su bolsa particular con medios sacados de las arcas públicas? Los fallos judiciales por lo general resultan en favor de la parte más acomodada e influyente, capaz de convencer al juez por medio de pruebas contantes y sonantes de lo justo de su causa. No hay negocio posible de cerrar con el gobierno para comerciantes e industriales sin pagarle al empleado encargado de tramitarlo un buen porcentaje. Entre las empresas ferroviarias, de costo millonario para el país, hay muchas comenzadas únicamente en razón a las considerables ventajas derivadas del negocio por los presidentes en ejercicio y sus secretarios. Por conducto de un ciudadano alemán de honradez casi exagerada en tales circunstancias, se supo que el presidente del Estado de Cundinamarca le había ofrecido comprarle su finca rural en $ 120.000 a condición de que en la escritura se mencionaran $ 150.000 como precio, para que así pasaran los $ 30.000 al bolsillo del presidente. Rechazada semejante insinuación por el alemán, se procedió a ponerlo en aprietos por medio de los más variados pleitos, los cuales por medio de fallos acomodaticios solían resolverse en su contra. Un ministro de hacienda se deshizo de sus deudas insinuándoles a sus acreedores que comprasen bastantes bonos de deuda nacional a su cotización del mercado, o sea entre el 20% y el 25%. Por su parte, el ministro se los hizo pagar por las salinas de Zipaquirá a su valor nominal, para con la diferencia satisfacer a sus acreedores. Una hacienda situada

cerca de la frontera entre los Estados del Tolima y de Cundinamarca era víctima constante de abigeato, hecho al cual las autoridades persistieron en hacerse de la vista gorda. Yendo al fondo del fenómeno, se descubrió que el presidente del Tolima era el hurtador, en tanto que el de Cundinamarca le servía de encubridor.

De poca monta es la positiva eficiencia del Estado. No es a su vigilancia, por ejemplo, a la que se debe el nivel relativamente alto de la seguridad pública, por lo cual el mérito le corresponde más bien al carácter bonachón del pueblo. En cambio, las autoridades suelen presentarse las últimas en los contados casos de ocurrir una perturbación. En cuanto a las capas menos favorecidas, sus garantías legales son mínimas, tanto en el caso de delitos contra la propiedad como de vejaciones de toda clase. En tanto que la instrucción pública sin duda ha mejorado, sigue careciendo todavía de la indispensable vigilancia constante. En verdadera orfandad se ha dejado la construcción de caminos, a la vez que en proyectos de ferrocarriles se van gastando ingentes sumas de dinero. Escuelas de agricultura y granjas modelo, fundadas acá y allá, por lo general vuelven a cerrar sus puertas al cabo de poco tiempo, así como también en otros ramos las actividades desplegadas por unos cuantos funcionarios sobresalientes, acostumbran condenarse prematuramente a la esterilidad.

Las finanzas públicas parecen padecer de anemia crónica. Como únicas fuentes de ingreso dignos de tal calificativo, el gobierno nacional dispone de los derechos aduaneros y del producto de su monopolio de la sal, fuentes que en promedio le produjeron durante los años de 1877 a 1881 $3.950.000 y $ 1.350.000 respectivamente. En vista de lo dificultoso que se hace el cobro de impuestos indirectos, debido. tanto al escaso poblamiento como al bajo nivel de su cultura, también los estados individuales tienen por ingreso principal los impuestos directos, como peajes, monopolio de aguardiente y otros. Suficientes en caso de su administración ahorrativa y honrada, estas entradas en la realidad quedan desde luego lejos de cubrir las necesidades, toda vez que ya el presupuesto de los últimos años denunciaba ingresos por casi $ 6.000.000 contra egresos por cubrir de $ 11.000.000. Así las cosas, es apenas lógico que al cabo de unos pocos meses las arcas estuvieran vacías, con la imposibilidad para el gobierno de seguir atendiendo compromisos ulteriores, como el pago de sueldos, excepto aquellos de los funcionarios superiores y de los congresistas, el de los gastos para asegurar el funcionamiento de las escuelas, con el efecto de clausurarse estas, el de alimentos tanto de enfermos como de enfermeros del manicomio de Bogotá. En mora está el pago de los intereses sobre la deuda pública externa desde el año de 1879, a pesar de que los acreedores apenas unos años antes habían entrado en un arreglo extremamente ventajoso para Colombia. Naturalmente, las condiciones de los préstamos contratados por los estados suramericanos en Europa durante la guerra de la independencia eran onerosas, ya que tenían que cubrir riesgos corridos por los acreedores que con mucho excedían de los normales, envolviendo hasta la posible pérdida total del capital. Derivar de tal evento la pretensión de suspender el pago de intereses, como lo han hecho los colombianos, es sin

embargo bastante insensato, a la vez que injusto. Mayor aún es la injusticia teniendo en cuenta las diferentes rebajas concedidas sobre las cuantías acrecentadas por la acumulación, y doblemente insensato resulta el evento si se mira el efecto perjudicial sobre la reputación crediticia de que gozaba el país en el exterior. El defender esa reputación sería sin duda lo más indicado, por cuanto el crédito facilitaría notablemente las mejoras económicas en los más variados aspectos. Es de prever sin embargo que al país poco provecho real le traería el dinero en manos del gobierno, a la medida que gran parte siguiera pasando a bolsillos particulares, mientras que otro tanto continuara gastándose en proyectos inútiles, por cuanto, en razón de diferencia de criterio, los sucesores de los iniciadores los dejan sin concluir y, por ende, en estado inservible.

Obvio es que el aprovechamiento del gobierno por parte del partido dominante provoca el enojo, o mejor dicho la envidia de los núcleos ajenos. ¿Sucederá que esos resentidos se aprovechen de las siguientes elecciones para tumbar al gobierno? Pero este dispone de dos posibilidades para manejar tales elecciones a su voluntad. Una consiste en hacer desaparecer las urnas de alguna manera, para poner un resultado imaginario en su lugar, en tanto que la otra provee soldados con bayoneta calada al pie de las urnas, pará así alejar a los electores del partido oposicionista. Así, a este no le queda otro remedio que el de fortalecerse lo suficiente para, llegado el momento, proceder a mano armada a tumbar al gobierno, para coger las riendas por su cuenta.

El único sostén del gobierno lo forman las fuerzas armadas, que en tiempos turbulentos se aumentan notablemente. Pero ¿cómo se hace esto en un país adscrito a la libertad y a la igualdad, en donde a nadie se le puede obligar a prestar el servicio militar? Muy sencillo. Patrullas nocturnas se ponen en marcha a fin de coger por sorpresa a todo candidato que juzguen apto para el servicio, procedimiento que exceptúa apenas a aquellas personas que, calzando botas de cuero, así se distinguen como miembros de las clases acaudaladas. Por otra parte, los pobres diablos atrapados, indios arrancados de sus hogares, se llevan a la lucha contra sus congéneres, por motivos que ni siquiera entienden o hasta aborrecen. Prueba de su indolencia es la de que a pesar de todo se baten valientemente en lugar de rebelarse contra su yugo, no obstante lo cruentas que resulten las batallas según fuentes colombianas, que tal vez exageran un tanto. Pero sea como fuere, no cabe duda sobre la magnitud de los daños de orden económico también envueltos, ya que con el solo propósito de infligir perjuicios al dueño adversario, sus propiedades se destruyen con toda intención, trátese de plantaciones en pleno desarrollo u otras. Además, no solo la duración misma de la revolución abarca el cierre de todos los negocios, sino su mera expectación, mucho más frecuente desde luego, perjudica la marcha de todo negocio de la manera más sensible. Por lo tanto, la revolución, intentada a efecto de mejorar el estado de las condiciones oficiales, como medio peligroso que es, de seguro encontraría menos atizadores, a medida que estos aumentaran su interés por el bienestar general con menoscabo de las esperadas ventajas personales.

Motivado por la persistencia de la agitación política aún después de la muerte de Otálora y la iniciación de la nueva presidencia de Núñez, el aumento de las fuerzas armadas en todos los estados está otra vez en pleno desarrollo. Imposible que atentos observadores pudieran equivocarse en cuanto a la proximidad de otra revolución, quedando en duda únicamente el momento y el lugar de su estallido.

Estas incógnitas se aclararon con motivo de las elecciones para presidente y asamblea del Estado de Santander, ordenadas para celebrarse el día 27 de julio de 1884.

Con Solón Wilches de presidente, el Estado de Santander durante los cuatro años precedentes había sido el escenario de la peor mala administración. Tributos y derechos de aduana, aumentados en forma extraordinaria, en parte se habían usado para mantener una fuerza armada de peligrosidad pública, en tanto que otra parte había pasado directamente a los bolsillos del presidente y de sus seguidores. Así las cosas, las finanzas del Estado, antes modelo de progreso y orden, se habían deteriorado por completo. Cierto es que Wilches esta vez no era reelegible en persona, pero se tenía por seguro que Ordóñez, uno de los candidatos y hechura del presidente en ejercicio, estaba listo para seguir conduciendo el gobierno con el mismo espíritu. En consecuencia, la gran mayoría de las gentes independientes, sin distinción de su orientación política, se dio a respaldar a Eustorgio Salgar, candidato radical y expresidente, tanto estatal como de la república, de cuya honorabilidad ni sus adversarios dudaban. Efectivamente parece haber obtenido la mayoría de votos, pero como Wilches había nombrado presidentes electorales en todas partes a sus amigos y adictos, se declaró a Ordóñez como elegido. Los radicales, sintiéndose ofendidos, apelaron al gobierno nacional en busca de la anulación de los comicios. Corrida la voz de que Núñez y Wilches, enemigos en lo pasado y adversarios en las elecciones precedentes para presidente nacional, se hubieran reconciliado, todo indicaba que Núñez iría a sancionar los comicios verificados bajo los auspicios de Wilches.

Por lo tanto, no me sorprendió mayormente la noticia telegráfica que encontré al arribar a Nueva York el día 2 de septiembre en mi viaje de regreso a Alemania, de que la revolución había estallado. Confirmada la sospecha de que Núñez iría a respaldar a Wilches, los radicales se habían alzado en armas. Rápidamente la revolución se extendió por toda la república, combatiéndose durante año y medio con un fanatismo sin par, y volviendo a repetirse todas las consecuencias desastrosas ya comentadas antes. Para subyugar a los radicales, el victorioso presidente Núñez se había apoyado esencialmente en los conservadores, antiguos enemigos suyos. Pero lo que trajo la guerra civil fue una modificación completa de la constitución. Dejando de ser una federación de estados, Colombia regresó al sistema unitario. Ampliándose los atributos del presidente, se extendió a la vez de dos a cinco años su período. La separación radical entre iglesia y Estado se abolió, iniciándose al mismo tiempo una reacción en el sentido eclesiástico. Por mi parte quisiera tomar por mejoras la mayoría de las medidas señaladas. A

menudo me había pronunciado en conversación con colombianos en sentido contrario al federalismo, haciéndoles ver las ventajas traídas por la unificación a mi patria alemana, en contra de la sofística tesis de presumidos geógrafos que predestinaba al país a la desunión como por ley de la naturaleza. Pero con solo una o dos excepciones había tropezado con entusiastas defensores del sistema federal entre núcleos tanto conservadores como radicales. ¿De dónde entonces el cambio repentino de la orientación política? Pues sencillamente porque el sistema unitario sin duda se ajustaba a las ambiciones de poder del partido dominante tanto como a las del presidente Núñez. Deseoso de equivocarme, temo que un cambio tan abrupto no podrá producir la paz anhelada por el país, pudiendo convertirse al contrario en foco de nuevas agitaciones. ¡A que la nueva constitución resulte punto de partida para un desarrollo benéfico, van mis sentimientos más fervorosos!

La situación económica y el nivel cultural de Colombia

“¿Le parece muy atrasado el país, caballero?” Esta es la discreta pregunta, con la cual el viajero europeo se ve enfrentado casi a diario, con la esperanza evidente de una respuesta negativa. Pero lejos estaba de mí sucumbir a la misma debilidad colombiana de contrariar la verdad por meras razones de cortesía. En consecuencia, mi constante respuesta era: “Pues sí, señor, lo siento mucho, pero así es,” ofreciendo casualmente mis excusas por medio de unas palabras explicativas alusivas a la configuración adversa del terreno colombiano y otras, toda vez que la importunidad de mi interlocutor no hubiera afectado mi usual buen humor.

En efecto, y sin perjuicio de la escala aplicada, hemos de admitir que en su desarrollo cultural Colombia y los colombianos distan todavía mucho de alcanzar el nivel ocupado por Europa y los Estados Unidos, y aun aquel de otros países tropicales, incluyendo ciertas partes de Suramérica.

Todavía es pequeña la proporción del territorio ocupado por el hombre. El istmo de Panamá, en tiempos de su descubrimiento de relativamente densa población, está hoy en día en su mayor extensión cubierto por espesa selva, abundante en lluvias y focos de fiebre y habitado apenas por escasas hordas de indios. La misma selva exuberante está cubriendo también toda la vertiente occidental de la cordillera, para extenderse alrededor de las vertientes septentrionales de las cadenas occidental y central y luego seguir el cauce del río Magdalena y sus afluentes hacia arriba, hasta alcanzar los 5½° de latitud norte. Con escasas interrupciones vuelve a aparecer también al sur de esta posición, cubriendo los desfiladeros septentrionales de la Cordillera Oriental hasta el lago de Maracaibo, lo mismo que gran parte de sus vertientes orientales, para unirse al sur con la selva de la llanura oriental. Todas esas regiones han seguido hasta hoy en día como refugio de las tribus de indios salvajes. En las planicies de los llanos orientales, con base en su suelo fértil y su magnífica red de vías fluviales tal vez llamados a convertirse en extensa región de floreciente agricultura y activo movimiento comercial Orinoco abajo, hoy apenas pastan manadas de reses semisalvajes destinadas al consumo interno colombiano, en tanto que escasos cultivos satisfacen las necesidades más apremiantes de los pocos habitantes.

Tan solo en las partes céntricas de las cordilleras, o sea a gran distancia de la costa, encontramos una población de mayor densidad, a la vez que extensiones de cultivos dignos de mencionar. Pero aun así, de esas regiones, calificables de cultivadas, la selva ha desaparecido apenas por partes, estando, fuera de eso, bajo cultivo y uso ganadero apenas una parte del terreno desmontado, mientras que lo demás está cubierto de matorral y rastrojo inútiles y de aspecto

heterogéneo, a no ser que aparezca la roca pelada, por haberse llevado los aguaceros tropicales toda la capa vegetal.

El total de los indios salvajes se estima en unas 150.000 almas, en tanto que el censo de 1870 revelaba una población civilizada de 2.900.000, que puede haber aumentado hoy en día a un poco más de 3.000.000. Comparando, tenemos pues que un territorio de extensión de una y media a dos y media veces el Imperio Alemán —depende del criterio aplicado sobre el curso de las fronteras todavía sin definir— tiene una población que apenas excede a la del reino de Sajonia. De ella la mayor parte, o sea 2.650.000, vive en la región andina, que, con su extensión de 8.900 millas cuadradas, denuncia un promedio de 300 habitantes por milla cuadrada, a diferencia de 4.620 en el Imperio Alemán. Ahora bien, tanto el estímulo y, desde luego, el roce, requieren como caldo de cultivo cierta densidad de población como primera condición para incitar a la ayuda mutua y para desarrollar la división del trabajo, ambas promotoras esenciales del progreso cultural. En cambio, es la población escasa y dispersa una de las causas del mal estado de las vías de comunicación, tan indispensables para la explotación de los recursos naturales.

Esta se extiende hasta la selva, la cual en su interior guarda tanto producto valioso, por ejemplo la corteza de quina, que ha venido demostrando su papel importante para el comercio. Pero es lógico que también la riqueza de la naturaleza tropical tienda a agotarse, en caso de continuar el hombre aprovechándose de ella sin hacer ni el más mínimo esfuerzo para conservarla. Obvio es, por otra parte, que la vida selva adentro escasee de casi todo lo que pudiera estimular un desarrollo civilizador.

Indiscutible es también la relación existente entre el bajo nivel del desarrollo económico alcanzado y la extensión y calidad de los terrenos dedicados a la ganadería, sin perjuicio del indudable progreso de esta en comparación con su estado en la época precolonial, pues a los conquistadores españoles les corresponde el mérito de haber traído los primeros animales domésticos, desconocidos antes como integrantes de la fauna americana. Cierto es que la res del país es poco rentable en cuanto a carne y menos aún en leche, motivos por los cuales sirve apenas para el consumo doméstico, excepción hecha de las pieles. Pero no menos cierto es también que la negligencia en el cuido de los animales no permite dar más.

En materia de cultivos, la característica más importante es su gran variedad, ya que casi todas las plantas cultivables del mundo se hallan presentes a relativamente poca distancia. Pues el clima tropical unido a la facilidad de una amplia rotación de cultivos produce abundantes cosechas. En cambio es innegable que la primitividad de la empresa agrícola limita la producción, en tanto que las comunicaciones deficientes dificultan la distribución de los productos. Tanto así es que en Boyacá muchas veces la papa no retribuye su transporte al

mercado, en tanto que en el litoral norte el trigo crecido en la sabana de Bogotá no puede competir con la harina norteamericana. Queda, por lo tanto, el café prácticamente como único producto agrícola apto para la exportación.

Un cuadro más alentador lo ofrece la minería. Habiendo encontrado oro en grandes cantidades en poder de los indios con ocasión del descubrimiento del país, los españoles hicieron de los metales preciosos su mayor punto de atracción relacionado con las nuevas colonias. Antes de 1720 y luego de 1800 a 1820 la Nueva Granada era el principal productor de oro del mundo, con una participación del 35% en la producción total, estimándose su exportación durante los tres siglos del dominio español en un poco más de un millón de kilogramos. En tanto que la cuantía absoluta se mantuvo también más tarde, el descubrimiento de los ricos yacimientos de oro tanto en Rusia como en California y Australia le hicieron perder terreno a Colombia en su categoría [(1)]. De por sí de cierta importancia, la minería de plata nunca ha alcanzado a jugar el mismo papel que la del oro. En la actualidad el Estado de Antioquia está marchando a la cabeza en la explotación de ambos metales, a la vez que las minas tanto del Tolima como del Valle del Cauca y del norte de Santander están apenas en vía de reanudar su explotación, mientras que en el Chocó, territorio que se extiende sobre la vertiente oeste de la Cordillera Occidental y llamado la California colombiana, la espesa selva y el clima mortífero todavía prohiben la penetración del hombre. La transformación de los minerales padece todavía del bajo nivel cultural general, así que la fundición se limita a restringidos lugares, motivo por el cual a falta de poder aplicar la amalgamación, el mineral como tal se despacha a Europa. Cierto es que parte de las utilidades para en manos extranjeras, ya que numerosas minas son de propiedad de compañías europeas, hecho que, si bien es lamentable para el país, también lo favorece, manteniendo las minas en explotación.

De los yacimientos, tanto de carbón como de hierro, casi limitados a la Cordillera Oriental, poco provecho se ha sabido sacar en el pasado, ya que la industria colombiana, al igual que la de la mayoría de los países coloniales tropicales, no ha salido todavía de su estado incipiente. Aquí unos ejemplos en vía ilustrativa: Las fibras sacadas de las hojas del fique, una «fourcroya» parecida al agave, se convierten en lazos, alpargatas y otros artículos, en tanto que la paja suministrada por la carludovica palmata, pequeña palmera de abanico, en algunos sitios sirve para elaborar sombreros de paja, que, aún en cantidad insignificante, se exportan como sombreros de Panamá [(2)]. En las tierras altas de Boyacá lo mismo que en los alrededores del Socorro, siguen tejiéndose todavía a la antigua manera india paños para pantalones y ruanas de algodón y tal vez hoy también de lana, en tanto que en varias regiones existen alfarerías rudimentarias. Muebles un tanto toscos y artículos de talabartería se confeccionan. Mientras que en las ciudades la artesanía ha logrado elevar un tanto su nivel gracias a la influencia de ciudadanos franceses e italianos inmigrados, las pocas empresas industriales intentadas en el pasado para una producción al por mayor, han fracasado en sus comienzos. Por

lo tanto, los artículos manufacturados requeridos por el consumidor necesariamente siguen importándose de Europa y de los Estados Unidos.

El valor total de las importaciones realizadas durante el año fiscal de 1882/83 está indicado en $ 11.500.000 o sea 46.000.000 de marcos, con la probabilidad de exceder esta cuantía en algo, desde que los altos derechos de aduana suelen producir declaraciones inferiores en valor, en tanto que las declaraciones relativas a las exportaciones, acostumbran sobrepasar su valor real porque abarcan el alto costo del seguro marítimo. Una escala un tanto más fidedigna para la comparación la ofrece la cotización cambiarla, aunque esta, a su vez, se afecta en sumo grado por la fluctuante relación entre el precio del oro y el de la plata, pues en tanto que el valor del peso, en la realidad, por lo menos, está fundado sobre el patrón de plata, las importaciones oriundas tanto de Europa como de los Estados Unidos, en general son pagaderas en oro. Al parecer, hasta 1883 las importaciones se mantuvieron en equilibrio con las exportaciones, mientras la disminución posterior de estas provocó un alza de la prima cambiaria al 25%. La baja, ya iniciada en los años setenta en la exportación de tabaco e índigo, había encontrado su contrapeso en el incremento inusitado de la exportación de corteza de quina, provocado por el descubrimiento de la corteza de la cuprea en las cercanías de Bucaramanga. Pero a causa de la ulterior barrida de la corteza del mercado londinense y de los fenómenos adversos ocurridos al mismo tiempo en el mercado del café, el comercio exterior llegó a un estado tal que en 1884 las exportaciones de oro y plata unidas a la del café, pieles y otras de menor importancia ya no alcanzaban a cubrir las importaciones, en tanto que las quejas sobre la mala situación de los negocios se generalizaron en todo el país.

No obstante, las importaciones consideradas en proporción a la población numérica no se pueden calificar de altas, en comparación, por ejemplo, con el estado de cosas en las colonias tropicales de Inglaterra y Holanda. Es cierto que el papel jugado por Colombia en el comercio mundial es mucho menor en importancia que el de aquellas, pero sería inútil buscar la causa del fenómeno en un aislamiento o en una independencia del país, económicamente hablando. Tal como hemos visto, la industria colombiana está lejos de poder satisfacer aspiraciones superiores a cierto nivel, en tanto que muchas de ellas quedarán del todo sin cubrir, simplemente por falta de medios para pagarlas. Dicho de otro modo, el colombiano es un pueblo pobre, hecho que lo evidencia un vistazo sobre su tenor de vida.

Como el país mismo está suministrando en todos sus niveles de altura los productos allí cultivables a base de poco esfuerzo, la alimentación del pueblo no adolece de deficiencia, si bien la preparación de los platos en general deja que desear. En cuanto a la vestimenta, la naturaleza tropical ayuda a limitar las necesidades, cometiéndose por lo tanto un error al relacionar la deficiencia del ropaje con un estado de pobreza, ya que hasta los aristocráticos caballeros que en Bogotá andan vestidos a la última moda parisiense, no tienen inconveniente

alguno en calzar zapatos rotos en sus viajes. Llenas las antesalas de los bogotanos acomodados de muebles europeos y de lujosos espejos, hasta no caber más, sus habitaciones y dormitorios, lo mismo que sus casas de campo apenas ostentan un mobiliario bastante escaso; de las instalaciones de las habitaciones de las clases populares, media e inferior, ni hablar, ya que todo artesano o campesino alemán se avergonzaría de ellas. El que más de la mitad de la población viva en ranchos miserables, también es cierto. En tanto que las lámparas de queroseno apenas las usan contadas familias acomodadas en las ciudades mayores, en general se consumen velas de cebo de mala calidad. La quinina, a toda evidencia creada por la naturaleza para combatir las numerosas fiebres, resulta un medicamento muy raro aquí, en el país de su origen. Libros se encuentran raras veces, en tanto que cuadros de aceptable valor artístico brillan por su ausencia.

Se podría argüir que una vida tan austera no está reflejando necesariamente un estado de pobreza, ya que a la voluntad de cada cual quedaría el orientar la suya particular hacia niveles más agradables, aun en el ambiente tropical, de por sí un tanto antagónico a una actitud ambiciosa.

Aunque acertado hasta cierto punto, me parece no obstante que tal argumento no abarca el problema en toda su magnitud. Pues para llegar a la meta no basta que la gente proceda a construir sus casas más a su acomodo. Habría que equiparlas también en el mismo sentido progresista. Pero ¿cómo hacerlo? Para poder adquirir en mayor escala los objetos de arte y artesanía implicados, primero necesitarían o bien crearse o traerse de fuera. Obvio es que para elaborarlos habría que aumentar la potencia productora, en tanto que para importarlos sería menester incrementar el poder adquisitivo del país en moneda extranjera. Pero esta última medida sería de alcance limitado, por cuanto el déficit no es originario de la falta de producción de bienes exportables, sino de la dificultad de su venta.

En Colombia la propiedad se halla distribuida de una manera más favorable que en muchos otros países tropicales, en donde a la satisfacción originada en el conjunto de su riqueza se mezcla la amargura que surge al contemplar lo reducido del número de sus usufructuarios, en tanto que la gran mayoría de la población vive en una esclavitud o una servidumbre tal, como si ella no existiera sino para trabajar en satisfacer los menesteres de sus amos. Abolidas la esclavitud y la servidumbre de los indios, en Colombia todos los componentes de la población son iguales por lo menos ante la ley, sin distingos de origen ni de color, pero tal estado de cosas no se ha traducido todavía por completo a la práctica pues el pobre indio sigue dependiendo en muchos aspectos del terrateniente; todavía continúa muy problemático el que los jueces salgan en defensa de sus derechos, en tanto que son solamente las clases inferiores las que se enrolan para prestar el servicio militar. Pero preciso es admitir que hace apenas unos cuantos decenios cosas por el estilo estaban todavía en boga en países europeos que a la vez se ufanaban de su nivel de cultura. Consideradas desde el punto de vista social, las

condiciones de Colombia se asemejan a las reinantes en las provincias orientales de Prusia, predominantemente dedicadas a la agricultura, exceptuando la intervención estatal allí existente. Ni aquí ni allá se contemplan problemas sociales de importancia, toda vez que a falta de la industria misma no hay trabajadores industriales que pudieran originarlos.

A pesar del innegable progreso alcanzado en el transcurso de los últimos decenios, la educación popular dista mucho de igualar a la nuestra, siendo así que todavía ni la mitad de la población sabe leer y escribir, en tanto que el pueblo sigue hundido en la superstición en un grado difícil de imaginar. La disciplina intelectual de las clases superiores adolece de superficialidad, a la vez que, muy contrario a la norteamericana, desatiende el aspecto práctico, motivo por el cual el país para toda realización en el campo técnico necesita la asistencia del extranjero. Para el desarrollo de la ciencia, así como del arte y de la literatura, Colombia casi no ofrece base todavía, ya que tanto el bajo nivel del bienestar nacional como la organización democrática todavía no permiten ejercer profesiones en las materias, a la vez que, por otra parte, el intercambio intelectual con el exterior se dificulta demasiado. Ciertos comienzos de una vida científica habidos al principio del siglo, cayeron víctimas de la guerra de la independencia, en tanto que varios de los jóvenes científicos perdieron la vida, ya sea en el campo de batalla o bajo el hacha de los verdugos de Morillo. Pocos son los acontecimientos científicos acaecidos en los sesenta años de vida republicana transcurridos. Del campo de la historia patria se ocuparon Restrepo, Joaquín Acosta, Plaza y Groot; en tanto que Vergara presentó la historia de la literatura de Nueva Granada, Uricoechea y Zerda se dedicaron al estudio de las antigüedades indias, mientras que Cuervo elaboró un diccionario de la lengua española. Caro se dedicó a la traducción de Virgilio, J. M. González reinstaló el observatorio astronómico y Triana está dedicado a la flora de Colombia. En el campo de la poesía dramática y de la novela los frutos no han madurado todavía; en el de la poesía lírica no soy muy competente, aunque me parece que entre el diluvio de su producción no habrá sino pocas obras realmente sobresalientes. Para las artes plásticas y gráficas parece que el suelo todavía no está preparado.

Tratando de resumir nuestras consideraciones sobre el desarrollo intelectual colombiano, el resultado no puede diferir de nuestra opinión emitida sobre el progreso económico. Es decir, que en el campo de la cultura tanto material como intelectual el cuadro sintetizado no es halagador, pues el nivel de cultura todavía dista mucho del alcanzado por otras naciones civilizadas, a la vez que el progreso parece un tanto demorado.

¿Cuál será el elemento retardante? ¿Lo encontraremos en la misma naturaleza del país? ¿O en su desarrollo histórico? ¿O tal vez en el carácter nacional? Para ser justos, preciso será excluir de antemano toda comparación tanto con los Estados Unidos como con Chile y la Argentina, y limitarnos a aquella con otros países tropicales, eliminando a la vez el efecto distintivo que las diferentes

latitudes ciertamente ejercen sobre el proceso civilizador. En tanto que la naturaleza tropical por un lado le brinda al hombre con un esfuerzo moderado todo lo que es esencial para su alimentación, vestimenta y techo, a la vez lo priva de alicientes más poderosos para trabajar. Tanto la selva como la llanura de los trópicos estorban sencillamente la comunicación al igual que la colonización, aislando al hombre y retardando por lo tanto su progreso así económico como intelectual. El calor tropical, a la vez que le prohibe al europeo y especialmente al de origen germánico, el esfuerzo físico, debilita su capacidad intelectual, sin contar el efecto perjudicial que la fiebre y otras enfermedades producen sobre su estado de salud y hasta sobre la duración de su vida. Mientras que los indios se afectan por los mismos fenómenos, los negros y zambos parecen los únicos humanos resistentes al clima tropical. Unicamente a mayor altitud sobre el nivel del mar el europeo encuentra condiciones de vida parecidas a las brindadas por los países de la zona templada.

Diversas circunstancias, de orden tanto natural como histórico, han provocado, en escala mayor que en otros países tropicales, una concentración preferencial de los habitantes en las montañas, y especialmente sobre las altiplanicies. Pero en verdad, las ventajas climáticas así aseguradas se ven enfrentadas a factores desventajosos. Colombia suele señalarse como país especialmente privilegiado, calificación escuchada con más frecuencia dentro de sus fronteras que afuera y que se basa no solamente en sus yacimientos de oro y plata, sino también en la gran variedad de los productos compaginables en su cultivo, con el carácter montañoso de las partes habitadas. Pero el barón von Thielmann acierta desde luego [(3)] al subrayar el hecho de que la posibilidad teórica de cultivar plantas de todas las zonas por sí sola no debe tomarse por riqueza todavía. Además es indispensable tener en cuenta que considerables extensiones de terrenos o bien son áridas por naturaleza o han venido tomándose así por inconsideración del hombre. Factor decisivamente adverso a la explotación de la riqueza lo constituye el problema del transporte, pues en tanto que en Venezuela la montaña cultivable se eleva en inmediaciones de la costa, la colombiana se halla en general separada del mar por medio de extensas llanuras escasamente pobladas o de selvas impregnadas de la fiebre, estando además tan subdividida, que toda comunicación de una población a otra generalmente requiere el cruce de altas cadenas de montaña. Así las cosas, la apertura de considerables partes del país requiere la construcción de numerosas líneas férreas y carreteras.

Obvio es que tales obstáculos naturales habrían podido vencerse en un grado mayor del logrado, así que habrán de aducirse fenómenos políticos y morales al lado de la evidente configuración desfavorable del terreno, para explicar el atraso existente hoy en día en el desarrollo de la cultura colombiana. Insensata me parecería la pretensión de tomar por freno dilatorio del desarrollo, el hecho de haber subyugado y hasta cierto punto asimilado a los indios de aquí en lugar de eliminarlos, tal como sucedió en los Estados Unidos. Difícil es para mí imaginar que el sacrificio de los indios hubiera podido favorecer el progreso cultural, pues

tal sacrificio, que estuvo a punto de ocurrir a no ser por la humanitaria intervención del obispo Las Casas, de seguro habría producido más víctimas que lamentar en la lucha de los pueblos por su subsistencia. La comparación con el caso de los pielrojas norteamericanos no puede convencer, ya que su lugar fue ocupado por blancos en número muy superior, mientras que aquí los territorios habrían quedado despoblados, no solo en las regiones bajas, sino, en vista de las deficientes vías de comunicación, también en las alturas. Mucho más difícil de contestar sería la pregunta, de si la traída de los negros ha resultado en beneficio o en contra de los intereses del país, tanto aquí como en otras naciones. Cierto es que sin su trabajo muchas riquezas habrían quedado sin extraer del subsuelo, pero tampoco cabe negar que aquí ellos hoy en día parecen detener el progreso, a la vez que constituyen un grave peligro para el futuro del país.

Esencialmente atendido hasta ahora el destino del país por el elemento español, los colombianos de las clases superiores con preponderancia de estirpe española, acostumbran achacar toda la responsabilidad a la política colonial de la madre patria. Sin duda el hecho de limitar todo adelanto a la minería exclusivamente, aun con perjuicio de la agricultura en varios de sus aspectos, junto a otras medidas puramente egoístas tomadas por los conquistadores, no pudieron menos de estorbar el desarrollo económico e intelectual. Cierto es que así se explica el desmesurado atraso cultural que existía en las colonias españolas en la época de la emancipación, pero no menos dudoso es que aun después de que la guerra de la independencia removió aquellas trabas, el progreso tanto de Colombia como de los demás países salidos del yugo español ha sido muy lento. El gastar sus fuerzas y sus medios en querellas infructuosas y en revoluciones, tal como lo hicieron las naciones recién fundadas, desde luego no puede ser compatible con un trabajo serio concentrado en la formación de riqueza y en el progreso intelectual.

Los colombianos, por su parte, suelen atribuir el fenómeno a su minería, resultado de los largos años de vivir bajo el yugo español, excusando a, la vez a la manera de pecados de juventud sus embrollos y luchas internas, no sin aludir *a* los tumultos y guerras civiles librados al efecto entre los Estados europeos antes de entrar ellos en la época comparativamente adecuada para su constante desarrollo. Admitiendo que tales observaciones aciertan en parte, no creo, en cambio, poder cargar a la cuenta de la desbordante fuerza juvenil todo lo que encontramos de disforme y lamentable tanto en la nación colombiana como en sus manifestaciones vitales. Reconozco que existe cierto paralelo entre el joven acabado de salir del ambiente disciplinario de las aulas y un pueblo que súbitamente adquiere su libertad absoluta después de prolongada dependencia. Así como al joven en presencia de la libertad recién ganada sus desbordantes fuerzas fácilmente lo mueven hacia excesos, también todo un pueblo en la situación acabada de describir corre el peligro de desacertar en la escogencia de su camino, para desgastar sus fuerzas en objetivos inútiles. Muchas cosas hemos de tenerle en cuenta al estado de juventud, tanto de las personas como de los pueblos,

cuidándonos, entre otras, de censurar á los suramericanos desde un vanidoso punto de vista de la cultura europea del siglo XIX, que tan fácilmente nos seduce hacia lo exagerado y presuntuoso. Pero la falta de laboriosidad y de energía creativa, lo mismo que la aversión a la vida campestre y la inclinación hacia las intrigas políticas, como factores integrantes que son de la herencia española, lejos de ser atributos juveniles, indudablemente pertenecen a las características de la edad madura.

A la vez que tanto Chile como Argentina están gozando de una vida palpitante y floreciente, el ritmo progresista colombiano parece menos marcado, por lo menos en cuanto al futuro inmediato se refiere. Pues dentro del país las fuerzas morales, requeridas para acelerarlo, no se vislumbran, en tanto que la inyección de fuerzas nuevas a través de una inmigración europea de suficiente magnitud no es de esperarse. Pero todo intento de anticipar un juicio sobre el futuro desarrollo de un país tiene valor apenas relativo, ya que sucesos fuera de todo alcance de la capacidad humana de prever pueden alterar por completo tanto las condiciones como la celeridad del desarrollo cultural, sea que se trate de revoluciones, inventos de gran alcance o influencias de origen religioso o moral.

(1) Véase Soetbeer, Edelmetallproduktion (Producción de Metales Preciosos), Petermanns Mitteilungen, Tomo Suplementario 57, de 1879.

(2) La mayoría de los llamados sombreros de Panamá provienen de Guayaquil, Ecuador.

(3) "Cuatro Caminos a través de América", Leipzig, 1879, pág. 348.

La posición del extranjero en Colombia

Numéricamente considerados, los extranjeros residentes en Colombia son relativamente de poca importancia, toda vez que el número total de paisanos nacidos en Alemania apenas pasará de 200 en todo el país. Por otro lado, tanto en Bogotá, Bucaramanga, Cúcuta y Cali como en Barranquilla, Panamá y algunas localidades más, encontramos casas alemanas de comercio con dueños o gerentes alemanes y, a veces, también con empleados paisanos. En Antioquia hallamos trabajando contados mineros alemanes, en tanto que en diferentes partes del país tropezamos con pedagogos así como con artesanos y representantes de otras profesiones de nuestra tierra. En cuanto a los ingleses presentes, su número no es mayor sino antes más reducido que el de los alemanes. Siendo varias de las minas de mayor escala de propiedad británica, la mayoría de los súbditos se halla radicada en las zonas mineras. Atraídos por la demanda de artículos y servicios suntuosos proveniente de las clases altas de Bogotá, los franceses allí forman una respetable colonia, con modistas y peluqueros entre ellos, en tanto que en las demás partes del país se encuentran apenas dispersos, excepto tal vez en el istmo de Panamá con la construcción del canal en marcha. De proveniencia italiana hay latoneros, zapateros, etc., lo mismo que comerciantes ambulantes que viajan por el país. Formando entre todos los extranjeros el elemento más numeroso, componen a la vez el contingente menos respetado. Los norteamericanos, representativos de las más variadas profesiones, en su totalidad apenas alcanzarán al número de los nacionales europeos que acabamos de relatar, en tanto que austriacos, rusos, noruegos, portugueses y aun españoles raras veces se radican en el país. Contados son los extranjeros propietarios de finca raíz, al igual que los dedicados a la agricultura, en tanto que la clase labriega no está representada entre los inmigrantes europeos.

En forma muy variada ha venido desarrollándose la suerte de los extranjeros que viven en el país, con obvia influencia de la profesión, y de la nacionalidad, lo mismo que del lugar de su radicación y de circunstancias casuales. Mientras que en Bogotá como en otras localidades de la tierra alta encuentran el clima adecuado para su constitución, los europeos suelen sufrir del calor de la tierra baja con las fiebres, la disentería, enfermedades del hígado y otras como secuela. Pero con la vida tranquila que generalmente llevan en las ciudades, el clima raras veces llega a constituirse en peligro. Cierto es que las comodidades de la vida o bien escasean o son obtenibles solamente a precios exorbitantes. Así que los ingleses, más acostumbrados que todos a las comodidades, para satisfacerlas gastan a menudo el total de sus entradas, en tanto que los italianos, primitivos y faltos de aseo, acostumbran regresar a su tierra con economías relativamente más altas. En cuanto a los alemanes, su actitud es más variada. Inclinados más hacia la inglesa, son gastadores, dándose el lujo frecuente de la costosa cerveza de su tierra, en tanto que otros, aunque bien acomodados, se contentan con el agua o la chicha como bebida, a la vez que no tocan bocado de carne en todo el día y se avienen con una instalación lo más mezquina de sus habitaciones. Lo que más le

desagrada a la mayoría de los extranjeros ilustrados es su aislamiento, problema que no se limita a la vida en las poblaciones más pequeñas sino que existe también en Bogotá, Bucaramanga y Cúcuta, lo mismo que en otras localidades mayores. Las noticias de su tierra llegan apenas en forma esporádica, en tanto que conciertos y teatro, lo mismo que otros medios para satisfacer el afán de cultura general faltan por completo, a la vez que la oportunidad de sostener conversaciones estimulantes es excepcional. Pequeña como es la colonia de connacionales, se compone de elementos bastante heterogéneos, difíciles de adaptarse entre sí, en tanto que relaciones de mayor envergadura espiritual con los criollos son limitadas, por lo menos entre los alemanes y los ingleses, inclusive los casados con colombianas. Matrimonios entre extranjeros y colombianas son de alguna frecuencia, ya sea por la imposibilidad para el extranjero de buscar la esposa en su tierra o por prevalecer el deseo de casarse sobre eventuales inconvenientes o por haber sucumbido a los encantos de la criolla. Matrimonios así contraídos existen que aparentan la máxima felicidad, aunque muchos paisanos posteriormente se lamentan de haber unido su vida a la de una muchacha cuya cultura y concepto de la vida difieren tanto de los propios. Durante la estadía en el país, los niños de ordinario reciben educación a la colombiana, con el español como lengua materna y sin noción alguna del idioma paternal. También los maridos, así como la mayoría de los demás extranjeros suelen adoptar muchas propiedades colombianas, especialmente cuando el propio aporte de ilustración no es muy fuerte, empezando por la introducción de numerosas expresiones españolas en el idioma propio, para continuar por la asimilación de tal o cual concepto colombiano de la vida. Con todo, y a diferencia de la práctica prevaleciente en los Estados Unidos, suelen conservar no solamente su nacionalidad sino también su condición de buenos compatriotas, cultivando en su ánimo como ulterior aspiración aquella de regresar algún buen día a la patria. Desde luego, semejante esperanza se desvanece en muchos casos, bien sea porque los lazos familiares hayan ligado al extranjero a su patria adoptiva o porque con frecuencia, aun con muchos años de ardua labor, no ha logrado reunir los fondos requeridos para garantizarse una vida libre de preocupaciones en su tierra. Si bien es cierto que parte de los extranjeros llega a ver cumplidas las esperanzas abrigadas al pisar tierra extraña, hay muchos reducidos a una vida estrecha, en tanto que otros acaban por perder todo el fruto de sus labores. Así las cosas, parte de los inmigrantes quedará en el país, aunque sea contra su voluntad, viendo a sus hijos como colombianos íntegros, que a veces llegan a figurar entre los ciudadanos de las más altas prendas.

A pesar de estar en tan pequeña minoría, los extranjeros han hecho méritos para ser admirados por Colombia. He aquí algunos ejemplos en vía de ilustración: Fueron ingleses quienes reabrieron las minas más importantes después que fueron expulsados los españoles, y la primera ferrería, o sea la de Pacho, también fue obra de un ciudadano británico. Las mayores plantaciones de tabaco cerca de Ambalema, Palmira y Carmen son de propiedad de ingleses y alemanes respectivamente, a la vez que la primera plantación racionalmente cultivada para

producir la corteza de quina es una empresa alemana. La primera fundación bancaria en Bogotá es obra de un alemán y un danés. El mérito de la iniciación de la navegación fluvial en el río Magdalena les corresponde a extranjeros de distintas nacionalidades. Los italianos y los franceses fueron quienes promovieron la artesanía en Bogotá, en tanto que ciudadanos alemanes iniciaron el comercio de Bucaramanga y de Cúcuta.

Los colombianos varían en su actitud para con los extranjeros. Conscientes de la ventaja que significaría el aumento de la población para su país y del progreso traído por los extranjeros, se entusiasman por la inmigración. Obvia es la amabilidad natural que en general ostentan también con el extranjero. Pero esto no obsta para que en sus adentros, especialmente las clases superiores, le profesen una aversión, que individualmente llega a extremarse hasta el odio, actitud que constituye a la vez el punto central de su pensamiento político. Son varias las causas originarias de tal aversión. Una de ellas es la ofensa sentida por los colombianos en su orgullo nacional, provocada por la opinión un tanto severa proferida por numerosos viajeros que critican abiertamente las debilidades del carácter popular lo mismo que los abusos cometidos por la autoridad pública y que dan rienda suelta a sus chistes a costa de los colombianos. Otras causas motivantes son las humillaciones y pérdidas, posiblemente a veces injustas, infligidas a Colombia a consecuencia de quejas presentadas por europeos residentes en razón de perjuicios causados a sus propiedades por las autoridades colombianas. Sin duda, entre los europeos llegados a Colombia ha habido embusteros y farsantes, los que, por raras incidencias encargados de diligencias y obras importantes, en su ejecución causaron sorpresas desagradables. También cabe la posibilidad de que comerciantes extranjeros de mala ley hayan logrado engañar directamente al gobierno o a particulares.

Pero creo no equivocarme al aseverar que la aversión de los colombianos en gran parte también tiene su origen en la envidia provocada por los extranjeros con sus éxitos, su mayor capacidad de trabajo, su ilustración superior y su mayor experiencia en el intercambio comercial.

El que la inmigración europea, y la alemana en especial, sufra cambios esenciales en un futuro cercano, no es previsible, a la vez que en una inmigración en masa de labriegos alemanes tampoco se puede pensar, pues las regiones de mayor altura y de clima fresco, las únicas aptas para trabajos físicos de parte de los germanos, se hallan aisladas en exceso y carecen de comunicaciones adecuadas. Tanto así es que los alemanes, obligados a vivir entre la población indio-criolla, estarían expuestos a su pronta degeneración al tenor de la malograda fundación de la colonia de Tovar en Venezuela. Para los labriegos alemanes el campo de acción en su ramo en Suramérica queda restringido a las zonas situadas al sur del trópico de Capricornio, en tanto que hábiles comerciantes, lo mismo que expertos mineros y técnicos, pueden, en circunstancias favorables, hacer su fortuna en Colombia, al igual que tal vez agricultores con medios financireros suficientes. Sus

actividades resultarían en bien tanto de Colombia como de la patria alemana. Llevarían la fortuna así adquirida algún buen día a su tierra, abriéndoles entre tanto el camino a los productos de nuestra industria. Contribuirían, así sea en reducida escala, a diseminar la cultura y el concepto de la vida alemanes, a la vez que representarían la fama de su nombre, haciéndose así fieles colaboradores de la gran obra patria.